

COLECCION
DE IMPRESOS

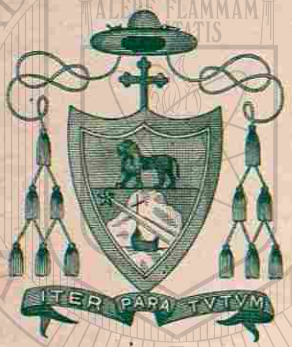
RODRIGUEZ

LA DIVINA
EUCARISTIA
III-VI

BX880
M5
v.150

004562

1080015565



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DIVINA

EUCARISTIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AGUSTIN RODRIGUEZ.

LA DIVINA EUCARISTIA

Colección de artículos publicados
en la sección Eucarística del semanario católico
"La Cruz."

(CON CENSURA ECLESIASTICA.)

TOMO III

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO
TIPOGRAFIA ECONOMICA
CALLE SUR A 5 NUMERO 30,
ANTES CAZUELA 10.
1900

41734
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON.
Biblioteca Universitaria "Alfonsina"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EX 280
M5
v.150





FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INDICE

Páginas.

JESUCRISTO.—Para demostrar la verdad del misterio eucarístico es preciso dejar antes probada la existencia de Dios, como lo hemos hecho en artículos anteriores..... 1

EL PLAN DIVINO.—La creación es la expresión visible del Verbo de Dios.—El plan divino tiene tres fines que se penetran sin confundirse: el hombre, "*omnia vestra sunt;*" Cristo, "*vos autem Christi;*" la gloria de Dios, "*Christus autem Dei*"..... 3

PRIMER FIN DE LA CREACIÓN.—La Encarnación del Verbo realiza en el plan divino el primer fin de la creación..... 10

SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.—Cristo como hombre es el fin que Dios tuvo á la vista al crear todas las cosas, y por él las creó todas. El Mundo, aunque se subleve contra Cristo, es de Cristo "*vos autem Christi*"..... 17

TERCER FIN DE LA CREACIÓN.—El mundo inferior está hecho para el hombre; el hombre es su último fin: el hombre está hecho para Cristo, Cristo es su fin, pero su fin mediador; Cristo para Dios, es el fin último..... 23

004562

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

El plan divino de la encarnación.—No es la única mira de la Encarnación la redención humana: tiene también por objeto la filiación divina del hombre, la glorificación de todos los seres. Restaura al hombre é instaura á todas las criaturas celestiales y terrestres..... 39

La Encarnación reparadora en relación con la caída del hombre..... 41

La Encarnación reparadora hizo resplandecer, por medio de la culpa, dos perfecciones divinas: la justicia y la misericordia..... 50

La Encarnación reparadora, sometiendo la humanidad de Cristo á todas las humillaciones, hace visible el explendor inmaculado de su ser divino..... 58

La Encarnación reparadora comunica á la misma persona divina con el hombre para llamarlo al bien y apartarlo de las sendas de la culpa..... 62

La Encarnación reparadora tiene por fin próximo la redención humana y por fin último la glorificación de la criatura, y por esto la gloria de Dios..... 69

La humanidad en Adan.—Para comprender el pecado original, se necesita dejar antes establecido que en Adán estaba contenida toda la humanidad, es decir, probar la unidad de la especie humana ó sea el "monogenismo." Son tres los argumentos de los poligenistas: la diversidad de tipos humanos, la diversidad de lenguas y la dificultad de poblar continentes

Páginas

inaccesibles. Bajo la diversidad de tipos, la naturaleza humana es en todas partes semejante á sí misma, en su conformación general, en sus aptitudes y en sus tendencias. El fenómeno de la diversa coloración del rostro humano, según las razas, se debe al cuerpo mucoso de Malpiglú, interpuesto entre la dermis y la epidermis. El mismo Darwin, sostiene la procedencia de la humanidad de un mismo tronco genealógico..... 78

El argumento de la diversidad de lenguas.—La filología demuestra que todas las lenguas deben reputarse como dialectos de un idioma ya perdido. Toda lengua se compone de dos partes, una inmutable, las raices, y la otra flexible y que cambia, las desinencias. En los dialectos hablados por los diferentes pueblos se encuentran las mismas raíces..... 90

El argumento de la imposibilidad de comunicación entre los hemisferios de la tierra, separados por inmensos mares, lo destruyen los estudios geográficos y geológicos acerca de la conformación de los continentes. América estuvo unida á Asia por el estrecho de Behering, que originariamente fué un istmo; y se enlazaba al Africa por los que hoy son archipiélagos de las Antillas y por el Brasil..... 96

Pruebas fisiológicas de la unidad de la especie humana.—Fuerza plástica, que varía á la influencia del medio ambiente y que es la que produce las variedade de razas; fuerza de trans-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas

misión, que perdura en la especie..... 100

Adan fué creado en estado de inocencia y de justicia original. En su inteligencia estaba la síntesis de todos los conocimientos humanos..... 109

La caida.—Adan transgriede una prohibición que Dios le impuso al crearlo, como un límite que debería tener el libre albedrío de que había sido dotado. Algunos comentarios de los impíos acerca del relato bíblico..... 120

Los angeles.—La creencia en los Angeles, como nuncios ó emisarios de la divinidad, espirituales é invisibles, han dominado en todos los tiempos y en todos los pueblos. Su existencia se demuestra por las manifestaciones de su poder. El Antiguo y el Nuevo Testamento, la Iglesia y las tradiciones de los pueblos nos hablan de la intervención de los Angeles en los asuntos de la tierra 129

La existencia del mundo invisible probada por inducción racional..... 138

El alma humana necesita del organismo para comprender el mundo sensible y visible. Los Angeles son seres que entienden sin necesidad de especie sensible, que viven sin ser formas de la materia..... 144

Atributos de los angeles.—Están exentos de materia, por sutil y etérea que se conciba; su esencia es simple é incorruptible; no hay en los ángeles ni entendimiento agente ni entendimiento posible, sino que su entendimiento está siempre en acto..... 153

Páginas

La perfección de la voluntad es igual en los espíritus angélicos, á la perfección de la inteligencia.—El entendimiento de los ángeles, siempre en acto bajo cierto respecto, está bajo otro en potencia..... 161

Los angeles tienen medios de comunicación que les pongan en relación con ellos mismos, con su Creador y con las inteligencias inferiores. Su lenguaje, sus movimientos, su número, sus jerarquías 170

Los angeles han tenido que hacer méritos para alcanzar la felicidad sobrenatural ó sea la contemplación de la esencia divina. La rebelión de Lucifer. Naturaleza de su pecado..... 179

El pecado primero de los angeles fué la soberbia y despues la envidia.—Efectos del pecado en la naturaleza de los ángeles rebeldes 190

La caida de Adan.—Después de la rebelión de Lucifer, los ángeles se dividieron en dos grupos: los ángeles buenos cofirmados en la gracia, y los ángeles rebeldes y altivos, que para siempre cayeron de las regiones de la luz en las que debían haber vivido por toda la eternidad. Estos soberbios, y como soberbios envidiosos, no podían tolerar que la naturaleza divina se encarnase en la humana; les repugnaba que al cumplimiento de la profecía el Verbo se hiciera hombre; y por eso se resolvieron á poner tentación al primer hombre para envilecerlo y degradarlo. Dios permite esta tentación. ¿Porqué fué escogida la ser-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

piente como ministro de la tentación? ¿Porqué Dios permitió la tentación? Insidia de las preguntas dirigidas á Eva por la serpiente..... 197

El árbol de la salud y el árbol de la prueba.—Motivos para la prohibición de que se tocase al árbol del Paraíso.—Falaces promesas de Satanás.—Ofrece á nuestros primeros padres la naturaleza divina, y con ello excita su orgullo y su soberbia.—El primer pecado fué la pretensión orgullosa del hombre en ser semejante á Dios en cuanto á la ciencia del bien y del mal.—«Seréis como dioses,» sugestión hecha á la conciencia de nuestros primeros padres, es la causa eficiente de todas las desgracias futuras de la humanidad.—Efectos del primer pecado.—La muerte de Abel da á la primera mujer la noción exacta de lo que es la muerte..... 197

El pecado original.—Estado de la naturaleza humana después de la caída.—Privilegios perdidos.—La decadencia no es personal, sino que se transmite á toda la descendencia humana, al través del tiempo y del espacio.—El dogma del pecado original es la base del plan divino de la redención.—La muerte revela una pena y una pena revela una culpa.—Pecados transmitidos por generación.—El pecado original se ha transmitido por propagación y no por imitación.—Objeciones de la impiedad.—Bayle, Janet y Laurent..... 217

El pecado original no es una corrupción de la substancia del alma. Tampoco es un acto de

Páginas.

nuestra voluntad.—Nuestro libre albedrío no está complicado con el de Adan en la generación del pecado original.—Doctrina de la Iglesia en el particular.—Doctrina luterana.—El pecado original es la privación de la gracia primordial acordada á la naturaleza humana en la persona de Adan y el retorno de todo nuestro ser al estado de pura naturaleza..... 224

Diferencias entre el hombre caído por la culpa y el hombre de la pura naturaleza.—El pecado original privó al hombre del elemento sobrenatural y lo dejó reducido á los elementos naturales.—Comparación entre el hombre *desnudo* y el hombre *desnudado*.—El pecado original es muerte, enfermedad y mancha..... 234

El pecado original hiere la naturaleza, debilita el libre albedrío y nos hace esclavos del espíritu del mal.—¿Cómo se transmite el pecado original?—Esta transmisión no lastima en nada la justicia, la sabiduría, la bondad y la santidad divinas.—El principio de la solidaridad humana es el derecho civil, el derecho natural y el derecho internacional.—La solidaridad humana á la luz del derecho divino.—La ley de herencia es una ley de harmonía.—Es una ley de efusión.—Es ley de alta moralidad..... 240

Objeciones contra la transmisión por herencia del pecado original.—Los niños que mueren sin bautismo.—¿La privación de la visión divina puede hacerse sentir sin dolor y sin tristeza?—La caída del Edén y la redención del Gólgota

Páginas.

son los polos en que descansan la historia y los destinos de la humanidad..... 259

El dogma del pecado original es la base de la fe cristiana.—Sentido «activo» y sentido «pasivo» de la palabra.—Privilegios é inmunidades que el hombre perdió en uno y otro sentido.—La prueba de la existencia y propagación del pecado original debe buscarse en la Escritura divina y en la tradición.—El pecado original produjo la abreviación del fin del hombre, que es Dios, y la pérdida de los medios, que es la virtud..... 260

Refutación de la crítica científica.—La serpiente del Paraíso no es un mito como los de la religión griega ó romana.—La serpiente no es más que un reptil en cuyo interior estaba el demonio..... 267

El pecado cometido en el Paraíso no es un episodio personal referente á Adan y á Eva, sino que es de trascendencia universal..... 274

No es doctrina católica asimilar el pecado original á un «virus morboso»..... 275

No es necesario admitir la preexistencia y la transmigración de las almas para aceptar el dogma del pecado original..... 276

El pecado original no está «esencializado» á la naturaleza humana..... 277

El pecado original no supone crueldad ni injusticia sin nombre..... 278

El pecado original nos sometió á los fenómenos patológicos de los órdenes material y moral..... 276

Páginas.

El pecado original es la privación de la gracia santificante..... 280

La plenitud de los tiempos.—En el plan divino, el pecado original es la preparación de la encarnación reparadora.—¿Por qué tardó tanto la redención?—La plenitud de los tiempos.—Corrupción del paganismo antes de Jesucristo..... 282

La redención estaba anunciada por promesas, prodigios y esperanzas naturales.—Aspiraciones misteriosas de los pueblos paganos.—La voz de sus filósofos y poetas.—La venida del Verbo necesitaba una preparación en harmonía con la importancia de la obra que venía á llenar.—El sol de la gracia debía ser precedido de una alba, la era patriarcal; de una aurora, la edad profética..... 290

El paraíso de la Encarnación.—Preparación moral de la venida del Rey de Gracia.—Sitio delicioso del Edén.—La morada y el Paraíso de la Encarnación, es María.—La maternidad mística de María..... 301

El Misterio de la Encarnación.—La naturaleza divina y la naturaleza humana se han unido en la sola persona del Hijo de Dios.—Jesucristo distinto é individualmente, es un verdadero hombre y verdadero Dios.—¿Cómo se realizó esta unión?..... 312

Relaciones de la Santísima Virgen con las Tres Personas de la Santísima Trinidad..... 320

María concebida sin mancha.—La Madre de Dios quedó exenta de la mancha del pecado origi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

nal.—Las figuras del Antiguo Testamento y las profecías anuncian este privilegio á la naturaleza de María.—La razón lo acepta.—Las tradiciones lo comprueban.—Los textos de Santo Tomás acerca de la Inmaculada Concepción.—Declaración de este dogma por S. S. Pio IX.... 328

Belleza de María.—Todas las bellezas de María están en germen, en una primera gracia de inocencia y santidad..... 340

Todo lo que fué perfección apareció en la bienaventurada Madre.—Magnífico retrato que de ella hace San Ambrosio.—La santidad de María es sobrehumana.—La maternidad ha sido honrada con la virginidad de María, y la virginidad con la maternidad..... 349

JESUCRISTO.

Indicamos, en alguno de nuestros precedentes artículos, que no podía llegar á demostrarse la verdad del Misterio Eucarístico, si no quedaba antes plenamente demostrada la existencia de Dios y la divinidad del Verbo hecho carne.

En el año eclesiástico que ha terminado ayer, hemos presentado, con la brevedad que requiere la índole de nuestro semanario, las pruebas, á nuestro juicio, luminosas, de la existencia de un Ser Supremo.

Era preciso hacer esa demostración, no sólo para preparar la prueba de la verdad eucarística, sino porque en los tormentosos días en que vivimos, muchos hombres, á título de sabios, han querido suprimir la primera palabra de nuestro símbolo, que es el símbolo no sólo de la fe cristiana, sino de la fe de la humanidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

nal.—Las figuras del Antiguo Testamento y las profecías anuncian este privilegio á la naturaleza de María.—La razón lo acepta.—Las tradiciones lo comprueban.—Los textos de Santo Tomás acerca de la Inmaculada Concepción.—Declaración de este dogma por S. S. Pio IX.... 328

Belleza de María.—Todas las bellezas de María están en germen, en una primera gracia de inocencia y santidad..... 340

Todo lo que fué perfección apareció en la bienaventurada Madre.—Magnífico retrato que de ella hace San Ambrosio.—La santidad de María es sobrehumana.—La maternidad ha sido honrada con la virginidad de María, y la virginidad con la maternidad..... 349

JESUCRISTO.

Indicamos, en alguno de nuestros precedentes artículos, que no podía llegar á demostrarse la verdad del Misterio Eucarístico, si no quedaba antes plenamente demostrada la existencia de Dios y la divinidad del Verbo hecho carne.

En el año eclesiástico que ha terminado ayer, hemos presentado, con la brevedad que requiere la índole de nuestro semanario, las pruebas, á nuestro juicio, luminosas, de la existencia de un Ser Supremo.

Era preciso hacer esa demostración, no sólo para preparar la prueba de la verdad eucarística, sino porque en los tormentosos días en que vivimos, muchos hombres, á título de sabios, han querido suprimir la primera palabra de nuestro símbolo, que es el símbolo no sólo de la fe cristiana, sino de la fe de la humanidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para responder á las exigencias de esos días, tormentosos para la Religión y para la fe, no nos hemos conformado con probar la existencia de Dios y refutar las observaciones que en contrario amontonan los positivistas de hoy: hemos querido, quizá no lo hayamos alcanzado, presentar á la consideración de nuestros lectores las perfecciones divinas de ese Supremo Ser, ante quien el hombre es como la nada, no sólo en sus pensamientos, sino también en su misma sustancia.

Hemos contemplado la simplicidad perfecta, la plenitud infinita del Ser Supremo, su ser personal y viviente, su unidad y su trinidad admirables.

Le hemos visto contemplándose eternamente, admirándose, amándose, bendiciéndose y no teniendo necesidad más que de sí mismo para ser eternamente feliz.

Le hemos visto, sin embargo, que oprimido por la necesidad de derramar el bien, del que posee la plenitud, y de hacer participantes de su felicidad á otros seres, ha salido de sí mismo, y por una palabra que no pudo resistir la nada, ha sacado de ella el Universo para el bien del hombre y para gloria suya.

Creador del mundo, Dios lo gobierna y lo dirige á un fin.

Pero no es Dios, el Dios creador, quien instituyera la Eucaristía.

Es Dios, hecho hombre, quien ha realizado ese prodigio, que la humana lengua no puede explicar.

Es pues, necesario, que, aunque sea con la imperfección de nuestro labio, bosquejemos á Cristo, al Verbo hecho hombre.

Así es que nuestra tarea, dulce y encantadora, aunque muy superior á nuestras débiles fuerzas, será bosquejar, y con frases torpes, como todas las nuestras, el plan divino de la encarnación, para ver destacarse de su fondo, á esa personalidad divina que se llama Cristo, el dulce Redentor del hombre, el Cristo de corazón humilde y divino, el Cristo tan amante del hombre que espira en una Cruz por redimirlo y salvarlo.

EL PLAN DIVINO.

"Sería temerario, dice Augusto Nicolás, que un navegante abandonase la playa y se lanzara sobre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el movible abismo de los mares, al reconocimiento de un mundo lejano, sin los instrumentos precisos que le dirigieran en su camino.

"Pero con la ayuda de esos instrumentos puede racionalmente intentar la empresa, y el encuentro de los continentes, respondiendo á las indicaciones que aquellos instrumentos le hacen, viene á justificar felizmente su atrevimiento.

"Para emprender el reconocimiento del Plan divino, debemos obrar de igual manera. Debemos tomar el compás de la revelación y la carta de la palabra divina.

"El acuerdo de nuestros descubrimientos, con esos medios celestiales que nos dirijan en tan hermoso camino, será nuestra justificación y nuestra recompensa."

El Plan divino, como lo indica el autor citado, no es otra cosa que un designio primordial, según el que todas las cosas han sido creadas con la mira de un fin.

Nadie puede negar que tal Plan existe.

La inteligencia suprema no podía apartarse de la invariable regla que norma á cualquiera actividad inteligente.

El entendimiento obra siempre inspirado y

dirigido por un fin, al que encamina su obra. El mundo, como lo hemos dicho en artículos precedentes, ha sido creado para gloria de su artífice.

El poder, la sabiduría y el amor que eternamente viven en el Ser Divino, aparecen en las obras creadas, revelando la grandeza de su autor.

La sabiduría, ó sea el Verbo de Dios, ha sido, digamos así, la obrera de su poder infinito.

Es decir, el mundo no ha surgido solamente con ocasión de la creación.

El mundo estaba en Dios, es decir, estaba en la mente de Dios, en la forma de idea, en la forma de pensamiento.

Así es que, la creación, es la expresión del Verbo.

"Es, dice Augusto Nicolás, como un inmenso fenómeno adaptado á este Verbo del Padre, para expresar por cualidades visibles, las invisibles cualidades de que el Verbo es tipo eterno."

Tal es la hermosa definición que nos da la fe: "*Por la fe*, dice San Pablo, *sabemos que el mundo fué hecho por el Verbo de Dios, y que de invisible que era, fué hecho visible.*"

El Verbo, en consecuencia, es el principio, la primera palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El fin del mundo, el propósito con que el Señor lo sacara de los tesoros inagotables de su omnipotencia, nos está revelado también por la palabra inspirada del Apóstol de las naciones.

Esa palabra divina del Apóstol ha iluminado, con su admirable concisión, toda la economía del Plan de la creación: "*Todas las cosas son vuestras*, dice San Pablo, *vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.*"

Omnia vestra sunt, dice San Pablo, todas las cosas son vuestras.

He aquí el fin próximo de la creación: el hombre.

El es en quien se viene á resumir toda la naturaleza inferior, el es su rey, el soberano á cuyos piés está sumiso el universo, *omnia sub pedibus ejus.*

Vos autem Christi, agrega el grande Apóstol, más vosotros sois de Cristo.

He aquí el segundo fin de la creación: Cristo.

Cristo no es el Verbo en Dios, como era en el principio, antes de la creación; es el Verbo salido de Dios, el Verbo hecho carne, como apareció en medio de los hombres, á la hora señalada en los decretos del Altísimo.

Dios hizo el mundo por el Verbo, su pensamiento sustancial, y quiso que por él mismo volvieran á El.

En la primera operación, al crear los seres, el Verbo por el cual se hacían, era increado; en la segunda operación, al hacer que vuelvan á El por medio del Verbo, el Verbo es encarnado.

Como increado, es principio creador; como encarnado, es Rey y Pontífice: Ministro de la creación, cuando las cosas dejaron la nada á la voz del Omnipotente; Mediador de Religión, cuando ya estaban existiendo y en camino para su fin.

Dios quiso, dice Augusto Nicolás, que la obra glorificase al arquetipo y al obrero.

Y para glorificar al Hijo, reprodujo sus perfecciones en el mundo é hizo de éste como un templo en que fuese adorado, como un reino en que fuese servido, como una heredad consagrada para su gloria.

Christus autem, concluye San Pablo, *Dei*, mas Cristo es de Dios.

He aquí el fin supremo, el fin último de la creación: Dios, su gloria.

Ni podía ser otra: Dios al crear, ha debido arreglarse por lo más perfecto que pudiese concebir,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y, sin duda, fuera de El, no se concibe mayor perfección.

Principio único de su acción, Dios tenía que ser el fin último de su obra.

Dios ha hecho las cosas, dice el Libro de los Proverbios, para sí mismo, *Universa propter semetipsum operatus est Deus.*

Tales son los tres fines que Dios se propuso al crear el mundo.

La economía del plan divino, dice Augusto Nicolás, se desarrolla así como un magnífico sistema de feudalidad divina, en que la soberanía desciende y remonta, se despliega y se resume por la mediación de personas asociadas á su plenitud: en este sistema, Dios, Soberano Señor de todas las cosas, recibe el tributo de adoración de todos los seres por Cristo, á quien ha constituido heredero soberano y de quien todos los seres somos tributarios.

Este plan se subdivide y se realiza á la vez en tres órdenes distintos y unidos: el orden inferior, que tiende al hombre, *omnia vestra sunt;* el orden mediador, que se anuda en Cristo, *vos autem Christi;* el orden final que termina en Dios, *Christus autem Dei.*

El primero, es el orden de la naturaleza; el segundo, el orden de la gracia; el tercero, el orden de la gloria.

Tres órdenes que se han hecho los unos para los otros, que se penetran sin confundirse, y por el encadenamiento de los cuales el último de los seres de la naturaleza participa ó puede participar de la gloria, de la vida, de la felicidad misma de Dios.

Nótase, desde luego, que en este sistema divino, los tres fines que los constituyen, exigen como necesaria condición de su cumplimiento á Cristo.

La gloria de Dios, Cristo la procura.

La gloria de Cristo, procede de su reinado en el mundo.

El destino feliz del hombre, el destino de la creación, deriva de Cristo.

Con razón San Pablo deja caer de sus labios, esta palabra que resume la grandeza de Cristo: "Dios se propuso restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y de la tierra, reuniéndolas todas por El mismo en un solo cuerpo."

¡Plan admirable, economía sorprendente, obra de la diestra de Dios!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMER FIN DE LA CREACION.

El fin primero de la creación, el designio que Dios tuvo al sacarla de los abismos de la nada, fué, como lo hemos indicado, su propia gloria.

El mundo, en efecto, rinde gloria á Dios, como toda obra la rinde á su artífice.

La excelencia de la obra, su belleza, hacen siempre la complacencia del que la hizo: los que la miran, glorifican, alaban, á quien ha podido concebirla y realizarla.

Al salir del caos, cada una de las obras admirables que embellecen el Universo cantaba la gloria de su Hacedor.

Cada una de ellas llevaba impresa sobre sí la excelencia de su naturaleza, la hermosura de su forma, la bondad de su artífice.

Moisés lo hace notar, al describir las obras de la creación,

Creó Dios la luz y, luego que fué hecha, *vió* el Señor, dice Moisés, *que era buena.*

Encontraba este mismo carácter en cada una

de las obras que salían de sus manos omnipotentes.

Al terminarse la obra en todos sus detalles, vió el Señor, vuelve á decir Moisés, que todas las cosas que había hecho eran muy buenas, *vidit Deus cuncta quæ fecerat et erant valde bona.*

He aquí una primera gloria que los cielos proclaman, que el firmamento anuncia, que la creación entera ofrece á su artífice.

Hay otra gloria: de la mano de Dios no salieron únicamente creaturas inanimadas y sensibles; brotaron también seres inteligentes, admiradores de esa obra portentosa que se llama Universo.

Aunque el mundo inanimado y sensible pregonaba la gloria de su Hacedor, su testimonio era como el eco servil de la voz de Dios.

No tenía conciencia de su hermosura, ni del beneficio de su existencia.

Sólo en el hombre podía encontrar el pensamiento que admira y el corazón que agradece.

Y encontró en el hombre ese pensamiento y ese corazón, y desde entonces el Universo fué como un órgano inmenso de notas dulcísimas que acompañaba la voz del Pontífice, único intérprete, in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teligente y libre, que pudiese dar un sentido de alabanza y adoración á la armonía incomparable del Universo.

Pero esta segunda gloria que el mundo, por medio del hombre, que era su pontífice y su rey, rendía á su Creador omnipotente, no era por cierto, digna ni plena.

El mundo todo, con todas sus bellezas, el hombre, con sus atributos casi divinos, el corazón y la inteligencia, son, según la expresiva frase de Isaías, como una gota del gran vaso de la omnipotencia, de la que pueden salir mundos hasta lo infinito, como un polvo ligero que se adhiere al platillo de una balanza, impotente para hacerla oscilar.

Es decir, entre lo infinito, como es Dios, y lo finito, como será el hombre y el mundo, no hay proporción.

Así es, que las alabanzas y la gloria que se levantaran del mundo, aun espiritualizadas por el hombre, no honrarían á Dios en toda su plenitud.

No podía, entonces, alcanzar la creación su primer fin: no podía glorificar *digna* y *plenamente* á su Hacedor divino.

Necesitaba un medio de retorno, de reascensión,

que le hiciera franquear la infinita distancia que la separaba de su Creador.

¿Cuál podía ser este medio?

Es un principio, que la razón fácilmente percibe, que para que una naturaleza alcance su felicidad y su bien, es necesario que vuelva á la fuente de donde ha salido y que vuelva á esa fuente por la misma vía.

Los seres todos salieron de Dios, por su Verbo: por el Verbo, entonces, tenían que volver á El.

El Verbo de Dios tenía, de consiguiente, que ser el medio para que retornaran á Dios todas las creaturas, las que estaban en pie y las que estaban caídas, las íntegras y las que necesitaban ser reintegradas, las que exigían curación y las que vivían en estado feliz.

Y así se hizo: El Verbo hecho hombre lo anunciaba cuando vino á la tierra." *Yo soy el camino*, decía, *nadie vuelve al Padre, sino por mí.*

La vía única y universal que tienen los seres para volver á Dios, es el Verbo encarnado, Cristo, Pontífice de la creación.

La Encarnación del Verbo, realiza en el plan divino, el primer fin de la creación.

El medio, por el cual salieron los seres á la exis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tencia, fué el Verbo increado, el Verbo en el seno de Dios.

Para volver á Dios, necesitaban del mismo medio, del mismo Verbo; pero no del Verbo increado, del Verbo en el seno de Dios: se necesitaba que el Verbo saliera, digamos así, de las profundidades luminosas del seno de Dios, que ese verbo se hiciera visible.

Y no podía ser de otra manera.

La creación tenía que rendir un homenaje de honor y de gloria á su Creador.

El honor saca su mérito y su precio, no de aquel á quien se tributa, sino de aquel que lo ofrece y lo rinde.

El honor que un pobre pastorcillo tributara á su rey, sería poca cosa; pero el que un rey tributara al más humilde de sus vasallos, sería considerable.

Cuanto más grande es aquel á quien se honra, más grande debe ser el que honra: para que el honor sea adecuado y digno, es preciso que el que honra sea igual al honrado.

Pero al mismo tiempo, se requiere que el que honra, sea inferior al honrado: el que adora, tiene que ser inferior á la divinidad que recibe las

adoraciones: el Pontífice tiene que asimilarse al pueblo adorador á quien él representa.

El Verbo, en consecuencia, como Dios, podía rendir á Dios un homenaje digno de él; pero tenía que hacerse inferior, en su actitud de mediador.

Necesitaba comunicar el valor de sus adoraciones á las naturalezas creadas.

Debía, pues, tomar una de esas naturalezas.

No podía tomar la del angel, porque, entonces, Dios no sacaría la gloria, digna de él, más que de la naturaleza celeste.

No podía tomar la del alma humana, porque entonces recibirías su gloria, únicamente de la naturaleza espiritual.

Era, pues, inevitable, que tomara la naturaleza humana: de este modo, recibía homenajes dignos de toda la creación.

El hombre tiene en sí, el alma que lo liga con las naturalezas angélicas, y tiene el cuerpo que reune en sí todos los elementos de la materia.

Es el centro de la creación.

Cristo tenía que hacerse hombre, ó como dice San Juan, con una crudeza de expresión admirable, tenía que hacerse y se hizo *carne*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Trajo á sí, de esta manera, á toda la creación, tomándola por su fondo, para consagrarla toda y hacerla digna de la gloria de su autor.

Y como el Verbo, igual al Padre, en naturaleza, es realmente distinto en persona, el acto de encarnarse es propio del Hijo é independiente del Padre.

Y todos los actos que como Dios-Hombre tenía que ejecutar, eran de igual modo propios é independientes.

Actos de precio infinito ofrecidos al Padre.

Y como actos divinos é independientes del Padre, no le son debidos al Padre: son voluntarios por parte del Hijo: se ofreció porque quiso, dice San Pablo, *oblatus est quia ipse voluit*.

Rindió de este modo al Creador, una gloria hasta entonces desconocida en el cielo mismo, porque en el cielo había un Dios adorado, espíritus que le adoraban; pero no un Dios que adorara.

La encarnación realizó este prodigio estupendo y el Verbo hecho hombre, comunicando por la gracia su naturaleza divina á aquellos cuya naturaleza creada había tomado, se reproduce en sus discípulos, se multiplica en los cristianos y

hace de ellos otros tantos Cristos, otros tantos dioses, adorando á Dios con una adoración que nace de la suya.

De este modo la creación se levanta: rinde á Dios la gloria que sea digna de El.

Por eso, cuando Cristo nació, los ángeles anunciaron la solución del problema de la creación, diciendo: *Gloria á Dios en los cielos*, la gloria que se había propuesto recoger al crear el mundo: sólo encarnándose Dios, como se encarnó, podía tributarle la creación un homenaje digno de su grandeza.

SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.

Acabamos de ver que Dios recibe de la creación, por medio de Cristo, un honor infinito.

Cristo es el Pontífice de la creación: unido á la naturaleza humana rinde á su Padre celestial una adoración adecuada á su gloria.

Cristo, hecho hombre, es un Dios que adoraba á su Padre.

Es decir, Cristo, hecho hombre, es un Dios adorante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Trajo á sí, de esta manera, á toda la creación, tomándola por su fondo, para consagrarla toda y hacerla digna de la gloria de su autor.

Y como el Verbo, igual al Padre, en naturaleza, es realmente distinto en persona, el acto de encarnarse es propio del Hijo é independiente del Padre.

Y todos los actos que como Dios-Hombre tenía que ejecutar, eran de igual modo propios é independientes.

Actos de precio infinito ofrecidos al Padre.

Y como actos divinos é independientes del Padre, no le son debidos al Padre: son voluntarios por parte del Hijo: se ofreció porque quiso, dice San Pablo, *oblatus est quia ipse voluit*.

Rindió de este modo al Creador, una gloria hasta entonces desconocida en el cielo mismo, porque en el cielo había un Dios adorado, espíritus que le adoraban; pero no un Dios que adorara.

La encarnación realizó este prodigio estupendo y el Verbo hecho hombre, comunicando por la gracia su naturaleza divina á aquellos cuya naturaleza creada había tomado, se reproduce en sus discípulos, se multiplica en los cristianos y

hace de ellos otros tantos Cristos, otros tantos dioses, adorando á Dios con una adoración que nace de la suya.

De este modo la creación se levanta: rinde á Dios la gloria que sea digna de El.

Por eso, cuando Cristo nació, los ángeles anunciaron la solución del problema de la creación, diciendo: *Gloria á Dios en los cielos*, la gloria que se había propuesto recoger al crear el mundo: sólo encarnándose Dios, como se encarnó, podía tributarle la creación un homenaje digno de su grandeza.

SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.

Acabamos de ver que Dios recibe de la creación, por medio de Cristo, un honor infinito.

Cristo es el Pontífice de la creación: unido á la naturaleza humana rinde á su Padre celestial una adoración adecuada á su gloria.

Cristo, hecho hombre, es un Dios que adoraba á su Padre.

Es decir, Cristo, hecho hombre, es un Dios adorante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otro prodigio se realiza en el plan Divino.

Si la encarnación proporciona á Dios, digamos así, un Dios que le adore, presenta al mismo tiempo un hombre adorado.

Dios adorando será lo mismo que este hombre adorado, el mismo Cristo, Dios y Hombre, al mismo tiempo.

Cristo, Pontífice de la creación, para realizar el primer fin de esta, es también el Rey de la creación, para realizar el segundo.

Tal es el plan divino.

En los Libros santos se llama á Cristo, Hijo único de Dios, *Unigenitus* y se le llama también primogénito, *Primogenitus*.

En algunas páginas de aquellos libros se le nombra *engendrado* y en otras *creado*. Sin profundizar en el estudio de estos textos, resulta de ellos y en sentir de los más eminentes Padres de la Iglesia, como lo observa Suárez, *Hanc esse expotitionem magnorum patrum*, que como á Dios, se le llama *Hijo Unico, engendrado*, y, como á hombre se le llama *primogénito, creado*.

San Pablo con su palabra siempre correcta y siempre llena de luz, descubre en esta materia la enseñanza católica.

Cristo, según las enseñanzas del Apóstol, que, á no dudarlo, vinieron del Cielo, es el primer nacido *Primogenitus omnis creaturæ*.[1]

Es Cristo el ser á quien Dios constituyó heredero del universo *Quem constituit heredem universorum*.[2]

En los designios de Dios, Cristo dominó todas las cosas y todas las cosas se refieren á él, *Ipse est ante omnia et omnia in ipso constant*.[3]

Todas las cosas visibles ó invisibles, celestiales ó terrestres, han sido creadas en él y para él *In ipso creata sunt, propter quem omnia*.[4]

San Anselmo, resumiendo estas frases del Apóstol, dice: Cristo como hombre es el fin que Dios tuvo á la vista al crear toda las cosas, y por él las creó todas.

Hemos visto, en otros de los artículos que preceden, que el fin inmediato de la creación es el hombre.

Esto es una verdad; pero la cabeza del hombre es Cristo, así lo enseña San Pablo cuando dice: *Omnis viri caput Christus est*.[5]

1 Ad. Coloss., I–15.
2 Ad. Heb., I–2
3 Ad. Coloss., I–17.
4 Ibid., 16.
5 I Ad. Corinth., 11–13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San Pablo explica este pensamiento con más claridad todavía.

Cuando Cristo, dice, fué introducido en el mundo, como en su reino, Dios hizo que los ángeles le adoraran, *Cum introduxit primogenitum in orbem terræ, dicit: adorent eum omnes angeli Dei.*

Cristo era, agrega San Pablo, no sólo la cabeza de todo hombre, sino de todo principado, de toda potestad, de toda virtud, de toda dominación, de todo lo que tiene nombre entre los seres, no sólo en el siglo presente,[1] sino también en el futuro.

En una palabra, concluye San Pablo, Cristo tiene el principado sobre todo lo que existe, menos sobre Aquel que ha puesto todas las cosas á su servicio; *in omnibus ipse primatus tenens, præter eum qui subjecit ei omnia.* [2]

Así es que el reinado de Cristo es tan extenso como lo es su pontificado ó su sacerdocio; todo le adora, como todas las cosas adoran por medio suyo al Dios invisible.

Cristo, de consiguiente, es el rey de la creación.

Y lo es no por accidente ó por consecuencia, sino por un designio primordial y por vía de principio.

1 Ad. Ephes., I–21. 2 Ad. Coloss. I–18.

Dios, al crear al universo, tenía ante los ojos de su inteligencia á Cristo, como fin de la creación.

En el Génesis encontramos esta palabra llena de significación profunda: *hagamos al hombre á nuestra imagen.*

La imagen de Dios es su Verbo, su Hijo Unico.

Claro es, entonces, que al crear al hombre tenía la intención visible de referirlo al Verbo, á su Hijo Unico.

Es decir, al formar á Adan tenía en su pensamiento la idea de formar en él á un Adan futuro, que fuera Dios.

San Pablo lo expresa así: *Adam, qui est forma futuri.*[1]

Tertuliano, con su frase incisiva, lo explica de este modo: en todos los rasgos que Dios modelaba, al hacer el primer Adan tenía presente en su inteligencia á Cristo que debía ser hombre: *Quod cumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus.*

El pensamiento, pues, de Dios, al realizar la creación, es Cristo.

Para este príncipe de la creación se necesitaban súbditos y una casa; así lo dice San Pablo: *Chris-*

1 Ad. Rom; V–14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tus vero tamquam filius in domo sua, quæ domus sumus nos.[1]

Cristo, en la intención de Dios, fué lo primero; en la realización, fué lo último.

La ejecución sigue el orden inverso de la intención.

Dios, por lo mismo, para llegar á Cristo, comenzó la creación por la tierra, que es la creatura menos noble: siguió por las plantas, los animales y los hombres: así preparó la casa para el Rey de la creación.

Coronó sus obras, por la más noble de todas, produciendo á su Hijo Unico en un cuerpo humano.

Le hizo nacer en medio de todos los tiempos, como á un Monarca en medio de todos sus Estados, á fin de que todos los siglos que le precedieron y todos los siglos que le siguieran, se refirieran á él como al centro de todos los seres.

Cristo era el fin de la creación, tenía que ser el coronamiento de esa obra portentosa.

La primera página del Génesis, nos lo revela sin duda.

Dios, cuando iba cerrando sucesivamente cada uno de los órdenes de la creación, expresaba su complacencia con esta palabra de que se vale Moisés: *Y vió que era bueno.*

1 Ad. Heb. III-16.

Una sola creación quedó privada de ese testimonio: la creación del hombre, la creación de la obra más importante que en el orden sensible había salido de las manos de Dios.

Verdad es, que al terminarse todas las obras, las aprobó el Señor, diciendo que eran muy buenas.

Pero independientemente de este testimonio general, en que sin duda está comprendido el hombre, no recibió éste, de los labios del Creador, la especial aprobación que había dado á las diversas creaciones sucesivas.

Esto parece indicar que todas las cosas, con excepción del hombre, habían tocado, en el momento de ser creadas, el límite de su perfección: ninguna de las diversas especies que en ese orden se comprendían, podían nacer, en lo sucesivo, más perfectas que aquellas que salieran inmediatamente de las manos de Dios.

Para el hombre no fué así.

Parece que Dios se reservó un complemento, un coronamiento de esa obra: esa obra no fué se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llada como las otras: Dios la dejó abierta, como para poner sobre ella la verdadera palabra de su pensamiento.

Y así fué: cuando Cristo tomó la naturaleza humana, cuando se presentó hecho hombre, entonces fué cuando se hizo escuchar la voz de Dios, que decía: "Este es mi hijo amado, en el que me he complacido."

No podía revelarse, con mayor majestad, con frase más clara, que aquel hombre era un Dios, era el verdadero fin de las obras creadas.

"Todo ha sido hecho, dice San Francisco de Sales, tan profundo teólogo, como admirable santo, para este hombre divino, á quien por esta razón se llama el primogénito de la creación."

San Bernardo ve también, en la encarnación del Verbo, una *mixtura*, como él la llama, que es el término y el coronamiento de la espiral ascendente de la creación.

Dios, en concepto de San Bernardo, toma el polvo de la tierra y le infunde una virtud vital, *vim vitalem* y hace los árboles: no se detiene aquí, infunde al mismo polvo de la tierra una fuerza sensible, *vim sensibilem* y hace á los animales: queriendo honrar más á este polvo de la tierra,

inspira en él una virtud racional, *vim racionalem* y hace á los hombres: aun no se detiene aquí su amor: quiere levantar á excelsa altura la flaqueza humana, y entonces reduce su majestad, *contraxit se majestas*, para que lo que tenía de mejor, El mismo, se uniese á la naturaleza y apareciera un Dios Hombre, Cristo.

Cristo, pues, según la frase de San Pablo, recapitula en sí toda la creación, todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra.

De este modo, Cristo, que rendía á Dios el homenaje debido, realizando el primer fin de la creación; hecho Rey de la creación, porque para él estaba hecha, realiza el segundo fin: Cristo es el Rey del Universo: Cristo adoraba á Dios, como Pontífice: Cristo como Rey es adorado por las creaturas todas.

El plan que Dios concibiera para realizar el segundo fin de la creación y que nos han revelado con su palabra divina las Escrituras Santas, se impone á la razón sin esfuerzo alguno.

Si en Cristo no se hubiera unido la naturaleza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humana á la naturaleza divina, la creación no tendría como príncipe á Cristo.

En el hombre, solo, en el Verbo, solo, no puede verse al heredero de todo el universo.

El hombre, solo, es absorbido, digamos así, por la creación.

Sería un heredero que, usando el lenguaje de los jurisconsultos, no podría sostener tal herencia, cumplir los cargos que le impone, recibir de ella los honores, justificar, en una palabra, que él era el fin de la creación.

"El hombre, solo, dice Augusto Nicolás, no es la razón de la creación."

Desde luego, no conoce de la creación angélica y de la creación intelectual, ni la naturaleza, ni la extensión, fuera de la que es propia de su especie.

El hombre es inferior á la creación angélica ó extraño á ella.

Con respecto á la creación sensible, tal como aparece á nuestros ojos en el pequeño globo que habitamos, el hombre no es superior á ella: tiene una superioridad de nobleza y de naturaleza, pero no de autoridad y de posesión.

Limitado en su inteligencia, como en su cuerpo, no puede conocer el principio ni el fin de las cosas.

"Sólo el autor de las maravillas que el mundo encierra, dice Pascal, puede comprenderlas y dominarlas.

El hombre, solo, no podía ser, por demasiado pequeño, el soberano de la creación.

Tampoco podría serlo, por demasiado grande, el Verbo Divino.

La creación entera, se pierde en el abismo de los tesoros de la sabiduría divina, de donde ha salido todo y que nada necesita recibir.

Referir la creación al Verbo, equivale á aumentar el Océano con una gota.

"El Verbo de Dios, agrega Augusto Nicolás, es demasiado grande para ser el heredero de la creación, para ser instituido tal, para ser exaltado sobre todas las criaturas, para recibir como un don, el principado del universo.

Para el Verbo, siendo Dios, sería más bien descender, que subir el asentarse sobre el trono de la creación, que no es, ni puede ser, más que el escabel de sus piés.

Así es, que ni el hombre, ni el Verbo aisladamente, responden al segundo fin de la creación:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el uno, está muy abajo de ella, y el otro, muy por encima.

El Hombre-Dios es quien resuelve el problema.

Siendo Dios y Hombre, al mismo tiempo; ni está por encima del honor de este reinado, siendo hombre, ni está muy abajo de su cargo, siendo Dios.

Cristo, en su humanidad, es como está constituido heredero del universo, exaltado sobre el trono de la creación: á sus piés, somete Dios todas las cosas, y por eso, al escuchar su nombre, toda rodilla se dobla, en el cielo, en la tierra, en los abismos.

Si este honor, es inferior á Dios, no lo es al hombre, no lo es al Hombre-Dios.

Honor prodigioso para la humanidad.

El Verbo, unido á ella, eleva nuestra naturaleza sobre los ángeles, los serafines, sobre todos los cielos, y la hace entrar y sentarse eternamente, en las profundidades de la unidad divina.

Los espíritus puros no han podido sostener la prueba á que fueron sometidos: muchos de ellos, juzgando indebida la unión de la divinidad con una naturaleza inferior á ellos, mejor que rendirle

una adoración, rompieron con su eterna felicidad. Los que á esa prueba quedaron fieles, sometiéndose á los decretos divinos, se apresuran á rendirle sus adoraciones, con amor, no solamente en el cielo, sino también en la tierra y alrededor de nuestros altares, en donde nos disputan el lugar para rendir á Cristo sus homenajes y frecuentemente vengar nuestra ingratitud y nuestro abandono.

Esta verdad es casi de sentimiento.

Ella inspiró á una santa mujer estas frases, llenas de deliciosa elocuencia: "Algunas veces, dice, me dirijo á los espíritus bienaventurados que rodean la invencible majestad de mi Dios, oculta bajo los velos del Sacramento, y les digo. No es para vosotros, para quien está aquí; es para mí: dejadme, pues, este lugar que ocupáis cerca de El: ¿por qué me lo quitáis? ¿no os es bastante el cielo en que le contempláis en su gloria? Dejad, os ruego, ese lugar á su amante desterrada, que no pide para consuelo de su destierro, sino hallarse más cerca de su trono de amor."

En otro lugar, deplorando el abandono en que dejamos con frecuencia á Cristo en el Tabernáculo, lanza este grito, que es el de un ángel: "Oh,

mundo perverso, tu estupidez me asombra y me espanta!

"En Cristo, la divinidad habita corporalmente en toda su plenitud.

"En consecuencia, este hombre divino tiene á su disposición el poder de un Dios para ejercer su reinado en la tierra.

"El mismo decía á sus Apóstoles: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra."

Y en otra ocasión solemne, agregaba: "¿Pensáis que no puedo rogar á mi Padre, y El me enviará al punto más de doce legiones de ángeles?"

Y uno de los Evangelistas recuerda, en efecto, que después de la última tentación que Cristo sufriera en el desierto, se aproximaban á El los ángeles y le servían.

El universo todo sentía á la divinidad presente en Cristo.

Un milagro permanente detenía las manifestaciones de las criaturas insensibles ante Cristo, que había venido á sufrir las humillaciones más amargas por salvar al hombre.

Pero en una hora solemne, cuando la muerte de Cristo consumó la expiación universal, estallaron, en testimonio lúgubre de dolor, en tinieblas, en movimiento de los peñascos, en disolución de la naturaleza que parecía, en sus convulsiones, hacer escuchar el grito de que hace memoria Plutarco, y que conmovía al paganismo: El gran Pan ha muerto.

Cristo, bajo el velo de la humana naturaleza, es el rey de la creación. Donde más se descubre su soberanía, es en su reino espiritual.

Apenas consuma su sacrificio, prefigurado por cuarenta siglos de sacrificios universales, su humanidad glorificada crea un mundo nuevo, más glorioso para el Verbo Encarnado, que lo fuera la creación sensible para el Verbo oculto en las profundidas de la eternidad.

Al crear al mundo visible, obraba sobre naturalezas inertes y serviles: al crear al mundo espiritual, obraba sobre naturalezas libres y rebeldes: en la primera creación, obraba sobre la nada; en la segunda, sobre el pecado: en la primera, creaba, mandando, en la segunda, creaba obedeciendo.

Del instrumento de su suplicio, hace un trono; de sus heridas, una arma; de sus sufrimientos, un encanto y un atractivo; de su ignominia, una gloria; de su locura una sabiduría; de su anonadamiento, una majestad soberana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con esas armas, hace que desaparezca el mundo, idólatra de la fuerza, de la crueldad, de los placeres, del orgullo, de la filosofía, de la gloria de la fortuna.

En lugar de ese mundo, que desapareció con sus corrupciones, establece la adoración de su Cruz, el amor de sus sufrimientos, la ambición de su ignominia, la contemplación de su locura.

Y la Cruz y las ignominias, se hacen la fuerza, la gloria, la vida, la civilización del mundo para siempre.

Ese mundo, aunque siempre se levanta contra Cristo, es de Cristo: *vos autem Christi.*

TERCER FIN DE LA CREACIÓN.

El fin inmediato de la creación, es el hombre. El hombre, en la esfera de la que es centro, es el jefe, el príncipe de la creación.

En el libro de los salmos, divinamente inspirado, se proclama por David, verdad tan dulce para el hombre.

"Lo has hecho un poco menos que los ángeles,

dice el Profeta Rey, hablando del hombre, lo has coronado de honor y de gloria y lo has constituido sobre todas las obras de tus manos."

En este universo, que el hombre abraza con su mirada, es el único que piensa, el único que tiene conciencia, conciencia de sí mismo y conciencia del universo.

Resumiendo en su persona todos los reinos de la creación, es independiente de ellos por el don precioso de su libertad, y los sujeta á todos por el poder de su genio.

El hace que todos, sumisos, ofrezcan satisfacción á sus necesidades y aun á sus deseos.

El parece que comunica á las fuezas de la naturaleza, su inteligencia y su voluntad, á proporción que las domina.

Si el imperio que ejerce, encuentra límites, son límites que se retiran, sin cesar, ante él, y que, por lo mismo, no tienen tal carácter.

El hombre es en potencia, que cada día ve convertirse en acto, el heredero de la creación.

La felicidad de las criaturas es sin duda el tercer fin que se propuso el Creador al sacarlas de la nada.

Esta intención del amor de Dios por el hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre y por todas las criaturas inferiores, está escrita profundamente en nuestro corazón, en el instinto de los animales, en la vida de las plantas, en el armonioso movimiento de los cuerpos y en cada anillo, por decirlo así, de esta cadena de atracción y de imán que atrae á todos los seres.

Todo goza ó aspira á gozar; todo respira la felicidad ó su promesa.

Hay una bondad atractiva y expansiva en el fondo de todas las cosas, y esta bondad es como el centro de la creación.

Pero aun para que las criaturas alcancen esa felicidad, que Dios se propuso que alcanzaran al crearlas, entraba en el plan divino la existencia de Cristo.

El hombre no es su propio fin, porque no es su principio.

El hombre viene de Dios y de él depende; pero Dios lo hizo, lo mismo que todas las cosas, por medio de su Verbo.

De manera que el Verbo es el principio activo de todo lo que existe en el orden sensible, del cual es arquetipo; en el orden intelectual, del cual es luz, y en el orden moral, del cual es ley.

Ese Verbo, una vez encarnado, es Cristo y así

lo dijo cuando andaba por el mundo: *yo que os hablo, soy el principio. Principium qui et loquor vobis.*

Pero Cristo no sólo es el principio de los seres, por quien Dios los ha criado: *omnia per ipsum facta sunt* sino que es el fin para quien los ha criado: *propter quem omnia.*

Cristo no es el término final de nuestro destino, es solamente el fin mediador, la cabeza.

Nuestro término final es Dios, para el cual hizo á Cristo y á nosotros para Cristo, al que debemos seguir.

Todas las ventajas naturales de que gozamos, todo el orden de la naturaleza que se resume en nosotros, no pueden servir más que para esta obra de ascensión á Dios, que constituye el orden de la gracia, á fin de tocar nuestro destino en Dios, que constituye el orden de la gloria.

De manera que todas las cosas que el universo nos presenta, no son nuestras por la posesión, sino por el uso y por el fin.

Si seguimos á Cristo, si somos de Cristo, todas las cosas son verdaderamente nuestras.

Omnia vestra sunt, decía San Pablo, *vos autem Christi.* De manera que, podemos decir, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la tierra se hizo para las plantas, las plantas para los animales, los animales para el hombre, el hombre para Cristo, Cristo para Dios.

El mundo inferior está hecho para el hombre; el hombre es su último fin: el hombre está hecho para Cristo, Cristo es su fin, pero su fin mediador: Cristo, para Dios, es el fin último.

Cuando el hombre se aleja de Cristo, cuando el hombre no posee las cosas, fijando la mirada en Cristo, realmente esas cosas no son suyas, nada tiene.

Hay muchos ricos, muchos poderosos en el mundo: la industria despliega inmensamente sus recursos, para satisfacerlos, para acrecentar su dominación; el hombre no hace más que extender la mano, y, del uno al otro extremo del mundo, los elementos vuelan para ejecutar las órdenes de su pensamiento, los más caprichosos deseos de su corazón.

Pero en este progreso de la dominación del hombre, se nota el progreso de su esclavitud: mientras más posee, más poseído es; cuanto más tiene, es menos amo y señor; sus necesidades se extienden como sus goces, y sus conquistas le devoran.

La historia da testimonio de esta verdad.

A los grandes del mundo, en todos los países y en todos los climas, los placeres les desencantan; los males les afligen; el fastidio les consume, la muerte les cosecha, y después de haberse atormentado toda su vida con el problema de la felicidad, el *Incognoscible*, como ellos dicen, los absorbe eternamente.

No puede, entonces, el hombre, ser el fin de la creación, el príncipe de ella, sin el socorro de Cristo, y este socorro de Cristo, por medio del cual reina el hombre, es el precio misericordioso de su sumisión á Cristo.

El hombre que, por esta sumisión, recibe de Cristo el auxilio, es dueño del mundo, es el rico por excelencia.

Todas las criaturas sirven á su cuerpo y á su alma que las domina por el desprendimiento; la vida es para él como un campo en que recoge méritos; el mundo es para él como un tránsito á la eterna vida. La prosperidad y las congojas están igualmente bajo su imperio, porque las torna en provecho suyo por el buen uso que de ellas hace; el mal mismo, el infierno, están bajo su dominación, porque los pisa y triunfa de ellos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada os dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros. *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive præsentia, sive futura.*

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis quærere et salvum facere quod perierat.*

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada os dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros. *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive præsentia, sive futura.*

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis quærere et salvum facere quod perierat.*

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por mira levantar á la naturaleza humana caída por el pecado.

No puede ponerse en duda que la caída se relaciona con la Encarnación; pero no sólo con ella.

La frase de San Pablo lo pone de manifiesto con toda evidencia.

Es de fe que la Encarnación restaura al hombre, es decir, lo repara, lo levanta, lo saca del abismo en que lo sumergiera la culpa, en una palabra, lo rescata y lo redime.

Pero también es de fe que la Encarnación instaura al ángel y á todas las criaturas celestiales y terrestres: esta es la palabra de San Pablo: *instaurare omnia in Cristo, quæ in cœlis et quæ in terra sunt in ipso.*

La sangre que ha corrido sobre el Calvario ha refluido sobre toda la creación, ha pacificado, según la misma palabra de San Pablo, todas las cosas que están en el cielo y en la tierra: *pacificans per sanguinem ejus, sive quæ in cœlis sive quæ in terris sunt.*

Esa sangre ha bañado no solamente á este mundo manchado con la culpa, sino á todos los mundos que ruedan en el espacio, al Universo que los contiene á todos como canta la Iglesia: *terra,*

pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine. Claro es, entonces, que la Encarnación no tenía por único objeto redimir á la humanidad.

En el cielo no había naturalezas caídas, y sin embargo, la sangre derramada en la cruz pacificó á los moradores de aquellas regiones siempre llenas de paz.

Tal es la enseñanza de San Pablo: tal es, en consecuencia, la enseñanza divina.

La razón misma persuade de que la Encarnación no tuvo por objeto exclusivo redimir al hombre.

La Encarnación no solamente levanta al hombre, también lo eleva.

Si no hiciera más que levantarle, más que rescatarse, le dejaría en el mismo estado en que se hallaba antes de su caída.

La Encarnación, sin embargo, no se limita á levantar al que estaba caído: lo eleva más alto del punto en que estaba antes de haber cometido la primera culpa: lo eleva en Jesucristo á la filiación divina.

De manera que la Encarnación, en el hombre culpable, produce dos movimientos distintos: uno que lo levanta de la condenación, otro que lo eleva á la adopción y á la gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como estos dos movimientos son continuos, y se realizan por el mismo acto, suele nuestra inteligencia confundirlos.

Pero en realidad, son perfectamente distintos.

El uno, el que nos levanta, nos es particular á los hombres, que éramos los caídos: el otro, el que nos eleva, nos es común con las otras criaturas, que conservaron su integridad.

Entre ellas y nosotros, estos dos movimientos se distinguen visiblemente: ellas son elevadas sin ser levantadas.

En nosotros se confunden, porque participamos á la vez de su destino, como criaturas, y del nuestro, como pecadores.

Como pecadores, somos rescatados solos; como criaturas, quedamos asociados al fin universal de la creación.

Hay otra razón.

Si la Encarnación no tuviese otro motivo que rescatarnos del pecado original, no tendría otro efecto.

Tiene, sin duda, otro efecto, porque no solo rescata, sino que divinisa al hombre.

O este efecto último, quedaría sin causa, ó es preciso admitir, que si ese efecto produce la Encarnación, responde á dos motivos ó dos razones: instaura á las criaturas, según la frase de San Pablo, y restaura á los pecadores.

Si la Encarnación ha tenido por objeto primario rescatar al hombre, no se ha detenido en ese objeto: ella nos glorifica, y en esto, su efecto se hace sentir en nosotros y en los ángeles, así como en los escogidos, los cuales en el designio de Dios, tienen necesidad de Cristo, para ser santificados y salvados, como nosotros tenemos necesidad de El para ser redimidos.

Una palabra de San Bernardo sintetiza esta idea: "El mismo Cristo, dice, que ha levantado al hombre caído, ha detenido al ángel para que no caiga: sacando al primero del cautiverio, evita el cautiverio del segundo: al uno lo desata, al otro lo defiende: y de esta manera, para uno y otro es igual la redención."

Si no podemos penetrar el pensamiento divino para investigar cual fué el propósito de Dios, al decretar la Encarnación, podemos conocer lo que Dios quiso por lo que ha hecho, una vez que Dios no hace más que lo que quiere.

El hecho es que Dios ha querido que todo se refiera á Cristo, como fin universal de todos los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seres: ha querido, entonces, que todo fuese creado originariamente, con la mira de ese fin.

El hecho es, que la Encarnación redime y eleva: redime al hombre, levanta á todos los seres.

Es, entonces, evidente que la Encarnación no tiene por única mira, la redención humana: tiene también, por objeto, la filiación divina del hombre, la glorificación de todos los seres, y por esta causa, la gloria Dios.

La Encarnación, como dijimos en el artículo que precede, tiene dos objetos: la redención humana y la glorificación de todos los seres.

Es admirable la economía de Dios, al concebir este plan que así realiza tan grandes maravillas.

Se presenta, sin embargo, una dificultad:

Ese plan, como concebido por Dios, tiene que ser de perfección incomparable.

Sin embargo, está relacionado necesariamente con la culpa.

La sabiduría divina, no tiene las miradas tímidas, inciertas, vagas y confusas, de nuestras inteligencias limitadas.

Conoce, de antemano, todos los pormenores de sus obras.

Suponer que toma en un decreto cualquiera, sus precauciones, contra un acontecimiento que puede venir y sorprender su gobierno, ó bien que ella modifica sus designios para desviar accidentes que sobrevienen, es rebajarla á nuestra talla y prestarle nuestras flaquezas y debilidades.

Así es que, siendo como es, la sabiduría increada, todo lo tiene previsto, cuando decide alguna cosa.

Sus planes son, digamos así, de un solo golpe y los instantes de razón, que imaginamos para analizarlos, no son más que ficciones de nuestras débiles inteligencias.

En consecuencia, se comprende bien que previó la caída del hombre, al crear el mundo; ó más bien, no se comprendería que no la hubiese previsto.

¿Pero, puede comprenderse, que al concebir la creación, haya permitido la caída?

¿Puede concebirse, que la haya permitido como ocasión determinante de todo el plan de la creación?

¿Puede concebirse, que el plan general de Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ganase, por explicarnos así, con la caída; es decir, que fuera más perfecto con la caída del hombre que sin ella?

¿Puede concebirse, que la caída, que es un mal, haya podido aprovechar á la perfección del plan de Dios?

He aquí la dificultad.

La grandeza del plan divino, no disminuye por la aparición del mal, cuyo oprobio refluye sobre el Verbo hecho carne.

"Al contrario, dice el P. Monsabré, sin cambiar nada de las sublimes intenciones que hasta aquí hemos podido admirar, el plan divino se ensancha abrazando, por decirlo así, todas las posibilidades: la manifestación de las perfecciones divinas, se hace más gloriosa y más completa, y el Hijo de Dios, hecho hombre, por estar más humillado, es mucho más hermoso".

La unión del Verbo, con la naturaleza humana, quizá no manifestaba en todo su esplendor, las perfecciones divinas.

Algunas no habían hecho escuchar su voz; guardaban silencio.

En el plan de la Encarnación redentora, es al

contrario: nada calla, todo el ser divino canta á plena voz en el seno de la creación.

Su poder es más maravilloso, su sabiduría más profunda, su amor más magnífico.

Es una maravilla salvar, por la unión hipostática, la distancia que separa lo infinito de lo finito, el creador de la criatura.

Y ¿no es más maravilloso ir á buscar á la criatura, en las fronteras de la nada, en donde se ha sepultado por el pecado?

"No solamente, agrega el P. Monsabré, el abismo franqueado es el más profundo, sino que Dios nos muestra lo que habríamos ignorado en otra situación; á saber cómo es fuerte contra el mortal enemigo de su majestad infinita."

Para combatirle, destruir su imperio y reparar, sobre un plan más grandioso, las ruinas que ese enemigo de Dios y del hombre, había amontonado, la omnipotencia divina lucha con imposibilidades de las cuales triunfa.

El Eterno nace, el inmutable crece en edad, el impasible sufre, el inmortal muere, la muerte destruye la muerte, la muerte engendra la vida.

"Decidme, se preguntaba San Hilario, si esta acumulación de tantas cosas, contra la naturale-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za y en la misma persona, no nos revela toda la extensión del poder divino."

Y aquí se ve, cómo la culpa, hasta cierto punto, agranda el plan divino: hace que brille, con un resplandor que en otra situación no pudiéramos contemplar, toda la grandeza del poder de Dios.

La sabiduría de Dios es profunda cuando, sin mezclar la naturaleza creada á la increada, hace la unidad de todas las cosas en una sola subsistencia.

Más profunda es esa sabiduría en la encarnación reparadora: ella tiende á aproximar dos cosas enemigas, y á sacar de las entrañas mismas del mal la salud y la regeneración del mundo.

En el Redentor, que esa encarnación nos proporciona, se reunen el ofensor y el ofendido.

Es Dios, como el Padre Eterno, de quien viene á apaciguar la cólera, y cordero pronto á la inmolación; carga los pecados del mundo: está de tal manera penetrado de la culpa, que el Apóstol, estupefacto, exclama: *Aquel que no era más que la inocencia, Dios lo ha hecho como un pecado viviente.*

Es, entonces, más asombrosa la sabiduría divina en la encarnación redentora, que lo fuera en

El que había hecho gustar vino delicioso á los convidados á un banquete nupcial, haría gustar á todos los invitados al banquete del cielo, un vino que engendra vírgenes, como es la sangre del Cordero sin mancha.

Lo posible y lo fácil que es para Dios convertir una sustancia en otra distinta, quedaban proclamados sin sombra.

Era la preparación de las almas, para que no abrigaran dudas de la conversión que había de realizar á poco tiempo, la víspera de su muerte, convirtiendo el pan en su cuerpo adorable.

La figura es un portento.

Continúan los prodigios.

Poco después de la muerte de Juan Bautista, el Salvador se dirigió á Cafarnaun; cruzó el mar de Tiberiades, acompañado de sus discípulos, y entró en un vasto desierto; pero los pueblos, que seguían todos sus pasos, hallaron medio de unirse con él para escuchar su doctrina y conseguir la curación de sus dolores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entonces fué cuando para recompensar su fidelidad, atendiendo á sus necesidades, multiplicó milagrosamente cinco panes y dos peces, con los cuales sació á cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños.

Esta prodigiosa multiplicación era el preludio de otra más portentosa: la multiplicación del pan eucarístico.

Si Jesucristo había convertido una sustancia en otra, si había multiplicado prodigiosamente cinco panes, para saciar á cinco mil hombres que hambrientos le seguían, no podía dudarse después, que le era fácil convertir el pan en su cuerpo, y para saciar á los hambrientos de luz y de amor, multiplicar ese pan misterioso y alimentar con él á todas las generaciones que buscan ansiosas la vida eterna.

Aquella misma tarde del día en que multiplicó los panes, estando de regreso en Cafarnaun, anunció al pueblo que le daría un pan mejor que aquel con que lo había saciado, un pan más celeste que el maná con que sus padres se habían alimentado en el desierto.

"Yo, les dijo, soy el pan vivo que descendió del cielo: este pan que os daré, cuando llegue la hora

es mi carne que será inmolada para la salvación del mundo." (1)

En concepto, pues, de Jesucristo mismo, la multiplicación de los panes fué preludio y figura de la divina Eucaristía.

1 Gaume, tom. 3°, pág. 61.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIGURAS DE LA EUCARISTIA.

SIGNOS DE LA SEGUNDA CLASE.

Por razón de las especies consagradas ó sea el cuerpo y sangre de Cristo, fueron figura de la Eucaristía todos los sacrificios antiguos.

Entre estos, tres son los que de un modo más singular revelaron sus caracteres y su importancia.

Bendecido por Dios, reverenciado por los hombres, con un hijo en quien debían ser benditas todas las naciones de la tierra, Abraham había llegado al colmo de la prosperidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Precisamente en este momento lo sujetó el Señor á una prueba terrible.

—Toma á Isaac,—le dijo,— á tu hijo único á quien tanto amas, y ve á la tierra de visión y allí me le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.

Levantóse, pues, Abraham antes del alba, aparejó su asno llevando consigo dos mozos y á Isaac su hijo. Y cortada la leña para el holocausto, encaminóse al lugar que Dios le había mandado.

Al tercer día de camino, alzando los ojos, divisó el lugar á lo lejos y dijo á sus mozos: Aguardad aquí con el jumento, que yo y mi hijo subiremos allá arriba con presteza, y acabada nuestra adoración volveremos á vosotros.

Tomó también la leña del holocausto y cargóla sobre su hijo Isaac, y él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo. Caminando así los dos juntos, dijo Isaac á su padre: Veo el fuego y la leña, ¿dónde está la víctima del holocausto?

—Hijo mio, respondió Abraham, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto.

Llegaron finalmente al lugar que Dios le había mostrado, erigió un altar, acomodó encima la leña y habiendo atado á Isaac su hijo, púsole en

el altar sobre el montón de la leña, extendió la mano y tomó el cuchillo para sacrificarlo.

De repente, el ángel del Señor gritó del cielo: No extiendas tu mano sobre el muchacho.... me doy por satisfecho de que temes á Dios, pues no has perdonado á tu hijo único por amor de mí.

Alzó Abraham los ojos y vió atrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, y habiéndolo cogido, le ofreció en holocausto en vez del hijo.

Abraham llamó á este lugar Moriah, esto es, el Señor ve y provee.

En esta bellísima escena descrita con inimitable lenguaje, porque es el lenguaje del cielo, aparece en figura la divina Eucaristía.

Sobre el monte Moriah fué edificado el templo de Salomón, y una de esas cimas se llama Calvario.

Isaac lleva á ese monte la leña sobre la cual debe ser inmolado; Jesucristo llevará también á la misma montaña el leño en que lo ha de sacrificar la ingratitud de su pueblo.

Isaac es el hijo único de Abraham; Jesucristo es Hijo único de Dios.

Isaac fué colocado vivo sobre la leña del holo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causto; Jesucristo fué también colocado vivo en el leño de su sacrificio.

Isaac, de treinta años próximamente, pudo con facilidad sustraerse á la muerte, y por lo mismo, si fué colocado sobre la leña del holocausto, fué porque quiso; Jesucristo, igual á su Padre en poder, pudo con facilidad libertarse de la muerte, y en consecuencia, si se ofreció á ella fué porque quiso.

Isaac fué inmolado por su padre, que había puesto en él todo su amor; Jesucristo lo ha sido por su padre, que tenía en él todas sus complacencias.

La Sinagoga oraba en el nombre y por los méritos de Isaac; la Iglesia ruega en el nombre y por los méritos de Jesucristo.

La sangre de un cordero fué ofrecida en holocausto por Abraham; la sangre de Jesucristo será ofrecida en sacrificio por la redención del hombre.

El sacerdocio de Aaron ofrecerá aquella sangre figurativa sobre el monte Moriah en el templo de Salomón; el sacerdote eterno ofrecerá en la misma montaña la sangre divinamente propiciatoria, su propia sangre en el altar de la Cruz.

la encarnación, si la culpa no se hubiera cometido.

Es magnífico el amor que impulsa al soberano bien á darse en persona, después de haber inundado al mundo con sus larguezas: pero en Cristo, glorioso y dominador que vemos en los orígenes del mundo, guarda necesariamente, bienes que Cristo redentor sacrifica.

La encarnación, sin la culpa, nos presenta á Cristo encarnado, conservando su gloria y su vida.

La encarnación con la culpa, la encarnación redentora, nos presenta á Cristo sacrificando sus bienes, su gloria y su vida.

Para el Cristo redentor no hay fiestas en la naturaleza, no hay entusiasmo en la humanidad.

La pobreza en la cuna, la persecución y el destierro desde la infancia, la oscuridad y las privaciones, los sudores y las fatigas de la vida obrera, la ingratitud, el desprecio, el odio, la traición de los hombres, todo esto coronado por drama lúgubre y sangriento: la muerte sobre un patíbulo.

Cuando quiere ser magnífico hasta el exceso, el amor no calcula, el amor no razona, el amor zanja las dificultades, el amor pasa hasta sobre lo imposible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y este es el amor de Dios en la encarnación reparadora.

"El exceso de su magnificencia, dice el Padre Monsabré, va hasta este punto, hasta dar los bienes de que es tan pródigo, no sólo á sus amigos, lo que sería muy grande, sino aun á sus enemigos, lo que es inmenso: *magnum est magna dare amicis et proximis; nimis inimicis.*"

Ya se ve, entonces, cómo la introducción del Verbo Redentor en el plan de la Encarnación, nos da un acrecentamiento en la manifestación de las perfecciones divinas.

El poder, la sabiduría y el amor, tres de los atributos divinos que Dios se proponía manifestar en la creación del Universo, se manifiestan más grandes, más magníficos y más sublimes en la Encarnación reparadora.

Cristo, encarnado para redimir á la humanidad, hace ver con más claridad el alcance de su poder, lo profundo de su sabiduría y el exceso casi incomprensible de su amor.

He aquí por qué en el plan divino entró la culpa.

Pero hay algo más todavía.

Sin la culpa, y de consiguiente sin la Encarnación reparadora, no habríamos podido contemplar en toda su magnificencia, algunas otras perfecciones divinas.

"Dos perfecciones, dice el P. Monsabré, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, presidida por el Verbo Encarnado, vienen en una creación manchada por la culpa, á unirse al coro del poder, de la sabiduría y del amor: estas son la misericordia y la justicia."

La misericordia consiste en compartir la miseria ajena, entristecerse de ella y alejarla de quien la sufre.

Dios, en su inalterable naturaleza, no puede entristecerse: lo único que puede hacer es alejar la miseria.

"No compete á Dios, dice Santo Tomás, entristecerse por la miseria de otro; pero sí le compete, y de un modo principal, alejar, repeler, la miseria de aquél que es víctima de ella."

Y por miseria, como el mismo santo Doctor lo enseña, se entiende cualquier defecto, cualquier sufrimiento, *ut per miseriam, quemcumque defectum intelligamus.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y este es el amor de Dios en la encarnación reparadora.

"El exceso de su magnificencia, dice el Padre Monsabré, va hasta este punto, hasta dar los bienes de que es tan pródigo, no sólo á sus amigos, lo que sería muy grande, sino aun á sus enemigos, lo que es inmenso: *magnum est magna dare amicis et proximis; nimis inimicis.*"

Ya se ve, entonces, cómo la introducción del Verbo Redentor en el plan de la Encarnación, nos da un acrecentamiento en la manifestación de las perfecciones divinas.

El poder, la sabiduría y el amor, tres de los atributos divinos que Dios se proponía manifestar en la creación del Universo, se manifiestan más grandes, más magníficos y más sublimes en la Encarnación reparadora.

Cristo, encarnado para redimir á la humanidad, hace ver con más claridad el alcance de su poder, lo profundo de su sabiduría y el exceso casi incomprensible de su amor.

He aquí por qué en el plan divino entró la culpa.

Pero hay algo más todavía.

Sin la culpa, y de consiguiente sin la Encarnación reparadora, no habríamos podido contemplar en toda su magnificencia, algunas otras perfecciones divinas.

"Dos perfecciones, dice el P. Monsabré, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, presidida por el Verbo Encarnado, vienen en una creación manchada por la culpa, á unirse al coro del poder, de la sabiduría y del amor: estas son la misericordia y la justicia."

La misericordia consiste en compartir la miseria ajena, entristecerse de ella y alejarla de quien la sufre.

Dios, en su inalterable naturaleza, no puede entristecerse: lo único que puede hacer es alejar la miseria.

"No compete á Dios, dice Santo Tomás, entristecerse por la miseria de otro; pero sí le compete, y de un modo principal, alejar, repeler, la miseria de aquél que es víctima de ella."

Y por miseria, como el mismo santo Doctor lo enseña, se entiende cualquier defecto, cualquier sufrimiento, *ut per miseriam, quemcumque defectum intelligamus.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y sin embargo, lo más tierno de la misericordia, es sufrir por el que sufre.

"Compartir la miseria, dice el P. Monsabré, apropiarse la miseria, sufrir con el que sufre y lo que sufre, hacer entrar la miseria de los otros en nuestro propio corazón, hacer nuestro corazón miserable, como lo es otro corazón, para mostrarle cuánto se le ama, esta es la misericordia: *miserum cor, miseria cordis, misericordia.*"

Aquí es donde se ve, con toda claridad, cómo la Encarnación redentora hace brillar ese atributo tan dulce.

No pudiendo Dios, tener sufrimientos ni tristeza en su inmutable naturaleza, tomó la nuestra, se hizo semejante, como dice San Pablo, en todas las cosas, con sus hermanos, para hacerse misericordioso: *unde debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.*

Y, en efecto, en Cristo Redentor, en su alma y en su carne, resuenan todos nuestros dolores, con tanta fuerza, que llora, gime, sufre más que todos los hombres juntos, y se le puede llamar por esto, el Rey de la misericordia.

"Llora en su cuna, dice el P. Monsabré, llora en sus vigilias solitarias, llora sobre la tumba de

un amigo, llora sobre la colina desde donde contempla en Jerusalén á la humanidad ingrata, llora en el jardín solitario, en el que nuestras miserias se le presentan, tan á lo vivo, que casi muere: es, verdaderamente, un varón de dolores, *virum dolorum.*"

El Cristo, Redentor, es la misericordia misma.

Pero no sólo se muestra la misericordia; también la justicia habla en el Verbo Redentor, con el mismo tono y sobre el mismo ritmo, que las otras perfecciones, según la hermosísima frase del P. Monsabré.

La justicia resplandecía, sin duda, en las obras de la creación.

La justicia consiste en la distribución correcta y adecuada de los dones que le corresponden á cada naturaleza.

Y el Creador de los mundos los había distribuido con peso y con medida, respondiendo á las exigencias de cada naturaleza creada.

Pero nuestros ojos, débiles y enfermizos, podrían considerar estos dones, no como la obra de la justicia, sino como la obra del amor que da y de la sabiduría que ordena.

Lo que mejor podría hacernos contemplar la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

justicia, en toda su terrible grandeza, era el mal, el mal moral.

Propio es también, de la justicia, castigar, y los ojos humanos, mirando el castigo, es como comprenden la justicia.

Dios, por eso, en sus designios, que nadie puede sondear, previó y permitió el pecado.

Una vez cometido, la expiación era necesaria.

Todas las penas de la vida, el trabajo ingrato, las privaciones, las enfermedades, las decepciones, las angustias, los pesares, las torturas del alma y del cuerpo, forman un lúgubre cortejo que rodea, oprime, fatiga y agobia al pecador: esta es su expiación: así le castiga Dios: así hace manifestación de su justicia: pero no basta.

La justicia de Dios es infinita como su ser, y no puede quedar satisfecha, sino cuando el castigo iguale á la ofensa.

Y todos aquellos castigos están muy lejos de nivelarse con la ofensa.

No hay en el Universo una pena que iguale al pecado.

El pecado es de una grandeza inconcebible.

San Bernardo nos da algunas notas que nos hacen comprenderla.

"El pecado, dice este sabio Padre de la Iglesia, y causa horror decirlo, agrega, es que se ensaña contra el mismo autor del mundo."

"La voluntad humana, en cuanto puede, quiere destruir á Dios."

"Y quiere destruirlo, porque quiere ó que no vengue sus pecados ó que no los conozca: es decir, quiere un Dios ignorante ó impotente."

"Y quien desea un Dios ignorante ó impotente, desea que perezca su poder, su justicia y su sabiduría."

"La majestad á quien ultraja el pecado, dice Santo Tomás, le da en cierto modo un carácter infinito, y de consiguiente, ninguna satisfacción finita puede compensar la ofensa."

"¿Qué bien, en efecto, pregunta el P. Monsabré, podría sacrificar el pecador que fuera posible comparar con el bien infinito que ha despreciado?"

"¿Qué bien podrá sacrificar el pecador que Dios no tenga derecho de quitarle, para castigar su crimen antes que lo haya satisfecho?"

Y aun cuando se encontrara en la humanidad un inocente que quisiese responder por los culpables, ¿qué bien posee, del cual no deba ya el homenaje á su Creador?

004802

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ninguna criatura puede rendir á Dios el honor que el pecado le quita.

"La inmensa hecatombe de la naturaleza entera, dice San Atanasio, no nos dará la medida de las exigencias de la majestad divina."

Esta situación requería un medio que igualara el castigo con la ofensa.

El equilibrio de estas dos cosas, es el triunfo y la manifestación completa de la justicia.

El Verbo Encarnado da la solución.

El Verbo hecho carne, revestido de los harapos de nuestra naturaleza va á presentarse á su Padre y á ofrecerle bienes que está obligado á aceptar.

Y está obligado á aceptarlos, porque ningún reato pesa sobre ellos y porque el Hombre-Dios los penetra con mérito infinito.

El Verbo Redentor, que es Dios como el Dios ofendido, ofrece la satisfacción. El problema está resuelto: el castigo y la ofensa quedan nivelados.

Era, pues, necesaria la Encarnación reparadora.

"Es verdad, agrega el P. Monsabré, que una oración, una palabra, un suspiro, una lágrima, una mirada del Dios hecho hombre, habría bastado en rigor para satisfacer á la divinidad ofendida; pero, con tan pequeñas señales, nuestros limitados

y groseros entendimientos no habrían visto las profundidades infinitas de la justicia."

Dios multiplica sobre el Verbo hecho hombre los oprobios y los sufrimientos; hace que corra la sangre hasta la muerte, la muerte infame de la cruz, á fin de que, iluminados por esas venganzas y hundidos en piadosa consternación ante el drama del Calvario, confesemos la grandeza del Ser Supremo diciendo, con voz conmovida: cuán grande es esta justicia que ha necesitado una víctima tan noble, tanta vergüenza, tan crueles tormentos.

He aquí un misterio adorable.

Dios que se irrita contra el pecado, es el Dios que tiene compasión del pecador; Dios que se precipita sobre el culpable, es el Dios que toma el lugar del pecador; Dios que hiere, es el Dios que sufre; Dios que castiga, es el Dios que merece y alcanza el perdon.

La justicia y la misericordia, como decía David, se han tendido la mano y se han abrazado en el corazón espirante del Verbo Redentor.

Ya se ve, entonces, como la Encarnación reparadora era necesaria para que resplandecieran en toda su luz dos perfecciones divinas, que sin la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

culpa no se hubieran manifestado á nuestros ojos la justicia y la misericordia.

La aparición del mal en el mundo, lejos de amenguar la grandeza de las perfecciones divinas, hace que su manifestación sea más gloriosa y sea más completa.

El poder, la justicia y el amor, resplandecen con intensidad más grande: la misericordia y la justicia, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, se ostentan, la primera en toda su inefable ternura, y la segunda en toda su imponente severidad.

Alguien, sin embargo, pudiera creer que en la Encarnación reparadora, que es un misterio de sufrimientos y humillaciones, las perfecciones divinas, lejos de brillar con espléndida luz, han tenido que oscurecerse en el Hombre Dios, cubierto de oprobios.

No es así: el sol, aunque tienda su luz sobre pantanos lodosos y corrompidos, ni se anubla ni se mancha; el alma, aunque unida al cuerpo, jamás participa de la naturaleza de este vaso de barro quebradizo que la guarda.

Así es que, unida la divinidad á la carne humana, ni se contamina ni se mancha, ni se anubla ni cambia de ser.

Por otra parte, en todas las humillaciones de la humanidad de Cristo, se hace visible, siempre, el esplendor inmaculado de su ser divino.

Es concebido en la carne, pero lo es por obra y por virtud del Espíritu Santo; nace del seno de una mujer, pero esa mujer es una Virgen sin mancha y queda Virgen después de su alumbramiento; descansa pobre en un pesebre, pero allí recibe la adoración de los Reyes; huye desterrado á Egipto, pero á su presencia caen y enmudecen los ídolos que allí se adoraban; vive en la indigencia, pero hace milagros que asombran al mundo; es aprehendido por los soldados en el Huerto, pero antes, con una sola palabra, los derriba en tierra; es crucificado, pero la tierra se estremece; muere, pero el sol se apaga; es encerrado en una tumba, pero de ella sale por virtud propia, glorioso y radiante.

No, y preciso es repetirlo, las humillaciones de Cristo jamás anublan los esplendores de su ser divino.

En la Encarnación reparadora, no sólo se osten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tan las perfecciones divinas en su belleza más espléndida, sino que en ella el Verbo aparece más radiante y más hermoso.

"El monarca pacífico cuya majestad soberana, dice el P. Monsabré, hubiera iluminado los orígenes del mundo, si el género humano no hubiera pecado, merece, sin duda, nuestros homenajes y nuestra admiración: sin embargo, por hermoso que nos aparezca en la mística poesía de nuestros ensueños, le falta á su frente una doble corona: la corona del vencedor y la corona del salvador."

"Es hermoso para un rey, continúa el P. Monsabré, reinar como señor absoluto sobre un pueblo sumiso y que tiene confianza plena en la fuerza, en la sabiduría y en la bondad de aquel que lo gobierna."

"Es hermoso que ese rey responda á los homenajes de sus súbditos, por la magnificencia de sus beneficios."

"Pero cuando el enemigo llega y lanza un grito de guerra, cuando sus batallones triunfantes han arrollado ya á las tropas infieles, á las que se había confiado la guarda de las fronteras, cuando asienta su pie insolente sobre el suelo de la patria, como si la hubiese conquistado para siempre, volar

á su encuentro y ponerse heróicamente á la cabeza de la batalla, romper sus legiones, ponerlas en fuga al precio de mil heridas, salvar, en fin, á un pueblo de la muerte y volver á su seno teñido en su propia sangre, coronado con los laureles de la victoria y más dueño que nunca de los corazones, por el prestigio de su valor y por la honra de su nombre, es la más bella gloria que un rey puede ambicionar."

Dios no quiso privar de esa gloria á su Hijo divino: le reservó para un mundo invadido por el mortal enemigo de su majestad: el pecado.

El Verbo hecho carne, desde el primer instante de su vida pasible y mortal, entra en lucha con el pecado.

Sangriento, martirizado, espira sobre el cadáver del enemigo; pero á poco sale de la tumba y vuelve á los suyos para decirles: "Tened confianza, he venido al mundo, *confidite, ego vici mundum.*

El Profeta había visto en su triunfo al Redentor de la humanidad.

"¿Quién es éste, esclama, que viene de Edon y de Bosra con sus vestiduras teñidas de sangre? ¿Este tan gallardo en su vestir y en cuyo majestuoso andar se descubre la mucha fortaleza suya?"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Yo soy, responderá, el que predico la justicia y soy el protector que da la salud á los hombres."

"Pues ¿por qué está rojo tu vestido, y está tu ropa como aquellos que pisan la vendimia en el lagar?"

"El lagar lo he pisado solo sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo. Pisé á los enemigos con mi furor y los hollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manché toda mi ropa."

"Porque he aquí el día fijado en mi corazón para tomar venganza: es llegado ya el tiempo de redimir á los míos."

Y Cristo, cumpliendo el vaticinio ganó solo la difícil y sangrienta victoria: ciñó su frente con la corona del vencedor, con la corona del que salva á su pueblo.

Ya se ve cómo Dios es más grande, cómo el Verbo Encarnado es más bello, en la Encarnación reparadora.

En la Encarnación reparadora se manifiestan con más esplendor las perfecciones divinas, se dejan ver en toda su luz las que apenas conoceríamos en una creación inmaculada, y se ostenta el Verbo, hecho hombre, lleno de encantos y hermosura.

Pero la manifestación de esas perfecciones no procura la gloria de Dios, sino poniéndose al servicio del hombre.

Cristo, hecho hombre, para redimir á la humanidad pecadora, ha puesto á nuestro servicio, causa asombro el decirlo, su misma persona divina.

Comunicarse al hombre para llamarlo al bien y apartarlo de las sendas de la culpa, he aquí otro de los beneficios de la Encarnación reparadora.

A nuestra inteligencia, hundida en las tinieblas y marchando con paso inseguro hacia la verdad, el Verbo Encarnado le trae una luz desconocida, la luz de los cielos, para alumbrar las sendas, y sondear, sin peligro, los abismos de la verdad.

Cristo habla, y sus palabras hacen que se fije nuestro entendimiento en su autoridad divina, y ésta constituye la base inquebrantable de nuestra fe.

"Para que el hombre, dice San Agustín, anduviera con más confianza por las sendas del mun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do y llegara sin perderse, á la verdad, la misma verdad, el Hijo de Dios, hecho hombre, constituye y funda la fe.

Habíamos perdido de vista la eterna felicidad que nos fuera prometida en la cuna del mundo, nuestros deseos languidecían, las cosas sensibles tenían cautiva nuestra alma.

La humanidad del Salvador nos acerca el soberano bien, y Dios, haciéndose ver, nos devuelve el gusto de las cosas invisibles.

Como Cristo funda nuestra fe, levanta nuestra esperanza.

"Nada fué tan necesario para levantar nuestra esperanza, dice San Agustín, como el que se nos hiciera patente el amor que Dios nos tiene. ¿Qué demostración más palpitante del amor divino, que el que el Hijo de Dios se uniese á nuestra naturaleza?"

Nuestros corazones tímidos y perezosos, apenas osaban pasar de la adoración temblorosa, al amor de la divinidad: el Verbo inmolado viene á encender en nosotros el fuego sagrado del amor, en toda su grandeza.

¿Quién, mirando su amor, dice San Bernardo, no le amaría? ¿Quién, recibiendo de él tantos bienes, podría rehusarle el homenaje de tierno y piadoso reconocimiento?

"¿Cuál es el motivo, pregunta San Agustín, más poderoso de la venida de Cristo, sino el manifestar el amor que Dios nos tiene?

"Si el corazón era tardo para amarle, agrega el santo Doctor, no lo sería para pagar el amor que nos manifiesta."

Los sacrificios que impone la virtud espantan nuestra debilidad, el dolor abate nuestra firmeza, la muerte consterna á nuestra naturaleza en la que anida un fermento de inmortalidad, y el espectáculo de las debilidades y deficiencias de que diariamente somos testigos, acaba la obra de nuestro penoso desaliento.

Cristo se encarna y padece.

Es el primero en los caminos del deber y del sufrimiento; nos arrastra con su ejemplo sobre sus huellas ensangrentadas; su corazón abierto nos ofrece, en nuestros males, un refugio lleno de paz y de dulzura; su muerte, coronada de gloria, nos invita al desprecio de los vanos terrores que nos agitan en el dintel de la tumba; á su presencia y con su ejemplo, todo bien es posible, toda pena se olvida, toda vida se prepara con gozo al sacrificio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así es como Cristo Redentor nos enseña á obrar bien.

"Antes, dice San Agustín, veíamos al hombre, á quien no debíamos seguir, y no veíamos á Dios, á quien debíamos seguir siempre. Era, pues, preciso que Dios se mostrara al hombre, para que fuese visto por el hombre y para que el hombre lo siguiese: por eso Dios se hizo hombre."

La felicidad verdadera del hombre, el fin de la vida humana, consiste en la plena participación de la divinidad.

Habíamos perdido hasta el recuerdo de ese fin precioso, la memoria de nuestra propia dignidad; deshonrábamos nuestra naturaleza por toda clase de crímenes.

La unión del Verbo y de la naturaleza humana, los implacables azotes de la justicia divina sobre la carne sagrada del Salvador, nos recuerdan á cada instante lo que somos, nos traen á la memoria la grandeza de nuestros inmortales destinos.

"Dios se hizo hombre, dice San Agustín, para que el hombre se hiciera Dios."

"Reconoce, ¡oh hombre! tu dignidad, dice San León, y hecho participante de la naturaleza divina, no degeneres, volviendo á la vileza de tu antigua vida."

He aquí cómo la Encarnación reparadora pone al Verbo Divino á nuestro servicio, para nuestro bien.

La fe que se apoya en su palabra, que asombrada escuchó la multitud que le seguía, agranda los horizontes de nuestra inteligencia, ilumina los caminos de la verdad: al contemplar la belleza del Verbo hecho Hombre, se alienta nuestra languideciente esperanza: al ver á Cristo dar la vida por nuestro amor, nuestro amor se enciende y nuestra caridad se inflama: al mirar á Cristo en los caminos del deber y del sufrimiento, nuestra vida se apresta con gozo á los sacrificios y á los dolores: al sentir como caen sobre su cuerpo inmaculado los azotes de la justicia divina, recordamos nuestra grandeza y nos preparamos con valor á despreciar las cosas perecederas y á suspirar sólo por las celestes.

La Encarnación reparadora, que tantos bienes nos ofrece y nos otorga, nos da también elementos preciosos para alejarnos de las sendas del mal.

Unido Dios á la naturaleza humana, es decir, formándose una sola persona de Dios, del alma y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la carne, el demonio no puede ya sorprendernos: no puede presentarse á nuestros ojos como Dios, alegando que es un espíritu y no carne, porque la Encarnación nos muestra que Dios se hizo carne.

Tampoco puede alegar, para engañarnos, que él es Dios, porque es inmortal, una vez que la Encarnación nos muestra que el Hijo de Dios se dignó *morir* hecho hombre.

Tal es el pensamiento de San Agustín.

La Encarnación reparadora patentiza, por otra parte, la grandeza de la dignidad humana.

"Nos demostró Dios, dice San Agustín, el lugar excelso que la naturaleza humana ocupa en la creación, al haber aparecido entre los hombres como hombre verdadero."

La soberbia humana, que es el más poderoso impedimento para unirnos á Dios, puede sanarse por la humildad del Salvador.

Ella, en fin, liberta al hombre de la esclavitud del pecado.

Cristo satisfizo por nosotros: el hombre solo no podía satisfacer por todo el linaje humano: Dios no debía satisfacer: convenía, pues, que lo hiciera un Dios-hombre.

¡Cuántos misterios, cuántos beneficios, encierra la Encarnación reparadora!

Los principios que hemos venido consignando en los precedentes artículos, nos dejan ver, en toda su magnificencia, las incomparables grandezas del plan de la Encarnación.

Dios, impulsado por la tendencia que tiende á comunicarse, quiso llevarla hasta su último extremo; quiso manifestar, en el exterior, sus perfecciones infinitas, en toda su espléndida luz; quiso, en fin, dar á su obra el alto grado de belleza y de gloria que fuese capaz de recibir.

Comunica á nuestra alma, la luz de la inteligencia; entra más profunda é íntimamente en nosotros, por la gracia; quiere darse él mismo en la gloria del cielo, pero no puede ser más que el objeto inteligible de nuestra eterna contemplación.

Esto no basta á su amor: le queda un último don que hacer, el don de sí mismo, según su ser propio, natural y personal, de modo que se pueda decir: un hombre es Dios, un Dios es hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la carne, el demonio no puede ya sorprendernos: no puede presentarse á nuestros ojos como Dios, alegando que es un espíritu y no carne, porque la Encarnación nos muestra que Dios se hizo carne.

Tampoco puede alegar, para engañarnos, que él es Dios, porque es inmortal, una vez que la Encarnación nos muestra que el Hijo de Dios se dignó *morir* hecho hombre.

Tal es el pensamiento de San Agustín.

La Encarnación reparadora patentiza, por otra parte, la grandeza de la dignidad humana.

"Nos demostró Dios, dice San Agustín, el lugar excelso que la naturaleza humana ocupa en la creación, al haber aparecido entre los hombres como hombre verdadero."

La soberbia humana, que es el más poderoso impedimento para unirnos á Dios, puede sanarse por la humildad del Salvador.

Ella, en fin, liberta al hombre de la esclavitud del pecado.

Cristo satisfizo por nosotros: el hombre solo no podía satisfacer por todo el linaje humano: Dios no debía satisfacer: convenía, pues, que lo hiciera un Dios-hombre.

¡Cuántos misterios, cuántos beneficios, encierra la Encarnación reparadora!

Los principios que hemos venido consignando en los precedentes artículos, nos dejan ver, en toda su magnificencia, las incomparables grandezas del plan de la Encarnación.

Dios, impulsado por la tendencia que tiende á comunicarse, quiso llevarla hasta su último extremo; quiso manifestar, en el exterior, sus perfecciones infinitas, en toda su espléndida luz; quiso, en fin, dar á su obra el alto grado de belleza y de gloria que fuese capaz de recibir.

Comunica á nuestra alma, la luz de la inteligencia; entra más profunda é íntimamente en nosotros, por la gracia; quiere darse él mismo en la gloria del cielo, pero no puede ser más que el objeto inteligible de nuestra eterna contemplación.

Esto no basta á su amor: le queda un último don que hacer, el don de sí mismo, según su ser propio, natural y personal, de modo que se pueda decir: un hombre es Dios, un Dios es hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

He aquí la primera grandeza que realiza la Encarnación.

Hay otra: las perfecciones eternas se muestran en todo su infinito esplendor.

Por excelente que sea en su esencia, sublime en su acción, radiante en sus manifestaciones, la creación queda á una distancia infinita del ser increado.

"No hay número, dice el P. Monsabré, que pueda medir ese abismo, no hay fórmula que pueda expresar su profundidad insondable."

La Encarnación se realiza, y entonces el abismo se colma y los números quedan vencidos.

Brilla en esta obra el poder supremo del Omnipotente, que une la naturaleza divina y la naturaleza humana, sin que se confundan, en una sola persona.

Resplandece en la obra divina de la Encarnación, la belleza de la sabiduría eterna: no se une el Verbo, ni á la materia ni á las sustancias puramente espirituales: se une al hombre, que por su alma toca á las esferas celestes y por su cuerpo á la creación sensible: de este modo, en el cielo y sobre la tierra, las cosas visibles y las cosas invisibles, los principados y las potestades, quedan

establecidas sobre él: todo es creado para él, y todo se apoya en él, todo se sostiene en él, porque plugo á Dios, según la frase de San Pablo, darle toda la plenitud: *Quia in ipso complacuit omnen plenitudinem inhabitare.*

De la diversidad de seres que existen en la creación, formó el Verbo la unidad.

Esta es la tendencia de la sabiduría: unir lo que está separado: este es el fruto de su acción: hacer de todas las cosas una sola cosa: *qui fecit utraque unum.*

Esta es la segunda grandeza que realiza la Encarnación.

Queda todavía otra: unido el Verbo á la naturaleza humana, la tierra, como dice el P. Monsabré, queda honrada con la penetración real y sustancial del infinito, absorbe en cierto modo la inmensidad, el hombre absorbe á la tierra, y la humanidad, toda entera, es absorbida por la naturaleza que el Verbo Encarnado asocia á su Divinidad.

El mundo queda así divinizado, en su fondo, y lo debe quedar, necesariamente, en su acción.

"La operación sigue al ser, ha dicho Santo Tomas, *operare sequitur esse.*"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Encarnado el Verbo, en la naturaleza humana, las obras de este Hombre-Dios son obras infinitas.

Todos los actos que el Verbo Encarnado ejecuta, los ejecuta como representante de la humanidad, como jefe de ella, y desde entonces, desde la tierra, se entona un cántico infinito con las mismas notas y con el mismo ritmo que el que se canta en las profundidades del Ser Eterno.

He aquí la tercera grandeza que realiza la Encarnación: Dios da á su obra el más alto grado de belleza y de gloria que puede recibir: el universo todo queda divinizado por la unión del Verbo con la naturaleza humana, que es el compendio de la creación entera.

Pero no está aquí todo el plan divino: le falta una circunstancia que decide todo: el pecado.

La Encarnación tiene que ser reparadora. Dios, al concebir desde la eternidad, la creación, prevee y permite el pecado.

Esta circunstancia, que no es un acontecimiento que sobreviene impensadamente, sino que viene prevista y ordenada por la sabiduría divina, le da á la Encarnación mayor realce.

Brillan con más esplendor las perfecciones divinas, resplandecen las que en una creación inmaculada acaso no serían conocidas, el Verbo ciñe la corona del vencedor y derrama, sobre la humanidad, beneficios que el hombre no puede medir.

Este es, en toda su amplitud, el plan real y actual de la Encarnación.

La Encarnación, por lo mismo, ha tenido como objeto la redención, que es su fin próximo, y por eso ha revestido una forma expiatoria y dolorosa.

Se ha referido también á la creación, como su fin último, y ha tenido por objeto la gloria de Dios, la de Jesucristo y la de todos aquellos que ha escogido para su gloria.

Por eso la Encarnación, en su forma expiatoria ha sido pasajera: en su forma gloriosa, es permanente.

San Pablo ha dicho: "era necesario que Cristo sufriera, para que *así* entrase á su gloria."

Y David lo había profetizado cuando, dijo: "ha bebido, *al pasar*, del agua del torrente, pero *después* ha levantado la cabeza: *De torrente in via bibet, propterea exaltavit caput.*

Así es, que la Encarnación no encuentra su fin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

absoluto, sino su paso, en la redención, y su fin absoluto está más allá, en la gloria de Cristo.

La Encarnación tiene, pues, un doble fin, el de rescatarnos del pecado original, que es su fin próximo, que es el que nos afecta inmediatamente, porque él no mira más que á la familia humana, y el fin universal, el que se refiere á la creación toda entera, dándole un valor infinito ante Dios y elevándola en Jesucristo á un destino de gloria, cuyo designio la ha precedido y determinado.

La escuela de Escoto sostiene que en virtud del plan actual y del decreto presente, el Verbo se hubiera encarnado aunque Adán hubiera perseverado en la justicia y la hubiera trasmitido á sus descendientes.

Los Tomistas no niegan la posibilidad de la Encarnación fuera del pecado; pero sostienen que en el plan real y actual de este misterio y en virtud del decreto presente, el Verbo no se habría encarnado si el hombre no hubiese pecado.

La redención del género humano es, según ellos, el único motivo próximo de la unión del Verbo divino con nuestra naturaleza, que la ha tomado pasible y mortal para cumplir su obra.

Esto es lo que nosotros hemos defendido: el fin próximo de la Encarnación es la redención humana: su fin último es la glorificación de las creaturas y por esto la gloria de Dios.

Santo Tomás, al sostener su tesis, la funda en razones, como son siempre las suyas, clarísimas y concluyentes.

Lo que depende de la voluntad de Dios, dice, no puede sernos comunicado más que por la Escritura Santa.

Y en la Escritura Santa se da como razón ó motivo de la Encarnación del Verbo, el pecado del hombre.

"Vino el Hijo del Hombre, dice San Lucas, á buscar y á salvar lo que se había perdido."

"No necesitan de médico, dice en otro lugar, los que están sanos, sino los que están enfermos."

"Cristo, agrega San Pablo, vino á este mundo para salvar á los pecadores."

No sólo la Escritura, los Padres de la Iglesia se expresan á este respecto en términos precisos.

"Si el hombre no hubiera pecado, dice San Agustín, el Hijo del Hombre no hubiera venido."

En otra parte se expresa así: "No tuvo otra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causa la venida de Cristo, sino la de salvar á los pecadores. Quita las enfermedades, quita las heridas, y ya no se necesita la medicina."

San Juan Crisóstomo habla con la misma precisión: "Dios se ha hecho carne, dice, para ejercer su misericordia con nosotros. Esta es la única razón de este gran misterio, no hay otras."

La Iglesia, en sus oficios, enlaza constantemente el Misterio de la Encarnación con la caída del hombre.

El magnífico prólogo de la Bula en que se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María, expresa esta idea, que es enteramente conforme á la tesis de Santo Tomás.

En fin, los Tomistas dicen: *Es contrario á la perfecta sabiduría que precede á los decretos divinos y á la perfecta simplicidad de estos decretos dividirlos ó multiplicarlos en una misma obra, y suponer que Dios modifica, por algún accidente ó motivo que se presenta, un plan determinado, como enseñan los Escotistas.*

Dios no ha tenido más que un plan real en el que todo accidente y toda circunstancia han sido ordenadas y previstas. No ha habido de su parte más que un decreto eficaz: el que nos ha dado

al Verbo Redentor. El resto es pura hipótesis. El decreto eficaz de Dios se *refiere, á un mismo tiempo á su gloria y á la restauración de la humanidad caída*; pero este último motivo puede ser llamado el motivo primario y eminente

Para dar más claridad á estos principios, los Tomistas distinguen en el decreto divino, lo que ellos llaman instantes de razón.

Según ellos, en el primer instante, considerando Dios por su ciencia infinita todas las cosas posibles, quiere la efusión de su poder y de su bondad, y la manifestación de sus atributos. En el segundo instante, escoge, entre las cosas posibles, el mundo actual destinado á procurar su gloria. En el tercer instante, decide elevar á la creatura racional al orden sobrenatural y adornarla con los dones de su gracia. En el cuarto instante, quiere, por un insondable designio, permitir el pecado. En el quinto instante, decreta la reparación del pecado. En el sexto, designa á su Hijo único como reparador de la culpa por su encarnación en una naturaleza pasible y mortal. En el séptimo, refiere á Cristo Redentor todas sus intenciones relativamente á la efusión de su bondad, á la manifestación de sus perfecciones, á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

glorificación del mundo y á la felicidad de los escogidos.

Admirable misterio: entraña dificultades graves, abismos profundos.

Pero esto no es motivo para desconocerlo y rechazarlo.

"Donde Dios obra, el imposible cesa," ha dicho un gran pensador.

Un piadoso teólogo se expresa así: "Los que rechazan la Encarnación, son, á mi juicio, más bien ingratos que incrédulos: el peso del beneficio los aterra, más que la grandeza de la obra."

Dios, no hay que dudarlo, se ha hecho hombre.

LA HUMANIDAD EN ADÁN.

Dios, al concebir el plan de su obra previó, sin duda, como lo hemos indicado antes, la invasión del pecado.

Debido á esta previsión, decretó que su Hijo tomara carne pasible y mortal, y ordenó este misterio para redimir al mundo.

"La sangre de Cristo, dice San Pablo, nos liberta de todo pecado."

"El Salvador, dice en otra parte, será ofrecido en expiación por nuestras culpas, y no sólo por las nuestras, sino también por las del mundo todo."

Sin embargo, aunque la encarnación tenía por objeto esta redención universal de todos los pecados, es decir, la purificación de todas las culpas, su eficacia se dirige más directa é inmediatamente, en los designios de Dios, á un solo pecado.

No porque ese pecado sea más grave de los que voluntariamente se cometen, sino porque á nadie exceptúa; ataca, por decirlo así, la naturaleza y es la raíz de todas las iniquidades.

Ese pecado se llama pecado original.

Preciso es conocerle, antes de penetrar en las profundidades de la Encarnación del Verbo divino.

La herejía ha alterado su noción y ha exagerado los males que ocasiona.

El racionalismo, al oírlo nombrar, se sonríe, y desdeñosamente lo relega al rango de pueriles fábulas, que la superstición inventa para engañar á la ignorancia y tenerla bajo el yugo de un terror vano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay, pues, que estudiar el pecado original.

Pero, antes de hacerlo, es preciso investigar si la humanidad no es más que una sola familia, y cuál era, en su fuente primitiva, el estado de esa familia.

El pecado original sólo se concibe si toda la humanidad estaba contenida en Adán, su primero y único tronco, y si este padre de tan numerosa descendencia poseía antes de su caída una perfección de la que no queda más que un recuerdo.

La humanidad no tiene sino una sola cuna, es una, por la naturaleza y por la sangre.

Las primeras páginas de la Escritura Santa nos descubren y nos demuestran esa verdad tan consoladora y tan augusta.

"Hagamos al hombre; dijo Dios, á nuestra semejanza y á nuestra imagen."

Y, formado de tierra y animado por un espíritu de vida, el hombre aparece, aparece solo, dominando el universo todo por el pensamiento.

Pero Adán, que había sido hecho á imagen de Dios, debía ser fecundo, como lo era el Dios que le formara con sus manos.

Dios le mira, y, al mirarlo solo, dice: "No es

bueno que el hombre esté así: hagámosle una ayuda semejante á él."

Y el nuevo ser que, según la palabra divina, debería aparecer al lado de Adán, ¿en qué podría servirle á éste de ayuda?

La vasta inteligencia de Adán era suficiente para la tarea que Dios le había impuesto de gobernar y someter á toda criatura.

Pero, semejante á Dios, debía existir en el primer hombre la irresistible tendencia á comunicarse: es propio de todo bien ser irresistiblemente difusivo.

Como las altas funciones de la inteligencia del primer hombre no podían ser sacrificadas á las funciones inferiores, de donde nace la vida del cuerpo, fué necesario hacerle á Adán una ayuda, en la que residiera la fuerza pasiva de la generación, dejando en él, como en soberano dispensador, la fuerza activa de esa función prodigiosa.

Pudo el Señor hacer, de la misma materia de que se había servido para el cuerpo de Adán, el cuerpo de la ayuda que había decretado otorgarle, y renovar, ante los ojos admirados del rey del mundo, el acto omnipotente por medio del cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había inspirado sobre el lodo inerte el espíritu de vida.

No fué así: del mismo cuerpo del hombre tomó el Creador una parte, y de ella hizo el cuerpo maravilloso de la mujer, con menos majestad, pero con más gracia; con menos fuerza, pero con más delicadeza; con menos arrogancia, pero con más encantos.

Al verla Adán, entreabre sus labios para cantar este epitalamio que se ha de convertir en la ley fundamental de la familia: "He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne: por esto abandonará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su esposa y serán dos en una sola carne."

A este canto responde Dios con un precepto que hará brotar á la humanidad de sus fuentes: "Creced y multiplicaos."

Tal es la enseñanza cristiana, tal es la enseñanza verdadera, tal es la enseñanza que tiene profundas raíces en el corazón de la humanidad, y que, aunque desfigurada, se descubre en las viejas tradiciones de todos los pueblos.

De Adán se formó el cuerpo de Eva, y de Adán y de Eva, única pareja primitiva, ha descendido toda la familia humana.

Las generaciones se venían sucediendo y llenando la tierra, hasta que una catástrofe, que la humanidad nunca olvida, puso de nuevo á la cabeza del género humano á un solo hombre, y después de él, á las tres familias de Noé, que extienden por todas partes sus ramas, que Moisés, hasta con sus nombres propios, liga con el tronco primitivo.

No hay principio del cristianismo que la impiedad no ataque.

Los espíritus soberbios y superficiales niegan la unidad del género humano: el monogenismo es para ellos un principio que la razón jamás puede aceptar.

No sólo para un cristiano, para un hombre dotado de recto juicio, la unidad de la especie humana en Adán es una verdad incontrovertible.

Los libros de Moisés se imponen al entendimiento, no sólo porque ellos guardan, en sus inimitables páginas, la palabra de Dios, sino porque la historia puramente humana, los descubrimientos de la ciencia, han venido y vienen, cada día, á confirmar su relato.

Es preciso, sin embargo, estudiar, aunque en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brevísima frase, las razones que se invocan para combatir la unidad de la especie humana.

A tres pueden reducirse estos grandes argumentos: la diversidad de tipos humanos, la diversidad de lenguas, y la dificultad de poblar continentes inaccesibles, al menos en las primeras edades.

La profunda diversidad de los tipos, la diferencia radical de los idiomas, la imposibilidad de poblar la América y la Oceanía en las épocas en que debieron poblarse, todo protesta, dicen los poligenistas, contra la unidad de la especie humana.

"La diversidad de los tipos, dice el P. Monsabré, es un hecho que nadie puede negar; pero, bajo la diversidad de tipos, la naturaleza humana queda semejante á sí misma, en su conformación general, en sus aptitudes y en sus tendencias."

"Por todas partes, continúa el sabio domínico, el hombre es el regio animal que se tiene en pie, mientras que los otros se arrastran; por todas partes ejerce sobre los reinos inferiores de la creación el mismo dominio."

"Por todas partes su cabeza arrogante mira al cielo, por todas partes sus piés huellan la tierra, por todas partes sus manos industriosas se prestan á obras admirables que modifica según sus

necesidades ó según sus caprichos, por todas partes su cerebro es el asiento de una inteligencia en que brilla la luz, por todas partes expresa por un lenguaje articulado no sólo instintos y pasiones, como el bruto, sino también ideas."

"Por todas partes reconoce como regla de su vida los mismos grandes principios de la moral, por todas partes adora á un Ser Supremo, por todas partes es perfectible, por todas partes está sujeto á las mismas enfermedades manifestadas por los mismos síntomas, y por todas partes, condenado á muerte, siente y aspira á la inmortalidad."

"¿Esas semejanzas fundamentales, pregunta el P. Monsabré, que indican tan claramente una sola y misma naturaleza en la humanidad, son tan poca cosa que se puedan posponer á diferencias superficiales infinitamente más numerosas y más vigorosamente acusadas en otras especies de animales?"

El color que parece á primera vista el signo más característico de la raza, está muy lejos de tener la importancia que generalmente se le atribuye. Bajo una piel negra hay tipos que no desdeñaría un artista, y bajo la piel blanca, tipos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deformes á los que no falta sino el color para ser negros perfectos.

La coloración, por otra parte, es un fenómeno local, es un puro accidente, y casi insignificante, para determinar la especie.

La piel considerada en su conjunto, está compuesta esencialmente de tres capas: el dermis, el epidermis y el cuerpo mucoso de Malpighi.

Todos los anatomistas admiten la existencia de estas tres capas; pero varían en la apreciación de las relaciones que las unen, y cada uno de ellos las subdivide después en un cierto número de capas secundarias.

Es inútil entrar en detalles.

El dermis forma el cuero ó la piel propiamente dicha, y está situado más profundamente y abrevado de sangre por una multitud de vasos ramificados hasta el infinito; á ellos debe el tinte rojo que presenta el ojo desnudo cuando se le pone al descubierto; pero si se le examina con una lente se aperciben, entre las mallas de las redes vasculares, los tejidos propios que la componen, y estos tejidos son tan blancos en el negro de Guinea, como en el blanco de Europa.

En el exterior se encuentra el epidermis, capa

de apariencia dura, compuesta de láminas traslucidas más ó menos íntimamente adherentes entre sí y cuya semitrasparencia permite ver el tinte general de los tejidos puestos debajo. Esta capa es enteramente semejante en todas las razas.

Entre el dermis y el epidermis se encuentra el cuerpo mucoso, que es el asiento de la coloración.

Este se compone de celdillas unidas unas con otras y superpuestas de manera que forman un cierto número de estratificaciones.

Hasta aquí todo es semejante, en el negro y en el blanco; pero en este último el contenido de las celdillas, aun las más profundamente situadas, es en la mayor parte de las regiones del cuerpo casi incoloro y no presenta más que un ligero tinte amarilloso: este color se sube en las razas amarillas y aun en las blancas, cuando tienen el tinte moreno; en el negro se hace de un negro más ó menos pronunciado.

Ya se ve, por esa sencilla exposición que hace Quatrefages, á lo que se reduce el fenómeno de la coloración diversa de las razas humanas. De la una á la otra no hay aparición de órganos ó de elementos orgánicos nuevos: no hay más que un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

color que, á partir de un término medio, sube ó se debilita.

Sin embargo, continúa el sabio á quien acabamos de citar, este hecho podría considerarse como de un valor real, si fuese constante, es decir, si cada tinte especial concordase siempre con otros caracteres más importantes propios de ciertos grupos humanos.

Pero no es así, y á propósito del tinte, sobre todo en el hombre, puede decirse lo que de las flores: *Nimium ne crede colori*.

No todos los hombres negros, son negros: hay entre ellos algunos que por una liga incontestable y muy próxima están unidos á las poblaciones más blancas.

Pero no sólo las analogías proclaman la unidad de la especie humana y echan por tierra la contraria tesis que los poligenistas pretenden sacar de la variedad de tipos.

El Lapon y el Húngaro son tipos perfectamente distintos, y sin embargo, su idioma atestigua que tuvieron un origen común.

Los Tártaros y los Turcos se distinguen de los Mongoles, y sin embargo, tienen lenguas de la misma familia.

Los naturalistas, dice Darwing, que admiten el principio de la evolución reconocen sin vacilar que todas las razas humanas descienden de un tronco primitivo único y no se limita á esta simple afirmación el jefe de la escuela transformista, sino que aduce razones y pruebas que son tanto más decisivas cuanto que proceden del campo enemigo.

Las razas humanas actuales, agrega Darwing, presentan en muchos conceptos numerosas diferencias; por ejemplo, el color de los cabellos, la forma del cráneo, las proporciones del cuerpo: sin embargo, si se les considera por el lado del conjunto de organización se encuentran muy parecidas en muchos puntos. Y son tan insignificantes estos puntos y de tan singular naturaleza, que es difícil suponer que hayan sido adquiridos independientemente por especies ó razas primitivamente distintas.

Con mayor motivo se ha de aplicar esta observación á los puntos de semejanza mental que existen en las más distintas razas humanas. Los indígenas americanos, los negros y los Europeos tienen cualidades intelectuales tan diferentes como cualesquiera otras razas; sin embargo, cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo vivía con los indígenas de tierra de fuego á bordo del "Beagle" observé en ellos numerosos rasgos de carácter que probaban cuán semejante es su espíritu al nuestro é hice la misma observación en un negro puro á quien traté íntimamente.

Tomemos, dice Quatrefages, una de esas agrupaciones de individuos más ó menos semejantes, pero capaces de contener entre sí uniones fecundas, y siguiendo á Chevreul remontémonos hasta su origen. Las veremos descomponerse en familias, cada una de las cuales procede mediata ó inmediatamente de un padre ó de una madre; en cada generación disminuye el número de estas familias; y si continuamos remontándonos llegaremos á encontrar el término final, *un par primitivo único.*

——

No es sólo la variedad de los tipos, es también la variedad de las lenguas la que se invoca por los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana.

No cabe ponerlo en duda: los descubrimientos de los últimos siglos, nos han revelado tantos idiomas diversos, que su multiplicidad ha podido preocupar, de pronto, á los que defienden la unidad de la raza de Adán.

Los estudios que se han hecho, sobre la diversidad de los idiomas, han venido á demostrar, sin embargo, que todos ellos derivan de una sola lengua.

El argumento, en consecuencia, lejos de combatir la tesis cristiana, la pone en toda su luz, la hace que aparezca más cierta y más clara.

"Toda lengua se compone de dos partes, dice el P. Monsabré, la una inmutable y la otra flexible y que cambia."

"Esta última, sucesivamente transformada por el trabajo del hombre, puede hacerse, al cabo de ocho ó diez siglos, una lengua enteramente desconocida."

"Nadie habla hoy el francés de Carlos el Calvo: sólo los eruditos lo entienden."

"Las raíces, al contrario, resisten á todas las manipulaciones que sufren las desinencias y quedan en el fondo de todo idioma como el signo revelador de su procedencia."

"El estudio de este signo, ha permitido á la ciencia dividir la lengua humana, en tres grupos primitivos."

"Aquel en que dominan las lenguas sin gramática, que se asemejan á los gritos de un niño,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo vivía con los indígenas de tierra de fuego á bordo del "Beagle" observé en ellos numerosos rasgos de carácter que probaban cuán semejante es su espíritu al nuestro é hice la misma observación en un negro puro á quien traté íntimamente.

Tomemos, dice Quatrefages, una de esas agrupaciones de individuos más ó menos semejantes, pero capaces de contener entre sí uniones fecundas, y siguiendo á Chevreul remontémonos hasta su origen. Las veremos descomponerse en familias, cada una de las cuales procede mediata ó inmediatamente de un padre ó de una madre; en cada generación disminuye el número de estas familias; y si continuamos remontándonos llegaremos á encontrar el término final, *un par primitivo único.*

——

No es sólo la variedad de los tipos, es también la variedad de las lenguas la que se invoca por los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana.

No cabe ponerlo en duda: los descubrimientos de los últimos siglos, nos han revelado tantos idiomas diversos, que su multiplicidad ha podido preocupar, de pronto, á los que defienden la unidad de la raza de Adán.

Los estudios que se han hecho, sobre la diversidad de los idiomas, han venido á demostrar, sin embargo, que todos ellos derivan de una sola lengua.

El argumento, en consecuencia, lejos de combatir la tesis cristiana, la pone en toda su luz, la hace que aparezca más cierta y más clara.

"Toda lengua se compone de dos partes, dice el P. Monsabré, la una inmutable y la otra flexible y que cambia."

"Esta última, sucesivamente transformada por el trabajo del hombre, puede hacerse, al cabo de ocho ó diez siglos, una lengua enteramente desconocida."

"Nadie habla hoy el francés de Carlos el Calvo: sólo los eruditos lo entienden."

"Las raíces, al contrario, resisten á todas las manipulaciones que sufren las desinencias y quedan en el fondo de todo idioma como el signo revelador de su procedencia."

"El estudio de este signo, ha permitido á la ciencia dividir la lengua humana, en tres grupos primitivos."

"Aquel en que dominan las lenguas sin gramática, que se asemejan á los gritos de un niño,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enérgicos, pero sin liga: aquel que está compuesto de las lenguas semíticas, llenas de vitalidad y de calor, ropaje natural de esta brillante poesía aunque las impresiones y las pasiones se suceden con rapidez: el que se compone, en fin, de los idiomas indo-europeos, ricos, regulares, tan flexibles como fecundos, igualmente propios para la poesía, para la exposición de los hechos, y para la precisión científica.

La ciencia ha llevado más adelante sus investigaciones.

Después de haber reducido el número de idiomas independientes, ha examinado con cuidado sus afinidades en los elementos comunes que pertenecen á su esencia, y habiendo encontrado estos elementos, ha concluido que estos idiomas han estado originariamente reunidos en uno solo, que no es una separación gradual ni un desenvolvimiento individual los que han creado entre ellos las diferencias, sino una fuerza activa, violenta, extraordinaria, suficiente para explicar á un mismo tiempo las semejanzas y las diferencias.

Alejandro de Humboldt, á quien debemos tan preciosas noticias sobre las lenguas y monumentos de América, se expresaba así: "Aunque ciertas lenguas puedan á primera vista parecer aisladas, por más singulares que sean sus caprichos y sus idiotismos, todas tienen analogía entre sí. Los muchos lazos que las unen serán tanto más manifiestos, cuanto más se perfeccionen la historia de las naciones y el estudio de las lenguas."

Y así ha sucedido: á medida que esos estudios se han perfeccionado, se ha ido llegando á demostrar la unidad del lenguaje.

La Academia de Petersburgo, llevada probablemente en estos estudios de la lengua, por la grande autoridad del Conde de Goulianoff, mantenedor ardentísimo de la unidad de los idiomas, llegó á esta conclusión: Todas las lenguas deben reputarse como dialectos de un idioma ya perdido.

El consejero de Estado, Merian, dice: "Los que duden de la unidad del idioma después de haber leído á Whiter, pueden leer á Goulianoff!"

"Con mayor satisfacción, dice César Cantú, recuerdo las ideas de Federico Schlegel, el hombre á quien nuestro siglo debe más de lo que podrían pagar nuestros nietos en algunas generaciones."

"En la obra que por primera vez hizo que la Europa volviese los ojos á estos graves objetos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

establece claramente su opinión respecto de la unidad original de todas las lenguas."

"Rechaza con indignación el pensamiento de que el habla, fuese invención del hombre en un estado salvaje é indisciplinado, traída gradualmente á su perfección por la industria y la experiencia de las generaciones sucesivas; y por el contrario la considera como un todo con sus raíces y estructura, con su pronunciación y el carácter escrito, el cual no era geroglífico, sino que estaba compuesto de signos que expresaban exactamente los sonidos de aquella lengua primitiva."

Pero aun suponiendo que los idiomas primitivos no tuviesen algún elemento común, que fuesen perfectamente independientes é irreducibles por completo, esto nunca probaría la multiplicidad de especies en la humanidad.

Lo más que podría deducirse de aquí, para establecer esa tesis, sería una conjetura que podría quedar destruida por otra.

Aunque los idiomas fuesen diferentes, hay otros elementos que proclaman la unidad del género humano.

"Los idiomas difieren; pero la unidad de las ideas primordiales, la comunidad de las tradiciones fundamentales, la posibilidad de traducir una por otra las lenguas humanas, la facultad que todo hombre posee de asimilarse todos los idiomas, nos autorizan á creer, dice el P. Monsabré, que la multiplicidad de las lenguas no es un hecho original, sino un accidente en la unidad de la especie humana."

Y esta conjetura se convierte en certidumbre cuando encontramos en las primeras páginas del Génesis estas preciosas palabras: La tierra era de un solo labio: *erat autem labii unius et sermonum eorumdem.*

Es decir, no había al principio más que un solo idioma en toda la tierra, y los hombres hablaban del mismo modo.

Al ver Dios su orgullo, continúa el texto bíblico, dijo: "Vengamos, descendamos y confundamos su lengua. Y la lengua de toda la tierra se hizo confusa y los hombres no se entendieron ya, y Dios los dispersó sobre el haz del mundo."

"La autoridad de esas líneas, concluye el P. Monsabré, escritas en la época en que la humanidad, más cercana á sus orígenes y llena aún del recuerdo de los hechos que habían decidido su dispersión, no tenía interés alguno en inventarlos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no puede ser destruida por una simple conjetura científica."

Si la filología pudiese invocar en su favor el testimonio de otras ciencias, el relato de la Biblia acaso no fuera concluyente. Pero la observación filosófica, la topografía del globo, el estudio de los monumentos, las tradiciones y la fisiología misma, estando de acuerdo con la palabra de Moisés respecto al origen de la especie humana, nos impulsan á creer como enteramente cierta la afirmación de la Escritura Santa, cuando asegura que las lenguas quedaron confundidas y el humano linaje disperso por toda la tierra.

La tercera observación que aducen los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana, es la imposibilidad en que se encontraban los pueblos antiguos de pasar de un hemisferio á otro en frágiles ó pesadas embarcaciones, lanzadas al acaso á través de las olas, en las que la calma no es menos peligrosa que la tormenta.

La Europa, la Asia y la Africa, están unidas. La América sola, es la que parece formar un mundo aparte, y sin embargo, es punto resuelto por la geografía, que de la Asia ha podido pasarse á la América, con toda seguridad.

"Parece fuera de duda, dice uno de nuestros historiadores,[1] que el estrecho de Behring fué el punto del globo por donde pasaron las tribus de la Asia á la América, siendo lo más probable que el actual estrecho descubierto y pasado por vez primera en 1728 por Behring y Tchirokov, formara en aquellos remotos siglos, inmediatos al diluvio, un istmo, el que más tarde, después que se hubo verificado el tránsito, á consecuencia de algún cataclismo, haya quedado como hoy se le conoce."

"Unidas de tal suerte la Asia y la América, continúa el autor citado, ese tránsito no presenta dificultad alguna; pero suponen otros escritores, tomando las cosas tales como hoy existen, que como ese estrecho sólo mide catorce leguas, y la mayor parte del año están congeladas las aguas del Océano, fué muy posible y fácil que el paso se hubiera verificado por los hielos, ni más ni menos que como frecuentemente lo atraviesan las tribus hiperbóreas en la actualidad. Otros creen que los primeros pobladores han atravesado en canoas aquel estrecho, aprovechándose de las diferentes islas en aquél diseminadas."

1 Pérez Verdía.—Compendio de la Historia de México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Sea la que fuere, concluye el autor citado, está explicado el tránsito del hombre del antiguo al nuevo mundo, porque es cosmopolita y puede, en consecuencia, soportar todos los climas del globo; pero la presencia, en América, de animales de la zona tórrida, como el caimán y otros muchos, exige un nuevo punto de pasaje, pues éstos no pudieron haber venido por los glaciales climas de Behring. Además, es un hecho reconocido, que las ruinas del Palenque pertenecen á otras tribus muy diferentes de las que venidas del Norte, edificaron Casas Grandes y Chicomostoc; de suerte que es preciso admitir, que la América estuvo unida con el Africa, por las Antillas y por el Brasil, como parecen indicarlo los numerosos archipiélagos y la sonda que, revelando poca profundidad del mar, puede significar que hubo un hundimiento debido á un cataclismo."

"Una carta general del globo, dice el P. Monsabré, si está bien hecha, en algunos minutos fija vuestra opinión."

"La América, continúa, proyecta hacia la Islandia, isla extrema del norte de Europa, la vasta tierra de Groenlandia, y no está separada del norte de Asia, sino por el estrecho de Behring."

"El archipiélago de las Aleusianas, de Kamtchatká á la isla de Aliaska, ofrece á los navegantes novicios una serie de etapas marítimas."

"El archipiélago de las Kuriles une el Kamtchatká al Japón, el Japón es vecino de la China."

"He aquí ya tres caminos para pasar del antiguo al nuevo mundo."

Y lo que la geografía decide, la historia acredita que se ha realizado.

Desde el siglo IX una Bula del Papa Gregorio IV hace mención de las misiones de Islandia y de Groenlandia, y hacia el fin del siglo XIII, los hermanos predicadores fundan en este último país uno de sus conventos.

En una de sus expediciones, los españoles apercibieron cerca de la costa de California las proas doradas y las vergas plateadas de las barcas mercantes de la China y el Japón.

Vasco Núñez, atravesando el istmo de Panamá, encuentra cerca del cabo Darien, negros africanos.

D. Hernando Cortés, recibiendo las confidencias del infortunado Moctezuma, recoge de los labios de éste, que sus antepasados habían venido de países muy lejanos, de aquellos países donde se levanta el sol.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En fin, las tradiciones, las cosmogonías, los edificios religiosos, los palacios, los geroglíficos, las instituciones de los pueblos de América en la época de la conquista española, ofrecen tales semejanzas con los de la Asia, que es imposible negar su liga ó su parentesco.

Ya se ve como ni la variedad de tipos, ni la diversidad de lenguas, ni la dificultad de poblar el mundo, ministran argumentos sólidos para combatir la unidad de la especie humana.

—

Ni la variedad de tipos humanos, ni la diversidad de los idiomas, ni la imposibilidad de poblar en las primeras edades la América y la Oceanía, constituyen como se ha visto, fundamentos sólidos para establecer sobre ellos la pluralidad de especies de la raza humana.

La unidad del género humano puede sólidamente establecerse en un solo argumento que es enteramente decisivo: lo ministra la ciencia fisiológica.

El hombre, por su cuerpo está inevitablemente sujeto á las leyes que gobiernan y dirigen el reino animal.

Todo animal está dotado de dos fuerzas: una plástica, en virtud de la cual, como dice el P. Monsabré, puede, bajo la influencia de los medios en que se halla, modificar accidentalmente su naturaleza, y otra de trasmisión, en virtud de la cual comunica su naturaleza con las modificaciones que ha experimentado.

De las dos fuerzas combinadas nacen la especie y la raza.

Cuanto es flexible la fuerza plástica en sus efectos, tanto es inmutable la fuerza de trasmisión.

Esta debe perdurar en la especie, para que la especie se perpetúe.

Si se ensaya esta fuerza de trasmisión de un género á otro género, bien pronto queda castigada, por la violencia que hace á la naturaleza, con una pena terrible, que es la esterilidad.

El *creced* y *multiplicáos* que se pronunció en la aurora de los tiempos sobre toda vida, jamás salva los linderos de la especie: de manera que el signo verdaderamente característico de la especie no debe buscarse en otra parte, más que en la fecundidad continua.

Y así lo ha mostrado la observación.

Mientras que la selección aplicada á individuos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escogidos en géneros que se tocan, no engendra más que productos híbridos, cuya fuerza de trasmisión es nula ó limitada á unas cuantas generaciones, la unión del hombre y de la mujer, cualquiera que sea la diferencia de tipos, recibe de la bendición divina una virtud que atraviesa indefinidamente las familias.

"La sangre del negro y del blanco, dice el P. Monsabré, no son licores extraños que rehusan fundirse para impregnar el ser que ellos producen al calor comunicativo de la vida: como dos ríos amigos, mezclan sus ondas fértiles cuyos orígenes se reconocen en un tinte mixto, que va modificándose de alianzas en alianzas hasta que logra triunfar la sangre más pura."

"En una palabra, dice el P. Monsabré, apoyado en las enseñanzas de Quatrefages, entre todas las parejas de la humanidad la fecundidad es continua, luego la humanidad es una sola especie, á menos que las leyes que rigen el organismo humano no estén en contradicción, sobre los puntos importantes y verdaderamente característicos, con las leyes á que obedecen todos los otros organismos vivientes."

Por eso el célebre naturalista, á quien acabamos

de referirnos, fundado en ese principio y en las observaciones que lo comprueban, ha dicho que la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, y que han descendido ó que puede considerarse que descienden de una pareja primitiva única, por una sucesión no interrumpida de familias.

Así es que donde hay fecundidad continua hay especie: la fuerza de trasmisión prueba la identicidad de la especie y la conserva.

La fuerza plástica es la que establece las diferencias en los individuos sin mudar la especie; introduce modificaciones en la especie sin cambiar su esencia.

El medio en que se desarrollan los seres hace que esa fuerza se flexione y produzca las modificaciones que se afirman, que crecen y se multiplican á cada paso.

La herencia y el medio engendran esas flexiones de la fuerza plástica.

A la herencia debemos muchos bienes y también muchos males: nadie puede negar su virtud misteriosa.

No es menos perceptible la acción complexa del medio en que se vive.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

'Si los seres insensibles, dice el P. Monsabré, sufren la influencia del medio en que se hallan, si el mármol, por ejemplo, no tiene bajo la luz sombría de nuestros climas los tonos resplandecientes que reviste bajo los hermosos cielos de Grecia y de Italia, cuánto más no la sentirán los seres vivientes en los que la inercia queda reemplazada por la fuerza de asimilación."

'Tal flor palidece y se agosta bajo nuestro mudable cielo, continúa diciendo el P. Monsabré, que ante el ardiente sol de los trópicos extiende su ancha corola, y sus colores vivos; tal árbol que languidece, plantado en un suelo árido y sin jugo, saca de un suelo húmedo tronco y ramas gigantescos."

Más que los vegetales, el animal se transforma bajo la influencia del medio, porque su vida más perfecta colabora más activamente con las causas anteriores.

El hombre es el más perfecto de los vivientes; no podremos, entonces, encontrar uniforme su tipo, cuando en su organismo más delicado, más impresionable, más flexible, la fuerza plástica presta á las fuerzas exteriores un concurso más enérgico.

Así es que la influencia del medio, tiene que hacerse sentir sobre el hombre con más energías, con más viveza, si cabe la palabra.

El hombre es un animal racional, y el alma es la forma del cuerpo.

Sus hábitos y sus pasiones, tienen su reflejo en la fisonomía.

En consecuencia, y esto la observación lo muestra cada día, las tradiciones piadosamente conservadas, una inteligencia cultivada, el amor de lo bello y de lo grande, los nobles esfuerzos de la libertad contra los apetitos de la materia, las costumbres suaves, las sabias instituciones, no pueden dar á un pueblo la misma fisonomía que la existencia sumida en el grosero olvido de las nociones fundamentales de la humanidad, la aplicación exclusiva á los ejercicios del cuerpo, la indiferencia estúpida, la satifacción constante de los apetitos materiales, las costumbres disolutas, una opresión bárbara ó una independencia salvaje.

Esos diferentes elementos del medio en que se vive, tienen que engendrar, y engendran necesariamente, profunda y radical diferencia en la fisonomía de los pueblos sometidos á esos elementos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No carecen de influencia también las cualidades de la atmósfera, la luz, el calor, la electricidad, la alimentación: estas causas físicas trabajan al organismo por la parte de afuera, mientras el alma lo trabaja por la parte de adentro.

Y esto tenía más importancia, se hacía sentir más su influencia en la época en que la especie humana se dividió en grupos fundamentales.

La acción del medio, la influencia del clima, era, en aquel entonces, muy superior á lo que es hoy.

"Las grandes variedades de la especie humana no son, dice Lacepede, obra reciente de las causas naturales, á cuya influencia está sometido el hombre."

"Cuando la especie humana se dividió en grupos fundamentales, cuando las razas diferentes comenzaron á existir, la acción del clima era muy superior á lo que es hoy."

"Esas razas se produjeron en una época muy cercana á la última catástrofe que trastornó la superficie del globo."

"Todos los elementos, cuya reunión compone lo que llamamos *la influencia del clima*, presentaban, dice el último autor citado, en esos tiempos de agitación y de desorden, una potencia muy superior á la que ellas pueden manifestar hoy: la calma de un gran número de siglos ha embotado las fuerzas de la naturaleza y ha encadenado la acción de un gran número de sustancias por su mezcla y sus combinaciones."

"En la época cercana á la destrucción de la superficie del globo, cuando las leyes conservadoras estaban en suspenso, por decirlo así, cuando cada cosa estaba, en cierto modo, fuera de su lugar, los extremos estaban muy alejados los unos de los otros, los contrastes eran más palpitantes, los cambios más rápidos."

"Esta sucesión rápida de causas contrarias, ó al menos muy diferentes, es la que siempre ha hecho experimentar á los seres organizados los efectos más notables, las modificaciones más profundas, las alteraciones más durables."

"El clima, pues, concluye el autor á quien nos venimos refiriendo, es el que ha podido producir, en aquellos tiempos, las razas de la especie humana."

Y si estas variaciones se perpetúan, si estas variedades están, por decirlo así, como enraizadas, es debido, sin duda, á la obstinación de cier-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas familias de no abandonar los medios en que viven, en la tendencia irremediable de muchas, á no salir de su sangre.

Por eso, si la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes, pero que todos descienden, por una sucesión no interrumpida, de una sola pareja primitiva, la raza tiene que ser el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que han recibido y transmiten, por vía de generación, los caracteres de una variedad primitiva.

Ya se ve como la fuerza de transmisión prueba y conserva la especie, y como la fuerza plástica prueba y conserva las razas.

La variedad de éstas, en modo alguno, destruye la unidad de la especie.

Alguien pudiera decir, que no repugna á la omnipotencia divina, haber creado en diversos lugares muchas parejas de la misma especie.

Nadie se atreverá á negar la posibilidad: pero de que así se haya realizado, es imposible producir prueba alguna.

"Tal afirmación tiene que ceder el paso, dice el P. Monsabré, á esa historia venerada durante más de cuarenta siglos por millones de hombres, con-

firmada por las tradiciones, por las ciencias naturales, por el estudio de las lenguas, por la geografía, y yo agrego, por el simple buen sentido."

La especie humana es una sola: todos somos hermanos de una misma familia: la humanidad toda entera estaba en Adán.

De este gran principio depende el dogma de la Encarnación reparadora.

La humanidad, como se ha demostrado con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, no ha tenido más que un solo origen: ha venido exclusivamente de Adán.

Del cuerpo de este primer hombre, se formó el de la mujer, y de esta única pareja, proviene la descendencia humana.

Pero ¿en qué estado se hallaba la humanidad de Adán?

El primer hombre, al salir de las manos de Dios, estaba dotado de la inocencia, de la justicia original y de la santidad.

"Este estado de inocencia y de justicia original supone, dice el P. Monsabré, con la integridad de la naturaleza un bien sobrenatural, un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas familias de no abandonar los medios en que viven, en la tendencia irremediable de muchas, á no salir de su sangre.

Por eso, si la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes, pero que todos descienden, por una sucesión no interrumpida, de una sola pareja primitiva, la raza tiene que ser el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que han recibido y transmiten, por vía de generación, los caracteres de una variedad primitiva.

Ya se ve como la fuerza de transmisión prueba y conserva la especie, y como la fuerza plástica prueba y conserva las razas.

La variedad de éstas, en modo alguno, destruye la unidad de la especie.

Alguien pudiera decir, que no repugna á la omnipotencia divina, haber creado en diversos lugares muchas parejas de la misma especie.

Nadie se atreverá á negar la posibilidad: pero de que así se haya realizado, es imposible producir prueba alguna.

"Tal afirmación tiene que ceder el paso, dice el P. Monsabré, á esa historia venerada durante más de cuarenta siglos por millones de hombres, con-

firmada por las tradiciones, por las ciencias naturales, por el estudio de las lenguas, por la geografía, y yo agrego, por el simple buen sentido."

La especie humana es una sola: todos somos hermanos de una misma familia: la humanidad toda entera estaba en Adán.

De este gran principio depende el dogma de la Encarnación reparadora.

La humanidad, como se ha demostrado con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, no ha tenido más que un solo origen: ha venido exclusivamente de Adán.

Del cuerpo de este primer hombre, se formó el de la mujer, y de esta única pareja, proviene la descendencia humana.

Pero ¿en qué estado se hallaba la humanidad de Adán?

El primer hombre, al salir de las manos de Dios, estaba dotado de la inocencia, de la justicia original y de la santidad.

"Este estado de inocencia y de justicia original supone, dice el P. Monsabré, con la integridad de la naturaleza un bien sobrenatural, un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

destino enteramente gratuito y trascendente de la naturaleza á la visión instuitiva, á la posesión inmediata de Dios, y como medio de llegar á este fin, supone también una penetración íntima de la vida divina, que transforma al hombre y hace de él un hijo de Dios, adornado con los dones del Espíritu Santo, y de hábitos infusos que sus fuerzas nativas no pueden producir, capaz, por lo mismo, de ejecutar bajo la acción sobrenatural de la gracia, actos eminentes que le dan derecho á la herencia celeste."

En este estado feliz, fué creado el primer hombre, el único padre, la única fuente, de la raza humana.

Para los creyentes, esto es una verdad indiscutible.

"*Dios hizo al hombre recto*," dice el libro del Eclesiástico, y por recto, en las frases de la Escritura, se significa el *justo*.

Por eso, en el libro del Cantar de los Cantares, se dice: "*los rectos te amarán:*" y en David, hallamos entre otras, estas dos frases: "*Dios salva á los rectos de corazón: alégrense los justos en el Señor, á los rectos conviene la alabanza.*"

Basta la palabra de Dios, para los que en ella

creeen y de ella viven; basta esa voz, que es siempre divina, para que el principio enunciado tenga ante sus ojos los caracteres de una verdad indiscutible.

Los hombres más sabios del mundo, los padres de la Iglesia, han profesado, apoyándose en aquella palabra, la misma verdad consoladora.

"Hemos sido *creados*, por Dios, *buenos y rectos*, decía San Jerónimo, y si nos inclinamos á las cosas malas, es por vicio propio."

"En la ofensa de Adán, decía San Hilario, perdimos la generosidad de la *primera y feliz creación.*"

"Dios no quiso, decía San Agustín, que Adán *quedara sin gracia*, la cual dejó á su arbitrio."

"Fué *creado en la justificación*, dice en otro lugar, *conditum in salute.*"

"Dios *crió* al hombre, enseña San Juan Damaceno, *inocente, recto, probo*, adornado de todo género de virtudes, lo hizo otro ángel, lo hizo espíritu y carne, adorador mixto en estas dos sustancias, y lo hizo adorador, en espíritu, por la gracia."

Esta ha sido la enseñanza divina que ha ido atravesando las corrientes de la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Iglesia católica, divinamente inspirada, ha promulgado esta ley: "si alguno no confiesa, dijo el Concilio de Trento, que el primer hombre Adán, cuando quebrantó el precepto de Dios, en el paraíso, perdió al punto la santidad y justicia, en que había sido constituido, sea anatema."

Así es que, volvemos á repetirlo, para los creyentes la creación de Adán en justicia y santidad, que envuelve necesariamente, la sabiduría en el entendimiento, y todo género de virtudes en el corazón, es una verdad que está fuera de toda discusión posible.

La rectitud con que fué enriquecido el primer hombre, no fué sin duda, obra de la naturaleza, lo fué necesariamente de la gracia.

Esa rectitud consistía en que la razón humana estaba sujeta á Dios, las fuerzas inferiores estaban sujetas á la razón, y el cuerpo estaba sujeto al espíritu.

Esta triple sujeción, es lo que constituye la rectitud del hombre, es lo que constituye la santidad y la perfección.

Esta triple sujeción, volvemos á repetirlo, no es obra de la naturaleza.

La sujeción de las fuerzas interiores á la razón y la del cuerpo, al alma, son efecto de la sujeción de la razón á Dios.

La sujeción de las fuerzas inferiores á la razón, y del cuerpo, al alma, no son obra de la naturaleza, porque de otro modo, aun después de la culpa, se habrían mantenido.

El pecado es impotente para destruir los dones naturales.

Si, pues, estas dos sujeciones, no son obra de la naturaleza, tampoco lo es la primera.

Son, entonces, obra de un don sobrenatural.

Fué preciso, entonces, que la obra de la gracia se hubiera hecho sentir en Adán, para mantener esa triple sujeción.

Por otra parte, todo artífice, dota á su obra de los elementos que necesita para que alcance su fin.

Dios, en consecuencia, tuvo que dotar al hombre de lo que necesitaba, para alcanzar el fin con que fuera creado, y como el fin á que Dios destinara al hombre, era sobrenatural, es evidente que le dotó de un medio sobrenatural, como es la gracia.

Y si el primer hombre fué constituido en un estado de santidad y de perfección, fué también

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enriquecido en su inteligencia con una ciencia admirable, cual ningún otro hombre ha podido alcanzar en la tierra.

El primer hombre fué creado no sólo para ser el principio de la descendencia humana por la generación corporal, lo fué también para serlo por la instrucción y el gobierno, y no sólo en el orden natural, sino en el sobrenatural á que había sido elevado.

Si Adán, al salir de las manos de Dios, tenía todos los elementos para ser por la generación el padre de toda la raza humana, debía también, para ser su gobernante y su maestro, estar dotado de una ciencia completa.

Adán tuvo, en consecuencia, la fe esplícita de los misterios divinos, el conocimiento de todas las cosas terrenas y celestiales.

Por eso en el Libro de la Sabiduría se dice que Dios llenó á la primera pareja humana con tesoros de sabiduría; que llenó su espíritu de ciencia y depositó en sus corazones la discreción y el buen sentido.

Una frase del Génesis revela también la sabiduría de Adán.

Cuando el Señor lo llevó al Paraíso, trajo á

su presencia á todos los animales y Adán dió á cada uno de ellos el nombre adecuado, el nombre que les convenía.

Dar el nombre á una cosa es el signo que mejor revela la profundidad de la ciencia.

El nombre adecuado es, si cabe la frase, la traducción en lenguaje humano, de la naturaleza y propiedades del ser que lo recibe.

Esta es la teoría verdadera, esta es la teoría noble y consoladora, que la humanidad ha guardado siempre con veneración y respeto.

Ha habido filósofos y los hay todavía que, profesando abyectas doctrinas, hacen salir al hombre del animal, después de haber hecho salir al animal de las entrañas de la tierra.

Otros hay, filósofos incrédulos también, que dan por primer padre del género humano al salvaje ignorante y grosero, tal como se le ve hoy en los países en que no luce todavía el sol esplendente de la civilización.

"Observadores aturdidos, dice el P. Monsabré, que no ven en el salvaje los signos acusadores de una degradación, y que toman por aurora el triste crepúsculo de una inteligencia próxima á extinguirse."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay otra escuela espiritualista que, despreciando la enseñanza católica y las luces que ella difunde sobre la historia, no teniendo en cuenta más que las miserias, las luchas y las transformaciones de nuestro estado actual, se esfuerza por establecer entre la vida de la humanidad y la vida de los individuos un paralelismo sistemático.

Esa escuela imagina, en el origen de nuestra historia, un cierto estado de ignorancia, punto de partida de todos los progresos del espíritu humano.

Es lo que ellos llaman la espontaneidad, precediendo á la reflexión; la ignorancia disipándose, á medida que las primeras generaciones se alejan de su fin.

No ha sido este el sentimiento de la humanidad ilustrada en el curso de los siglos. Confucio, Platón, Aristóteles, Cicerón, todos los genios más elevados del mundo pagano, han celebrado, con voz unánime, la sabiduría de sus padres.

Ellos se gloriaban, más bien que de ser novadores, de ser los que habían venido á restaurar la sabiduría antigua.

Ellos han invocado siempre el testimonio de sus antepasados, en apoyo de lo que han dicho de

más sublime sobre Dios y sobre las verdades religiosas.

¿Y no sería absurdo, en hombres tan eminentes, esta veneración, este respeto profundo por la antigüedad, si no hubieran estado convencidos de que las primeras edades fueron más ilustres por la ciencia de las cosas divinas?

Lucano, en su Farsalia, nos describe al hombre primitivo, enseñado por Dios mismo:

. . . . Dixitque simul nascentibus auctor
Quid quid scire licet. . . . .

Esa escuela que pone la cuna del mundo en una infancia ignorante y salvaje, confiesa, sin embargo, por la boca de uno de sus más célebres representantes, que todas las tradiciones antiguas remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibió de él inmediatamente todas las luces y todas las verdades, bien pronto ofuscadas y corrompidas por el tiempo y por la ciencia incompleta de los hombres.

La edad de oro, el Edén, es lo que la poesía y la religión ponen al principio de la historia.

Renan, haciendo constar con los alemanes la universalidad de la tradición respecto del Edén,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace esta preciosa confesión: "Es preciso, dice, que tales analogías descansen sobre algún razgo general de la condición de la humanidad ó sobre alguno de sus más profundos instintos."

No tenemos, entonces, el derecho de sacrificar las tradiciones á los sistemas, sobre todo cuando esas tradiciones vienen á confirmar una historia que ha demostrado la ciencia.

Adán fué creado en justicia y en santidad.

Su alma, penetrada de una virtud milagrosa, se apodera de los elementos corruptibles de la materia y corrige su tendencia nativa á la dispersión. Sin estar emancipado de las necesidades de la naturaleza, nunca sufre su esclavitud humillante.

Dueño de su cuerpo, que nutre con el fruto del árbol de la vida, aguarda en paz la perpetua renovación de sus días.

Su vida es una contemplación permanente: su inteligencia, desprendida de los sentidos, prontamente se eleva de lo pasajero á lo eterno, de lo móvil á lo inmutable, de lo limitado á lo infinito.

La ciencia se apodera, de un golpe, de su inteligencia, sin que esté condenado á las lentitudes del estudio y de la experiencia.

Por la vía rápida de la inspiración, y no por la labor del análisis, posee súbitamente la síntesis de los conocimientos humanos.

Perfecto en su inteligencia, no lo es menos en su voluntad, que sigue sin esfuerzo los consejos de la razón y dócilmente obedece los suaves impulsos de la gracia.

Sus relaciones con Dios y con las creaturas, están marcadas con el sello de su grandeza y de su inocencia.

"A la hora de la tarde, dice el P. Monsabré, en que la brisa tibia se embalsama con el perfume de las flores, Dios hace escuchar en las soledades del Edén su paso majestuoso y su voz augusta."

Adán le pregunta y Dios le ilumina, Adán le ruega y él le escucha, Adán le adora y él le bendice.

Adán llama á todos los animales, los acaricia y los despide.

Es el custodio del lugar delicioso en que corre su vida; allí trabaja, es el cooperador de Dios.

Adán y Eva serán padres de incontable descendencia, obedeciendo las leyes de multiplicación que Dios ha bendecido y consagrado.

De una extremidad á la otra del mundo los hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres, hijos de un mismo padre, están unidos por la doble fraternidad de la felicidad y de la sangre.

Tales son los principios consoladores en que descansa el misterio de la Encarnación reparadora.

LA CAÍDA.

Adán fué creado, y no podía ser de otro modo, en estado de inocencia, de original justicia y de santidad.

Habría transmitido á su descendencia todo ese estado feliz en que plugo á la mano divina sacarlo del fondo de la nada, para hacerlo el origen y la fuente sin mancha de una raza privilegiada.

Adán y Eva estaban desnudos y no se avergonzaban.

La carne no tenía á sus ojos más que los atractivos de una casta belleza, con que Dios la había revestido.

Desconocían sus rebeliones y no sospechaban siquiera sus placeres criminales.

Todo para ellos era santo, y debían multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida.

La generación habría obedecido á las mismas leyes que hoy obedece, pero habría sido una generación casta y purísima.

Sus hijos habrían tenido las necesidades propias del que es pequeño, pero no habrían tenido las enfermedades del que es pasible y mortal.

No habrían tenido, desde la infancia, una ciencia perfecta, pero á su tiempo recibirían la plena luz de la sabiduría, y no tendrían que temer que el error se mezclase á las verdades prontamente adquiridas y que debían ser la propiedad de sus entendimientos.

Si no hubieran nacido impecables, habrían quedado desde el primer momento de su concepción inundados de la gracia divina y habrían sentido infaliblemente que se volvían hacia el bien los primeros movimientos de su corazón libre.

Estado tan feliz, parece, al referirlo hoy, un sueño ó un delirio.

Y sin embargo, es una verdad, es la primera página de la historia de la vida humana.

¿Qué ha pasado, entonces?

¿Por qué la muerte va cosechando, una tras otra, todas las generaciones?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Por qué tantas miserias, tantas enfermedades y tantos dolores?

¿Por qué los errores asaltan y dominan la inteligencia?

¿Por qué las pasiones, sublevándose enfurecidas, trastornan y pierden el corazón?

¿Por qué tantos crímenes, que manchan la tierra y ofenden y lastiman al cielo?

La transmisión de la vida, de la santidad y de los privilegios de que Adán disfrutaba no habría sido gloriosa y llena de honor, si no hubiera dependido más que de las leyes fatales á que están sujetos los seres privados de entendimiento.

El hombre, al realizar la transmisión de la vida y de sus privilegios, debía poner en juego todas sus facultades, y, en consecuencia, el libre albedrío.

"He aquí porqué Dios, dice el P. Monsabié, después, de haber establecido la ley de la propagación, sometió á nuestro primer padre, y en su persona, á todo el género humano, á una prueba que debía fijar el curso de sus destinos."

"Comerás, dijo Dios á Adán, del fruto de todos los árboles del Paraíso; pero del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás,

porque el día en que lo comas morirás de muerte."

"Dos cosas, agrega el P. Monsabré, resaltan claramente en esta prohibición: la libertad del hombre y el dominio de Dios."

"Resalta la libertad del hombre, porque si un momento antes de que se hiciera esa prohibición, no podía comprender hasta que punto era dueño de su destino, por qué no se movía más que al dulce impulso de la gracia que encaminaba su voluntad hacia el bien; en presencia del mal, toma conocimiento de ese poder y mide la altura que puede dar á su propia grandeza, por una cooperación reflexiva y deliberada."

"Aparece, también, el dominio de Dios: para afirmar la dependencia del derecho que concediera á Adán, lo restringe por un sacrificio que el hombre queda obligado á realizar en aras del deber."

"Este sacrificio es el que dará á la bondad divina, la señal de una efusión no interrumpida de sus dones, porque será la prueba de que el hombre reconoce todo lo que Dios es para él y que le ama sobre todo."

"Revelar al hombre su poder, dice, por fin, el P.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Monsabré, obtener de él una prueba extraordinaria de su obediencia y de su amor, cimentar por esa prueba la unión íntima del Creador y de la creatura, hacer del hombre, revestido de la gloria del mérito, el obrero de su grandeza y de su felicidad, tal es el fin de la prueba impuesta á nuestro primer padre."

Promulgada por Dios la ley que imponía á Adán un sacrificio, el espíritu del mal lo indujo á desobedecerla.

La historia de esta primera tentación y de esta primera caída, en la aterradora sobriedad con que está descrita en el más grande de los libros, conmueve todavía.

"La serpiente, dice el Génesis, era el más astuto de todos cuantos animales ha hecho el Señor Dios sobre la tierra."

Y dijo á la mujer: "¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comiéseis de todos los árboles del Paraíso?"

A lo cual respondió la mujer: "Del fruto de los árboles que hay en el Paraíso, si comemos; mas del fruto de aquel árbol que está enmedio del Paraíso, mandónos Dios que no comiésemos ni le tocásemos siquiera, no sea que muramos."

"Dijo entonces la serpiente á la mujer: *ciertamente que no moriréis.*"

"Sabe Dios que en cualquier tiempo que comiéreis de él, se abrirán vuestros ojos; y seréis como dioses conocedores del bien y del mal."

"Vió, pues, la mujer que el fruto de aquel árbol era bueno para comer y bello á los ojos, y de aspecto deleitable: y cogió del fruto y comióle: dió también de él á su marido, el cual comió."

La ley quedó plena y deliberadamente infringida.

El relato bíblico, tan breve como terrible, es todo un drama que es necesario seguir desde los cielos hasta la tierra.

"Este rincón del Universo, dice el P. Monsabré, que fué la cuna de la humanidad, no es más que un segundo teatro á donde se traslada una revolución ya comenzada."

Tiene su prólogo, su acción y su desenlace, el grande y triste drama de la primera caída del hombre.

El ángel de las tinieblas inicia la tentación, Adán y Eva luchan, la culpa es el triste desenlace, la pena fulminada por un legislador supremo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se hace sentir, el primer pecado se comete en el mundo.

El racionalismo moderno, renovando el error de los Epicureos y de los Saduceos, niega la existencia de los espíritus superiores.

No quiere ver en los buenos ángeles más que la personificación del bien, y en los demonios la personificación del mal.

Satán es un ser de pura fantasía, una figura simbólica, de la que se ha servido la imaginación de los pueblos para pintar el mal como ella lo veía.

Así se expresa Renán.

Becker, ministro protestante, ha emprendido demostrar que los espíritus no pueden obrar sobre los cuerpos, que todo lo que se dice de sus apariciones, operaciones y posesiones está inventado por la imaginación y delirio, ó por la impostura que se propone engañar á la ignorancia.

El demonio, según él, después de su caída, está encerrado en los infiernos de donde no puede salir para atormentar ó tentar á los hombres.

La tentación del Paraíso, en consecuencia, es en su concepto, una pura fábula.

Queda, pues, de este modo, por un medio sencillo, como es negarlo todo, desconocida la existencia de los ángeles y el poder de los ángeles malos para corromper y tentar al hombre, y queda así negado el prólogo del drama que estamos estudiando.

Otros niegan la acción del drama.

Era costumbre de los sabios orientales, dicen algunos comentadores de la Escritura Santa, enseñar la verdad bajo figuras.

Es para ellos, de consiguiente, una alegoría lo que el Génesis dice sobre el Paraíso y la tentación de nuestros primeros padres.

"¿Quién puede creer, dice Orígenes, que Dios como un jardinero plantara un jardín, que allí pusiese de veras un árbol de vida, que comiendo su fruto pudiera adquirirse el conocimiento del bien y del mal, que se paseara en este jardín y que Adán para esconderse de sus miradas se hubiera ocultado?"

No puede, en consecuencia, dudarse, que todas estas cosas deben tomarse como una figura y no á la letra.

Philon, exponiendo la doctrina de los Esenios, dice que el Eden es un jardín espiritual, Adán es el espíritu, Eva la carne, la serpiente el deleite.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Por la carne, el placer de los sentidos engaña al espíritu, el hombre se hizo criminal y perdió su inocencia y su felicidad."

Otros, á quienes hace sonreir el relato bíblico, han encontrado la interpretación de esa página, que es en su concepto la verdadera.

"Nada de serpiente, dicen, nada de árboles, nada de diálogos, nada de promesas, nada de seducción. El objeto de la prueba era sencillamente la privación de relaciones sexuales entre el marido y la mujer durante cierto período de tiempo."

"El mal pensamiento de adelantar el tiempo fijado por Dios, se deslizó en Eva, como una serpiente, sedujo á su marido y la desobediencia quedó consumada: He ahí todo el misterio."

Así obra siempre la incredulidad, así se maneja siempre el error: negar é inventar fábulas; he ahí su sistema.

Los detalles del relato bíblico son de tal manera precisos que es imposible no ver en cada uno de ellos una realidad.

Vamos á estudiarlos.

LOS ANGELES.

El drama de la caída, como decíamos en el precedente artículo, tiene su prólogo.

La primera rebelión fué la de los ángeles, y se trasladó después á un teatro diverso, á la tierra.

En el Edén, el ángel prevaricador inició la tentación, y en ella cayeron los jefes de la raza humana.

Pero ¿qué es verdad que existen los ángeles? ¿Hay otro mundo invisible en el que moran puros espíritus conocidos con ese nombre?

¿No son, por ventura, los ángeles unos sueños de nuestra imaginación, un elemento de que se sirve la fantasía para poetizar la ciencia?

El gran símbolo católico, responde á esta pregunta.

"Creo en un solo Dios, dice el Símbolo, Padre Omnipotente, creador de las cosas visibles é invisibles, *factorem visibilium et invisibilium.*"

La Iglesia, en esta fórmula divina, propone á nuestra fe la creencia en el mundo invisible: ba-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Por la carne, el placer de los sentidos engaña al espíritu, el hombre se hizo criminal y perdió su inocencia y su felicidad."

Otros, á quienes hace sonreir el relato bíblico, han encontrado la interpretación de esa página, que es en su concepto la verdadera.

"Nada de serpiente, dicen, nada de árboles, nada de diálogos, nada de promesas, nada de seducción. El objeto de la prueba era sencillamente la privación de relaciones sexuales entre el marido y la mujer durante cierto período de tiempo."

"El mal pensamiento de adelantar el tiempo fijado por Dios, se deslizó en Eva, como una serpiente, sedujo á su marido y la desobediencia quedó consumada: He ahí todo el misterio."

Así obra siempre la incredulidad, así se maneja siempre el error: negar é inventar fábulas; he ahí su sistema.

Los detalles del relato bíblico son de tal manera precisos que es imposible no ver en cada uno de ellos una realidad.

Vamos á estudiarlos.

LOS ANGELES.

El drama de la caída, como decíamos en el precedente artículo, tiene su prólogo.

La primera rebelión fué la de los ángeles, y se trasladó después á un teatro diverso, á la tierra.

En el Edén, el ángel prevaricador inició la tentación, y en ella cayeron los jefes de la raza humana.

Pero ¿qué es verdad que existen los ángeles? ¿Hay otro mundo invisible en el que moran puros espíritus conocidos con ese nombre?

¿No son, por ventura, los ángeles unos sueños de nuestra imaginación, un elemento de que se sirve la fantasía para poetizar la ciencia?

El gran símbolo católico, responde á esta pregunta.

"Creo en un solo Dios, dice el Símbolo, Padre Omnipotente, creador de las cosas visibles é invisibles, *factorem visibilium et invisibilium.*"

La Iglesia, en esta fórmula divina, propone á nuestra fe la creencia en el mundo invisible: ba-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jo el nombre de cosas invisibles, se significan los ángeles.

Este mundo invisible tiene por enemigos natales á aquellos cuya única ambición es suprimir la ciencia de los espíritus, bajo el pretexto de que ella escapa á las observaciones de la experiencia.

"Y no sólo los materialistas y positivistas niegan la existencia del mundo invisible: gran número de pensadores, francamente espiritualistas, ven con malos ojos, dice el P. Monsabré, en nuestra enseñanza católica, el capítulo sobre los ángeles, y pretenden que es necesario no hacer caso de ellos, como no se hace caso de las leyendas y de los cuentos en que se refieren los hechos maravillosos de los genios y de las hadas."

Ni los unos ni los otros, están en la verdad.

Con la brevedad propia de nuestra publicación, probaremos la existencia de los ángeles, ó sea del mundo invisible, y estudiaremos la naturaleza y las funciones de esos espíritus.

La palabra *ángel*, es una voz griega que significa *nuncio, mensajero.*

Así es que este nombre, no es el de una naturaleza, sino el de un oficio, el de un ministerio.

Pero como el ministerio de anunciar, comunmente se confía por Dios á los espíritus celestiales, el uso ha hecho que á esos espíritus se les dé el nombre de ángeles.

Propiamente por ángel, entendemos una sustancia creada espiritual é intelectual, superior á los hombres.

Los ángeles son invisibles, pero no son desconocidos.

Es preciso no confundir lo invisible con lo desconocido.

Si no se conociera más que lo que es visible, la ciencia humana quedaría reducida á círculo estrechísimo.

Digan lo que quieran los positivistas, es, á nuestro juicio, enteramente cierto que lo invisible puede ser conocido.

Un ser invisible, puede conocerse de tres maneras: por una afirmación digna de fe, por las manifestaciones de su poder y por una inducción racional que fije su sitio en el conjunto de las existencias ó de los seres.

La humanidad, en todos los siglos, ha afirmado la existencia de los ángeles: esta afirmación, universal y constante, es digna de fe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Moisés, al dejar consignada en la primera página de su admirable libro, la historia de la creación, no hace mérito de la creación de los ángeles.

San Agustín, dice que no fueron omitidos en la historia de la creación de las cosas, y que su creación fué significada con el nombre de *cielo* ó de *luz*.

Por eso en el Génesis, se dice que en el principio crió Dios los cielos.

Y Moisés, en sentir de tan ilustre Doctor de la Iglesia, omitió el nombre de ángel, porque temía que el pueblo hebreo, para quien escribiera su libro, de cerviz dura y enteramente rudo, tomase motivo de la creación de los ángeles, para convertirse, imitando á los gentiles, á las prácticas de la idolatría.

Pero una tradición universal, nos muestra á la divinidad enviando hacia las criaturas inferiores un ejército de seres intermedios, siempre en acción.

Que se les llame *semidioses*, *genios*, *rectores celestes*, *almas astrales*, *luces vivientes*, nada importa: estos nombres diversos, designan siempre y en todas partes, á los mismos seres: espíritus

invisibles, inferiores á Dios, superiores al hombre, los ángeles.

"Orfeo, dice el P. Monsabré, los ha cantado en sus versos; el viejo Hesiodo nos refiere sus hazañas; Thales, Pitágoras y los antiguos sabios, los colocan en el vestíbulo del mundo divino, en donde viven emancipados de los males que nos afligen; Platón, llena con ellos los espacios, les llama dioses secundarios, inteligencias separadas, almas celestes, genios, y de hecho, los ministros de la divinidad, cerca del mundo inferior; Sócrates, su maestro, conversa familiarmente con uno de ellos; Aristóteles, los considera como los centros de atracción y los motores de los orbes celestes; los orientales los adoran; los bárbaros y los salvajes temen su poder. Aunque no se les ve, son populares en todas partes. Su nombre viene, sin cesar, á nuestra lengua, para expresar la perfección, la gracia, la delicadeza. Decimos: belleza de ángel, pureza de ángel, amores de ángel."

"A pesar vuestro, agrega el P. Monsabré, tal vez creeis en los ángeles; nosotros creemos en ellos, todos los pueblos creen. Es el caso de decir con un autor sensato: "Hay, sin embargo, alguno que tiene más talento que los sabios, obstinados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en no creer más que lo que miran, y ese alguno es el mundo todo."

La tradición es universal: la creencia en los ángeles, ha dominado en todos los tiempos y en todos los climas.

Posible es y seguro, que esta tradición deriva de la primitiva revelación por la cual descubrió Dios al hombre, al padre del género humano, toda la extensión de su obra.

Pero aparte de este origen, indiscutible para los creyentes, hay otra razón que funda, á no dudarlo, la creencia en los ángeles: las manifestaciones de su poder.

Dejando aparte las leyendas, tenemos en los libros santos, cuya verdad histórica nadie puede controvertir seriamente, los datos más preciosos; ellos ponen de manifiesto una larga serie de fenómenos exteriores, por los cuales el mundo invisible se ha manifestado.

Moisés, que por prudencia, calló el origen de los ángeles, cuando se trata de las manifestaciones del mundo invisible, es el historiador imparcial, fiel á sus deberes de narrador de todos los acontecimientos graves que se han realizado en la humanidad.

Con admirable sencillez describe las apariciones de los espíritus angélicos, desde el funesto día en que partió el hombre para el lugar de su destierro, hasta el día glorioso en que le fué dado contemplar, desde la cima de la montaña, la patria prometida á su pueblo.

Miran nuestros ojos, al repasar los libros de Moisés, al querubín que guarda la puerta del Paraíso perdido, para impedir toda tentativa de retorno; á los tres huéspedes misteriosos que, bajo la tienda del Patriarca Abraham, reciben generosa hospitalidad; á los dos ministros de la venganza divina, que entran por la tarde á Sodoma, salvan á Lot y á su familia, y hacen que lluevan torrentes de llamas sobre las ciudades criminales que la cólera del Señor condena; al consolador celeste, que consuela en el desierto á la afligida Agar y le revela dos destinos de su hijo Ismael; al mensajero que detiene el brazo de Abraham, armado para inmolar á su hijo; á las santas falanges que suben y bajan por una escala misteriosa, con las manos llenas de gracias y de oraciones; á los fuertes que protegen á Jehová, contra la cólera de su hermano Esau.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando el pueblo de Israel sale de Egipto, un ángel le muestra la vía.

El Sinaí está ardiendo, la gloria de Jacob ha descendido sobre su cima temblorosa, el Señor habla y los ángeles escriben, á su dictado, la santa ley que ha de arreglar en lo futuro la vida religiosa de Israel.

Un ángel anuncia el nacimiento y la vocación de Sanson; un ángel nutre en el desierto al Profeta Elías; un ángel es el que hiere el ejército de Senaquerib; un serafín es el que purifica los labios de Isaías; el arcángel Rafael es el que visita la casa del anciano Tobías y le llena de beneficios; el arcángel Gabriel es el que desciende á la hora de la oración cerca de Daniel y le revela los grandes misterios del Altísimo.

Los mensajeros de Dios, aun después de haber entrado el pueblo escogido á la tierra prometida, no abandonan el mundo.

Gabriel anuncia á Zacarías el nacimiento de Juan Bautista; batallones luminosos de la milicia celeste rodean el establo en que descansa el Niño divino; los ángeles protegen al Dios recién nacido contra la persecución de Herodes.

Hundido Cristo en la tristeza y casi agonizante en el huerto, un ángel le sostiene y le conforta. Los ángeles son también los que anuncian el triunfo de Cristo cuando sale victorioso de la tumba.

Cristo subió á los cielos; pero los ángeles no abandonan la tierra.

Consuelan á los Apóstoles, visitan á Pedro en su prisión, anuncian al centurión Cornelio que sus oraciones y sus limosnas han encontrado gracia ante el Señor, libertan á Pablo de una gran tormenta, y regocijan con admirables visiones al dulce desterrado de Pathmos.

"No créais, dice el P. Monsabré, que estas visiones sean el término de las manifestaciones del mundo invisible; los ángeles tienen su domicilio en la Iglesia.

"Los desiertos y las montañas, los claustros y los campos de batalla, han sido honrados muchas veces con sus gloriosas y benéficas apariciones. Muchas veces los santos han gozado de su dulce familiaridad; muchas veces los pueblos cristianos han resentido los efectos de su protección poderosa."

"La Iglesia refiere estas maravillas en sus anales y los canta en sus himnos. Esto dura diecio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho siglos há, y durará hasta el gran drama del fin de los tiempos."

"Entonces la pálida muerte vendrá á cosechar lo que quede de hombres en el mundo; entonces los espíritus celestes despertarán con sus clamores á los que duermen en la tumba; entonces un ángel abrirá los senos del abismo para precipitar en ellos á los réprobos; entonces los elegidos se mezclarán á las santas falanges; entonces la epopeya angélica y la epopeya humana quedarán cerradas por un eterno *aleluya*."

Ninguna inteligencia honrada puede poner en duda, ante estos testimonios, la existencia de los ángeles: la tradición universal, las manifestaciones del poder de esos invisibles espíritus, son dos poderosos motivos que determinan al entendimiento humano á reconocer la existencia del mundo invisible.

La existencia del mundo invisible no es uno de esos misterios impenetrables, ante los cuales nuestra inteligencia queda condenada á una adoración muda.

A esta pregunta: ¿Existen los ángeles? no nos

contentamos con responder: yo lo creo; yo lo espero.

Respondemos resueltamente: estoy cierto de ello.

En efecto, una inducción racional nos muestra, en el mundo invisible, la prolongación necesaria del mundo visible.

Todo agente, es decir, todo lo que produce algún efecto, tiende á dejar su semejanza en ese efecto, en la medida y en la manera en que el efecto pueda llevarla.

Y esta semejanza se imprime en el efecto con tanta más perfección, cuanto más perfecto es el agente.

Así un cuerpo, cuanto más caliente está, calienta mejor; cuanto más ilustrado y sabio es un artista, tanto mejor imprime en la materia las bellezas del arte.

Dios, por lo mismo, al crear á los seres, imprimió en ellos su semejanza, en la manera y en la medida que pudieran llevarla, y con tanta más perfección, cuanto que él es no sólo el más perfecto de todos los seres, sino el único ser en quien reside la perfección sin límites y sin medida.

Pero las cosas creadas no podían llevar la per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fecta semejanza de Dios, si estuvieran reducidas á una sola especie, porque como la causa excede al efecto, lo que en la causa es simple y uno, en el efecto tiene que estar compuesto y multiplicado, salvo que el efecto pertenezca á la especie de la causa, lo que no puede decirse de los efectos creados con respecto al Creador.

Era, pues, preciso, para que en las cosas creadas se encontrase la semejanza de Dios, en el modo y manera que ellas pueden llevarla, que esas cosas fueran múltiples y varias.

Dios, en consecuencia, según este principio de la razón, ha debido crear muchos seres, todos entre sí distintos.

Otra razón funda esta tesis.

En todo efecto ha de estar la semejanza de su causa.

El efecto, entonces, será más perfecto, cuanto más se asemeja á su causa.

En Dios, se advierten dos cosas: la bondad y la difusión de esa bondad en otros seres.

Las cosas creadas serán, de consiguiente, más perfectas, cuando sean no sólo buenas, sino que tiendan á difundir la bondad en otros seres, como será más semejante al sol un cuerpo que sea no sólo luminoso, sino que difunda la luz.

Una criatura no podría difundir su bondad en otra ó en otras, si éstas no existieran.

Era, entonces, necesario, que Dios crease muchos y distintos seres, para que en todos ellos y en diversos grados, se encontrara la imagen de su belleza soberana.

Debió, en consecuencia, aparecer en el mundo, como en efecto aparece, incontable muchedumbre de seres radical y profundamente distintos.

Nuestros sentidos palpan las sustancias materiales, los cuerpos que nos rodean.

Ellos, á su manera, llevan la imagen, la semejanza del Creador.

Pero esa imagen, esa semejanza, no es más que una imitación grosera y lejana del ser y de la vida de Dios.

Los seres corporeos tienen ser, existen: sólo en esto son una semejanza del Ser Supremo.

Pero la razón no concibe un mundo en que sólo hubiese materia, por perfectamente organizada que se la suponga; un mundo inconsciente de su existencia y de su vida, eternamente condenado á la ignorancia de su origen y de sus destinos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eternamente incapaz de gozar del bien que ha recibido de su autor, y de hacer que este bien vuelva á su fuente: el mundo constituiría así, un espectáculo sin testigo, un juguete inútil, despreciable, indigno de aquel á quien hace infinitamente dichoso la contemplación de su propia belleza.

Es preciso repetirlo: la razón humana no puede concebir un mundo reducido á seres materiales, sin conciencia y sin sentido.

Estos seres no serían el efecto que representara, en su mayor perfección, á la causa creadora.

Toda causa imprime en su efecto su imagen.

En Dios no sólo hay el ser, hay la operación.

Convenía, pues, para la perfección consumada del universo, que hubiese en él seres que llevaran en sí, no sólo la semejanza de su naturaleza ó de su ser, sino también la de su operación.

Y como Dios no obra sino por el entendimiento, todo lo ha hecho por su Verbo, evidente es que además de los seres corporeos, deben existir en el mundo creaturas dotadas de voluntad y de inteligencia: estas revelan con más perfección la imagen de su creador.

La semejanza de una cosa se encuentra en otra

de dos maneras: en cuanto al ser de naturaleza y por medio del conocimiento.

Un cuerpo encendido, convertido en fuego, se acerca á otro y lo calienta.

En el cuerpo calentado, está la semejanza del calor del fuego que calienta: el calor recibido es de la misma naturaleza que el calor del cuerpo encendido.

Aquí la semejanza está en el efecto, por razón del ser ó naturaleza.

La semejanza de fuego, puede estar en la vista ó en el tacto, es decir, por conocimiento.

Era, pues, preciso, para que la semejanza de Dios estuviera en las cosas de todos los modos posibles, que la bondad divina se comunicara á los seres, no sólo por medio de la existencia, sino por medio del conocimiento.

Y como sólo el entendimiento puede conocer, infiérese, sin esfuerzo, que fuera de las sustancias corporeas, es preciso que haya en el mundo sustancias inteligentes.

"Y las hay: imágenes vivas de nuestro Creador, dice el P. Monsabré, representamos en nuestras almas las perfecciones por las cuales él obra; re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presentamos en la inmaterial sustancia de nuestras almas, su purísima sustancia.

La asimilación perfecta del efecto á la causa suprema, es evidente, el hombre es el coronamiento del universo.

"El hombre, decíamos, es la imagen viva de Dios, porque representa en sus facultades las perfecciones por las cuales Dios obra, y porque, en la inmaterial sustancia de su alma, representa la purísima sustancia divina."

El hombre, agregábamos, es el coronamiento del universo, pero es el coronamiento del universo inferior y no de la obra total por la cual Dios expresa, fuera de sí mismo, su ser y sus perfecciones.

Mirando el mundo inferior, se advierte, en efecto, que la gradación de los seres es perfecta, si seguimos su movimiento ascensional, de un reino á otro reino, hasta esta síntesis animada que se llama la naturaleza humana; pero la naturaleza humana está al borde de un abismo, que es necesario llenar, para acercarse al infinito.

El hombre, aunque sea espíritu, no tiene su plenitud más que en la composición: necesita de la materia para existir, de la materia para obrar, de la materia para adquirir su perfección intelectual y moral.

Interrogando á la materia, es como saca de ella las formas sensibles, que la actividad de su inteligencia convierte en ideas: arreglando, por aspiraciones inmateriales, los apetitos de la materia, es como forma en su alma las costumbres santas.

Así es que, si el hombre es grande cuando se le compara con las realidades inferiores, es pequeño cuando se le compara con las posibilidades de un orden más alto.

Es, entonces, evidente, que la naturaleza humana, pequeña porque el alma necesita del cuerpo para obrar y perfeccionarse, no puede ser la última palabra en el orden de la creación.

Debe haber otras sustancias espirituales, que no necesiten de la materia, que estén separadas del cuerpo, para existir y para obrar.

La razón así lo persuade.

No puede ponerse en duda que, corrompido el cuerpo humano, destruido ese organismo, no por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eso se destruye el alma: destruido el cuerpo, la sustancia intelectual tiene que subsistir.

Las inspiraciones del buen sentido, el dictamen de la razón recta, así lo demuestran.

La perfección y la corrupción en un ser, son dos cosas, á toda luz, contrarias.

Es, entonces, incontrovertible, que ninguna cosa se destruye, se corrompe, por aquello en que consiste su perfección.

Ahora bien, la perfección del alma humana, consiste en su abstracción del cuerpo.

Dos cosas perfeccionan el alma humana: la ciencia y la virtud.

El alma humana se perfecciona, tanto más, por la ciencia, cuanto más considera las cosas inmateriales: el alma humana se perfecciona, tanto más, por la virtud, cuanto más se separa de las pasiones del cuerpo.

Si, pues, la separación del cuerpo constituye su perfección, evidente es que no puede perecer, destruido el organismo.

Alguien podría decir que el alma, separada del cuerpo, evidentemente se perfecciona; pero se perfecciona en su operación; se perfecciona por

la ciencia y por la virtud; pero no en su ser, no en su sustancia.

La observación carece de eficacia.

Si el alma, separándose del cuerpo, se perfecciona en su operación, tiene que quedar existente en su ser.

La operación sigue la naturaleza del ser.

Si, pues, el alma, en su operación, se perfecciona, abandonando el cuerpo y las cosas corporeas, su naturaleza, su sustancia, su ser, jamás podrá destruirse, aunque se separe del cuerpo.

Hay otra razón.

La perfección propia del hombre, por lo que mira á su espíritu, es algo incorruptible, algo que no puede perecer.

La operación propia del hombre, como hombre, es entender, y en esto se distingue precisamente de los brutos, de las plantas y de los seres inanimados.

Y esta operación propia del hombre, el entender, sólo puede ejercerse en cosas universales y por lo mismo incorruptibles.

Si, pues, la perfección del hombre consiste en algo incorruptible, como es el entender, es evidente que el ser mismo, á quien perfecciona esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

operación, tiene que ser incorruptible, porque las perfecciones siempre son adecuadas al ser á quien ellas perfeccionan.

Hay otro fundamento.

Si el alma humana se destruyera, por la destrucción del cuerpo, se debilitaría necesariamente, debilitándose el cuerpo.

El alma humana no sufre esos debilitamientos, cuando el organismo se debilita.

Hay facultades del alma que suelen debilitarse, debilitado el órgano del que necesitan para sus funciones.

Así, por ejemplo, debilitado el ojo, se debilita la facultad de ver; pero esta debilidad es por accidente.

Es decir, en realidad, la facultad del alma no sufre menoscabo.

La prueba de ello es que si el órgano se restaura, la vista ó la facultad de ver aparece en toda su perfección.

Esto no sucedería si el debilitamiento hubiera acaecido en la facultad de ver y no en el órgano de que se sirve el alma para esa función.

Por eso decía Aristóteles, que si un anciano recibiera el ojo de un joven, vería como joven.

El debilitamiento, pues, está en el órgano y no en el alma.

Hay facultades del alma que no necesitan del órgano corporeo para realizar sus funciones: tal es la facultad de entender.

Así es que esta facultad, ni por accidente puede sufrir menoscabo, como lo sufren las que requieren para obrar el órgano del cuerpo.

Suele suceder que en la operación del entendimiento, haya fatiga ó impedimento por las enfermedades del cuerpo; pero esto no es, dice Santo Tomás, por la debilidad del mismo entendimiento, sino por la debilidad de las fuerzas de que necesita el entendimiento, á saber: de la imaginación, de la memoria y del conocimiento.

Así es que el entendimiento humano es enteramente incorruptible: tiene que serlo el alma: no perece, por lo mismo, cuando el cuerpo se destruye.

La razón, de consiguiente, demuestra con evidencia notoria, que el alma humana subsiste, ó más bien dicho, puede subsistir separada del cuerpo.

Esta vida del alma, separada del cuerpo, no es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

natural en ella, es accidental, porque el alma es forma del cuerpo.

Si, pues, hay substancias intelectuales, como es el alma humana, que por accidente pueden subsistir, separadas del cuerpo, es indudable que debe haber otras que subsistan separadas del cuerpo, por naturaleza y no por accidente.

Principio es, que la razón percibe sin esfuerzo, que lo que es, como dicen los filósofos, *per se*, es primero, que lo que es *per accidens*.

Hay más.

Es una verdad, accesible á toda inteligencia, que lo perfecto en un orden, es primero que lo imperfecto en el mismo orden.

Si no fuera así, si lo imperfecto fuera primero que lo perfecto, lo perfecto habría nacido de lo imperfecto, lo menos habría producido lo más.

Las almas humanas evidentemente son imperfectas, son las formas de los cuerpos, necesitan del organismo para sus operaciones, de aquí nace su imperfección.

Si, pues, en su género, que es el ser intelectuales, son imperfectas, debe haber en el mismo género otras substancias perfectas.

Claro es, entonces, que debe haber otras subs-

tancias intelectuales que puedan existir naturalmente separadas de los cuerpos: en eso consiste necesariamente su perfección.

Hay otra tercera razón, que viene á ser como una amplificación de la que acabamos de enunciar.

Lo perfecto precede á lo imperfecto: este es un principio de eterna verdad.

El alma humana entiende; pero es imperfecta en su modo de entender, porque, para entender, necesita tomar de las cosas sensibles las especies á fin de convertirlas en inteligibles.

La perfección del entendimiento consiste en entender las cosas que por sí son inteligibles, sin recibir el conocimiento de las cosas sensibles.

Esto es evidente: es, entonces, preciso que haya otras sustancias intelectuales que entiendan sin necesidad de buscar el conocimiento en las cosas materiales.

Esas sustancias, esos seres, que entienden sin necesidad de especies sensibles, que viven sin ser formas de la materia, son los ángeles.

Pudiera decirse que en efecto la perfección es primero que la imperfección: pero esto no exige que antes de las almas humanas haya otras sus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancias intelectuales que constituyan esa perfección en el género.

Para llenar esta necesidad lógica, digamos así, basta la existencia de Dios que es la perfección suprema.

"Dios es la perfección misma, responde el P. Monsabré, yo lo sé muy bien; pero Dios es el ser increado, y donde se busca la perfección intelectual que falta, es en un ser creado.

"¿Dónde está esa perfección, continúa el P. Monsabré, si no en los abismos cuyas riberas estoy tocando?"

"No, no, continúa el sabio domínico, estos abismos no quedarán vacíos. Las necesidades lógicas del acto creador me obligan á poblarlas con inteligencias perfectamente asimiladas al supremo inteligible; con espíritus puros é independientes que encuentren su plenitud en la simplicidad y que no tengan como yo necesidad de la materia para existir, para obrar y perfeccionarse; con espíritus que se ven ellos mismos, mientras que yo me busco: con espíritus que aspiran inmediatamente lo inteligible, mientras que á mí no viene sino buscándolo en las formas sensibles; con espíritus en los cuales Dios se reconozca mejor que

en la mezcla de los dos elementos de que se forma mi naturaleza."

Es preciso admitir la existencia de los ángeles.

"Sin ellos, concluye el P. Monsabré, sería para mí el mundo lo que sería un cuadro sin perspectiva, lo que sería un retrato sin expresión, lo que sería esta magnífica basílica, si un techo vulgar reemplazara las ligeras bóvedas que sostienen sus columnas, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano."

El mundo invisible existe: las tradiciones lo afirman, sus manifestaciones lo revelan, la razón lo adivina, lo llama y fija su lugar en el conjunto de los seres creados.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esos seres misteriosos de que se forma el mundo invisible?

¿Cuál es su esencia, cuáles son sus facultades y su manera de ponerse en relación con los otros seres?

Los ángeles son, como ya lo dejamos indicado, espíritus puros.

Están exentos de materia, por sutil y etérea que se conciba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancias intelectuales que constituyan esa perfección en el género.

Para llenar esta necesidad lógica, digamos así, basta la existencia de Dios que es la perfección suprema.

"Dios es la perfección misma, responde el P. Monsabré, yo lo sé muy bien; pero Dios es el ser increado, y donde se busca la perfección intelectual que falta, es en un ser creado.

"¿Dónde está esa perfección, continúa el P. Monsabré, si no en los abismos cuyas riberas estoy tocando?"

"No, no, continúa el sabio domínico, estos abismos no quedarán vacíos. Las necesidades lógicas del acto creador me obligan á poblarlas con inteligencias perfectamente asimiladas al supremo inteligible; con espíritus puros é independientes que encuentren su plenitud en la simplicidad y que no tengan como yo necesidad de la materia para existir, para obrar y perfeccionarse; con espíritus que se ven ellos mismos, mientras que yo me busco: con espíritus que aspiran inmediatamente lo inteligible, mientras que á mí no viene sino buscándolo en las formas sensibles; con espíritus en los cuales Dios se reconozca mejor que

en la mezcla de los dos elementos de que se forma mi naturaleza."

Es preciso admitir la existencia de los ángeles.

"Sin ellos, concluye el P. Monsabré, sería para mí el mundo lo que sería un cuadro sin perspectiva, lo que sería un retrato sin expresión, lo que sería esta magnífica basílica, si un techo vulgar reemplazara las ligeras bóvedas que sostienen sus columnas, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano."

El mundo invisible existe: las tradiciones lo afirman, sus manifestaciones lo revelan, la razón lo adivina, lo llama y fija su lugar en el conjunto de los seres creados.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esos seres misteriosos de que se forma el mundo invisible?

¿Cuál es su esencia, cuáles son sus facultades y su manera de ponerse en relación con los otros seres?

Los ángeles son, como ya lo dejamos indicado, espíritus puros.

Están exentos de materia, por sutil y etérea que se conciba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las figuras ó formas materiales que muchas veces se atribuyen á los ángeles, como lo revelan las páginas sagradas, no se les atribuyen en realidad, sino por cierta semejanza, según la frase de Santo Tomás, *per quamdam similitudinem sunt intelligenda*, como se atribuyen á Dios, sustancia purísima, muchas cosas corporales, en las Santas Escrituras, que de ningún modo corresponden á su ser, que es incorporeo y simplicísimo.

El lenguaje de la escritura se acomoda á la humana debilidad, que necesita para entender de formas ó especies sensibles.

Pero el entendimiento nunca puede atribuir esas formas materiales á los ángeles, como jamás las atribuye al Ser Supremo.

Por lo demás, la misma escritura divina, hablando de los ángeles, al lado de las expresiones, capaces de extraviarnos, agrega el correctivo: virtudes ó fuerzas de Dios, espíritus, llama á los ángeles, *Omnes sunt administratorii spiritus*.1

Algunos, y entre ellos, Padres y Doctores de la Iglesia, han enseñado que los ángeles tienen cuerpos de cierta materia penetrable y penetrante y que se nutren con un manjar celeste, llamado en la Escritura, pan de los ángeles.

1 Heb. cap. I.

Esta teoría es insostenible.

La existencia de las almas humanas, que es un género imperfecto, porque son las formas del cuerpo, porque necesitan del cuerpo para obrar y perfeccionarse, es precisamente lo que lleva á nuestro entendimiento la convicción profunda, dado el ineludible principio de que la imperfección supone necesariamente la perfección en el mismo género, de que existen otros seres espirituales como el alma, pero perfectos en su género, es decir, que no necesitan de la materia para obrar y perfeccionarse.

Este principio de la razón, ha sido elevado á enseñanza católica.

El Concilio de Letrán, celebrado bajo Inocencio III, contiene este cánon: "Creemos firmemente que Dios, desde el principio del tiempo, creó de la nada una y otra sustancia, la espiritual y la corporal, á saber, la angélica y la mundana, y después la humana como una naturaleza común, constituida de espíritu y de cuerpo"

La materia es, de consiguiente, una sustancia;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el espíritu es otra, y el hombre es un compuesto de las dos.

Los ángeles, por lo mismo, son sustancias separadas del cuerpo, son sustancias simples, sin mezcla alguna de materia.

La muerte que nos destruye, el tiempo que dispersa los elementos de nuestro cuerpo, nada pueden sobre los ángeles.

Ninguna fuerza puede alterar su incorruptible esencia, ningun influjo puede menoscabar su unidad perfecta.

Lo simple no se corrompe, es inmortal.

Dios solo, por un acto soberano de su poder, podría aniquilar á los ángeles, si su eterno decreto no los hubiera hecho inmortales.

Son simples, pero jamás llegarán á la simplicidad de Dios.

No están compuestos de materia y forma; pero en ellos no es lo mismo la sustancia que la acción, no es lo mismo su poder que su esencia, no es lo mismo su esencia que su vida.

En la divinidad, y sólo en ella, es en donde la sustancia, la esencia, la vida, la virtud operativa y la operación, son una sola y una misma cosa, un solo y mismo ser: sólo Dios es un acto purísimo.

El primer acto de esos espíritus celestes, es conocer: conocen, entienden.

Pero este acto de conocer, el modo con que los ángeles entienden, es muy distinto al acto de conocer y entender de nuestras almas.

Nuestras almas adquieren el conocimiento, sacándolo de las cosas materiales, desprendiendo ese conocimiento de las cosas sensibles.

Y nuestras almas entienden de ese modo, porque están unidas al cuerpo, porque están dispuestas para servirse del organismo, del que constituyen la forma y la vida.

Los ángeles no están destinados para ser la forma de la materia, son sustancias separadas del cuerpo.

No pueden, por lo mismo, sacar sus conocimientos de las cosas sensibles.

En los ángeles no hay como en las almas, entendimiento agente y entendimiento posible.

Las almas recogen, de las cosas materiales, las especies, las imágenes, por medio de los sentidos.

El entendimiento, por medio de su fuerza, convierte esas imágenes sensibles, en especies inteligibles, y esto es lo que se llama el entendimiento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agente, el entendimiento que obra: su obra, su trabajo, es una obra de conversión; hacer de una especie material una especie inteligible.

Las almas humanas, que no pueden abarcar de un golpe el conocimiento de todos los seres, lo van adquiriendo gradualmente: mientras no lo adquieren, están en potencia para adquirirlo.

Y no pueden adquirir de un golpe el conocimiento de todos los seres, porque esos seres de que el alma humana saca su conocimiento, son singulares y casi infinitos en número.

Pero puede ir poco á poco adquiriendo conocimientos: su entendimiento está dispuesto, está en espectativa, está en potencia, para adquirirlos: esto es lo que se llama entendimiento posible.

Como los ángeles son sustancias separadas del cuerpo, como ellos no sacan sus conocimientos de los seres sensibles, "no hay en ellos, dice Santo Tomás, ni entendimiento agente, ni entendimiento posible."

Tampoco la distancia local influye sobre su conocimiento.

La distancia local influye sobre el sentido, pero no sobre el entendimiento, si no es cuando este accidentalmente, como sucede en las almas, recibe

del sentido los materiales que necesita para la obra de la inteligencia.

Los ángeles, por lo mismo, que son sustancias separadas, que no reciben el conocimiento intelectual de las cosas sensibles, nada resienten por razón de la distancia local, en su conocimiento nada influye esa distancia.

Por la misma razón de que los ángeles no sacan su conocimiento de las cosas sensibles, de modo alguno puede el tiempo influir sobre su conocimiento.

El tiempo no mide, sino aquellas cosas que están en algún lugar.

Por eso en las almas humanas la operación intelectual está mezclada con el tiempo: sacan su conocimiento de los seres singulares que se hallan en determinado sitio: y por eso en la composición y división el alma humana necesita del tiempo.

Los ángeles en su conocimiento, están lejos de la influencia local.

Están, entonces, á cubierto de las influencias del tiempo.

El entendimiento de los ángeles es un entendimiento siempre en acto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si no fuera así, estaría algunas veces en potencia: se mediría, entonces, por el tiempo.

Si, pues, el tiempo ningún influjo ejerce en la acción intelectiva del ángel, evidente es que el entendimiento de esos espíritus está siempre en acto.

Por otra parte, toda sustancia viviente tiene alguna operación vital en acto por su naturaleza, que le está inherente siempre, aun cuando otras operaciones las pueda tener en potencia.

Así los animales tienen que alimentarse permanentemente para vivir: la alimentación es la operación que sostiene su vida: de otras operaciones pueden prescindir sin riesgo de perder la existencia.

Las sustancias separadas del cuerpo son sustancias vivientes: su vida consiste en entender.

Luego así como en los animales el alimentarse tiene que ser operación permanente, porque de ella depende la vida, en los ángeles el entender debe ser también operación permanente, porque en eso consiste la vida de las sustancias inteligentes separadas del cuerpo.

El entendimiento de los ángeles, es por lo mismo, un entendimiento en acto.

El entendimiento de los ángeles, decíamos en nuestro anterior artículo, es un entendimiento en acto y no en potencia.

¿Será, entonces, el entendimiento de los ángeles, como el entendimiento divino, que está siempre en acto?

Evidentemente no: la distancia entre el Creador y la creatura, por más que ésta sea perfectísima, es infinita.

El entendimiento de los ángeles siempre en acto bajo cierto respecto, está bajo otro en potencia.

De dos modos, enseña Aristóteles, puede estar un entendimiento en potencia.

De un modo está en potencia, cuando no adquiere todavía el hábito de la ciencia, es decir, está en potencia antes de aprender, antes de adquirir un conocimiento.

Está en potencia de otro modo, cuando ya ha adquirido el hábito de la ciencia, pero no la aplica ó la pone en ejercicio.

Del primer modo, el entendimiento de los ángeles nunca está en potencia, respecto de aquellas cosas á las que puede extenderse su conocimiento natural.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así lo persuade la inducción.

Conviene entender el orden de las sustancias espirituales, como se entiende el orden de las cosas corporales, una vez que mayor debe ser el cuidado de Dios respecto del orden y perfección de las cosas espirituales, como más nobles, que de las cosas corporales.

Y el orden en las cosas corporales, inferiores y supremas, es que las inferiores no tienen, digamos así, agotada la materia por la forma, sino que son susceptibles de recibir hoy una forma y otra después, mientras que en las supremas, como son las celestes, la materia está, por decirlo así, agotada, no son susceptibles de nuevas formas.

Así es que, en los cuerpos celestes, la potencia de la materia es completa: los astros no reciben nuevas formas.

Los cuerpos inferiores, los que existen en la tierra, no tienen completa la forma de su materia: su materia es susceptible de formas diversas.

Esto que se observa en el orden de los cuerpos, tiene que observarse en el orden de las sustancias espirituales.

Las almas humanas tienen una potencia intelectiva, incompleta é imperfecta: van adquiriendo sucesivamente sus conocimientos por las especies ó imágenes inteligibles que desprenden de las cosas.

Las inteligencias superiores, que son los ángeles, deben tener esa potencia intelectual completa y perfecta, como los astros tienen completa la potencia de la materia.

Así es que los ángeles, por las especies inteligibles impresas en ellas desde su creación y que les son congénitas y naturales, tienen el hábito de la ciencia completa, pueden entender todas las cosas que naturalmente pueden conocer.

Bajo este punto de vista, su inteligencia está siempre en acto, tienen el hábito de la ciencia.

Pero nada impide que respecto de todas aquellas cosas que divinamente se les han revelado, su entendimiento esté en potencia: no es preciso que todas aquellas cosas que los ángeles conocen por conocimiento natural, las contemplen constantemente: como no repugna el que los cuerpos celestes, aunque completos en su potencia natural, estén en potencia para ser iluminados, como cuando el sol proyecta sobre ellos sus rayos.

En consecuencia, por lo que toca al conocimiento del Verbo y de todo lo que ven en el Ver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bo, nunca están en potencia los ángeles: la contemplación del Verbo y de las cosas que en él miran constituyen su bienaventuranza, su felicidad, y es bien sabido, como enseña Aristóteles y lo persuade la razón, que la felicidad no consiste en un hábito, sino en un acto.

No es feliz quien puede serlo, sino quien lo es.

El ángel también tiene una inteligencia siempre en acto, al contemplar su propia sustancia: su sustancia está siempre íntimamente visible á su entendimiento: así es que, respecto de ella, está siempre su entendimiento en acto, como el ojo abierto, teniendo en su presencia un objeto iluminado, tiene que verlo siempre necesariamente.

Los ángeles tienen, también, su inteligencia en acto, respecto de los astros que muevan, según el sentir de los antiguos filósofos.

Los ángeles, en fin, tienen su entendimiento siempre en acto, respecto de las almas, cuya custodia se les ha confiado.

Mas por lo que toca á todo lo demás, que pueden conocer con su conocimiento natural, no tienen siempre su entendimiento en acto: hay en ellos libertad para aplicar su ciencia á lo que más les agrade y según el impulso de su voluntad.

"La esencia de los ángeles, dice el P. Monsabré, no es tan vasta para que puedan ver en ella todas las cosas, como Dios las ve todas en su esencia; pero no tienen necesidad de mendigar, fuera de ellos, las formas inteligibles que completan sucesivamente, y gota á gota, nuestra inteligencia condenada á labor ruda."

"El mismo acto que los hace ser, les da toda su perfección intelectual, y las ideas divinas penetran su naturaleza trasparente, se fijan en ella y la iluminan desde el primer momento de su vida."

"Se conocen á sí mismos por una intuición directa de su propia sustancia: son inteligibles al mismo tiempo que inteligentes."

"Les basta contemplarse, para ver, como en un espejo, á Dios, principio de su perfección, á quien tanto se asemejan."

"Todo lo que es espíritu, todo lo que es cuerpo, se revela á su inteligencia por las razones eternas que el Verbo divino ha impreso en ellos."

"Superiores á la materia, la contienen eminentemente y la conocen en sí mismos con un conocimiento inmaterial, como su esencia."

"Si no dominan á todos los seres y á todos los tiempos como Dios los domina desde la altura de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su inmovible eternidad; si no pueden seguir en la sombra del porvenir la trama de los acontecimientos que Dios contempla, como si estuviesen presentes, penetran tanto mejor la virtud de las causas, cuanto más perfecta y más universalmente las conocen."

"Podemos ocultarles nuestros pensamientos y nuestros designios, porque Dios sólo penetra los secretos de los corazones; pero el menor signo; el menor movimiento de nuestros cuerpos, aunque pudiera escapar á todas las miradas, son para ellos una revelación de nuestras disposiciones interiores."

Pero no están condenados á esas penosas tareas de la razón que corre tras de la verdad, compone, divide y arranca penosamente las conclusiones de los principios.

A un solo golpe de vista, descubren todo el alcance de las primeras verdades.

Su intuición es tan pronta, tan viva, tan profunda, que les es imposible ser, como nosotros, sorprendidos por el error.

Si se engañan, es porque quieren.

Los ángeles están dotados de inteligencia; están igualmente dotados de voluntad.

Todas las cosas proceden de la voluntad divina: todas las cosas, en consecuencia, á su modo y de diversa manera, tienden al bien.

Ciertas cosas tienden al bien, por cierto hábito natural y sin conocimiento, como las plantas y los cuerpos inanimados: esta inclinación se llama, en el lenguaje de la escuela de Santo Tomás, apetito natural.

Otras tienden al bien con algún conocimiento: no un conocimiento que les haga comprender la razón misma del bien, sino sólo algún bien particular, como son los sentidos, que pueden conocer lo dulce y lo blanco: esta inclinación se llama apetito sensitivo.

Otras se inclinan al bien con conocimiento, á virtud del cual conocen la razón misma del bien: esto es propio del entendimiento: esta inclinación se llama voluntad.

Si, pues, los ángeles conocen por el entendimiento la razón universal del bien, es manifiesto que en ellos existe la voluntad.

Esta voluntad es libre en sus operaciones.

En el universo hay seres que obran como movidos por otros, y no por un movimiento espontáneo: así, una saeta va á su fin, pero no por su pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pio impulso, sino por aquel que le comunica el que de ella se vale.

Otros seres obran por cierto arbitrio, pero no libre, como los animales irracionales: la oveja, por ejemplo, huye del lobo, por cierto instinto, á virtud del cual estima que le es perjudicial: este juicio no es libre, es un juicio impreso en los animales por la naturaleza; es lo que llamamos un instinto.

Sólo los seres dotados de inteligencia pueden obrar con juicio libre: á virtud del entendimiento, conocen la razón del bien.

En consecuencia, sólo los seres inteligentes gozan de un arbitrio libre.

Y como en los ángeles hay entendimiento, y más excelente que en los hombres, no puede ponerse en duda que son completamente libres en todas sus operaciones.

Y ese apetito intelectual de los ángeles, que constituye su voluntad, como que se refiere al bien universal y no al particular, es enteramente intelectual y no irrascible ni concupiscible.

"La perfección de la voluntad, dice el P. Monsabré, es, en los espíritus angélicos, igual á la perfección de la inteligencia."

"No saben lo que es la turbación que causa la violencia de los apetitos."

"Cuando hieren, dice San Agustín, es sin cólera, y únicamente por obedecer á la ley eterna de justicia, que les ordena castigar: cuando tienen piedad de la miseria, es sin emoción: cuando llevan socorros á las almas que naufragan, es sin temor del peligro."

'Su amor, que viene de la naturaleza ó de su elección libre, no les agita."

"Aman el bien en Dios, en sí mismos, en sus hermanos, en todas las creaturas, con un amor tranquilo y sabiamente medido."

"Tranquilo y sabiamente medido, como es su amor, es su odio al mal."

"Una voluntad, así purificada, no puede conocer ni las vacilaciones de los deseos, ni la inconstancia de las resoluciones."

"Mientras que nosotros necesitamos largas y angustiosas deliberaciones, antes de decidirnos, los ángeles no necesitan deliberar: se fijan prontamente, y por un solo acto, en el objeto de su elección."

"Dios les ha propuesto, como á nosotros, una felicidad infinita en la visión de su esencia; y para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

adecuarlos á un fin tan noble y tan grande, les ha dado la gracia, al mismo tiempo que les dió el ser."

Así resume, con su elegante frase, el P. Monsabré, las enseñanzas de la filosofía cristiana, sobre la inteligencia y la voluntad de los ángeles.

Esta es la naturaleza de esas inteligencias, de esas voluntades, que habitan el mundo invisible.

——

Ya conocemos la esencia de los ángeles y sus facultades.

Debemos ahora estudiar sus relaciones, es decir, la manera con que se ponen en contacto con los otros seres.

El medio de que una inteligencia se comunique con otra, es la palabra, y los ángeles hablan.

La escritura Santa que es el libro en que se contienen las revelaciones que Dios ha hecho al hombre, y que es para los cristianos una palabra infalible, así lo enseña con frase inequívoca.

En la profecía de Isaías se encuentran estas palabras: "*Los serafines hablaban unos con otros.*"

En la de Daniel se registran estas otras: Dijo Gabriel: "Haz entender esta visión."

San Pablo, el inspirado filósofo del cristianismo, para encomiar las excelencias del amor divino, decía que no podría hacerlo dignamente, aunque hablara en la lengua de los hombres y *en la lengua de los ángeles*: *Si linguis hominuc loquar et angelorum.*

La razón humana persuade de que entre los ángeles debe haber un medio de comunicación, que los ponga en relaciones con ellos mismos, con su Creador y con las inteligencias inferiores.

Los ángeles forman necesariamente una sociedad, que intelectualmente se gobierna.

Y es claro que una sociedad y un gobierno no se conciben, sino mediante la palabra.

¿Pero cuál es la palabra de los ángeles? Cómo pueden comunicar sus conceptos, si están destituidos de órgano que sirva para hablar?

En concepto de Santo Tomás, un ángel puede manifestar á otro el concepto que encierra en su mente, cuando se dirija á otro y le manifieste ese concepto.

Esto es lo que se llama hablar, porque hablar, no es más que manifestar á otro el concepto que uno tiene en su entendimiento.

Hablar no es más que remover el obstáculo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

adecuarlos á un fin tan noble y tan grande, les ha dado la gracia, al mismo tiempo que les dió el ser."

Así resume, con su elegante frase, el P. Monsabré, las enseñanzas de la filosofía cristiana, sobre la inteligencia y la voluntad de los ángeles.

Esta es la naturaleza de esas inteligencias, de esas voluntades, que habitan el mundo invisible.

——

Ya conocemos la esencia de los ángeles y sus facultades.

Debemos ahora estudiar sus relaciones, es decir, la manera con que se ponen en contacto con los otros seres.

El medio de que una inteligencia se comunique con otra, es la palabra, y los ángeles hablan.

La escritura Santa que es el libro en que se contienen las revelaciones que Dios ha hecho al hombre, y que es para los cristianos una palabra infalible, así lo enseña con frase inequívoca.

En la profecía de Isaías se encuentran estas palabras: "*Los serafines hablaban unos con otros.*"

En la de Daniel se registran estas otras: Dijo Gabriel: "Haz entender esta visión."

San Pablo, el inspirado filósofo del cristianismo, para encomiar las excelencias del amor divino, decía que no podría hacerlo dignamente, aunque hablara en la lengua de los hombres y *en la lengua de los ángeles*: *Si linguis hominuc loquar et angelorum.*

La razón humana persuade de que entre los ángeles debe haber un medio de comunicación, que los ponga en relaciones con ellos mismos, con su Creador y con las inteligencias inferiores.

Los ángeles forman necesariamente una sociedad, que intelectualmente se gobierna.

Y es claro que una sociedad y un gobierno no se conciben, sino mediante la palabra.

¿Pero cuál es la palabra de los ángeles? Cómo pueden comunicar sus conceptos, si están destituidos de órgano que sirva para hablar?

En concepto de Santo Tomás, un ángel puede manifestar á otro el concepto que encierra en su mente, cuando se dirija á otro y le manifieste ese concepto.

Esto es lo que se llama hablar, porque hablar, no es más que manifestar á otro el concepto que uno tiene en su entendimiento.

Hablar no es más que remover el obstáculo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tienen oculto un pensamiento é impide su manifestación.

Así, en nuestra alma hay dos obstáculos que impiden la manifestación de nuestro pensamiento: el primero es nuestra propia voluntad, manifestamos nuestro pensamiento cuando queremos, cuando no queremos, no lo manifestamos, queda oculto; el segundo obstáculo es nuestro cuerpo, porque, aunque nuestra voluntad resuelva comunicar nuestro pensamiento á otro, no es conocido por él con solo que lo queramos: necesitamos usar de un signo sensible, que es la palabra articulada por medio del órgano de la voz.

El ángel es una sustancia separada del cuerpo: no tiene cuerpo: no tiene, en consecuencia, que vencer el obstáculo que el cuerpo presenta para hacer conocer el concepto del entendimiento.

Le basta, entonces, remover el primer obstáculo: le basta querer comunicarlo, querer dirigir ese concepto á otro, y hacércelo conocer.

"Tienen, pues, los ángeles, como dice el P. Monsabré, una palabra simple como ellos, una palabra que hacen escuchar sin movimiento y sin ruido."

Hablar para ellos, es manifestarse.

Hablan á Dios, cuya voluntad buscan para obedecerle, cuya perfección contemplan para admirarla.

Hablan entre sí: los ángeles superiores, para mostrar á los inferiores su luminosa esencia, y éstos para pedir á aquellos una luz más intensa.

"Podrían, agrega el P. Monsabré, por un acto de su voluntad, replegarse sobre sí mismos y hacerse impenetrables; pero el santo amor al orden, establece entre ellos una misteriosa atracción más perfecta, que la que encadena á los astros del firmamento, porque del uno al otro, no hay distancia posible."

Hablan á los hombres, fortaleciendo secretamente su espíritu, persuadiendo á su voluntad, á la que no pueden mover directamente, excitando sus generosas pasiones é hiriendo su imaginación y sus sentidos, por medio de apariciones.

Pudiera, quizá, decirse, que el que habla tiene necesidad de excitar al que le escucha, para que atienda á lo que le habla, y que, siendo esto así, no puede decirse que un ángel habla á otros seres una vez que no hay un medio en los ángeles, como lo hay entre los hombres, que es la palabra, para que uno excite al otro á escuchar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santo Tomás, proponiéndose esta dificultad, la resuelve como de costumbre con una frase sobria.

"Así como el sentido, dice, se mueve por lo sensible, así el entendimiento se mueve por lo inteligible."

Si, pues, el sentido se excita por un signo sensible, como es la palabra, así el entendimiento del ángel tiene que excitarse, para atender, por una virtud inteligible.

Hay, pues, en la palabra simple, como la llama el P. Monsabré, de que usan los ángeles, las condiciones que en nuestro modo de entender se requieren para el habla: es manifestativa del concepto interior y puede con ella excitarse al que escucha, para que entienda lo que se le habla.

Los ángeles se ponen á nuestro alcance, obrando en el lugar y sobre los cuerpos. Obrar en el lugar, es la manera con que ellos están en él.

Si no pueden igualar la inmensidad de Dios, por la inmensidad de su presencia, le imitan por la agilidad de sus movimientos.

"Mirad, agrega el P. Monsabré, á esos pájaros ligeros que hienden los aires, son menos rápidos que los ángeles, menos rápido el sonido que nos traen de lejos las ondas movibles de la atmósfera, menos rápido el rayo que cae de las nubes, menos rápida la luz que nos envía el sol, con una velocidad de 75,000 leguas por segundo."

En nuestra alma, es en donde podremos encontrar un punto de comparación.

Sólo el pensamiento puede darnos una idea de la agilidad de los espíritus angélicos.

El pensamiento suprime los medios: instantáneamente, se traslada de uno á otro extremo del mundo: así son los ángeles.

El lugar no puede, ni contener, ni medir su prodigiosa actividad.

Los ángeles ejercen, sobre la materia, su actividad; no del modo soberano que sólo conviene á Dios; pero suplen á las causas interiores, se mueven, separan, reunen los elementos dispersos, se componen cuerpos sutiles de que se sirvan para aproximarse á nosotros, asistirnos y hacernos escuchar las palabras del cielo.

Son de la misma naturaleza, y sin embargo, no hay en ellos uniformidad.

Son innumerables, forman incontables muchedumbres, pero cada uno constituye no un individuo, sino una especie, en sentir de Santo Tomás.

"Muchos son, dice San Dionisio, los ejércitos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bienaventurados de las inteligencias supremas, y su número excede á la débil y reducida medida de nuestros números materiales."

Y tiene que ser innumerable, en concepto de Santo Tomás, porque cuanto más perfectos son los seres, en tanto mayor exceso los ha creado la mano divina.

En las cosas corporales, el exceso consiste en la magnitud: en las incorporales, consiste en el número.

Así vemos que en el universo, los cuerpos incorruptibles, que son los más perfectos entre los cuerpos, exceden incomparablemente en magnitud á los cuerpos corruptibles.

Ningún cuerpo celeste puede compararse, en magnitud, con los cuerpos corruptibles que se encuentran sobre el haz de la tierra.

"Racional es entonces, inferir, dice Santo Tomás, que las sustancias inmateriales excedan incomparablemente, en número, á las sustancias materiales."

Cada uno de los ángeles constituye una especie.

Los ángeles, en efecto, no están compuestos de materia y forma: son substancias inmateriales y no están destinados á ser la forma de un cuerpo.

Es, entonces, imposible que haya dos ángeles de la misma especie: la materia, en cierta cantidad, es lo que constituye al individuo.

Tal es, al menos, la tesis que sustenta la escuela tomista.

Esta enseña que, en las sustancias materiales, el principio de individualidad y multiplicación dentro de la misma especie es la materia, con ciertas dimensiones, *materia signata*, y que las sustancias inmateriales completas se individualizan por su entidad específica, no pudiendo multiplicarse por carecer de materia.

La sustancia inmaterial incompleta, agrega la escuela tomista, como es el alma racional, se multiplica dentro de la misma especie, porque no se individualiza por sí, sino en orden á la materia, á la que debe servir de forma: así es que el alma humana se multiplica según el número de los cuerpos que informa.

La escuela de los Jesuitas y de los Escotitas enseña que el principio de individualidad consiste en la misma entidad de la cosa individualizada ó en los principios intrínsecos con los cuales la entidad forma su individuo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En los principios de esta escuela, posible es que los ángeles, careciendo de materia, puedan multiplicarse dentro de la misma especie.[1]

En todo caso, los ángeles deben ser casi infinitos en número y en variedad prodigiosa.

"Pero en esa prodigiosa variedad, añade el P. Monsabré, una gravitación eminente establece, arregla y mantiene la armonía sobre el modelo del ternario sagrado, de donde deriva toda perfección."

"Las especies se agrupan en los coros, los coros en las jerarquías. Tres veces, tres círculos inmateriales rodean la esfera del Supremo inteligible y colman los abismos que los separa de nuestra débil grandeza."

"Como el mundo visible, el mundo invisible tiene sus reinos: tres jerarquías que distinguen la luz y la acción."

El P. Monsabré, con esa claridad propia de su inteligencia, revela los diversos grados del conocimiento angélico.

"Imaginad, dice, un ojo que viera todos los colores y sus matices en la luz del sol; otro que no viese los colores compuestos más que en los colores simples é irreducibles; otro, en fin, que no viese los matices más que viendo cada color determinado de tal manera y en tal composición: he aquí los diversos grados del conocimiento angélico, la primera jerarquía ve las razones eternas de las cosas en la simple luz del ser divino; la segunda, en la luz múltiple de las causas universales; la tercera, en la determinación de esas causas y efectos particulares."

"En cuanto á la acción: en la cima, los espíritus celestes consideran el fin general de todas las cosas; en el medio, ordenan el movimiento; en lo más bajo, ejecutan."

He aquí, en frases perceptibles, la enseñanza más profunda sobre la naturaleza de los ángeles, sobre sus facultades y sobre los medios con que se ponen en relación con todos los seres.

1 Urráburu, Ontolog. Disp. II, cap. 2.

Las inducciones de la razón nos han llevado hasta las profundidades que habitan los espíritus.

Hemos podido, aunque sea rápidamente bosquejar la naturaleza, las facultades, la ciencia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los espíritus angélicos, no menos que la manera con que se ponen en relación con los demás seres del universo.

Los ángeles han sido creados en estado de felicidad.

Sin embargo, no recibieron en el primer instante de su creación la perfecta y sobrenatural felicidad á que Dios los destinara.

La bienaventuranza no es otra cosa que la última perfección de la naturaleza racional é intelectual, y de aquí proviene que naturalmente se desee esa felicidad, porque todo ser naturalmente desea alcanzar su última perfección.

La última perfección de la naturaleza racional ó intelectual es de dos maneras: una que puede adquirirse con las fuerzas de la misma naturaleza; otra que no puede adquirirse por ese medio, porque es superior á la naturaleza del entendimiento creado.

El ángel, por lo que toca á la primera, que podíamos llamar bienaventuranza natural, fué creado enteramente feliz.

El ángel, en efecto, adquiere la primera felicidad sin movimiento alguno discursivo, como tiene que adquirirla el hombre.

La segunda, como que excede las fuerzas de su naturaleza, y consiste en contemplar á Dios tal como es, no puede adquirirse por las solas fuerzas de la naturaleza.

Dios no debía esta felicidad á ningún ser creado: le bastaba concederles una bienaventuranza adecuada á su naturaleza.

"Llamados los ángeles á contemplar la esencia divina, era necesario, dice el P. Monsabré, que mereciesen este honor, que Dios no debe á ninguna naturaleza creada. Su potencia absoluta podía, es verdad, sacar de la nada una criatura perfecta, consumada en gracia y en gloria en el instante mismo en que se produce el primer acto de su existencia. Pero su sabiduría ha decidido no dejar á su poder libertad tan amplia, porque es más conveniente y más digno que el ser inteligente, sea por cooperación deliberada, el obrero de su propia grandeza y de propia felicidad."

Los ángeles, pues, han tenido que hacer méritos para alcanzar la felicidad sobrenatural, ó sea la contemplación de la esencia divina.

La bienaventuranza perfecta sólo en Dios es natural, porque para él es una misma cosa, existir y ser dichoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En los seres creados, el ser feliz no es una cosa natural, es un fin.

Todo ser llega á su fin por medio de la obra, por medio de su operación: si las fuerzas, para realizar el fin son superiores al fin mismo, como la medicación respecto de la salud, entonces el fin es el resultado ó la consecuencia de la operación: la operación es la que hace el fin, es *factiva finis*, como dice Santo Tomás: si el fin es superior á la operación, de manera que, para conseguir el fin se necesita la ayuda de otro, entonces la obra no es la que hace el fin, sino que es meritoria del fin, según la frase del mismo doctor angélico.

La bienaventuranza para los ángeles era un fin, sus fuerzas no exceden á su fin sobrenatural: la bienaventuranza excede con mucho á la naturaleza angélica y á la naturaleza humana.

Los ángeles, entonces, trabajando por alcanzar su fin último, pudieron hacer obras meritorias, meritorias de la gloria.

Sin embargo de que los ángeles recibieron en su creación el auxilio natural de la gracia, para merecer la bienaventuranza suprema, no todos la alcanzaron.

"Una tempestad repentina, dice el P. Monsabré,

estalló en las puertas mismas de la bienaventuranza eterna."

"Uno de los más bellos ángeles, Lucifer, enamorado de sí mismo, rechaza los ofrecimientos que Dios le hace: su grito de insurrección, atravesando todas las jerarquías, arrastra tras sí á millares de espíritus celestes. No es su fuerza la que los arrastra, es su belleza la que los encadena.

El profeta de Pathmos nos ha revelado en una frase la revolución causada en el cielo: *factum est*, dice, *praelium magnum in cælo*, una gran batalla se ha verificado en el cielo."

"Nada de armas, dice el Padre Monsabré, nada de ruido, nada de sangre, en esta lucha gigantesca. Una sola palabra decide la suerte de la batalla."

¿Quién es semejante á Dios? dijo á los rebeldes el ángel Miguel.

Esta palabra fué el rayo que en un instante deshizo la armada de los rebeldes y los precipitó á los abismos eternos.

¿Pero cómo se verificó esta caída de los ángeles?

Isaías, en una de sus raptos, hacía la misma pregunta: ¿cómo has caído del cielo, oh Lucifer,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando tú regocijabas con tu esplendor la mañana de la creación, cuando estabas tan lleno de sabiduría y de belleza? ¿Cómo has caído, tú que eras grande y rico, tú, oh querubín, que tenías extendidas tus álas para proteger el trono de Dios?

¿Pues qué, los ángeles, podían pecar?

El angel, lo mismo que el hombre, considerados en su naturaleza, puede pecar. La ausencia del pecado es obra de la gracia y no de la natuleza.

Pecar, dice Santo Tomás, no es otra cosa que desviarse de la rectitud que la acción debe tener.

La desviación de la regla es lo que constituye el pecado en las cosas naturales, en las artificiales y en las morales.

Sólo aquel acto, cuya regla es la misma virtud del agente, es el que no puede separarse de la rectitud que debe tener.

"Si la mano del artífice, dice Santo Tomás, fuese ella misma la regla para trazar una línea, ó para cortar un lienzo, jamás el artífice trazaría mal la línea, ni cortaría mal el lienzo."

Pero no sucede así: quien, sin regla, traza una línea, está expuesto á desviarse de la dirección: quien sin regla, corta un lienzo, está siempre en peligro de desviar el corte.

La regla, pues, está separada del agente, tratándose de los seres creados.

Sólo en Dios no hay ese peligro: su voluntad, que es la que obra, es, al mismo tiempo, la regla que dirige la obra: sólo Dios tiene, por su naturaleza, rectitud en todas sus operaciones: la regla y el agente están identificados.

No sucede así en las creaturas: su voluntad tiene por regla la voluntad divina.

"La voluntad creada, tiene que regularse por la voluntad divina, como la voluntad de un ejército, dice Santo Tomás, tiene que regularse por la voluntad de su jefe."

En consecuencia, sólo en la voluntad divina, es imposible el pecado: en la voluntad creada, según el orden de su naturaleza, es posible el pecado.

Los ángeles podían pecar, pero ¿de qué manera pudieron caer en pecado?

No podían caer en pecado, por error ó por ignorancia, porque fueron creados en sabiduría; no podían caer en pecado, por pasión, porque eran espíritus purísimos; no podían caer en pecado, por hábito depravado, porque antes del pecado no precedieron actos malos, de los cuales pudiera re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sultar un hábito; no pudieron caer en pecado, por su naturaleza, porque fueron creados en estado de perfección.

Esta dificultad es gravísima, y apenas soluble, en sentir de los teólogos.

Puede, sin embargo, decirse que el ángel pecó por error ó por ignorancia, no en la acepción especial y estricta de estas palabras, sino en su acepción genérica.

Hay error propiamente dicho, cuando se asiente á una cosa falsa, juzgándola verdadera.

Hay error, generalmente dicho, cuando no hay consideración actual, cuando no se atiende ni se considera prácticamente, al obrar, lo que debía atenderse y considerarse.

El ángel no podía errar, juzgando como bueno, lo que no lo era.

Podía errar, no considerando el bien superior, al que debía referirse su propio bien.

El entendimiente angélico propuso á la voluntad su propia excelencia como buena y digna de ser amada: en esto no había error.

Mas no lo propuso como podía y debía, como digna de ser amada con sujeción á la regla divina y con orden á Dios, como autor y fin subrenatural

En esto hubo defecto actual de consideración práctica, é ignorancia ó error que se llama de mala elección.

Cuando el ángel amó esta excelencia, así propuesta, sin sujeción y orden á Dios, como fin sobrenatural, pecó sin duda.

"De dos maneras, dice Santo Tomás, puede haber pecado en un acto del libre arbitrio."

"De una manera, cuando el hombre elige algo que es malo por sí, como peca el hombre, cometiendo un adulterio."

"Tal pecado procede siempre de error ó de ignorancia: de otro modo no cometería ese pecado, porque el hombre nunca busca lo malo como malo."

"Yerra, pues, el adúltero en particular, eligiendo este deleite de un acto desordenado, como un bien que como tal le presentan la inclinación de las pasiones, ó el hábito, aunque en general no yerre, sino que tenga sobre esta materia un juicio cierto."

"De este modo no pudo pecar el ángel, porque ni tenía pasiones que ofuscaran su entendimiento, ni al primer pecado pudo preceder un hábito que inclinara al pecado."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"De otro modo se peca eligiendo algo que es por sí bueno, pero no con el orden debido, como si alguno elige orar, que es por sí bueno, pero sin atender al orden establecido por la Iglesia."

"Este pecado no supone ignorancia, sino ausencia de aquellas cosas que debían considerarse.

"De este modo pecó el ángel, convirtiéndose, por su libre voluntad, á su propio bien, sin orden á la regla de la voluntad divina."

Y el ángel pecó: si nuestra naturaleza mixta no nos permite darnos cuenta exacta y perfecta de los actos de los ángeles, la palabra divina nos afirma la existencia del pecado que cometieron.

"En sus ángeles, decía Job, *encontró depravación.*"

"Dios no perdonó, decía San Pedro, á los ángeles que *pecaron.*"

"Apartáos de mí, malditos, dirá el justo Juez en el último día de los tiempos, según enseña San Mateo, al *fuego etérno* que está preparado *para el diablo y sus ángeles.*"

"El que peca, dice San Juan, es del diablo, porque el diablo *peca* desde el principio."

Pecó el ángel, como pecan los espíritus.

Los bienes groseros que lisonjean nuestros sentidos no podían ejercer atractivo en él.

En el orgullo encontró su perdición.

El orgullo es la fuente de toda iniquidad: *initium omnis peccati superbia.*

"Subiré y seré semejante al Altísimo," dijo el ángel.

¿Pensó de veras que podía igualar á la majestad infinita?

Evidentemente no: sabía muy bien que un ser finito, aunque eternamente creciera, jamás podría igualar al Infinito.

"Pero, protestando maliciosamente, dice el P. Monsabré, contra el orden establecido, ha comenzado la innumerable y larga línea de estos orgullosos naturalistas que repudian sus destinos naturales y lo aguardan todo del desenvolvimiento de su naturaleza, ó que desean aspirar á la felicidad suprema de ver á Dios, sin contar más que con sus propias fuerzas."

En una palabra, Lucifer ha querido encontrar en sí mismo su felicidad, lo que sólo es propio de Dios: este fué su pecado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los ángeles han podido pecar, y, en efecto, pecaron.

Pecó Lucifer, y su pecado fué la causa de que otros ángeles pecaran, no porque él los obligara á cometer esa culpa, sino induciéndolos, como por cierta exhortación, según la frase de Santo Tomás.

El pecado primero cometido por Lucifer, fué la soberbia.

La envidia vino en seguida.

"Después del pecado de soberbia, dice Santo Tomás, cayó el ángel pecador en el pecado de la envidia: se dolió del bien del hombre y se dolió también de la excelencia divina, por cuanto á que Dios usa de ella para su gloria, contra la voluntad del ángel que había pecado."

San Pablo revela, con sus frases sobrias pero siempre luminosas, cómo pudo caer Lucifer en el pecado de envidia.

"Dios, dice el Apóstol, introduciendo á su Hijo único en el mundo, ordenó por segunda vez á los ángeles que le adoraran: *Et cum iterum introducit primogenitum in orben terræ dicit: Et adorent eum omnes angeli ejus.*"

San Pablo dice que, por segunda vez, *iterum*,

introdujo Dios á su primogénito: una segunda vez, necesariamente, supone una primera.

"Nos es permitido, entonces, dice el P. Monsabré, creer con los Santos Doctores y con eminentes teólogos, que el plan total de la creación fué originariamente revelado á los ángeles que vieron entonces al Verbo Encarnado, y que Dios les pidió, para este gran predestinado, un cántico de adoración."

Vieron, entonces, desde esa vez primera, al Verbo Encarnado, al Verbo hecho hombre, al Verbo divino unido á la humana naturaleza.

"Oh esplendor del Padre, exclamarían entonces, dice el P. Monsabré, espejo inalterable y viviente de la sustancia divina, ¿por qué envilecerte?"

"Quieres unirte á la creatura; deténte en nuestra luminosa y pura esencia, y no vayas á perderte en un polvo abyecto, si quieres evitarte el desprecio de nuestra grandeza."

"Y el Verbo, agrega el P. Monsabré, respondió: id, malditos, *ite maledicti.*"

Quiso Lucifer buscar, en sí mismo, su felicidad suprema, y este fué su orgullo: quiso despreciar al Verbo, porque lo veía unido á la humanidad,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que era una naturaleza inferior á la suya, y esta fué su envidia.

No es posible hacer cálculos para conocer el tiempo que duró este misterioso y trágico acontecimiento: nuestra naturaleza mixta, preciso es repetirlo, no nos permite darnos cuenta completa y cabal de la manera con que se realizan las operaciones de las naturalezas puras, como son los ángeles.

Las revelaciones de Dios, el levantamiento del orgullo y de la envidia, el juicio, la sentencia, la maldición, el combate de los espíritus fieles contra los espíritus rebeldes, la victoria, el eterno alejamiento de las falanges pecadoras, todo se ha realizado en un instante.

El efecto que la culpa produjo en los ángeles, y eso constituye su pena, fué el que su entendimiento se entenebreciera, que su voluntad se obsecara, y que su ser sintiera el dolor no como una pasión, sino como lo puede sentir un espíritu.

El conocimiento de la verdad, ó proviene de la naturaleza, ó proviene de la gracia, y este último puede ser especulativo ó práctico.

El primero en el angel pecador, ni se disminuyó ni se perdió: ese conocimiento sigue á la naturaleza y la naturaleza del angel es el ser inteligente.

Como esa naturaleza es enteramente simple, nada se le puede quitar para que, con lo que se le quite, quede castigado.

En el hombre, que es una naturaleza mixta, si puede quitarse algo, cuya pérdida le sirva de castigo, como cuando se le corta un pie ó una mano.

La simplicidad hace imposible la separación de una parte de la substancia simple.

Por eso los filósofos y los teólogos afirman que los dones naturales permanecen íntegros en los ángeles pecadores.

El conocimiento especulativo que proviene de la gracia, y que consiste en la revelación de los secretos divinos, quedó disminuido en los ángeles pecadores, según la enseñanza de Santo Tomás, y el conocimiento efectivo, proveniente del mismo origen y que consiste en crear el amor de Dios en los seres que han salido de su mano, lo perdieron completamente.

La obsecación en el mal, el permanecer invariablemente en el mal, es el otro efecto que la culpa produjo en los ángeles pecadores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La causa de esta obstinación no es la gravedad de la culpa, sino la condición del estado.

Para los ángeles, dice un eminente doctor de la Iglesia, fué la caída, lo que es para los hombres la muerte.

Los pecados del hombre, graves ó leves, son perdonables: después de la muerte, son irremisibles y permanecen perpetuamente.

Así pasó en los ángeles, después de que pecaron.

Hay también en los ángeles pecadores, dolor y sufrimiento.

No existe en ellos ese dolor como una pasión, porque eso es propio del apetito sensitivo, que es una virtud en el órgano corporal, del que carecen los ángeles.

Pero el dolor, como simple acto de la voluntad, existe en los ángeles que pecaron.

El dolor, así considerado, no es más que la resistencia de la voluntad á aquello que es, ó á aquello que no es.

En los ángeles malos hay ese sentimiento de dolor: quieren que no sean muchas cosas que son, y que sean las que no son.

Quisieran que se condenaran los justos; quisieran tener la bienaventuranza que no tienen.

Al no obtener alguna de esas cosas, su voluntad se siente contrariada, sufren, porque la pena y el sufrimiento, para que tengan ese carácter, han de ser contrarias á la voluntad.

Los ángeles malos quedan, por consiguiente, con obstinación apegados al mal, como aquellos animales cuyo diente, penetrante y cruel, se hunde tan profundamente en la presa que no se le puede separar, sino rompiéndola.

Incapaces de encontrar la felicidad en la paz, corren tras de los falsos goces de la venganza en la que gastan el admirable poder que tienen por su naturaleza, ejerciéndolo sobre los espíritus y sobre los cuerpos.

"Venganza contra Dios, dice el padre Monsabré, á quien pretenden arrebatar las adoraciones de la criatura, falsificando su omnipotencia por medio de prestigios; venganza contra los ángeles fieles, cuyo gobierno y protección contrarían turbando á la naturaleza y seduciendo á las almas; venganza, sobre todo, contra el hombre que debe llenar los vacíos que ellos dejaron en el cielo, llevándolo al mal para arrastrarlo consigo en una eterna desgracia."

"Esta venganza, agrega el padre Monsabré, ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aplastado á los demonios bajo el peso de su vanidosa ciencia."

"Negando la acción de los malos espíritus, creen haber encontrado una novedad: se engañan."

"Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo, los han precedido hace mucho tiempo.

"Sus sarcasmos ligeramente han pesado sobre la creencia del género humano: juzgo que el desprecio soberbio de nuestros contemporáneos, no ha de tener mejor fortuna."

"La tradición sobre la existencia de los ángeles malos está hecha, y su autoridad es demasiado imponente para que, puedan destruirla los negadores que la rechazan."

"Si los espíritus existen, ¿puede rehusárseles la libertad?

"Si son libres, ¿por qué no creer en su caída?"

"Si hay espíritus caídos, ¿porqué no podrán hacer uso de su poder maligno?"

Por haberlo manifestado en diversas épocas, los pueblos los han adorado bajo los nombres de *divinidades crueles, funestas y sin piedad.*

Por eso mismo, los filósofos más sensatos han

confesado su existencia y descrito su papel en el mundo.

San Pablo, el filósofo del cristianismo, de acuerdo con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el genio de Platón y Aristóteles, ha dicho: "No tenemos que luchar solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los principados y las potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire."

La caída de los ángeles podía no ser en el origen de las cosas, más que una sombra providencial, destinada á poner de resalto los esplendores de nuestra fidelidad.

Se ha hecho, sin embargo, el prólogo del drama de nuestra caída: tiempo es de volver á su estudio.

LA CAIDA DE ADAN.

El primer hombre, adornado con los espléndidos privilegios de la naturaleza y con los incomparables dones de la gracia, vivía sumergido, por decirlo así, en las delicias del Edén, en íntima y no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

interrumpida comunicación con Dios y hablando con los ángeles.

Estaba sometido á la observancia de un precepto: Dios había intimado á Adan y á la dulce compañera de su vida que no tocasen el fruto de un árbol, que hermoso se levantaba en aquella mansión de auras embalsamadas y de flores bellísimas.

Nada podía impulsar, á los moradores dichosos de aquel sitio, á infringir el divino precepto: sus cuerpos estaban dulcemente sometidos á las inspiraciones de su inteligencia, su razón estaba sujeta, sin esfuerzos ni violencias, á la voluntad del Creador, que les amaba con las ternuras de una madre cariñosa.

Pero, en el plan divino, es regla invariable que los seres superiores obren sobre los inferiores.

Así es que, el mundo invisible, los ángeles que en él habitan, tenían que hacer sentir su influencia sobre el mundo visible, destinado para Adan y para todos sus hijos.

El mundo angélico se había dividido: parte de los ángeles fueron confirmados en la gracia; otra parte, rebelde y altiva, cayó de las regiones de la luz en que debía vivir para siempre.

Los ángeles buenos hacían sentir sobre el hombre su influencia bienhechora, afirmaban sus pasos en el camino de la felicidad eterna: los malos tenían que conspirar para precipitarlo y perderlo.

Los ángeles malos, á quienes había perdido la soberbia, sufrían las angustias de la envidia.

No podían resignarse á que el Verbo se hiciera hombre, no podían tolerar, digamos así, que la naturaleza humana, inferior á la angélica, se divinizara con la Encarnación del Verbo.

Si después de su caída odiaban al Eterno, no era menos el odio que abrigaban con respeto al hombre.

Lucifer se propone tentarlo y perderlo: Dios lo permite.

En esta permisión de Dios nada hay de inconveniente: ninguna criatura, por poderosa que sea, puede perjudicar al rey del mundo contra su voluntad.

La Providencia concede á todos los seres lo que les conviene, según su naturaleza, porque no es propio de ella perder á los seres, sino salvarlos.

"Tuvo, pues, el primer hombre, dice el P. Monsabré, el poder de resistir á la tentación, y este poder, más fuerte entonces de lo que es hoy, debía,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en los designios de Dios, acrecentar, por su victoria, los méritos de nuestro primer padre y engrandecerlo sin duda. No es, por lo mismo, de admirarse que éntre en escena el ángel caído: la Providencia lo llama y su propia perversidad lo empuja.

Llega, en efecto, al Edén: la serpiente, dice *el* Génesis, era el más astuto de todos los vivientes salidos de la mano de Dios.

Es decir, el maligno espíritu envileció su naturaleza, bella todavía, aun en el crimen y en el infortunio, hasta tomar el cuerpo de un animal.

Y era, hasta cierto punto, como necesario que, para realizar su empresa, tomase una forma sensible.

El demonio tienta hoy por sugestión: en el primer hombre, antes de que pecara, no tenía poder el ángel de las tinieblas para impulsarlo al mal por medio de un ataque interior: era preciso que lo tentara exteriormente.

"Por otra parte, si hubiera manifestado su presencia, dice el P. Monsabré, por una aparición en armonía con su naturaleza deshonrada, al ver su triste hermosura herida por los rayos del cielo, habrían adivinado al enemigo aquellos á quienes él quería sorprender."

Así es que el demonio, por medio de una serpiente verdadera y natural, de la cual se valió como de un instrumento para formar voces semejantes á las humanas, fué quien tentó á Eva.

"Por la envidia del diablo, dice el Libro de la Sabiduría, entró la muerte en el mundo."

"El diablo, dice San Juan, fué homicida desde el principio."

En consecuencia, según la palabra divina, que para los cristianos es infalible, Lucifer ha sido el autor de la primera tentación.

Además, aquella tentación se realizó hablando la serpiente á Eva y Eva respondiendo: este diálogo no podía verificarse sino entre seres inteligentes; Eva lo era y la serpiente no: la serpiente, entonces, tenía que ser el instrumento ó de un hombre ó de un ángel, porque sólo estas dos clases de seres son inteligentes entre los seres creados: el hombre no podía ser el autor de la tentación, porque no había otro más que Adán, y aun cuando hubiera habido otro hombre, no habría podido formar voces por medio de la serpiente, como ningún hombre ha podido hacerlo en el curso de los siglos.

Preciso es, de consiguiente, que el autor de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tentación haya sido un ángel: no podía serlo un ángel bueno: fué, pues, el ángel malo quien tentó á Eva.

Y la serpiente de que se valió, para realizar la tentación, fué una serpiente verdadera.

El texto del Génesis no deja lugar á duda: "la serpiente, dice la frase de Moisés, era el más astuto de todos los animales que Dios había creado."

Esta comparación de la serpiente, con otros animales, sería inepta por completo, si por serpiente se entendiera el diablo ó una serpiente fingida.

"Serás maldita, dice también el Génesis, entre todos los animales y bestias de la tierra."

Esto manifiesta abiertamente, que la serpiente, á la que se le dirigen estas palabras, era del número de los animales que había en el mundo.

"Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás tierra," agrega el texto del Génesis.

Esto no puede convenir, sino á una serpiente natural y verdadera.

Alguno podría decir que la serpiente no era el más astuto de los animales, y de aquí inferir que no se trata en este pasaje de Moisés, de una serpiente verdadera.

Se le llamó astuta, por el demonio que de ella se valía, como se llama dolosa á la lengua, no porque ella tenga dolo, sino porque la mueve una inteligencia dolosa.

Además, la serpiente es astuta, para dañar insidiosamente y para conservarse incólume: por eso Cristo decía: "sed prudentes, como las serpientes."

Si una serpiente verdadera, hubiera hablado á Eva, ésta, sin duda, se hubiera horrorizado, y, turbada, hubiera huído.

Esta observación podría inducirnos á creer que no fué una serpiente verdadera la que habló á la madre del género humano.

Pero no podía haber temor ninguno en Eva, porque todos los animales estaban sujetos á los primogenitores de la raza humana, y no podían dañarlos.

El que la serpiente hablara, no podía causar extrañeza á Eva; pudo muy bien juzgar que esto se hacía por algún espíritu, sin reflexionar si ese espíritu era bueno ó era malo.

Aunque los ángeles, cuando aparecen y hablan á los hombres, no se valen generalmente de cuer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pos verdaderos y naturales, no carecen de poder para servirse de ellos.

Un ángel bueno, según refiere la Escritura, se valió de un asno de Balán, para formar voces semejantes á las humanas: según la narración de Moisés, el ángel malo se valió de la serpiente para tentar á Eva.

¿Pero cómo permitió Dios la tentación de los padres del género humano, sabiendo, como sabía, que habían de caer en ella?

"Si tal pregunta se hace, dice San Agustín respondo que no puedo penetrar la profundidad de ese designio de Dios, y confieso que es superior á mis fuerzas."

Puede, sin embargo, decirse, que si Dios permitió la tentación, fué para manifestar su omnipotencia que es tan grande, que del mismo mal se saca bien, su justicia castigando y su misericordia concediendo el perdón.

Permitió la tentación, porque es propio de su Providencia dejar á todos los seres con las tendencias propias de su naturaleza y permitir, por lo mismo, que los hombres, dotados de libre arbitrio, puedan libremente ceder ó resistir á la tentación.

En fin, permitió la tentación para manifestar

al hombre su pequeñez, para darle á conocer lo que puede ser el libre arbitrio aun cuando esté ayudado por la gracia.

El tentador se dirige á la mujer: menos inteligente que el hombre, puede hacerse más fácilmente vana y orgullosa: formada de la substancia misma del hombre tiene sobre su corazón un poder misterioso: el camino era seguro para alcanzar la victoria.

Tienta á Eva, preguntando: esta es la manera más segura de tentar á una alma.

"La interrogación, decía el P Lacordair, es el arte de poner en duda lo que existe."

El ángel tentador, al preguntar, no pone en duda la autoridad de Dios, sino el objeto de la prueba.

Es como si hubiera preguntado: es seria la prohibición, que Dios os ha hecho, de no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El árbol de la prueba parece á primera vista un juego inconveniente de la omnipotencia divina; pero basta un poco de buen sentido para ver que no es así.

"El hombre, dice el P. Monsabré, espíritu y cuer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po, une inseparablemente en todas sus operaciones, los dos elementos de su naturaleza y siente la necesidad de referir á signos todo lo que hay en él de más inmaterial: el pensamiento, los sentimientos, el deber. Necesita, si debe ser probado, que la prueba se dirija á toda su naturaleza, que tenga en el objeto de esta prueba un signo que hable á los sentidos y represente al espíritu la autoridad de una voluntad superior que impone sus órdenes. Importa poco que este signo sea una cosa grande ó una cosa pequeña, con tal que exprese una idea digna de Dios.

Por ventura ¿os fijais en la materia, en la forma, en el color del poste ó del lindero que indica los límites de un campo?

"Que sean de madera ó de piedra, redondos ó cuadrados, blancos ó negros, continúa el P. Monsabré, vuestra honradez desdeña estos detalles pueriles, y no ve, en estos vulgares objetos, más que el derecho del propietario y la santa majestad de la ley."

Si alguno intenta violarlos, ellos mismos harán escuchar las amenazas de la justicia.

Ya se ve, cómo el ángel malo fué el autor de la tentación, cómo el instrumento de ella fué

una serpiente natural, y cómo, bajo la forma de una pregunta, tendía el ángel de las tinieblas á precipitar á la madre del género humano en el abismo de una infracción del precepto divino.

——

No fué indigno, decíamos, de la Majestad Divina, escoger un árbol del Paraíso para encarnar en él, por decirlo así, una prohibición y constituirlo en un instrumento que sirviera para probar la obediencia de los felices moradores de aquel sitio delicioso.

No es, decíamos, la materia ó la forma de un signo lo que le da valor y eficacia: su fuerza y su importancia derivan de lo que ese signo representa.

"El tronco del árbol seco, dice el P. Monsabré, que encontraron un día los soldados romanos y sobre el cual pusieron otro leño atravesado para clavar allí á un hombre que acababan de condenar los tribunales civiles y religiosos, aunque es un madero muerto, la humanidad toda le llama la cruz santa, la cruz venerable, la cruz preciosa, el estandarte del Rey de los Reyes."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po, une inseparablemente en todas sus operaciones, los dos elementos de su naturaleza y siente la necesidad de referir á signos todo lo que hay en él de más inmaterial: el pensamiento, los sentimientos, el deber. Necesita, si debe ser probado, que la prueba se dirija á toda su naturaleza, que tenga en el objeto de esta prueba un signo que hable á los sentidos y represente al espíritu la autoridad de una voluntad superior que impone sus órdenes. Importa poco que este signo sea una cosa grande ó una cosa pequeña, con tal que exprese una idea digna de Dios.

Por ventura ¿os fijais en la materia, en la forma, en el color del poste ó del lindero que indica los límites de un campo?

"Que sean de madera ó de piedra, redondos ó cuadrados, blancos ó negros, continúa el P. Monsabré, vuestra honradez desdeña estos detalles pueriles, y no ve, en estos vulgares objetos, más que el derecho del propietario y la santa majestad de la ley."

Si alguno intenta violarlos, ellos mismos harán escuchar las amenazas de la justicia.

Ya se ve, cómo el ángel malo fué el autor de la tentación, cómo el instrumento de ella fué

una serpiente natural, y cómo, bajo la forma de una pregunta, tendía el ángel de las tinieblas á precipitar á la madre del género humano en el abismo de una infracción del precepto divino.

——

No fué indigno, decíamos, de la Majestad Divina, escoger un árbol del Paraíso para encarnar en él, por decirlo así, una prohibición y constituirlo en un instrumento que sirviera para probar la obediencia de los felices moradores de aquel sitio delicioso.

No es, decíamos, la materia ó la forma de un signo lo que le da valor y eficacia: su fuerza y su importancia derivan de lo que ese signo representa.

"El tronco del árbol seco, dice el P. Monsabré, que encontraron un día los soldados romanos y sobre el cual pusieron otro leño atravesado para clavar allí á un hombre que acababan de condenar los tribunales civiles y religiosos, aunque es un madero muerto, la humanidad toda le llama la cruz santa, la cruz venerable, la cruz preciosa, el estandarte del Rey de los Reyes."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se le saluda con amor y con gratitud; si se recoge de él una pequeña partícula, se le engasta en oro y en plata, y temblando la aproximamos á nuestro corazón y á nuestros labios.

Nada más vil que ese árbol muerto.

¿Cuál es, entonces, el misterio de esos homenajes?

Es que no se rinden al madero, sino á la sangre con que fué teñido y al infinito amor que hay en esa sangre.

Adoramos la cruz, porque Cristo, hijo verdadero de Dios, muriendo por nuestra salvación, puso todo su amor en ese árbol.

El árbol de la prueba es el equivalente del árbol de la cruz, con la diferencia de que éste es un madero muerto, mientras que aquél era un madero vivo y fértil.

Plantado en medio del Paraíso, sus raíces se nutrían de los ríos sagrados, levantaba hacia el cielo su magnífico tallo, y dejaba caer de todos lados sus ramas cargadas de frutos deliciosos, impregnados de virtud celeste.

El madero muerto, y el madero vivo, son los dos signos de Dios.

En el uno, ha inoculado, al expirar, su incon-

cial no puede llevar ese carácter que mancha y degrada.

El pecado original fué un acto del primer padre del género humano. Ese acto no podía alterar de antemano á una substancia que entonces no existía.

No es, de consiguiente, el pecado original, una corrupción, una degradación de la substancia del alma.

Tampoco es un acto de nuestra voluntad.

El acto prevaricador de Adán no salió de su persona.

"Pasajero por su naturaleza, dice el Padre Monsabré, no puede perpetuarse por una imputación sin motivo, y esta imputación no podría hacer que fuese realmente transmitido, inherente, propio de cada uno de nosotros, como lo define la Iglesia."

¿Será, por ventura, el pecado original, un consentimiento dado á la culpa de nuestro primer padre, á la hora misma en que tomamos posesión de la vida? ó bien una complicidad misteriosa, real y actual, de nuestro libre arbitrio, en el libre arbitrio de Adán, que representaba y contenía á su posteridad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Iglesia jamás ha enseñado que el hombre sea culpable del pecado de origen.

Jamás la Iglesia ha atribuido á nuestro libre arbitrio una complicidad ya no actual, pero ni siquiera virtual, ni interpretativa, en el acto personal y voluntario, por medio del cual el padre del género humano consumó su culpa.

La Iglesia únicamente enseña que ese acto de Adán nos ha dañado y nos ha perdido, como á un hijo deshonra el crimen de su padre.

La Iglesia afirma que el género humano ha caído en la persona de su jefe, que hay un pecado, el mismo para todos, en cada hijo de Adán, desde el momento en que comienza á vivir; pero al mismo tiempo enseña, por los labios de San Anselmo que este pecado no es el acto de nuestra voluntad personal.

"El que en los niños, dice San Anselmo, no halla la justicia que debían tener, no proviene de su voluntad personal, como en Adán, sino de la natural deficiencia que la misma naturaleza recibe de Adán."

Y por eso la Iglesia, si bien desea purificarnos de esa culpa, jamás nos pide que nos arrepintamos de ella.

Verdad es que el pecado, para que sea pecado, necesita ser voluntario: el pecado de origen es voluntario, en la causa general y primera que contenía toda la especie humana y de donde procede el universal movimiento de la generación, como el acto de un miembro, dice Santo Tomás, no es voluntario más que en el alma, primer motor del organismo.

Santo Tomás, con su acostumbrada precisión, se expresa de este modo: «Todos los hombres que nacen de Adán pueden considerarse por razón de la naturaleza que reciben del primer padre, como un solo hombre, á la manera que todos los hombres que son de un mismo pueblo ó nación se consideran como un solo cuerpo y toda la sociedad como un solo hombre. Así es que los hombres que vienen de Adán, pueden considerarse como muchos miembros de un solo cuerpo.»

«El acto de un miembro del cuerpo, continúa Santo Tomás, por ejemplo de la mano, no es voluntario por voluntad de la mano, sino por voluntad del alma que la mueve y la dirige.»

Por eso el homicidio que la mano comete, no se imputa á la mano considerada en sí, como separada del cuerpo, sino en cuanto á que es una parte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del hombre, que se mueve por el primer principio que en él vive.

Así, pues, el desorden que hay en el hombre que desciende de Adán no es voluntario, con la voluntad de ese hombre, sino con la voluntad del primer padre de quien procede el movimiento universal de la generación humana, como la voluntad del alma mueve todos los miembros para el acto que han de ejecutar.

No es, pues, el pecado original un acto de nuestra propia voluntad.

Será por ventura una pena?

Pero la pena supone un desorden moral: supridо este desorden, la pena no es más que una barbarie.

¿Será, quizá, alguna enfermedad misteriosa proveniente de un virus mezclado al río de la generación?

Pero, de dónde viene este virus?

Cómo puede pasar del cuerpo al alma y hacer que languidezca la naturaleza toda?

«Los que han imaginado esta teoría, dice el Padre Monsabré, no han podido jamás responder á estas preguntas.»

La inclinación fatal que nos arrastra á los placeres de los sentidos, estas rebeliones del cuerpo que tan profundamente entristecen á las almas generosas, á tal extremo que piden á gritos como el Apóstol ser libertadas de su cuerpo de muerte, la concupiscencia, en una palabra, ¿no será el pecado que buscamos?

"Tampoco, responde el P. Monsabré. Los apetitos de la carne le son naturales, y la razón, abandonada á sus propias fuerzas, no los gobierna tan soberanamente, que pierdan el poder de rebelarse."

"La concupiscencia no es un desorden en nuestra naturaleza, más que respectivamente, y la aflicción que de ella recibe nuestra virtud, no es un efecto directo del acto de la voluntad que nos ha hecho caer."

"Por otra parte, el bautismo borra el pecado original, ningún rastro de condenación queda en aquellos que Cristo ha hecho nacer á nueva vida."

"Y, sin embargo, aun después del bautismo, el freno de las pasiones arde en nuestra sangre y ni el agua santa, ni nuestros esfuerzos, ni el acercarnos frecuentemente á las fuentes de la gracia, ni aun el hielo de la edad, extinguen en nosotros sus criminales ardores."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No ha faltado quien diga, y es el principio de la escuela luterana, que el pecado original consiste en una infección radical de nuestras facultades

La razón no se mueve más que en las tinieblas, afirma esa escuela, la voluntad no tiene ya fuerza para decidirse al bien. La caída de nuestro primer padre infecciona todo con la malicia de su pecado, dejando en nosotros una impotencia radical para conocer y amar á Dios, una tendencia inevitable hacia el mal, una necesidad natural de cometerlo.

Basta anunciar esta teoría, para que se descubra su inexactitud.

Las victorias que obtenemos por nuestros esfuerzos generosos, y con el auxilio de la gracia, sobre nuestras depravadas inclinaciones, ponen de resalto que no hay en el hombre esa impotencia radical para amar á Dios.

Podemos, entonces, concluir que el pecado original no es ni una alteración de la sustancia del alma, ni un acto de nuestra voluntad, ni una enfermedad misteriosa producida por un virus que infecciona la fuerza de la generación, ni la concupiscencia, ni la infección radical de las facultades de nuestro ser.

¿Qué es, entonces el pecado original?

El hombre, al no considerar más que los principios constitutivos de su naturaleza, es un ser mixto compuesto de una alma simple é incorruptible unida á un cuerpo múltiple en sus elementos, y, de consiguiente, susceptible de corrupción.

El alma, por su inteligencia, busca la verdad, por su voluntad, busca el bien, y este apetito no puede satisfacerse más que encontrando la verdad suprema y el bien supremo, que es Dios.

El hombre, así considerado en sólo los principios constitutivos de su naturaleza, puede buscar y encontrar á Dios, no en el misterio de su esencia infinita, porque el hombre es limitado y finito, sino en las manifestaciones visibles y finitas de sus perfecciones.

Si el alma estuviera separada del cuerpo, no tendría que luchar para conseguir ese fin, más que con sus propias imperfecciones; pero estando unida al cuerpo, es necesario que se ponga en guardia contra las ilusiones de la parte sensible que la condena á la ignorancia y la expone al error: tiene que vigilar sobre el apetito inferior de la carne, para que no traspase los límites de una satisfacción legítima.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así es que el hombre, atendida su natural constitución, tenía que luchar con la ignorancia y con la concupiscencia, y estaba sujeto en cuanto al cuerpo, á ser pasible y mortal, porque tenía que obedecer ese cuerpo á la ley de los compuestos, que por su naturaleza tienden á disolverse bajo la acción de las fuerzas desasimiladoras.

"Dios podía, dice Santo Tomás, haber criado, en el origen del mundo, del polvo de la tierra al hombre dotado de sus elementos y de sus facultades naturales, es decir, un hombre mortal, pasible y que resintiera las rebeliones de la concupiscencia."

"Pero la bondad divina, dice el P. Monsabré, se hizo sentir maravillosamente en nuestra creación. Dios nos ha hecho para contemplar un día los misterios de su esencia, y nos ha ordenado á este fin sublime de la vida por un don sobrenatural, una gracia singular de perfección y de santidad que penetraba en su fuente á la naturaleza humana y le comunicaba todos los privilegios de la integridad. Sujeta á Dios por la justicia, el alma, desprendida de los sentidos, marchaba fácilmente en las regiones de la verdad y reinaba sobre los apetitos con dominio absoluto. El sobrenatural vigor que recibía de la bondad divina descendía

hasta los elementos corruptibles de la materia y les servía de escudo contra el sufrimiento y la muerte. Pero la economía de este maravilloso estado dependía de la gracia de santidad: mientras esa gracia perseverase, nada de ignorancia, nada de error, nada de concupiscencia, ni de sufrimiento, ni de muerte: si la gracia desaparecía, tenían que desaparecer con ella la ciencia imperturbable, el imperio de la razón sobre las pasiones, la imposibilidad y la inmortalidad: no quedaría más que la naturaleza con los principios esenciales á su constitución."

El hombre pecó: la armonía de su ser quedó disuelta; el desorden que en él causara la culpa se hizo propio é inherente á toda criatura nacida de su sangre, porque afectó á la naturaleza misma.

Podemos ya, entonces, definir el pecado original en su esencia, diciendo que es la privación de la gracia primordial concedida á la naturaleza humana en la persona de Adán, y, en cuanto á sus consecuencias directas, podemos decir que es la supresión de los privilegios de integridad, resultante de la penetración de la gracia, y, por consiguiente, el retorno de todo nuestro ser al estado de pura naturaleza.

——

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La privación de la gracia primordial concedida á la naturaleza humana en la persona de Adán, es lo que constituye en su esencia, el pecado de origen.

La supresión de los privilegios de integridad, resultante de la penetración de la gracia y, de consiguiente, el retorno de nuestro ser al estado de pura naturaleza, es lo que constituye el pecado original, considerado en sus efectos.

Así lo hemos establecido, siguiendo las enseñanzas de Santo Tomás, en nuestro anterior artículo.

"El hombre caído no tiene más, dice el P. Monsabré, que los elementos y las facultades que convienen esencialmente á un ser humano, al hombre de la pura naturaleza, al que Dios hubiera podido crear sin la gracia de justicia y de integridad."

"El hombre caído está sujeto á la ignorancia y al error; debe sentir, combatir y vencer las rebeliones de la concupiscencia; debe sufrir en su cuerpo el choque de las fuerzas enemigas y encorbarse bajo el peso humillante y terrible del dolor; debe, por fin, agotado y herido por la lucha y el sufrimiento, caer en los brazos de la muerte: en

las mismas condiciones debía encontrarse el hombre de la pura naturaleza."

Lo que falta á los dos, y lo que sufren los dos, del lado de la naturaleza, es la inmediata consecuencia de la unión del alma con una carne corruptible, cuyos apetitos no están sujetos.

El hombre caído no es ni más débil para el bien, ni más inclinado al mal, que el hombre de la pura naturaleza.

El pecado original priva al hombre de lo que hubiera hecho su gloria y su fuerza; pero no le agrega alguna cualidad viciosa á los principios constitutivos de su ser.

No hay más diferencia entre el hombre caído por la culpa y el hombre de la pura naturaleza, que ésta: el hombre caído se despojó voluntariamente del vestido glorioso de gracia y de inocencia con que Dios adornara su naturaleza, y el hombre de la pura naturaleza habría nacido sin la gracia, pero no se habría despojado de ella.

Entre el hombre caído por la culpa y entre el hombre de la pura naturaleza, no hay más diferencia que la que en el orden físico existe entre un hombre culto, vergonzosamente despojado de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los vestidos que debiera llevar, y un salvaje que nunca se ha vestido.

Preciso es estudiar un poco más á fondo las enseñanzas de Santo Tomás, porque de ellas se desprende, clara y luminosa, la noción del pecado original.

"Todas las cosas que tienden á un fin, dice el santo Doctor, se disponen según la necesidad del fin."

"El fin á que destinó Dios al hombre, fué la bienaventuranza que consiste en la vista clara de Dios mismo."

"La vista de Dios, sólo es natural á Dios."

Ver á Dios, como es, no es natural, no es propio, de una naturaleza creada.

"La naturaleza creada, finita por ser creada, no puede ver, no puede comprender, no puede abarcar con su inteligencia, al Ser infinito."

"Si, pues, el hombre estaba destinado para ver á Dios, y no podía verlo, no podía alcanzar ese fin con sus elementos propios, con sus elementos naturales, era necesario que quien lo destinaba á un fin superior á su naturaleza, agregara algo á esos elementos naturales para que pudiera fácilmente llegar á ese fin."

"El hombre solo podría alcanzarlo, por medio de

la parte más noble que hay en él, es decir, por el alma, por el entendimiento, en el que está impresa la imagen de Dios."

"Para que esa parte del hombre pudiese tender á Dios, era preciso que le quedasen sujetas las fuerzas inferiores, de manera que nada pudiese acontecer en ellas que retuviesen al alma y la apartasen de su camino á Dios."

"Era también preciso que el cuerpo estuviese dispuesto de tal modo, que ninguna pasión hubiera en él, por la cual se impidiese la contemplación del alma."

Y Dios lo hizo así: dió al hombre la gracia, que es un elemento sobrenatural, para que las fuerzas inferiores no retuviesen al alma y para que el cuerpo no tuviese pasiones que turbasen la contemplación del espíritu.

Dios hizo esta concesión gratuita al hombre, sometiéndolo, digamos así, á una condición, á saber: que había de estar el hombre mismo sujeto á la voluntad y al precepto de su Creador: el hombre quebrantó la ley, infringió el precepto divino, se apartó del fin á que Dios lo destinara: entonces dejó de haber en la naturaleza humana el orden que había establecido la gracia y quedó el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre reducido á sus puros elementos naturales: quedó privado del elemento sobrenatural, y esta privación es el pecado original.

Cayetano, exponiendo la doctrina de Santo Tomás: se expresa así: "Así como una persona desnuda y una persona desnudada —permítase la palabra— no se distinguen en que una esté más ó menos desnuda que la otra, del mismo modo una naturaleza en sus puras condiciones naturales, y una naturaleza despojada ó desnudada de la gracia y de la justicia original, no se distinguen en que la una tenga más ó menos elementos naturales que la otra."

"La diferencia está en esto: la desnudez en la persona desnuda es una pura negación, nunca ha tenido vestido; la desnudez en la persona desnudada no es una pura negación, es una privación, ha perdido el vestido que tenía."

"De la misma manera los defectos del alma y del cuerpo, en una naturaleza constituida con sus puros elementos naturales, no tienen el carácter de culpa, ni de pena, ni de herida; pero esos defectos, en una naturaleza caída, voluntariamente despojada de los vestidos que tenía, de la gracia que la santificaba, de la justinaria original que la enal-

tecía, sí tienen el carácter de corrupción, de herida, de pena y de culpa."

Belarmino se expresa de este modo: "El estado del hombre después de la culpa se distingue del estado del hombre de la pura naturaleza, como se distingue el hombre desnudado del hombre desnudo."

"Así es que, agrega, la corrupción de la naturaleza en el hombre caído, no proviene de la carencia de algún don natural, ni del acceso de alguna mala cualidad, sino de la sola pérdida de un don sobrenatural."

Esta es, pues, la esencia del pecado original.

Al pecado original se le llama muerte, enfermedad, mancha.

Es una muerte, porque destruyó la vida superior de la santidad que divinizaba los actos de la naturaleza y los elevaba á la altura de sus destinos sobrenaturales.

Es una enfermedad, porque la carne impasible é inmortal, antes de la culpa, á virtud de la gracia que le comunicaba esas dotes, después del pecado, sufre y se descompone.

"El pecado original es una mancha, dice el P. Monsabré, como la destrucción de los mármoles,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la plata y del oro de que estaba revestido, es la mancha de un edificio suntuoso que no deja ver ya más que las piedras brutas de sus muros."

El pecado original, decíamos, es una muerte, una enfermedad y una mancha.

Debemos agregar ahora que ese pecado hiere la naturaleza, debilita el libre albedrío y nos hace esclavos del espíritu del mal.

"El pecado original, dice el P. Monsabré, hiere la naturaleza, porque le quita todos sus dones gratuitos y rompe el tejido maravilloso de vida divina y de vida humana en que la subordinación creaba la unidad. No dominando Dios á la razón, ésta no puede dominar á los apetitos que recobran sus ímpetus naturales."

"Todas las fuerzas del alma, dice Santo Tomás, quedan en cierto modo destituidas del orden propio, á virtud del cual estaban dispuestas para la virtud: esta privación del orden es lo que se llama herida de la naturaleza."

"Cuatro potencias del alma, ordenadas para la virtud, agrega el Santo Doctor, quedaron heridas por la culpa: la razón en que está la prudencia, la

voluntad en que está la justicia, la potencia irasible en que está la fortaleza y la potencia concupiscible en que está la templanza."

"La razón destituida del orden para lo verdadero, es la herida de la ignorancia; la voluntad destituida del orden para lo bueno, es la herida de la malicia; la potencia irascible destituida del orden para lo árduo, es la herida de la debilidad; el apetito concupiscible destituido del orden para el deleite moderado por la razón, es la herida de la concupiscencia."

"La naturaleza, dice el P. Monsabré, quedó herida, como queda herido el poder absoluto de un rey por la rebelión de sus súbditos, antes ciegamente sujetos á sus voluntades."

El pecado original debilita el libre albedrío.

La razón, abrevada de luz divina, iluminaba á la voluntad, la hacía pronta y segura en sus determinaciones, correcta en sus movimientos y dispuesta siempre á cumplir sin resistencia el bien que correspondía á su poder nativo.

Perdida la brújula, entenebrecida la razón, las fuerzas de la voluntad quedaron contrabalanceadas por dificultades y vacilaciones.

El pecado original, por último, nos hace escla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vos del demonio, porque Satanás se considera como el señor y dueño de las creaturas descaminadas, que no pueden llegar á alcanzar su fin.

Hay, pues, y esta es la enseñanza de la Iglesia católica, en todo hijo de la humanidad, una privación de la gracia primordial que Dios había añadido á nuestra naturaleza y, por consiguiente, una privación de los dones gratuitos que esa gracia ha producido.

Esta privación no es pecado ni es pena, sino porque deberíamos tener, para responder á los designios de Dios sobre nosotros, los grandes bienes de que estamos despojados, por la prevaricación voluntaria de aquel que llevaba en su misma persona á toda la especie humana.

Esta es la idea del pecado original, en perfecta consonancia con las enseñanzas de la Iglesia.

¿Cómo se trasmite este pecado á toda la humanidad?

"Debe considerarse, dice Santo Tomás, que al primer hombre le fué concedido en su creación, por favor divino, cierto don sobrenatural, á saber, la original justicia por virtud de la cual la razón estaba sujeta á Dios, las fuerzas inferiores á la razón y el cuerpo al alma."

"Mas este don no fué concedido al primer hombre como á una persona singular, sino como al que había de ser la causa, el principio, el origen del género humano, para que de él se derivase toda su descendencia."

"Adan, en efecto, sale de las manos de Dios lleno de vida, de fuerza, de belleza, de santidad."

"En él existía un vigor nativo que debía emplear en trasmitir estos dones preciosos á todos los que de él salieran."

El creador, como dueño de su obra la había hecho para ese fin: Adán, fuente y origen de la raza humana, había de trasmitir lo que tenía á todos los que de él nacieran.

En el Paraíso, mansión de Adán, se hizo escuchar, cuando Adán y Eva vivían allí felices, enriquecidos con los dones de la naturaleza y con los privilegios de la gracia, la voz del Hacedor Supremo que formulaba esta ley: "Creced y multiplicaos."

No puede multiplicarse, quien no se reproduce tal como es: si da menos de lo que tiene, la ley no se cumpliría.

"Sea, pues, dice el P. Monsabré, que se considere la justicia primordial como un feudo, de tal mo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do inherente á la naturaleza humana que deba seguirla en el movimiento de la generación, sea que el acto generador hubiera sido dotado por Dios de una fuerza sacramental, lo cierto es que en virtud del *multiplicamini* la justicia original, con los privilegios de integridad que de ella derivan, tenía que pasar del primer hombre á sus descendientes."

"El precioso don recibido por el primer hombre, á virtud de un acto libre de su voluntad, lo perdió por la culpa, dice Santo Tomás, y lo perdió como lo había recibido: lo perdió para sí y para toda su posteridad. La falta, pues, de este don sigue á toda la descendencia de Adán, y esta falta, este defecto, se trasmite á los descendientes, del mismo modo que se trasmite la naturaleza.

Es decir, después de la culpa, la ley de herencia quedó viva y sigue su curso.

Reducida á los solos elementos y á los solos principios constitutivos del ser humano, Adán trasmite lo que tiene.

Perdió la gracia y no la puede trasmitir, porque ninguno da lo que no tiene.

Sus descendientes quedarán privados de los bienes gratuitos de que se privó él mismo, como

los frutos del árbol quedan privados de su dulce sabor si se despoja al tronco de su ingerto, como los hijos quedan privados de la salud, de la fortuna y del honor si su padre los pierde.

Así es como se trasmite, así es como se propaga, el pecado original.

Esta ley en manera alguna lastima la justicia, la sabiduría, la bondad y la santidad divinas.

Es una ley de solidaridad y eminentemente justa por lo mismo.

"Los hombres, dice el P. Martínez Vigil, no somos un montón de arena cuyos granos sólo se relacionan mutuamente por la juxtaposición; formamos una colectividad con derechos y deberes que nos unen, que nos relacionan íntimamente y nos constituyen en sociedad, también indispensable para el ejercicio de las múltiples funciones de nuestro organismo y nuestras facultades, medio absolutamente necesario para nuestra vida y nuestra perfección. Cada uno de nosotros es átomo ó persona, y es, además, miembro de la gran familia humana, debiendo, por lo tanto, sentir el contragolpe y aceptar las consecuencias de los actos personales y de los actos de la sociedad, en la forma y á proporción de la parte de volun

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tad con que hayamos cooperado á su ejecución. Así el accionista de una Compañía mercantil ó industrial se beneficia ó se arruina á medida de la pericia ó de la torpeza, de la fortuna ó de la mala estrella, del gerente de la empresa. Y recibe el hijo un nombre rodeado de blasones, de títulos y de riquezas, fruto de los servicios y de la fidelidad de su padre al príncipe, mientras que otros, por contraria causa, ven pasar al fisco la fortuna y los timbres nobiliarios de sus ascendientes. Y si un soberano poderoso huella el suelo bendito de la patria y exige con el lenguaje y elocuencia eficaz de sus cañones la reparación del ultraje que le hayan inferido nuestros gobernantes, todos, por una solidaridad inevitable, pagaremos con nuestras vidas, con nuestras haciendas y hasta con nuestras más caras afecciones, el pecado social de quienes nos representan y llevan moralmente la suma de nuestras voluntades."

Tal es el derecho civil, el derecho natural y el derecho internacional: nadie ha protestado contra esas prescripciones: ese derecho es justo.

¿Por qué, entonces, hallaríamos deficiente el derecho divino que vinculó en un hombre virtuoso, instruido, perfecto, obra inmediata de las

manos de Dios, pero al fin hombre y por ello deficiente, el principado sobrenatural, el cetro de oro con que el mismo Dios se proponía ennoblecer á su criatura, levantándola por encima de sus naturales exigencias?

¿Por qué estimamos justa la solidaridad de los socios en una compañía comercial y no juzgamos del mismo modo justa la solidaridad humana á la luz del derecho divino?

No hay que olvidarlo: Adán es el hombre-especie: la humanidad entera, contenida en su persona, tiene que ser necesariamente solidaria de sus actos y de su suerte: debe reproducirla tal como es: nada más justo.

Y esta ley de solidaridad es inmutable: de otro modo Dios tendría que retocar su obra á cada momento.

"Hoy, por ejemplo, dice el P. Monsabré, suprimiría Dios á un Adán prevaricador para comenzar la obra en otro justo; pero este otro justo, después de haber recibido la orden de multiplicarse, podría prevaricar también, y así podían hacerlo otros y siempre: la especie entonces jamás comenzaría: esto es insensato."

"La solidaridad únicamente, fijando la diferen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, de cualquier lado que la creatura haga inclinar su acción, es la que puede prevenir el eterno conflicto de la malicia humana contra la potencia divina."

"Lejos, por lo mismo, de ser contraria á la justicia de Dios, la ley de herencia, implicando, como implica, la solidaridad es una viva expresión de esa justicia."

Esa ley es una ley de armonía, que produce en la especie humana una constante unidad: si esa ley no existiera, si Dios pudiese renovar en cada hijo del hombre el don de justicia é integridad que hizo á Adán, sometiéndolo á una prueba que debiera decidir de su suerte, como sometió al primer padre de la humanidad, el género humano sería un caos espantaso.

La fidelidad de los unos, la infidelidad de los otros, crearían dos ramas divergentes por completo, hijas de un mismo padre.

Una raza pecadora condenada al error, á la ignorancia, á las pasiones, al sufrimiento, á la muerte, cerca de otra raza inocente, luminosa, impasible, inmortal: mezcla monstruosa en que estallarían á cada momento tempestades de sombría

envidia, de furor rabioso, de blasfemias espantosas.

Hoy es encarnizada y terrible la lucha entre los malos y los buenos, á pesar de que están unidos por la fraternidad de la naturaleza, de la debilidad y de la desgracia.

¿Qué sería de esta liga, si este lazo no existiera entre los hombres?

La ley de herencia es un resto de la armonía del bello orden que Dios había preparado y por la cual se reconoce, aun entre las sombras de la culpa, el sello de la divina sabiduría.

Es también una ley de efusión.

Aunque Adán, por su culpa, no pudo trasmitirnos los dones sobrenaturales que de Dios recibiera, nos trasmite los bienes de la naturaleza después del naufragio de la justicia.

Esta ley, de consiguiente, no hirió la bondad de nuestro buen Padre celeste.

Es, por fin, la ley de herencia, una ley de alta moralidad.

¿Qué otro elemento habrá más poderoso, para imponer al hombre el respeto de sí mismo, que el pensamiento de que él contiene los gérmenes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infinitas generaciones y que estos gérmenes serán lo que él quiera que sean?

"Ni las tentaciones que os atormentan, dice el P. Monsabré, ni las seducciones que os cercan, ni las mentirosas promesas del deleite, ni los ejemplos escandalosos del mundo triunfarán de vuestra razón y de vuestro valor, si ponéis el oído al porvenir, para escuchar las quejas de vuestra posteridad."

Así, pues, la herencia, ley de solidaridad, de armonía, de efusión, de alta moralidad, es según las frases hermosísimas del P. Monsabré, una ley de justicia, de sabiduría, de amor por parte de Dios.

Si se ha hecho para nosotros una ley de pecado y de miseria, no es de Dios de quien debemos quejarnos.

El pecado original es, como lo hemos dicho, una ley de herencia: todos los hombres que vienen de Adán, por generación, quedan inficionados de esa culpa, que redujo á la humanidad á las condiciones de pura naturaleza.

Contra este principio, que es un dogma en la

Iglesia católica, se levantan los novadores de hoy, como se levantaron los herejes, en otro tiempo.

No es concebible, dicen, la transmisión de la culpa original.

La parte del hombre, que primera y principalmente queda despojada de los dones de Dios, por la culpa, es el alma, y el alma no es obra de la generación humana; es Dios quien la hace venir á la vida.

La acción del hombre, dicen esos novadores, se detiene en los confines de la carne, y quedaría ineficaz si la Omnipotencia Divina no hiciere descender el espíritu de vida al germen de que se ha apoderado la fuerza generadora.

Dios, por lo mismo, sería el primer culpable de ese vacío que detesta en nosotros, porque de él depende ó rehusar á una carne enferma el espíritu que va á degradarse uniéndose á ella, ó comunicar á ese espíritu tal abundancia de vida, que la carne se levante por su unión con él.

"Cierto es, dice el P. Monsabré, que el alma no viene directamente del hombre. Pero es enteramente falso que Dios pueda, á su arbitrio, rehusar á la carne el espíritu que reclama, como es también falso que esté obligado, como Criador, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infinitas generaciones y que estos gérmenes serán lo que él quiera que sean?

"Ni las tentaciones que os atormentan, dice el P. Monsabré, ni las seducciones que os cercan, ni las mentirosas promesas del deleite, ni los ejemplos escandalosos del mundo triunfarán de vuestra razón y de vuestro valor, si ponéis el oído al porvenir, para escuchar las quejas de vuestra posteridad."

Así, pues, la herencia, ley de solidaridad, de armonía, de efusión, de alta moralidad, es según las frases hermosísimas del P. Monsabré, una ley de justicia, de sabiduría, de amor por parte de Dios.

Si se ha hecho para nosotros una ley de pecado y de miseria, no es de Dios de quien debemos quejarnos.

El pecado original es, como lo hemos dicho, una ley de herencia: todos los hombres que vienen de Adán, por generación, quedan inficionados de esa culpa, que redujo á la humanidad á las condiciones de pura naturaleza.

Contra este principio, que es un dogma en la

Iglesia católica, se levantan los novadores de hoy, como se levantaron los herejes, en otro tiempo.

No es concebible, dicen, la transmisión de la culpa original.

La parte del hombre, que primera y principalmente queda despojada de los dones de Dios, por la culpa, es el alma, y el alma no es obra de la generación humana; es Dios quien la hace venir á la vida.

La acción del hombre, dicen esos novadores, se detiene en los confines de la carne, y quedaría ineficaz si la Omnipotencia Divina no hiciere descender el espíritu de vida al germen de que se ha apoderado la fuerza generadora.

Dios, por lo mismo, sería el primer culpable de ese vacío que detesta en nosotros, porque de él depende ó rehusar á una carne enferma el espíritu que va á degradarse uniéndose á ella, ó comunicar á ese espíritu tal abundancia de vida, que la carne se levante por su unión con él.

"Cierto es, dice el P. Monsabré, que el alma no viene directamente del hombre. Pero es enteramente falso que Dios pueda, á su arbitrio, rehusar á la carne el espíritu que reclama, como es también falso que esté obligado, como Criador, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comunicarle más vida que la que esencialmente exige su naturaleza."

"Desde el momento en que todas las condiciones del acto por el cual engendra el hombre, continúa diciendo el P. Monsabré, quedan normalmente cumplidas, tiene derecho á que toda su naturaleza quede reproducida, y lo que él no puede hacer, Dios debe hacerlo, para cumplir la ley que El mismo estableciera.

Dios quiso que Adán y Eva se multiplicaran, es decir, quiso que se reprodujeran: esta fué una ley invariable impuesta á los dos primeros moradores del Edén.

Esa ley, que es una ley eterna é invariable, tiene que cumplirse.

Si, pues, el hombre, para reproducirse, sólo puede contribuir con el contingente de la carne, preciso es que Dios, si quiere que su ley subsista, ministre, por creación, el espíritu, que es lo que integra á la naturaleza humana.

Tal es la frase de Santo Tomás, tan concisa como evidente. "Si el alma, dice, no se trasmite por virtud de la generación, porque los elementos materiales de la generación no pueden causar una

alma racional, mueve, sin embargo, á ella dispositivamente."

"Se trasmite, en consecuencia, concluye Santo Tomás, por virtud de la generación, la naturaleza humana del padre á su descendencia, *unde per virtutem seminis traducitur humana natura a parente in prolem.*"

No queda, pues, Dios en libertad para dar ó no el alma á ese germen de que llega á apoderarse la fuerza generadora.

O lo que es lo mismo, permitiéndose la frase, el hombre tiene derecho á que Dios crie un espíritu que integre, que sea la forma de la carne por él engendrada.

"Pero este derecho, continúa el P. Monsabré, se limita á que la naturaleza del hombre se reproduzca tal como era en esa naturaleza."

Si, pues, esa naturaleza está reducida por el pecado á sus solos principios constitutivos, Dios no le debe más.

Otra objeción se hace contra la trasmisión de la culpa original.

Esa ley de que todos los hombres nazcan en pecado, podía ser tolerable, si Dios dejase á los hombres tiempo para rehabilitarse, si Dios sólo permi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiera que sufrieran la maldición de Adán aquellos que, por sus libres prevaricaciones, quisieran mantenerse en ella.

Pero no es así, por desgracia: más de la tercera parte de la humanidad es segada en flor, y si debe creerse, dicen los novadores, la bárbara teología católica, la cólera de Dios pesaría sobre millones de pobrecitos niños que no han cometido otra culpa que salir, sin saberlo, del seno de una madre pecadora, y haber carecido, sin culpa suya, de un poco de agua que les abriera las puertas del cielo.

La respuesta á esta observación, es la tranquila palabra de Santo Tomás de Aquino.

"Las almas de los niños muertos, dice, no serán privadas del conocimiento que deben tener las almas separadas, según su naturaleza: carecen del conocimiento sobrenatural, porque no han escuchado la predicación ni recibido el sacramento de la fe. Sin duda exige la naturaleza que el alma sepa que ha sido creada para la bienaventuranza, y que esta bienaventuranza consiste en la adquisición del bien perfecto; pero lo que excede al conocimiento natural, es que ese bien perfecto consiste en la gloria que los santos poseen: eso no es

natural, porque, como dice San Pablo, ni el ojo vió, ni el oído escuchó, ni en el corazón del hombre existe la idea de las cosas que Dios ha preparado á los que le aman: esas cosas han sido reveladas á los cristianos por el Espíritu Santo, y esa revelación pertenece á la fe."

"Las almas de los niños, concluye Santo Tomás, no sabiendo que están privadas de tan grande bien, no experimentan dolor por esta privación; y poseen en paz el bien de la naturaleza."

"Estos pobrecitos niños, agrega el P. Monsabré, están separados de Dios en cuanto á la unión que hay en la gloria, pero no dejan de participar de los bienes naturales y pueden gozar de Dios por el amor y el conocimiento."

El mismo Doctor angélico dice en otra de sus obras: "Para el pecado original no hay pena de sentido: hay únicamente pena de daño, á saber, la carencia de la visión divina."

En el libro segundo de las Sentencias se expresa de este modo: "Esos niños no sufrirán dolor por carecer de la visión divina: gozarán, porque participan mucho de la divina bondad y de los dones naturales que ella les prodiga."

Algunos teólogos se han propuesto esta dificul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tad: La privación de la visión divina puede hacerse sentir sin dolor y sin tristeza?

Tres soluciones se han dado á esa dificultad.

La primera es la de los que enseñan que los niños no han de estar presentes al juicio final, y de consiguiente, no han de conocer que por el pecado han quedado privados de la bienaventuranza celeste.

La segunda es de Santo Tomás, el cual afirma que los niños comparecerán ante el Juez supremo, en el último día de los tiempos, pero no conocerán la bienaventuranza de los santos que esos niños perdieron, ni la causa por la cual la perdieron. Y la razón es que ese conocimiento no puede adquirirse por las solas fuerzas naturales, sino por la revelación y la fe sobrenatural.

La tercera es la de los que sostienen que los niños asistirán al juicio y que conocerán todas las cosas que allí pasen; pero que no percibirán dolor alguno por la felicidad perdida, porque en parte por disposición providencial y en parte por la rectitud natural de su voluntad, han de estar conformes con las disposiciones del cielo y contentos con los dones naturales de que estarán dotados.

Queda, pues, enteramente firme el dogma católico: la trasmisión de la culpa original es inevitable y no implica injusticia por parte de Dios.

Nada, en el terreno científico, puede combatir con éxito esta verdad, que la Iglesia enseña y que constituye uno de sus dogmas.

"Una sola cosa es indudable, dice el P. Martínez Vigil en su preciosa obra "*La creación ante la ciencia, la crítica y el racionalismo:*" las ciencias naturales, la crítica histórica, las tradiciones de los pueblos y las ciencias todas auxiliares de la etnografía y de la antropología, no han encontrado, en el largo trayecto de sus pacientes investigaciones, un solo hecho que debilite el dogma católico del pecado original y su trasmisión á todo el linaje humano. Y sin hacernos eco por el momento de la remembraza más ó menos clara que conservaron los pueblos más antiguos del globo de esa catástrofe primitiva, remembranza que nos han trasmitido en monumentos de antigüedad indiscutible; sin examinar aquí si el estado salvaje á que descendieron algunas tribus de tiempos remotísimos, evocados de sus tumbas milenarias por la antropología prehistórica, es ó no consecuencia del pecado y resultado necesario de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

anterior civilización extinguida como Schelling, defiende, basta fijar la atención en la humanidad que nos rodea, para comprender que sólo el dogma del pecado original explica plausiblemente sus aspiraciones, sus luces, sus vicisitudes y su historia."

"El hombre, continúa el sabio domínico, es una mezcla incomprensible de grandeza y de miserias. Rey de la creación, por la fuerza de su inteligencia, se apodera del rayo con Francklin, analiza los astros con Birchoff, los pesa con Kepler y Hook, descubre nuevos mundos con Colón y aplica al vapor el movimiento con Wat; mientras que abrigando un convencimiento, consciente é inconciente de su origen divino y de su vocación altísima, si no adora á Dios se hace Dios negándole, y no se satisface con el señorío y posesión de cuanto abarca con su mirada, limitada únicamente por el horizonte del tiempo."

Y los odios, los perjurios, la impiedad, el parricidio, la violación de las leyes más apremiantes de la naturaleza, los ataques á la propiedad, las injurias, los improperios, las calumnias, anidan, sin embargo, en el corazón de aquel rey, en la inteligencia de aquel genio formado para rendir culto perenne al bien y á la verdad.

Todo en el universo camina en admirable concierto sin que haya otra nota discordante, ni otro gemido de angustia, ni otra infracción de leyes que los que provienen de la proscrita descendencia de Adán.

Preciso es confesarlo, á despecho de las teorías de los sabios de hoy: el hombre es un rey con reminicencias indelebles de su antigua grandeza.

"Es un soldado herido en su primera contienda, dice el P. Martínez y Vigil, en los albores de su aparición sobre la tierra, que restaña con la sangre del Redentor las llagas que le causó el pecado original y los pecados personales y se apresta á la reconquista del perdido paraíso."

"El Adán antiguo y el nuevo Adán, la caída del Eden y la redención del Gólgota son los polos en que descansan la historia y los destinos de la humanidad; son la fuente sellada do la sabiduría racionalista no penetrará jamás para enturbiar las cristalinas aguas de la verdad revelada que alimentan nuestra fe en Cristo, camino, verdad y vida de las almas."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Podemos resumir nuestras observaciones en estos dos principios:

Enseña la fe que la naturaleza humana perdió por el pecado de su primer padre los dones sobrenaturales, quedando debilitada en los naturales.

La ciencia no explica la naturaleza del alma, y nada objeta que tenga fundamento científico contra ese dogma trascendental de la religión cristiana.

—

"La cuestión del pecado original es de tal importancia, dice San Agustín,[1] que en ella propiamente consiste la fe cristiana."

"El que niega el pecado original, dice en otro lugar,[2] se empeña en echar por tierra los fundamentos mismos de la fe cristiana."

Se hace, por tal causa, necesario, en cuanto lo permiten nuestras débiles fuerzas, precisar la doctrina sobre esta materia, con cuanta claridad nos fuere posible, aun á riesgo de incidir en algunas repeticiones.

En el sentido *activo* de la palabra, el pecado

1 Lib. II de Peec. orig., cap. 2.
2 Lib. I, contra Jul., cap. 2.

original es el acto de orgullo, de desobediencia y de sensualidad, por el cual Adán y Eva, jefes del género humano, formando ellos solos la humanidad entera, perdieron para ellos y para toda esa humanidad, la gracia sobrenatural y santificante en la que habían sido creados poco antes, y al mismo tiempo las tres inmunidades preternaturales que servían de acompañamiento y de defensa á esa gracia y que debían preservar al hombre de la ignorancia, de la concupiscencia y de la muerte.

En esta acepción, el pecado original fué cometido sólo por nuestros primeros padres.

En la acepción *pasiva* de la palabra, el pecado original es esencialmente el estado de privación en el cual nuestros primeros padres, después de la caída, y todos sus descendientes naturales se encuentran desde el primer instante de su existencia, con respecto á la gracia santificante, en la cual deberían comenzar á existir y de la cual quedaron despojados.

Accidental y secundariamente es también la privación, en el niño que comienza á existir, de las tres dichosas inmunidades de que habría gozado, sin la culpa de Adán.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En este sentido, el pecado original ó mancha original, *labes originalis*, como le llama la Iglesia, es la consecuencia del pecado original, tomando la palabra en el sentido *activo*.

Se llama original, porque se cometió en el origen de nuestra raza y porque se contrae en el origen de cada vida.

Sólo Cristo quedó exento de esa culpa, en razón del origen milagrosamente virginal de su humanidad, y María, la Madre del Redentor, por un privilegio singular que le alcanzaron los méritos futuros de su Hijo divino.

El castigo principal de ese pecado es la muerte eterna, es decir, la privación de la gloria: castigo rigurosamente lógico, porque la gloria es la recompensa y la consumación de la gracia, que debía ser la vida sobrenatural de nuestra alma, y de la que necesariamente la privó el pecado.

Su castigo secundario es la pérdida de tres inmunidades que debíamos recibir con la gracia y cuya privación nos abandona á la ignorancia nativa, á la concupiscencia habitual, á la muerte corpórea.

La prueba de la existencia y propagación del pecado original, no debe buscarse en el hecho, que

todos palpamos, de las miserias físicas y morales del hombre.

Ni los apologistas de la escuela de Pascal, ni los tradicionalistas, más ó menos recientes, podrían demostrar, por el solo estado de sufrimientos é imperfección á que está reducida la humanidad, que ha habido una caída original, y sobre todo, que la mancha moral que de ella resulta sea la privación de la vida sobrenatural.

"Numerosas y lamentables exageraciones, dice el Doctor Didiot, se cometen, á este respecto, cada día, por escritores católicos llenos de elocuencia y de celo."

La verdadera y sola demostración está en la Escritura divina y en la Tradición.

Ellas formalmente enseñan que la humanidad había recibido dones sobrenaturales, comunicables por vía de generación.

Enseñan, igualmente, que esos dones no son comunicados como debieran serlo, y la experiencia lo confirma respecto de los dones preternaturales.

Enseñan, por fin, que este cambio de estado es debido á nuestros primeros padres.

Los Padres de la Iglesia y los Concilios, en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

curso de los siglos, invariablemente han consignado aquellas enseñanzas divinas.

Las tradiciones humanas, aun las de los pueblos y tribus salvajes, han conservado su recuerdo, alterado sin duda por errores groseros; pero tanto más autorizado quizá, cuanto que no parece una simple copia, fielmente calcada, en una época reciente, sobre las creencias del pueblo judío y de la Iglesia cristiana.

La razón, al estudiar al hombre, observa con profunda extrañeza, que éste no es tal como debiera ser, y para explicar este triste fenómeno, no halla causa más propicia, ni teoría más aceptable que el pecado original.

Mientras todas las criaturas tienen una aptitud natural para conseguir sus fines, el hombre no la tiene para el suyo. El fin del hombre es Dios; el medio, para llegar á él, la virtud: en esto convienen todas las escuelas, excepto los ateos y materialistas.

Ahora bien, la historia y la experiencia vienen á demostrarnos de una manera tan elocuente como desconsoladora, la aberración del hombre, de su fin.

El hombre abandonado á sí mismo, siguiendo sus inclinaciones naturales, en lugar de llegar á

Dios se aparta de él, en lugar de practicar la virtud, se abandona al vicio.

No ha sabido conocer á Dios, como lo prueban el politeismo y la idolatría; no ha sabido darle el culto debido, como lo prueban las supersticiones y sacrificios humanos; no ha sabido practicar la virtud, como lo prueba la inmoralidad de las sociedades; y, desde el origen de la historia, vemos que la humanidad ha ido precipitándose en el mal, cada vez más, como por una pendiente fatal é inevitable.

"El asno conoció á su dueño, dice la Escritura Santa, el buey conoció la mano que le lleva al pesebre; pero el hombre no conoció al Señor."

Y en otro lugar: "Todos se apartaron del camino derecho, todos quedaron inútiles para el bien; no hay quien haga bien, ni uno."

O el hombre no es obra de Dios, lo cual es impío suponer, ó el hombre tal cual es, no es como salió de las manos del Creador, cuyas obras todas son perfectas y ordenadas á sus fines y por consiguiente le crió sin vicios y sin tendencias perversas.

Porque es repugnante é imposible que una obra de Dios, infinitamente bueno y sabio, no sea cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debe ser; y es imposible que el hombre, obra principal de Dios, haya sufrido tal alteración, sino por un justísimo castigo, impuesto por el mismo Dios.

El Eden, morada de la paz y de la dicha, era también un lugar de prueba.

Considerada en absoluto, la libertad concedida al hombre es un bien real y positivo, mientras que el abuso de la misma era una cosa hipotética y sólo posible.

Siendo libre y no habiendo llegado todavía á su término final, era preciso que él mismo lo conquistase por el buen uso de su libertad: en otro caso, este don sería inútil.

Mas toda criatura libre, por razón de su limitación, es defectible, expuesta al error en la inteligencia y al torcimiento en la voluntad, de donde resulta que Adan podía elegir el mal, como por desgracia sucedió. Según esto, ó Dios no debió dar al hombre la libertad, y por lo tanto ni la inteligencia, lo cual es limitar su bondad divina y hacer imposible la naturaleza humana, ó debió destruirla en su acto, lo cual repugna, ó debió necesariamente permitir su abuso previsto.

Por su parte hizo lo posible para que este abuso no tuviera lugar: ilustró la inteligencia del hombre con vastos conocimientos, fortificó su voluntad con la rectitud y los auxilios poderosos de la gracia, le impuso un precepto facilísimo, y en una palabra, le dió todos los medios y todas las probabilidades de salir vencedor.

Preciso es reconocerlo: el pecado original, en su existencia y en su propagación, es una verdad que seriamente no puede ponerse en duda.

Para los católicos es un dogma de fe.

A la filosofía incrédula del siglo XVIII y al racionalismo del siglo XIX, se deben las objeciones poco numerosas, por cierto; pero candentes y encarnizadas que se dirigen contra el dogma del pecado original.

Es preciso, para completar nuestro compendiado estudio sobre esta materia, examinarlas, aunque sea brevemente.

I

La relación del Génesis sobre la caída original es, dicen los enemigos de la Iglesia, un mito, des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debe ser; y es imposible que el hombre, obra principal de Dios, haya sufrido tal alteración, sino por un justísimo castigo, impuesto por el mismo Dios.

El Eden, morada de la paz y de la dicha, era también un lugar de prueba.

Considerada en absoluto, la libertad concedida al hombre es un bien real y positivo, mientras que el abuso de la misma era una cosa hipotética y sólo posible.

Siendo libre y no habiendo llegado todavía á su término final, era preciso que él mismo lo conquistase por el buen uso de su libertad: en otro caso, este don sería inútil.

Mas toda criatura libre, por razón de su limitación, es defectible, expuesta al error en la inteligencia y al torcimiento en la voluntad, de donde resulta que Adan podía elegir el mal, como por desgracia sucedió. Según esto, ó Dios no debió dar al hombre la libertad, y por lo tanto ni la inteligencia, lo cual es limitar su bondad divina y hacer imposible la naturaleza humana, ó debió destruirla en su acto, lo cual repugna, ó debió necesariamente permitir su abuso previsto.

Por su parte hizo lo posible para que este abuso no tuviera lugar: ilustró la inteligencia del hombre con vastos conocimientos, fortificó su voluntad con la rectitud y los auxilios poderosos de la gracia, le impuso un precepto facilísimo, y en una palabra, le dió todos los medios y todas las probabilidades de salir vencedor.

Preciso es reconocerlo: el pecado original, en su existencia y en su propagación, es una verdad que seriamente no puede ponerse en duda.

Para los católicos es un dogma de fe.

A la filosofía incrédula del siglo XVIII y al racionalismo del siglo XIX, se deben las objeciones poco numerosas, por cierto; pero candentes y encarnizadas que se dirigen contra el dogma del pecado original.

Es preciso, para completar nuestro compendiado estudio sobre esta materia, examinarlas, aunque sea brevemente.

I

La relación del Génesis sobre la caída original es, dicen los enemigos de la Iglesia, un mito, des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tinado á explicar y quizá á hacer más aceptable el estado de miseria y de dolor en el que nacemos todos, y casi todos vivimos, esperando una muerte cierta.

Tal es la objeción.

El racionalismo, rechazando por necesidad de sistema todo lo que lleva un sello sobrenatural, quiere que la serpiente del Paraíso, sea un animal mitológico ó si se quiere uno de esos animales á los que se hace hablar en las fábulas, como los hicieron hablar Esopo y de la Fontaine.

Esta última concepción, ni siquiera merece la honra de ser examinada.

Hay tal distancia entre Moisés y los fabulistas, entre los escritos de aquél y los de éstos, que á primera vista se palpa el vicio de semejante comparación.

Sin embargo, algunos hombres de juicio se han dejado seducir por la idea de que la aurora de la historia pudo ser fabulosa entre los Hebreos, como lo fué entre los Griegos y los Romanos, entre los Asirios y los Persas.

Pero es de notarse que los Griegos y Romanos, al par que los otros pueblos antiguos, tienen todo un sistema de mitología, con su jerarquía de dioses y diosas, de semidioses y de héroes, y un conjunto de mitos tan completo que, basta leer sus relatos, para sentirse de pleno en la mitología.

Entre los Hebreos era de otra manera: no se puede encontrar en la Biblia la sombra de un sistema de mitología.

Este libro divino no conoce ni esas genealogías estravagantes, ni esas historias ridículas ó vergonzosas, ni esas metamórfosis de dioses y diosas, de genios buenos y genios malos que nos han trasmitido los escritores griegos y latinos, y que encontramos bajo forma distinta en los libros sagrados de los Persas y de los Indios.

Desde la primera palabra del Génesis, nos encontramos de lleno en la historia. Y por eso ningún escritor de Israel ha distinguido los tiempos fabulosos de los tiempos históricos: las relaciones del Génesis han sido siempre el fundamente de la creencia de aquel pueblo.

Moisés ha puesto en la base de su legislación el dogma de un Dios único, omnipotente, creador del mundo, del hombre; que gobierna todas las cosas y que quiere ser adorado.

El símbolo de los Hebreos ha comprendido siempre, además de los dogmas que acabamos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enunciar, el dogma de un estado de inocencia y de justicia original, seguida de una caída hereditaria que fué al punto suavizada por la promesa de un Redentor.

No puede, por lo mismo, tratarse, en el cap. III del Génesis, de una serpiente mitológica: es preciso buscar otra cosa que un símbolo ó una fábula vana.

Si la serpiente del Génesis no es un símbolo, un ser puramente mitológico, ¿será un simple reptil?

Así lo sostiene Reuss; así también lo creemos los católicos.

En el relato de Moisés se trata, como ya lo hemos indicado en precedentes artículos, de una verdadera serpiente que se arrastra sobre la tierra y come polvo, como los reptiles de su especie.

Pero esto no basta para explicar la narración del inspirado autor del libro del Génesis.

Preciso es admitir que el demonio estaba en el interior de la serpiente. Como en las posesiones demoniacas, de que habla el Evangelio, el demonio es el que hace hablar y obrar á la serpiente; él es quien en realidad hablaba y obraba por medio de la serpiente, convertida en instrumento suyo, por permisión de Dios, para tentar á Eva.

No hay otro medio para explicar las palabras del Génesis.

Los teólogos, después de los grandes doctores de la Iglesia, lo han comprendido perfectamente.

La serpiente no habla hoy, y no hay apariencia alguna que venga á demostrar que, alguna vez, tuviera el don de la palabra.

Si la serpiente no hubiera sido más que un simple reptil, ¿qué interés habría tenido en seducir á Eva, en arrastrarla á que se rebelara contra Dios, en inducirla á que violara su prohibición?

Si no era más que un simple reptil, ¿cómo explicar el castigo enteramente espiritual á que se refiere Moisés, en las hermosísimas páginas de su libro?

Estas breves observaciones, unidas á las que antes hicimos, dejan en el alma la convicción de que fué el demonio, valiéndose de una serpiente, el que causó la catástrofe del Edén.

"El diablo, dice San Agustín, ha hablado por medio de la serpiente, sirviéndose de ella como de un órgano, obrando sobre esta naturaleza bestial, según su capacidad y la suya propia, para expresar palabras y signos corporales que hicieran comprender á la mujer la voluntad de aquel que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se esforzaba en persuadirla. La serpiente no comprendía las palabras que dirigía á la mujer, porque su alma de bestia no fué cambiada en naturaleza racional: los hombres mismos dotados de razón no saben lo que dicen, cuando el demonio habla en ellos en ese estado que requiere un exorsista."

Reuss, insistiendo en que la serpiente del Paraíso es un puro reptil y que no ha sido el instrumento del ángel del mal, alega, para apoyar su tesis, que el diablo era desconocido en el Antiguo Testamento.

Dado que así fuera, el fundamento que se alega es vano.

Basta que sea conocido en el Nuevo, que no es más que la explicación del Antiguo.

Y en el Testamento Nuevo el demonio ejerce cerca del Salvador el mismo papel, que la serpiente llenara cerca de Eva.

San Juan, en el Apocalipsis, ve al demonio perseguir á la descendencia de la mujer y no le llama más que serpiente antigua.

"El gran dragón, dice, la serpiente antigua, que es llamada diablo y Satán, fué precipitado. Y el ángel se apoderó del dragón, de la antigua serpiente, que es el diablo, y lo ligó por mil años."

El Salvador confirmó esta doctrina diciendo: "El demonio que fué homicida desde el principio."

Pero la afirmación de Reuss es como la de todos los racionalistas, afirmación atrevida para dispensarse de rendir prueba.

En el Antiguo Testamento se conocía al demonio.

La doctrina de los ángeles buenos y malos había llegado á los Hebreos por tradición.

Así como hacían memoria de los ángeles enviados á Abraham y de la escala misteriosa de Jacob con los ángeles que por ella subían y bajaban, de la misma manera recordaban la tentación de nuestros primeros padres, por el ángel malo, y su caída.

El autor del libro de la Sabiduría, libro que forma parte del testamento antiguo, hablaba de esta mística tradición, cuando decía: "Por la envidia del diablo ha entrado la muerte en el mundo."

El libro de Job nos muestra á Satanás con todas las malas cualidades que atribuimos al demonio, y el Profeta Zacarías hace lo mismo.

Debemos, pues, concluir, pulverizado como que-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da el argumento de Reuss, que la serpiente del Paraíso fué un verdadero reptil; pero convertido por el demonio en instrumento suyo, para perder al hombre.

II

La historia del Génesis, dicen los enemigos de la religión, es la historia de un hecho puramente personal de Adán y Eva, sin esas consecuencias extrañas que, según los católicos, afectan á la humanidad entera.

Ya hemos dicho que el pecado de Adán fué el pecado de un hombre en quien estaba encerrada toda la humanidad, que de él debía descender.

Si ese pecado lo redujo á las condiciones de pura naturaleza, eso era lo único que podía trasmitir á sus descendientes, en virtud de la ley de multiplicación, promulgada en el Paraíso y que no podía detenerse en su curso.

El mismo texto del Génesis pone en toda su luz, que el pecado de nuestros primeros debía tener consecuencias universales y no restringidas á aquellos que voluntariamente lo cometieron.

"Yo pondré enemistades, dice el Génesis, entre tí y la mujer, *entre tu raza y la suya.*"

La revelación nos enseña que el universal Redentor ha bajado á la tierra para reparar la ruina completa causada por el demonio, y San Pablo declara que la muerte se ha hecho una ley universal, porque todas han participado del pecado de Adán, *in quo omnes peccaverunt.*

Así lo han entendido, por lo demás, la Sinagoga y la Iglesia.

La dificultad de explicar la trasmisión de este pecado de origen, no es motivo para negar su existencia.

III

¿Cómo se quiere, preguntan los enemigos de la Iglesia, que un pecado, como una especie de virus fisiológico, pase á todos los descendientes de la primera pareja humana?

No es preciso asimilar el pecado original á un virus corporeo que pase de generación en generación ó á una cualidad mórbida inherente á la sangre humana y trasmitida con ella de padres á hijos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si esta teoría para explicar la trasmisión del pecado original ha sido aceptada por algunos, especialmente por los protestantes, no es la nuestra, no es la que enseña la Iglesia católica.

IV

¿Cómo puede pecarse, dicen los que aceptan el dogma del pecado original, antes de existir, antes de saber y de querer, á menos que se admita la preexistencia y trasmigración de las almas y que todas hallan estado presentes en Adán?

El pecado original en su acepción activa, es decir, como un pecado voluntario de soberbia y desobediencia, no es más que el hecho personal de Adán y de Eva: sus descendientes no responden de él.

No tenemos, en consecuencia, necesidad de recurrir, para explicar cómo el pecado original está en nosotros, á esa preexistencia física, esplícita ó implícita, de nuestra alma y de nuestra voluntad en la voluntad y en el alma de Adán.

Esa manera de explicar la trasmisión de la culpa original es de algunos teólogos sin crédito en la Iglesia: la teoría de la Iglesia es distinta.

V

¿Deberá admitirse con ciertos teólogos, vuelven á preguntar los enemigos del pecado original, que este pecado está *esencializado*, por decirlo así, en nuestra naturaleza?

Tampoco es esta la enseñanza de la Iglesia católica: ya en algunos de nuestros anteriores artículos hemos demostrado que el pecado original no se identifica con nuestra naturaleza.

Esta objeción, por lo mismo, no es objeción para los católicos, una vez que jamás han enseñado que tal identificación exista.

Lejos de ello, han afirmado siempre que el pecado original nunca puede ser la sustancia misma del alma corrompida por el pecado de Adán, ya porque, entonces, Dios que cría el alma sería el autor del pecado, ya porque una sustancia simple es incorruptible, ya porque no puede concebirse que el pecado actual de Adán pudiese lesionar á un ser que no existe todavía.

Los que sostienen que el pecado original está esencializado en el alma son los protestantes y los jansenistas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ningún autor católico ha consagrado tal teoría, aunque en algunas obras de estos escritores se encuentran frases ó expresiones que pueden ser favorables á esta absurda opinión y que desearíamos, por lo mismo, que desaparecieran de sus escritos.

VI

"El dogma del pecado original, dicen los enemigos de la fe, supone crueldad inaudita é injusticia sin nombre."

¿Por qué criar al género humano, si debía, desde su origen, caer en estado tan miserable?

¿Por qué castigar con eterno suplicio á innumerables niños que no tienen más crimen que haber nacido de un padre culpable?

Por el hecho mismo de que Dios quería crear seres libres y no crearlos directamente en el estado de gracia confirmada ó de gloria inadmisible, estos seres libres, finitos, imperfectos, sujetos á prueba, estaban expuestos á caer.

¿Podrá decirse que Dios fué cruel, que le faltó sabiduría, porque crió al hombre en semejantes condiciones?

Evidentemente no.

Al contrario, en este plan se revela la bondad divina y la sabiduría eterna.

Tolerar un mal, permitirlo, para de él sacar un gran bien, es obra sin duda de infinita sabiduría.

La redención, inmediatamente prometida después de la culpa original, nos autoriza á repetir con la Iglesia: ¡Oh feliz culpa, que nos mereciste Redentor tan admirable!

En cuanto á los niños que mueren sin bautismo, ya hemos demostrado que no quedan sujetos á las penas aflictivas del infierno y que gozan de felicidad natural, sin pena ni dolor.

VII

Los fenómenos patalógicos del orden material ó moral que se reunen bajo el nombre mal escogido de culpa ó mancha original, dicen los impíos, tienen una explicación mucho más cierta, que ya era tiempo que la teología pidiese á la psicología y á la fisiología.

La teología católica jamás ha ignorado que las condiciones intrínsecas y extrínsecas, en las que se encuentran naturalmente nuestro cuerpo y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestra alma, durante nuestra vida terrestre, bastarían ampliamente para dar cuenta de nuestra ignorancia nativa, de nuestras tentaciones y de nuestras luchas, de nuestros sufrimientos y nuestra muerte.

Por eso no busca en estos hechos la prueba del pecado original, ni lo hace consistir en el conjunto de esos fenómenos sabe que ellos eran naturalmente posibles.

Pero sabe también que *preternaturalmente* debíamos escapar á ellos, si el hombre hubiera querido hacer buen uso de los privilegios de que Dios lo dotara y mantenerse sobre todo en el estado sobrenatural de gracia en el que fué creado Adán y todos debiéramos nacer.

La Iglesia no pretende demostrar experimentalmente el dogma cristiano sobre el pecado original: al contrario, cree que no puede establecerse sólidamente, más que por los datos de la revelación.

VIII

En vano, dicen por fin, los enemigos del dogma cristiano, ensaya la teología, de algunos años acá una nueva interpretación que tendría la ventaja

de disminuir la enormidad de las antiguas teorías, reduciendo el pecado original á una simple privación.

Esta privación, agregan, equivale á una supresión radical, razón de más para aceptar en esta materia los socorros de las ciencias físicas y naturales.

Esa nueva interpretación de que nos hablan los sabios de hoy no es más que la antigua tradición de la Iglesia, limpia de las exageraciones, de las ignorancias y de los errores en que la envolviera la torpeza humana.

Los padres de la Iglesia, los Concilios, San Pablo, mismo, ponen la esencia del pecado original en la privación de la gracia santificante con que Dios había enriquecido á la humanidad.

Esta privación, como ya lo hemos dicho, no es una ausencia simplemente; es un despojo, es una ruina.

El pecado original, así concebido, recibe más íntimo y más completo asentimiento de la razón y de la filosofía.

Podemos ya concluir que, si el dogma del pecado original es un misterio, no es contrario ni á la razón ni á la ciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS.

El pecado original, en el plan divino, fué un acontecimiento verdaderamente dichoso.

La invasión del pecado es lo que decide en los consejos de la sabiduría divina, el plan admirable de la encarnación reparadora.

El amor ni conoce ni permite dilaciones.

Si Dios ha determinado encarnarse para salvar al mundo, ¿porqué demora su venida?

¿Porqué no desciende á la tierra en la aurora de los tiempos y evita que eternamente perezcan los que están esperando su venida?

Santo Tomás, que es nuestro guía, responde á estas preguntas con su siempre admirable exactitud, con ese acierto que hace descubrir una inspiración celeste.

"La sabiduría de Dios, dice el gran Doctor, arregla todas sus obras; los tiempos están en su mano y ella designa el instante á propósito para cada acontecimiento. Debemos, por lo mismo, creer que ella ha escogido, para el más importante, para el más sublime, para el más misterioso de los acon-

tecimientos, la época más conveniente. Nuestra limitada sabiduría habría querido el principio de los tiempos, la sabiduría infinita, aguarda su plenitud, según esta palabra de San Pablo á los Galateas; Mas cuando vino la *plenitud del tiempo* envió Dios á su Hijo, hecho de la mujer."

Es decir, el Verbo se hizo carne cuando los tiempos estaban llenos; llenos, por una parte, de errores y de crímenes; llenos, por otra, de promesas y de prodigios.

"El hombre había pecado por orgullo, dice Santo Tomás, y convenía, en consecuencia, que fuese humillado, hasta que él mismo reconociera, por una experiencia dolorosa, que necesitaba de un ser que le libertara de tantos dolores, de tantas angustias, de tantas ignorancias y de tantos errores."

"La experiencia, dice el P. Monsabré, demostrándonos que por nosotros mismos no somos más que miseria, desmentiría los sueños insensatos de nuestra imaginación exaltada por la soberbia; revelándonos nuestra debilidad intelectual, nos haría sentir la necesidad de un maestro abrebado de las luces del cielo; poniendo al desnudo nuestra corrupción moral, nos forzaría á implorar el socorro y los cuidados de un médico divino."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"La experiencia, continúa el P. Monsabré, aceptaría el beneficio de Dios con tanto más ardor y fe, cuanto fuese más impacientemente aguardado; sin hacernos merecer este beneficio, nos haría menos indignos de él, permitiéndonos expiar, por nuestros humildes deseos, el orgullo que fué el principio de nuestras inmensas desgracias."

A raíz de la caída, cuando la naturaleza humana estaba llena de vigor y de lozanía, no habría podido medir el abismo profundo á que la había precipitado su insensata desobediencia.

Aun hoy, después de tantos siglos de experiencias dolorosas, y sobre todo, después de tantos siglos de cristianismo, la razón humana tiende todavía á propagar principios y á enseñar doctrinas que espantan y aterran.

Todavía hoy pretende que las solas evoluciones de la naturaleza han obligado á lo infinito á conocerse á sí mismo en lo finito; todavía hoy rebaja la realidad de nuestros misterios á la condición de un puro símbolo de los progresos que ella realiza con sus propias fuerzas; todavía hoy considera la revelación y la redención como superfluas, inútiles y humillantes para la dignidad humana.

Y si hoy, cuando el hombre sin querer, sin confesarlo al menos, se aprovecha de la penetración de las luces y de las gracias de la encarnación, porque de ellas están llenos los medios en que se ejercitan actualmente nuestras facultades intelectuales y morales; si aun hoy mismo se olvida la vergonzosa y larga experiencia que la humanidad ha hecho de su impotencia, ¿qué no pasaría en los comienzos del mundo, cuando el hombre, volvemos á repetir, acabado de salir de la mano de Dios, sentía en su ser un vigor casi infinito, una naturaleza casi divina?

Era, pues, preciso que la encarnación se retardara: era necesario que el hombre viera hasta dónde podía llegar en los excesos de su soberbia.

Y así sucedió: los siglos anteriores á la redención presentan á la vista el más espantoso cuadro de las aberraciones humanas; descubren al ojo menos observador las espesas sombras de crímenes sin nombre.

La noción del verdadero Dios se oscureció por completo.

El mundo antiguo quiso hacerse un Dios, mezcla confusa de todos los seres, un espíritu que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es materia, un infinito que progresa, una inmensidad que se mide, una eternidad que pasa.

Otras veces es un principio omnipotente que comparte con el mal eterno el imperio soberano de las cosas; una mónada solitaria y abstracta, un número árido, cuyo espíritu no puede concebir las misteriosas evoluciones.

En otras ocasiones es una masa reducida que trabaja sobre la materia, sin poderle dar el ser; un monarca egoista que se encierra para gozar en los palacios de su gloria y deja que el mundo marche á los caprichos del acaso.

Para unas escuelas, es un destino implacable que ahoga la libertad y cierra los oídos á las súplicas de la humanidad miserable.

Para otras, es la razón que se llama naturaleza, la materia infinita, eterna, subsistente por sí misma, sacando de su vasto seno todas las existencias

Ignoraba el mundo antiguo de dónde venía el hombre: las tradiciones le daban un padre, del que los dioses mismos habían recibido la vida.

El antiguo mundo no sabía lo que éramos.

Aquí eramos brutos, allá partículas de lo infinito: hoy el hombre tenía una alma, mañana tenía tres.

Para unos el alma era un espíritu, para otros una agregación de átomos, para aquellos un fuego sutil cuya tensión era infinita.

La regla de conducta era incierta.

Unas escuelas querían que consistiera en la contemplación de lo bello, otras en la libertad de dejarse ir á los caprichos del destino.

Unos filósofos aconsejaban poner orden en las sensaciones, medir el placer con la fuerza del temperamento, hacían consistir la moral en el deleite.

La más sabia filosofía, exageraba el honor de la virtud en provecho del orgullo, mientras la voz popular invitaba al hombre á que imitase á los dioses, fabricados por la pasión.

El destino del hombre no podía conocerse.

Unos enseñaban que el hombre iba á perderse sin recuerdos en el infinito; otros, que rodaba, sin fin, de un cuerpo á otro, perseguido siempre por sus debilidades, en todas sus trasmigraciones.

Para algunos, el destino final del hombre era alcanzar la posesión de un paraíso sensual, que no sería más que la prolongación de nuestras felicidades terrestres; para otros, el extinguirse miserablemente en los abismos de la nada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada podía saberse sobre estos particulares, de todo se dudaba.

A esta síntesis aterradora, de los extravíos de la inteligencia, hay que agregar la síntesis más aterradora de los crímenes en que estaba sumido el mundo que vivió más allá de la cruz.

Los vicios, bajo figuras humanas, habían sido elevados á los honores del apoteosis.

Había tantos dioses, como execrables pasiones se escondían en las entrañas del hombre: de ellos se imploraba criminal asistencia.

En los hermosos versos de Persio y de Horacio, de Juvenal y de Terencio, encontramos delineadas esas plegarias que se hacían á las divinidades para que ampararan los crímenes.

Pulchra Laverna, decía Horacio,

Da mi fallere, da justo sanctoque videri.

En la familia, el padre era un tirano; la mujer, olvidada, deshonrada, maltratada, repudiada, vendida según los caprichos de un amo sin respeto á su dignidad de madre; el hijo, tratado al nacer como un animal, implacablemente condenado á muerte, si no prometía ser un vástago robusto, por el brutal ciudadano á quien debía la

vida; el esclavo, considerábase como una bestia de carga, desnudo de personalidad humana.

Servi pro nullis habentur, decían los afamados jurisconsultos de Roma.

La guerra, sin derecho de gentes, entregando naciones enteras á los vencedores, y legitimando, respecto de ellas, toda clase de barbaries; incendio y destrucción de las ciudades, devastación de los campos, matanza de niños, rapto de mujeres, carnicería de prisioneros, esclavitud de reyes, arrastrados, con la cadena al cuello, tras del carro de los vencedores.

El orgullo de casta, aplastando á los pequeños; la concusión, agotando las provincias; la usura, devorando las economías del ciudadano, el salario de los artesanos, el pan de los pobres.

Los indigentes odiados y arrojados, de los esplendores de la ciudad, como inmundicias que repugnan.

Las riquezas sin medida, al lado de la miseria sin esperanza.

El pueblo ávido de combates sangrientos convertidos para él en sitios de recreo.

Los Césares pidiendo incienso y decretando un culto para sus estatuas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y todos estos crímenes no eran una cosa accidental, contra la cual protestaran las costumbres generales: eran hábitos que habían pasado á la sangre de las naciones y que se desenvolvían con facilidad bajo la triple influencia de la opinión, de las leyes y de la religión.

Tal era, en brevísima síntesis, el estado que presentaba el mundo antes de Cristo.

La historia da testimonio de su exactitud.

Esos errores y esos crímenes, apenas ligeramente bosquejados, fueron los frutos del hombre abandonado á sí mismo.

Ellos ponen de resalto lo que puede la omnipotencia de la razón humana.

Los tiempos estaban llenos: la copa desbordaba.

Los tiempos estaban llenos no solo de errores y de crímenes, sino, también, de promesas, de prodigios y de esperanzas.

Caído el mundo antiguo en aquel abismo, sin medida, de absurdos é iniquidades, no desesperaba, sin embargo, de salir de ese océano lleno de sombras, de lágrimas y de sangre.

Hay siempre, en el fondo del alma humana, un resto de rectitud que la ilumina sobre sus miserias y la invita á humillarse.

La esperanza de un libertador había caído del cielo, al mismo tiempo que la maldición que condenaba á la mujer á dolorosos alumbramientos.

Esa rectitud que siempre hay en el fondo del alma, el recuerdo de aquella promesa y las tradiciones que iban conservando, á través de las edades, esa esperanza divina, despertaban y mantenían en el corazón de la humanidad una fuerza oculta que le daba aliento para poder asirse, según la bellísima expresión del P. Monsabré, en aquel universal naufragio, del cable salvador que debía retirarla de los abismos del error y del vicio,

A esa esperanza volvían siempre sus ojos las almas, espantadas por las sombras de la muerte, que se extendían sobre el género humano.

Todos los patriarcas, desde Adán, deseaban ver el día del Señor.

Los verdaderos Israelitas se inclinaban, con piadosa angustia, sobre el porvenir y hacían escuchar sus gritos suplicantes.

Sorprendidos por la muerte, no se creían engañados, sino que se dormían con la dulce confian-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za de que un día el enviado de Dios, el libertador, vendría á visitar sus tumbas y á tocar, con mano piadosa, sus olvidadas cenizas.

"Señor, decían, nosotros esperaremos al que debe salvarnos.—Excita tu poder y ven á libertarnos.—Muéstranos tu rostro y quedaremos salvados."

"Ten piedad de nosotros, decía Tobías: apiádate de nosotros, agregaba Isaías, porque te hemos esperado."

Este profeta, con su lenguaje divino, lanzaba estos clamores: "Ojalá y abrieras los cielos y descendieras al mundo.—Cielos, esparcid vuestro rocío y que las nubes lluevan al justo.—Abrase la tierra y germine al Salvador.—Envía, oh Señor, al Cordero dominador de la tierra.—Lo hemos esperado y él nos salvará."

Semejantes á esos murmullos, á esos ruidos, á esas explosiones de voz, que animan á la naturaleza, cuando la aurora se acerca, las plegarias, dice el P. Monsabré, se hacían más ardientes, á medida que avanzaban los tiempos.

Los deseos llegaron á su colmo cuando el viejo Zacarías, morador de la montaña de Judea, ex-

halaba aquel canto divino que la Iglesia repite, día por día, para alabar al Señor.

"Bendito sea el Señor Dios de Israel, decía aquel anciano, porque nos visitó y obró la redención de su pueblo."

Y no era sólo de Israel, de donde brotaban estas plegarias y estos suspiros: una agitación santa se hacía sentir en todos los pueblos.

El Oriente y el Occidente llamaban á un Salvador.

Las grandes ciudades, los centros incultos de los bárbaros, los bosques salvajes, las islas extraviadas y los continentes lejanos, aguardaban su venida.

Los Chinos dirigían su mirada al Occidente, de donde debía venir el verdadero santo, enviado de Dios.

Los Indios aguardaban la encarnación de *Virchnou*, para reparar los males hechos por el antiguo dragón.

Los Egipcios saludaban de lejos al hijo de la mujer que había de extinguir la rabia de *Typhon*.

Los Persas, enseñados por los magos, ponían el oído hacia la palabra del primer principio, cuyo nombre era: *Yo soy*.

Los Mexicanos y los Escandinabos, esculpían en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la roca viva y sobre los monumentos la imagen del Dios que había de aplastar á la gran serpiente.

Los Druidas de la Gaula, levantaban una estatua y un altar á la Virgen, cuyo Hijo era esperado.

La Grecia esperaba un vástago que había de traer el reino de la justicia.

Mientras que los poetas avivaban esta esperanza, Platón, el divino, la confirmaba sin vacilaciones.

Ya en el dintel de la Nueva Era, Virgilio cantaba en hermosísimos versos, la esperanza del universo:

Iam nova progenies cœlo dimmititur alto.

"El propósito de Dios, dice el P. Monsabré, estaba llenado: quería humillar nuestro orgullo por una larga experiencia de nuestras miserias intelectuales y morales y hacer concurrir nuestra libertad, por el deseo, al cumplimiento de su obra reparadora. Necesitaba tiempo para ello; tomó cuarenta siglos.... Debemos creer que la sabiduría divina conduce, como es debido, sus cálculos."

Los tiempos estaban llenos de crímenes y horrores: Dios iba á iluminar el mundo, Dios iba á curar á la humanidad enferma.

Los tiempos estaban llenos de deseos: Dios iba á colmarlos.

Si las dilaciones de la Encarnación eran debidas á nuestra libertad y á nuestro orgullo, lo eran igualmente á la majestad del Salvador que había de venir.

"No fué conveniente, dice Santo Tomás, que Dios se encarnara inmediatamente después del pecado: él conduce las cosas por un orden progresivo que va de lo menos perfecto á lo perfecto."

La creación no se ha realizado de un golpe: á la materia confusa, ha sucedido la materia ordenada; en la materia ordenada la vida brota, y la vida, rudimentaria y oscura, desde el principio ha ido poco á poco desenvolviéndose y perfeccionándose, para formar los reinos, las familias, los géneros y las especies.

"Aunque la creación no ha podido medir todavía, de una manera exacta, la duración del tiempo de la acción creadora, dice el P. Monsabré, ni definir las modificaciones que ha sufrido el mundo antes que Dios lo juzgase digno de ser el palacio del rey de las creaturas, no nos queda duda sobre la verdad de una larga y paciente operación, que ha medido sabiamente los plazos para hacernos seguir y admirar sus progresos."

Cuando el hombre iba á aparecer en el Paraíso,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya todo estaba perfecto, *cuncta erant valde bona.*

Si, con respecto al hombre, Dios debió proceder lentamente á la preparación de su morada, no debió seguir otro camino para preparar la venida de su Verbo, hecho hombre.

Necesitábase una preparación en armonía con la dignidad de su persona y con la importancia de la obra que venía á llenar.

"Como el sol de la naturaleza, dice el P. Monsabré, es precedido de una alba tímida, que blanquea el horizonte, y de una aurora sonriente, cuya púrpura colora las nubes del cielo y las crestas de las montañas, el sol de la gracia debía ser precedido de una alba, la era patriarcal; de una aurora, la edad profética."

Era necesario imponer al género humano la fe en un misterio profundo é incomprensible, que las humillaciones, los sufrimientos, la muerte del Redentor, habrían de hacer más incomprensible todavía.

Dios podía secretamente mover á las almas, para atraerlas á su Hijo, pero, respetando su libertad, ha querido mejor ofrecer al hombre una prueba palpitante que, sin hacerle comprender el misterio, le dé la seguridad de que es un hecho cumplido.

Por eso, en el curso de los siglos, hace aparecer las figuras que dibujan á su Hijo divino y los oráculos que anuncian su venida.

Abel, la primera víctima del odio envidioso de un hermano; Noé, constructor de la Arca y salvador del humano linaje; Melchisedec, sin genealogía, que ofrece á Dios el sacrificio del vino y del pan; Abraham, padre de una raza incontable; Isaac, cargado con la leña del sacrificio; Jacob, fuerte contra Dios; José, traicionado y vendido por sus hermanos; Moisés, salvado de las aguas y legislador de la nación santa; Aron, jefe del sacerdocio, y Sansón, triunfando en la muerte, delineaban, con los rasgos más vivos, á Cristo, Redentor de la humanidad.

Pero las figuras no son más que promesas imperfectas; no se les ve en toda su luz, sino después que aparece la realidad.

Ellas solas no podían llenar los siglos.

Eran necesarias predicciones ciertas, precisas, continuas, que de antemano fijasen en rasgos luminosos la vida toda del esperado libertador.

Adán escucha á la sombra del árbol, donde in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fringiera el mandato divino, una palabra de esperanza; Abraham anuncia á Isaac que en él serán benditas todas las naciones de la tierra.

Los profetas anuncian, con admirable exactitud, que el Redentor nacería de una Virgen, que este admirable vástago sería un niño prodigioso, que ya hombre, su palabra se haría escuchar por todas las partes de la tierra, que predicaría los preceptos del Señor, que sería el Doctor de la justicia, que despertaría á los que durmieran el sueño de la muerte, que sería traicionado por los suyos, que aquellos á quienes él amaba se declararían por sus enemigos, que el que lo entregase recibiría treinta dineros, que sus piés y sus manos serían abiertos y contados todos sus huesos, que sería el último de los hombres y que conocería todos los secretos del dolor y del sufrimiento.

Anuncian, también, con inequívoca frase, que el precio de sus dolores sería la salvación del mundo, que su sepulcro sería glorioso, que Dios no permitiría que su santo viese la corrupción, que sería el príncipe de la paz, que su dominación se extendería de un mar á otro mar y hasta los más apartados extremos del mundo, que su imperio se

multiplicaría y los ídolos caerían ante él, que su reino, por fin, duraría siempre.

Cuarenta siglos estaban llenos de esas figuras y de esas profecías: la humanidad iba mirando en ellas, rasgo por rasgo, línea por línea, á aquel Salvador por quien el mundo suspiraba con tantas ansias.

Esos mismos siglos estaban llenos de prodigios.

Prodigio eran las vidas de los patriarcas, cuyas almas estaban en estrecha relación con el cielo, cuyos pasos eran guiados por el ángel del Señor cuyas tiendas viajeras eran respetadas por todas partes.

Eran prodigios la vocación de Moisés, las playas de Egipto, la marcha triunfal de los Israelitas entre muros que el mar formara.

Prodigios eran el maná y la peregrinación por el desierto, los rayos del Sinaí, el aplastamiento de los muros de Jericó, los triunfos de Gedeon, el valor de esas mujeres atrevidas que mataban al enemigo y salvaban á su pueblo, la grandeza de David y la sabiduría del Salomón.

El mundo también estaba lleno de grandes catástrofes.

Ninive cae aplastada bajo los golpes de Babi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lonia; en una noche cae ésta en manos de los Persas; éstos llevan á la Africa sus armas victoriosas; pero la Grecia comienza á levantarse: aunque Darío sea justo, valiente, amado de sus pueblos, no puede sostenerse contra la audacia que dirige el genio: Alejandro triunfa de Babilonia: la tierra estupefacta no responde á sus victorias, sino con el silencio.

Aparece Roma, más voraz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos: ella se apodera de todo, de las leyes, de las costumbres, de los hombres, de los dioses. El mundo está unificado: los caminos que abren los Césares de Roma, ligan con la metrópoli del mundo á todos los pueblos de la tierra.

La esperanza en el libertador, también, está viva por todas partes: los hijos de Jacob se hallaban extendidos por toda la tierra: tenían cuarteles hasta en el centro de Roma: los gentiles, bajo su influencia, podían avivar sus recuerdos, corregían sus tradiciones y venían á unirse á la esperanza de un Salvador.

Así quedaba preparada la venida de Cristo.

Los tiempos estaban llenos: la hora de la redención había sonado.

La majestad de Cristo encontraba ya al mundo dispuesto y preparado para escuchar su palabra.

EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

Una labor paciente y dilatada fué necesaria para preparar, en el orden material, al mundo que había de recibir al rey de la naturaleza.

Larga y paciente fué, del mismo modo, la preparación, en el orden moral, del mundo que había de recibir al Rey de la gracia.

No satisfecho el Señor con haber preparado el universo para que recibiera al hombre que iba á crear á su semejanza y á su imagen, determinó, cuando ya el mundo aparecía con todos los encantos de una belleza admirable, disponer un lugar de delicias en que la naturaleza más ardiente y más fecunda, prodigase sus dones para arrebatar las miradas del hombre y lisongear sus sentidos.

Una fuente se derramaba en aquel sitio por cuatro corrientes, cuyas olas apacibles arrastraban lentamente el oro, mezclado con las piedras más preciosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lonia; en una noche cae ésta en manos de los Persas; éstos llevan á la Africa sus armas victoriosas; pero la Grecia comienza á levantarse: aunque Darío sea justo, valiente, amado de sus pueblos, no puede sostenerse contra la audacia que dirige el genio: Alejandro triunfa de Babilonia: la tierra estupefacta no responde á sus victorias, sino con el silencio.

Aparece Roma, más voraz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos: ella se apodera de todo, de las leyes, de las costumbres, de los hombres, de los dioses. El mundo está unificado: los caminos que abren los Césares de Roma, ligan con la metrópoli del mundo á todos los pueblos de la tierra.

La esperanza en el libertador, también, está viva por todas partes: los hijos de Jacob se hallaban extendidos por toda la tierra: tenían cuarteles hasta en el centro de Roma: los gentiles, bajo su influencia, podían avivar sus recuerdos, corregían sus tradiciones y venían á unirse á la esperanza de un Salvador.

Así quedaba preparada la venida de Cristo.

Los tiempos estaban llenos: la hora de la redención había sonado.

La majestad de Cristo encontraba ya al mundo dispuesto y preparado para escuchar su palabra.

EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

Una labor paciente y dilatada fué necesaria para preparar, en el orden material, al mundo que había de recibir al rey de la naturaleza.

Larga y paciente fué, del mismo modo, la preparación, en el orden moral, del mundo que había de recibir al Rey de la gracia.

No satisfecho el Señor con haber preparado el universo para que recibiera al hombre que iba á crear á su semejanza y á su imagen, determinó, cuando ya el mundo aparecía con todos los encantos de una belleza admirable, disponer un lugar de delicias en que la naturaleza más ardiente y más fecunda, prodigase sus dones para arrebatar las miradas del hombre y lisongear sus sentidos.

Una fuente se derramaba en aquel sitio por cuatro corrientes, cuyas olas apacibles arrastraban lentamente el oro, mezclado con las piedras más preciosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En ese sitio puso Dios al hombre, después de haberlo creado, para que fuese allí el custodio y el obrero de ese jardín delicioso.

Allí fué donde Adán, nuestro primer padre, cantó el himno de sus nupcias con la virgen, hueso de sus huesos y carne de su carne.

Como las operaciones del poder divino están arregladas siempre por una misma sabiduría, cuyas leyes sencillas se aplican á la producción de todo bien, fácil es comprender que el orden seguido por el Señor en la creación del mundo, fué por El adoptado en la obra más grandiosa de la reparación humana.

El hombre, rey de la naturaleza, necesitó, en los designios amorosos de su Creador, un paraíso para que celebrara su unión venturosa con la virgen que saliera de su carne y de sus huesos; para dominar con ella á la naturaleza toda, que se desplegaba magnífica ante su vista; para cultivar, junto con la hermosa compañera de su vida, las perfumadas flores de aquel jardín; para reproducir, en descendencia bendita, su ser y sus dones, y para mantener en aquel sitio apartado la comunicación más estrecha con los moradores del cielo.

El Rey de la gracia necesitaba, de igual modo,

siguiendo el orden de la sabiduría divina, un paraíso, no una tierra fértil de que tomara posesión después de venir al mundo, sino una morada viviente en que se formase su carne adorable, un santuario lleno de misterio y de gracia, en que se celebrase la incomparable unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina.

Decretada la Encarnación, Dios escogió para su Verbo una morada más pura que la luz del sol, más limpia que la nieve que corona las montañas y á cuya cima nunca llega el polvo de los valles.

La escogió desde el principio de los siglos y, desde entonces, la protegió contra toda invasión de la culpa y tuvo necesariamante que acumular en ella todas las hermosuras, todas las incomparables riquezas de la naturaleza, todos los dones más delicados y más sublimes de la gracia y de la gloria.

Esa morada, ese paraíso de la Encarnación, es María.

El entendimiento humano apenas puede columbrar la grandeza de María; la palabra del ángel apenas podía servir para bosquejarlo.

María, en el plan divino, descubre tres relaciones que la hacen incomparablemente grande.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Destinada para albergar, en su seno sin mancha, al Verbo divino, ella sola es la manifestación admirable de un misterio de Dios que había estado oculto á la humanidad pecadora.

Antes de que llegase el momento solemne de dilatar sobre la tierra el misterio de la fecundidad de Dios, la Trinidad no había sido promulgada: había quedado bajo el velo de la Sinagoga y sus obscuras sombras se habían hecho más profundas, por el resplandor con que se había anunciado el dogma de la unidad de Dios.

"El misterio de la Trinidad había estado oculto bajo el dogma de la unidad de Dios, dice Augusto Nicolás, hasta el momento, que comenzaba en María, de manifestarlo por la más sublime de todas las operaciones, de la que el cristianismo no tenía que ser más que el desenvolvimiento en el mundo."

María tenía que llevar en su seno al Verbo de Dios hecho hombre.

Esta circunstancia, maravillosa y sublime, engendra una relación, no menos maravillosa, entre María y la primera persona de la Trinidad augusta.

No hay más que una paternidad: la paternidad de Dios.

"Doblo mi rodilla, decía San Pablo, ante el Padre, de quien deriva *toda paternidad* en los cielos y en la tierra."

Un acto de esta paternidad poderosa fecundó la nada é hizo brotar el universo.

En la reproducción de los seres que creara por primera vez, Dios también ejecuta un acto de fecunda paternidad: al crear á los primeros seres, puso en ellos la virtud de reproducción, creó en ellos las especies, y su paternidad obra á través de la de las criaturas, que son su instrumento.

Así lo expresaba admirablemente la madre de los Macabeos, cuando alentaba á sus hijos á que sufrieran denodados el martirio.

"Yo no sé como, les decía, habéis sido formados en mi seno, porque no soy yo quien os ha dado el alma, la inteligencia y la vida, ni quien ha juntado vuestros miembros para hacer de ellos un cuerpo: el Creador del mundo, que ha formado al hombre en su nacimiento y que ha dado origen á todas las cosas, os devolverá otra vez el espíritu y la vida, por su misericordia, en recompensa de lo que despreciáis ahora por acatar su ley."

Dios es padre de todo lo que existe: él lo ha creado todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta paternidad es creadora.

Pero no es la única que hay en Dios: Dios ha creado todo, pero no de su propia sustancia.

Hay otra paternidad en Dios, por medio de la cual da la vida de su propia sustancia.

Es una paternidad generadora.

Por la paternidad creadora hace, cría la vida en el universo, y por su paternidad generadora engendra la vida en un ser que es el fruto de su propia sustancia, es su Sabiduría, su Verbo, cuya generación es eterna, y por el cual ha hecho y conserva la vida en todas las cosas.

El símbolo católico lo expresa de un modo inequívoco: el Verbo, dice nuestra fórmula cristiana, el Hijo unigénito de Dios, ha sido *engendrado* y no *hecho*, y ha sido engendrado de la misma sustancia del Padre, *genitum, non factum; consubstantialem Patri, per quem omnia facta sunt.*

Por su paternidad generadora, Dios es eternamente Padre del Verbo, que incesantemente brota de sus entrañas; y por ese Verbo, al crear la vida y el universo, adquiere una paternidad creadora que es como una expansión de su paternidad generadora.

Por su paternidad creadora ha dado la vida y la seguirá dando á todos los seres posibles.

Por su paternidad generadora sólo tiene y no es posible que tenga más que un solo Hijo: el Verbo: allí pudiera decirse, si cabe la frase, que se agotó la paternidad generadora de Dios.

Por eso la Iglesia, inspirada por el cielo, llama al Verbo, único engendrado, *Unigenitus*.

Hay una tercera paternidad en Dios: la paternidad adoptiva por la cual quedamos hechos hijos de Dios, en Cristo.

En el orden de la creación y de la naturaleza, somos hijos de Dios, porque El nos ha dado la vida, como á todos los seres, somos el fruto de su paternidad creadora; pero no somos hijos de Dios, salidos de su propia sustancia, porque no hemos sido engendrados por Dios, y de consiguiente, no participamos de su vida divina, ni estamos asociados á su felicidad, ni somos herederos de su reino.

El Verbo, que es el único engendrado por Dios, es el solo que participa de su vida divina, de su felicidad y de su reino.

Pero así como, por el Verbo increado, hemos sido creados á la vida, así por el Verbo encarna-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, por Jesucristo hemos sido levantados de la condición de criaturas á la dignidad de hijos de Dios, como lo es Cristo, es decir, engendrados por Dios no propiamente, sino adoptivamente.

Y en cuanto á los efectos, como los produce toda filiación adoptiva, tenemos los mismos derechos que Cristo; de tal manera, que El que era *Unigenitus* se hace, con relación á nosotros, sus hermanos y coherederos, *Primogénitus*, no haciendo, más que una cosa con él y por él con Dios.

Por esto, en la Escritura santa los hombres, redimidos por Cristo, somos llamados dioses como él. *Egodixi dii estis et filii Excelsi omnes.*

La Virgen María está en comunicación con esta triple fecundidad de Dios, coopera á ella, y por eso, de un modo superior, puede considerársele en relaciones con el Padre, tal vez semejantes á las de una esposa.

La Virgen no coopera, á la fecundidad generadora de Dios, cuando él engendra eternamente á su Verbo; pero sí coopera á ella, cuando lo engendra temporalmente.

En su generación eterna, el Hijo de Dios no tiene Madre; en su generación temporal, no tiene

Padre, en el sentido de una paternidad humana que pudiera atentar á la virginidad de María.

"Pero en esta generación temporal, continúa teniendo por Padre al que lo engendra eternamente, dice Augusto Nicolás, es decir, incesantemente, no con una paternidad que pasa, sino con una paternidad continua, de la cual la generación temporal, en el seno de María, no es, de consiguiente, más que la extensión."

María, en una palabra, no es madre del Hijo de Dios, como Dios es su Padre, por su propia virtud, sino como lo anunció el ángel: *por la virtud del Altísimo que la cubrió con su sombra.*

"El nacimiento temporal de Cristo, no es, dice Bossuet, más que una continuación de su generación eterna, y por decirlo así, una especie de extensión y progreso de aquella generación."

"Seguramente, agrega el Obispo de Meaux, cuando el Espíritu Santo vino á María, y cuando la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, el Padre celestial no hizo otra cosa que verter á su Hijo único de su seno, en que le llevaba, al seno de María, y engendrarlo de un nuevo modo, de donde el ángel saca esta conclusión: *Por esto*,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Santo que nacerá de ti, será llamado el hijo de Dios.

"Hijo, pues, continúa Bousset, no adoptivo, sino propio: de suerte que este Santo, que es Dios y Hombre, fué un solo Hijo natural de Dios."

"Por esto, sigue diciendo Bossuet, Cristo expresaba con una sola palabra su doble nacimiento, cuando decía: 'Yo he salido de mi Padre y he venido al mundo."

Así es que, el nacimiento temporal del Hijo de Dios, no es más que una extensión de su nacimiento eterno.

En consecuencia, María es su Madre, por una extensión de la paternidad de Dios, de su paternidad generadora.

En esto se distingue María de todas las mujeres: la maternidad de nuestras madres, es también una extensión de la paternidad de Dios, pero de su paternidad creadora, cuyo fondo es la nada.

Además, en nuestras madres, la extensión de la paternidad de Dios no se hace sentir de un modo inmediato; á través de las generaciones de nuestros padres, es como aquella paternidad se hace sentir.

"La paternidad, agrega Augusto Nicolás, á que

se asocia María, es la paternidad propia de Dios, aquella por la cual engendra de su propia sustancia: paternidad única, personal, que no admite participación de nadie, que escondida en la profundidad sublime del ser, es su acto perpetuo é inmanente. Por la virtud inmediata de este mismo acto, de esta paternidad generadora de Dios, María es Madre, con una maternidad única en el tiempo, como esa paternidad es única en la eternidad, y que, asociada inmediatamente á ella sin mediación de otro, es una maternidad divina y virginal. Por esta maternidad augusta, se ha manifestado, en el tiempo, la paternidad generadora de Dios, se ha descubierto á las miradas del hombre."

"Su fruto es el mismo: el Verbo, hijo de Dios solo, en la eternidad; de Dios y de María solo, en el tiempo."

"Cristo, concluye Augusto Nicolás, Hijo único de Dios y de María, se hace primogénito como jefe de los escogidos, sus hermanos, sus herederos."

Esta filiación adoptiva es el objeto propio de la Encarnación del Verbo: María no ha engendrado al Hijo de Dios en el tiempo, sino para darle á Dios hijos en la eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así es que Dios, por María, es no solamente Padre del Verbo encarnado, sino de toda la raza de los cristianos.

Cuánta es la grandeza de María bajo esta primera relación: esa grandeza es única.

"Después de esto, oh María, exclama Bossuet, aunque yo tuviese la inteligencia de un angel, y ángel de la jerarquía más sublime, mis concepciones serían muy bajas para comprender vuestra unión perfectísima con el Padre Eterno. Al asociaros á su generación eterna, os ha hecho Madre de un mismo Hijo con El. Ha querido que fuéseis la Madre de su Hijo único, y ser El, Padre de vuestro Hijo. ¡Oh pródigo, oh abismo de amor."

La mujer destinada, en los consejos de Dios, para ser cooperadora en la redención humana, no sólo debía tener relaciones con la primera persona de la Trinidad Augusta: era preciso que entre ella y el Verbo, las hubiera, también, igualmente grandes y augustas.

Esa mujer incomparable tenía que ser el paraíso en el que se unieran con inconcebible lazo la naturaleza humana y la naturaleza divina:

aquellas relaciones tenían que ser las que ligan á la madre con el hijo.

María, escogida en los designios de Dios para la obra de la reparación tenía que ser, como lo fué en la plenitud de los tiempos, madre del Verbo Encarnado, madre de un Dios.

Para percibir aunque sea de lejos la grandeza inexplicable á que fué levantada María, cuando fué designada para Madre del Verbo, es preciso ver, hasta dónde lo permite la debilidad del entendimiento, cómo pudo verificarse la unión de aquellas dos naturalezas.

Registrando la historia, ponen de manifiesto sus luminosas páginas que ha habido en el mundo hombres prodigiosos que han estado unidos á Dios.

Muchas veces el Ser Eterno les confiaba sus más íntimos secretos; otras los hacía asistir anticipadamente al nacimiento y á las victorias de los conquistadores, al progreso y á la ruina de los imperios.

En ocasiones, delineaba ante sus ojos los rasgos de la figura del Mesías; á veces, les comunicaba su omnipotencia y se oía que estos hombres, en lenguaje sobrehumano, cantaban la gloria de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jehová, publicaban sus preceptos, contaban las visiones del cielo y lloraban con frecuencia sobre los destinos de la nación escogida.

Esta unión, no es la del Verbo con la naturaleza humana: esa unión era pasajera.

Más íntima, más profunda y aun se pudiera decir más vital, es la unión de Dios con las almas santas á las que penetra, á las que transforma y cuyas obras en cierto modo diviniza.

Pero esta unión tampoco es la del Verbo con la naturaleza humana.

En aquella unión pasajera y en esta unión más íntima, la personalidad humana no desaparece.

«La unión moral, dice el P. Monsabré, que resulta de la influencia divina, no autoriza á aquél que está sometido á esa influencia, á atribuirse el ser divino, las prerrogativas divinas.

En una y en otra unión siempre quedan bien separadas y bien perceptibles, la personalidad humana y la influencia divina que obra sobre ella.

No es esta la unión que realiza la Encarnación del Verbo.

¿Cómo se unió, entonces, el Verbo á la naturaleza humana?

"El Verbo se hizo carne," dice el evangelista San Juan.

¿Quiere esto decir, por ventura, que el Verbo se unió á un cuerpo humano, como á éste se une el alma que lo informa?

De ninguna manera.

Interpretar á la letra las palabras de San Juan, es falsear su pensamiento.

San Juan usó de la palabra carne, porque en la Escritura Santa, con esta palabra se significa el hombre todo, es decir, el compuesto de alma y cuerpo.

Así en el Génesis encontramos esta frase. "Toda carne había corrompido su camino;" y en San Lucas estas otras: "Toda carne verá al Salvador enviado de Dios."

Usa de esa palabra, para pintar más enérgicamente el exceso de amor que llevó á Dios á bajar hasta nosotros, y para protestar contra las repugnancias y las falsas delicadezas de los primeros herejes que no veían más que un fantasma en el cuerpo de que el Verbo divino se había revestido.

Usó, en fin, de esa palabra, porque con ella insinuaba que Dios había tomado nuestras flaquezas, que se suelen expresar con ese vocablo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristo mismo, al pasar por el mundo, insinuaba claramente que no había en el cuerpo que lo vestía, un cuerpo inanimado, sino que en él había una alma.

Mi alma está triste hasta la muerte, decía.

Padre mío, en vuestras manos entrego mi espíritu, decía también en ocasión dolorosa.

El Verbo, pues, se unió no á una carne, sino á un cuerpo animado por un espíritu.

La carne del Verbo, sin alma, no sería un cuerpo humano: el cuerpo no es humano, más que en virtud de su unión con el alma: ausente el alma, el cuerpo es un cadáver.

La encarnación, pues, exige la unión del Verbo divino con un cuerpo animado: el Cristo tiene que ser Dios y Hombre.

¿Cómo se unieron estos dos elementos?

¿Se uniría, acaso, la divinidad á la humanidad, como se une el alma al cuerpo, y formar de este modo de dos naturalezas diversas una tercera naturaleza, como se realiza en el hombre?

Tampoco esta unión es la que se realiza en la Encarnación del Verbo.

La naturaleza divina y humana no se fundieron en una sola naturaleza: una y otra quedaron

en la persona del Verbo sin mezclarse ni confundirse.

La naturaleza divina no puede unirse á la humana, como el alma se une al cuerpo.

El alma y el cuerpo separadamente considerados son sustancias incompletas: su unión constituye una distinta naturaleza.

El cuerpo es materia, el alma es un espíritu, una sustancia simple: unidos forman al hombre que ni es materia sola ni alma sola; es una natu raleza distinta de las dos que la componen.

La unión del Verbo divino con la humanidad no puede realizarse de ese modo: las dos sustancias son completas: la naturaleza divina nada necesita para perfeccionarse: la naturaleza humana salió completa de las manos de Dios; no puede, entonces, verificarse la unión de esas dos naturalezas, como está realizada la unión del alma con el cuerpo.

Si tal unión pudiera concebirse siquiera, el resultado sería distinto de los dos elementos unidos, como es específicamente distinto el hombre, de sus componentes que son el espíritu y la materia.

Resultaría, entonces, que el Cristo de esa En-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carnación no sería ni Dios ni hombre, que son los dos elementos que se unifican.

"Un Cristo, dice el P. Monsabré, en una sola naturaleza es un Cristo imposible."

No queda más que esta fórmula que es la fórmula racional, la fórmula cristiana: la naturaleza divina y la naturaleza humana se han unido en la sola persona del Hijo de Dios: Jesucristo distinta é indivisiblemente es verdadero Dios y verdadero hombre.

Como el alma racional y la carne son un solo hombre, dice el símbolo cristiano, el Dios y el hombre son un solo Cristo.

¿Y cómo pudo realizarse esa unión?

¿Se formó acaso en el seno de María un hombre compuesto de alma y cuerpo, y este hombre ya formado fué el que tomó, el que asumió el Verbo divino?

Esto no puede admitirse: una de dos cosas sucedería, ó que la naturaleza humana, ese hombre formado de alma y cuerpo, se absorbía, digamos así, en la naturaleza divina y, entonces, desaparecía la persona humana, ó se unía el Verbo á la persona humana sin destruirla, y entonces, había

dos personas: la humana y la divina: una y otra cosa es absurda.

Es, entonces, evidente que el Verbo tomó el alma, el cuerpo y la humanidad de Cristo en un solo momento.

En consecuencia, la Virgen, al concebir, concibió á un hombre que es Dios: no engendró la divinidad, á un Dios puro, sino á un hombre, que es Dios al mismo tiempo.

He aquí la grandeza de María, ella es verdadera Madre de Dios.

¡María, Madre de Dios!

"Escucha, oh hombre, exclama San Anselmo, contempla y admira. El Padre celestial tenía un hijo único y consustancial, pero no ha querido que este hijo perteneciese á él sólo; ha querido que en parte pertenezca á María: ella es verdaderamente su Madre en la tierra, como él es su Padre en el cielo."

"El Padre, dice Bourdalone, no es sólo autor de toda paternidad divina, sino el principio de esa maternidad divina que admiramos en María."

Maternidad admirable: en ella se juntan la virginidad más limpia y la fecundidad más prodigiosa: una virgen que concibe, en el tiempo, al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo hijo que Dios, antes de todos los siglos, ha producido en la eternidad.

"Una madre, dice San Agustín, hecha madre por la sola obediencia de su espíritu, de la misma manera que el Padre, en la adorable Trinidad, es Padre, por el solo conocimiento de sus perfecciones infinitas."

María, dando á un Dios, lo que no tenía antes, y un Dios recibiendo de ella una vida nueva.

El Verbo, por quien todo ha sido hecho, formado por una Virgen.

Ante esta grandeza, que el labio humano apenas puede bosquejar, doblan su frente los ángeles y los hombres.

La mujer incomparable, destinada en los consejos de Dios para que en élla se realizara la Encarnación del Verbo Divino, debía, como lo hemos demostrado ya, tener relaciones altísimas con la primera persona de la Trinidad Augusta.

Bajo este punto de vista, pudiera llamársele esposa del Padre, porque tiene con él un hijo común y porque la virginal concepción que la ha

hecho engendrar á este hijo sin padre, en el tiempo, es una participación virtual de la generación paterna de este mismo hijo sin madre, en la eternidad, concurriendo con él á producirlo en el mundo.

Esa mujer, singular y casi divina, ha debido mantener y mantiene relaciones dulcísimas y casi incomprensibles, con la persona segunda de la Trinidad Beatísima.

Ella tenía que ser y fué Madre de Dios.

En la Divinidad hay una esencia y tres personas: así en Cristo hay tres esencias y una persona.

Las tres esencias son la divinidad, el alma y la carne, esto es lo eterno, lo antiguo y lo nuevo, porque la divinidad es eterna, el alma es nueva, una vez que fué creada en el momento mismo en que el Verbo tomó la carne en el seno de una mujer, y la carne es antigua porque venía desde Adán.

Así es que Cristo, por razón de la naturaleza divina, fué engendrado, creado por razón del alma y hecho por razón de la carne.

Al verificarse la concepción de Cristo, en el seno de una virgen, en un solo instante quedaron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo hijo que Dios, antes de todos los siglos, ha producido en la eternidad.

"Una madre, dice San Agustín, hecha madre por la sola obediencia de su espíritu, de la misma manera que el Padre, en la adorable Trinidad, es Padre, por el solo conocimiento de sus perfecciones infinitas."

María, dando á un Dios, lo que no tenía antes, y un Dios recibiendo de ella una vida nueva.

El Verbo, por quien todo ha sido hecho, formado por una Virgen.

Ante esta grandeza, que el labio humano apenas puede bosquejar, doblan su frente los ángeles y los hombres.

La mujer incomparable, destinada en los consejos de Dios para que en élla se realizara la Encarnación del Verbo Divino, debía, como lo hemos demostrado ya, tener relaciones altísimas con la primera persona de la Trinidad Augusta.

Bajo este punto de vista, pudiera llamársele esposa del Padre, porque tiene con él un hijo común y porque la virginal concepción que la ha

hecho engendrar á este hijo sin padre, en el tiempo, es una participación virtual de la generación paterna de este mismo hijo sin madre, en la eternidad, concurriendo con él á producirlo en el mundo.

Esa mujer, singular y casi divina, ha debido mantener y mantiene relaciones dulcísimas y casi incomprensibles, con la persona segunda de la Trinidad Beatísima.

Ella tenía que ser y fué Madre de Dios.

En la Divinidad hay una esencia y tres personas: así en Cristo hay tres esencias y una persona.

Las tres esencias son la divinidad, el alma y la carne, esto es lo eterno, lo antiguo y lo nuevo, porque la divinidad es eterna, el alma es nueva, una vez que fué creada en el momento mismo en que el Verbo tomó la carne en el seno de una mujer, y la carne es antigua porque venía desde Adán.

Así es que Cristo, por razón de la naturaleza divina, fué engendrado, creado por razón del alma y hecho por razón de la carne.

Al verificarse la concepción de Cristo, en el seno de una virgen, en un solo instante quedaron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

unidas aquellas tres esencias en una persona, en la persona divina del Verbo.

La virgen, entonces, concibió á una persona que era divina, porque el concebir y el nacer se atribuye á la persona y no á los elementos separados que constituyen á esa persona.

Por eso aunque las madres no conciben el alma del hijo que llevan en su seno, se llaman madres del compuesto, que se forma del alma, creada por Dios, y del cuerpo, hecho en sus entrañas.

Por eso se dice, también, que conciben un hijo y que de ellas nace un hijo, es decir, una persona, por más que ésta esté formada de algún elemento, como es el alma, que no ha sido obra de la generación humana.

Es, entonces, evidente que la Virgen, madre de una persona en quien estaba la Divinidad, por más que la Divinidad no fuese, como no podía ser, obra suya, puede y debe llamarse en toda la plena significación de la palabra, Madre de Dios.

"Sólo podría negarse, dice Santo Tomás, que la Virgen fuera Madre de Dios si la humanidad de Cristo hubiera estado sujeta á la concepción y al nacimiento antes que aquella humanidad fuese el

Hijo de Dios ó que la humanidad no se hubiese unido á la divinidad en unidad de persona."

Lo primero no puede afirmarse porque, entonces, en Cristo habría dos personas, la persona divina y la persona humana, lo que es absurdo como antes se ha demostrado.

Tampoco puede afirmarse que la unión de la naturaleza humana con la divina se hubiera realizado en naturaleza, porque aquellos dos elementos son igualmente, cada uno en su esfera, enteramente perfectos y no podrían formar de su unión, una tercera naturaleza, distinta de las que la componían.

Sí, pues, la unión se realizó en la persona, la Virgen, Madre de la persona que se llama Cristo, tiene que ser Madre de Dios.

Una tercera relación une á la Virgen profetizada en el Paraíso con la Trinidad augusta: su relación misteriosa con el Espíritu Santo.

Se le llama, bajo esta relación, Esposa del Santo Espíritu, aunque no en el rigor ó en la plena significación de la palabra esposa.

Es verdad que concibió en su seno al Hijo de Dios, por la operación de ese Espíritu Divino; pero esta misteriosa operación se rehusa á la ana-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

logía que se saca de la unión del esposo con la esposa, porque no fué generadora, sino formadora.

Por la operación del Espíritu Santo, y no por una porción de El, dice un Doctor católico, se formó el Hombre Dios en el seno de María: este divino espíritu no lo ha engendrado, sino que lo ha creado; lo ha concebido con su poder y no de su sustancia, por su virtud y no por su generación.

La concepción del cuerpo de Cristo, dice Santo Tomás, fué obra de toda la Trinidad. Se atribuye, sin embargo, al Espíritu Santo por tres razones: La primera es porque así convenía al motivo de la Encarnación, considerada por parte de Dios. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo, y, es testimonio del infinito amor de Dios, la Encarnación del Hijo en el seno de una Virgen. La segunda es porque así convenía al motivo de la Encarnación por parte de la naturaleza caída. La humana naturaleza fué tomada por el Hijo de Dios, en unidad de persona, no por los méritos de la humanidad, sino por la gracia, que se atribuye al Espíritu Santo. La tercera es porque así convenía al término de la Encarnación. La Encarnación se hizo para que el hombre, que se concibiera en el seno de la Virgen, fuese santo é Hijo de Dios, y la santificación, así como la filiación de los hijos de Dios, se atribuye al Espíritu Santo. Así lo proclamó el ángel cuando dijo á la Virgen: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti; y por tanto el Santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.*

En esta obra de la Encarnación, el Espíritu Santo tenía dos relaciones con Cristo: una de consubstancialidad, porque es Dios como lo es el Verbo, y otra relación de causa eficiente, porque el Espíritu Santo formó el cuerpo de Cristo en el seno de María.

"En este sentido convenientemente se dice, agrega Santo Tomás, que Cristo fué concebido por el Espíritu Santo."

De manera que, Cristo fué concebido de María que ministró la materia para la formación de un cuerpo humano y por eso se dice hijo de María. Fué concebido, también, por el Espíritu Santo, como por un principio activo, pero no de su sustancia, y por eso no puede llamarse hijo del Espíritu Santo.

La Virgen, bajo esta relación, debe más bien considerarse como el santuario del Santo Espíritu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Espíritu Santo ha venido al alma de María y la ha llenado de su inmensidad inefable: esta plenitud, desbordando de su alma hasta su cuerpo, ha hecho germinar al Verbo y lo ha mostrado al mundo no en palabra, como los profetas, sino en humanidad y en persona.

La palabra evangélica es demasiado expresiva: el Espíritu Santo ha venido á muchas almas y las ha llenado con sus dones y las ha iluminado con su inspiracion; pero tratándose de la Virgen, nota el Evangelio que no vino á ella el Espíritu Santo, sino que *sobrevino* á ella, *superveniet te;* es decir, que entre todas la almas y sobre todas, escogió á la Virgen para que sobrepasase á todas por la universalidad de los dones.

El Espíritu Santo vino á María en abundancia, en afluencia, en plenitud y en efusión sobre su alma y sobre su carne.

El realizó tres privilegios en el seno de la Virgen: que la concepción de Cristo fuera sin mancha; que fuese la concepción no de un puro hombre, sino de un Dios-hombre, y que fuese la concepción de una Virgen.

El Espíritu Santo preservó á la Virgen para que concibiera sin culpa original, le dió fuerza

para que recibiese al Verbo de Dios, y al mismo tiempo le concedió virtud engendradora para que, permaneciendo Virgen, pudiese concebir no activa, sino pasivamente.

Cristo, engendrado de la sola sustancia de María en el tiempo, como de la sola sustancia del Padre en la eternidad, es el fruto de estas dos virginales generaciones por la operación unitiva del Espíritu Santo, de quien es la Virgen llamada con toda justicia el santuario sin mancha.

La mujer predestinada para mantener estas relaciones tan augustas, tan incomparables, tan incomprensibles, con las tres personas de la Trinidad, tenía que ser una mujer única, singular, dotada de dones y gracias que la hicieran á propósito para misión tan sublime.

Este Paraíso, en que debía realizarse la unión de la naturaleza divina con la humana, debió ser formado por el Altísimo con todo el esmero, con toda la sabiduría, con toda la grandeza propias del Dios que debía habitarlo.

Esa mujer debió quedar exenta de la culpa de origen, debió quedar enriquecida con los dones más preciados que guarda en su seno la Omnipotencia divina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARÍA CONCEBIDA SIN MANCHA.

Hay una ley que pesa sobre nuestra naturaleza caída, ley de muerte en virtud de la cual todo renuevo de la raza humana nace privado de la savia sobrenatural que originariamente animaba á nuestro primer padre.

Nadie escapa de esta ley.

Sólo Dios, al tomar nuestra carne, apartó de su concepción la culpa, porque apartó el poder activo á virtud del cual es engendrada toda carne.

El que nace, á virtud de la fuerza engendradora del hombre, recibe la muerte, al mismo tiempo que la vida.

La Virgen, predestinada para ser Madre de Dios, no vino á la vida por camino diverso.

"Envuelta, como toda creatura humana, dice el P. Monsabré, en la corriente de la generación humana, debía ser fatalmente arrastrada por la corriente del pecado."

"Cuando leo su genealogía, agrega el P. Monsabré, creo escuchar como un ruido siniestro, semejante al de un río fangoso cuyas olas se precipitan, después de haber mezclado, á la onda pura que recibe de las blancas nieblas, el limo de los campos por ellas devastados."

¿Cómo pudo evitar la Virgen ser arrastrada por esa corriente? ¿Cómo pudo escapar á la invasión de la culpa que todo lo arrasa?

"Ya escucho, responde el P. Monsabré, que viene del cielo el río de la redención, llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora que debe á los méritos futuros del Verbo encarnado, y que va hasta la cuna del género humano al encuentro del pecado."

Un privilegio especial liberta á la Virgen de ser herida por la culpa de origen.

Dios omnipotente, dueño de todos los bienes, así lo quiso.

Desde el momento que se asoció á una mujer para la reparación del humano linaje, desde el instante que decidió crear una madre para su Hijo, el Verbo divino, ha debido necesariamente crearla más limpia que el sol y tan pura como el aliento que sale de sus labios divinos.

El mismo se encargó de anunciarlo así, por figuras y profecías, á todas las generaciones humanas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La zarza ardiente que vió Moisés, conservando en médio de las llamas la humedad de su savia, la frescura de sus hojas y el perfume de sus flores; la vara de Arón, floreciendo en las soledades del tabernáculo; la arca de la alianza, en la que se conservaban, con las tablas de la ley, los recuerdos de Jehová; la valerosa Débora, la valiente Judit, que combate por el pueblo de Dios, la bellísima y tímida Esther, que aplaca la cólera de un rey celoso de su gloria y que abre á los hijos de Jacob el camino de la patria, delineaban, en hermosísimos rasgos, á la Virgen poderosa, á la Virgen sin mancha, que había de traer en su seno, para la redención de la humanidad, á un Dios, hecho hombre.

Y no sólo las figuras: la profecía anunciaba, con toda la seguridad que tiene la palabra inspirada, el hermoso privilegio de la Virgen Madre.

Entre las nieblas de la primera culpa, cuando los padres del género humano habían infringido el mandato divino, cuando caía sobre ellos la maldición de un Dios ofendido, escuchan, de los labios mismos del Creador de los mundos, una palabra consoladora y bendita que les hacía entrever á la Virgen sin nombre que había de oprimir, con su virginea planta, la cabeza de la serpiente.

David columbra su belleza y con su lengua profética, más rápida que la de aquel que escribe con rapidez, saluda á la majestad de la reina que ve sentada al lado del rey, que ha de triunfar del pecado.

Salomón dirige sus cantos á la más bella de las mujeres, á la aurora de la redención, al astro radiante que recibe las caricias del sol eterno, á la paloma que vuelve á la Arca, sin que se manche su inmaculada pluma.

Más cercanos á la plenitud de los tiempos, después de haber contemplado la fuente misma de las grandezas de la Virgen, que es su divina maternidad, los profetas anuncian al mundo la gran señal de las misericordias, la nueva y única maravilla de la omnipotencia de Jehová, la Virgen que concebirá y dará á la luz al que es llamado Dios con nosotros, la mujer, por excelencia, que sola, y sin más amparo que la virtud del Altísimo, era madre del Salvador esperado.

"Desde entonces, dice el P. Monsabré, se oyen circular entre los pueblos rumores misteriosos, el nombre de una mujer se mezcla á la tradición de un Redentor por todas partes esparcida, la virgen que debe dar á luz recibe los homenajes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los viejos Druidas, y la voz armoniosa del cantor del Tíber invita al niño divino, en quien el mundo espera, á reconocer á su madre con una sonrisa."

Incipe, parve puer, risu cognocere matrem.

La palabra divina, en las figuras y en la profecía, se ha hecho escuchar: la Virgen, que había de ser la madre de un Dios, tenía que ser concebida en el orden que se concibe en la naturaleza, pero tenía que ser concebida sin la mancha de origen.

La razón humana persuade también de que esa concepción tenía que ser sin mancha original.

Dios y la Virgen asociada á la obra de la redención humana tenían que ser el padre y la madre de un mismo hijo, de un mismo Dios.

No puede comprenderse esa misteriosa é inefable comunidad de autoridad y de amor, entre la esencia eternamente pura y un ser sumergido, aunque no fuera más que un instante, en las corrientes del pecado.

Por otra parte, la humanidad del Salvador no podía nacer de la unión vulgar de la carne con la carne: esa humanidad fué concebida á virtud de una casta y divina operación.

El Espíritu Santo debía descender, para realizarla, sobre la Virgen, Madre del Verbo.

"Esta unión del Espíritu Divino y María no podía, dice el P. Monsabré, ser turbada por un recuerdo amargo; no concibe la razón que en el momento mismo en que el Espíritu de luz tomara, en la sangre de la Virgen, la sangre de la redención, el espíritu de las tinieblas pudiese decirle: Un día fué mi esclava esa Virgen con la que ahora te unes."

A las figuras y á las profecías, que tenían por otra parte su razón de ser, como acaba de indicarse, en las inspiraciones de la razón, debe agregarse la tradición no interrumpida desde el momento en que las profecías enmudecieron.

Al lucir sobre el mundo el sol explente del cristianismo, la humanidad, ante sus castísimos esplendores, rindió culto al Dios que había espirado sobre una cruz y presentó sus adoraciones y sus ternuras á la Virgen sin mancha que con él padecía sobre la montaña del Calvario.

Desde entonces las generaciones todas cristianas han reconocido en María el privilegio singular de su Concepción sin pecado.

"Como de la tierra inmaculada había sido forma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do el hombre primero, decía el Apóstol San Andrés, pocos momentos antes de sufrir el martirio, así era preciso que Cristo naciese de una Virgen Inmaculada."

Santiago el Mayor, en su liturgia, llamaba á la Madre de Dios, la Virgen, María Santísima é Inmaculada siempre.

San Marcos, San Ignacio de Antioquía y San Dionisio el Areopagita llamaban á la Virgen Santísima, elevada sobre todos los espíritus angélicos.

Tal es el resumen de la tradición en el primero de los siglos cristianos.

"Fué engendrado el hombre de una Virgen, decía San Ireneo, y de esta manera, por la obediencia de María, quedó desatado el nudo de la desobediencia de Eva."

En estas palabras de San Ireneo y en otras de San Justino, ambos representantes de la tradición eclesiástica en el segundo siglo, se nota desde luego la antítesis entre la muerte que produjo la desobediencia de Eva y la vida que nos fué alcanzada por la obediencia de María.

Para que esta antítesis subsista, preciso es que María no se haya contaminado con la desobediencia de Eva.

"La Arca era el mismo Salvador, decía San Hipólito, en el siglo III, fabricada de maderas exentas de corrupción, es decir, de la Virgen y del Espíritu Santo."

El mismo privilegio, el privilegio de la Concepción sin mancha, era proclamado por Orígenes y San Gregorio en el siglo III.

"La Madre de Dios, decía San Ambrosio en el siglo IV, es una vara derecha en la que no se encuentra ni el nudo de la culpa primera, ni la corteza de la culpa actual."

"La Bienaventurada Virgen es la nube del día, decía San Jerónimo, porque nunca estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz."

San Efrén y San Crisóstomo, enseñan, en el mismo siglo, que la Virgen estuvo muy ajena de toda mancha de pecado.

"Estas palabras: *Dios te salve, llena de gracia*, muestran, decía San Agustín, que María *íntegramente* fué excluída de la ira de la primera sentencia y restituida á la plena gracia de bendición."

San Pedro Crisólogo, y San Proclo, que florecían, como San Agustín, en el siglo V, reconocían el privilegio de la Concepción sin mancha de María.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pascual, poeta del mismo siglo, así cantaba, hablando de la Virgen:

Et velut, e spinis, mollis rosa surgit acutis,
Nihil, quod lædat, habens.

San Fulgencio y San Anastasio, en el siglo VI; San Ildefonso, San Sofronio y San Andrés de Jerusalén, en el VII; San Juan Damaceno, en el VIII; el venerable Paulo, en el IX; León VI, Emperador de Oriente, en el X; San Gualberto, San Pedro Damiano y San Anselmo, en el XI, y San Bernardo en el XII, han sostenido invariablemente, como representantes de la tradición eclesiástica en esos siglos, el privilegio de la concepción sin mancha de la Virgen María.

Santo Tomás, el gran genio de la Iglesia católica, sostiene, según enseñan algunos intérpretes, la contraria tesis.

Tres clases de testimonios pueden invocarse sobre esta materia, tomados de las obras del Doctor Angélico.

El primero, es el de aquellos textos que parecen opuestos á la tesis tradicional; el segundo, el de aquellos que de algún modo debilitan ó contradicen aquellos textos, y el tercero, el de aquellos que favorecen y sostienen la tesis cristiana.

Los primeros y los segundos, que se encuentran en la tercera parte, cuestión 27, art. 2 de la Suma; en la primera parte de la segunda, cuestión, 81, art. 3; en el libro 2 de las Sentencias, distinción 31, cuestión 1, art. 2; en en el libro tercero de la misma obra, distinción 3, cuestión 1, art. 1; en el libro cuarto de la propia obra, distinción 143, cuestión 1, art. 4; en el libro sexto, cuestión 5, art. 7 y en el opúsculo 2, cap. 224, no hacen más que afirmar la ley universal de que todos los hombres están sujetos á la culpa original y que nacen hijos de ira, de donde infiere Santo Tomás rectamente la necesidad de la redención para todos los hombres absolutamente: según esa ley, y según esa necesidad, Santo Tomás afirma que la bienaventurada Virgen debió contraer esa mancha; pero nunca afirma que ciertamente la contrajera.

Y esto claramente se deduce de los mismos textos antes invocados en que habla de una doble redención, de la liberativa después de la culpa y de la preservativa antes de la culpa.

Según la mente de Santo Tomás, bien expresada en la primera parte de la segunda, cuestión 106, art. 2, para que alguno se diga verdaderamente redimido y participante del fruto de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

redención, basta que nazca deudor, ó con la deuda de contraer el pecado del primer padre; pero de ninguna manera que lo contraiga de hecho.

Por el solo hecho de que nazca con la deuda, puede librarse por la gracia preveniente de Cristo.

La redención, según una frase de San Bernardo, desata y preserva.

La redención desató á los hombres, preservó á María.

Hay textos en las obras de Santo Tomás que consignan expresamente la tesis tradicional. "De mil varones, dice en el comentario de la Epístola á los Gálatas, encontré uno solo, el Cristo, exento de todo pecado. De entre las mujeres no encontré á ninguna exenta de pecado original ó venial, exceptuando á la Virgen María, purísima y digna de toda alabanza."

En el Opúsculo sobre la salutación angélica, se hayan estas palabras: "La misma Santa María, fué purísima de toda culpa, porque no incurrió en pecado original, ni venial, ni mortal."

De esta brevísima exposición resulta que Santo Tomás en unos textos sólo establece la ley general del pecado y la necesidad de la redención: en otros establece que hay un modo excelente de

redimir, que es la preservación, como enseña San Agustín, y en otros manifiestamente declara que la Virgen fué exenta de toda culpa.

El mundo todo, en los siglos que corrieron del XII al XIX, acentuaba más su creencia en este admirable privilegio.

El Pontífice de la Iglesia Universal, el Inmortal Pío IX, escuchando la voz de la humanidad y colmando los deseos de las generaciones que saludaban á la Reina del cielo, libre de la culpa original, declaró pronunció y definió que la doctrina que afirma que la bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su Concepción, por una gracia singular y un privilegio de Dios omnipotente, y en gracia de los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, había sido preservada y totalmente exenta de la mancha del pecado original, es una doctrina revelada y que debe, en consecuencia, ser firme y constantemente creída por todos los fieles.

El mundo católico se iluminó, y fiestas pomposas acogieron, de un polo al otro del mundo, el dogma de la Inmaculada Concepción.

El Verbo de Dios ha guardado fielmente su paraíso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María ha sido preservada de la mancha original: no han podido germinar en su alma los abrojos, las espinas, las mal sanas y vergonzosas plantas que deshonran nuestras almas.

BELLEZA DE MARÍA.

La Virgen María fué preservada, desde el instante de su concepción, de la mancha de origen.

El pecado original consiste en la privación de la justicia y de la santidad con que Dios había dotado á la naturaleza humana, y en el retorno de ésta á sus principios esenciales.

Es, pues, evidente, que para que la creatura quede preservada de la culpa de origen, se necesita la infusión, en ella, de una gracia que la restablezca en el estado, singularmente privilegiado, en que el primer hombre saliera de la mano de Dios.

Guardar y embellecer, dice el P. Monsabré, son dos actos conexos del Verbo de Dios, al preparar su morada terrestre.

Había preservado á la Virgen en su concepción

de la primera culpa: era preciso también que la embelleciera con dones singulares.

Todas las bellezas de María están, en germen, en una primera gracia de inocencia y de santidad.

Esa primera gracia es de una excelencia incomparable.

"Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser á su principio, más participa de la eficacia de ese principio."

"Por eso, agrega Santo Tomás, que los ángeles están mejor dotados que los hombres, porque están más cerca de Dios."

La Virgen María está más cerca de Dios, que los ángeles: era la Virgen predestinada para revestir con su carne al Verbo de Dios y para llamarle su hijo.

La Virgen estaba cerca del Padre, porque virtualmente participaba de la generación paterna del Verbo de Dios; estaba ligada con el Hijo, porque era la madre del Verbo, y era el Santuario del Espíritu Santo, porque él realizó en su seno la formación del cuerpo que había de tomar la divinidad.

La Virgen no solamente mantiene con la Trinidad divina esas augustas relaciones que tanto la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María ha sido preservada de la mancha original: no han podido germinar en su alma los abrojos, las espinas, las mal sanas y vergonzosas plantas que deshonran nuestras almas.

BELLEZA DE MARÍA.

La Virgen María fué preservada, desde el instante de su concepción, de la mancha de origen.

El pecado original consiste en la privación de la justicia y de la santidad con que Dios había dotado á la naturaleza humana, y en el retorno de ésta á sus principios esenciales.

Es, pues, evidente, que para que la creatura quede preservada de la culpa de origen, se necesita la infusión, en ella, de una gracia que la restablezca en el estado, singularmente privilegiado, en que el primer hombre saliera de la mano de Dios.

Guardar y embellecer, dice el P. Monsabré, son dos actos conexos del Verbo de Dios, al preparar su morada terrestre.

Había preservado á la Virgen en su concepción

de la primera culpa: era preciso también que la embelleciera con dones singulares.

Todas las bellezas de María están, en germen, en una primera gracia de inocencia y de santidad.

Esa primera gracia es de una excelencia incomparable.

"Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser á su principio, más participa de la eficacia de ese principio."

"Por eso, agrega Santo Tomás, que los ángeles están mejor dotados que los hombres, porque están más cerca de Dios."

La Virgen María está más cerca de Dios, que los ángeles: era la Virgen predestinada para revestir con su carne al Verbo de Dios y para llamarle su hijo.

La Virgen estaba cerca del Padre, porque virtualmente participaba de la generación paterna del Verbo de Dios; estaba ligada con el Hijo, porque era la madre del Verbo, y era el Santuario del Espíritu Santo, porque él realizó en su seno la formación del cuerpo que había de tomar la divinidad.

La Virgen no solamente mantiene con la Trinidad divina esas augustas relaciones que tanto la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acercan á su principio, y que la hacen, en consecuencia, participar más ampliamente de su eficacia: tiene otras que conducen al mismo fin.

El Padre, el Verbo y el Espíritu, aun cuando en uno respecto del otro, haya anterioridad de principio, hay igualdad de sustancia y de naturaleza.

Toda su divinidad suprema circula en sus relaciones.

Pero desde el momento en que María concurre á la Encarnación del Verbo, este Verbo, por la naturaleza humana que reviste de María, de igual que era á su Padre, se hace, su inferior, su súbdito, su adorador.

Así es que, en retorno de la grandeza que el Padre da á María, asociándola á su generación, María procura al Padre una gloria nueva, dándola autoridad sobre su Hijo.

Porque esta autoridad que María tiene sobre su Hijo, el Padre no la tenía antes de ella, y no la tiene más que por ella.

'Un mismo instante, dice Augusto Nicolás, un mismo *fiat* da principio á la autoridad de María y á la autoridad del Padre Eterno, sobre su Hijo, y se puede decir de este Hijo, con relación á

María y al Padre celeste, lo que de él se dice con respecto á José y á María, *que estaba sujeto á ellos.*"

Es decir, María encuentra manera de agrandar la gloria del Padre, le da lo que antes no tenía

Bien pudo exhalar de sus virginales labios esta palabra que revela, con exactitud, esa misión de la Inmaculada Virgen: *Magnificat anima mea Dominum.*

La palabra *Magnificat*, significa, propiamente, agrandar, hacer grande, y María así lo hizo: hizo crecer la gloria del Padre.

El Hijo de Dios, antes de encarnarse en el seno de María, tenía en sí mismo, la gloria, como Hijo de Dios.

Por la Encarnación, por María, va á tener esta misma gloria, como Hijo del hombre. Como Hijo de Dios no podía dejar de tener esa gloria. Pero como Hijo del hombre, salido de Adan, cargado con los pecados del mundo, un gusano, como él mismo lo dice, por labios de su profeta, *Vermis sum et non homo*, ser glorificado, en esa humana naturaleza, con la misma gloria que corresponde á su divinidad; ver que á su nombre se dobla toda rodilla, en los cielos, en la tierra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y en los abismos; desprenderse el Padre celestial, en favor de ese Hijo del hombre, del poder de juzgar para entregarlo á él, á fin de que todos honren al Hijo, como honran al Padre, es una gloria que antes no tenía la Trinidad Augusta; es una gloria incomparable.

A María se debe esta gloria nueva.

Ella puede decir, con respecto al Hijo, como decía respecto del Padre: *mi alma engrandece al Señor.*

No menos gloria da al Espíritu Santo.

La fecundidad es una perfección.

El Padre fué fecundo, engendrando al Hijo: el Padre y el Hijo lo fueron, produciendo al Epíritu Santo.

Y el Espíritu Divino, igual en perfecciones al Padre y al Hijo, ¿dejará de ser fecundo? ¿Dejará de ser el principio de alguna producción personal?

Esto sería imposible.

La Virgen es el medio para que el Espíritu Santo sea fecundo: él produce al Hijo de Dios, hecho hombre: por su operación se concibe el Verbo en el seno de María.

Por ella el Espíritu Santo adquiere sobre el

Hijo, en su humanidad, una autoridad que no tiene sobre él en su divinidad.

Esa autoridad se hizo visible en el bautismo de Cristo, cuando los cielos se abrieron y el Espíritu de Dios descendió sobre él como una paloma.

Autoridad que no es solamente de origen, como que es el principio del ser humano de Cristo, sino que es también una autoridad de poder y jurisdicción, como lo ponen de manifiesto estas palabras del mismo Salvador: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su unción y me ha enviado á evangelizar á los pobres. 1

A la humanidad del Verbo, y, en consecuencia, á María, debe el Espíritu Santo ser el autor de la grande obra de la Iglesia, que no es más que la continuación de la Encarnación.

A ella debe también el producir, á la gracia y á la gloria, el mundo universal de los elegidos.

Así, pues, María, resumiendo en breve frase, ha procurado: al Padre, un cetro y un imperio sobre su Hijo; al Hijo, una humanidad de que se sirve para hacer prodigios de poder y de bondad y en la que recoge una gloria incomparable;

(1) S. Luc. IV.—18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al Espíritu Santo, una autoridad sobre el Hijo de Dios que no puede tener más que por ella y una fecundidad creadora que, después de haber renovado la faz de la tierra, vivifica con su inspiración á la Iglesia, la sostiene y la lleva hasta la eternidad á través de los siglos.

Tan cercana á su principio, María tenía que participar de su eficacia más que ninguna otra creatura.

"El eterno y justo distribuidor de las gracias, dice Arnoldo de Chartres, ha condensado en María, en cierto modo, todos los dones que ha hecho y ha de hacer á sus santos, para que fuesen el primer ornamento de la más querida para él de todos los predestinados."

"Todo el poder de la Redención, dice San Bernardo, quedó en María y le confirió tal plenitud de gracia, que los esplendores del cielo y de la tierra desaparecen ante el esplendor que ella irradia."

"Dios, dice Santo Tomás, hizo de ella la imagen infinita de su bondad."

Esa gracia primera, concedida á la Virgen, ilumina su inteligencia, y si no le comunica la ciencia universal de las cosas naturales, que debía tener el primer hombre para enseñar y gobernar al género humano, la prepara á las más altas revelaciones y á un conocimiento más profundo de los misterios eternos; le da más firmeza en la contemplación de las cosas sobrenaturales y más aptitud para la intimidad divina; hace en ella más fáciles y más dulces, las delicadas y perfectas operaciones de la vida mística, y la establece, más inquebrantablemente, en la posesión de la verdad contra los asaltos de los fantasmas interiores, que son la causa de los yerros y de las decepciones humanas.

Esa gracia fortifica su voluntad, la dirige y la hace tener sus pendientes hacia virtudes que nadie igualará jamás.

Esa gracia emancipa su libertad y encadena las fuerzas inferiores, las somete al imperio absoluto de la razón y les prohibe que se anticipen á sus designios, que turben sus consejos, que resistan á sus órdenes y que impidan ninguno de aquellos movimientos por los cuales el espíritu y el corazón se elevan hacia las cosas celestiales para gustarlas deliciosamente.

Esa gracia que ha labrado de este modo, por decirlo así, el alma de María, la más perfecta que

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha salido de las manos de Dios, esculpe, según la expresión de un piadoso escritor, un cuerpo virginal, en que la vida va á hacer que broten, dice el P. Monsabré, las fuentes inmaculadas de la Redención; un cuerpo digno de ser fecundado por la virtud del Espíritu Divino, y que sirva de templo á la majestad del Verbo; un cuerpo que penetrará con su vida, que revistirá con sus gracias y sus encantos al más hermoso de los hijos de los hombres; un cuerpo cuya voz melodiosa, cuyas piadosas palpitaciones, cantarán, mejor que el arpa de los serafines, las alabanzas del Altísimo; un cuerpo cuya misteriosa y casta belleza, reflejando las perfecciones del alma y la gloria misma de su huésped divino, hará soñar á los poetas, inspirará á los artistas, seducirá á las vírgenes y arrebatará á los santos; un cuerpo cuyos elementos incorruptibles resistirán en la tumba á las fuerzas de destrucción, que descomponen toda carne, reduciéndola á seco polvo.

La carne inmaculada de María queda abierta á las invasiones del sufrimiento y de la muerte; pero no es porque la gracia, que en ella habita, carezca de los privilegios de la impasibilidad y de la inmortalidad.

Queda sujeta al dolor y á la muerte, por un designio divino: para hacerse una fuente fecunda de gloria y de méritos que se agregarán al tesoro de la Redención.

Preparada la naturaleza de la Virgen con una primera gracia de perfección y de santidad, cuya excelencia es maravillosa y cuya efusión es incomparable, al eco de la palabra eterna, los gérmenes divinos, depositados en su alma, producen flores de perfume celeste, que embalsaman el Paraíso á que ha de venir el Verbo de Dios.

María, llena de gracia, queda igualmente llena, por una plena efusión, de todos los dones del Espíritu Santo, que perfeccionan esa alma y ese cuerpo, obra maestra de la Sabiduría divina.

Todas las virtudes, como flores preciosas, se entreabren en el corazón de la Virgen y envían al cielo sus perfumes.

"Todo lo que fué perfección, dice Santo Tomás, debió aparecer en la bienaventurada Virgen."

La fe, abrevada de la luz de la contemplación; la esperanza, concentrando en ella todos los de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seos de la humanidad hambrienta de redención; la caridad, ahondando en su corazón, que era el corazón de nuestra futura madre, abismos de misericordia en donde habrán de refugiarse todos los pecadores de la tierra.

En aquella alma tenía que brillar la prudencia, tan delicada que habría de turbarse á la llegada de un ángel; la justicia, prosternada ante Dios en adoración continua; la fuerza, ensayándose bajo los velos de la debilidad, para los combates que le estaban reservados y que la harían quedar de pie sobre una colina empapada en la sangre de su Hijo; la templanza, desprendida de toda cosa terrestre, para no buscar más que los castos placeres de la gracia.

"María, dice San Ambrosio, era de corazón humilde, de palabra grave, de juicio prudente, sobria en el hablar, consagrada á la lectura, pudorosa y reservada en sus menores palabras, atenta á todos sus trabajos, acostumbrada á buscar el juicio de Dios más bien que la opinión de los hombres. A nadie lastimaba, á todos hacía bien, respetaba lo que era grande y, sobre todo, la santa majestad de los años. Nada afectado había en su mirada á la vez modesta y franca, nada atrevido

en el acento de su voz, nada inconveniente en sus acciones: su gesto era suave, su andar tranquilo, su voz armoniosa: era su cuerpo la imagen de su hermosa alma, en la que podía verse la encarnación de la pureza; imponente y venerable en su porte, ella misma era su custodio y al verla andar más bien que seguir la huella de su virgínea planta, se veía el grado de virtud que acababa de alcanzar: todo lo que hacía era una enseñanza. Practicar la virtud era en ella menos un ejercicio, que una lección que daba al mundo."

He aquí descrita por mano maestra la imagen de María, de la Virgen oculta que aguardaba el cumplimiento de las promesas hechas al género humano.

El Paraíso de la Encarnación está preparado.

"Oasis, dice el P. Monsabré, en medio del triste desierto á donde el río de la redención producirá en breve la vida."

"Los tiempos están llenos de tinieblas y de errores, pero en ese paraíso todo es luz y verdad; los tiempos están llenos de vicios y de crímenes, pero en ese paraíso todo es virtud y perfección; los tiempos están llenos de inquietudes y deseos, pero en aquel paraíso todos esos deseos de la raza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humana se concentran en una sola aspiración fervorosa y tranquila; los tiempos están llenos de promesas, pero en ese paraíso germinan, entre los castos esplendores de la pureza, la carne y la sangre del Redentor prometido; los tiempos están llenos de prodigios, pero en aquel paraíso se ostentará el prodigio supremo; los tiempos están llenos de catástrofes, pero en aquel paraíso todo es paz para recibir al rey de la paz."

Cristo era la perfección hecha hombre: tipo único cuya vida, cuya muerte, sobre todo, expuesta á las miradas de la naturaleza humana, en la cima del Calvario, les servía de ejemplar y de modelo.

Ese tipo, ese ejemplar de humildad y paciencia, de resignación y de sacrificio, de obediencia y de perdón á las injurias, era un tipo divino: "Si la vida y la muerte de Sócrates, decía con razón Rousseau, son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús, son de un Dios."

Entre la santidad increada del Verbo hecho hombre, que es nuestro tipo, y la debilidad de nuestra frágil naturaleza, arrastrada siempre al desaliento y á la culpa, era necesario, en la economía general del plan divino, un modelo de santidad creada que, semejante á nosotros, estuviese más al alcance de nuestra imitación.

Eso está hecho en María.

"María, dice Augusto Nicolás, no es santa como los otros santos en quienes la santidad es más ó menos humana por cualquier lado: la santidad de María es absolutamente sobrehumana, sobreangélica; sobrepasa toda proporción, toda concepción, se pierde en elevación, en una especie de infinito; aunque ella es finita, con relación á lo infinito y aunque creada con relación al Creador, constituye una jerarquía única, que es la segunda, después de la soberana jerarquía de la Trinidad augusta."

Es María una criatura universal que sirve de modelo y de transición á la naturaleza humana, para elevarse de su condición caída hasta Jesucristo, por la imitación de esa mujer incomparable, como se levanta hasta Dios, por la imitación de Jesucristo.

María es el modelo que debe copiar la humanidad para su regeneración y para alcanzar la santidad que vino á ofrecerle su Hijo divino.

La mujer, por la influencia que ejerce en el mundo, es un poder inmenso, y lo es por la fuer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za que subyuga más que todas, es decir, por la fuerza de la debilidad, de las gracias y del encanto.

Ella es la que hace, al hombre, en el niño la que después le toma como hermana, á poco; como esposa, y siempre como mujer.

Ella es la que hace ó destruye las casas, las sociedades, las costumbres.

Ella fué la que en sus orígenes, perdió al género humano: ella es la que debía repararlo.

La pureza es la que da á la mujer incomparable poder: la que hace que sea dos veces hermosa.

Así lo afirma el Espíritu Santo, cuando dice: "La mujer santa y pudorosa, tiene gracia sobre gracia."

En el mundo antiguo, la virginidad tenía en contra suya el deshonor de la esterilidad, y por esa cedía el paso á la maternidad, que produce y perpetúa.

La virginidad ha sido siempre considerada como el más santo testimonio de integridad.

Así es, que la virginidad quedaría privada del honor de la maternidad, y la maternidad quedaría privada del honor de la virginidad.

"La Sabiduría divina, resolvió la dificultad, dice Augusto Nicolás, por la admirable alianza de la virginidad y de la maternidad en la Virgen María."

En ella, y por ella, en las costumbres modernas, la maternidad y la virginidad, se penetran recíprocamente y se dan recíprocamente lo que les falta.

La maternidad ha sido honrada con la virginidad de María, y la virginidad por su maternidad: de este modo, toda mujer ha sido bendita en aquella que lo fué entre todas las mujeres.

Y no solamente han sido benditas en ella, sino que las ha elevado á su virginal maternidad.

"La maternidad cristiana, continúa diciendo Augusto Nicolás, lleva impreso el sello de una pureza moralmente virginal, y la virginidad lleva el de una fecundidad moralmente materna."

La virginidad cristiana no es estéril: engendra á Jesucristo en las almas, por el apostolado de la fe: le hace vivir en los cuerpos por el apostolado de la caridad.

"Nuestras vírgenes cristianas, son las hermanas, las madres de todos los que sufren, y son, con frecuencia, más madres que las madres naturales: continúan el oficio de la maternidad divina."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"La maternidad cristiana, por su parte, no es menos virginal por la gracia del sacramento del matrimonio, que la hace cumplir sus fines sin perjuicio moral de la pureza, y que le hace producir y cultivar frutos para el cielo: continúa el oficio divino de la angélica virginidad de María."

María es el tipo hermoso de la mujer: Ella recibió el privilegio único é inaudito, incomprensible al espíritu humano, admirable para el cielo y para la tierra, de unir la virginidad con la maternidad.

María es virgen, y por eso es madre: es madre, y por eso es virgen.

El que es la santidad infinita, la integridad esencial, la virginidad misma, el que hace la santidad y la integridad en sus criaturas, ha debido hacer á su madre, virgen en el más alto grado.

La concepción del Verbo, que es la virginidad misma, el alumbramiento de ese Verbo, que es la pureza esencial, han debido poner el sello á la augusta virginidad de María, lejos de atentar á ella.

Pero si la pureza de María, es un privilegio que reviste de encanto su belleza, no es ella la que

más obra sobre el cielo para atraer á la tierra al Verbo Divino.

Más que el perfume del lirio, que se exhala de su virgíneo corazón, lo que ejerce una influencia decisiva, para que descienda á la tierra el Verbo de Dios, es su humildad sublime.

El mundo estaba hundido en las degradaciones más vergonzosas, por la impureza que carcomía su vida.

La Virgen, tipo de la pureza y de la pureza maternal, levanta á la mujer y salva al mundo.

El mundo estaba sumergido en esas degradaciones, por la soberbia: la soberbia, que fué el primer pecado, le había hundido.

La Virgen tiene que levantarlo por la humildad.

La humildad es virtud, es gloria, es verdad, es fuerza, es pureza, es amor.

La humildad es todo, cuando su propio carácter es querer ser nada.

Es una virtud, porque es el trabajo de hacer el vacío del alma, dejarla sin el amor de ella misma para que la ocupe Dios, para quien fué hecha.

Es una gloria, porque el que logra humillarse, ha de ser levantado á excelsas alturas.

Es una felicidad, porque todo en el hombre es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tá hecho para que sea humilde; para ser soberbio se necesita mucho.

La humildad es la verdad, es el sentimiento, la vista, el conocimiento de nuestra nada, que es la verdad que á nosotros se refiere; este es el primer problema de la antigua filosofía: *conócete á ti mismo.*

La vista de nuestra nada implica el reconocimiento de la grandeza de Dios: conocerse, es conocerle, y por eso San Agustín nunca separaba estos dos conocimientos, *noverim te, noverim me.*

La humildad es fuerza, porque es el centro de gravedad del alma, le da un asiento firme, sobre el cual, puede tenerse á plomo y basar su existencia; es pureza, porque la pureza, es la sumisión de la carne al espíritu, que deriva de la sumisión del espíritu á Dios, que es en lo que consiste la humildad; es amor, porque consistiendo el amor en darse á otro, implica necesariamente la humildad, una vez que todo lo que se rehusa el hombre á sí mismo, le sirve para acumular tesoros de amor á los demás.

Con razón es la humildad la que atrajo á la tierra al Verbo Divino, es la síntesis de todas las virtudes, es la perfección misma, porque sin ella, la santidad no se concibe.

Por eso, la última de las preparaciones, digamos así, del paraíso de la Encarnación, es la humildad conque adornó el Señor esa morada suya, más pura que el Sol que ilumina los mundos.

María, colmada de tantos dones, parecía ignorar su propia perfección.

"Virgen Madre, Hija de su Hijo, decía Dante, más alta y más humilde que ninguna creatura."

Esa virtud resplandece con luz purísima sobre el ser de la Virgen.

Así preparada, se anuncia y se realiza la venida del Verbo Divino á su seno, entre los esplendores de la humildad.

La caída comenzó por un ángel de tinieblas, la reparación por un ángel de luz.

El ángel de tinieblas, se inicia por una pregunta insolente; el ángel de luz, se anuncia por una respetuosa salutación, que expresa toda la verdad de las preparaciones divinas.

Eva con altivez responde á la pregunta, María se turba á las palabras que escucha.

Eva, tentada, se pone enfrente del mandamiento de Dios; María al recibir las propuestas del cie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo, recuerda la libre promesa que ha hecho de ser Virgen, y quiere asegurarse de que esta promesa no será violada.

Satanás acaba su seducción por una negativa atrevida y una promesa insensata; Gabriel decide á María por una última revelación de los designios ocultos de Dios, de sus castas operaciones y de la santidad de su fruto.

Eva ebria de orgullo, pone la mano sobre el fruto prohibido, su *fiat* será bien pronto seguido de vergüenzas y de miserias; María, siempre humilde, responde con esta frase, que es la expresión de la humildad más profunda: *Yo soy la esclava del Señor, haga en mí según tu palabra.*

Y entonces el Verbo desciende al seno de María, y los hombres quedan hechos no *como dioses*, según la promesa del ángel del mal, sino *dioses* de veras, porque la carne de María, inmaculada y pura, quedó divinisada al unirse el Hijo de Dios al cuerpo formado de aquella carne virginal.

Esta es María á grandes rasgos delineada.

Esta es la Madre del Hijo de Dios, la Madre de nosotros, flacos y pecadores.

Es un consuelo tributar, á esa Virgen incomparable, un homenaje de adoración y de amor.

Nuestros labios manchados con el polvo del mundo, se sienten ungidos por la sabiduría del cielo, al pasar por ellos las palabras que todas las generaciones cristianas han pronunciado en honor de María.

Nada hemos podido, nada podemos decir de nuevo sobre esa admirable criatura, pero volvemos á repetir, es un consuelo y una gloria, reproducir lo que otros más felices que nosotros, porque han respondido mejor á las gracias del cielo, han dicho de nuestra excelsa y bendita Madre.

Ella, que mira nuestra pequeñez, pero también nuestro amor, recogerá con su mano cariñosa las humildes flores que, al cerrar el tercer año de nuestra humilde publicación le ofrece con ardoroso afán nuestra alma agradecida.

FIN DEL TOMO III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

AGUSTIN RODRIGUEZ.

LA DIVINA EUCARISTIA

Colección de artículos publicados
en la sección Eucarística del semanario católico
"La Cruz"

(CON CENSURA ECLESIASTICA.)

TOMO IV

MEXICO

TIPOGRAFIA ECONOMICA
CALLE SUR A 5 NUMERO 30,
ANTES CAZUELA 10

1901

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DIVINA
EUCARISTIA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

AGUSTIN RODRIGUEZ.

LA DIVINA EUCARISTIA

Colección de artículos publicados
en la sección Eucarística del semanario católico
"La Cruz."

(CON CENSURA ECLESIASTICA.)

TOMO IV

MEXICO
TIPOGRAFIA ECONOMICA
CALLE SUR A 5 NÚMERO 39,
ANTES CAZUELA 10.
1900

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

Página.

La Encarnación es un hecho.—La teoría de Dupin sobre que Jesucristo es la figura alegórica del sol, y el cristianismo un símbolo de los misterios que se realizan en el firmamento.—Volney y Strauss: sus teorías sobre la divinidad de Cristo.—Cristo no es un mito, ni una idea, sino una persona histórica y real.—Existencia del mundo cristiano. 1

El mundo cristiano.—Todo el movimiento cristiano tiende hacia Cristo, en el orden intelectual y en el afectivo.—El fondo de las virtudes de la civilización moderna, es el cristianismo.—La armonía del mundo cristiano.—La fe, el amor, la perfección, la armonía, la universalidad y unidad cristiana, aducen la existencia de su autor.—La tesis alemana de que Cristo es un punto central de la historia, y su doctrina una evolución de progreso de la idea religiosa.—Refutación de este error. 8

El mundo cristiano no es obra humana.—Considerado como escuela del entendimiento y á la luz de la historia de la filosofía.—Considerado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

como sistema religioso y en paralelo con los cultos que en el mundo han existido y existen. 21

Cuatro prodigios realizados por el cristianismo: la aceptación universal de una doctrina fija é inmutable; la perennidad del amor; el ejemplar de la perfección en las virtudes; la influencia de una voluntad poderosa que se transmite de siglo en siglo 27

La afirmación cristiana.—La afirmación cristiana sobre la divinidad de Cristo, es universal.—La adoración á Cristo en el mundo, es universal y es perpetua 34

Las leyes de la naturaleza y de la historia demuestran la afirmación cristiana sobre la divinidad de Cristo 45

La afirmación cristiana es inteligente y es honrada.—Es generosa y es heróica 50

El Evangelio y la crítica.—El racionalismo y el materialismo.—Los filósofos deistas del siglo XVIII.—El sistema explicativo alemán llamado de «la acomodación.»—La escuela naturalista de Paulus.—El sistema místico de Strauss.—La «Vida de Jesús,» de Renan 61

Autenticidad de los Evangelios.—La autenticidad se compone de tres elementos: genuinidad, veracidad, integridad substancial.—Pruebas de que los Evangelios son genuinos.—Posesión de estado de filiación legítima de los Evangelios en los primeros siglos del cristianismo 70

El origen apostólico de los Evangelios reconocido por paganos y herejes de los primeros siglos y

Páginas.

por los escritores católicos y los Padres de la Iglesia 77

La autenticidad de los Evangelios y el orden de su respectivo origen demostrado por la comprobación de sus textos 86

Correlación entre los textos de los Evangelios y las nociones históricas y geográficas que en ellos se contienen 95

Integridad de los textos evangélicos 100

Autenticidad del Evangelio de San Mateo 109

Autenticidad del Evangelio de San Marcos 115

Autenticidad del Evangelio de San Lucas 127

Autenticidad del Evangelio de San Juan 132

Objeciones contra la autenticidad de los Evangelios.—El sistema de un evangelio típico que sirvió de modelo á los tres evangelios sinópticos.—Eichhorn, Gratz, Ewald, Reville y Holzman 132

Objeciones contra la autenticidad del Evangelio de San Juan 145

Integridad de los Evangelios.—No pudieron alterarse esos libros en vida de los Apóstoles.—Tampoco pudieron alterarse en los siglos II, III y IV de la era cristiana.—No hay interpolaciones de detalles 149

Veracidad de los Evangelios.—Conocimiento de los hechos y sinceridad del narrador.—Imposibilidad de un engaño 157

Sinceridad de los Evangelios.—La sinceridad de un testimonio deriva de la moralidad del testigo.—Carácter moral de los evangelistas.—Sencillez, desinterés y confianza de los relatos evangélicos 161

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

VERACIDAD DE LOS EVANGELISTAS.--La sublimidad del tipo de Jesucristo era inconcebible para que los evangelistas lo hubieran inventado.—La moral de Cristo no podía acariciar las costumbres ni los ideales de la época.—La tradición mesiánica, conservada entre los judíos, tampoco se aviene con la figura de Cristo.—Contraste entre la idea de la divinidad tal cual la concebían los judíos, y las flaquezas humanas de Cristo 178

ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA DESTRUIR EL TESTIMONIO EVANGÉLICO.—Objeciones de detalle y objeciones de conjunto. — El Evangelio no está en oposición con la historia y consigo mismo.—Aislamiento, transformación y corrupción de las variaciones evangélicas..... 189

DIVINIDAD DE JESUCRISTO.—La primera prueba está en su nacimiento: éste está coronado por cuarenta siglos precedentes.—La palabra de Cristo prueba su divinidad.—Esa palabra domina el tiempo y el espacio.—La divinidad de Cristo demostrada por sus obras.—Su acción sobre las almas es otra prueba de su divinidad.—La misión profética, signo de la naturaleza divina—Acción poderosa de Cristo en el orden de la conciencia y de la sociedad.-Fuerza de abnegación, fuerza de sacrificio, y fuerza de dilatación.—La muerte de Cristo es prueba de su divinidad.—Cristo predijo su muerte, escogió el género de muerte más ignominiosa y sufrió con paciencia divina la muerte más cruel.—La resurrección de Cristo prueba su divinidad.

Páginas.

—El reino de Cristo sobre las inteligencias prueba su divinidad.—Su reinado sobre el corazón de la humanidad.—Su adoración universal y perpetua..... 232

La Iglesia, irreprochable testigo de la divinidad de Cristo.—La Iglesia ocupa el espacio y domina el tiempo.—La Iglesia declara lo que ha visto, y lo declara con sinceridad.—Es un testigo irreprochable.—Es una sociedad inteligente.—Sus virtudes cristianas son incompatibles con el falso testimonio. 363

Los mártires dan testimonio de la divinidad de Cristo.—Objeciones de la herejía contra los mártires... 386

La doctrina de la Iglesia prueba la divinidad de Cristo.—Su carácter de plenitud sobrenatural.—Su claridad, su unidad de difusión, su estabilidad..... 418

Gran motivo para creer en la divinidad de Cristo.—Cristo declaró él mismo su filiación divina.—Esta declaración responde á la naturaleza del hombre, á la de Dios y á las leyes que gobiernan el Universo.—Medio de adquirir y robustecer la fe en Cristo 437

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ENCARNACION ES UN HECHO.

Al comenzar el segundo tomo de nuestra publicación, decíamos que no podía llegar á demostrarse la verdad del Misterio Eucarístico, si no quedaba antes plenamente comprobada la existencia de Dios y la Divinidad del Verbo, hecho carne.

Dominados por este pensamiento, hicimos en ese segundo tomo de nuestra publicación, la primera tarea: presentamos á la consideración de nuestros lectores las pruebas que racionalmente convencen la existencia de Dios, y, aunque con impropia frase, hicimos brillar á sus ojos la plenidad infinita del ser Supremo, su ser personal y viviente, su unidad maravillosa, su Trinidad adorable.

Comenzamos en el tomo siguiente la segunda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tarea: bosquejar á Cristo, al Verbo hecho hombre.

Para conseguirlo dimos una idea del plan divino, de la caída de los ángeles, de la culpa cometida por los autores del género humano, de la necesidad de la reparación, del plan por Dios concebido para levantar á la humanidad pecadora, y cerramos nuestros trabajos, delineando el paraíso casi divino en que había de realizarse la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, degradada y corrompida.

Seguimos hoy la labor emprendida.

El mundo actual niega por medio de sus sabios, de los que se llaman los representantes del pensamiento moderno, no sólo la divinidad de Cristo, de esa persona que unió en sí las dos naturalezas, la divina y la humana, sino que se atreven á negar hasta su existencia real.

Ya desde principios de este siglo se anunciaba tan atrevida y absurda negación.

Dupuis, filósofo y erudito francés, intentó reducir todas las religiones á una fuente común.

Compuso, para este efecto, una obra que intituló "El Origen de los cultos."

Por un prodigioso derroche de erudición, llegó á disimular el absurdo radical de su sistema mi-

tológico, que consiste en encontrar en el cielo, en el mundo de los astros, el origen de todos los errores de la tierra, de todas las leyendas, con que la credulidad humana se ha mecido en su cuna.

Para él, Jesucristo no es más que la figura alegórica del sol, cuyo nombre *Horris* ó *Christ*, es decir, el que vela, no es más que uno de los nombres del *Vischnow* indio, de donde se ha formado el nombre de Christhna y de Cristo.

Para él, el cristianismo, no es más que el símbolo de los misterios que se realizan en el firmamento.

Si la imaginación de los pueblos, atribuyendo una realidad histórica á este dios del día que rompe la cabeza de la serpiente del infierno, lo personifica en Cristo; si ella compuso el mito ó el romance de su vida, según la sucesión de los fenómenos y de las fases del sol; si ella puso su existencia en medio de los tiempos y en los días del Emperador Augusto, fué porque los pueblos aguardaban á un Salvador en la sexta edad del mundo.

Tal es la teoría de Dupuis, según el resumen que de ella hace el Dr. Sepp.

En el fondo, agrega el filósofo francés, la vida

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Jesús no quedaría mejor comprobada, que como lo está la existencia de Osiris, de Hermes, de Adonis, de Budha ó del Chritsna de los indios.

Volney, en muchos lugares de sus escritos, expresa los mismos errores que Dupuis.

Strauss, teólogo alemán, reconoce en la vida de Jesús un punto central histórico; pero se esfuerza en probar que el Cristo de los Evangelios es una invención del espíritu humano.

Ese Cristo, para Strauss, está en contradicción con la ciencia moderna.

Debemos, en consecuencia, dadas estas afirmaciones que muchos filósofos de este siglo han pretendido sostener, afirmar la existencia real de Cristo.

Cristo no es un mito, ni una idea: Cristo es una persona que realmente existió en medio del mundo.

La Encarnación, es decir, la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en el seno de una Virgen, no es un sistema, es un hecho.

Para hacer la demostración de esta verdad, debemos emprender el mismo camino que adoptamos para dejar demostrada racionalmente la existencia de Dios.

Todo efecto necesariamente supone una causa, y toda causa posee eminentemente el ser y la perfección que se encuentran en sus efectos.

Partiendo de estos principios, que la sana razón jamás puede desconocer, afirmamos la existencia del mundo, la realidad del movimiento, y de estas dos afimaciones, que son dos hechos, llegamos inevitablemente á reconocer la existencia de un primer ser, de un primer motor absolutamente inmóvil.

El mismo procedimiento vamos á emplear ahora para ver si es posible llegar á esta conclusión: existe Cristo.

Enmedio del mundo, de ese gran mundo que con sus maravillas pregona la existencia de una primera causa, hay otro mundo, cuyas proporciones parecen menos extensas á nuestra vista, pero cuya grandeza real se desborda y se hace sensible: el mundo cristiano.

El mundo cristiano existe: nadie puede desconocerlo:

"Semejante, dice el P. Monsabré, á esas nebulosas fecundas, cuyas irradiaciones han poblado el espacio, el mundo cristiano se ha dilatado, y partiendo de las llanuras de Judea, ha llenado suce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sivamente la tierra con sociedades vivientes, íntimamente unidas por la penetración de una misma doctrina y de una misma virtud."

Es un hecho que nadie puede desconocer: atravesando las motañas, surcando las aguas que separan los grandes continentes, visitando los diversos lugares de la tierra, se encuentra por todas partes una cruz, y se escucha al rededor de ella, la voz de una gran muchedumbre ó de un pequeño rebaño, confesando la misma fe, abrevándose en las mismas fuentes de vida, obedeciendo á un mismo jefe, y repitiendo unánimente esta palabra: somos cristianos.

Volvemos á repetirlo: este hecho nadie puede negarlo, como nadie puede negar la existencia del mundo y la existencia del movimiento.

Y este hecho, no es un hecho que carezca de importancia y de significación.

Los sabios de nuevo cuño, los grandes, así se llaman ellos mismos, en la política y en las letras, no cesan de repetir que el hecho carece de importancia en el orden social, que ese mundo cristiano, es apenas una secta impotente, víctima de vergonzosa y mortal enfermedad que se llama superstición; secta intransigente y destinada á desaparecer muy pronto y sin esfuerzo, ante la invasión de una filosofía, que abre sus puertas á todas las inteligencias.

Y sin embargo de que así juzgan al mundo cristiano con sus palabras, con sus hechos se desmienten, porque en ellos revelan el asombro que les causa y el temor que les inspira.

Los que así tratan al mundo cristiano, con sus hechos, con sus palabras, lo persiguen á muerte, y emplean, para ello, la fuerza y la política á fin de no dejarlo ni respirar siquiera.

Este hecho es también notorio: pululan en el mundo las sectas religiosas, y es notable que los gobiernos, que no han llevado al solio ó al senado el sol del catolicismo, á ninguna de ellas persiguen: si no las favorecen y las alientan, al menos no las atacan.

Sólo el mundo cristiano es perseguido por los Jefes de aquellos Estados, en que la religión católica no es el alma de sus constituciones políticas.

"En el fondo, continúa diciendo el P. Monsabré, nuestra existencia les exaspera, y, afectando despreciarnos, demuestran con sus furores que no somos una secta que va á morir, sino un mundo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un verdadero mundo y de todos los mundos el mejor organizado y el más viviente, el más pujante."

Schelling decía: Aun cuando los racionalistas hubiesen llegado á abatir al cristianismo al nivel de un fenómeno ordinario, la grande crítica histórica le mantendría su rango y su importancia.

El mundo cristiano existe.

¿Quién es su autor? ¿Es, por ventura, una obra sin artista? ¿Es un efecto sin causa?

EL MUNDO CRISTIANO.

El mundo cristiano por sus movimientos, por su perfección y por su armonía demuestra de un modo irresistible la existencia real de su autor, de aquel que con sus palabras, con su vida y con su muerte le diera el ser y le trajera á la vida.

En el mundo cristiano busca el hombre, como busca siempre, conocer á Dios y lo busca en Cristo: "Quien me ve, decía el fundador de esa religión, ve á mi Padre."

Quiere el hombre conocer las perfecciones de

Dios y las busca en Cristo, porque él manifiesta en su persona y en su vida, con brillo incomparable, la bondad, la sabiduría, el poder, el amor, la justicia y la misericordia de Dios.

Quiere conocer el mundo y lo busca en Cristo, que es el ejemplar eterno copiado por la Omnipotencia divina en todas las obras que resplandecen en el mundo.

Quiere conocer la historia y la busca en Cristo, que es el punto central á donde terminan los siglos antiguos y de donde parte la nueva era del género humano.

Quiere conocer el alma y la busca en Cristo, que revela su dignidad eminente y su precio infinito.

Quiere conocer sus deberes y los busca en Cristo, que es quien hace conocer al Universo la regla de esos deberes que es la voluntad divina.

Quiere conocer los misterios del dolor y los busca en Cristo, que lo santifica y lo transfigura.

Quiere conocer un remedio para las flaquezas que deshonran y entristecen la vida y lo busca en Cristo, que viene á enseñar el modo de levantarse de las caídas y de encontrar la senda que conduce á la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En una palabra, si el hombre busca la ciencia y la luz por un instinto, por una tendencia de su alma que no puede ni desconocer ni refrenar, en el mundo cristiano el hombre busca esa ciencia solamente en Cristo: "No queremos otra ciencia, decía San Pablo, que á Cristo y á Cristo crucificado."

Esta es la nota característica de la ciencia, en este mundo cuyo autor estamos buscando.

Por todas partes de la tierra á donde penetra nuestra mirada y encuentra una cruz, palpa, desde luego, que todos los que siguen esa doctrina, á Cristo es á quien buscan, para encontrar la ciencia.

Además de este movimiento de la inteligencia en busca de la verdad, hay otro movimiento en el hombre, el movimiento del corazón.

En el mundo cristiano los corazones se mueven hacia Cristo.

El pequeño niño, desde que está en el regazo materno, comienza á comprender, á la influencia irresistible de la enseñanza cristiana, convertida en consejos por las ternuras de una madre, los misterios de la vida divina y aspira á la felicidad de unirse al que es el amigo dulce de los inocentes y de los sencillos.

El adolescente, presintiendo ó escuchando los rumores lejanos que se preparan en los tenebrosos abismos de las pasiones, busca un refugio en el corazón de Cristo.

El joven le cuenta sus combates, sus derrotas y sus vergüenzas. El hombre maduro descansa á sus piés de las labores del pensamiento y de las fatigas de una vida agitada.

El anciano, abrazando con su mirada entristecida las decepciones que ha sufrido en su dilatada carrera por el mundo, busca en él un refugio.

La virgen le confía su pureza. La mujer amada, le pide ser amada puramente, para ser amada siempre.

La mujer á quien desgarran las infidelidades, busca en su corazón misteriosas compensaciones.

La madre le consagra su familia, el pobre le pide en su cuna los honores que el mundo le rechaza, el afligido al pie de la cruz le pide consuelo.

El pecador arrepentido de sus culpas viene á hundirse en la sangre de la augusta víctima.

Cristo, en el mundo que él formara, es amado como un amigo, como un esposo, como un padre, como el más magnífico de los bienhechores, como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el más dulce de los que consuelan, como un Redentor.

Cristo es amado con amor generoso hasta el sacrificio, con amor heróico hasta la muerte.

Así se ama en el mundo cristiano; á ese centro de inmenso amor tienden los corazones.

Verdad es, que hay en este mundo que forman los cristianos, olvidos prolongados, traiciones vergonzosas, intermisiones, eclipses, pero, al fin, estos pasan; los ingratos despiertan; los que olvidan recuerdan y vienen á presentar al corazón paciente y misericordioso que aguarda sus retornos, el supremo homenaje de su arrepentimiento y de su amor.

Estos son los movimientos del mundo cristiano; todos tienen á Cristo. Pero en este mundo cristiano hay también una perfección que en ningún otro se encuentra.

En ninguna parte como en el mundo cristiano se descubre tanta nobleza de aspiraciones, tanta firmeza en la lucha contra los apetitos de la naturaleza, tanta castidad en el amor, tanta fuerza en las costumbres, tanto respeto á la justicia, tanto amor al sacrificio, tanta compasión misericordiosa, tanta magnanimidad ante la ofensa, tanta resignación en los dolores, tanta sumisión al poder, tanta estima por las libertades verdaderas, tanta abnegación en el manejo de la cosa pública, tanto celo por los intereses más sublimes, tanto cuidado para no caer, tanta prontitud para levantarse, tantos impetuosos deseos para ser cada día mejores.

Cualquier observador, por vulgar y preocupado que se suponga, puede advertir que todas estas virtudes que son el fondo de la civilización de hoy, sólo nacen, se desenvuelven y se admiran bajo el sol del cristianismo.

En este mundo hay otra flor preciosa, la flor de la santidad, es decir, un conjunto de las cualidades más valiosas de las virtudes más sublimes que llegan siempre al heroísmo.

Sólo en el cristianismo, sólo en el mundo cristiano se contempla y se admira á los santos, y los santos no son otra cosa que la copia de un modelo que se impone á todas sus acciones.

Los santos no son más que los hombres que fielmente copian á Cristo, si no en todos sus rasgos, porque es imposible que, flacos y débiles, puedan acumular los tesoros de santidad que sólo en Cristo pudo depositar el Espíritu divino, al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menos en alguno que más se adapta á su índole ó á las tendencias de su alma.

Y esta perfección del mundo cristiano no sólo se advierte en los seres que lo forman; su hermosura y su belleza se descubre en el conjunto.

Al mundo cristiano vienen de todos los pueblos; vienen los civilizados, los bárbaros, los salvajes.

En el mundo cristiano, como en ningún otro mundo, se descubren variedades de inteligencias, de corazones, de apetitos, de caracteres, de educaciones, de vidas civiles, de ideas políticas.

Y sin embargo de esta prodigiosa variedad, se nota la unidad más espléndida.

La unidad, enlazando la variedad, constituye la armonía.

Y esta armonía en ninguna parte aparece como en el mundo cristiano.

Un mismo credo ilumina todas las inteligencias y resuena en todos los labios; una misma legislación en sus prescripciones fundamentales se impone á todos los corazones; una misma constitución hace penetrar por todas partes el mismo poder.

Un anciano sentado en el solio de la altanera

Roma, de donde partían los procuradores y cónsules para llevar al Universo entero sus decretos y sus leyes, es el que dirige á ese mundo admirable y sorprendente.

En paz ó perseguido, rodeado de honores ó agobiado de oprobios, libre ó prisionero, es lo único que acata el mundo cristiano.

Es un padre cuyo amor nadie arrancará del corazón de sus hijos; es un rey cuya autoridad soberana va derecha á las almas; es un pontífice cuya subordinación á su gobierno nunca ha turbado la jerarquía *sacerdotal;* es un inmortal, como dice el P. Monsabré, que pasa por sucesivas encarnaciones.

Esa armonía del mundo cristiano no reconoce más origen que á Cristo; la fe que unifica las inteligencias, la ley que se impone á todas las voluntades, el poder que penetra por todos los continentes, es la fe en Cristo, la ley de Cristo, el poder de Cristo, en las manos de un débil anciano.

El movimiento, la perfección y la armonía del mundo cristiano, dependen de Cristo.

Cristo es todo en este mundo.

La ciencia, el amor, la unidad en este mundo está impregnado de Cristo; esto se palpa, nadie lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puede negar, es la nota característica de este mundo.

¿Y será posible que la fe cristiana tenga por objeto un sueño ó un delirio?

¿Será posible que el amor cristiano adore un fantasma de la imaginación?

¿Será posible que la perfección cristiana imite un tipo quimérico?

¿Será posible que la armonía del mundo cristiano resulte de la obediencia á la nada?

¿Será posible que el nombre de cristiano no sea más que el nombre de un mito?

El buen sentido se rebela á creerlo así.

La razón humana ve un mundo que existe desde hace dos mil años, y ve esos prodigios qué en él se realizan de sabiduría, de santidad, de unidad armoniosa.

Ante esos efectos, ¿puede la razón humana, el simple buen sentido, sostener que son efectos sin causa?

¿Puede no confesar que este mundo perfectamente real, que esos movimientos notoriamente visibles, que esa perfección que á nadie se oculta, no tenga por autor á un ser personal vivo é inteligente?

Sostenerlo así, sería negar principios que norman el orden del entendimiento; sería admitir un efecto sin causa y proclamar que hay perfecciones en el efecto que no se encuentran en la causa.

Preciso es, entonces, reconocer que Cristo, autor del mundo cristiano, ha sido un ser viviente, personal, dotado de inteligencia, y no un mito, como le llaman los antiguos y modernos novadores.

El mito absoluto no ha tenido en el mundo intelectual más que un éxito mediano.

Y era natural; la inteligencia humana, por mucho que sea el desorden que haya en el mundo, no llega á perder las reglas que norman su vida y sus movimientos.

Un mundo cristiano, real, lleno de armonía y de perfección, no puede ser considerado por la inteligencia humana, como el resultado de una fábula, de un mito ó de una leyenda.

Otros más sabios, los alemanes, han obrado de otra manera: ellos no consideran á Cristo como un mito absoluto; reconocen su existencia real, pero no lo consideran sino como un punto central de la historia.

El Cristo de los Evangelios no es, en definiti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

va, según esos sabios, más que una producción laboriosa y muchas veces secular del espíritu religioso que entra en una faz nueva y que agrupa en el carácter de un mismo individuo las ideas, las leyendas, los símbolos de la antigüedad, después de haberles hecho sufrir un trabajo de depuración y de trasformación.

La crítica alemana juzga probable que tal idea cristiana se tomó de una escuela, que tal leyenda ha entrado por imitación en el romance cristiano, que tal símbolo ha sido trasformado.

Fácil es combatir así al cristianismo; se asientan hechos, cuya exactitud no se procura comprobar.

La crítica alemana, que invoca esos hechos para fundar en ellos la existencia de un Cristo tal como ella le concibe, no se ha cuidado de puntualizar en dónde se verificaron esos hechos, cuándo se realizaron, de qué modo sucedieron y por quién se hizo esa depuración que vino á revelar la idea cristiana.

Pero fuera de que este sistema carece de base, porque carece de prueba, fácil es persuadir á cualquiera de que el cristianismo no es una obra de lenta depuración, no es el resultado de trasformaciones que hayan sufrido los símbolos ó las antiguas leyendas.

El cristianismo salió de la mente de Cristo, completo, de un golpe: no significaba la depuración ni la trasformación: Jesucristo no era un novador.

El mismo decía: "Anunciamos y damos testimonio de lo que *fué desde el principio.*

San Pablo, que, como nadie conocía, entre los hombres, la filosofía del cristianismo, decía: "Yo he conservado el depósito de la fe, *evitando aun la novedad de las palabras.*

Y en otra parte decía á sus hermanos: "Estad firmes y *mantened las tradiciones.*"

El cristianismo del mundo cristiano no es un fenómeno móvil; su historia nos lo muestra siempre animado con el mismo movimiento brillante, con la misma perfección ordenada, con la misma armonía.

El movimiento, la perfección, la armonía del mundo cristiano, eran en la Edad Media como son hoy; era, en aquellos siglos que no se plegaron bajo el yugo de los bárbaros sino para imponer la fe de Jesucristo, como eran hoy.

"Era en las edades heróicas, en las que, como di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce el P. Monsabré, la fe y el amor se probaban por la sangre, en que el desierto florecía con las maravillas de la vida cenobítica, en que las grandes controversias de la herejía terminaban con una palabra del sucesor de Pedro, como es hoy."

De época en época, de siglo en siglo, de generación en generación, se ha venido repitiendo una misma é invariable palabra por los sacerdotes del mundo cristiano: El que cree en Cristo, no será confundido: Sea anatema el que no ame á Cristo: El Cristo nos ha dejado el ejemplo para que sigamos sus huellas: Cristo es la unidad de todo, *in ipso omnia constant.*

El mundo cristiano ha sido el mismo siempre; no ha consentido ni ha podido consentir violación de ningún género.

La teoría alemana está en abierta contradicción con la historia de este fenómeno social que asombra por sus movimientos uniformes, admira por su perfección y arrebata al espíritu por la armonía que desde su aparición en el mundo hasta hoy se advierte en él, sin que haya una sola nota que establezca una discordancia.

Preciso es reconocer que el mundo cristiano, con sus grandezas y sus maravillas, debe tener

un autor personal viviente y en el que, por decirlo así, esté encarnada la idea cristiana.

EL MUNDO CRISTIANO NO ES OBRA HUMANA.

El mundo cristiano no es obra humana, porque ningún hombre ha hecho obra semejante y porque ningún hombre ha sido capaz de hacerla.

El mundo cristiano tiene un carácter eminente, único: ninguna sociedad intelectual, ninguna sociedad religiosa, se asemeja al mundo cristiano.

El austero Pitágoras, el armonioso Platón, el grave Aristóteles y otros muchos ingenios antiguos ó modernos, cuyos nombres figuran con gloria en los fastos del espíritu humano, han hablado de Dios, de la naturaleza, del hombre, de las leyes del pensamiento y de las leyes de la vida.

Sus lecciones, recogidas por discípulos respetuosos, han agrupado las fuerzas intelectuales de muchas generaciones.

Al impulso de esos hombres, que han admirado al mundo por su ciencia, se han fundado sistemas y sociedades intelectuales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce el P. Monsabré, la fe y el amor se probaban por la sangre, en que el desierto florecía con las maravillas de la vida cenobítica, en que las grandes controversias de la herejía terminaban con una palabra del sucesor de Pedro, como es hoy."

De época en época, de siglo en siglo, de generación en generación, se ha venido repitiendo una misma é invariable palabra por los sacerdotes del mundo cristiano: El que cree en Cristo, no será confundido: Sea anatema el que no ame á Cristo: El Cristo nos ha dejado el ejemplo para que sigamos sus huellas: Cristo es la unidad de todo, *in ipso omnia constant.*

El mundo cristiano ha sido el mismo siempre; no ha consentido ni ha podido consentir violación de ningún género.

La teoría alemana está en abierta contradicción con la historia de este fenómeno social que asombra por sus movimientos uniformes, admira por su perfección y arrebata al espíritu por la armonía que desde su aparición en el mundo hasta hoy se advierte en él, sin que haya una sola nota que establezca una discordancia.

Preciso es reconocer que el mundo cristiano, con sus grandezas y sus maravillas, debe tener

un autor personal viviente y en el que, por decirlo así, esté encarnada la idea cristiana.

EL MUNDO CRISTIANO NO ES OBRA HUMANA.

El mundo cristiano no es obra humana, porque ningún hombre ha hecho obra semejante y porque ningún hombre ha sido capaz de hacerla.

El mundo cristiano tiene un carácter eminente, único: ninguna sociedad intelectual, ninguna sociedad religiosa, se asemeja al mundo cristiano.

El austero Pitágoras, el armonioso Platón, el grave Aristóteles y otros muchos ingenios antiguos ó modernos, cuyos nombres figuran con gloria en los fastos del espíritu humano, han hablado de Dios, de la naturaleza, del hombre, de las leyes del pensamiento y de las leyes de la vida.

Sus lecciones, recogidas por discípulos respetuosos, han agrupado las fuerzas intelectuales de muchas generaciones.

Al impulso de esos hombres, que han admirado al mundo por su ciencia, se han fundado sistemas y sociedades intelectuales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero esas sociedades jamás han salido de estrechísimo recinto: unas escuelas han combatido y destruido á las otras; el genio del maestro no preservaba su pensamiento de mutilaciones frecuentes; á la admiración, muchas veces discutida, de que era objeto, no se mezclaba el sentimiento del corazón después que desaparecía; su doctrina, frecuentemente árida, hacía languidecer las almas lejos de toda perfección moral; su vida, muchas veces en oposición con su enseñanza, no arreglaba ninguna vida; su voluntad impotente, no ahogaba los gérmenes de división que amenazaban su influencia, aun viviendo, y que acababan por triunfar después de su muerte.

No es así el mundo cristiano, considerado bajo el punto de vista de una escuela del entendimiento.

Las generaciones que se han abrevado de la doctrina de Cristo, jamás han estado encerradas en estrecho recinto: se han extendido por toda la faz de la tierra y por todas partes han llevado la luz de las enseñanzas del fundador del cristianismo: escuelas extrañas las han combatido y las combaten; pero lejos de debilitarse con el ataque, se levantan más pujantes y más vigorosas: el genio

respetado del maestro ha tenido poder suficiente para preservar su pensamiento de las mutilaciones que en él pudiera hacer el espíritu de los que siguen sus enseñanzas: aun hoy, cuando el maestro ha desaparecido, su representante en la tierra está dotado de fuerza admirable para evitar sacrílegas mutilaciones, nunca permite que el dogma se menoscabe, que la moral se manche, que la ley publicada ó más bien la enseñanza recogida de los labios de Cristo se viole ni en el ápice más leve: á la admiración de que era objeto el autor del mundo cristiano, se mezclaban desde que vivía los sentimientos del corazón, y aun hoy, diecinueve siglos después de su muerte, arrastra á las almas á impulsos de un amor que no tiene semejante en la tierra: la vida del Maestro Divino jamás estuvo en oposición con sus enseñanzas y fué, como es ahora, la regla suprema de muchas vidas: su voluntad siempre fué, como es ahora todavía, eficaz y poderosa para ahogar los gérmenes de división que amenazaban su influencia.

Tal es el mundo cristiano, y de consiguiente puede concluirse que este mundo cristiano, aun simplemente considerado como sociedad intelectual, como escuela del pensamiento, no tiene se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mejanza con ninguna otra de las sociedades que han fundado los ingenios humanos por poderosos que hayan sido.

Lo mismo pasa con las religiones que han inventado los hombres en la tierra: ninguna de ellas puede asemejarse al mundo cristiano, considerado como religión.

Ha habido y hay religiones que reinan en vastos continentes y que ofrecen á millares de adeptos ponerlos en relación con las cosas divinas.

De esas religiones, unas, como el paganismo, han revestido mil formas diversas; otras, como el misticismo oriental, han fraccionado inhumanamente la doctrina, reservando á la casta privilegiada de los sacerdotes y de los sabios las altas especulaciones, la última palabra de los misterios, y arrojando, como pasto, á la multitud, símbolos groseros que no seducían su imaginación, sino para engañar su entendimiento.

Unas, como el budhismo, quedan incrustadas, por decirlo así, en los continentes que las vieron nacer; otras, como el mahometismo, se fijan en una raza y para extenderse y conservarse, se ponen bajo la protección de la espada.

"La religión mahometana, decía Montesquieu,

que no habla más que de la espada, todavía obra sobre los hombres, con ese espíritu destructor que ha servido para fundarla."

"Pero ni las unas ni las otras, dice el P. Monsabré, han podido salvar á sus fundadores del olvido, si no es para asegurarles una veneración medrosa de la que está ausente el corazón y que hace revivir su recuerdo sin tener en cuenta, en la práctica, sus virtudes. Ni las unas, ni las otras, han salido de una moral común, de una honradez sin grandeza. Ni las unas, ni las otras, han resistido á los disolventes de la violencia y de la contradicción, á menos qué hayan adorado á los poderes humanos, que se dignan mantener en su seno la vergonzosa unidad de la ignorancia y de la corrupción."

No es así la religión cristiana.

Ella desde su origen hasta hoy no ha revestido más que una forma y jamás ha rebajado al hombre, como lo hizo el paganismo, hasta el extremo de rendir culto á divinidades de barro.

Jamás el cristianismo ha reservado las altas especulaciones, la enseñanza de sus misterios, á los sabios y á los sacerdotes, dejando hundidos en la ignorancia á los sencillos: lejos de ello, más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dulce misión ha sido comunicar á los humilde la luz de la verdad y á sus corazones el fuego inextinguible del amor divino, *evangelizare pauperibus.*

El cristianismo jamás ha tenido su asiento en un solo pueblo ó en una sola raza: al contrario, su dominio no ha tenido más límites que los del mundo y en su seno admite á los hombres de todas las razas y de todas las lenguas.

El cristianismo jamás se ha impuesto por la fuerza: su obra es obra de paz, como lo anunciara el ángel en el día venturoso en que naciera su fundador: no han sido para el cristianismo los tormentos y los patíbulos el medio de que se ha valido para propagar sus doctrinas: al contrario, ellos han sido el elemento poderoso de que se han servido sus adversarios, sin éxito por cierto, para confundirlo y ahogarlo.

El cristianismo no tiene semejante con las demás religiones: las costumbres elevadas, la perfección de la vida, el heroísmo de las virtudes, formado todo á la luz de un mismo tipo, cuya autoridad se impone siempre con la misma energía y con la misma eficacia, en ninguna otra religión pueden encontrarse.

Una voluntad soberana, cuya omnipotente ac-

ción persevera en los instrumentos cambiantes que la manifiestan, una unidad que resiste cerca de dos mil años há á la persecución de la fuerza, á la contradicción del error; una sólida alianza de tanto elemento diverso, un cuerpo penetrado de una misma doctrina, de una misma ley, de unas mismas virtudes, que elimina de su seno todo lo que está enfermo y que él continúa viviendo, en ninguna otra religión encuentran semejante.

Mientras los sabios modernos no destruyan la verdad de estos hechos, que la historia consigna con caracteres de luz, y que los hombres de hoy palpan aun en medio de los escombros que la revolución amontona, tienen que confesar y reconocer que el mundo cristiano no es la obra de un hombre.

Decíamos en nuestro precedente artículo, que el mundo cristiano no es obra del hombre.

Ni ha podido serlo: el hombre es impotente para producirla.

El cristianismo ha realizado cuatro prodigios, que el hombre jamás podrá realizar.

El cristianismo ha hecho aceptar, universal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente y de un modo estable, una enseñanza enteramente original, una enseñanza misteriosa y de tal manera identificada con el que la enseña, que no se les ha podido separar en la fe de los pueblos.

Este primer prodigio, realizado por el cristianismo, no puede realizarse por un hombre.

Un hombre habría podido llevar á cabo esta empresa, ó por la fuerza ó por la idea.

Por la fuerza, era imposible.

La historia, en muchas de sus páginas, pone de manifiesto que las razas, las nacionalidades, las patrias, digamos así, se convierten en escudos impenetrables que rompen la espada en las manos de conquistadores ilustres y de naciones ambiciosas, que aspiran al imperio del mundo.

Por la idea, era igualmente imposible.

Si un sabio recuerda al mundo los grandes principios del orden intelectual y del orden moral, de los que llevamos en nuestras almas el sello invisible, podrá hacerse escuchar por todas partes, y por todas partes recoger discípulos: pero, entonces, no es él quien enseña, sino ese maestro soberano que, al crearnos, ha dejado caer sobre nosotros un rayo de la verdad eterna.

Pero si este hombre se propone difundir en el mundo una enseñanza, en el orden especulativo, de misterios que confundan á la razón y, en el orden práctico, de una regla que tienda á reprimir las rebeliones de los sentidos, entonces la palabra de ese sabio infaliblemente se rompe contra la fragilidad y las pasiones, el orgullo y la prevención de aquellos á quienes se propone enseñar.

Por otra parte, aunque tuviera genio, ciencia y previsión en grado supremo, no sería más que un hombre y aquellos, á quienes se proponía enseñar, podrían creer con entera seguridad que sus ideas valdrían tanto como las de aquel maestro sublime

La imposibilidad es más patente si se trata de identificar la doctrina con aquel que la enseña.

Un hombre que diga: "Yo soy la verdad" y que pretenda ser creído por el mundo, es una cosa que repugna á la naturaleza humana.

Y esto lo ha hecho el cristianismo.

Cristo, ante las asombradas multitudes de Judea, afirmaba con indiscutible seguridad: "Yo soy la verdad."

Y esta afirmación ha sido aceptada por el mundo todo: la enseñanza de Cristo y su persona identificadas, el mundo las venera y las adora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desapareció la persona, desapareció el autor de esa enseñanza, exhaló su último aliento en un patíbulo, y, sin embargo, su enseñanza vive en la tierra, cada día más extendida, cada día más potente.

Otro hecho ha realizado el cristianismo: su autor se ha hecho amar con un amor tierno, confiado y generoso, cuando ya no está en la tierra para seducir los corazones; cuando la muerte ha destruido los encantos de que el amor se nutre.

El amor es el sentimiento que ambicionan los corazones nobles y que prefieren á la admiración que sirve sólo para halagar el orgullo: pero el amor se nutre de encantos permanentes, que no está en nuestra mano hacer que duren siempre.

Un hombre puede arrastrar los corazones por el fuego de su mirada, la armonía de su voz, la bondad de su alma, la generosidad de sus beneficios; pero cuando la pálida muerte ha extinguido en el rostro los colores de la vida, ha helado los labios, ha agotado la fuente de los beneficios y ha roto las ligas que le ataban con otros seres, el amor se deshace en el mundo.

Cristo, sin embargo, escarnecido y muerto en una cruz, realiza en el mundo el prodigio de arrastrar tras de sí los corazones humanos, por un amor indecible, que no se estremece ni aun en presencia de los más asombrosos tormentos.

Un tercer hecho ha realizado el cristianismo: Cristo impone su virtud al hombre, como un ejemplar, irreproductible y acabado, sobre el cual deben todos los hombres modelar su perfección.

La virtud, que es el encanto mayor de que puede estar revestida una humana criatura, tampoco resiste al aminoramiento que el tiempo implacable hace sufrir á todas las cosas.

La virtud, cuando está cerca de nosotros, cuando la vemos en actividad, podemos advertir que en ella hay una especie de calor comunicativo que activa en nuestra alma la circulación de los pensamientos santos y de los nobles deseos. Pero desde que se aleja, cuando no está cerca de nosotros el hombre santo, cuyas virtudes nos arrastran, la virtud aparece á nuestros ojos fría, como los astros que pueblan las profundidades del firmamento.

Muchas veces el justo, cuyas debilidades no percibimos por el brillo de sus hermosas cualidades, cuando desaparece es objeto de una crítica, que saca, de aquella existencia preciosa, el barro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que siempre se deposita en el fondo de toda humana existencia.

Y aun cuando el justo presentara una vida sin sombra, jamás podría presentarse como el tipo universal de todas las perfecciones.

El hombre, por irreprochable que se suponga, es siempre falible y es perfectible.

Nunca podrá, por lo mismo, presentarse como el ejemplar único al que deberían conformarse todas las existencias humanas.

Cristo ha realizado esa maravilla: es el tipo único, el tipo acabado, el tipo universal de toda perfección.

Es un hecho que el mundo todo contempla, es un hecho que todo el mundo admira y proclama.

En fin, el cristianismo ha realizado otro cuarto hecho maravilloso: Cristo se sobrevive, como dice el P. Monsabré, en la constante *aspiración* y en la inmutable influencia de su propia voluntad, para mantener la unidad prodigiosa del mundo cristiano.

Los más afortunados monarcas, aquellos cuya autoridad incontestada se trasmite con la sangre, no tienen el don de hacer pasar á sus vástago las fuerza de su voluntad, ni para garantizarlos contra las sustituciones violentas de razas, ni contra las tempestades populares que amenazan á todas las soberanías.

Y Cristo, después de muerto, hace sentir la influencia de su voluntad poderosa y mantiene con ella la prodigiosa unidad que se contempla en el mundo cristiano.

Los hechos revelan, entonces, qué el mundo cristiano no es obra de un hombre.

Si el hombre no puede realizar esos prodigios, que en el mundo cristiano perseveran de modo tan admirable, preciso es confesar que el mundo cristiano no es obra de un hombre.

El genio admirable de Napoleón, asombrado ante el amor que Cristo despierta en las generaciones humanas, se expresaba, dirigiéndose al General Bertrand, de este modo: "Cristo habló, y desde entonces las generaciones le pertenecen por ligas más estrechas, más íntimas que las de la sangre; por una unión más sagrada, más imperiosa que cualquiera otra. Enciende una llama de amor que hace morir el amor de sí mismo y que prevalece sobre cualquier otro amor."

"Ante ese milagro de su voluntad, ¿cómo no reconocer al Verbo creador del mundo?"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Los fundadores de religiones no han tenido idea de ese amor místico, que es la esencia del cristianismo, bajo el hermoso nombre de Caridad....."

"Cristo sólo, ha llegado á elevar el corazón de los hombres hasta lo invencible, hasta el sacrificio. El solo, creando esta inmolación, ha creado una liga entre el cielo y la tierra. Los que creen sinceramente en él, sienten ese amor admirable, sobrenatural, fenómeno inexplicable, superior á la razón y á las fuerzas del hombre, fuego sagrado dado al hombre por ese nuevo Prometeo, del que el tiempo, el gran destructor, no puede ni gastar la fuerza, ni limitar la duración..... Yo, Napoleón, es lo que más admiro, y es lo que me demuestra mejor la divinidad de Cristo."

LA AFIRMACION CRISTIANA.

Los movimientos, las perfecciones y la armonía del mundo cristiano, ponen de manifiesto, con evidencia que deslumbra, que este mundo no ha podido hacerse por sí mismo, que es preciso reconocer una causa inteligente que lo ha traído

á la vida y que se la conserva tan fecunda y tan vigorosa.

La contemplación del mundo cristiano produce en el hombre que piensa, el mismo efecto que la contemplación del mundo físico.

Los prodigios que la naturaleza descubre ante los asombrados ojos del hombre, le revelan que existe una causa única que sacó este mundo físico de las obscuras sombras de la nada.

Y si este mundo tuviera un órgano para expresar sus sentimientos, desde las alturas serenas de los cielos, desde las cimas gloriosas de las montañas, desde las profundidades insondables de los mares, desde el cáliz perfumado de las flores, se levantaría una voz que nos haría escuchar estas palabras: *No nos hemos hecho nosotros mismos; es Dios quien nos ha hecho.*

Esta voz que falta al mundo físico, la tiene el mundo cristiano.

El mundo cristiano no sólo publica la existencia de su causa, con el lenguaje mudo de sus movimientos, de sus perfecciones y su armonía, sino que, con palabras que todos pueden escuchar y que todos pueden comprender, proclama que el ser que le trajo á la vida es un hombre, pero no un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Los fundadores de religiones no han tenido idea de ese amor místico, que es la esencia del cristianismo, bajo el hermoso nombre de Caridad....."

"Cristo sólo, ha llegado á elevar el corazón de los hombres hasta lo invencible, hasta el sacrificio. El solo, creando esta inmolación, ha creado una liga entre el cielo y la tierra. Los que creen sinceramente en él, sienten ese amor admirable, sobrenatural, fenómeno inexplicable, superior á la razón y á las fuerzas del hombre, fuego sagrado dado al hombre por ese nuevo Prometeo, del que el tiempo, el gran destructor, no puede ni gastar la fuerza, ni limitar la duración..... Yo, Napoleón, es lo que más admiro, y es lo que me demuestra mejor la divinidad de Cristo."

LA AFIRMACION CRISTIANA.

Los movimientos, las perfecciones y la armonía del mundo cristiano, ponen de manifiesto, con evidencia que deslumbra, que este mundo no ha podido hacerse por sí mismo, que es preciso reconocer una causa inteligente que lo ha traído

á la vida y que se la conserva tan fecunda y tan vigorosa.

La contemplación del mundo cristiano produce en el hombre que piensa, el mismo efecto que la contemplación del mundo físico.

Los prodigios que la naturaleza descubre ante los asombrados ojos del hombre, le revelan que existe una causa única que sacó este mundo físico de las obscuras sombras de la nada.

Y si este mundo tuviera un órgano para expresar sus sentimientos, desde las alturas serenas de los cielos, desde las cimas gloriosas de las montañas, desde las profundidades insondables de los mares, desde el cáliz perfumado de las flores, se levantaría una voz que nos haría escuchar estas palabras: *No nos hemos hecho nosotros mismos; es Dios quien nos ha hecho.*

Esta voz que falta al mundo físico, la tiene el mundo cristiano.

El mundo cristiano no sólo publica la existencia de su causa, con el lenguaje mudo de sus movimientos, de sus perfecciones y su armonía, sino que, con palabras que todos pueden escuchar y que todos pueden comprender, proclama que el ser que le trajo á la vida es un hombre, pero no un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre cualquiera, sino un hombre en quien se unieran, sin confundirse, la naturaleza divina y la humana, un hombre á quien el mundo cristiano llama el Hombre–Dios.

¿Pero esta afirmación del mundo cristiano, es una verdad que puede imponerse á la inteligencia humana?

¿Esta afirmación puede considerarse como una prueba de que el fundador del mundo cristiano no era un hombre, sino un Hombre–Dios?

¿Puede, en una palabra, desprenderse de esta afirmación cristiana, una prueba concluyente de la divinidad de Cristo?

La afirmación cristiana, de que Cristo es Dios, es una afirmación universal, y no puede ponerse en duda que, cuando una verdad es creída por todas partes y del mismo modo, la inteligencia humana tiene que rendirse ante ella, porque jamás puede suponerse que lo que tiene esos caracteres pueda ser un error, una mentira ó una ilusión.

Y la afirmación cristiana sobre la divinidad de Cristo, es universal.

Por todas partes donde difunde su luz el cristianismo, se escucha esa palabra divina y salvadora.

El mundo cristiano, por sus actos públicos y por la fórmula de que se vale, ha expresado siempre que Cristo es Dios.

Es un hecho que nadie puede desconocer, que en el mundo cristiano, Cristo es conocido, es amado, es obedecido: es también una verdad que Cristo, en el mundo cristiano, es adorado.

Los majestuosos templos esparcidos por todas las regiones del orbe y bajo cuyas bóvedas se abrigan nuestras grandes asambleas y se purifican nuestras plegarias, ostentan esa afirmación cristiana, porque las magnificencias de todos ellos convergen á un solo punto, al tabernáculo, en el que se fijan las miradas y los corazones, y que es el centro misterioso del culto cristiano.

En esos mismos templos se ostenta, coronando sus misteriosas cimas, la cruz redentora, ante la cual se postran las muchedumbres asombradas y agradecidas.

Y en el recinto de esos templos que ha levantado la piedad cristiana, resuena pronunciada por todos los labios, esta fórmula preciosa. "Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios."

Es, por tanto, un hecho, y esto no lo desconocen los enemigos del cristianismo, que en el mun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de cristiano, Cristo, que no tenía una esencia invisible, sino que era un hombre de carne y hueso, á quien muchos vieron, escucharon y tocaron, es adorado por los que creen en su persona y han sentido la influencia de su doctrina.

Un hombre adorado por los hombres. tiene que ser un Dios: los hombres, si obran bajo la inspiración de su inteligencia, jamás podían rendir un culto de adoración al que es igual á ellos.

Verdad es que en la vida de los pueblos, no han faltado hombres, ebrios de orgullo, que han pensado que no bastaba á su grandeza la majestad real y que podían ambicionar los honores divinos.

Verdad es que han pedido incienso y altares, y es también cierto que las bajezas y el miedo han hecho que la humanidad se postre ante ellos en sacrílega adoración. Pero la justicia, y así lo enseña la historia, se ha hecho sentir, y muy pronto, sobre estos criminales soberbios.

"Los pueblos, dice el P. Monsabré, sorprendidos en un momento, por la audacia de esos tiranos, se han indignado al verse envilecidos y despreciados, y con mano brutal han hundido en el cieno á esos Dioses de un día."

No es así en el mundo cristiano: el Hombre crucificado á quien en este mundo se adora, no es adorado por sorpresa, ni se le rinde ese culto por un temor que envilece.

El culto que en el mundo cristiano se le rinde á Cristo, es el legado pacífico de una larga tradición.

Es decir, la adoración á Cristo en el mundo cristiano no es sólo universal; es también perpetua.

La afirmación cristiana tiene, en consecuencia, el carácter de universalidad y el de perpetuidad.

Si una afirmación universal se impone á la inteligencia, una afirmación perpetua la subyuga sin remedio.

Y la afirmación de que Cristo es Dios, sobre ser universal, es también perpetua.

Nadie se ha atrevido á negar que en los últimos dieciseis siglos del cristianismo, esta afirmación ha sido como un sol: todos la han visto, todos han sentido la influencia bendita de los beneficios que encierra y difunde.

Los sabios del día, lo más que se han atrevido á decir es, como dice Strauss, que esa afirmación se elaboraba lentamente en las sombras de los dos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primeros siglos por transformaciones de las fábulas con que se había apacentado á la credulidad de los antiguos pueblos.

Apareció, dicen esos sabios, un hombre, un poderoso iniciador, cuya ciencia profunda dió al espíritu humano un arranque desconocido.

Sus discípulos, conmovidos, más que por sus infortunios, por las lecciones sublimes que de él recibieron, no tuvieron más ambición que enaltecerlo y glorificarlo.

Como primer efecto de su persona y de su acción, dice Strauss, en la "Vida de Jesucristo," por él escrita, se vió nacer la fe en su resurrección, esa fe exaltó los espíritus, y el mito, al calor de la preocupación, desenvolvió una lujosa vegetación de vástagos más y más maravillosos.

El hijo de David se hizo el hijo de Dios engendrado sin padre: el hijo de Dios se hizo el Verbo de Dios encarnado..... El sabio maestro del pueblo poseyó la ciencia universal y se hizo el segundo yo del Sér divino.

Hubo, por lo mismo, durante cierto tiempo una evolución, una elaboración, una idealización contínua de Cristo, definitivamente fijada en los

Evangelios, que fueron en realidad la obra del tiempo y de la generación cristiana.

Así conciben á Cristo los sabios de este siglo, y si esto fuera verdad, la afirmación cristiana no tendría la perpetuidad, que es uno de sus caracteres más hermoso y más sublime.

Pero la afirmación de esos sabios no puede sostenerse ante la crítica: ellos no fijan la manera precisa con que se hizo esa elaboración; no señalan persona cierta, lugares ciertos, fechas ciertas.

Como el cristianismo ha nacido en una época histórica, preciso es, para que aquella afirmación tuviese consistencia, que esos hechos se fijaran.

De otro modo se trataría al cristianismo, como á esas religiones de pura leyenda, cuya fuente, semejante á la del Nilo, se oculta en el desierto no explorado de los siglos sin historia.

Ellos sencillamente afirman que hubo una evolución, una idealización contínua del Cristo, fijada, por fin, en los Evangelios.

Pero esto es una afirmación sin datos precisos.

Afirman que los Evangelios fueron la obra del tiempo y de la generación cristiana.

Ya esclareceremos este punto más adelante:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

basta por hoy decir que las generaciones jamás han hecho un libro. Un libro necesita un autor.

Afirmar que un libro es obra de una época y de una ó más generaciones, es, como dice el Padre Monsabré, una tontería colosal.

Por otra parte, la perpetuidad de esta afirmación puede sostenerse aun sin el testimonio evangélico, porque existía antes que el cánon de los Evangelios quedase fijado.

Existía, no como la expresión de una opinión tímida que tendiera á transformarse en creencia, sino como la expresión de una convicción fija del mundo cristiano.

Falso es, enteramente falso, que en los primeros siglos de la era cristiana no se ostentara con toda seguridad la creencia en la divinidad de Cristo.

Los mártires, en ese período de la era cristiana, la proclamaban en presencia de los tormentos.

¡Oh, Señor! decía San Vidal, oh Señor Jesucristo, mi Salvador y mi Dios, dígnate recibir mi alma.

San Ignacio, como lo explican las actas de su martirio, era llamado Theóphoro, porta-Dios, porque tenía á Cristo en su corazón.

Santa Sinforosa considera como el más grande de los bienes, ser quemada por Cristo, que es su Dios.

San Policarpo responde á sus jueces: ¿Cómo puedo odiar á aquel á quien adoro, que es mi Rey y mi Salvador?

El hijo de Santa Felícitas afirma que los que no confiesan que Cristo es Dios verdadero, serán precipitados al fuego eterno.

La oración de los primeros cristianos envolvía la misma afirmación: "Oh, Jesús, decían, luz gozosa de la gloria santa, del Padre inmortal, Hijo del Padre Santo, al mirar la luz de la tarde, alabamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

Los paganos mismos, los perseguidores del nombre cristiano, son los que quieren que los fieles abjuren la *divinidad* del Crucificado.

Celso acumula argumentos para probar que son locos aquellos que adoran á un hombre, como si fuera Dios: Alejandro Severo quiere levantar un templo á Cristo, Dios de los cristianos.

Plinio, en una carta á Trajano, hace constar que los cristianos se reúnen antes que salga la luz, para cantar las alabanzas á Cristo, á quien miran como á su Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Doctores y Padres Apostólicos, Tertuliano, Orígenes, Clemente de Alejandría, San Ireneo, San Justino, San Melitón, San Ignacio, San Bernabé, San Clemente publican la misma enseñanza.

Jesucristo es conocido por todas partes, decía Tertuliano, por todas partes es adorado.

Creed, oh hombres, á aquel que es hombre y Dios, decía Clemente de Alejandría; creed á aquel que ha sufrido y que es adorado, como Dios vivo.

Jesucristo, agregaba Orígenes, es el Dios de todas las cosas creadas; no es Dios por participación, sino por substancia y porque la divinidad está en él por naturaleza.

La bajeza de la carne ha ocultado su divinidad, decía San Melitón, aunque existía como Dios verdadero, antes de todos los siglos.

Sabed que no basta amarle, decía San Clemente, es necesario tener para él sentimientos dignos de Dios, dignos del Juez de vivos y muertos.

Estas palabras de San Clemente nos ponen en contacto con el gran Apóstol San Pablo, que se expresaba, hablando de Cristo, de este modo: 'Cristianos, no hay más que un Dios, el Padre de quien vienen todas las cosas; no hay más que un

Señor Jesucristo por quien son todas las cosas, y este Cristo no ha creído cometer una usurpación al hacerse igual á Dios, aunque él se haya anonadado hasta tomar las formas de esclavo, porque él es Hijo de Dios, engendrado por él, no del modo que engendran los hombres, sino por un acto inefable que hace de él la imagen de Dios, el esplendor de su gloria y figura de su substancia.

Tal era la afirmación, perfectamente definida y perfectamente clara en los primeros siglos, del cristianismo.

No se hacía en ellos esa elaboración de que hablan los sabios de hoy.

La historia nos ha revelado ya, con evidencia clarísima, que en los primeros siglos del cristianismo la afirmación sobre la divinidad de Cristo estaba perfectamente definida.

Las leyes de la naturaleza y de la historia, demuestran igualmente, con irresistible fuerza, la verdad de la afirmación cristiana.

Las generaciones humanas se penetran la una á la otra por los individuos de diversas edades

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que las componen; de modo que la fe de una generación posterior, es un indicio cierto de la fe que se profesaba en la generación precedente: establecer lo contrario sería ponerse en abierta contradicción con las leyes de la historia y de la naturaleza humana.

Las generaciones se suceden las unas á las otras, dice un eminente Obispo francés, pero los hombres que pertenecen á estas generaciones sucesivas, han vivido, han crecido, se han formado en el seno de la generación precedente. Así, para hacer una aplicación sensible á la materia que nos ocupa, San Ireneo, Clemente de Alejandría y San Melitón, que escribían en la mitad del segundo siglo, habían nacido en el primero: habían vivido, se habían formado en el conocimiento de las cosas eclesiásticas, en el período anterior. San Ireneo se había formado en la escuela de San Policarpo, que fué discípulo de San Juan Evangelista.

Clemente de Alejandría, sin nombrarlos, da testimonio, de la manera más formal, de que había tenido por maestros á discípulos inmediatos de los Apóstoles.

Todo el mundo sabe que Taciano, Jefe de los

Encratitas, había sido discípulo de San Justino y había escrito sus primeros libros en tiempo de su maestro. Fijarse, pues, en una época precisa, como si los testimonios que vienen después no fueran aceptables, como si la fe que se profesaba en una generación posterior no fuera indicio cierto de la que se profesaba en la precedente, es contrariar todas las leyes de la naturaleza y de la historia.

Así, pues, además de que la historia demuestra que en los dos primeros siglos la divinidad de Cristo ha sido confesada plenamente en el mundo cristiano, la razón persuade de que no podía ser de otro modo, una vez que es ley de la naturaleza y de la historia, que la fe de una generación posterior es signo seguro de la misma fe de la época precedente.

Preciso es repetir lo que en otros artículos hemos ya establecido; la afirmación cristiana sobre la divinidad de Cristo no se formó lentamente; nace de un golpe, bajo la impresión de un acontecimiento único.

Y no es solamente perpetua esta afirmación en el mundo cristiano; se prolonga esa perpetuidad á las épocas que han precedido á la era nueva del mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hoy esa afirmación es de posesión: en el mundo antiguo era de promesa y de esperanza.

Hoy se dice: hay un Hombre-Dios; en el mundo antiguo se decía: habrá un Hombre-Dios.

Todos los pueblos antiguos esperaban un libertador, un maestro, un hijo de la mujer, una encarnación divina.

Los judíos, más precisos en sus promesas, mostraron con todos sus detalles la vida profetizada del que había de venir.

En la época fijada, en la plenitud de los tiempos, estalla la afirmación cristiana, la afirmación de posesión.

Un acontecimiento solemne, el nacimiento de Cristo, lo liga á la afirmación de esperanza.

Esta afirmación tiene, pues, dos perpetuidades: la del mundo nuevo y la del mundo antiguo: unidas constituyen una sola perpetuidad.

Ante esta afirmación perpetua, ¿quién podrá, con fundamento, negar la divinidad de Cristo?

Pero aun hay más todavía: la perpetuidad de esta afirmación no es la perpetuidad de uno de esos sueños religiosos con el cual se aviene la naturaleza abandonada á sus instintos: es la perpetuidad militante de una creencia definida, de

un dogma imperioso, fecundo en consecuencias prácticas. Contra él se arman los poderes envidiosos, la razón humana y las pasiones rebeldes.

Y á pesar de esa lucha, la afirmación permanece: la sangre de más de once millones de mártires no pudo ahogarla.

Las astucias de Arrio, los esfuerzos de Nestorio, las predicaciones de Eutiques, que amenazaban arrancar del mundo la afirmación cristiana, nada pudieron hacer contra ella.

Un nuevo cataclismo se prepara.

En las exigencias de su orgullo, la razón se levanta contra la divinidad de Cristo.

En nombre de la libertad y de la ciencia, los templos se derrumban, los altares se echan al suelo; no queda más que un tabernáculo desierto, los sacerdotes desaparecen, los fieles, temblando, no se atreven á levantar los ojos.

Y, sin embargo, aun entre las ruinas de la pavorosa revolución del último siglo, la afirmación cristiana aparece llena de vida.

Universal y perpetua esa afirmación, no puede ser desconocida jamás por la humanidad.

La divinidad de Cristo se impone.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mundo cristiano ha afirmado que su autor no es un hombre solo, sino un hombre que es Dios al mismo tiempo.

Esta afirmación es universal y es perpetua: por todas partes donde se divisa una cruz, sale de los labios que la adoran esta fórmula: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Esta afirmación, que fué de esperanza en los tiempos antiguos y que es de posesión en la era nueva, tiene por eso mismo un carácter de asombrosa perpetuidad.

Además de estas dos cualidades, tiene otras la afirmación cristiana que ninguna otra verdad tiene en su abono.

La afirmación cristiana es inteligente y es honrada.

A quien propone una creencia, debe, por lo menos, pedírsele que sea inteligente y que sea honrado: que sea inteleligente, para que estemos seguros de que no es víctima de una ilusión, y que sea honrado, para que estemos seguros de que no quiere engañarnos.

La afirmación cristiana es inteligente, no en el mismo grado, en toda la inmensa muchedumbre de que se compone la sociedad cristiana.

Hay en ellas, como en la humanidad, dos grupos: el vulgo y la clase que dirige; y, aunque la adoración que rinde á la divinidad de Cristo el vulgo de las sociedades cristianas no es un acto de idiota superstición, porque le precede siempre una operación sumaria del entendimiento, bien puede prescindirse, para hacer la demostración objeto de este artículo, de tomar en cuenta las pequeñas inteligencias de que también se compone el mundo cristiano.

Para juzgar de la inteligencia de una sociedad, jamás se ocurre á los elementos vulgares de que se compone: el hombre pensador se dirige á la cabeza, es decir, á aquellos que sobresalen por sus altas facultades y á aquellos que tienen en la sociedad una misión importante, la misión de la enseñanza.

Bajo este punto de vista, el mundo cristiano es, sin duda, el que ofrece la más grande suma de inteligencia.

Las ciencias, las letras, las artes, la política, los gobiernos, han rendido á Cristo, ya directa, ya indirectamente, el homenaje supremo que ningún hombre ha podido obtener de una manera seria y durable: la adoración.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Yo conozco á los hombres, decía Napoleón, y digo que Jesucristo no es un hombre."

Muchos hombres de elevado ingenio, de brillante posición, después de muchos años de indiferencia, de olvido y quizá de rebelión, han dicho antes de descender al sepulcro, estas palabras del Apóstol: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.*

En los tiempos presentes, uno de los sabios más ilustres, el príncipe de los fisiologistas, ocupada en investigaciones científicas su laboriosa vida, no tiene tiempo para pensar en Cristo: Claudio Bernard torna sus ojos, en su último momento, al Redentor de la humanidad, y muere en los brazos del Dios de su madre.

Pero en el mundo cristiano hay un grupo de escogidas inteligencias que forman lo que pudiéramos llamar la Iglesia docente.

Nadie se atrevería á sostener que no es una sociedad inteligente esa Iglesia que enseña.

Las obras de esos maestros y los nombres venerandos de esos Doctores, cuya alma fué visitada por la iluminación del genio, han entrado profundamente en la memoria de los siglos para que puedan ser olvidados.

San Ireneo, San Justino, Tertuliano, Orígenes,

San Atanasio, San Cirilo, San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Basilio, San Gregorio, San León, San Hilario, San Juan Crisóstomo, San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Bossuet, Fénélon, Balmes, el P. Monsabré, el Cardenal González y tantos otros cuyos nombres guarda con caracteres de luz la historia de la Iglesia, son nobles inteligencias, al servicio siempre de la afirmación cristiana.

Esos hombres admirables, no se han limitado á proclamar que el fundador del cristianismo era un hombre, al mismo tiempo que era Dios.

Consagrados á la enseñanza de esa verdad, que es el punto central del cristianismo, la han estudiado en su fuente, en sus motivos, en su objeto.

"Hánse remontado al curso de los siglos, han interrogado á las Iglesias, han escudriñado los textos, han verificado las fechas, han confrontado los monumentos, han aquilatado los signos divinos, han discutido las pruebas, han entrado en los misterios del Hombre-Dios, no para sorprender el impenetrable secreto de su persona—dice el P. Monsabré—sino para alejar las falsas suposiciones que amenguan ó turban su maravillosa economía."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todos ellos han creído en la divinidad de Cristo; pero han creído después de que el estudio y la meditación han convencido á sus entendimientos y les han inspirado la convicción de que deben creer.

Para todos ellos ha sido una regla el pensamiento que Santo Tomás consignó en esta frase concisa como todas las suyas. *non crederet, nisi videret esse credendum.*

Y esa parte escogida de la Iglesia, esa parte en la que irradia la luz de la inteligencia, no ha obtenido la convicción más profunda en la divinidad de Cristo, por las fuerzas solas de su inteligencia.

Humildes, como lo son los sabios verdaderos, los Doctores católicos, han pedido en fervorosa plegaria al sol de la verdad, un suplemento de luces, y cuando las fuerzas de la naturaleza y de la gracia, se han fundido en sus almas, es cuando de su corazón convencido ha brotado con voz firme esta palabra: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Los demoledores de ideas, los enemigos del Hombre Dios, jamás han pensado en pedir al cielo la luz para encontrar la verdad.

A las negaciones de estos hombres, que se fian únicamente en las fuerzas de su alma, deben preferirse, sin duda, las afirmaciones de los sabios que oran.

Orando, dan una prueba de la honradez con que obran.

La honradez es la segunda cualidad de la afirmación cristiana.

"La honradez, dice el P. Monsabré, es un conjunto de virtudes que se une á la inteligencia para dar mayor autoridad al testimonio, alejando de los espíritus la natural desconfianza que inspira una vida en la que la inmoralidad ha tomado asiento."

"Es también la honradez, agrega el sabio dominico, esa lealtad particular y seductora que consiste en poner de acuerdo las costumbres y la creencia é imponer á la vida las consecuencias de lo que se afirma."

Y en el mundo cristiano, no obstante las sombras y las manchas que suelen advertirse, como en toda obra humana, pero que la misma Iglesia cura y en su caso condena, la honradez, bajo sus dos aspectos, ha llegado hasta la perfección más sublime.

Los santos de la Iglesia, los hombres que han llevado la perfección de la virtud hasta su último

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

término, esos hombres que son en realidad la naturaleza humana transfigurada hasta el límite que se acerca á lo divino, han afirmado que el autor del mundo cristiano era un hombre y al mismo tiempo era un Dios.

La vida de esos hombres admirables, es la consecuencia práctica de su afirmación. No han sido como aquellos que predican la libertad para asegurar mejor el despotismo; el desinterés, para acaparar en su provecho los honores y los empleos lucrativos; la legalidad, para burlarse del derecho; la ciencia para extinguir la llama de las augustas verdades de que viven los pueblos.

La afirmación honrada, hace descender los principios hasta las íntimas profundidades de la vida práctica.

Y esto han hecho los sabios del mundo cristiano.

Han sido humildes, pobres, castos, obedientes, generosos, sufridos, magnánimos, porque el hombre Dios dejó los esplendores del cielo para humillarse, porque se desprendió de las comodidades de la vida y nació pobre, porque bendijo siempre á los corazones puros, porque siempre obedeció la voluntad de su Padre, porque derramaba siempre

sobre las muchedumbres el tesoro de su misericordia, porque quiso pasar por el oprobio y por los dolores, porque perdonó á sus verdugos, porque vivió y murió para la gloria de su Padre y la salud de las almas.

Así es que, en el mundo cristiano, con las palabras y con las acciones, se afirma el dogma del Hombre Dios.

La inteligencia y la honradez son dos preciosas cualidades, como antes hemos dicho, indispensables para que una afirmación pueda ser respetada.

El hombre no va más lejos: el mundo cristiano avanza, sin embargo.

Su afirmación respecto al dogma del Hombre Dios, tiene otras dos cualidades: es generosa y es heróica.

El mundo cristiano ó los cristianos que viven en el mundo, convencidos de que poseen una verdad gloriosa para Dios y saludable para los hombres, sienten el deseo vivo de extenderla para contentar su amor.

El bien, ha dicho Santo Tomás, es por su naturaleza difusivo, y los hombres del mundo cristiano han difundido por todas partes la creencia de la divinidad de Cristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los cristianos, ardiendo siempre en deseos de extender el reino de Cristo, se lanzan á predicarlo por todas partes, desafiando todos los peligros: los peligros del mar y de los ríos, los peligros de los ladrones y de los gentiles, como decía el Apóstol San Pablo.

Han desafiado los peligros de la familia, que muchas veces, fundida en lágrimas, quiere detener su vuelo: han desafiado el peligro en la ciudad, en donde tienen que ocultar su presencia, ocultarse como unos conspiradores para no caer en manos de una justicia ante la cual, el carácter de sacerdote ó de misionero, es uno de los más grandes crímenes, y han desafiado los peligros de los falsos hermanos, los peligros de la soledad.

Nada los ha detenido.

Y esto no es raro en el mundo cristiano. Año por año salen de los centros civilizados del cristianismo, esos hombres admirables que llamamos misioneros, que van á llevar á los países bárbaros la verdad y la luz.

No se detiene aquí el cristianismo: afirma el dogma del Hombre Dios, no solamente desafiando los peligros, sino también á la muerte con todos sus horrores. Más de once millones de mártires, ancianos, mujeres, niños, nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, no han vacilado jamás: han preferido la muerte á negar el dogma central del cristianismo.

En presencia de los tiranos han confesado hasta el último suspiro la divinidad del Hombre adorado, cuyo nombre llevan.

Soy cristiano—han dicho—es decir, Cristo es mi Dios.

Y cuando su voz moribunda no podía ya hacerse escuchar, por medio de sus llagas, por cada gota de sangre que corría de sus cuerpos despedazados, exclamaban: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Una afirmación universal, perpetua, inteligente, honrada, generosa y heróica, es una afirmación que tiene que imponerse necesariamente á la inteligencia del hombre.

Si el dogma del Hombre Dios no fuese más que la falsa interpretación de un hecho abstracto, no habría indudablemente enraizado más y más cada día en la creencia del género humano y habría desaparecido al violento empuje de los huracanes que han soplado sobre él, durante diez y nueve siglos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jamás podría suponerse que los recursos de la ciencia en todos los siglos, sólo habrían servido para sostener una torpeza.

Hombres admirables por sus virtudes, jamás podrían haber hecho de una mentira el principio de sus virtudes.

Si la afirmación del Hombre Dios no fuera una verdad, el apostolado y el martirio no serían más que un crimen perpetuo, ó una perpetua locura.

Una afirmación con los caracteres que tiene la afirmación cristiana, es para un espíritu recto una prueba irresistible de la verdad de esa afirmación.

Este dilema se impone á la razón: ó lo que el mundo cristiano afirma de Cristo es verdadero, ó Dios nos engaña y se engaña al permitir, contra el interés de su gloria, la más triunfante de las sediciones.

Las generaciones todas, los siglos, los hombres más ilustres, los que ciñen la aureola luminosa de la santidad, los peregrinos que recorren el mundo como los pájaros del cielo predicando la buena nueva, los mártires con sus cuerpos desgarrados, todos enseñan con sus palabras y con sus obras: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

La verdad del dogma del Hombre Dios, no puede, seriamente, discutirse.

EL EVANGELIO Y LA CRITICA.

El mundo cristiano afirma que su autor ha sido un hombre, que era al mismo tiempo un Dios.

Este hombre es Cristo. Cristo apareció en la plenitud de los tiempos, y su divinidad proclamada en el mundo cristiano está bien definida en el libro precioso que guarda la historia de su vida y de su muerte, de sus enseñanzas y sus prodigios.

Este libro es el Evangelio.

Su lectura proporciona las pruebas más evidentes de la divinidad de su persona augusta que, anunciada en el mundo antiguo, realizó en el nuevo la obra más prodigiosa que ha podido aparecer en el mundo.

Los enemigos del cristianismo, para deshacerse de esas pruebas que el Evangelio ministra, no han vacilado en atacarlo.

No es absolutamente preciso contar con el Evangelio, para establecer la divinidad de Cristo, co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo lo indicamos en uno de nuestros precedentes artículos.

El mundo cristiano afirma esa verdad y los caracteres de esa afirmacion son de tal manera excelsos y únicos, que bastan para que la inteligencia humana se rinda convencida ante esa verdad consoladora.

Pero debemos buscar el testimonio del Evangelio y poner de manifiesto que los ataques que á él dirige la moderna crítica son verdaderamente frívolos.

La crítica racionalista aplicada á los libros santos descansa en la negación de lo sobrenatural.

La divinidad, dice ella, no ejerce sobre la naturaleza creada ninguna acción inmediata; no obra sino mediante las fuerzas que rigen el mundo de la materia y de la inteligencia.

Dando Dios el ser á sus criaturas, ha establecido entre ellas relaciones inmutables; y todos los fenómenos que se realizan en el Universo no son más que un desenvolvimiento necesario de las fuerzas que el Creador les imprimiera en su orígen.

La crítica materialista va más lejos todavía: para ella no existe un Dios personal, la materia

es eterna é increda, dotada de un poder de evolución en virtud del cual todo lo que pasa en el mundo se produce necesaria y fatalmente.

Según ese principio, que la incredulidad afirma sin demostrarlo, la tendencia de la crítica racionalista es apartar del dominio de la historia lo que en las relaciones bíblicas supone una intervención inmediata de la divinidad ó de algún ser superior al hombre, extraño á este mundo sencible.

Donde más se ha encarnizado la obra destructora de la crítica moderna es en los Evangelios.

Los precursores del racionalismo, los deistas, los filósofos del XVIII, arrastrados por un odio ciego é irreflexivo, no se habían dado la pena de presentar sus ataques con una apariencia científica.

Para ellos, los evangelistas son impostores, cuyas afirmaciones no merecen crédito: Jesucristo mismo no es más que un charlatán hábil que logró engañar á una multitud ignorante y crédula.

En Alemania la guerra empeñada contra los Evangelios, se abrió del mismo modo por un desbordamiento de iguales blasfemias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas impiedades produjeron inmenso escándalo y causaron en las almas estragos tristísimos.

Sin embargo la acusación de impostura lanzada al rostro de Jesús y de sus apóstoles era demasiado grosera y estaba en abierta oposición con la fisonomía de los Evangelios, para que ella pudiera ser aceptada por hombres que pretenden seguir en todo la luz de la razón.

Juan Jacobo Rousseau, no obstante su incredulidad y su odio á la religión, no pudo menos de protestar contra el procedimiento de sus amigos.

"Os confieso, escribía, que la majestad de las escrituras me asombra, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Mirad los libros de los filósofos con toda su pompa, qué pequeños son junto al Evangelio.

Un libro á la vez tan útil y tan sencillo, ¿podrá ser obra de los hombres.....? ¿Diremos que la historia del Evangelio es una invención?

Amigo mío, no es así como se inventa y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo.

En el fondo, esto es alejar la dificultad sin destruirla, sería más inconcebible que muchos hombres de acuerdo hubiesen fabricado este libro que

el que uno solo hubiese falseado ese asunto. Jamás los autores judíos habrían encontrado este tono ni esta moral.

Y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan perfectamente notables, que su autor habría sido más admirable que el héroe."

La crítica racionalista entró en una vía nueva: quiso admitir la buena fe de los evangelistas y la probidad de Cristo y pretendió llegar, por procedimientos racionales, á la eliminación de lo sobrenatural.

Para explicar los hechos evangélicos, se inventó por el padre del racionalismo el sistema que llamó "sistema de la *acomodación*."

Los judíos, en medio de los cuales vivió y obró Jesucristo, atribuían, ignorantes de las leyes que rigen los fenómenos naturales, á una acción prodigiosa de la divinidad, todos los hechos cuya causa ignoraban.

Jesucristo, por su parte, *acomodaba* su modo de obrar y de hablar á opiniones erróneas de sus conciudadanos, cuyo espíritu no estaba maduro para una enseñanza más conforme á la verdad.

Cuando Jesucristo, por ejemplo, ordenaba á los demonios que abandonasen los cuerpos de los pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tendidos posesos, se acomodaba á la preocupación popular que atribuía á una posesión diabólica la enfermedad de los locos, furiosos ó epilépticos.

En realidad, Jesucristo curaba estas enfermedades por procedimientos que en modo alguno excedían de las fuerzas naturales. De igual manera, los judíos, á la vista de las curaciones extraordinarias obradas por Jesucristo, se persuadieron de que este taumaturgo era el Mesías prometido á su nación, y Jesucristo consentía en que se le llamara y se llamaba hijo de Dios, haciendo todo lo que podía para confirmar al pueblo en esta fe candorosa.

¿Quién no ve que esta teoría es injuriosa á la persona sagrada del Salvador?

El que se llama la verdad, el que ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad y para iluminar á los que están sentados en las tinieblas, ¿habría pasado su vida, como afirma el filósofo alemán, haciéndose aclamar como un taumaturgo y haciéndose adorar como un Dios, sabiendo que no era ni una ni otra cosa?

Todo espíritu recto debe censurar semejante conducta, como un ultraje sangriento á la majestad divina.

Por otra parte, es evidente que ese sistema de la *acomodación*, aun cuando fuese compatible con la veracidad de Cristo, es incapaz de explicar las circunstancias milagrosas de otros hechos que se refieren en el Evangelio.

El sistema de *acomodación* no pudo, por consiguiente, alcanzar éxito, sino de duración muy corta.

Cedió el lugar al sistema del naturalismo aplicado ya á los hechos milagrosos del Testamento Antiguo, y un profesor de la Escuela de Heidelberg, Paulus, fué quien lo extendió al Testamento Nuevo. Los hechos referidos en los Evangelios, según ese Doctor, no deben ser desechados como absolutamente falsos; pero sí debe despojárseles de los adornos extraños con que los revistieron el genio poético y religioso de los orientales.

En el lenguaje de este pueblo sencillo, amigo de imágenes y amigo de lo maravilloso, Dios es quien envía la lluvia y el rocío, quien hace escuchar su voz por el trueno y tiene un ejército de espíritus celestes que producen, bajo sus órdenes, los fenómenos extraordinarios.

Para determinar exactamente la realidad objetiva de los hechos evangélicos, será, pues, necesario,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

según ese sistema, sustituir á estas causas sobrenaturales, las causas físicas proporcionadas á los efectos y suplir las circunstancias omitidas por el narrador, pero necesarias á la producción de los fenómenos en el orden puramente natural.

Así, cuando el Evangelio dice que Jesucristo marchó sobre el mar, es necesario suplir estas palabras: *sobre el borde* del mar.

Este sistema naturalista fué repudiado por los hombres serios como pueril, arbitrario en su aplicación y destructor de toda verdad histórica.

Los más rudos golpes le fueron dados por Straus, quien refutó el sistema y lo sustituyó por otro que llamó "sistema *mítico*," para explicar por medio de él lo sobrenatural del Evangelio.

El mito es, según los racionalistas, las exposición de un hecho ó de un pensamiento, bajo una forma histórica determinada por el genio y el lenguaje simbólico de la antigüedad.

Hay mitos históricos llamados leyendas, es decir, relatos de acontecimientos reales, matizados por la opinión antigua, que mezcla lo divino con lo humano, lo natural con lo sobrenatural.

Hay también mitos filosóficos, ó sean relatos

en que van envueltos un simple pensamiento, una especulación ó una idea contemporánea.

Estas leyendas, como lo indica su misma definición, tienen que formarse poco á poco, de una manera, cuyo rastro no puede encontrarse, que han tomado consistencia y que llegaron por fin á consignarse en los Evangelios.

Según esta descripción, fácilmente se advierte que no hay lugar para el mito en nuestros Evangelios, porque estos libros fueron escritos por contemporáneos, testigos oculares de los acontecimientos que refieren, ó discípulos inmediatos de estos testigos, y además estos libros se publicaron en lugares en que era fácil á los lectores asegurarse de su verdad.

Esta observación no escapó á los doctores que sostenían el mito y entonces su sistema los arrastró á negar la autenticidad de los tres evangelios sinópticos y aun el evangelio de San Juan.

El racionalismo francés no es más que una segunda edición del materialismo alemán.

Renan, en su "Vida de Jesús," no hace más que una mezcla informe de todos los sistemas racionalistas que brotaron en Alemania.

Para hacer la refutación de estas teorías racio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nalistas, haremos un breve estudio sobre la autenticidad del Evangelio, su conservación íntegra y su veracidad.

AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el lenguaje jurídico, se llama auténtico todo escrito ó documento que tiene eficacia completa para probar en juicio un hecho.

Así, cuando quiere justificarse, por ejemplo, que ha existido un contrato de préstamo, este hecho quedará plenamente justificado, si se presenta una escritura pública otorgada ante un Notario y con todas las condiciones que la ley requiere.

Y esa escritura prueba plenamente, porque un hombre revestido de pública fe, testifica, que ante él declaró una persona haber recibido de otra, en calidad de préstamo, una suma de dinero.

Es decir, el documento prueba plenamente, porque el testimonio del Notario hace conocer de un modo indudable la confesión del deudor, el hecho de que ha brotado de sus labios la afirmación de haber recibido de otro una suma.

En sentido análogo, se dice que un libro es auténtico cuando merece plena fe, por ser verdaderamente obra del autor cuyo nombre lleva al frente, ó del tiempo y país á que se le atribuye cuando es anónimo.

Es decir, un libro es auténtico por ser genuino y por ser veraz en lo que refiere, y por conservarse íntegro ó no adulterado ni corrompido en cosa sustancial desde que fué escrito, hasta la fecha en que pasa por nuestra vista.

Así, pues, en el concepto de autenticidad entran estos tres elementos: genuinidad, veracidad, integridad substancial.

Los Evangelios son genuinos, son obra de los autores á quienes se atribuyen: esta es la primera condición qne exige la autenticidad de un libro.

Véamos si hay pruebas eficaces para demostrar que los Evangelios, que la Iglesia católica ha considerado siempre como su tesoro más precioso, como el punto central de su historia religiosa, como la flor divina en que se concentra la savia tradicional de las Santas Escrituras, son de los autores á quienes se atribuyen.

Es decir, véamos si los Evangelios son hijos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nalistas, haremos un breve estudio sobre la autenticidad del Evangelio, su conservación íntegra y su veracidad.

AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el lenguaje jurídico, se llama auténtico todo escrito ó documento que tiene eficacia completa para probar en juicio un hecho.

Así, cuando quiere justificarse, por ejemplo, que ha existido un contrato de préstamo, este hecho quedará plenamente justificado, si se presenta una escritura pública otorgada ante un Notario y con todas las condiciones que la ley requiere.

Y esa escritura prueba plenamente, porque un hombre revestido de pública fe, testifica, que ante él declaró una persona haber recibido de otra, en calidad de préstamo, una suma de dinero.

Es decir, el documento prueba plenamente, porque el testimonio del Notario hace conocer de un modo indudable la confesión del deudor, el hecho de que ha brotado de sus labios la afirmación de haber recibido de otro una suma.

En sentido análogo, se dice que un libro es auténtico cuando merece plena fe, por ser verdaderamente obra del autor cuyo nombre lleva al frente, ó del tiempo y país á que se le atribuye cuando es anónimo.

Es decir, un libro es auténtico por ser genuino y por ser veraz en lo que refiere, y por conservarse íntegro ó no adulterado ni corrompido en cosa sustancial desde que fué escrito, hasta la fecha en que pasa por nuestra vista.

Así, pues, en el concepto de autenticidad entran estos tres elementos: genuinidad, veracidad, integridad substancial.

Los Evangelios son genuinos, son obra de los autores á quienes se atribuyen: esta es la primera condición qne exige la autenticidad de un libro.

Véamos si hay pruebas eficaces para demostrar que los Evangelios, que la Iglesia católica ha considerado siempre como su tesoro más precioso, como el punto central de su historia religiosa, como la flor divina en que se concentra la savia tradicional de las Santas Escrituras, son de los autores á quienes se atribuyen.

Es decir, véamos si los Evangelios son hijos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los autores á quienes se atribuyen, y los llamamos *hijos*, porque los libros lo son, con toda propiedad, de la humana inteligencia.

La filiación de los hijos legítimos, dicen nuestros Códigos (los Códigos del mundo moderno), se prueba por el acta de nacimiento inscrita en el Registro del Estado Civil.

A falta de este título, la posesión constante del estado de hijo legítimo basta para probar la filiación.

La posesión de estado, dicen las mismas leyes civiles, se establece por una relación suficiente de hechos que indiquen indudablemente la relación de filiación y de paternidad entre un individuo y la familia á que pretende pertenecer.

De estos hechos, los principales son: que el individuo haya llevado siempre el nombre de la persona á quien reputa su padre, que el padre lo haya tratado siempre como á su hijo y que en esta cualidad haya provisto á su educación, á sus alimentos y á su establecimiento y que haya sido reconocido constantemente como hijo en la sociedad y en la familia.

Esto que la legislación establece, respecto de la filiación de los hijos legítimos, puede aplicarse á

los libros que, como antes se dijo, son los hijos del entendimiento.

"No hay para ellos, dice el Padre Monsabré, inscripción sobre los Registros del Estado Civil; pero puede haber posesión de estado establecida por un conjunto de hechos de donde resulte la notoriedad de su orígen legítimo."

Esto pasa con los Evangelios.

Ellos han llevado siempre el nombre de sus padres; han sido tratados siempre como hijos legítimos por los Apóstoles que han provisto á su conservación y á su establecimiento; han sido constantemente reconocidos como tales en la sociedad y lo han sido también por toda una familia de escritores en todos los tiempos.

Todos estos hechos, que acreditan cumplidamente el orígen legítimo de los Evangelios, están probados por la tradición.

"La incredulidad contemporánea, agrega el Padre Monsabré, nos concede al menos dieciseis siglos de error tranquilo, durante los cuales han sido considerados los Evangelios universalmente como libros apostólicos."

"Esto es algo, y aun pudiera decirse, continúa diciendo el sabio Domínico, que esto es una con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cesión considerable, porque supone, contra toda probabilidad, que durante dieciseis siglos no se ha encontrado un hombre demasiado inteligente para remontarse al orígen de los más importantes escritos que posee el mundo y para descubrir su vicio; que Porfirio y Juliano han aceptado sin examen un error que habría hecho la fortuna de sus disertaciones anticristianas; que San Basilio, San Gregorio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín y San Crisóstomo han comentado, al acaso, las narraciones fraudulentas de un desconocido.»

Pero nuestros sabios modernos no se detienen ante ningún absurdo, cuando se trata de despreciar á la antigüedad sagrada en provecho de sus enseñanzas.

"Aceptemos de buena voluntad, si es posible, añade el Padre Monsabré, el honor que hacen á nuestros padres en la fe, y transladémonos á los siglos primitivos del cristianismo: ahí es donde está el punto de la dificultad."

En la segunda mitad del segundo siglo de la Era Cristiana los Evangelios están en posesión de estado; llevan públicamente el nombre de sus

autores, y la sociedad los reconoce como hijos legítimos de los Apóstoles.

Los paganos, los herejes, los católicos, todos suponen ó afirman la indiscutible notoriedad de su filiación.

Celso tiene la pretensión de reducir á polvo al cristianismo bajo el martillo de su dialéctica, colma de desprecio á los seguidores del Galileo, ataca la doctrina de Cristo, sospecha de su moralidad, se burla en presencia de su suplicio, insulta su muerte y hace notar minuciosamente los detalles de su resurrección.

Al obrar así, se advierte desde luego que sigue paso á paso una historia que se había hecho popular.

Y no sólo lo persuade así la inducción; él mismo afirma que todo lo que dice, lo ha tomado en nuestras mismas Escrituras; al terminar su fastidiosa discusión exclama: "Es, pues, verdadero que vosotros os degolláis con vuestras propias manos."

Aunque no cita nombres propios, es imposible desconocer las fuentes á donde ha ocurrido, porque los textos que alega, dice Orígenes, son los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismos que leemos hoy en el Cánon de los Evangelios.

Ebión, salido del judaismo, se apropia el Evangelio de San Mateo; Marción, enemigo del Dios del Antiguo Testamento, el Evangelio de San Lucas; Valentin, perdido en los sueños de gnosticismo, el de San Juan; Taciano, apóstata de la verdadera fe, cría una combinación que llama él mismo, *la relación de los cuatro*.

Todos corrompen las narraciones de los Apóstoles, en provecho de sus principios, pero ninguno niega su orígen: al contrario, reprochando á los discípulos de Jesús sus errores de doctrina, reivindican el auténtico testimonio de los evangelios en cuanto á los acontecimientos

Audaces y maliciosos, no pueden, sin embargo, corromper de tal modo los libros originales que no se reconozca en ellos la huella de las Escrituras originales.

Marción, exclama Tertuliano, tú lo has hecho bien: el Cristo de tu evangelio es también mi Jesús; "*Cristus enim Jesus in evangelio tuo, meus est.*"

He aquí el testimonio de los escritores paganos y de los herejes de los primeros siglos; ese testimonio nos revela que los Evangelios, en esa época lejana, estaban ya en posesión de estado de su filiación legítima.

Los paganos y los herejes, lejos de disputar el origen apostólico de los evangelios, lo suponen, lo admiten y se apropian la autoridad de ese testimonio.

Orígenes, ese infatigable trabajador, cuyas obras, si las poseyéramos, formarían una biblioteca, presentó á mediados del siglo III una tabla comparada de los manuscritos evangélicos y en su comentario á San Mateo se expresa así:

"No hay más que cuatro Evangelios admitidos por la Iglesia que está bajo el cielo; *quæ sola in universa Eclasia quæ sub cælo est citra controversiam admittuntur.*"

Antes que él, habían consagrado estas conclusiones, por medio de solemnes confesiones, San Clemente de Alejandría, Tertuliano y San Ireneo.

"He aquí el orden de los Evangelios, dice el primero, desde luego los que contienen la genealogía del Salvador—es decir, el de San Mateo y el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de San Lucas;—después el Evangelio de San Marcos, escrito bajo el dictado de Pedro; en fin, el de San Juan, redactado á súplicas de sus amigos."

El doctor africano no es menos expreso: "Lo que es verdad, decía á sus enemigos, es lo que fué antes de vosotros; lo que fué antes de vosotros es lo que fué desde el principio; lo que fué desde el principio es lo que fué desde los Apóstoles; *Id verius quod prius, id prius quod ab initio, id ab initio quod ab Apostolis.*"

"Y lo que fué desde los Apóstoles, agrega, fué, con las cartas de San Pablo, el Evangelio de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas y de San Juan. En muchos lugares, repite Tertuliano, estos nombres sagrados como un eco lejano de las Iglesias primitivas."

San Ireneo había recibido de los labios de San Policarpo, su maestro, las enseñanzas del amado discípulo.

En los términos más claros y formales indica el orden de los Evangelios, sus circunstancias y su origen.

"San Mateo, dice, ha escrito su Evangelio en el lenguaje de los Hebreos, en la época en que los

Apóstoles Pedro y Pablo fundaban la Iglesia de Roma. Después de su muerte, Marcos, discípulo é intérprete de Pedro, nos dió por escrito las enseñanzas de su maestro. Lucas ha consignado en un libro el Evangelio que predicó el Apóstol San Pablo, de quien fué compañero. Después de éste, Juan, discípulo del Señor, el que había descansado en otro tiempo en su corazón, dió á luz su Evangelio, cuando moraba en Efeso."

"He aquí, dice en otro capítulo de sus obras, los cuatro climas del mundo, los cuatro puntos cardinales de la fe, las cuatro cabezas de querubines que sostienen el arca de Dios, la Santa Iglesia de Jesucristo."

Un monumento notable, descubierto en nuestros días por un sabio italiano, renombrado por su vasta y sólida instrucción, Muratori, bibliotecario de la biblioteca Ambrosiana de Milán, confirma los testimonios que acabamos de citar.

"Este un manuscrito, cuyo texto latino, dice el P. Monsabré, mal copiado por la edad media, data, si se da crédito á los más hábiles cartógrafos, de la segunda mitad del siglo II. El cánon de los libros del Nuevo Testamento, está fijado allí casi en el mismo orden y en los mismos números que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestro cánon actual, formado por el Concilio de Trento; y, aunque los textos relativos á San Mateo y á San Marcos han desaparecido del manuscrito, no puede dudarse de su anterior existencia, porque él asigna el tercero y cuarto lugar á San Lucas y á San Juan."

Estas confesiones se remontan, como acaba de decirse, á la segunda mitad del siglo II, nos hacen tocar casi á los tiempos apostólicos y proclaman el origen de los Evangelios que el mundo cristiano venera.

Pero podemos avanzar más.

San Justino, en sus escritos, hace diez y ocho veces mención de los Evangelios, á los que él llama Escrituras, Memorias y Comentarios de los Apóstoles.

En sus demostraciones y exposiciones ha mezclado textos manifiestamente tomados de las narraciones apostólicas.

Las mismas citaciones se encuentran en la Epístolas de San Policarpo, de San Ignacio, ds San Clemente, de San Bernabé y en muchas obras que la crítica de los autores atribuye al período apostólico.

Berget, apologista del último siglo, se expresa de

este modo: "Los Evangelios son materia de un gran número de escritos. Los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de San Pablo, las de San Pedro y las de San Juan, repiten, confirman y suponen los mismos hechos que los Evangelios. Todos estos monumentos forman una cadena de testimonios en que se apoya la historia, que jamás se desmienten."

Puede, en consecuencia, afirmarse que desde los primeros años de la Era Cristiana los Evangelios han sido considerados como un fondo común, á donde la apologética y la predicación han ido á buscar un argumento irresistible: el argumento de la autoridad.

Se objeta que las citaciones de los Padres apostólicos no son exactas, que nunca hacen conocer los nombres de los autores.

"Nada de serio tienen estas dificultades, dice el P. Monsabré, si se recuerda que los Padres citaban las más veces de memoria; que fundían, como se practica hoy, los textos en sus propios discursos; que las falsificaciones del error no les obligaban todavía, á rectificaciones precisas y cuidadosamente anotadas y á que su principal mane-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra de hablar en sus discursos era haciendo alusiones."

La alusión no es posible, sino en un medio en que generalmente se conocen las palabras y los hechos que forman su objeto: y tal era la primitiva Iglesia.

"Un hombre desconocido, continúa diciendo el P. Monsabré, aparece repentinamente en una ciudad. Su túnica desgarrada, sus piés desnudos y polvosos, su barba inculta, su rostro pálido y fatigado, pero más aún el brillo de su mirada, las vibraciones de su voz y los extraños discursos que de sus labios brotaban, atraían la atención de la muchedumbre, ávida siempre de cosas nuevas."

"Estaba de pie, en medio de la plaza pública, como una estatua llena de oráculos, ó como un semidios caído del Olimpo. Contaba, durante días enteros y hasta en mitad de la noche, la historia tierna, dolorosa, admirable de un hombre á quien llamaba su maestro, su salvador y su Dios."

"Hacía llover de sus manos benditas mil prodigios bienhechores. Las almas se inclinaban ante tal poder; los corazones se fundían al relato de amor tan grande; los espíritus abrían sus puer-

tas al río de la redención. Una sociedad nueva nacía en el seno de aquella á la que el error y el abuso habían corrompido. Después, el Apóstol extendía los brazos, besaba al más anciano y al más santo de sus nuevos hijos y dejaba caer de sus ojos, más bien que de sus labios, el adios, el triste adios que separa á los que se aman aquí abajo. Pero entonces mil voces suplicantes se elevan hacia él y le piden un recuerdo permanente de la buena nueva que les había anunciado. De aquí los Evangelios, que se comunicaban de una Iglesia á otra y que se leían todos los domingos en las Asambleas públicas, como nos lo enseña San Justino."

"Con piadosa avidez era escuchado, y sus máximas, sus preceptos, sus consejos y sus narraciones, entraban profundamente en la memoria de los cristianos."

"Un texto acortado, una palabra al pasar, una simple alusión, bastaban para despertar todo un mundo de enternecedores recuerdos."

"Las palabras del Apóstol vibraban todavía, y las líneas inmortales que había escrito, pasaban vivas ante los espíritus de aquellos á quienes se dirigía el nuevo predicador de la vida eterna."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"¿Para qué, entonces, pregunta el P. Monsabré, sirven las citaciones amoldadas en el original, los nombres de los autores y todas esas minuciosas precauciones que tomamos hoy, para un público indolente y preocupado, que tal vez nunca ha aprendido de memoria una página de las Santas Escrituras?"

Los escritores sagrados y los Padres apostólicos, hacían lo que se hace hoy cuando se recuerda una frase ó una enseñanza, utilizando las palabras de un autor ó de un personaje conocido.

Cuando se quiere hacer conocer el abuso del despotismo, se recuerda aquella frase: *El Estado, soy yo.* Cuando se quería ensalzar en Francia la grandeza de un imperio, se decía: *El Imperio es la paz.* Cuando entre nosotros se quieren ponderar las ventajas de un carácter enérgico, se recuerdan las palabras: *¡Ahora, ó nunca.* Cuando se quiere glorificar en nuestras escuelas liberales al hombre que encarnó sus ideas en la gobernación de la cosa pública, se traen á la memoria estas palabras: *El respeto al derecho ajeno, es la paz.*

Basta enunciar esta ú otras fórmulas, para que los espíritus que las recogen sepan quiénes las pronunciaron; el orador no necesita decirlo: la

alusión basta, porque las palabras que forman su objeto, son conocidas en el medio en que se vierten.

No hay, pues, que desconocer la eficacia del testimonio apostólico, sólo porque no se hacen las citaciones precisas y se omiten los nombres de los autores.

Ya se ve cómo los paganos y los herejes de los primeros tiempos, y cómo los escritores católicos, los Padres de la Iglesia, desde el segundo siglo de la Era Cristiana, reconocían el origen apostólico de los Evangelios y lo afirmaban, no como una cosa conocida sólo de los sabios, sino como una cosa aceptada por la sociedad entera. Es imposible, al sentido común, concebir que los Evangelios hayan podido pasar, sin que nadie se apercibiera de ello, de un origen bastardo á una posesión de estado tan clara, en el brevísimo espacio de tiempo que media entre el testimonio de San Ireneo y el de San Juan, su padre en la fe.

¿Y los ojos de la crítica moderna, son tan penetrantes, que hayan visto lo que no vió la sociedad que vivía cerca de los orígenes del cristianismo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿No habrían podido los paganos despreciar libros de un nacimiento problemático?

¿No habrían podido las Iglesias apostólicas, haber dicho: hemos oído la palabra bendita de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; pero jamás hemos visto sus Evangelios?

Y sin embargo, no ha sido así.

El paganismo y la herejía y los ortodoxos, proclaman el limpio origen de los Evangelios.

Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Roma, Corinto, Efeso, Filipos, Tesalonia, El Asia, Africa y la Europa, unánimemente, proclaman su filiación apostólica.

Los evangelios han llevado siempre los nombres de los padres á quienes pretenden pertenecer. Los Apóstoles los han tratado siempre como á hijos legítimos y han provisto en esta cualidad á su establecimiento.

Han sido reconocidos como tales por la sociedad y por toda una familia de escritos que han brotado del mismo espíritu que á los Evangelios anima.

Hay, por lo mismo, para ellos, la posesión constante del estado de hijos legítimos.

Son, pues, auténticos.

A esta conclusión llegamos en nuestro precedente artículo.

Aquí podíamos detenernos; pero como, en una cuestión de tal magnitud, la abundancia de pruebas no sería inútil, vamos á confirmar lo que hasta aquí dejamos dicho, por la comparación de los textos.

Un crítico contemporáneo, Wallon, en su obra intitulada: «La Creencia en el Evangelio,» establece su autenticidad y su orden de origen, por medio de un razonamiento que, á nuestro juicio, es victorioso.

De todos los libros del Testamento Nuevo, dice el afamado escritor, las Epístolas de San Pablo son sin duda, las que menos se combaten.

Nada más preciso, en efecto, que los infinitos detalles que ellas encierran: los tiempos del gran Apóstol allí tienen vida, se ve como se agita en derredor de él la sociedad contemporánea, con sus costumbres, sus usos, sus luces, sus errores y sus vicios. San Pablo mismo aparece en ellas en todo el esplendor de su espíritu, en toda la indomable fiereza de su carácter, en toda la fuerza y ardor de su celo, en toda la perseverancia de sus desig-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿No habrían podido los paganos despreciar libros de un nacimiento problemático?

¿No habrían podido las Iglesias apostólicas, haber dicho: hemos oído la palabra bendita de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; pero jamás hemos visto sus Evangelios?

Y sin embargo, no ha sido así.

El paganismo y la herejía y los ortodoxos, proclaman el limpio origen de los Evangelios.

Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Roma, Corinto, Efeso, Filipos, Tesalonia, El Asia, Africa y la Europa, unánimemente, proclaman su filiación apostólica.

Los evangelios han llevado siempre los nombres de los padres á quienes pretenden pertenecer. Los Apóstoles los han tratado siempre como á hijos legítimos y han provisto en esta cualidad á su establecimiento.

Han sido reconocidos como tales por la sociedad y por toda una familia de escritos que han brotado del mismo espíritu que á los Evangelios anima.

Hay, por lo mismo, para ellos, la posesión constante del estado de hijos legítimos.

Son, pues, auténticos.

A esta conclusión llegamos en nuestro precedente artículo.

Aquí podíamos detenernos; pero como, en una cuestión de tal magnitud, la abundancia de pruebas no sería inútil, vamos á confirmar lo que hasta aquí dejamos dicho, por la comparación de los textos.

Un crítico contemporáneo, Wallon, en su obra intitulada: «La Creencia en el Evangelio,» establece su autenticidad y su orden de origen, por medio de un razonamiento que, á nuestro juicio, es victorioso.

De todos los libros del Testamento Nuevo, dice el afamado escritor, las Epístolas de San Pablo son sin duda, las que menos se combaten.

Nada más preciso, en efecto, que los infinitos detalles que ellas encierran: los tiempos del gran Apóstol allí tienen vida, se ve como se agita en derredor de él la sociedad contemporánea, con sus costumbres, sus usos, sus luces, sus errores y sus vicios. San Pablo mismo aparece en ellas en todo el esplendor de su espíritu, en toda la indomable fiereza de su carácter, en toda la fuerza y ardor de su celo, en toda la perseverancia de sus desig-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nios, en todas las preocupaciones de su apostolado, en todo el movimiento de su vida.

Allí las formas de la argumentación y del estilo, descubren su origen y muestran el noble desdén de que hace ostentación, cuando se trata de las habilidades del discurso humano.

Las cartas, evidentemente hacen, conocer el tiempo en que se escriben y revelan quien es su autor.

Poniendo en contacto las *Cartas* de San Pablo, con *Los Hechos de los Apóstoles*, que es otro de los libros del Nuevo Testamento, y comparando unas y otros queda, á cada instante, sorprendido el lector del mutuo acuerdo que entre ambas obras existe.

La época, las personas, los movimientos y los hechos, todo se asemeja.

Si San Pablo está todo entero en sus *Epístolas*, está todo entero, también, en el libro que se intitula: *Los Hechos de los Apóstoles.*

Sólo un discípulo, un amigo, un compañero del Apóstol ha podido componer este último libro.

Y si esto es así, ¿qué cosa nos impide llamar á este discípulo, á este amigo, á este compañero de

San Pablo, qué nos impide, repetimos, llamarle San Lucas, como le llama la tradición?

Y si San Lucas es el autor del libro de "*Los Hechos de los Apóstoles*" es preciso reconocerle como autor del tercer Evangelio.

No solamente estas dos producciones son del mismo estilo y acusan una misma paternidad, sino que las dos forman un todo, cuya primera parte es el Evangelio y Los Hechos de los Apóstoles, la segunda.

El mismo autor lo afirma y comienza su segunda narración en el punto en que dejó la primera.

"He hablado en mi primer libro,—dice San Lucas al comenzar el libro de "Los Hechos de los Apóstoles,"—de todo lo más notable que hizo y enseñó Jesucristo, desde su principio y hasta el día en que fué recibido en el cielo, después de haber instruido por el Espíritu Santo á los Apóstoles que El había escogido."

Estas palabras revelan con toda evidencia, aun al ánimo más preocupado, que la primera parte de la obra que escribió San Lucas, es su Evangelio.

Así como en "Los Hechos de los Apóstoles" en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contramos en las transcritas palabras ese prólogo brevísimo, también encontramos otro prólogo igualmente conciso en el Evangelio que escribiera el amigo y compañero de San Pablo.

"Ya que muchos han emprendido—dice San Lucas, al comenzar su Evangelio,—ordenar la narración de los sucesos que se han cumplido entre nosotros, conforme nos los tienen referidos aquellos mismos que desde su principio han sido testigos de vista, y ministros de la palabra evangélica: pareciome también á mí, después de haberme informado de todo exactamente desde su primer origen, escribírtelos por su orden, oh dignísimo Theophilo, á fin de que conozcas la verdad de lo que se le ha enseñado."

Estas palabras ponen de resalto que el Evangelista, para escribir la obra que dirigía á Theophilo, había tenido cuidado de instruirse exactamente de todos los sucesos que habían referido otros que fueron testigos de vista y ministros de la palabra evangélica.

Leyendo atentamente el Evangelio de San Lucas y poniéndolo en presencia de los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, se ve desde luego que en estos dos últimos están los documentos

preciosos á que hace referencia San Lucas en la introducción de su Evangelio.

San Mateo se dirige á los judíos y se aplica á probar que Jesucristo Nuestro Señor es el Mesías que ellos aguardaban; el verdadero hijo de David nacido de la Virgen, tan solemnemente anunciada por Isaías; objeto de las profecías; más poderoso en prodigios que Moisés y que Elías, transformador de la ley y maestro del Universo.

Todo el Evangelio de San Mateo es una demostración que hacía el Apóstol al pueblo de Dios; tendía á poner de resalto al hombre incomprensible que borra las personalidades más poderosas de la antigüedad sagrada. Por eso el Evangelio de San Mateo es llamado *Evangelio corporal*.

Los detalles minuciosos y el encadenamiento de los hechos no aparecen en este Evangelio: está redactado como esas memorias sin orden en que el escritor consagra su pluma, más que á los hechos, á una doctrina

San Marcos escribe para un pueblo extraño á las instituciones judías y pasa sobre las instituciones que á esos pueblos se refieren. Su Jesús no tiene infancia, aparece inmediatamente en el ejercicio de su poder soberano. Sin embargo, cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do se ha leído á San Mateo, se advierte desde luego que el discípulo de Pedro trabajaba sobre este primer Evangelio, que en cierto modo continúa, pero fijando la cronología despreciada por San Mateo y poniendo en orden los acontecimientos.

Bajo el dictado de San Pedro, agrega circunstancias que en muchos lugares completan las memorias de sus predecesores.

San Mateo da la sustancia y San Marcos el orden de los hechos.

Leyendo, entonces, á San Lucas, se ve en su Evangelio la reproducción de los discursos que aparecen en San Mateo y en San Marcos, abundancia de detalles, rectificaciones definitivas del orden cronológico, las partes nuevas cuidadosamente intercaladas en los lugares en que se habían olvidado.

La estructura y la armonía del libro de San Lucas descubren, sin esfuerzo, que el compañero de San Pablo se ha instruído en los textos de San Mateo y San Marcos, que allí estaban muy extendidos.

Tal es el orden racional en que se han escrito los tres primeros Evangelios y tal es también es orden tradicional.

"La Alemania—dice el Padre Monsabrè—se ha entregado á las más violentas contorsiones de la crítica para encontrar un evangelio primitivo y típico que justificase las numerosas y notables semejanzas de esos tres Evangelios.

¿Pero para qué buscar ese evangelio primitivo, cuando la razón y la tradición pueden tan fácilmente explicar ese acuerdo? ¿Tenemos necesidad de un texto que tres hombres copien, cuando nada impide que se copie el uno al otro, conservando, sin embargo, el carácter personal de su trabajo?

Establecido el orden, la consecuencia es clara y de la más alta importancia.

San Lucas, autor de los Hechos Apostólicos, es evidentemente el autor del tercer Evangelio; el tercer Evangelio por su estructura y armonía supone una elaboración de los dos textos de San Mateo y de San Marcos: luego estos dos textos, concluye el Padre Monsabrè, son auténticos.

Hay un cuarto Evangelio, agrega el Padre Monsabré, que se distingue de los otros por su profunda originalidad.

¿Tenemos para él las mismas garantías de comparación que para los precedentes? Esto no es necesario: afirmado por la tradición, San Juan se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afirma él mismo: su alma virginal habla tan elocuentemente, su corazón deja escapar tales acentos, las formas de su narración son tan correctas, los personajes de quienes habla se dibujan con tal vigor, que la crítica más desconfiada ha rendido las armas cuando se trata de entrar en disputa con él.

Estudiando este Evangelio, se advierte desde luego que el autor se propone presentar á los enemigos de Cristo y al mundo todo, la divinidad del Verbo hecho Hombre.

Esta afirmación es lo que constituye, de principio á fin, el Evangelio de San Juan.

Sin embargo, por omisiones voluntarias, por alusiones transparentes y por esclarecimientos parciales, fácilmente se percibe que San Juan se refiere á otras narraciones y que su intento es conformarse á la autoridad de los tres precedentes Evangelios reconocidos por todas partes y por todas partes consagrados.

Los cuatro Evangelios se siguen uno al otro, se sostienen, se completan y se coronan.

Sus respectivos planes y sus íntimas relaciones, hablan tan elocuentemente en su favor, como las enseñanzas de la tradición.

Este orden respectivo, estas relaciones mutuas de los Evangelios, bajo este primer punto de vista, prueban sin duda su autenticidad.

El orden respectivo y las relaciones mutuas de los Evangelios, nos han llevado á establecer, de acuerdo con las confesiones de la tradición, su indiscutible autoridad.

No debemos, sin embargo, detenernos en nuestros estudios comparativos, bajo este primer punto de vista.

La Historia y la Geografía nos ministran preciosas observaciones.

Nadie ha puesto en duda que los autores de los Evangelios fueron hombres sencillos é ignorantes, incapaces, por su falta de cultura, de ningún artificio en la composición.

"Los duros hebraismos de que está lleno su estilo, dice el P. Monsabré, su negligencia de forma, el candor de que ellos se acusaban ingenuamente, son la garantía más segura de que no eran ni sabios ni hábiles. Era, entonces, más que probable, que al emprender relatar la historia y des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cribir los lugares, cayesen más de una vez en descuidos y groseros errores."

Más fácil era este peligro, si se considera que el estado político, civil, administrativo, religioso y topográfico de Judea, había sufrido en el curso de los dos primeros siglos, numerosas y continuas modificaciones.

Aun hombres ilustrados, como Tito Livio, han pagado, incurriendo en graves faltas, su alejamiento de la época y de los lugares que han querido describir.

Y sin embargo, con gran sorpresa y admiración de la crítica, todo lo que los Evangelistas refieren, con respecto á las personas, á las instituciones, á las costumbres, á los países y aun á los lugares pequeños de la Judea, reviste la exactitud más completa.

Nada hay en el Evangelio que esté fuera de su sitio.

Los Reyes, los Tetrarcas, tienen el carácter que les atribuyen los historiadores más fieles; Herodes es pérfido y vengativo, como lo describe Josefo; Pilato viene á su tiempo; los grandes sacerdotes se suceden en un orden singular que atestigua la presión de una potencia extranjera.

Las guarniciones romanas están en su puesto; los Césares ejercen por medio de sus procuradores los derechos que les da la conquista; los judíos se muestran impasibles queriendo sacudir el yugo del extranjero; el desprecio y horror que profesan á los Publicanos y á los Samaritanos, están pintados al natural; las sectas de los Fariseos y de los Saduceos, hablan el lenguaje que les conviene; no se olvidan ni se confunden las monedas y medidas que están en uso.

"Orientación de los continentes, dice el Padre Monsabré, límites de los territorios, nombres antiguos y trasformados de las ciudades, villas pequeñas, castillos, fortalezas, desiertos, colonias, lagos, ríos, torrentes, arroyos, pozos, jardines, naturaleza de los terrenos, todo está allí admirablemente descrito y señalado."

"Y á tal extremo, que un protestante dice: Estos documentos sagrados, constituyen sin comparación, la guía más instructiva y más interesante que el viajero en Oriente puede consultar con la mayor confianza.»

Renan, en el estudio que hace sobre los cuatro Evangelios, en la introducción á su "Vida de Jesús," después de ciertas explicaciones, se expresa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

así: "En suma yo admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. Todos á mi juicio ascienden al primer siglo y *son poco más ó menos de los autores á quienes se atribuyen.*»

A esta confesión, la más importante que hayan hecho los incrédulos sobre la autenticidad y la credibilidad histórica de los Evangelios, desde que los puso en duda una ciencia falsa, añade Renan, una confirmación que le es enteramente personal y que viene a comprobar una vez más la admirable exactitud histórica y geográfica de esos libros que constituyen el más preciado tesoro de los cristianos.

"A la lectura de los textos, dice Renan, he podido agregar una circunstancia de grande influencia para ilustrar este punto: la vista de los sitios en que pasaron los acontecimientos. Teniendo por objeto la misión científica que yo dirigí en 1860 y 1861, la exploración de la antigua Fenicia, tuve que residir en la frontera de la Galilea y que bajar por ella con frecuencia. Atravesé en todas direcciones la provincia evangélica, visité Jerusalén, Hebrón y Samaria, no dejando de examinar casi ninguna localidad importante de la historia de Jesús."

"Toda esta historia, que á cierta distancia parece flotar en las nubes de un mundo sin realidad, adquirió así un cuerpo, una solidez, que me admiraron."

"*La notable correlación entre los textos y los lugares*, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de cuadro, fueron para mí como una revelación. *Tuve á mi vista un quinto Evangelio* destrozado, pero legible aún, y pude ver, mover y vivir, *al través de las narraciones de Mateo y Marcos*, en lugar de un ser abstracto que parecía no haber existido jamás, una admirable figura humana."

Estas preciosas confesiones que hace la incredulidad en el siglo XIX, vienen á poner más de resalto la autenticidad de los cuatro Evangelios.

Si como ya dijimos, y lo comprueban además las transcritas palabras de Renan, no hay un error, en las descripciones minuciosas y en los detalles casi infinitos escritos las más veces sin intención; si no hay un error, y los Evangelistas son hombres sin cultura, ignorantes, inhábiles, bajo el punto de vista de la composición, ¿cómo explicar tan portentoso fenómeno?

No cabe otra solución más que afirmar que

ellos han visto todo, en compañía de aquél cuya historia refieren.

La presencia en los sitios de que hablan en sus escritos, en medio de las poblaciones que tan admirablemente pintan en los tiempos cuya historia relatan, se hace de tal manera necesaria, que sin ella, como observa el P. Monsabré, esos escritos ofrecieran la enigmática contradicción de la inocencia y la rudeza unidas á la ciencia y á la habilidad más refinada.

Si hemos hecho notar que los Evangelios están en la posesión de estado de su autenticidad, en la comparación de los textos hemos descubierto una fisonomía que nos revela su edad y signos particulares que no se trasmiten, sino por una generación auténtica.

La tradición nos presenta todos los títulos de un origen legítimo; la ciencia confirma ese origen.

La justicia, entonces, y el buen sentido nos arrancan irremediablemente esta consecuencia:

Los Evangelios son auténticos.

La originalidad del texto evangélico, la imperfección é incorrecciones de su estilo, las combina-

ciones y el empleo de palabras desconocidas de los clásicos, se oponen, como se ha observado ya juiciosamente, á toda idea de un retoque de los Evangelios y podrían considerarse como una garantía suficiente de autenticidad.

Sin embargo, estudiando el medio en que se han propagado los Evangelios, se llega sobre este punto á una certidumbre completa.

Cualquiera que sea la opinión de los incrédulos, respecto á la inspiración de las Escrituras Santas, es enteramente cierto que desde el origen del cristianismo, una multitud inmensa ha creído en la inspiración divina de los libros que las componen, y ha expresado su creencia por una constante veneración.

Con razón ó sin ella, lo que no es del caso examinar por ahora, cada cristiano tenía la convicción profunda de leer en el texto sagrado la palabra misma de Dios.

De aquí procedían el terror piadoso y la indignación santa que se manifestaban cada vez que se oía hablar de una falsificación ó de una simple anotación que se hacía en aquellos libros.

San Jerónimo acepta, temblando, la orden que le diera el Papa Dámaso, para traducir las Escri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turas en lengua vulgar: temía que se le fuese á tener por un falsario.

Orígenes declara que no hay una *coma*, siquiera, sin designio en las letras divinas.

San Justino condena á los que alteran el texto sagrado, reputándolos más culpables que aquellos que adoraban al Becerro de oro.

Sólo los apóstoles de Satanás, en sentir de Dionisio de Corinto, son capaces de tal crimen.

Tertuliano llena de anatemas á Marcion, porque se ha atrevido á deslizar sus errores en el texto de San Lucas.

San Ireneo olvida la dulzura de su carácter y de su nombre, que significa *pacífico*, para aplastar á los corruptores del Evangelio bajo el peso de sus imprecaciones y sus reproches.

Así se cuidaba por los pastores y por los fieles de la Iglesia Católica, desde sus principios, la pureza virginal del texto divino.

Y es de advertirse que los libros del Nuevo Testamento no estaban escondidos ni depositados en el Arca Santa: se leían en todas las Iglesias, andaban en todas las manos.

"Cada cristiano, dice el P. Monsabré, quería tener el Evangelio en sus manos: el uno para em-

balsamar su sepulcro, el otro para guardarlo bajo sus vestiduras á fin de encontrar en él fuerza y valor, en los días malos de las persecuciones.

Refiere la historia que Santa Cecilia, la excelsa virgen romana, llevaba siempre sobre su pecho el Evangelio de Cristo.

Y no sólo ella, legiones de almas puras y vigorosas, enamoradas de belleza adorable de Cristo, iban á templar, en la lectura de su vida, su virtud y su fe.

Las copias del Evangelio se multiplicaban por ese motivo prodigiosamente; se estiman en treinta mil las copias que existían al principio del segundo siglo de la Era Cristiana.

Era imposible, entonces, la falsificación de esas copias, defendidas con tanto celo por los pastores de la Iglesia, respetadas como cosas divinas y besadas con amor, como si llevasen en ellas misma la huella de los labios de Cristo.

Y, sin embargo, ha habido hombres en diversos tiempos, que demasiado orgullosos para someterse á la letra del Evangelio, han tratado de sujetar los libros santos á una tortura que los deshonraba.

"La letra se plegaba bajo su pluma, añade el P.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Monsabré, á sentidos que jamás había expresado, y bajo el patrocinio de un nombre santo, aparecían de repente mil errores que podían pasar por verdades á los ojos de los incautos."

"Entonces se alzaba un gemido en el rebaño de Cristo; se hacía escuchar la voz de los pastores que vigilaban el redil; los doctores hacían oír su palabra como un trueno, y se redoblaba por todas partes el piadoso respeto á los libros que habían quedado puros y sin mezcla."

En este medio se han propagado los Evangelios: de un lado un pueblo celoso de su integridad, como es celoso un hijo de la honra de su padre; de otro, sectas enemigas dispuestas siempre á corromper la virginal pureza de esos libros.

"Ha habido desde que se escribieron los Evangelios, dice Augusto Nicolás, dos comprobantes ó registros que han asegurado su autenticidad original y su constante integridad, con tanta más certeza, cuanto que esos dos comprobantes ó registros, enemigos mutuos, se comprobaban ó registraban ellos mismos recíprocamente, formando así una garantía humanamente infalible, vista la oposición de sus elementos. Estos dos registros son el de la fe y el de la impiedad."

"La tradición cristiana, tradición pública en los fieles y vigilante en sus pastores, ofreciendo por esto ella misma una doble garantía, se ha hecho cargo de los Evangelios desde su redacción. Nos los muestra bajo la pluma en cierto modo de los Evangelistas é inmediatamente sirviendo de lectura y de testimonio en las congregaciones de los fieles y en los escritos de los confesores, sin que haya habido el menor intervalo de tiempo para que pudiera formarse sobre ellos una leyenda."

"Al mismo tiempo, los herejes, los judíos, y los filósofos comienzan, ó más bien, continúan aquella guerra que comenzó en torno mismo de Jesucristo, y al fuego de la cual se escribieron los Evangelios. Vigilan sobre su autenticidad y su fidelidad histórica, y estas son tan evidentes, que se atreven ellos á todo, pero sin que se les ocurra negarlos."

"Los cuatro Evangelios llegan á ser el documento común, el terreno del combate."

"Así no ha cesado de darse traslado, de comunicarse estas probanzas, este protocolo de la parte adversa, desde el origen del proceso, á todos los adversarios que figuran en él contra nosotros. Lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándoles á discutirlo, oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para la defensa ó el ataque: han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrílegas."

"¿Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, continúa diciendo Augusto Nicolás, se nos había de redargüir de falso este protocolo, estas probanzas que han tocado sus manos durante dieciocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones y manchado con el veneno de su impiedad?"

"Esto no sería admisible, responde el sabio escritor, jamás lo ha sido, porque nunca se les han ocultado las Escrituras que se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían."

"Imposible es, repetimos, una falsificación en el texto de los Evangelios, dado el medio en que fueron propagados."

"Admirable es, concluye el Padre Monsabré,

esta singular disposición de la Providencia que pone la fidelidad de los hijos de Dios, bajo la protección de aquellos mismos que tratan de corromperla."

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Para juzgar del valor histórico de un libro antiguo, preciso es conocer la persona y las cualidades del escritor, tener la certidumbre de que su obra ha llegado hasta nosotros sin sufrir alteración notable y tener noticia de la ciencia, del discernimiento y de la probidad del autor.

Desde la más alta antigüedad, la Iglesia cristiana ha reconocido cuatro Evangelios, ni más ni menos, y los ha atribuido á cuatro autores determinados, de los cuales, dos, Mateo y Juan, pertenecen al Colegio Apostólico, y dos, Marcos y Lucas, eran discípulos de los Apóstoles.

Tertuliano, que escribió al fin del siglo II, se expresaba así: 'Tenemos para instruirnos en la fe, entre los Apóstoles, á Juan y Mateo, y para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándoles á discutirlo, oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para la defensa ó el ataque: han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrílegas."

"¿Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, continúa diciendo Augusto Nicolás, se nos había de redargüir de falso este protocolo, estas probanzas que han tocado sus manos durante dieciocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones y manchado con el veneno de su impiedad?"

"Esto no sería admisible, responde el sabio escritor, jamás lo ha sido, porque nunca se les han ocultado las Escrituras que se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían."

"Imposible es, repetimos, una falsificación en el texto de los Evangelios, dado el medio en que fueron propagados."

"Admirable es, concluye el Padre Monsabré,

esta singular disposición de la Providencia que pone la fidelidad de los hijos de Dios, bajo la protección de aquellos mismos que tratan de corromperla."

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Para juzgar del valor histórico de un libro antiguo, preciso es conocer la persona y las cualidades del escritor, tener la certidumbre de que su obra ha llegado hasta nosotros sin sufrir alteración notable y tener noticia de la ciencia, del discernimiento y de la probidad del autor.

Desde la más alta antigüedad, la Iglesia cristiana ha reconocido cuatro Evangelios, ni más ni menos, y los ha atribuido á cuatro autores determinados, de los cuales, dos, Mateo y Juan, pertenecen al Colegio Apostólico, y dos, Marcos y Lucas, eran discípulos de los Apóstoles.

Tertuliano, que escribió al fin del siglo II, se expresaba así: 'Tenemos para instruirnos en la fe, entre los Apóstoles, á Juan y Mateo, y para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afirmarnos en ella, tenemos entre los hombres apostólicos, á Lucas y á Marcos."

Como lo hemos indicado ya en nuestros precedentes artículos, durante mil ochocientos años, nada había venido á quebrantar esta creencia constante.

El racionalismo, para eliminar la fe en lo sobrenatural, fué el que se atrevió á negar la autenticidad de los Evangelios.

Esta negación era una consecuencia legítima del principio fundamental de la escuela incrédula.

Si los Evangelios son auténticos, ellos nos presentan, sobre la vida de Jesús, el testimonio de testigos oculares, ó cuando menos, de discípulos cercanos á éstos testigos; testimonios recogidos en épocas muy cercanas á los acontecimientos, y cuya exactitud histórica podía, por lo mismo, comprobarse con facilidad.

Si los Evangelios no son auténticos, entonces se pueden atribuir á autores desconocidos, sobre cuya ciencia y sobre cuya probidad, no se podría tener garantía; se puede asentar, entonces, que fueron compuestos en una época en que los testigos oculares habrían desaparecido, y en consecuencia, sus narraciones quedaban desprovistas de toda eficacia.

Por esto es necesario estudiar un poco más á fondo, aunque con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, la autenticidad de los Evangelios.

Comenzando por el de San Mateo, podemos producir testimonios explícitos ó implícitos, que atestiguan que este Evangelio fué escrito por este sencillo Apóstol, y podemos también presentar indicios que el mismo Evangelio ministra para probar su autenticidad.

El primer testimonio explícito que podemos invocar para sostener que el Evangelio de San Mateo fué escrito por este Apóstol, es el de Papías, Obispo de Hierápolis, en Frigia, y que floreció por el año 118 de la Era Cristiana.

Eusebio de Cesárea, en su Historia Eclesiástica, nos ha conservado estas palabras de Papías: "Mateo, por su parte, escribió los oráculos, en lengua hebrea."

Los racionalistas afirman que esa obra escrita por Mateo, y á que se refiere Papías, no es el Evangelio que nosotros conocemos.

Se fundan en que la palabra griega de que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

valió Papías, significa que lo que escribió Mateo fué una colección de *discursos* del Señor y no una relación ó historia de los hechos.

La respuesta es sencilla.

Papías, hablando de San Marcos, emplea, como sinónima, la palabra griega para expresar con ella las *palabras* ó *hechos* de Cristo.

Por eso Renan, en su obra titulada "Los Evangelios," página 79, confiesa que el escrito de San Mateo, de que habla Papías, puede contener muy bien la relación de los hechos.

El racionalismo hace otra objeción para eludir el valor probatorio del testimonio de Papías.

Afirma que era un hombre desprovisto de mérito, porque Eusebio dice que era una inteligencia mediana.

A esto debe responderse: 1°, que esta apreciación de Eusebio lleva el sello de exageración y no tiene otro fundamento que las opiniones milenarias de Papías; 2º, que las palabras mismas de Papías, citadas por Eusebio, muestran que este Padre estaba lleno de solicitud por recoger de los hombres apostólicos, la verdadera tradición de la Iglesia primitiva; y 3º, que un hombre de inteligencia relativamente limitada, aunque capaz de

gobernar una Iglesia, como Obispo, autor de una obra digna de fijar la atención de un sabio, como Eusebio, tenía, sin embargo, la discreción necesaria para discernir si el Apóstol Mateo había escrito ó no en hebreo una historia del Salvador.

Si la historia era distinta del Evangelio que conocemos, el escrito de Mateo, indicado por Papías, habría dejado entre los Padres del II siglo, algún vestigio de su existencia.

Y la verdad es que estos Padres no conocieron otro escrito de Mateo, más que nuestro primer Evangelio.

Por otra parte, Papías no era un hombre como los racionalistas lo suponen, fundados en la calificación de Eusebio.

Fué, como dicen los autores del "Diccionario de Ciencias Eclesiástica," varón *muy instruido y versado* en las Sagradas Escrituras.

El testimonio, pues, de este Padre, es irrefragable.

El testimonio de Papías, está apoyado por el de San Ireneo que, como ya hemos indicado, fué discípulo de San Policarpo, quien lo fué de San Juan.

Este ilustre Padre, educado en Asia, y después Obispo de Lyón y Mártir, es el más antiguo es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

critor que da los nombres de los cuatro Evangelistas: tenía sus libros en la mano y cita con frecuencia pasajes que encontramos en nuestros actuales Evangelios.

Taciano, discípulo de San Justino, que floreció en el siglo II, conocía tan bien nuestros Evangelios, que compuso una concordancia de ellos intitulada: *Diatessaron*, es decir, la obra de cuatro.

Tertuliano y Clemente de Alejandría, enumeran nuestros cuatro Evangelios é indican el orden según el cual fueron compuestas sus narraciones.

Por último, como ya hemos dicho, el "Canon fragmentario" descubierto por Muratori, menciona el tercer Evangelio como de San Lucas, el cuarto como de San Juan: no hay duda, entonces, que en la parte perdida de este manuscrito se hacía mención del de San Mateo y de San Marcos.

Estos testimonios directos, prueban, sin duda, la autenticidad del Evangelio de San Mateo.

Los testimonios indirectos acreditan la misma verdad.

Los antiguos manuscritos y las antiguas versiones del Nuevo Testamento, así como las citaciones que de él hacen los escritores de los primeros siglos, no dejan lugar á duda alguna.

Todos los manuscritos antiguos llevan en la cabeza del primer Evangelio: "Según San Mateo."

Entre estas versiones, hay dos: la latina y la siriaca que remontan á la primera mitad del segundo siglo.

San Clemente de Roma, San Policarpo, San Ignacio de Antioquía, citan las palabras del Salvador consignadas en este Evangelio.

El libro intitulado "Doctrina de los Apóstoles," cuyo texto primitivo se ha descubierto recientemente y que remonta al fin del primer siglo, nos presenta muchas sentencias de Nuestro Señor, relatadas casi á la letra en nuestro Evangelio de San Mateo.

Las obras de San Justiniano están llenas de citaciones casi textuales de este Evangelio.

Por Orígenes sabemos que el pagano Celso lo tenía en sus manos.

Por San Epifanio nos consta que los Nazarenos y los Ebionitas conservaban el Evangelio de San Mateo.

Valentín y Basílides se servían de él para apoyar sus errores.

De todos estos documentos resulta que, en el segundo siglo, el Evangelio de San Mateo, tal co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo lo poseemos hoy, era conocido y aceptado por todas partes, como la obra de este Apóstol, no sólo por los católicos, sino por los herejes y por los infieles.

"Debemos concluir, entonces, dicen los autores del Diccionario Apologético, que desde el primer siglo debió haberse tenido por auténtico este Evangelio en Palestina, en donde fué compuesto; de no ser así, no podría explicarse cómo las Iglesias, en tan poco tiempo, se habrían puesto de acuerdo para considerarlo como tal.

Si desde el primer siglo fué atribuido á San Mateo, en el mismo lugar en que fué publicado, no puede ponerse en duda que fuera de este Apóstol.

Un falsario no habría podido prosperar, no habría podido hacer que su obra pasara por la de un Apóstol, entre los fieles que eran los discípulos inmediatos de los Apóstoles.

Por último, el Evangelio de San Mateo, según la tradición, se dirigía á los judíos, con el fin principal de confirmarlos en la fe, mostrándoles en Jesús de Nazareth, el cumplimiento de las profecías Mesiánicas.

Este primer Evangelio responde perfectamente á los datos tradicionales.

El Evangelista, siguiendo paso á paso al Salvador, hace notar que en su persona, se han cumplido las profecías de la ley antigua.

En más de veinte lugares, sin contar muchas alusiones, perfectamente transparentes, á estos divinos oráculos, nos lo hace notar así el autor de este Evangelio.

Así es que puede concluirse, dada la fuerza de estas observaciones, que el Evangelio de San Mateo es auténtico.

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN MARCOS.

Para el segundo, como para el primer Evangelio, el más grave testimonio es el de San Papías.

"El sacerdote Juan, dice este Padre de la Iglesia, contaba también que Marcos, el intérprete de San Pedro, escribió exactamente, aunque sin orden, las palabras y los hechos de Cristo. No había, en verdad, ni escuchado ni seguido al Señor, pero estaba unido á Pedro, el cual daba sus enseñanzas según era necesario, y no como quien expone por orden, los oráculos del Señor. De manera que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcos no ha hecho mal escribiendo así algunas cosas, según se las traía á su memoria el recuerdo. Una sola cosa procuraba con empeño, y era no omitir nada de lo que había oído, ni referirlo falsamente." 1

La evidencia de estas palabras, que brotaron de los labios de un escritor que, como dijimos, floreció por el año 118 de la Era Cristiana, ponen de manifiesto que desde aquella época era considerado San Marcos como autor del segundo Evangelio.

Los críticos modernos, para escapar á la evidencia de este testimonio, pretenden que el escrito de San Marcos, á que se refiere Papías, no es el Evangelio que con su nombre poseemos, sino que es un escrito de las predicaciones de San Pedro, y de las cuales se aprovechó el segundo Evangelista, haciendo en él cambios y adiciones.

La razón que aducen para fundar esta tesis, es que el escrito de Marcos era una compilación sin orden, según afirma Papías, mientras que nuestro segundo Evangelio ofrece sus narraciones bien combinadas.

La afirmación de Papías queda suficientemente

1 Eusebio.—Historia eclesiástica, III, 39.

justificada, si se atiende á que en el Evangelio de San Marcos se nota la ausencia de orden cronológico.

Así es que ante la razón tan trivial que invocan los racionalistas, debemos entender el pasaje de Papías, como lo ha entendido Eusebio, es decir, que ese pasaje se refiere al Evangelio canónico según San Marcos.

Entendiéndolo así, pondremos la enseñanza del Padre Apostólico en perfecto acuerdo con la de San Ireneo, que nos suministra este testimonio incontestable de los primeros siglos: "Marcos, dice San Ireneo, discípulo é intérprete de Pedro, nos ha dejado, también, por escrito, las cosas que habían sido predicadas por el Apóstol."

Este último testimonio queda precisado completamente por otros dos casi contemporáneos: el de Clemente de Alejandría, y Orígenes, quienes expresamente dicen que Marcos, en su Evangelio (el segundo Evangelio, dice Orígenes) consigna lo que había conservado en su memoria de las enseñanzas de Pedro.

La Iglesia de Occidente no ha enmudecido con respecto al hecho que nos ocupa.

El catálogo escriturario de Muratori (documen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to romano del segundo siglo) se abre por estas palabras, refiriéndose al segundo Evangelista: *quibus tamen interfuit et ita possuit*, lo que significa que el autor del segundo Evangelio estuvo presente á las predicaciones de Pedro é hizo de ellas una fiel relación.

Africa, nos dice á su vez, por boca de Tertuliano: "El Evangelio publicado por Marcos es el de Pedro, de quien Marcos era intérprete."

A estos testimonios directos que acreditan la autenticidad del segundo Evangelio, deben agregarse, según el sistema que venimos observando, los testimonios indirectos.

En todos los manuscritos y en todas las antiguas versiones, se encuentra el segundo Evangelio con esta inscripción: *según Marcos*.

Los Padres del segundo y del tercer siglo, raras veces citan este Evangelio: pero esto no es extraño, si se atiende á que los hechos que consigna San Marcos, están relatados equivalentemente por San Mateo ó por San Lucas.

Sin embargo, San Justino al recordar que los hijos del Zebedeo fueron llamados por el Señor, *hijos del trueno*, evidentemente tomó esta ense-

ñanza del Evangelio de San Marcos, porque es el único que da este detalle.

Y no es esta una simple conjetura; el mismo San Justino afirma que esto está escrito "*en los comentarios de Pedro*" y esto es, como si dijera, "*en el Evangelio de Pedro*," porque él llama á los Evangelios, *Comentarios de los Apóstoles*.

Los argumentos extrínsecos conducen á la misma conclusión.

La tradición primitiva atribuía la redacción del segundo Evangelio á San Marcos, discípulo de Pedro y establece que fué compuesto en Roma, viviendo el príncipe de los Apóstoles.

La estructura del segundo Evangelio responde á esa tradición. El es el que refiere con más minuciosos detalles y con circunstancias características los hechos de Cristo, de manera tan clara, que desde luego se ve que no han podido ser recogidos sino por un testigo ocular.

Aunque este Evangelio sea el más corto, es el más completo en datos, sobre los hechos de Pedro, particularmente sobre aquellos que no son honrosos para el Apóstol, como fué aquella triste circunstancia en que negó tres veces á su Maestro.

En cambio deja en la sombra lo que constituye

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la gloria de Pedro, por ejemplo, el magnífico elogio que rindió á su fe el Salvador, cuando acababa de confesarlo Hijo de Dios, ante sus compañeros en el Apostolado.

Por otra parte, el segundo Evangelio se refería especialmente á los Romanos.

A esto responde la cuidadosa traducción de las palabras hebreas que emplea en su libro y la explicación, no menos correcta, que hace de los usos de los judíos.

Así es que la autenticidad de este Evangelio, ante la más severa crítica, no puede ponerse en duda.

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN LUCAS.

El catálogo de Muratori nos presenta un testimonio irrefragable del segundo siglo.

"El tercer libro del Evangelio, dice este catálogo, es el Evangelio, según San Lucas, médico, á quien después de la Ascensión del Señor, asoció Pablo á sus trabajos.... escribía en su propio nombre, según las ideas de éste. No vió, sin embargo, al Señor en carne humana y á causa de esto

refiere los hechos como ha podido instruirse de ellos."

Tertuliano reprochó á Marción haber alterado el Evangelio de San Lucas. Este Evangelio, dice, está recibido por todas las Iglesias; Marción, al contrario, es un desconocido.

Revindica en favor de este escrito la autoridad misma de los Apóstoles, porque la composición de Lucas, agrega, se atribuye comunmente á Pablo.

San Ireneo se hace eco de la misma tradición: Lucas, dice, discípulo de Pablo, consigna en un libro el Evangelio predicado por éste.

Hace un análisis detallado del Evangelio de San Lucas, que responde exactamente al tercer Evangelio.

Clemente de Alejandría invoca, para probar algunas de sus aserciones, el Evangelio según Lucas, y Orígenes cuenta este Evangelio entre los cuatro que eran únicamente admitidos sin discusión en la Iglesia universal.

Existen, respecto de este Evangelio, como respecto de los anteriores, no sólo los testimonios directos que acaban de invocarse, sino también los indirectos.

San Justino, Padre del segundo siglo, refiere la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

historia de la Anunciación y da sobre el nacimiento del Salvador detalles que no se encuentran más que en San Lucas y dice que los Apóstoles en sus comentarios, llamados Evangelios, nos han enseñado que Jesús les dió orden de consagrar el pan y el vino, cuando después de haber tomado el pan y de haber dado gracias, dijo: "Haced esto en memoria de mí." Lucas es el único Evangelista que refiere estas palabras.

La carta de la Iglesia de Viena, documento del segundo siglo, aplica á los mártires de esa ciudad el elogio que San Lucas tributara al sacerdote Zacarías.[1]

Los Gnósticos rinden igualmente testimonio á la autenticidad de este Evangelio.

Basílides explica en sentido herético las palabras del Angel Gabriel á la Virgen María; Valentín, al decir de San Ireneo, emplea muchos textos sagrados que no se encuentran más que en San Lucas: En fin, Marción, desechando los otros Evangelios, sólo admite el de San Lucas, haciéndole sufrir interpolaciones y mutilaciones.

El pagano Celso habla de la doble genealogía de Jesús, de la aparición de los ángeles en la tumba del Salvador y encuentra que sobre este punto los Evangelistas están en contradicción, porque uno afirma que dos ángeles se aparecieron á las mujeres y otro afirma que uno solo.

1 Ap. Euseb. Histo. Ecles. V.—I.

Es, por tanto, evidente que, desde el segundo siglo, el tercer Evangelio era universalmente recibido como Libro Sagrado y se atribuía á San Lucas, discípulo de San Pablo.

Los argumentos intrínsecos engendran la misma convicción.

Considerando de cerca este Evangelio, se descubren en él muchos indicios que revelan la influencia de San Pablo y confirman la tradición, según la cual el tercer Evangelista es un discípulo del gran Apóstol, que se propuso reproducir en sus escritos las enseñanzas de su Maestro.

Desde luego, entre el tercer Evangelio y las Epístolas de San Pablo, se descubre una concordancia verbal de las más patentes.

Las palabras de la Institución de la Sagrada Eucaristía, están referidas de la misma manera que las consignó San Pablo en su primera Epístola á los Corintios;[1] mientras que son diferentes en San Mateo y San Marcos.

1 XI.—24.—25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El orden de las apariciones de Cristo, resulta ser el mismo en el tercer Evangelio que en la primera Epístola á los Corintios.[1]

Agreguemos que el estilo de nuestro Evangelista es más puro y menos sometido á hebraismos que el de los otros dos Sinópticos, cualidad que responde admirablemente al origen helénico y á la instrucción más esmerada de San Lucas, médico nacido en Antioquía, opulenta Capital de la Siria.

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

La fisonomía del cuarto Evangelio es enteramente distinta de la que presentan los tres que le preceden.

Es una obra aparte, escrita con un fin polémico especial, al que está subordinado todo en la elección de los hechos de la vida de Jesús que en él se relatan.

El autor quiere establecer la divinidad de Je-

1 XV.—5.—7.

sús contra las sectas heréticas que negaban este dogma.

La tradición antigua le señala además otro propósito: habiendo omitido los tres Sinópticos casi enteramente los hechos de Jesús, realizados en los dos primeros años de su vida pública, el autor del cuarto Evangelio se propone suplir ese silencio.

Toda la antigüedad proclama, unánime, como autor del cuarto Evangelio á Juan, el discípulo á *quien el Señor amaba.*

La incredulidad moderna, empeñada en negar la divinidad de Cristo, como algunas sectas antiguas, ha puesto en duda la autenticidad de este Evangelio en que irradia con el esplendor más vivo la verdad de este dogma.

Importa, de consiguiente, poner esa autenticidad en toda su luz.

Entre los testimonios formales de la antigüedad, que son los testimonios directos, ninguno es tan expresivo como el de San Ireneo, Obispo de Lyon, nacido y educado en Asia, en donde fué discípulo de San Policarpo, quien, á su vez, lo fué de San Juan.

San Ireneo se expresa así: En seguida Juan,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El orden de las apariciones de Cristo, resulta ser el mismo en el tercer Evangelio que en la primera Epístola á los Corintios.[1]

Agreguemos que el estilo de nuestro Evangelista es más puro y menos sometido á hebraismos que el de los otros dos Sinópticos, cualidad que responde admirablemente al origen helénico y á la instrucción más esmerada de San Lucas, médico nacido en Antioquía, opulenta Capital de la Siria.

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

La fisonomía del cuarto Evangelio es enteramente distinta de la que presentan los tres que le preceden.

Es una obra aparte, escrita con un fin polémico especial, al que está subordinado todo en la elección de los hechos de la vida de Jesús que en él se relatan.

El autor quiere establecer la divinidad de Je-

1 XV.—5.—7.

sús contra las sectas heréticas que negaban este dogma.

La tradición antigua le señala además otro propósito: habiendo omitido los tres Sinópticos casi enteramente los hechos de Jesús, realizados en los dos primeros años de su vida pública, el autor del cuarto Evangelio se propone suplir ese silencio.

Toda la antigüedad proclama, unánime, como autor del cuarto Evangelio á Juan, el discípulo á *quien el Señor amaba.*

La incredulidad moderna, empeñada en negar la divinidad de Cristo, como algunas sectas antiguas, ha puesto en duda la autenticidad de este Evangelio en que irradia con el esplendor más vivo la verdad de este dogma.

Importa, de consiguiente, poner esa autenticidad en toda su luz.

Entre los testimonios formales de la antigüedad, que son los testimonios directos, ninguno es tan expresivo como el de San Ireneo, Obispo de Lyon, nacido y educado en Asia, en donde fué discípulo de San Policarpo, quien, á su vez, lo fué de San Juan.

San Ireneo se expresa así: En seguida Juan,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

discípulo del Señor, que se recostó sobre su pecho, publicó, él también, un Evangelio, cuando residía en Efeso.[1]

Estas palabras son tan claras, la indicación tan completa, el testigo de una competencia y de una autoridad tan grandes, que si no poseyésemos más que este testimonio único, bastaría para tener por indubitable la autenticidad del Evangelio de San Juan.

Pero no existe este solo testimonio: el Occidente y el Oriente se unen para corroborarlo.

La Iglesia de Roma nos hace conocer su pensamiento en el *Fragmento de Muratori* en el que se leen estas palabras: "El autor del cuarto Evangelio es Juan, uno de los discípulos. Como le exhortaran sus compañeros en el Apostolado y sus discípulos á escribirlo, él les dijo: "Ayunad conmigo desde hoy por tres días y nos comunicaremos mutuamente lo que haya sido revelado á cada uno. En la misma noche le fué revelado á Andrés que Juan lo escribiría todo en su nombre, y lo haría revisar por los demás."

Cualquiera que sea el valor histórico de esta narración, resulta ciertamente de las palabras ci-

1 Hœr. III.—1.

tadas que hacia el año ciento setenta, la Iglesia de Roma ponía fuera de duda que el Apóstol Juan había compuesto el cuarto Evangelio.

La Iglesia africana habla á su vez por boca de Tertuliano. Este Padre del segundo siglo distingue, como ya se ha hecho notar antes, con la mayor precisión entre los cuatro Evange-listas, dos Apóstoles, Juan y Mateo.

Afirma que antes de la aparición del Evangelio de Marción, otro Evangelio nos hace conocer la incredulidad de los hermanos del Señor, detalle que no nos es dado más que por San Juan[1]

En Egipto escuchamos por el mismo tiempo á Clemente de Alejandría, enseñándonos que "según la tradición de los antiguos, Juan, el último Evangelista, viendo que en los otros Evangelios se encontraban relatados los hechos, relativos al cuerpo de Cristo, él escribió, bajo la inspiración del Espíritu Santo y á solicitud de sus compañeros un Evangelio espiritual.[2]

La Siria nos ofrece el testimonio de San Teófilo de Antioquía que enumera á San Juan entre

1 VII-5.
2 Ap. Eus. Hist. Eccl. VI-14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los escritores inspirados y recita palabra por palabra el principio de su Evangelio.

Los testimonios formales no remontan más allá del segundo siglo; lo que no es de admirar, porque San Juan escribió al fin del primer siglo; pero en épocas más lejanas podemos recoger preciosos testimonios indirectos.

Estos los encontramos en las antiguas versiones, la itálica y la siriaca, que contienen el cuarto Evangelio, según San Juan y en las citaciones de los Padres.

San Ignacio de Antioquía, hablando del Espíritu de Dios, dice: "que El sabe de dónde viene y á dónde va, expresiones de que se vale San Juan en su Evangelio." [1]

El autor de la carta á Diognetes, habla del Verbo en los mismos términos que San Juan en la Introducción del Evangelio y en el diálogo de Jesús con Nicodemo.[2]

El autor de esa carta, se llama discípulo de los Apóstoles y habla del cristianismo como de un hecho nuevo y reciente. El conjunto de la carta

1 Ad Philad. 7.—Joan. III-8.
2 Epist. Ad. Drog. 7-10.

parece indicar que fué escrita en el siglo apostólico.

El autor de esa carta, según Lumpier y Galland, fué Apolo de quien se habla en los "Hechos de los Apóstoles," [1] como de un hombre muy elocuente y docto en las Escrituras, y según otros, fué un discípulo de los Apóstoles.

Diognetes, en opinión de Mohler, era un pagano convertido al cristianismo, preceptor y favorito de Marco Aurelio.[2]

San Policarpo, en su carta á los de Filipos, cita un texto de la primera Epístola de San Juan,[3] y es bien sabido, por confesión de los críticos, que esta Epístola es del mismo autor del cuarto Evangelio y supone su existencia.

San Papías, se sirve también de la primera Epístola de San Juan [4] y conocía, por lo mismo, el cuarto Evangelio.

San Justino cita las palabras de Cristo á Nicodemo con motivo de la necesidad del bautismo,[5] haciendo una alusión evidente á la objeción que

1 XVIII-24.
2 Diccionario de Ciencias Eclesiásticas.
3 Apud, Eus. Hist. Eccl. III-37.
4 Apud. Eus. Hist. Eccl. III-39.
5 Ioan. III-5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

este doctor hizo al Salvador,[1] y refiere exactamente cómo San Juan y de distinto modo que los Setenta, la profecía de Zacarías: "Dirigirán sus ojos hacia aquel á quien traspasaron."[2]

Taciano comienza su *Diatessaron* por el prólogo de San Juan; Apolinario, Obispo de Hierápolis, no pudo conocer, sino por el cuarto Evangelista, que Jesús celebró la Pascua el día catorce de la luna, que su costado fué abierto, estando en la cruz, y que de esa llaga salió agua con sangre.

Las citaciones de los antiguos gnósticos no son menos palpitantes.

Basílides, dice: "que en el Evangelio están escritas estas palabras: Era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo."[3]

Este filósofo nació á fines del siglo I, discípulo de Simón Mago y de Menandro.

Tolomeo cita expresiones de San Juan;[4] Teódulo hace recuerdo de estas palabras: "Padre santo, santifícalos en mi nombre:" y Heracleon escribió un comentario sobre el Evangelio de San Juan, del que Orígenes ha conservado algunos fragmentos.

San Juan murió al fin del primer siglo.

1 Tryph. 105.
2 Apol. I-52.
3 Philosoph. 7-22.
4 Ap. Epiph. Hær. 33.

Muchos de sus discípulos vivieron, sin duda, hasta la mitad del segundo.

Desde el siglo segundo toda la Iglesia poseía el cuarto Evangelio y lo atribuía sin vacilaciones ni oposición de ningún género á este Apóstol: de ese Evangelio se servía como de un libro inspirado.

¿Cómo explicar este fenómeno, si tal Evangelio, como quiere el racionalismo, salió, en el segundo siglo, de la mano de un falsario?

Los adversarios no han intentado la explicación: es absolutamente imposible.

Los argumentos intrínsecos inspiran la misma convicción: el cuarto Evangelio es de San Juan.

El mismo se designa en él con su nombre: *el discípulo, á quien amaba Jesús*, y éste, según toda la tradición, era San Juan.

Además, esto resalta del mismo libro.

El narrador, dicen los Autores del Diccionario Apologético, es ciertamente un judío de Palestina: cualquiera otro habría estado menos al corriente de las costumbres judías y de los detalles históricos y geográficos de este país.

El habla de Caná en Galilea, porque sabe que existe otro Caná en la tribu de Aser; conoce el sitio exacto de Cafarnaun; sabe que del otro lado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del mar de Tiberiades se levantan montañas; que en este lugar el lago es muy poco ancho para que se necesite emplear en costearlo á pie una noche y llegar en la mañana á Cafarnaun; describe detalladamente la piscina de Bethsaida; conoce la fuente de Siloë y calcula con precisión la distancia que hay de Jerusalén á Bethania; enumera las grandes fiestas de los judíos, designa la época en que estas se celebraban y hace notar que el octavo día de la *Scenopegia* era especialmente solemne.

En fin, estuvo presente á la crucifixión de Jesús y ha visto con sus propios ojos, brotar el agua y la sangre por su herida del costado.

Se necesita más aún, para caracterizar al autor y para que se excluya como tal, á cualquiera otro que no sea el Apóstol San Juan?

OBJECIONES CONTRA LA AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Para nadie que haya leído los tres primeros evangelios es una novedad el encontrar una gran-

de semejanza entre ellos, á partir del relato que contienen sobre la vida de Jesús.

Allí se encuentran referidos casi los mismos hechos, en el mismo orden y con mucha frecuencia se encuentran pasajes que se corresponden en los tres evangelios, casi palabra por palabra.

Pero, también, al lado de estas semejanzas, hay considerables diferencias ya en lo que se refiere á los detalles de los hechos, ya al orden de las narraciones, ya á las palabras mismas de que se valen sus inspirados autores.

Estas semejanzas y estas diferencias demandan, sin duda alguna, una explicación.

Las escuelas racionalistas fundan esa explicación, negando la autenticidad de esos escritos.

Dicen esos filósofos de la escuela moderna que las semejanzas suponen un fondo común, sobre el cual han trabajado los autores de los tres primeros Evangelios ó sus respectivos antecesores y que las divergencias son el resultado de retoques sucesivos á los que han llevado su contingente muchas manos desconocidas y que responden á la evolución inconsciente de las tradiciones populares en los diferentes medios en que se establecían las comunidades cristianas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En ese sistema, como hemos tenido ya ocasión de notarlo en precedentes artículos, nuestros Evangelios son composiciones impersonales que escapan á toda responsabilidad y á toda censura.

Eichhorn suponía la existencia de un Evangelio primitivo muy elemental, redactado en aramenio por los Apóstoles en común, con el objeto de que les sirviese de fórmula catequística uniforme.

De esos Evangelios primitivos, dice el citado autor, proviene lo que es común á los tres Evangelios sinópticos.

Fácil era hacer notar al autor de esta teoría que si un Evangelio primitivo podría explicar las semejanzas y el orden de las narraciones, no podría ciertamente explicar las concordancias verbales de tres composiciones griegas, porque un mismo original aramenio tendría que haberse traducido en términos diferentes por tres escritores, que no está probado se hubiesen puesto de acuerdo para hacer la versión.

Esta observación tan sencilla como la verdad, pero como ella tan evidente, hizo que el Dr. Eichhorn modificase después su opinión, diciendo que ese Evangelio primitivo, que ese fondo común que había servido para redactar los tres Evangelios

sinópticos, era una versión griega del Evangelio primitivo redactado en aramenio.

Esta idea de Eichhorn fué explotada de diversas maneras por otros críticos.

Se sometieron los tres Evangelios á una especie de análisis anatómico, se calificaron por grupos los diversos pasajes: cada grupo recibía su lugar en una serie determinada de retoques y de toda esta génesis fantástica se hicieron surgir los tres libros sinópticos tales como los poseemos ahora.

Gratz, Ewald, Reville y Holzman se distinguieron en estos estudios, en que, como dicen los autores del «Diccionario Apologético» lo ridículo corría parejas con lo arbitrario; gastaban inútilmente tesoros de erudición.

Para destruir esta observación, de un solo golpe, basta advertir que este Evangelio primitivo redactado en aramenio ó la versión griega que de él se hizo después de varias revisiones, si hubiera existido, habría dejado, sin duda alguna, huella de su existencia en la historia.

Los adversarios mismos de la fe católica, deben convenir con nosotros en que ese vestigio no existe: no hay testigo alguno de la Iglesia primitiva que haga mención del Evangelio redactado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en aramenio; en ninguna parte de la historia se encuentra una alusión siquiera á ese escrito.

Así es que, el sistema de los racionalistas nos dice lo que habría podido ser, pero no dice lo que realmente fué.

Este vicio radical del "sistema del Evangelio primitivo escrito," no escapó á Doctores racionalistas más hábiles.

Para desprenderse de los resultados de ese sistema, Gieseler y Wette suponen un Evangelio primitivo no *escrito*, sino propagado de viva voz solamente por los Apóstoles en sus predicaciones catequísticas.

"Las enseñanzas de los Apóstoles, dicen estos maestros del racionalismo, repetidas constantemente en los mismos términos, debieron grabarse en la memoria de los fieles y reproducirse más tarde, de una manera casi idéntica, por aquellos que emprendieron conservarlas por escrito."

"Paralelamente á la enseñanza apostólica, se producían sobre la vida de Jesús tradiciones locales más ó menos expresadas y cuya fórmula igualmente fijada en la memoria popular, pasó á una ó á otra de las narraciones evangélicas."

"De aquí, concluyen aquellos escritores, nacen

las semejanzas y las divergencias en los Evangelios."

"Esta explicación, dicen los autores del "Diccionario Apologético," supone gratuitamente que nuestros Evangelios contienen, sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo, tradiciones legendarias que no hacen parte de las enseñanzas apostólicas."

Esta hipótesis está en contradicción con las tradiciones más formales de la antigüedad. Siempre y por todas partes los fieles han estado persuadidos de que los Evangelios no les enseñaban otra cosa más que la pura doctrina de los Apóstoles.

Siempre y en todas partes, los Evangelios Apócrifos han sido rechazados precisamente, porque á esa doctrina apostólica sustituían tradiciones sin autoridad ó daban á las narraciones apostólicas, desenvolvimientos que no habían caído de los labios de los Apóstoles.

Así es que, el sistema de los autores, que venimos estudiando rápidamente, es del todo inaceptable.

Algunos dicen que el sistema de Gieseler, para explicar las semejanzas y divergencias de los Evangelios, es plausible si se admite que los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

Apóstoles, acomodándose en sus predicaciones catequísticas á los medios diferentes en que se hacían escuchar, escogían de preferencia ciertos hechos de la vida de Jesús, y variaban la manera de exponerlos según las necesidades y disposiciones de sus oyentes.

Bajo este sistema, el Evangelio de San Mateo sería la reproducción en extracto de la enseñanza de los Apóstoles, tal como se dirigía á los fieles que habían salido del judaismo; el Evangelio de San Lucas sería el reflejo de la predicación apostólica destinada á la instrucción de gentiles convertidos; el Evangelio de San Marcos representaría la catequesis de San Pedro á la comunidad cristiana de Roma, que era una mezcla casi igual de elemento judío y de elemento pagano.

El sistema de Gieseler, así modificado, encuentra favor entre muchos sabios católicos y tiende á suplantar el sistema que explica las relaciones de semejanza de los tres Evangelios sinópticos, admitiendo que San Marcos ha conocido y empleado en su trabajo el Evangelio de San Mateo y que San Lucas se ha servido de las obras de sus predecesores.

La explicación fundada en el sistema modificado

de Gieseler es poco compatible con la sencillez de nuestros Evangelistas, y no da cuenta de las divergencias verbales que á cada momento se presentan en un pasaje que se supone ser una transcripción de una copia preexistente.

Por otra parte, si los Evangelios nos dan únicamente la fórmula de las predicaciones populares de los Apóstoles, ¿por qué no se encuentra casi nada de esta fórmula en los numerosos discursos de los Apóstoles que nos ha conservado el libro de "*Los Hechos de los Apóstoles*," ni en las cartas que los Apóstoles han escrito á los fieles? ¿por qué los Apóstoles, en sus escritos y en sus cartas, citan los textos del Antiguo Testamento de diferente manera que lo hacen los Evangelistas en sus narraciones? ¿por qué dirigiéndose á los judíos, recurren á profecías mesiánicas distintas de aquellas á que acude San Mateo en su Evangelio?

Sea lo que fuere de estas dificultades, los sistemas católicos, para explicar las relaciones mutuas de los Evangelios sinópticos, no presentan ni imposibilidad, ni errores, como las teorías de los incrédulos que no tienen otra base.

La autenticidad de los Evangelios no puede ponerse en duda; descansa en pruebas irrefragables.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En buena lógica, una dificultad insoluble no basta para destruir una tesis convenientemente demostrada por los argumentos que le son propios.

OBJECIONES CONTRA LA AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

Cinco son las principales objeciones que aducen los racionalistas, contra la autenticidad del Evangelio de San Juan.

Afirman, en primer lugar, que el autor del cuarto Evangelio no fué un judío.

La prueba de ello es, agregan, que San Juan habla siempre de los judíos en tercera persona, y se pone en oposición con ellos.

Basta fijarse en que San Juan escribió en Efeso, para cristianos que habían salido del paganismo y no de la religión judía, y escribió en una época en que los judíos habían perdido su nacionalidad.

Por otra parte, una frase construída en tercera persona, no puede tener el alcance que los racionalistas suponen.

En el mismo Evangelio de San Juan hallamos estas palabras:[1] Hablando Jesús á los judíos, les dijo: "Abraham, *vuestro padre.*"

¿Podría, de esa palabra, inferirse que Abraham no era padre de Jesús, y que éste no era, en consecuencia, de la raza deAbraham?

Afírmase, en segundo lugar, que el cuarto Evangelio, contiene errores de hecho que no pueden esperarse de un testigo ocular.

San Juan, en efecto, dicen los racionalistas, pone á Betania más allá del Jordán;[2] habla de una ciudad de Sichar, desconocida en la historia de Israel,[3] y asegura que Caifás era el sumo sacerdote de aquel año, como si el pontificado, entre los judíos, hubiera sido un cargo anual, error tanto más grosero, cuanto que Caifás había desempeñado aquellas funciones durante diez años consecutivos.

No es un error el que comete San Juan al hablar de Betania, poniéndola más allá del Jordán.

Precisamente al llamarla Betania "de allende el Jordán," manifiestamente indica que la distinguía de la Betania que estaba cerca de Jerusalén.

1 VIII-56. 2 I-28. 3 IV-5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habiendo buscado Orígenes la "Betania de allende el Jordán," y no habiendo hallado sino una Bethabara que ya en su tiempo la tradición designaba como el lugar donde San Juan bautizaba, se pronunció por la lección de Bethavara, que fué adoptada después por muchos Padres, y penetró en el mismo texto por una mal fundada corrupción.

Estas palabras de Orígenes, demuestran de un modo concluyente, que el lugar donde bautizaba San Juan en tiempos de Orígenes, se llamaba Bethávara: no hay razón fundada para creer que antes no se llamara Betania: los textos más antiguos manuscritos, dice el docto Sr. Caminero, leen constantemente Betania, como la Vulgata, y no es dudoso que tal sea la verdadera lección.

No es tampoco un error de San Juan llamar Sichar á la ciudad de Samaria, de que habla en el verso 5º, cap. 4º de su Evangelio,

San Jerónimo dice que esta ciudad que el Evangelista llama Sichar, es la misma que en el Génesis se llama Sichen, pues cerca de esta se hallaba el campo que Jacob dió en herencia á su hijo José.

Sichar es derivada de una palabra hebrea, que

significa *borracho*, y es muy verosímil que los judíos mudasen el nombre de Sichen en el de Sichar, tomando, para esto, motivo de aquel lugar de Isaías, donde se dice: "¡Ay de los borrachos de Efraín!"

Por último, cuando San Juan dice que Caifás era el sumo sacerdote en aquel año, en el año en que fué crucificado Jesucristo, no quiere decir con esto, que no lo hubiera sido antes, ni lo fuera después.

Arguyen los racionalistas, que el autor del cuarto Evangelio está en contradicción con las narraciones que se refieren en los tres Evangelios Synópticos.

Las narraciones de los cuatro Evangelistas se completan mutuamente.

San Juan conocía los tres primeros Evangelios, y suponía que eran conocidos de sus lectores.

Sabía que los escritores del Evangelio, que lo habían precedido, no habían querido dar una biografía completa de Jesús, sino que, al contrario, cada uno había escogido y dispuesto sus narraciones, según un plan determinado.

Los Synópticos no habían señalado más que un solo viaje de Jesucristo á Jerusalén. San Juan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no los contradice cuando menciona cinco viajes.

Del mismo modo ha podido referir, cómo Jesús, al principiar su vida pública, arrojó del Templo á los vendedores, aunque sabía muy bien que el Maestro había ejecutado acto semejante tres años más tarde, según los tres primeros Evangelistas.

San Mateo y San Marcos se cuidan poco del orden cronológico: prefieren seguir el orden lógico de los hechos.

Notemos, además, que la duración precisa de la vida pública de Jesús, no está fijada por ninguno de los cuatro Evangelistas.

Los Synóplicos no dicen en ninguna parte que todo lo que ellos refieren haya pasado en un año, y el cuarto Evangelista, aunque habla de tres ó cuatro Pascuas celebradas por Jesús, no dice que no celebrara otras después de su bautismo.

El racionalismo hace notar que el Jesús de los tres primeros Evangelistas es un personaje enteramente distinto del que nos ofrece el Evangelio de San Juan.

En los primeros, el Maestro es un Doctor sencillo y popular; su enseñanza es casi exclusivamente moral, la propone en parábolas accesibles á las inteligencias vulgares y cuando se le llama

"Hijo de Dios" impone silencio á las lenguas indiscretas.

En el último, en el de San Juan, el Maestro es un filósofo que habla por sentencias enigmáticas; es un dialéctico sutil y oscuro; su enseñanza es dogmática, siempre se ocupa de su propia personalidad y no cesa de inculcar á los que le escuchan la fe en su naturaleza superior.

Esto es lo que la crítica ha descubierto y que ninguno había percibido durante dieciocho siglos.

¿Pues qué, el Cristo presentado por los Evangelistas Synópticos como un Doctor popular, es distinto del que presenta San Juan como un sabio y como un filósofo....?

¿Pues qué, un profesor en la ciencia más sublime, habla de la misma manera, cuando enseña á sus discípulos, que cuando descendiendo de su cátedra se pone á catequizar á los niños ó á las sencillas gentes que viven en los campos?

Este ejemplo se aplica admirablemente al caso que nos ocupa.

Los Sypnóticos nos muestran á Jesús predicando á las poblaciones de los campos ó á los comerciantes de Galilea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Juan refiere las disputas del Salvador con los Escribas, con los Fariseos, con los Sacerdotes de Jerusalén, hombres instruidos en la ley y habituados á todas las sutilezas del rabinismo.

Notemos, además, el objeto diferente que se proponían los Evangelistas al consignar por escrito la vida de Jesús.

Los Synópticos pretenden hacerlo reconocer como el Mesías, como el gran libertador de Israel y de todas las naciones.

Juan se encontraba en presencia de gnósticos dogmatizadores que atacaban el carácter divino de Cristo; quería, pues, oponerles las afirmaciones y las demostraciones que Jesús mismo hacía de su divinidad.

Enseñan los racionalistas, en cuarto lugar, que San Juan pone en la boca de Jesús, discursos que jamás pronunciara.

No presentan prueba bastante para fundar esta afirmación.

San Juan consigna en su Evangelio con más extensión, en los discursos de Cristo, ofrece más detalles que los que aparecen en los tres Evangelios Synópticos.

Y no es extraño que estos discursos estuviesen

más presentes á su memoria, más cerca de su corazón, y que en tiempo oportuno los comunicara por escrito á la Iglesia.

Si se replica que estos discursos eran demasiado largos para que un Apóstol pudiera retenerlos y reproducirlos después de muchos años, se puede responder que el Evangelista nos da el sentido, las palabras del Señor y la substancia de sus discursos, más bién que el desenvolvimiento con que los presentara el Maestro divino.

Ni era tampoco necesario un gran esfuerzo de memoria, para que el discípulo querido de Jesús pudiera reproducir esos discursos.

Natural era que en sus predicaciones y en sus catequésis comentara las palabras divinas que brotaron de los labios de Jesús y que se hubieran hecho en él enteramente familiares.

En fin, para los cristianos, es enteramente cierto que si alguna vez el recuerdo del escritor hubiese carecido de exactitud, tenía con él al Espíritu Santo para recordarle lo que el Maestro había dicho.

El mismo San Juan consignó en su Evangelio estas palabras: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enseñará todo y os *recordará cuantas cosas os tengo dichas.*"

Por último, afirman los racionalistas que el día asignado por San Juan para la celebración de la última Pascua, no concuerda con la tradición del mismo Apóstol.

Esta objeción ha salido de la célebre disputa que se suscitara en el siglo II, entre el Papa San Víctor y los Obispos de Asia, respecto al día en que debía celebrarse la fiesta de la Pascua.

Polícrates y sus partidarios apelaban á la tradición de San Juan, para mantener su costumbre de celebrar la fiesta el día 14 del mes de Nizán.

Ahora bien, los racionalistas dicen: el cuarto Evangelio pone la última de Jesús el día 13 de este mes.

Una doble respuesta, dicen los autores del "Diccionario Apostólico," puede darse á esta objeción.

En primer lugar, bien podía San Juan haber adoptado para la fiesta de Pascua el 14. Nizan, aun cuando hubiese puesto la cena en el día 13.

En segundo lugar, puede negarse la suposición de los adversarios, porque es muy probable que San Juan en su narración evangélica pone esta cena en el día 14, según el sentido que naturalmente presentan las narraciones de los Synópticos.

No hay duda, el Evangelio de San Juan es auténtico.

INTEGRIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Creemos haber demostrado en los precedentes artículos que los cuatro Evangelios que la Iglesia católica conserva y pone en manos de sus hijos, son auténticos, sin duda alguna.

Esos libros escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan han sido íntegramente trasmitidos hasta nosotros, sin alteración alguna sustancial.

No ha podido hacerse alteración en los libros que escribieron los cuatro Evangelistas, en vida de los Apóstoles.

Si se hubieran hecho alteraciones notables en esos libros, viviendo los Apóstoles, éstos, esparcidos ya por todo el mundo civilizado, no habrían podido ignorar esas alteraciones y al conocerlas no las hubieran tolerado, guardando silencio.

Por otra parte, en esa época, en la que aun vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enseñará todo y os *recordará cuantas cosas os tengo dichas.*"

Por último, afirman los racionalistas que el día asignado por San Juan para la celebración de la última Pascua, no concuerda con la tradición del mismo Apóstol.

Esta objeción ha salido de la célebre disputa que se suscitara en el siglo II, entre el Papa San Víctor y los Obispos de Asia, respecto al día en que debía celebrarse la fiesta de la Pascua.

Polícrates y sus partidarios apelaban á la tradición de San Juan, para mantener su costumbre de celebrar la fiesta el día 14 del mes de Nizán.

Ahora bien, los racionalistas dicen: el cuarto Evangelio pone la última de Jesús el día 13 de este mes.

Una doble respuesta, dicen los autores del "Diccionario Apostólico," puede darse á esta objeción.

En primer lugar, bien podía San Juan haber adoptado para la fiesta de Pascua el 14. Nizan, aun cuando hubiese puesto la cena en el día 13.

En segundo lugar, puede negarse la suposición de los adversarios, porque es muy probable que San Juan en su narración evangélica pone esta cena en el día 14, según el sentido que naturalmente presentan las narraciones de los Synópticos.

No hay duda, el Evangelio de San Juan es auténtico.

INTEGRIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Creemos haber demostrado en los precedentes artículos que los cuatro Evangelios que la Iglesia católica conserva y pone en manos de sus hijos, son auténticos, sin duda alguna.

Esos libros escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan han sido íntegramente trasmitidos hasta nosotros, sin alteración alguna sustancial.

No ha podido hacerse alteración en los libros que escribieron los cuatro Evangelistas, en vida de los Apóstoles.

Si se hubieran hecho alteraciones notables en esos libros, viviendo los Apóstoles, éstos, esparcidos ya por todo el mundo civilizado, no habrían podido ignorar esas alteraciones y al conocerlas no las hubieran tolerado, guardando silencio.

Por otra parte, en esa época, en la que aun vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vían los Apóstoles, existían los autógrafos de los cuatro Evangelios.

Fácilmente se habría, desde luego, hecho constar cualquiera alteración, comparando con aquellos autógrafos los libros que se hubiesen escrito, alterando ó corrompiendo las narraciones evangélicas.

Al principio del segundo siglo tampoco habrían podido realizarse alteraciones sustanciales en los textos evangélicos: al momento se habría descubierto cualquier cambio, cualquiera interpolación, que se hubiera pretendido hacer en ellos.

En el siglo segundo, como lo sabemos por San Justino, el Evangelio se leía públicamente durante la celebración de los divinos oficios.

Esta lectura continua, que del Evangelio se hacía en la primitiva Iglesia, hacia que su texto fuese conocido de los fieles: era, entonces, imposible la alteración oculta de esos libros.

En el mismo siglo segundo se habían compuesto ya y se habían esparcido por toda la Iglesia la versión latina y la versión siriaca de los Evangelios, en las cuales en encuentra exactamente el texto que hoy conservamos.

Por último, desde esta época, es decir, desde el

siglo segundo de la Era Cristiana, los Padres comenzaron á hacer, en sus escritos, numerosas citaciones de los Evangelios.

Todas estas citaciones se encuentran en sus libros actuales. San Ireneo, entre otros, hizo el análisis de todo el Evangelio de San Lucas. Las citaciones hechas en sus obras, corresponden exactamente á nuestro texto actual.

En el siglo tercero y cuarto abundan las citaciones del Evangelio en los libros escritos por los sabios católicos de esa época, y basta comparar esas citaciones con los textos de que hoy nos servimos, para advertir desde luego la conformidad más completa.

En el cuarto siglo se formaron nuestros más antiguos manuscritos de los Evangelios, que son hoy los tesoros más ricos de nuestras grandes bibliotecas.

Una vez más, estos preciosos documentos ofrecen un testimonio irrecusable de la conservación íntegra de los Evangelios que hoy poseemos.

Para comprobar esta aserción, dicen los autores del "Diccionario Apologético" basta consultar una de las discusiones críticas del Nuevo Testamento en que están consignadas todas las varian-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes del texto y de las cuales las más célebres son las de Tischendorf y la de Tregeles.

Sería insensato suponer que los Padres y los copistas de los siglos tercero y cuarto tenían todos ejemplares alterados y alterados de un modo idéntico.

Sería necesario suponer, por fin, que no había quedado vestigio alguno de ejemplares no alterados ó alterados de diverso modo.

Sería necesario suponer, también, que ya en los tiempos de San Agustín había desaparecido todo vestigio de un texto diferente, y, sin embargo, este hombre admirable, en su libro escrito contra los Maniqueos, intitulado: "De la utilidad de creer" decía: "Nada puede salir de su boca más impudente, ó usando de términos más suaves, nada más irreflexivo y más débil, que la afirmación de que nuestras escrituras divinas han sido alteradas, cuando esto no pueden comprobarlo con ninguno de los ejemplares que aun existen: *Nihil mihi videtur ab eis impudentius dici, vel ut mitius loquar, incuriosius et imbecillius, quam Scripturas divinas esse corruptas; cum id nullis in tam recenti memoria extantibus exemplaribus pos sunt convincere.*

1 Cap. III nº 7.

San Optato escribiendo sobre los *Traditores librorum*, dice. "*Bibliothecæ refertæ sunt libris: nihil deest Eclesiæ; per loca singula divinum sonat ubique præconium; non silent ora lectorum; manus omnium codicibus plenæ sunt.*[1]

Era tal el escrupuloso empeño con que se conservaban los libros santos en la Iglesia, que ni la versión que hizo San Jerónimo quedó exenta de ataques y de censura.

San Agustín, en carta que le escribía á este sabio que habitaba en Belén, le decía: "Un obispo nuestro hizo que se leyera en su Iglesia tu versión de las Escrituras Santas: alguien advirtió que en la profecía de Jonás había, en la versión que de ella hiciste, algo distinto de lo que estaba en la memoria de todos. Y fué tanto el tumulto en el público al oír los argumentos de los griegos, que el obispo se vió obligado á pedir con instancia el testimonio de los judíos."

"El obispo se vió obligado á corregir los errores, creyéndose expuesto al gran peligro de quedarse sin fieles que le escucharan. *Coactus est*

1 De schis. Donat VII in fine. Diccionario de Ciencias Eclesiásticas Art. Evangelio, pág. 366.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

homo velut mendicitatem corrigere, volens post magnum periculum nom remanere sine plebe.»

Este dato revela que los cristianos de aquellos tiempos jamás estaban dispuestos á admitir innovaciones en los libros santos.

Y si una versión equívoca produjo hasta un tumulto en aquella Iglesia, fácil es presumir que cualquiera innovación, cualquiera interpolación, habría sido imposible.

La crítica moderna, que no ha podido combatir la integridad sustancial de los Evangelios, quiere establecer la existencia de ciertas interpolaciones en puntos de detalle.

Según, ella deben considerarse como apócrifos los dos primeros capítulos de San Mateo; la conclusión del Evangelio de San Mateo; la historia del sudor de sangre en el jardín de los Olivos; la mención del ángel que bajaba á la piscina de Betsaida; la historia de la mujer adúltera, y el último capítulo del Evangelio de San Juan.

Los dos primeros capítulos de San Mateo se encuentran en todos los manuscritos y en todas las antiguas versiones. Los antiguos Padres los citan y Celso, filósofo pagano, los alega, cuando

diserta sobre la doble genealogía de Cristo y sobre la adoración de los Magos.

Con respecto á la conclusión del Evangelio de San Marcos, aparece en todas las versiones y está aceptada por San Ireneo, San Agustín y Cesáreo de Constantinopla.

Los dos versículos de San Lucas, que se refieren al sudor de sangre de Jesús, se han omitido en algunos manuscritos, pero están en otros muchos.

San Jerónimo los admite formalmente, sosteniendo que se encuentran en algunos ejemplares.

No se sabe por qué en algunos manuscritos se omite la versión referente al ángel de Betsaida.

El contexto lo reclama y, sin él, no se comprendería la razón de ser de la respuesta del paralítico.

Los Padres de las diferentes partes de la Iglesia, San Cirilo de Alejandría, Tertuliano, San Juan Crisóstomo, San Agustín y San Ambrosio, conocen y aceptan el versículo.

Si no fuera auténtico, ¿cómo se explicaría este acuerdo de los Padres?

Los argumentos críticos en pro y en contra de la historia de la mujer adúltera son casi del mismo valor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los católicos son comunmente de opinión que el Concilio de Trento no les permite desechar esa historia, porque constituye una parte de los libros canónicos numerados por el Concilio, parte que es leída en la Iglesia católica y contenida en la antigua edición Vulgata.

San Juan, se dice, que evidentemente terminó su narración en el capítulo XX y de aquí se deduce que el capítulo XXI está agregado por mano extraña.

San Juan después de haber terminado su trabajo, ¿no habría podido agregarle un apéndice que le parecía útil?

¿Debía, por esto, cambiar la redacción del capítulo en el que había tenido la intención de concluir?

Según los documentos de la antigüedad, el Evangelio de San Juan ha sido usado en la Iglesia con este último capítulo.

Así es que, puede concluirse, con toda seguridad, que ni aun en esos detalles puede afirmarse con evidencia que haya habido interpolación.

VERACIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Hemos demostrado, con la brevedad que exige la índole de nuestra publicación, que los cuatro Evangelios que la Iglesia Católica guarda como un tesoro, y pone en manos de sus hijos para que conozcan la vida adorable y las obras maravillosas de Cristo, son auténticos, es decir, son de las personas que los escribieron, de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas y de San Juan.

Pero los Evangelios no sólo tienen ese carácter, no solamente son auténticos, sino que los hechos que en ellos se refieren son enteramente ciertos.

No puede ponerse en duda la veracidad de un testimonio, cuando los testigos ofrecen las más apetecibles garantías: cuando tienen el conocimiento de los hechos sobre que declaran y cuando son honrados, cualidad que asegura la sinceridad de sus declaraciones.

La prueba quedará más completa aún, si se puede establecer que, aunque hubieran querido engañar á sus lectores, les habría sido imposible engañarlos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todas estas garantías se reunen en el testimonio evangélico.

Los Evangelistas han tenido exacto conocimiento de los hechos que refieren en sus libros.

Dos de entre ellos, San Mateo y San Juan, fueron discípulos de Cristo, y como tales vivieron durante tres años en la intimidad de Jesús; fueron testigos oculares de muchos acontecimientos de la vida pública de su Maestro, y, en cuanto á otros hechos de esa misma época, los informes les venían de sus colegas que los habían presenciado.

San Marcos, según una tradición incontestable, recibía datos y noticias de San Pedro, y San Lucas, como él mismo lo dice en el prólogo de su Evangelio, recogió sus informes con cuidado escrupuloso de los labios de aquellos que desde el principio fueron testigos oculares de los hechos que refiere y de los labios de aquellos que ejercían el ministerio de la palabra.

Estas últimas frases se refieren, sin duda, á San Pablo, que vió al Señor y recibió de él revelaciones inmediatas.

Testigos que conocían tan á fondo los hechos que refieren, podrían equivocarse, podrían sufrir engaños respecto de menudos detalles á lo más,

pero nunca incidir en errores con respecto á la sustancia de los hechos.

La crítica racionalista rehusa aceptar estas conclusiones.

Afirma ella que los testigos de los hechos evangélicos fueron gentes del pueblo, sin instrucción, sencillas y crédulas, llenas de preocupaciones sobre el carácter del Mesías, y dispuestas de antemano á explicar en un sentido sobrenatural las acciones algún tanto extraordinarias de su Maestro, á quien consideraban como el enviado de Dios.

La observación de los racionalistas tendría algún valor, si el testimonio de los autores de los Evangelios y el de los que les impusieron de lo que habían visto y oído, se refiriese á la explicación de las causas de esos hechos sorprendentes.

Pero la observación se desvanece, si se considera que los Evangelistas no explican la causa de los hechos que presenciaron, sino que se limitan únicamente á consignar su existencia.

Los hechos evangélicos de que se trata, caían bajo los sentidos; así es que para hacer constar su existencia, con certidumbre, bastaba que los testigos tuviesen ojos y oídos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un ejemplo, dicen los autores del Diccionario Apologético, bastará para comprobar esta verdad.

San Mateo, San Pedro y San Juan, se hallan con su Maestro en un lugar desierto á donde les ha seguido una gran muchedumbre. Jesús pone en manos de sus tres discípulos cinco panes y dos peces pequeños: con esta miserable provisión recorren grupos, compuestos cada uno de cincuenta personas; y advierten que los peces y los panes se multiplican en sus manos.

Cinco mil hombres comen á discreción de estos alimentos y, cuando todos están satisfechos, los Apóstoles recogen en doce canastos restos de este festín prodigioso.

Ahora bien, puede preguntarse, si el más sutil de los filósofos, si el más exigente de los académicos, hubiese estado presente á este espectáculo habría visto y hecho constar cosa distinta de lo que vieron estos tres hombres del pueblo, quienes nos han dejado la triple narración del milagro?

Algún adepto de la ciencia moderna podría tal vez emitir la hipótesis de que Jesús había hipnotizado á sus Apóstoles y que éstos, obrando bajo el imperio de la sugestión se imaginaron estar

repartiendo panes y peces á una muchedumbre también imaginaria.

Pero si esto hubiera sido así, los Apóstoles, saliendo del estado de hipnotismo, no habrían recordado lo que habían hecho bajo la influencia de la alucinación.

Si así hubiera sido, ¿cómo explicar que al día siguiente trajese Jesús á la memoria de los habitantes de Cafarnaun el prodigio que acababa de realizar en su favor?

Haga lo que quiera la ciencia incrédula, nunca llegará á demostrar que, para este milagro y para otros igualmente fáciles de hacer constar, sea menos valioso el testimonio de los Apóstoles, que el de la crítica más circunspecta.

En cuanto á las causas de estos acontecimientos, los Apóstoles de ordinario no las explican; se contentan con decir que Jesús apelaba á sus obras para confirmar su misión divina.

SINCERIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el curso de este estudio sobre los Evangelios, breve, como lo exige nuestra modesta publicación, hemos dejado establecido que los Evan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un ejemplo, dicen los autores del Diccionario Apologético, bastará para comprobar esta verdad.

San Mateo, San Pedro y San Juan, se hallan con su Maestro en un lugar desierto á donde les ha seguido una gran muchedumbre. Jesús pone en manos de sus tres discípulos cinco panes y dos peces pequeños: con esta miserable provisión recorren grupos, compuestos cada uno de cincuenta personas; y advierten que los peces y los panes se multiplican en sus manos.

Cinco mil hombres comen á discreción de estos alimentos y, cuando todos están satisfechos, los Apóstoles recogen en doce canastos restos de este festín prodigioso.

Ahora bien, puede preguntarse, si el más sutil de los filósofos, si el más exigente de los académicos, hubiese estado presente á este espectáculo habría visto y hecho constar cosa distinta de lo que vieron estos tres hombres del pueblo, quienes nos han dejado la triple narración del milagro?

Algún adepto de la ciencia moderna podría tal vez emitir la hipótesis de que Jesús había hipnotizado á sus Apóstoles y que éstos, obrando bajo el imperio de la sugestión se imaginaron estar

repartiendo panes y peces á una muchedumbre también imaginaria.

Pero si esto hubiera sido así, los Apóstoles, saliendo del estado de hipnotismo, no habrían recordado lo que habían hecho bajo la influencia de la alucinación.

Si así hubiera sido, ¿cómo explicar que al día siguiente trajese Jesús á la memoria de los habitantes de Cafarnaun el prodigio que acababa de realizar en su favor?

Haga lo que quiera la ciencia incrédula, nunca llegará á demostrar que, para este milagro y para otros igualmente fáciles de hacer constar, sea menos valioso el testimonio de los Apóstoles, que el de la crítica más circunspecta.

En cuanto á las causas de estos acontecimientos, los Apóstoles de ordinario no las explican; se contentan con decir que Jesús apelaba á sus obras para confirmar su misión divina.

SINCERIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el curso de este estudio sobre los Evangelios, breve, como lo exige nuestra modesta publicación, hemos dejado establecido que los Evan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gelistas eran hombres competentes para escribir las narraciones que en sus libros se contienen, porque tenían conocimiento de los hechos que en ellos se consignan, y porque habían visto, oído y tocado, por decirlo así, todos los acontecimientos que forman la vida prodigiosa del Maestro divino.

¿Pero los Evangelistas han dicho lo que vieron, oyeron y tocaron?

¿Su sinceridad, al referir esos hechos, es indiscutible?

"La historia, dice el Padre Monsabré, que hace revivir á los muertos ilustres, nos ha conservado, con el recuerdo de los trabajos de los Apóstoles, la memoria de sus admirables virtudes."

"No solamente fueron de costumbres graves y austeras, como conviene á testigos cuya afirmación debe pesar sobre nuestros juicios y nuestras decisiones, sino que se elevaron por la sublimidad y heroísmo de su vida, sobre esa integridad común, de la que nacen de ordinario la franqueza y la sinceridad."

Humildes en la gloria, modestos en sus éxitos, dulces y justos como un padre al dar sus órdenes, desprendidos de los bienes porque suspira el

hombre y de los honores que ambiciona, castos en medio de la corrupción, constantes en la prueba, inquebrantables en las contradicciones, temerosos de los juicios de Dios y siempre embriagados en su amor, llenos de compasión para las miserias humanas y de caridad tierna para las almas atormentadas, y empujados por el celo, de una ciudad á otra ciudad, de un continente á otro continente, de un río á otro río, en medio de peligros de todo género, y muriendo sin ostentación y sin pena por el Evangelio que han anunciado; tales son los testigos, cuyos escritos nos ha conservado la tradición tan piadosamente."

Es imposible, atendidas las invariables leyes que rigen el orden moral, es imposible que tantos méritos queden manchados por una feroz hipocresía.

Es imposible que una perfección tan alta, encubriese la más sacrílega y la más tenaz impostura.

Es imposible que hombres dotados de ese candor que asombra, de esa franqueza que cautiva, de esas virtudes admirables que hacen doblar la frente ante su esplendor tranquilo y glorioso, hubieran consignado en el Evangelio, hechos en que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no creían y que se hubiesen propuesto engañar á los hombres y á los pueblos.

La sinceridad de un testimonio, según las leyes del criterio humano, deriva de la moralidad del testigo que lo produce.

Si esa moralidad ha subido más alto, si en el testigo resplandece la santidad que todos admiran y todos adoran, la sinceridad de sus palabras tiene que ser indiscutible.

Si estos hombres admirables nos han engañado, ninguno aquí en la tierra tiene el derecho de afirmar nada.

"La mentira, dice el Padre Monsabré, no habita bajo la tienda en que se han reunido, en dulce consorcio, las virtudes sublimes y heróicas."

Ver á los Evangelistas en el espejo fiel de la historia, es tener ya una prenda segura de la sinceridad de su testimonio.

Pero aun suponiendo que la historia enmudeciera y no nos hubiere conservado los rasgos de las grandes y nobles figuras que rápidamente acabamos de describir, no por eso nos encontraríamos en la imposibilidad de aquilatar con precisión el testimonio de los Evangelistas.

Las narraciones apostólicas nos quedan y este

hecho es el cumplimiento del antiguo oráculo que decía: "Su ruido se ha esparcido por toda la tierra, su palabra ha ido hasta los confines del mundo."

La voz de los Evangelistas resuena hoy con tanta fuerza, como en los primeros días del cristianismo naciente.

Todavía hoy escuchamos esa voz poderosa y aunque no hayamos visto á los Evangelistas, escuchando su palabra, podremos apreciarla con exactitud completa.

Hay circunstancias en que el oído suple maravillosamente á la vista; el timbre, continúa diciendo el Padre Monsabré y las modificaciones de una voz están para nosotros llenas de revelaciones; la forma, el objeto, las menores circunstancias de una narración, nada escapa á nuestra atención profunda. Hay hombres, por otra parte, á quienes basta escuchar para creerlos: su alma franca se revela por la exactitud de sus frases, su palabra está como saturada de honradez.

"Podemos, sin peligro, sigue diciendo el sabio Domínico, rechazar las apreciaciones de la historia, cubrir sin peligro con una sombra las figuras luminosas, las fisonomías de los Evangelistas y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aplicar solamente nuestro oído á las narraciones que de sus labios salieran."

¿Cómo las cuentan? ¿Qué dicen? ¿En qué circunstancias hablan?

La respuesta á estas preguntas nos dará la prueba incontestable de la sinceridad de los autores del Evangelio.

Tres notas se advierten al leer cualquiera página del Evangelio: sencillez desinterés y confianza.

Ser sencillo no es lo común en aquellos que escriben.

El hombre busca siempre, al escribir, comunicar su pensamiento por medio de imágenes, de razonamientos, de movimientos apasionados

Lo extraordinario y lo maravilloso parece que exigen, de parte del que escribe, más aparato en la forma, más vigor en el razonamiento, más elocuencia en las frases: parece como que necesita de este elemento para penetrar en el misterioso santuario donde se forman las convicciones.

Aun en la simple historia de los acontecimientos de que se compone por lo común la trama de la vida humana, ahoga con dificultad el narrador la necesidad que siente de hacer pasar á otros sus juicios y sus convicciones.

La admiración, la alabanza, la compasión, el reproche, la censura, el odio, el goce de la venganza, se muestran más á menudo de lo que fuera necesario, aunque no sea más que en un pequeño epíteto que parece reclamado por la necesidad de la frase, pero que, reflexionando bien, es tanto más fuerte, cuanto que el escritor ha reconcentrado en él toda su pasión.

Por otra parte, toda historia, por regla general, tiende á hacer que prevalezca un interés cualquiera, un interés de nacionalidad ó de partido, y si el historiador se ha mezclado en los acontecimientos que relata, es raro, por no decir imposible, que no nos abrume con el peso de su insoportable personalidad.

Y esto pasa casi siempre, porque muchas veces cuando se escribe falta la confianza, ya porque el escritor no se siente suficientemente apoyado en la certidumbre de los hechos que emprende referir, ya porque tema las tempestades de una discusión que aminoraría la autoridad de su testimonio.

En el Evangelio nada de esto se encuentra.

"Los escritores sagrados, dice el Padre Monsabré, parece que están implacablemente condena-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos á la sequedad y á la desnudez, á fin de dejar que los hechos solos hablen.

No hay en el Evangelio ni un orden preciso, ni preludios, ni transiciones, ni sobrios ni justos adornos en las narraciones, ni conclusiones lógicas de los hechos, ni manifestaciones legítimas de los sentimientos.

Todo este esmero de los escritores, que no son los Evangelistas, está despreciado en el Evangelio.

Parece que sus autores trataron de entregar al pueblo memorias sin designio, recuerdos sin importancia para el porvenir de la humanidad. Apenas se contentan con nombrar los países, las ciudades, los lugares célebres, que otros escritores habrían descrito con exuberancia de detalles, para hacer resaltar mejor las acciones que se proponen describir.

En cuatro líneas cuentan los milagros, que cualquiera otro escritor habría consignado con diligencia exquisita y que le servirían á cada instante para deducir de ellos conclusión victoriosa en favor de las manifestaciones divinas.

En el Evangelio esas breves líneas que consignan las maravillas más estupendas, son para los

Evangelistas como premisas inertes, de las que les parecía inútil deducir una consecuencia.

Las personas de que se habla en el Evangelio y que allí se ve que hablan, que conspiran, que triunfan, que sucumben, que son débiles, que son traidores, que son verdugos, que son víctimas, salen de las manos de los Evangelistas sin ninguna nota que los lastime ó que los alabe.

De las manos de otros escritores, por imparciales que se supongan, no saldrían sin llevar á la posteridad la nota imperecedera de su infamia ó de su gloria.

No hay censura en los Evangelios contra los enemigos de Jesucristo, no hay una palabra que los injurie, ni siquiera que los lastime.

No hay tampoco un grito de admiración en presencia del Hombre-Dios, ni un aplauso para sus discursos, ni una alabanza para sus virtudes, ni un suspiro para sus dolores, ni un gemido al pie de su patíbulo, ni una lágrima con ocasión de su muerte.

Y han escrito su vida sus discípulos y sus amigos.

"Si los Apóstoles, sigue diciendo, con su elocuente frase, el P. Monsabré, no hubiesen llenado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el universo con los rugidos de su amor apasionado, si no hubiesen atravesado torrentes de tribulación por el Maestro de quien contaran tan tranquila ó tan indiferentemente la vida, los trabajos, las angustias, el suplicio, la agonía y la muerte, se vería uno tentado á creer que no eran hombres siquiera, porque se mostraron sin entrañas."

Pero no era eso: los Apóstoles secamente relataban los hechos, no por falta de ternura y de sentimientos, sino porque ponían en práctica aquella enseñanza del Verbo Divino, condensada en esta frase brevísima: «Que vuestra palabra sea: *esto es, esto no es*» «*Sit sermo vester: est, est, non, non*»

Esta sencillez, que es una nota que revela la veracidad con que se producen los Evangelistas, es al mismo tiempo una nota misteriosa y sublime, porque, para quien sabe comprenderlo, esa indigencia de adornos y de elegancia sobrepasa y borra todas las magnificencias de que se vale el genio para revestir la historia.

Klopstock, el cantor de la Mesiada, agrupó al derredor de la historia de la resurrección de Cristo incomparables bellezas.

Cristo ha muerto y baja á la tumba; Gabriel,

entonces, mensajero de los misterios sublimes, se lanza en el espacio y con voz terrible, como la voz de la tempestad, llama á los ángeles y á los patriarcas.

El ángel de la muerte, tembloroso y espantado por el último golpe que acaba de asestar su mano implacable, se queja de su misión dolorosa.

Una nube llena de relámpagos y de gloria desciende al través del infinito, todo se conmueve cuando ella se acerca y sólo queda inmóvil el sepulcro del Mesías.

Gabriel la mira con entusiasmo, porque él es quien debe hacer rodar la piedra que cubre el sepulcro. Los resucitados se presentarán con el rostro en la tierra ante la divinidad del Redentor, cuya venida les anuncian los gemidos de las montañas y el ruido sordo de los bosques.

Eva, la madre de los vivientes, se aproxima á la tumba con su viejo compañero; el rumor de la resurrección ha herido su oído y expresa, al escucharle, su felicidad y su gozo.

Todo está preparado: Gabriel se lanza á las nubes, y desde las riberas lejanas del Eufrates hasta el fondo del sepulcro, tiembla la tierra.

Satán cae anonadado, los soldados romanos se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

precipitan, cayendo, hundidas sus frentes, en el polvo.

A la voz de Gabriel, la roca que cerraba el sepulcro, se agita y rueda: el Mesías resucita.

Así habla el poeta.

Los apologistas cristianos se apoderan á su vez del milagro de la resurrección, y examinan y ponen de resalto todas las circunstancias de un hecho tan portentoso: el sello de la Sinagoga, la inmensa piedra que cierra la tumba, los guardias que cercan el sepulcro, el odio de los judíos que persiguen á su víctima hasta la muerte, el terror y la desesperación de los amigos de Jesús, la hora del prodigio, el número de testigos, su conformidad y la constancia de sus afirmaciones, los peligros de la impostura la suspensión del proceso.

Los apologistas, con implacable audacia, acumulan todas las imposibilidades indirectas, persiguen todas las dudas, agrupan todas las consecuencias y no descansan más que en la certidumbre del prodigio, del cual brota, más brillante que de ninguna otra parte, la divinidad de Cristo.

Así procede la ciencia.

La Iglesia al celebrar la resurrección de Cristo

pulsa todas las cuerdas de las grandes y nobles pasiones que se agitan en el corazón humano.

Es una embriaguez, permítase la palabra, la que arregla en esta fiesta de la pascua, todos los movimientos del año litúrgico.

Sus cantos de alegría, sus himnos de triunfo, sus perdurables *alleluyas* conmueven las almas y las hacen que gusten las dulzuras del cielo.

Así habla el corazón.

En ese pequeño libro, tan desnudo, tan seco, tan despojado de los artificios de la imaginación, de la razón y de las pasiones, el sorprendente milagro de la Resurrección de Cristo está relatado en estas sencillas frases.

"Los judíos aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardas.

Avanzada ya la noche del sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María Magdalena con la otra María á buscar el sepulcro.

A ese tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del cielo un ángel del Señor y llegándose al sepulcro removió la piedra y sentóse encima. Su semblante brillaba como el relámpago y era su vestidura como la nieve, de lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas el ángel, dirigiéndose á las mujeres, les dijo: vosotras no tenéis que temer; venís en busca de Jesús que fué crucificado.

Ya no está aquí, venid y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor."

Leyendo al poeta, nuestra imaginación exaltada por la riqueza de sus cuadros se deja arrastrar á magníficos sueños y no puede menos que exclamar: ¡¡qué belleza!!

Leyendo á los Apologistas, la razón bajo el imperio de la poderosa fuerza de las demostraciones, se siente convencida y dice: ¡¡qué poder del razonamiento!

Saboreando, al recitarlo, el Oficio de la Iglesia en el día de Pascua, el corazón se siente enternecido y prorrumpe diciendo: ¡qué dulzura tan conmovedora!

Pero leyendo el Evangelio, caen las lágrimas de los ojos y es preciso decir ¡qué sencillez! qué sencillez tan adorable!

Pero la sencillez no es la única nota de los escritores evangélicos, bastante por sí sola para garantizar la veracidad con que se han producido sus autores: hay otra: ellos al escribir el Evangelio lo han hecho con el desinterés más completo.

Los Evangelistas olvidan que el espíritu público soporta con disgusto la confesión sincera y candorosa de la debilidad, de las faltas y de los crímenes; olvidan que cuando se trata de conquistar simpatías para una institución nueva, debe disfrazarse hábilmente el lado austero de esa obra; olvidan que un autor puede debilitar la autoridad de su testimonio, si no sabe callar las debilidades de su corazón y de su espíritu; olvidan, en fin, que, según los hábitos humanos, toda historia tiende á defender un interés cualquiera, el de una nación, el de una secta, el de una persona.

"Los Evangelistas, con su pluma desinteresada, describen, dice el P. Monsabré, con una exactitud, ó más bien, con una brutalidad que aflige, el crimen largo tiempo meditado de su nación, los sordos y desleales manejos de los fariseos, la violación de las leyes divinas y humanas por parte de los sacerdotes y de los guardianes del santuario. La demencia del pueblo convertido en un instante, de la admiración al furor; el goce infame y sacrílego de los enemigos del Justo, en presencia de sus dolores; mil iniquidades en una sola, que gracias á las narraciones que ellos hacen, pasarán á los siglos futuros y atraerán sobre la cabeza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sus compatriotas, las maldiciones del género humano."

Los Evangelistas, con su desinterés sublime, pudiéramos decir, refieren el despreciable nacimiento de su Maestro, su infancia obscura, su pobreza, sus miserias, su fácil comercio con los pecadores, la tristeza de su agonía, el espanto, el tedio, el disgusto que su alma siente al acercarse á la muerte, sus oprobios, sus sufrimientos, la ignominia de su muerte.

Todo esto lo refieren, al lado de milagros y de sublimes discursos.

Sus libros consignan el extraño misterio de la cruz, que somete á indecibles torturas las más dulces pasiones que el hombre nutre en su corazón.

Hacerse morir cada día y cada hora en su orgullo, en sus deseos, en sus amores, es la conclusión práctica de esa historia que el Evanvelio consigna.

Y los que escribieron esa historia eran pobres, nacidos en la clase baja, groseros, ambiciosos, tímidos, débiles, traidores, perjuros.

Al constante amor de su Maestro, responden con la ingratitud y el abandono.

No obstante las predicciones que se les habían hecho, acogen con duda el misterio de la Resurrección.

"¡Singulares escritores, dice el P. Monsabré. ¿Son amigos ó enemigos del hombre admirable cuya vida refieren? Si estudiamos su vida, podemos responder fácilmente: si nos contentamos con leer sus escritos, aquella pregunta es un problema."

Los Evangelistas escribieron con sencillez, escribieron con el desinterés más completo; pero escribieron también con robusta convicción y serena confianza.

De otra manera no se explica ni aquel desinterés ni aquella simplicidad.

Si sacrifican las precauciones legítimas á que se creen obligados los escritores; si despojan los acontecimientos más extraños y las maravillas más sorprendentes, de toda explicación y de todo motivo, es porque se sienten apoyados en la inquebrantable certidumbre de los hechos que refieren; que miran como imposible toda discusión sobre su testimonio; que la evidencia cubre con su manto la desnudez de su historia, y da á su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afimación un interés supremo cerca del cual cualquiera otro interés languidece y se borra.

El tono de sus narraciones nos revela la actitud de sus almas.

Reunidas las tres indicadas condiciones, tenemos la más alta garantía de sinceridad que es posible exigir á un testigo.

"Los discípulos de Cristo han hablado, dice el P. Monsabré, y esto es evidente. No tengo necesidad de verlos, ni aun á la luz de la historia: mi alma conmovida se abre sin resistencia bajo los golpes de la palabra adorable que se escapa de su boca santificada; mi razón satisfecha responde por un acto de fe á la sinceridad de que están impregnadas las líneas del Evangelio.

VERACIDAD DE LOS EVANGELISTAS.

Los Evangelistas no solamente son sencillos, desinteresados y llenos de confianza, lo que garantiza sin duda su veracidad; son también impotentes: es decir, no han podido copiar, ni inventar al personaje cuya vida describen en el Evangelio.

Su impotencia es, entonces, una prueba evidente sin duda, de su veracidad.

"Todos los detalles del Evangelio, dice el P. Monsabré, discursos, preceptos, acciones, virtudes, milagros, profecías, se agrupan al rededor de la persona, se concentran en la vida de un hombre unico, quien, por el encanto continuo de su presencia, remplaza el encanto del orden y del método que los escritores sagrados parece que desdeñaron.

Es tan extraordinario, tan nuevo, tan contrario al tipo que el espíritu judáico debía naturalmente concebir, que es preciso haberlo visto para hablar de él, como han hablado los Evangelistas.

Si era imposible á los Apóstoles inventar á Jesucristo, claro está que al hablar de él, lo hacen como simples narradores y la medida de su impotencia nos da la medida de su buena fe.

El Jesucristo del Evangelio es un hombre imposible, si se permite la palabra: no hay un hombre como él, ni en el medio contemporáneo, ni en la antigüedad pagana, ni en la antigüedad judía.

En ese hombre prodigioso, tal como lo descri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afimación un interés supremo cerca del cual cualquiera otro interés languidece y se borra.

El tono de sus narraciones nos revela la actitud de sus almas.

Reunidas las tres indicadas condiciones, tenemos la más alta garantía de sinceridad que es posible exigir á un testigo.

"Los discípulos de Cristo han hablado, dice el P. Monsabré, y esto es evidente. No tengo necesidad de verlos, ni aun á la luz de la historia: mi alma conmovida se abre sin resistencia bajo los golpes de la palabra adorable que se escapa de su boca santificada; mi razón satisfecha responde por un acto de fe á la sinceridad de que están impregnadas las líneas del Evangelio.

VERACIDAD DE LOS EVANGELISTAS.

Los Evangelistas no solamente son sencillos, desinteresados y llenos de confianza, lo que garantiza sin duda su veracidad; son también impotentes: es decir, no han podido copiar, ni inventar al personaje cuya vida describen en el Evangelio.

Su impotencia es, entonces, una prueba evidente sin duda, de su veracidad.

"Todos los detalles del Evangelio, dice el P. Monsabré, discursos, preceptos, acciones, virtudes, milagros, profecías, se agrupan al rededor de la persona, se concentran en la vida de un hombre unico, quien, por el encanto continuo de su presencia, remplaza el encanto del orden y del método que los escritores sagrados parece que desdeñaron.

Es tan extraordinario, tan nuevo, tan contrario al tipo que el espíritu judáico debía naturalmente concebir, que es preciso haberlo visto para hablar de él, como han hablado los Evangelistas.

Si era imposible á los Apóstoles inventar á Jesucristo, claro está que al hablar de él, lo hacen como simples narradores y la medida de su impotencia nos da la medida de su buena fe.

El Jesucristo del Evangelio es un hombre imposible, si se permite la palabra: no hay un hombre como él, ni en el medio contemporáneo, ni en la antigüedad pagana, ni en la antigüedad judía.

En ese hombre prodigioso, tal como lo descri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ben los Evangelistas, hay un conjunto de todas las virtudes en una sola alma, sin mezclas que atestigüen, como atestiguan en las más altas naturalezas, la presencia de una enfermedad incurable.

El Cristo del Evangelio es humilde en el triunfo, pero jamás se abate, sino ante la grandeza del Padre Celeste; bueno y compasivo como una madre, pero jamás débil; pródigo del bien, pero jamás indiscreto en sus dones; tiernamente inclinado hacia los pecadores, pero siempre enemigo del pecado; celoso por el derecho y por la ley y jamás intolerante con las personas; sencillo, pero jamás vulgar; grande en el oprobio y nunca soberbio; dulce como un cordero en las manos de sus verdugos, pero jamás humillado y caído; digno en la persecución y jamás altivo.

El Cristo del Evangelio es un hombre que perdona á los que le inmolan, que consuela á los que sufren cerca de su patíbulo, que olvida sus dolores para asegurar la suerte de aquellos que le aman, que expira en los brazos de Dios á quien invoca y que se hace, al partir de este momento supremo, el tipo que saludarán con respecto todos los sabios, aun cuando no osen prosternarse ante su divinidad.

Este tipo, así descrito por los Evangelistas, no podía encontrarse, no se encontraba en el medio en que vivió ese hombre admirable.

¿Cómo ha podido suceder, pregunta el Cardenal Wiseman, que hombres sin instrucción hayan imaginado representar un carácter que se aleja, bajo todos sus aspectos, de su tipo nacional y que está en desacuerdo con todos los rasgos que la costumbre, la educación, el patriotismo, la religión y la naturaleza habían consagrado como los más bellos de todos.

Las tradiciones de entonces desfiguradas por los fariseos, daban al Justo una fisonomía, en contradicción abierta con la del Justo del Evangelio.

Los Evangelistas no podían encontrar en los tiempos de Cristo un tipo que se le asemejase.

En la antigüedad pagana tampoco podían encontrarle.

Y no podían encontrarle, porque ellos no lo conocían, y no podían encontrarle, porque en ella sólo se encuentran virtudes esparcidas, cuya reunión siempre sería una pobreza ante la perfección que en Cristo se realiza.

La antigüedad, judía aunque ellos hubiesen poseído todos sus secretos, no podía ofrecerles

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más que un bosquejo grosero del cuadro que ellos acabaron con mano tan segura.

Era imposible, por otra parte, que hombres tan ignorantes tuvieran la paciencia, el dicernimiento, el exquisito gusto que se necesitaba para recoger de todos los personajes de la antigua ley, los diversos matices de justicia y de santidad, esparcidos en todos ellos, y reunirlos tan magistralmente, como aparecen reunidos, en el hombre extraordinario cuya historia refieren los Evangelios

La dificultad se aumenta y se multiplica, como lo hace notar el Cardenal Wiseman, si se considera que hay cuatro artistas y que por hechos diferentes nos conducen á la misma representación.

El Cristo del Evangelio, visto en su perfección, en su santidad, en su virtud, no pudo ser inventado por los Evangelistas.

Pero supóngase que fueron tan hábiles que pudieron reunir en un solo personaje todo lo bello, todo lo bueno, todo la grande, todo lo justo y todo lo santo que puede encontrarse en los recuerdos venerados de los patriarcas y de los profetas.

Ese Cristo del Evangelio no sólo fué la personificación de la virtud más elevada y que presentó siempre un carácter divino.

Al Cristo del Evangelio era preciso hacerle hablar.

Los Evangelistas le presentan hablando.

Era imposible que los Evangelistas pudiesen inventar ni los conceptos, ni las palabras que ponen en los labios del hombre, cuya historia cuentan.

La Escritura santa contiene sentencias admirables, fecundas, dignas del Dios que las ha revelado y más capaces de formar á un sabio que todas las filosofías.

Pero el trabajo de la moral antigua no es más que un trabajo de iniciación, cuya plenitud estaba reservada al Evangelio.

La moral evangélica, aunque apoyada en la ley judáica, llega á consecuencias tan enteramente nuevas, tan completamente desconocidas de los hombres más ilustrados y más virtuosos, que es preciso preguntar de dónde vienen y si el espíritu humano, después de una labor muchas veces secular, ha podido deshacer las sombras de donde han salido súbitamente.

Los discursos de Cristo están llenos de elevación y de misterio.

Para él la pobreza es bienaventuranza, en medio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de una nación que, estimulada por pomposas profecías, cuenta con la prosperidad temporal.

Los pacíficos bendecidos solemnemente, cuando el pueblo se prepara á la guerra que debe asegurar su universal dominación.

Son bienaventurados los que lloran, los que sufren, aquellos á quienes se maldice, aquellos á quienes se persigue.

Renunciarse, llevar su cruz, ponerse en el último sitio y á los piés de todos, buscar la perfección en una especie de mutilación espiritual que no conserva á la carne su integridad, sino privándola de una fecundidad bendecida por Dios y envidiada por todas las familias.

La moral evangélica es un grito sublime que se escucha sobre todos los preceptos de la ley, sobre todas las máximas de la sabiduría antigua, sobre todas las aspiraciones de las almas santas.

Los Evangelistas, gente sin letras y de virtud muy mediana, en vano hubieran hojeado los libros é interrogado las tradiciones: en ninguna parte hubieran encontrado el primer elemento de esa enseñanza, que hasta entonces nadie había escuchado.

Era, entonces, imposible que los Evangelistas

hubiesen inventado un personaje al que hiciesen hablar, como habla el Cristo que ellos describen.

Pero si era imposible un justo, como ellos lo pintan, un moralista como ellos lo describen, el Jesucristo de los Evangelios es también un Mesías imposible.

El Mesías de los Evangelistas tiene un carácter enteramente espiritual, en la misión que viene á desempeñar.

El espíritu público del pueblo judío protesta contra ese carácter.

El Mesías, esperado por los judíos, tenía que ser, en concepto de ellos, un rey muy glorioso que rompiera sus cadenas, que disipase á sus enemigos, que conquistase al mundo, en una palabra, que hiciese pasar los restos humillados de Judá, de la libertad á la dominación.

Educados en ese medio, ¿cómo habrían podido los Evangelistas concebir un Mesías que su propia inteligencia, formada por la opinión pública, repele con desdén, como una contradicción de todo su pasado tan manifiestamente preparado por Dios?

Y, sin embargo, los Evangelistas anuncian que ese hombre, todo espíritu, despojado de todas las glorias que anunciaban el carácter de Mesías, era el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mesías prometido y que debía realizar la libertad del hombre.

Los Evangelistas que, no obstante las preocupaciones que tenían, confesaban la misión de su Maestro, proclamaban también su divinidad.

Si ellos inventaron á ese personaje, que llamaban un Ser divino, ese Dios, tal como lo presentan, es un Dios imposible.

Dios, tal como lo concebía la nación judía, era un ser eterno, en quien estaba la vida sin principio, la inmensidad era su tabernáculo, el cielo su trono, el firmamento su manto, los astros su corona.

El Dios de los Judíos mandaba á la naturaleza, poseía todo, la felicidad se derramaba de su mano, como de un océano sin riberas y sin fondo.

El Dios de los Israelistas era el Juez de príncipes y de pueblos, su mano estaba lleno de rayos y de relámpagos, su brazo aplastaba á los soberbios, sus perfecciones invulnerables resistían como un muro de acero á todos los golpes de nuestros odios y de nuestras locuras.

El Dios del pueblo judío era un ser cuya existencia estaba medida por la eternidad.

Así debieron describirlo los Evangelistas.

Y, sin embargo, ellos confiesan la divinidad de un hombre que sale como cualquiera otro hombre del seno de una mujer, que está aprisionado en el cuerpo de un niño, que está cubierto con pobres pañales y que llora, tiembla y gime en un pesebre.

Llaman Dios, al que está sujeto á sus padres, y vive en su humilde morada, al que no tiene donde reclinar su cabeza, un pobre que vive con el día, del pan de la caridad.

Llaman Dios, al que está prosternado en la aflicción, al que tiene su corazón desgarrado por la angustia, al que tiene su alma triste hasta la muerte, y al que aleja con su mano temblorosa el cáliz amargo de sus dolores.

Llaman Dios, al que comparece ante el tribunal de los sacerdotes, de los procónsules y de los reyes, al que no puede sostener el peso de una cruz sobre sus espaldas abiertas y ensangrentadas, al que pierde su sangre por mil heridas, al que muere colgado de un madero infame, al que invoca á su Padre y no le escucha, al que, por fin, entrega su vida en las manos de ese Padre que no le oía sus lamentos.

A ese llaman Dios, los Evangelistas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ningún judío hubiera creído que ese era un Dios; pero de seguro que nadie hubiera inventado á ese Dios.

"No es así como se inventa, dice el P. Monsabré, y Juan Jacobo Rousseau, tuvo razón de decir un día que veía con claridad en su espíritu: El Evangelio tiene caracteres de verdad, tan grandes, tan palpitantes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más admirable que su héroe."

No hay remedio, para escribir lo que han escrito los Evangelistas, es necesario, según la propia expresión de San Juan, haber oído esas cosas, haberlas visto, examinado y tocado con las propias manos.

"Jesucristo, concluye el Padre Monsabré, es tanto más real, cuanto es más imposible, desde que se supone que los Evangelistas salen del papel de simples testigos y de sinceros narradores de sus virtudes, de sus discursos, de su misión y de su vida."

Si es imposible inventarlo, preciso es confesar que los Evangelistas son sinceros, porque refieren lo que vieron.

ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA DESTRUIR EL TESTIMONIO EVANGÉLICO.

La autoridad del Evangelio que, como lo dejamos establecido brevemente, se apoya en una posesión de estado dieciocho veces secular, y que está claramente revelada por todos los caracteres de la más alta sinceridad, á que hemos hecho referencia, ha sido objeto, por parte de los enemigos del cristianismo, de los más violentos ataques.

Y esto se explica.

El testimonio evangélico abruma implacablemente y de un solo golpe la soberanía usurpada de la razón, como los sistemas de creencias de donde se han ausentado las revelaciones divinas.

La razón, así herida en la omnipotencia que ha querido atribuírse, tiene que lanzar un grito.

Ha llenado nuestro siglo con sus clamores y para libertarse mejor de las importunidades misericordiosas de Dios que la persiguen y rodean para que no se extravíe en sus caminos, se ha consagrado á destruir los monumentos tradicionales que sirven para comprobar las profecías y los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ningún judío hubiera creído que ese era un Dios; pero de seguro que nadie hubiera inventado á ese Dios.

"No es así como se inventa, dice el P. Monsabré, y Juan Jacobo Rousseau, tuvo razón de decir un día que veía con claridad en su espíritu: El Evangelio tiene caracteres de verdad, tan grandes, tan palpitantes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más admirable que su héroe."

No hay remedio, para escribir lo que han escrito los Evangelistas, es necesario, según la propia expresión de San Juan, haber oído esas cosas, haberlas visto, examinado y tocado con las propias manos.

"Jesucristo, concluye el Padre Monsabré, es tanto más real, cuanto es más imposible, desde que se supone que los Evangelistas salen del papel de simples testigos y de sinceros narradores de sus virtudes, de sus discursos, de su misión y de su vida."

Si es imposible inventarlo, preciso es confesar que los Evangelistas son sinceros, porque refieren lo que vieron.

ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA DESTRUIR EL TESTIMONIO EVANGÉLICO.

La autoridad del Evangelio que, como lo dejamos establecido brevemente, se apoya en una posesión de estado dieciocho veces secular, y que está claramente revelada por todos los caracteres de la más alta sinceridad, á que hemos hecho referencia, ha sido objeto, por parte de los enemigos del cristianismo, de los más violentos ataques.

Y esto se explica.

El testimonio evangélico abruma implacablemente y de un solo golpe la soberanía usurpada de la razón, como los sistemas de creencias de donde se han ausentado las revelaciones divinas.

La razón, así herida en la omnipotencia que ha querido atribuírse, tiene que lanzar un grito.

Ha llenado nuestro siglo con sus clamores y para libertarse mejor de las importunidades misericordiosas de Dios que la persiguen y rodean para que no se extravíe en sus caminos, se ha consagrado á destruir los monumentos tradicionales que sirven para comprobar las profecías y los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

milagros con la misma facilidad con que pueden comprobarse los hechos más sencillos de la historia.

El Antiguo Testamento ha recibido mil golpes; pero el ataque principal se ha dirigido y concentrado en el Evangelio, por que el racionalismo ha comprendido que era como la ciudadela de las Escrituras y que, arruinada y destruida esa fortaleza, la Ciudad Santa caería en su poder y quedaría abandonada á sus profanaciones.

Es, por tanto, preciso no enmudecer ante las objeciones del racionalismo.

Las demostraciones, que consignadas quedan en artículos precedentes para establecer la autoridad del testimonio evangélico, necesitan de una contraprueba.

Dos clases de objeciones se presentan á nuestra vista; unas de detalle y otras de conjunto.

Sostiénese por el moderno racionalismo, para fundar las objeciones de detalle, que el Evangelio está en oposición con la historia y está en oposición consigo mismo.

Para demostrarlo invoca siete ú ocho circunstancia, acontecimientos, ó indicaciones que podrían suprimirse, sin que por eso se alterara la sustancia de la narración evangélica.

Para justificar las oposiciones históricas, señala como contrarios á la historia, el empadronamiento de Cyrino, el reinado de Lysanias, la degollación de los inocentes, la edad de Cristo, la filiación del Profeta Zacarías y los años empleados en la construcción del templo.

Para comprobar las oposiciones evangélicas, es decir, las oposiciones de un Evangelio con otro, invocá las dos genealogías de San Marcos y de San Lucas, las dos apariciones del ángel á María y á José, la adoración de los Magos, las alternativas estancias de Cristo en Galilea y en Judea, el número de las Pascuas y diversas particulares de la predicación, de la pasión y de la sepultura del Salvador.

Largas disertaciones se han escrito por los enemigos de la Iglesia sobre estas materias. Las conclusiones que de ellas deduce el racionalismo, son estas:

"El Evangelio está seis veces en oposición aparente con la historia, luego es un inmenso tejido de mentiras: los Evangelistas en ocho ó diez lugares, á primera vista, parece que no están de acuerdo entre sí (y así lo afirma el Dr. Strauss);"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luego no solamente el uno excluye al otro, sino que lo aplasta en su caída.

Estas conclusiones no son del todo enteramente nuevas: bajo el barniz de erudición que las cubre, fácilmente se reconoce la vieja madera, como dice el Padre Monsabré, de las flechas que aguzaran los filósofos del siglo XVIII, y, aunque partiendo de principios diferentes, se confunden con el reproche que en otro tiempo dirigía Celso á los cristianos, cuando les decía: "Es, entonces, verdadero, que os degollais con vuestras propias manos.

Para apreciar el valor de esas objeciones, bastará estudiar las más serias relativas á la historia y al Evangelio mismo.

Por el lado de la historia, la objeción más seria es el empadronamiento de Cyrino.

San Lucas dice: "Por aquéllos días se promulgó un edicto; mandando empadronar á todo el mundo: este fué el primer empadronamiento hecho por Cyrino, Gobernador de la Siria."

En este hecho, que refiere San Lucas, señala el racionalismo múltiples errores.

La historia, se dice, en primer lugar, no conoce en esa época ningún empadronamiento universal del Imperio.

Cyrino no se hizo Gobernador de la Siria, se dice en segundo lugar, sino muchos años después del nacimiento de Jesucristo.

Un empadronamiento, añaden los racionalistas, no podía hacerse en Judea, porque la Judea obedecía entonces no á los Romanos, sino al Rey Herodes.

Las leyes romanas, agregan por último, de ningún modo exigían que los ciudadanos se hicieran inscribir en los lugares de origen de su familia.

A todas estas dificultades puede darse una respuesta indirecta.

Si San Lucas refiere otros muchos hechos, cuya perfecta exactitud histórica está plenamente demostrada, aun en los detalles más minuciosos, necesario es, entonces, presumir, según las reglas de buena crítica, que respecto á la publicación del edicto imperial ordenando el empadronamiento del Imperio, hecho culminante sin duda y muy fácil de comprobar, San Lucas no debió estar menos impuesto del hecho ni ser menos sincero que para los demás.

La razón de esta contradicción aparente entre la historia y el hecho referido por el Evangelista,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está en nuestra ignorancia de fuentes históricas ulteriores.

Pretende el racionalismo que el Evangelista ha confundido este supueseo empadronamiento, con el que diez años más tarde hizo el Gobernador Cyrino.

Otros de la misma escuela, afirman que San Lucas inventó este hecho para explicar el viaje que la Santa Familia hizo de Nazareth á Belén.

San Lucas no ha confundido un empadronamiento con otro.

San Lucas, autor del libro intitulado "Los Hechos de los Apóstoles," menciona el segundo empadronamiento que provocó la rebelión de Judas Galileo.

De manera que, en su Evangelio, al cap. II, v. 2, habla del empadronamiento que se hizo en la época del nacimiento de Cristo, y al cap. V, v. 37 de "Los Hechos de los Apóstoles," habla del empadronamiento que se hizo diez años después del primero.

La confusión que se invoca, no puede, entonces, sostenerse.

La segunda pretensión que afirma haberse inventado por San Lucas este hecho, para explicar

el viaje de la Santa familia, hace de San Lucas un hombre desprovisto de buen sentido.

Si él tenía que inventar una razón para conducir á José y á María á Belén, tenía á la mano otros muchos hechos que podía referir á la vida de la Santa Familia; no debió jamás ocurrírsele suponer falsamente un hecho de notoriedad pública, cuya inexactitud, todo el pueblo hubiera podido comprobar.

Pero además de estas respuestas indirectas, pueden estudiarse á fondo las dificultades.

Dicen los racionalistas que Tácito, Suetonio, Dion Casio y Josefo, nada dicen sobre este empadronamiento: la historia, en consecuencia, según ellos, condena la afirmación de San Lucas.

Bien sabido es que estos historiadores estuvieron muy lejos de escribir una historia completa del reinado de Augusto.

Muchos hechos que se verificaron durante el Imperio de Augusto, no son referidos por esos historiadores.

Su silencio, entonces, con respecto al empadronamiento, no es un argumento serio.

Suetonio y Tácito nos hacen conocer que en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo de Augusto, existía un documento titulado "*Breviarum Imperii.*"

En ese documento consigna Augusto los ciudadanos y aliados que estaban bajo las armas, el número de flotas que tenía el Imperio, y una relación de los reinos, provincias, tributos é impuestos. Es decir, era un *Sumario*, en que se contenía el estado de los reinos, de las provincias, de los tributos, de las rentas, de la milicia, en una palabra, el *haber* y el *debe* de todos los recursos del Imperio.

Era imposible que bajo Augusto se hubiera formado ese Sumario, sin que se hubiese hecho una investigación universal de lugares y personas: era necesario que precediera un empadronamiento.

Pero los racionalistas dicen que el error está en afirmar que ese empadronamiento se hiciera por Cyrino, porque Cyrino gobernó la Siria diez años después de la muerte de Herodes y Jesucristo vino al mundo en el reinado de este Príncipe.

"Aun cuando hubiese en esto un error, pregunta el Padre Monsabré, ¿sería esto motivo para desconocer la buena fe de un historiador?"

"Yo soy un hombre honrado, agrega, que he

casi presenciado una serie de acontecimientos: los refiero, pero se me escapa una falsa indicación, ¿débeseme, por esto, considerar como un impostor?"

"Si el Evangelio no fuese más que una historia humana, continúa diciendo el P. Monsabré, deberíamos perdonarle semejante inadvertencia; pero colocado por su origen fuera de las condiciones ordinarias de la historia, no tiene necesidad de nuestra indulgencia."

San Lucas dice que Cyrino fué enviado en los tiempos de Herodes con el título de Gobernador de Siria para empadronar esta provincia y las adyacentes, ¿cuál es el autor contemporáneo que sostiene lo contrario? Ninguno. ¿Y qué, no pudo haber dos Cyrinos, y qué, un mismo Cyrino no pudo ser enviado dos veces á Siria?

Sabios ilustres afirman y prueban que Cyrino desempeñó esta doble misión.

Según los consejos de Monseñor Tezzani, el caballero de Rossi, ha puesto entre los monumentos cristianos de Letrán, una inscripción que dice así:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GEM. QVA. REDACTA. IN. PO (testatem Divi)
(a) AGVSTI. POPVLIQVE. ROMANI. SENAT. (us.)
SVPPLICATIONES. BINAS, OB. RES. PROSP (ere gestas.)
IPSI. ORNAMENTA. TRIVMPHI (decrevit.)
PROCONSVL. ASIAM. PROVINCIAM. OM (nem. et. legatus)
DIVI. AVGVSTI. ITERVM. SYRIAM ETPH(œniciam.)

Gustavo Contestin, en la «Revista de Ciencias Eclesiásticas,» correspondiente al mes de Marzo de 1865, razona así sobre este monumento: Se trata de un Procónsul que ha vencido á un rey, y que ha sometido á una nación á la autoridad de Augusto y del pueblo romano. En recompensa de estos éxitos felices, el Senado le decretó dobles suplicaciones y las insignias del triunfo. Estas circunstancias, reunidas, no convienen más que únicamente á Cyrino, entre los nueve prefectos de Siria, que gobernaron este país bajo Augusto. En consecuencia, á Cyrino debe aplicarse la parte final de la inscripción. Primero fué Procónsul de toda la Provincia de Asia, y gobernó por segunda vez la Siria y Fenicia. Su primera misión fué extraordinaria y general, y tenía por objeto describir el estado del Imperio, de lo que nos hablan Tácito y Suetonio. Esto nos explica la afirmación de Tertuliano, cuando asegura que el empadronamiento de que habla San Lucas, se

hizo siendo prefecto Saturnino. Este era prefecto particular de la Siria cuando Cyrino gobernaba extraordinariamente toda el Asia. La segunda misión de Cyrino fué ordinaria y particular en las provincias de Siria y de Fenicia, como lo indica la inscripción expresamente.

No hay, entonces, falsedad histórica en el texto de San Lucas.

Pero aun cuando esto no fuera así y se tratase del Cyrino, que vino diez años después de la muerte de Herodes, el texto de San Lucas, se mantiene firme: basta la gramática para justificarlo.

"Pesad las palabras del griego, dice el P. Monsabré, rectificad los acentos, suponed una elipse usual en la lengua, comparad la forma del Evangelista con las empleadas por Homero, los Setenta, San Juan, y tendréis estos dos sentidos: "Este primer empadronamiento fué hecho antes que Cyrino gobernase la Siria;" ó bien: "Este primer empadronamiento se verificó antes del que hizo Cyrino, Gobernador de Siria."

Pudiera decirse que contra estas combinaciones gramaticales se levanta la traducción de la Vulgata que hace autoridad, y esa traducción dice: "Este fué el primer empadronamiento hecho por Cyrino."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"¿Hay algo más claro, pregunta el P. Monsabré, que esta frase?"

"Ciertamente, responde, hay algo más claro: es el original que jamás debe perderse de vista, cuando se trata de interpretar una traducción."

"Calcando las palabras del griego, continúa diciendo el P. Monsabré, con precisión en cierta manera matemática, el latín de la Vulgata no ha podido vertir las formas comparativas y elípticas de que se vale el original. Por un piadoso exceso de buena voluntad, se aparta del sentido: á nosotros nos corresponde no oprimirlo brutalmente. Tomando en cuenta un cambio de acento, tanto más fácil de suponer, cuanto que los manuscritos originales no lo tienen, daremos al texto latino un sentido equivalente al del texto griego, á saber: Este primer empadronamiento fué acabado más tarde por Cyrino, Gobernador de Siria."

Puede escogerse libremente cualquiera de estas diversas interpretaciones.

"De todas maneras, concluye el P. Monsabré, San Lucas escapa á la contradicción histórica que se le imputa."

Hemos examinado, en los precedentes artículos, el argumento más serio que el racionalismo aduce contra el testimonio evangélico, por el lado histórico.

La dificultad más seria que presentan los racionalistas sobre que el Evangelio está en oposición consigo mismo, es la de las genealogías de San Mateo y San Lucas.

Los dos Evangelistas dan la lista de los antepasados de Jesús.

Las dos series, de acuerdo, desde Adán hasta David, difieren, á partir de la generación siguiente: Según San Mateo, Jesús desciende de David, por Salomon y de los Reyes de Judá. Según San Lucas, por Nathan y una serie de personajes, la mayor parte desconocidos en la historia del Antiguo Testamento.

En cada una de las generaciones, están nombrados Salatiel y su hijo Zorobabel, pero el padre del primero, y el hijo del segundo, respectivamente, tienen nombres diferentes.

El racionalismo, marchando sobre las huellas de Celso y de Porfirio, declara que las dos genealogías son absolutamente inconciliables, y que,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por consecuencia, las dos, ó alguna de ellas, por lo menos, son falsas necesariamente.

Esto, que parece extraño á primera vista, es decir, el que dos Evangelistas presenten genealogías tan diversas, en el fondo no presenta dificultad alguna.

La ley judía ordenaba que cuando un esposo moría sin hijos, se uniera su viuda en matrimonio con el pariente más próximo del marido muerto.

El hijo que nacía de este matrimonio, tenía, según la misma ley, dos padres: uno, el natural, y otro, el legal, es decir, que el hijo del segundo marido, según la naturaleza, era hijo del primer marido, según la ley.

"Evidente es que si este hecho se reproducía dos veces en el espacio de mil años, lo que nada tiene de extraordinario, dice el P. Monsabré, debe haber dos líneas totalmente diferentes, según que se siga el orden natural ó el orden legal."

San Mateo, según los intérpretes, presenta la genealogía de Jesús, siguiendo el orden natural, y San Lucas, adoptando el orden legal.

Esto explica la desemejanza de ambas genealogías.

Otros intérpretes, graves y eruditos, enseñan

que San Mateo consigna la genealogía de José, padre putativo del Salvador, y San Lucas, la genealogía de la hermosa Virgen de Nazareth, Madre de Jesús.

Cada uno de estos dos sistemas, dicen los autores del "Diccionario Apologético," tiene sus probabilidades: la hipótesis racionalista, al contrario, es improbable en alto grado. ¿Qué interés, en efecto, preguntan los citados autores, podía tener San Lucas en inventar esa larga lista de nombres, diferentes de los que había dado San Mateo?

Si conocía la genealogía de éste, todo le aconsejaba que la transcribiese tal como aparecía en aquel Evangelio: si no la conocía, ¿por qué habría supuesto una, según la cual, los reyes de Judá no se contaban entre los antepasados de Jesús?

Estas dos objeciones de detalle, son las más serias que opone el racionalismo: no es necesario examinar las otras.

Más graves son, sin duda, las objeciones de conjunto, que pueden reducirse á tres: aislamiento, transformación y corrupción de las narraciones evangélicas.

Estudiemos la primera.

Los cristianos, al par que los que no llevan tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

glorioso título, reconocen, sin esfuerzo, que de todos los acontecimientos que se han realizado en el mundo, no hay otros, ni más solemnes ni más importantes, que el nacimiento, la vida, los milagros y la muerte de Cristo.

No hay, en consecuencia, acontecimientos que hayan debido recogerse con más apresuramiento y con más cuidado por los hombres capaces de manejar una pluma y de escribir una historia.

Y sin embargo, dice el racionalismo, nadie ha hablado de esos acontecimientos más que los discípulos del Galileo, á quien ellos reputaban un Dios hecho hombre.

Su historia, agrega el racionalismo, hundida en un aislamiento siniestro, invoca, en vano, el testimonio de sus contemporáneos.

¿Qué partido tomar, pregunta, entre las narraciones maravillosas de sus oscuros biógrafos y la sombría tranquilidad de aquellos á quienes debería conmover tanta gloria?

Tal es la objeción.

Más bien que un argumento contra la veracidad del Evangelio, el silencio de los contemporáneos, es la prueba más brillante de la verdad que guardan sus páginas.

Ya lo hemos hecho notar antes: entregados á la publicidad los libros que escribieran los Evangelistas, natural era que si ellos contenían errores habrían sido combatidos sin piedad por todos aquellos á cuyas manos llegaban.

Sin embargo, tomemos la objeción tal como se presenta, sin tener en cuenta la circunstancia que acabamos de enunciar y que es decisiva, ante la luz de la sana crítica, para demostrar la sinceridad de las narraciones evangélicas.

La historia de Cristo, referida por los Evangelistas, no lleva la nota de aislamiento que el racionalismo supone: es, al contrario, la historia menos aislada que se conoce.

No es un hombre el que la ha escrito: cuatro hombres, á la vez, describen los acontecimientos que han tenido ante sus ojos.

Las costumbres de esos escritores, sus virtudes, su carácter, la sencillez de su palabra, su ignorancia misma, atestiguan que son sinceros.

Con maravillosa precisión están de acuerdo en la substancia de los hechos, y poseen, en el más alto grado, todas las cualidades que el Juez más se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vero puede exigir de aquellos cuyo testimonio aquilata.

Este primer hecho, que nadie puede negar, condena desde luego la objeción, porque en ninguna parte, ni en ningún siglo de la antigüedad, se pueden encontrar cuatro historiadores que escriban al mismo tiempo, sobre el mismo objeto y con la misma armonía.

Los racionalistas agregan que el testimonio evangélico está aislado, porque ni los Judíos ni los paganos refieren lo que en el Evangelio aparece descrito.

Esta observación, á ser verdadera, es decir, á ser cierto que no debe admitirse lo que un historiador refiere, cuando él lo refiere solo, echaría por tierra el fundamento mismo del testimonio de la historia.

Nadie pone en duda la autoridad de Tácito y de Suetonio, y, sin embargo, á ser cierto el principio de los racionalistas para atacar el testimonio evangélico, sería necesario desconocer los hechos que aquellos autores refieren.

Tácito y Suetonio no dicen los dos la misma cosa, y para muchos hechos que ellos refieren, su testimonio está aislado.

Tácito, con un estilo que silba como una hoja de acero, nos presenta la vida pública de los Césares y Suetonio que penetra hasta la alcoba de éstos, nos revela con sus frases disolutas sus pavorosos misterios.

¿Pero Tácito y Suetonio, han dicho la verdad?

¿No escriben sangrando aún su corazón por la herida de una desgracia? ¿Su alma llena de amargura y de hiel no había pretendido desahogarse en injusta difamación?

Por otra parte, Suetonio no dice todo lo que dice Tácito, ni Tácito todo lo que dice Suetonio. ¿Debemos entonces negar la existencia de los Césares de Roma? ¿Debemos considerarlos piadosos, magnánimos, buenos, castos, admirando á la capital del mundo por sus virtudes?

Si el principio del aislamiento invocado por el racionalismo es cierto, preciso es convenir que el testimonio histórico queda destruido.

Además, bien se explica que muchos escritores de la antigüedad no se hayan ocupado de la vida de Cristo.

Arriano que escribía la historia de Alejandro el Grande, dice el Padre Monsabré, no podía convenientemente introducir en ella á Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apiano, que no hizo mención de Judea en su descripción del Imperio Romano, debía naturalmente omitir la vida del más ilustre y el más santo de los Judíos.

Filón, que componía sus obras en Egipto antes que la historia de Jesús fuera bien conocida de todos, no estaba obligado á adivinarla.

Los judíos y los paganos, instruidos en los hechos evangélicos, no podían hablar de ellos con honor sin condenarse.

Flavio Josefo, por este motivo, tenía que callar, y Suetonio y Tácito juzgaban más cómodo despreciar *á esa raza de hombres*, como ellos la llamaban, *de una superstición nueva y nociva, á esa inmensa multitud, convencida de odio al género humano.*

La ciencia y la literatura, continúa diciendo el Padre Monsabré, no dan á los que las poseen la sencillez de los niños, ni el noble valor para pasar de la vida fácil y voluptuosa á la austera abnegación y á las dolorosas pruebas de la Cruz, ni la heróica audacia para llevar un nombre aborrecido y poner en peligro su existencia por una fe perseguida.

Contado es el número de hombres, sigue diciendo el Padre Monsabré, que viven en plena luz del catolicismo, y que no conocen su historia más que por errores y calumnias. Si ellos callan por temor ó por desprecio, ¿diríase que nuestro testimonio está aislado?

Pero hay más todavía; judíos y paganos acompañan el testimonio evangélico en su marcha intrépida y vigorosa durante el curso de los primeros siglos.

El Talmud conserva el recuerdo del nacimiento del apostolado y de los milagros de Cristo, y Josefo, en sus "Antigüedades Judías," habla de la predicación, de la influencia poderosa, de las virtudes y de la muerte de San Juan Bautista.

Aunque haya sido objeto de vivas disputas, no ha podido borrarse completamente de los Anales escritos por Josefo, este importantísimo pasaje: "En este tiempo, dice el escritor, apareció Jesús, hombre de virtud grande, si es que se le puede llamar hombre. Hacía obras maravillosas, era maestro de aquellos que aman la verdad y tuvo por seguidores á muchos judíos y á muchos gentiles; á él es á quien se le llama Cristo. Pilatos, á petición de los Jefes de nuestra Nación, lo condenó al suplicio de la cruz, pero sus discípulos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le quedaron fieles. Se les apareció vivo, tres días después de su muerte como lo habían predicho los profetas. De él viene la secta de los cristianos, que subsiste hasta hoy."

Juliano, Celso y Porfirio, para quienes el aislamiento y la obscuridad de los orígenes del cristianismo hubiera sido un triunfo, proclaman su publicidad, por la naturaleza misma de los argumentos que emplean contra la divinidad de Cristo.

Lampridio nos enseña que Alejandro Severo rendía todas las mañanas un culto secreto al divino Crucificado, que Adriano quería ponerlo en el número de los dioses y que con este designio hizo edificar las *Adrianeas*, templos, sin imágenes que aguardaban á su misterioso huésped.

Chalcidio, filósofo platónico, refiere la aparición de la estrella que condujo á los sabios de Caldea á la cuna del nuevo Rey de los judíos, y Flegón, liberto de Adriano, rinde testimonio á la profecía de Jesucristo y á su cumplimiento, referente á la ruina de Jerusalén: describe en estos términos el duelo de la naturaleza á la muerte del salvador. "El cuarto año de la Olimpiada 202 hubo un eclipse de sol más grande que ninguno de los que hasta entonces se habían visto; á la hora de sexta la luz hizo lugar á las tinieblas, de tal modo espesas, que las estrellas aparecieron en el cielo, y un temblor hizo caer gran número de edificios."

Talus y Castor, en el primer siglo, refieren el mismo hecho.

Tácito presta el apoyo de su gran autoridad á aquellos á quienes él despreciaba; su pluma, que dice tantas cosas en tan pocas palabras, deja caer esta confesión:

"Había una *multitud inmensa* de gente odiosa "que el vulgo llamaba cristianos: el autor de este "nombre era Cristo, quien bajo el reinado de Ti- "berio fué condenado á muerte por el Procurador "Poncio Pilatos."

Una multitud inmensa engendrada á la vida pública por un hombre llamado Cristo: he aquí la revelación de un historiador venerado.

No es, por lo mismo, cierto, como afirma el racionalismo, que el testimonio evangélico estuviere aislado, cuando así se publicaban los hechos que el Evangelio refería.

Un judío de Tarso, perseguidor á muerte de la nueva secta, milagrosamente convertido, describe, en sus cartas, á Cristo. Después de él, viene una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

legión de paganos; Clemente de Roma, Ignacio, Justino, Atenágoras, Aristides, Cuadrato, Tertuliano, Minusio Félix, Arnobio y otros muchos.

Todos ellos han pasado al cristianismo en la madurez de la edad, en el esplendor de la inteligencia, en la plenitud de la libertad.

Todos han sido arrancados violentamente, por un poder sobrehumano, á los errores y pasiones en los que estaban todavía sumergidos los letrados del paganismo.

Los unos han visto, oído y tocado á los enfermos y á los muertos que Cristo había curado y había traído á la vida; los otros han leído en los archivos del Imperio el informe del Procurador Poncio Pilato sobre la vida y los milagros de Cristo.

Justino y Tertuliano no temen apelar en sus apologías á ese monumento que Tiberio mismo no podía leer sin piadosa emoción.

Todos ellos eran paganos y Pablo era judío; todos ellos hablan de Cristo y de su vida, y sus testimonios no desmerecen, porque hayan pasado, como dice Filón, de la semiluz de la ley á la claridad del Evangelio, de la incertidumbre de la filosofía á la tranquila posesión de la verdad revelada, de la depravación del politeismo á las costumbres austeras y puras del cristianismo.

El aislamiento que invocan los racionalistas más que una torpeza, es una mentira.

Dijimos que el aislamiento en que el racionalismo supone al Evangelio, más que una torpeza es una mentira.

La mentira, por perseverante que sea, no resiste á la claridad de la historia: la luz se hace sobre ella y su cínica desnudez aparece ante las espantadas miradas de aquellos á quienes había engañado.

Esto sucedió con el supuesto aislamiento de que habla el racionalismo.

Así es que la incredulidad, derrotada en ese punto, cambió de rumbo en sus objeciones.

Ya no se habla del aislamiento, sino en ese medio mundo intelectual que se contenta viviendo con los relieves del pasado.

Los sabios de la escuela incrédula cambiaron de táctica.

El Evangelio, según ellos, no es más que la poderosa elaboración de un hecho histórico y un acto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de conciencia por el cual el ser colectivo que se llama humanidad, toma posesión de una de las fases de su vida.

Esto es lo que se llama la transformación ó mito de que hablan los racionalistas y la segunda objeción que nos propusimos examinar rápidamente.

"Hay dos clases de mitos, dice el P. Monsabré, el mito histórico y el mito filosófico.

El primero transfigura los hechos, el segundo personifica las ideas.

Y la vida de Cristo, al decir de los incrédulos, como la de todos los dioses que la humanidad ha hecho entrar en los templos, es un mito histórico y un mito filosófico.

Ellos así explican la formación del mito histórico.

No se puede negar, dicen, que hace mil ochocientos años apareció un hombre de virtud singular y de genio poderoso.

Más por fanatismo que por ambición, se persuadió de que era el Mesías prometido á los Hebreos y anunciado por los profetas: bajo el imperio de esta idea, se puso á predicar una doctrina desconocida, á seducir á las muchedumbres con el dulce

encanto de su palabra y á agrupar en derredor de sí seguidores y discípulos.

La secta de los Fariseos, tan rigurosa y tan formalista, se conmovió al ver audacia tan extremada, en medio de una nación fiel hasta entonces á sus tradiciones.

Lastimada esa secta por los duros reproches que le dirigían los labios del Maestro, conspiró contra el pretendido Mesías, se apoderó de su persona é hizo que se le condenara al suplicio de cruz.

Su cuerpo quedó en la tumba; pero su alma quedó viva en la de los Apóstoles: éstos se ponen de acuerdo, se dispersan y van á predicar por todas partes la vida y doctrina del crucificado.

En aquellos tiempos el mundo estaba atormentado por extrañas aspiraciones y sufría, sin darse cuenta de ello, por la fatalidad misma del movimiento progresivo que lo llevaba hacia sus destinos, el contragolpe de las tradiciones mesiánicas.

Jesús fué aceptado como la expresión más pura de esas aspiraciones, y su vida, pasando de boca en boca, se enriqueció, gracias al fanatismo de sus sectarios, con infinidad de detalles, entre otros, con los prodigios que á los ojos de los pueblos crédulos le dieron una fisonomía divina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La humanidad, después de las agitaciones que había sufrido, había entrado en sí misma, había adquirido el conocimiento de sus ideas y de sus necesidades, y se traducía en un personaje típico, porque, notadlo bien, dice el Dr. Strauss, puestas en un individuo, en un Dios-hombre, las propiedades y las funciones que la Iglesia da á Cristo, se contradicen; en la idea de la especie están en armonía.

"La humanidad, continúa diciendo el Dr. Strauss, es la reunión de dos naturalezas; es el hijo de madre visible y de padre visible, de la naturaleza y del espíritu; es el taumaturgo, porque, en el curso de la historia humana, el espíritu domina completamente á la naturaleza dentro y fuera, y esta, en presencia de aquél, desciende al papel de materia inerte, sobre la cual ejerce su actividad; es impecable, porque la marcha de su desenvolvimiento es irreprochable; la mancha sólo toca al individuo, no á las especies y su historia."

Tal es el resumen del sistema mítico: á la luz de ese sistema, Cristo no es un ser real, tal como el Evangelio lo describe.

Estas teorías, que cuesta trabajo entender, no pueden sostenerse ni ante los principios

mismos que la incredulidad invoca para apoyarlas.

El principal fundamento de estas teorías de la escuela alemana, es la analogía.

Dicen los incrédulos que todas las antiguas religiones se refieren á un hecho primordial, transfigurado por el tiempo, por la imaginación popular y por la aplicación sucesiva de movimientos reflejos, á virtud de los cuales, la humanidad adquiere el conocimiento de su estado.

De la misma manera, agregan, se ha verificado para el cristianismo.

Sometido á la ley general que precede á la genesis de los sistemas religiosos, puede considerarse como una fuisión lenta y pacífica del politeismo y del judaismo.

Esa analogía que se invoca, y sobre la cual descansa el origen del mitismo, no existe, y basta, para demostrarlo, ponerse en presencia de la época que vió nacer el cristianismo.

Los mitos se conciben en los períodos obscuros é indecisos, por los cuales atravesó la humanidad en las primeras épocas.

Cuando no había escritura, cuando las tradiciones eran orales, fácilmente se concibe que las personalidades ilustres se escapasen á las miradas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del hombre, antes que sus rasgos quedasen fijados definitivamente y que se les revistiese, á expensas de la verdad, con falsos resplandores.

Pero cuando la escritura ha reemplazado las fluctuaciones de la tradición oral, cuando la historia sentada majestuosamente, como dice el P. Monsabré, está esperando el paso de los acontecimientos para apoderarse de ellos y fijar su fisonomía presente, á fin de que los conozcan bien los siglos futuros, el mito ni se concibe ni se explica.

Cristo apareció en la tierra, á la hora por El determinada, y cuando, como dice una frase de la Escritura, los tiempos estaban llenos.

Roma, señora del mundo, estaba en el apogeo de su grandeza; las letras, por todas partes, habían extendido sus esplendores inefables; Antioquía Tarso, Corinto, Mileto, Efeso, Pergamo, Atenas, Alejandría, Cartago, estaban llenas de escritores que cultivaban las letras con empeño admirable, y de filósofos que asombraban á sus oyentes con la erudición de su genio.

El universo ilustrado estaba en presencia de los Apóstoles; ellos entraron á ese mundo, y no llevaban escondida su cruz en algún pliegue de

sus vestiduras para mostrarla sólo á las hordas salvajes.

Ellos la revelaban á los sabios, lo mismo que á los ignorantes, á las ciudades ilustres, como á los campos flotantes de la Scitia y de la Arabia.

Era imposible, entonces, que los Apóstoles no fueran conocidos; que sus fisonomías no quedasen perfectamente delineadas; que se escondiesen entre las sombras; y que los hombres los revistiesen con falsos resplandores á expensas de la verdad.

Era imposible el mito en la época en que apareció el cristianismo. Jesucristo nació en la época de Augusto y de Tiberio. Tiberio y Augusto no han podido pasar del estado histórico al estado de mito.

¿Por qué, entonces, en esa misma época había de pasar Cristo del estado histórico al estado de mito?

La analogía se vuelve, sin duda, contra los incrédulos de la escuela alemana que la invocan y confirma el testimonio que pretenden destruir en su nombre.

El mito evangélico carece de analogía: también carece de inventores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los racionalistas afirman que la sociedad ha hecho crecer el hecho original del cristianismo con sus continuas invenciones y con las ideas que ha ido formando la imaginación del pueblo.

¿Cuál es la sociedad que ha realizado la elaboración de ese mito? ¿La sociedad pagana, la judía ó la cristiana?

Pero la sociedad cristiana ¿cómo se ha formado?

Despojado Cristo por los racionalistas de la divinidad de su persona, suprimidos por ellos los milagros y las profecías, queda colocado el Salvador del mundo en la misma condición, cien veces repetida en la historia, de los hombres que enseñan en su propio nombre y fundan esa escuela.

Es decir, queda el hecho de la fundación del cristianismo como un hecho común, semejante á los que la historia refiere muchas veces.

Ella con su elocuencia severa ha revelado al mundo cuál ha sido el éxito de esas fundaciones puramente humanas.

Hoy mismo, de las escuelas fundadas en los tiempos antiguos y de los genios que las establecieron, apenas queda el nombre.

Contrario á estas lecciones de la historia, el hecho banal de la fundación del cristianismo, tal

como lo presentan los racionalistas, hace agrupar en derredor suyo á una multitud inmensa de toda edad, de todo sexo, de toda condición, de toda nacionalidad, de todo carácter, de toda preocupación; una inmensa muchedumbre que abandona los altares de Jehová y de Júpiter, sistemas ya formados, doctrinas envejecidas, para adoptar un sistema y una doctrina sin precedentes; una inmensa muchedumbre que sale con plena voluntad de un formalismo estrecho, de una corrupción infecta, para entregarse á la disciplina severa de las pasiones y á la imitación dolorosa de un hombre de dolores.

Sólo un poder divino podía realizar este hecho: es el único en la historia; no tiene ejemplo, no tiene semejante

¿Cómo, entonces, esa sociedad que sólo podía nacer al impulso omnipotente de un poder divino, ha podido ser la que inventara ó formara á ese hombre en sentir de los racionalistas que realizó maravilla tan estupenda?

Más claro, Cristo solo, tal como es hoy, tal como los Evangelios lo revelan, es decir, un Cristo Dios y Hombre, puede explicar la existencia de la sociedad cristiana: la sociedad cristiana, según los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

racionalistas, ha hecho á Cristo tal como es hoy.

El racionalismo necesita decir una palabra que retire de este círculo vicioso al espíritu que en él naufraga.

No es, por tanto, la sociedad cristiana la ha que formado el mito evangélico.

Tampoco ha podido formarlo la sociedad pagana.

Cierto es, que el paganismo ha multiplicado las encarnaciones divinas; pero con perjuicio siempre de la unidad de esencia, que el Evangelio proclama.

El paganismo ha divinizado la naturaleza, pero de un modo mucho menos sublime, que como la diviniza el Evangelio, que une dos naturalezas en una misma persona, sin que jamás lleguen á confundirse.

La teología absurda, la moral impura, los ritos crueles y obscenos del paganismo, están en oposición abierta con la doctrina, con las costumbres y con la disciplina que el Evangelio enseña.

La razón, entonces, no puede admitir que el dogma, ni la moral del Evangelio hayan podido ser el producto natural y espontáneo del dogma y de la moral del paganismo.

Tampoco pudo formarse el mito evangélico por la sociedad judía.

Los judíos, desde hacía veinte siglos, estaban apegados á la idea que su nación había concebido del Mesías.

Como ya se ha hecho notar, el Mesías que los Hebreos esperaban, había de ser poderoso en obra y en palabra.

El Mesías que presenta el Evangelio está hundido en un abismo de humillaciones, de oprobios y de dolores.

El Mesías del Evangelio, es el Verbo, hecho hombre; pero es el Mesías, hecho un gusano, según la palabra profética y la abyección de la parte más baja de la sociedad.

No era posible que la sociedad judía crease el mito evangélico.

Imposible era, también, que la sociedad romana y la sociedad judía unidas lo engendraran.

El paganismo y el judaismo, dice el Padre Monsabré, estaban tan profundamente divididos, en cuanto á su esencia, que era imposible que se confundiesen por mutuas concesiones y pacíficos acomodamientos, en una misma transfiguración de hechos, en una misma transformación de ideas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero demos que, no obstante estas incompatibilidades radicales, se ocultase en algún repliegue obscuro del judaismo ó del paganismo, el embrión divino que más tarde debía abrirse y traer en derredor suyo á todos los espíritus que abrazaran el cristianismo.

¿Cuánto tiempo necesitaba ese embrión para desenvolverse?

El mito evangélico, desde sus orígenes, apareció vigoroso, de potente vitalidad, y hoy mismo, á pesar de las mil heridas que ha recibido en el curso de su existencia, no parece próximo á extinguirse.

Midiendo sus proporciones, dice el Padre Monsabré, sintiendo palpitar sus fuertes arterias, se comprende la necesidad de una larga gestación.

Según la estimación de los expertos, para un mito pequeño, en una sociedad rudimentaria, se necesitan cien años, ni más ni menos.

Para el mito evangélico, ese tiempo es corto.

Ese mito se desenvuelve, según los datos de la historia, en una sociedad ya formada, es decir, en una sociedad la menos apta para la generación de leyendas y de fábulas.

Se desenvuelve en un medio, en que la personalidad de su fundador es perfectamente comprendida, abundan los detalles, las indicaciones de los lugares, las circunstancias y épocas precisas.

Racionalmente puede suponerse que necesita una gestación de tres siglos: esta es al menos la opinión de los peritos en mitogenia.

Según el Dr. Strauss, la elaboración del mito evangélico no ha podido comenzar, sino á la muerte de los Apóstoles, es decir, al fin del primer siglo: debió, entonces, aparecer en su forma definitiva, al fin del cuarto siglo.

Pero la historia comprueba, que al concluir el cuarto siglo ya el Evangelio tenía doscientos cincuenta años de vida: la crítica ha fijado la existencia del Evangelio en la mitad del segundo siglo.

Entonces es preciso admitir que esta fábula colosal se formó en cincuenta años, mientras que las raquíticas fábulas de los tiempos antiguos, necesitaban un siglo entero.

Preciso es confesar, ante la luz esplendente de la razón, que las teorías alemanas sobre el mito evangélico, son absurdas y que le falta al mito analogía, inventores, y tiempo para formarse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La transformación del relato evangélico por medio del sistema mítico, no podía ser la última palabra del racionalismo.

Le quedaba un expediente todavía: admitir la autenticidad del Evangelio y corromperlo.

Dos sistemas se han ensayado para lograr ese intento: uno que pudiera llamarse, como le llama el P. Monsabré, el sistema de la corrupción brutal, y otro que puede ser denominado el sistema de la corrupción hipócrita.

Hubo algunos que, con un atrevimiento inconcebible, aprensaron, por decirlo así, el texto evangélico, para hacer que de él brotaran torrentes de blasfemias.

Jesús, tan admirable y tan amado desde hace dieciocho siglos, no era para esos hombres, que corrompían el texto evangélico, más que un vagabundo, un pordiosero, un perezoso, un hombre que comía bién y de sospechosas costumbres, un mal hijo, un juglar, un agitador, un impío y un condenado por la más justa de las sentencias y castigado con un suplicio digno de sus crímenes.

Así hacen aparecer á Cristo los que, corrompiendo de esta manera salvaje el Evangelio, afirman que ese era el hombre cuya vida y milagros se refieren en aquel libro.

«He leído esas blasfemias, dice el P. Monsabré, con los ojos llenos de lágrimas, ofendido en mi fe y martirizado en mi más dulce amor.»

«Después de haberlas leído, se vuelve de esa lectura con un arrepentimiento tan profundo, como fué abominable el pecado de aquellos que las escribieron.»

Nada hay que pueda sostener estas teorías; por sí solas se deshacen; no se necesitan razonamientos para destruirlas.

Pero hay otro género de corrupción más despreciable si se quiere, como dice el P. Monsabré, porque en ese sistema se mezcla la lisonja al asesinato.

A la luz de este sistema, Cristo entra en la condición humana, de donde le ha hecho salir la admiración.

Renan es el que utiliza este sistema: trata de explicar lo que fué Cristo y lo pinta á su manera.

Describe la Galilea y sus encantos, los viajes poéticos de los Apóstoles, los festines, las nupcias eternas y la deliciosa vida de los pastores.

Le da á Jesús un sentimiento exquisito que le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace contemplar la naturaleza, un corazón tierno, un alma que es un idilio: lo hace el más encantador de todos los Rabbi, pero ese hombre no es un Dios á los ojos del racionalista francés.

Un poco de envidia con San Juan Bautista, un poco de vanidad, un ligero tinte de exaltación democrática y religiosa, una dulce complacencia en las piadosas astucias de sus amigos moderan el vivo resplandor de sus cualidades y de sus virtudes, é impedirán que entre en el mundo divino, de donde los cristianos lo habíamos hecho salir.

Los racionalistas de la escuela de Renan, no entristecen la agonía de Cristo, como los predicadores de la pasión, con el espectáculo odioso de los pecados del mundo.

Hacen aparecer las claras fuentes de Galilea, donde ha podido refrescarse; la viña ó la higuera, bajo las cuales pudo tomar asiento; las hermosas jóvenes que habrían, quiza, consentido en amarle.

No olvidan á los Apóstoles, esas buenas gentes, como ellos les llaman, ávidas de lo desconocido, ni á los publicanos, ni á las amables pecadoras, ni á Magdalena y su opulenta belleza.

Hacen notar que los fariseos han sido heridos

en extremo, y aminoran, ya que no pueden excusar. lo, el crímen de Judas.

Les dan á los sumos sacerdotes sus nombres hebreos, hacen aparecer inocente á Pilatos, disculpan á los soldados que escupieron el rostro del condenado, suponiendo que eran legionarios, y que no pertenecían á la milicia romana, explican bien en qué consiste el suplicio de la Cruz, y al fin terminan proclamando, que entre los hijos de los hombres, no ha nacido uno más grande que Jesús.

Así corrompen el Evangelio, y de ese modo lo presentan fundado en un sofisma, y erizado de muchos, *poco más ó menos* á cada paso.

Ese Evangelio creado por el racionalismo, es un Evangelio, dice el Padre Monsabré, cuyo héroe es al de la historia, lo que un desabrido romance á una sublime realidad; un Evangelio poco estimado de los franceses, despreciado de los alemanes, condenado en Roma, y que tendrá el privilegio del aislamiento, hasta que el olvido lo haga desaparecer.

Ese Evangelio que han querido presentar los racionalistas, se refuta por la simple exposición de las corrupciones históricas de que está lleno desde el primero hasta el último de sus capítulos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Podrán hacerse algunas otras objeciones contra la autenticidad de los Evangelios; pero no hay que ocuparse de ellas, porque, como se expresa el Padre Monsabré, son objeciones parásitas que caen con los troncos corrompidos sobre las cuales vejetan.

Cualesquiera que sean esas objeciones todas tienen, con las que se han refutado en estos artículos, un origen común, es decir la lectura viciosa del Evangelio.

Todos los que tratan de destruirlo, agrega el Padre Monsabré, es porque no han sabido leerlo.

Con el espíritu turbado por las preocupaciones, con ideas preconcebidas, con propósitos malignos, se han arrojado sobre el texto sagrado, y su adorable candor no ha hecho más que irritar en sus corazones el amor de la contradicción.

Para todo lector así dispuesto, el Evangelio es letra muerta.

No debemos terminar estos artículos sobre el Evangelio, sin transcribir estas preciosas palabras del P. Monsabré: Escuchad, decía á los que asistían á sus Conferencias Conventuales, este consejo de mi amistad: Todos los días cuando el ruido de los negocios haya cesado, cuando la agi-

tación de nuestra vida pública se apacigüe, tomad el Evangelio, poneos de rodillas un instante y decid á Dios: Señor, ilumina mis ojos para que no encuentre la muerte en donde has puesto la vida; Señor, dirígeme y enséñame la verdad. Levantaos después, leed un cuarto de hora, un cuarto de hora solamente.

Entonces, si tenéis dudas, sentiréis que se funden como la escarcha á los primeros rayos del sol; si vuestra alma está turbada por las preocupaciones, sentiréis que se disipan como las nubes al soplo de la brisa; si vuestro corazón está marchito, sentiréis que se purifica como el oro bajo la acción de un fuego abrasador.

Entonces veréis mejor, amaréis mejor: la fe y el amor se aumentarán el uno con el otro, por una nueva penetración, y podréis decir bañados en dulces lágrimas: Dios mío, estos testimonios son más dignos de crédito que todo lo que se puede creer. *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Con los precedentes que dejamos establecidos, tiempo es de estudiar el carácter admirable de ese hombre, cuya historia describen los Evangelistas.

Reinaba, en la Ciudad Eterna, el Emperador Tiberio.

El águila romana tenía estrechado el mundo entre sus garras vigorosas, y el Universo estaba á sus piés.

Bajo el peso de cuarenta siglos de crímenes, el género humano caminaba arrastrando con pena las cadenas de su larga esclavitud.

La luz se había alejado de los espíritus, la vida de los corazones y la tierra estaba fría y tenebrosa.

Un día, entre las cimas del Carmelo y del Tabor, entre las riberas del Jordán y las orillas del gran mar, se levantó un hombre.

Una mujer hermosa, pero pobre, había recogido su primer suspiro y había enjugado su primera lágrima.

Humilde morada abrigó los primeros años de su infancia, y el trabajo de obrero había regado con sudor su frente.

Después de treinta años de silencio y de oscuridad, ese hombre se presenta á la tierra asombrada, y le dirige estas extrañas palabras:—Yo soy la luz del mundo—Yo soy el principio y el fin—Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Y uniendo la acción á la palabra, da vista á los ciegos, alivia á los enfermos, anda sobre las olas y serena las tormentas.

La muerte, á su voz, devuelve á sus víctimas y el sepulcro suelta sus presas.

Y sin embargo, la Sinagoga tiembla sobre la cátedra de Moisés, la envidia aguza su dardo, el orgullo destila su veneno, el odio lanza un grito de muerte, y un día, en una ciudad de Oriente, aquel hombre espira clavado en la cruz.

Pocos siglos después, esa cruz se convierte en un trono, esa tumba se cambia en un altar, y al rededor de ese trono y al pie de ese altar, el mundo civilizado adoraba en silencio, al niño de Belén al hijo de María, á Jesús de Nazaret, al resucitado del Calvario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ante prodigio tan estupendo, natural es preguntarse, quién es ese hombre?

Ese hombre, como no han visto otro los siglos, ni lo verán jamás, tiene que ser un hombre Dios.

La primera prueba que puede presentarse de su divinidad, es el hecho que constituye el primer paso de su vida humana, es decir, su nacimiento.

El nacimiento de un hombre nada prueba, en favor de su genio, de su mérito y de sus futuros designios.

Cuando el hombre nace, cuando el hombre llega al dintel de la existencia, aparece solo, sin pasado, sin que nada pueda presagiar lo que el porvenir le reserva.

El hombre al nacer deja tras sí la nada y tiene en frente lo desconocido: su cuna, como dice Monseñor Freppel, está colocada entre la nada y lo desconocido, y guarda un profundo silencio sobre el porvenir.

El nacimiento es un problema y un problema no puede resolver otro.

El nacimiento puede probar que el recién nacido tendrá un lugar en el mundo y un rango en la historia: probará que hay un hombre nuevo en el mundo, y esto es, por cierto, poca cosa.

Podrá probar mucho, porque el nacimiento anuncia que el recién nacido tendrá por hermano el sufrimiento y por compañero el dolor.

Pero sea que el nacimiento pruebe mucho ó poco, sea que anuncie las dignidades y las riquezas, ó bien el sufrimiento y el dolor, no prueba más que una cosa; nuestro origen común: nuestro nacimiento no atestigua más que nuestra humanidad.

El nacimiento de Cristo prueba algo más, denuncia un origen más alto, revela que no fué un hombre solo, sino que fué un Hombre-Dios.

El hombre que nace á la vida es un porvenir sin pasado.

Nacer es comenzar á vivir, nada precede al nacimiento, porque nada es anterior á la vida.

Nadie, en consecuencia, puede hacer que se hable de él antes de su nacimiento.

Nadie hablaba de Sócrates, antes que hubiera nacido.

Nadie pensaba en César, antes que viese la luz.

Un hombre, cualquiera que haya sido su poder durante la vida y su celebridad después de la muerte, jamás logrará que se ocupen de él, durante un solo minuto, aquellos que vivían antes que él

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

naciera. Ninguno, antes de haber nacido, ha podido lograr que se perpetúe su nombre en la memoria de una familia, de un pueblo y de la humanidad entera.

Mucho menos ha podido lograr que se le admire, que se le ame y que se le adore.

Jamás se ha visto que se hable de un hombre, antes de que exista.

Y tiene que ser así: el nacimiento es el principio de la vida, es un día que no tiene precedente, es una mañana que no tiene aurora.

Tal es la condición de los nacimientos humanos: todo hombre nace de esa manera, y el que no nace así, no es un hombre.

Cristo no ha nacido de ese modo: él entre todos ha tenido el privilegio incomunicable de que corone su nacimiento un pasado de cuarenta siglos.

Cristo ha vivido antes de nacer en la memoria de la humanidad.

Los que existían antes de Cristo han hablado de él, se han ocupado de su persona, lo han estado esperando, han deseado su venida ardorosamente.

El mundo antiguo, el mundo anterior á Cristo, ha sido un mundo de esperanza y de deseo.

Cristo antes de su nacimiento se ha hecho amar y adorar.

Hacerse adorar antes de nacer, ó es un absurdo ó es una cosa divina.

Estudiando la historia, fácilmente se advierte que, desde el principio del mundo, todas las generaciones han venido á la cuna de Cristo como al término del movimiento doctrinal é histórico de la antigüedad.

Por espacio de mil seiscientos años el nombre del Mesías apareció en los labios de los profetas y en las páginas de sus libros, y se incrustó en el mármol del altar de los hebreos y hasta en las piedras de sus templos.

La idea mesiánica se encuentra en el origen y en el curso de toda la historia de Israel.

Esa idea le ha exaltado en el triunfo y le ha sostenido en sus reveses, como un rayo de esperanza y de consuelo.

En el destierro lo mismo que en el suelo de la patria, esa grande idea ha hecho su orgullo, su fuerza y su vida.

A pesar de las revoluciones interiores y de las invasiones extranjeras, jamás apartó el pueblo de Israel sus miradas de la cuna de Cristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La palabra inspirada de sus profetas anunciaba sin cesar la época del nacimiento del Mesías, el lugar de su nacimiento, las circunstancias particulares de su vida y los caracteres de su muerte.

Se puede afirmar que Cristo fué, por anticipación, el alma del pueblo judío.

Pero si Cristo penetró y vivificó con su soplo al pueblo hebreo, si su nombre se encuentra en cabeza de este grande monumento histórico de la antigüedad, también vivió antes de nacer en la memoria de los gentiles.

Vivió en estos pueblos de un modo menos brillante, con rasgos más confusos, pero su fisonomía allí estaba reflejada de antemano.

Desde el fondo de sus santuarios, dice Monseñor Freppel, desde lo más elevado de sus monumentos, en el seno de sus bosques viejos como el mundo, el antiguo Oriente ha murmurado el nombre del libertador.

Desde el promontorio de Sunium hasta los jardines de la Academia, del Pórtico al Liceo, la sabiduría humana ha lanzado un grito de admiración hacia la cuna que debía levantarse un día en medio de la humanidad.

De las Tusculanas á los libros sibilinos, el

nombre del misterioso niño ha atravesado la poesía, la historia y la filosofía.

Cristo ha vivido cuatro mil años, antes de nacer, no sólo una vida humana, sino una vida verdaderamente divina. Los judíos y los gentiles volvían los ojos á la cuna, no de un simple hombre, sino de un hombre Dios. Eso era lo que pedían los gentiles al Oriente, por boca de sus sabios, eso es lo que pedían los judíos á Belén, por el órgano de sus profetas.

"Yo, Confusio, decía este filósofo, he oído decir que en los continentes occidentales se levantará un hombre santo, que producirá un océano de acciones meritorias. Será enviado del cielo y tendrá todo poder sobre la tierra."

"Aguardemos, decía Sócrates que un enviado del cielo venga á instruirnos en nuestros deberes hacia los dioses y hacia los hombres, y esperemos de la bondad divina, que ese día no esté lejano."

Cicerón, que resume todo la ciencia romana, se admira y se turba ante ese monarca universal predicho por los profetas.

Tácito, el de palabra grave y juiciosa, dice: "El Oriente vá á prevalecer, y de la Judea saldrán los que han de gobernar el universo."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Todo el Oriente, decía Suetonio, el lisonjeador de los Césares, está lleno de esta antigua y constante opinión, que de la Judea saldrán los que han de regir el Universo."

Grecia y Roma, Grecia y el Oriente, la tradición y la filosofía, el mito y la ciencia, se unen para proclamar que todos los pueblos aguardaban un libertador, y que el antiguo mundo, era un mundo de esperanza y un mundo de deseo.

Cristo, pues, ha vivido durante cuatro mil años, y con una vida divina, antes de haber nacido.

Este hombre esperado por los pueblos antiguos fué Cristo.

El fué el que vino en el momento marcado por la espectativa del mundo. El fué quien cerró esa larga cadena de profecías que anunciaba su venida á la tierra.

"¿De dónde viene, dice Monseñor Frappel, que desde el nacimiento de Cristo, salvo un puñado de hombres, la humanidad ha dejado de esperar al Dios, por el cual antes suspiraba?"

¿Porqué, el río de las edades se ha detenido ante la cuna de Cristo para derivar su curso y ahondar un nuevo lecho?

¿La hora de su nacimiento no ha marcado una nueva era para todo el género humano?

¿Su cuna no ha sido un punto de llegada para el antiguo mundo y el punto de partida del nuevo?

¿No sobre la cuna de Cristo se han enlazado el pasado y porvenir de la humanidad y se han dado el ósculo de paz el pueblo judío y el pueblo gentil?

Es, entonces, Cristo el que antes de nacer ha vivido como Dios en medio de los hombres.

"Nacer con un pasado de cuatro mil años, agrega Monseñor Freppel, nacer después de haber vivido en la memoria del mundo todo, nacer esperado, deseado, predicho por una serie de hombres que constantemente y sin variación expresan la misma esperanza, nacer después de haberse hecho amar y desear desde el principio del mundo, no es nacer como un simple hombre, es nacer como un Dios."

Cristo ha nacido como un Dios, su nacimiento acredita plenamente su divinidad.

Cristo ha nacido como un Dios: cuarenta siglos han proyectado, sobre su cuna, rayos de una luz profética que han formado sobre su cabeza la aureola de la divinidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es un nimbo luminoso, único en la historia del mundo, el que corona al niño de Belén.

Pero no sólo su nacimiento refleja su divinidad, la refleja también su vida.

La vida humana se revela por la palabra.

El hombre necesita abrir su alma á los demás, para dejar ver si hay en ella grandeza ó pequeñez, vicio ó santidad; necesita, según una frase vulgar pero sublime, *tener el corazón en la mano*, para que se mida su amplitud y su elevación; necesita aparecer de dentro á afuera, revelarse del interior al exterior.

Esta revelación, esta manifestación, del hombre á sus semejantes, sólo puede hacerse por la palabra, porque la palabra es el signo sensible del pensamiento, es el verbo encarnado de la inteligencia, es el grito del alma.

Por la palabra, el alma, por decirlo así, se desprende de sí misma, salva el umbral del cuerpo, y viene á ponerse en los labios del hombre para descubrir sus secretos, su existencia, y los misterios de su vida.

Si el hombre no se descubre, no se revela, por medio de la palabra, quedaría necesariamente en medio de la humanidad, como un fantasma sin vida y sin voz.

Cristo, pues, ha debido revelarse al mundo, mostrare á la humanidad, por medio de la palabra.

Y si Cristo ha nacido como Dios, ha tenido que hablar como Dios; su palabra no es humana, es una palabra divina.

La palabra de Cristo es distinta de la del hombre; la palabra de Cristo tiene caracteres y caracteres sublimes, que ninguna otra voz humana ha llegado á reunir.

En el mundo ha habido grandes palabras, porque ha habido grandes almas en la tierra.

A tres clases podemos reducir la palabra que ha escuchado el mundo; la palabra del hombre honrado, la palabra del hombre sabio y la palabra del hombre que gobierna.

Palabra que hace saltar de gozo á los corazones honrados y que hace palidecer al crímen; palabra que cae de labios ungidos por la ciencia al ruido de los aplausos del mundo; palabra poderosa que se hace obedecer, que encuentra en los pueblos sumisión y respeto. Y, sin embargo, ha habido una palabra más alta que la palabra de la

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

virtud, que la palabra del genio y que la palabra de la autoridad: la palabra de Cristo.

Basta, para demostrarlo, estudiar los caracteres de la palabra.

Son tres: se pronuncia en nombre de alguno, se dirige á alguno, dice ó significa algo.

Bajo este triple aspecto, la palabra de Cristo es única, es divina.

El hombre ha hablado, ha dejado caer de sus labios una palabra: el virtuoso, el sabio y el que gobierna, han hablado, pero jamás han hablado en su nombre.

El hombre justo, el virtuoso, el santo jamás ha hablado en su nombre; ha hablado en nombre del derecho, de la justicia, del honor; ha hablado en nombre de un principio que no es él mismo, que es distinto de él, que está arriba de él, porque ningún hombre es él mismo ni el honor, ni la justicia, ni el derecho.

Nadie ha dicho; sed buenos, sed virtuosos, porque yo soy la bondad, la justicia, la virtud, la vida moral.

Nadie ha dicho "quien desprecia la virtud, me desprecia á mí:" "quien honra á la justicia, me honra á mí."

Tal lenguaje, en la boca de un hombre, sería una blasfemia, si no fuera una locura.

El hombre santo se borra, desaparece, ante el derecho, la justicia y el honor, que hablan por sus labios sin confundirse con éllos. El hombre de genio jamás ha hablado en su nombre; ha hablado en nombre de la ciencia, es su órgano, y su intérprete, no es el dictador del pensamiento, nunca pronuncia oráculos. Siempre discute, prueba, deduce, invoca principios, deja hablar á los hechos.

El hombre de genio ha hablado en nombre de la verdad y la verdad no es él mismo, es distinta de él y está sobre él. Aristóles, de quien pudo decirse: "El Maestro lo ha dicho, esto basta, es la verdad," nunca oyó que se le tuviera por la verdad personificada, por la verdad encarnada; él no se dispensó de probar lo que afirmaba.

La palabra del que gobierna tampoco se pronuncia, tampoco se impone, en nombre del que la dice.

En el instante solemne en que la suerte de un imperio está en juego en el campo de batalla, jamás los soldados combaten por el nombre de un jefe, y para la gloria de éste; se invoca siempre el sacrosanto nombre de la patria para inflamar los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazones á quienes ella ha confiado su salvación y su honor.

El soberano, para hacerse obedecer, no invoca su nombre, sino que invoca la ley, invoca el nombre del pueblo que le ha trasmitido la autoridad, y si cree que él no depende más que de Dios y de su espada, abrigará su palabra tras la majestad del nombre de Dios.

Cristo ha hablado en su propio nombre.

"El que diese de beber, decía en una ocasión á alguno un vaso de agua, *en mi nombre*, no perderá su recompensa."

"El que perdiere su vida, *por mí*, la salvará."

"El que abandonare su casa, sus hermanos, su padre, su madre, su mujer, sus hijos ó su campo, *por mi nombre*, recibirá ciento por uno y tendrá la vida eterna."

"El que perdiere su vida, *por mí*, la encontrará."

"Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caerá en las tinieblas."

"Yo soy el camino, la verdad y la vida."

Esta palabra no es palabra humana; la naturaleza humana jamás se atrevería á tal audacia,

jamás llegaría á un poder de afirmación tan extraño.

Si un simple hombre hubiera usado este lenguaje, habría, sin duda, provocado á risa.

Palabra semejante sería muy extraña, si no fuera divina.

El hombre santo, el hombre sabio, el hombre de mundo, no han hablado en su propio nombre.

Tampoco han hablado á todos los hombres.

La palabra del santo se ha reducido á una familia, á una asamblea, quizá á un pueblo.

La palabra de Sócrates caía en medio de un corto número de amigos; la de Catón no traspasó las puertas del Senado romano; la de Moisés, personificación de la virtud más alta de la antigüedad, no pasó de un pueblo.

No ha habido un hombre virtuoso que se dirija á la humanidad entera.

El hombre sabio ha alcanzado menos éxito que el hombre virtuoso. Su palabra, de ordinario, se refiere á intereses pasajeros, á cuestiones de un lugar, de un momento, y se extingue con el tiempo ó expira en el espacio.

La palabra de Cicerón quedó sin vida fuera del Foro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Muchas veces sucede que cuando el hombre de genio se levanta, su inteligencia es inaccesible á la muchedumbre: pocos hombres la entienden; ¿cómo, entonces, podría dirigirse á la humanidad entera? ¿cómo hacer salir una palabra universal de los teoremas de Euclides ó de los diálogos de Platón?....

La palabra del hombre de mundo muere en los límites de su imperio.

Ni Alejandro ni César lograron imponer á la humanidad entera su palabra, casi la más poderosa que se haya escuchado en la tierra.

Cristo ha hablado y su palabra dominó al tiempo y al espacio. No se quedó esa palabra divina entre el Jordán y el lago de Tiberiades; no ha muerto en los confines de Tiro ó de Samaria; quedó confiada á todos los vientos del cielo, á todos los ecos de la tierra.

Cristo decía: «Yo he venido á enseñar la verdad á todos los hombres,» y su palabra se impone á los reyes y á los pueblos, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los sabios y á los ignorantes.

La palabra de Cristo es universal.

La palabra del hombre, nunca ha sido pronunciada en nombre del que la dice, ni se ha dirigido á la humanidad entera, esparcida en diferentes puntos del espacio y viviendo en diversas horas del tiempo.

¿Y qué ha dicho la palabra humana en medio del mundo?

La palabra de la virtud ha dicho: haced el bien y evitad el mal.

La mayor grandeza á que esa palabra ha llegado, ha sido decir: Yo soy el enviado de Dios para revelar al mundo las voluntades del cielo.

La palabra del genio lo que ha llegado á decir es que se tome tal camino, que se adopte tal procedimiento, que en tal lugar podrá encontrarse la palabra de la ciencia que se busca.

La palabra del que manda no ha hecho más que afirmar la ley, el derecho y el orden.

La palabra de Cristo es una afirmación que asombra y maravilla: "Yo soy el Cristo, ha dicho, el Hijo de Dios: yo soy el principio, yo el que os estoy hablando."

Y lo ha dicho á sus discípulos, á sus enemigos, al pueblo judío, al universo entero, á los siglos futuros, y nadie se ha equivocado sobre el sentido y el alcance de esa afirmación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los discípulos repiten esa palabra por la boca de Pedro, los judíos le querían apedrear porque se llamaba Hijo de Dios, el mundo cristiano desde hace dieciocho siglos encuentra en esa palabra la afirmación de su creencia.

Y al decir Cristo con su palabra que era Dios, al afirmar que El es el infinito, el eterno, el omnipotente, y al afirmarlo constantemente y de un modo claro é intergiversable, es porque era Dios, porque si no, no se habría proclamado por tal.

Un hombre nunca habría hablado de este modo, porque nunca podía creerse la divinidad, y aun cuando, perdida la razón, se creyese un Dios, su boca se rehusaría á pronunciar tales palabras.

Cristo por lo menos era un hombre racional, un hombre de buen sentido, y de consiguiente, no podría creerse Dios sin serlo. ¿Y Cristo sabiendo que no era Dios, podía proclamarse Dios?

Pero Cristo, como la Historia lo comprueba, era por lo menos un hombre de bien, y un hombre de bien no se hubiera atrevido á proferir una blasfemia, ante la cual retrocede el criminal más infame.

Si, pues, Cristo se llamaba Dios, evidentemente sabía que lo era.

La palabra de Cristo prueba su divinidad

Cristo nació como Dios y habló como Dios.

Su palabra, como su nacimiento, revelan y proclaman su divinidad.

Pero el hombre no está todo entero en su palabra.

Aunque la palabra sea la expresión sensible del pensamiento, el verbo encarnado de la inteligencia, el grito del alma, no es sin embargo la única manera con que el hombre hace su aparición en el mundo, no es la única manifestación del interior al exterior.

El hombre también se revela, se manifiesta, por sus obras: vivir es obrar, y la muerte no es más que la cesación de la actividad terrestre.

La palabra y las obraa se penetran: las obras explican la palabra, y la palabra da cuenta de las obras; es una doble flor, dice Monseñor Freppel, que nace sobre un mismo tallo, se nutre con la misma savia y lleva el mismo fruto.

La palabra y las obras constituyen lo que podría llamarse el capital de la vida humana.

Para conocer, entonces, la vida de un hombre, no basta saber cómo ha hablado, es preciso investigar cómo ha obrado.

La actividad humana se multiplica como el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pensamiento, y se diversifica según el medio en que obra.

La actividad del hombre puede obrar en medio del mundo físico, en medio del mundo intelectual, en medio del mundo moral y en medio del mundo social.

Así es que la acción humana tiene que ser física, intelectual, moral ó social.

Así como todo hombre se muestra, se revela, por la palabra, se revela también por la obra: su grandeza se mide por la altura de sus obras, como por la elevación de su frase.

El primer medio en que se revela la actividad humana, es el mundo exterior.

En él se mueve el hombre, respira y vive.

Desde el momento que el recién nacido pone el pie sobre esta tierra desconocida, ve que ante él se desarrolla el campo de sus actividades materiales; cuanto más avanza en la vida, ese círculo se agranda hasta que el horizonte de ese campo va á confundirse con la eternidad.

Por todas partes se encuentra el hombre con la materia: está suspendida sobre su cabeza, está bajo sus piés, encadena su pensamiento, pesa sobre su corazón.

Cautivos de la materia, nos encontramos sin cesar en su presencia, oponiéndonos siempre la barrera de sus leyes, la fuerza de sus elementos, la inercia de sus masas.

Le da la muerte ó la vida en el aire que respira, en el pan que le nutre, en el frío que le hiere, en el calor que le quema.

Aun en lo más puro que tiene el hombre, que es su pensamiento, se mezcla la materia.

Cuando el hombre se lisonjea de haber sacado del fondo de su espíritu una idea, pura como la luz de Dios, aparece súbita en el dintel de la inteligencia la materia, bajo los rasgos de una imagen que da á esta idea una envoltura y una forma.

Pero aun cuando aparece el hombre dominado por la materia, es el rey de la creación y tiene que ejercer su actividad sobre ella.

Y realmente la ejerce.

El hombre transforma la naturaleza.

De un polo al otro del mundo, lleva su actividad sobre toda la superficie del Globo.

Bajo su mano laboriosa esa superficie toma formas diversas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desgarrada por el hierro, se entreabre la tierra para recibir la semilla que se le confía.

Ante el hombre, las montañas se bajan y los valles se colman penetra á las entrañas del globo y de allí saca una piedra, la coloca sobre el suelo y se levanta después sobre el firmamento, y se extiende en bóvedas suntuosas; otras veces se anima bajo el cincel y desafía la naturaleza por la pureza de sus líneas, por la precisión de sus formas y el atrevimiento de sus contornos. En una palabra, el hombre por medio del arte, domina la naturaleza, transformándola.

Pero aquí se detiene el poder del hombre: él no puede cambiar la substancia de las cosas; su poder transforma, es decir, cambia la forma de las cosas, pero nunca muda su ser.

Hay otra barrera al poder del hombre sobre la naturaleza; las fuerzas que la dominan y la gobiernan.

Aun sobre éstas ejerce el hombre cierto imperio: no puede cambiarlas, pero combinándolas puede sacar de ellas sensible provecho. Cada elemento entreabriendo su seno, le ha hecho ver sus partes más íntimas, sus propiedades más secretas, sus virtudes más ocultas.

El hombre ha podido notar cómo esas virtudes ocultas se atraen ó se repelen, se sostienen ó se neutralizan. El calcula su fuerza de inercia, su fuerza de expansión, su fuerza de proyección y su fuerza de resistencia. Empleando unas para combatir otras, ha hecho de ellas los satélites de su poder y los agentes de su actividad. De aquí ha nacido la industria, que ha domado los elementos, franqueado los obstáculos y triunfado de las resistencias.

De este modo, calentando un poco de agua en un tubo de metal, se encuentra el vapor que nos arrastra á través del espacio, y se trazan algunos caracteres en el extremo de un hilo, y el pensamiento rápido, como el relámpago, llega á las cuatro partes del mundo.

«Bajo vuestras manos dice Monseñor Freppel, la naturaleza entera se ha hecho el palacio de la industria humana, como también el templo del arte humano.»

Así ha obrado el hombre sobre la naturaleza física, pero ni puede cambiar la substancia de las cosas, ni puede eliminar las leyes que rigen al mundo.

La acción del hombre sobre el mundo físico,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

limitada por esas dos imposibilidades, lo está por otra: el hombre no ejerce sobre el mundo físico una acción directa é inmediata, obra por el intermedio de los sentidos.

La materia no se pone en movimiento al escuchar la palabra humana; los elementos no se ponen á las órdenes del hombre, con sólo que él lo quiera; la acción del hombre sobre la naturaleza es indirecta y limitada.

Cristo obró sobre el mundo físico, y su acción no tiene las deficiencias que la acción del hombre.

Cristo cambió la substancia de las cosas.

En Caná mudó la substancia del agua en la substancia del vino, y sobre los bordes del lago de Tiberiades, forzó á la substancia del pan á que se multiplicara en los labios de cinco mil hombres.

Cristo á su voluntad extiende su acción soberana sobre las leyes que rigen al mundo.

Marchó sobre las olas, mandó á los vientos, calmó las tempestades, detuvo el curso de los elementos, derogó las leyes de la enfermedad y de la salud, y para coronar su soberanía sobre las leyes de la naturaleza, como si no fuera bastante la vida para dar testimonio de su poder, la muerte vino á testificar esa acción soberana é ilimitada cuando, fecundada por su soplo victorioso, la tumba de Lázaro se hizo la cuna de una vida nueva.

Cristo obró sobre la naturaleza y sobre sus leyes de un modo inmediato y directo; con una palabra, con un gesto, con una señal de su voluntad, obraba sobre el mundo exterior y el mundo le obedecía.

Dijo al leproso: *Quiero*, y el leproso quedó curado; dijo al paralítico: *Levántate*, y el paralítico marchó, llevando su lecho; dijo al ciego de Jericó: *Vé*, y el ciego vió; dijo al Centurión: *Vuélvete, tu criado está curado*, y lo estaba en efecto; inclinando su rostro divino sobre el ataúd del hijo de la viuda de Naín: *Jóven*, le dijo, *yo te lo mando, levántate*, y el muerto se levantó y anduvo.

Pudo lo que quiso y nada se encontraba entre su poder y su voluntad, ni como un obstáculo, ni como un medio.

El poder de Cristo sobre el mundo físico fué ilimitado, inmediato y directo.

Volviendo los ojos hacia el río de las edades, atravesando el Occidente y yendo hacia Roma, Grecia y el Oriente, no se encuentra un poder so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre el mundo físico que se asemeje á la acción sobrehumana del DivinoRedentor de la humanidad.

Si, pues, Cristo ha ejercido sobre la naturaleza una acción directa é ilimitada, ha ejercido una acción divina, porque sólo Dios puede obrar sobre el mundo con un poder que no conozca límites ni tenga necesidad de intermedio.

Esta acción directa é ilimitada que Cristo ha ejercido sobre la naturaleza, es un hecho enteramente cierto que puede verse á la luz de la historia y que no está encerrado en la oscuridad de un testimonio equívoco, ni rodeado de las nubes que proyectan la incertidumbre y la duda.

A la vista de todo un pueblo realizó Cristo su acción soberana y omnipotente sobre el mundo físico: el Evangelio lo testifia, y el Evangelio, según se deja demostrado ya, con razones evidentes, es un libro veraz y auténtico.

Cristo, para probar su misión divina, apela á sus obras é invita á la nación judía para que juzgue de la verdad de su palabra por el esplendor brillante de sus maravillas.

«Si no creis mi palabra, decía, creed al menos mis obras, porque las obras que yo realizo dan testimonio de mí."

Cuando los discípulos de Juan Bautista preguntaron al Señor si El era el que tenía que venir ó había de esperarse á otro, el amante Salvador, invocando su soberanía sobre el mundo exterior, no temió responderles: "Anunciad á Juan lo que habéis visto y escuchado; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen y los muertos resucitan." 1

Cristo anuncia abiertamente de esta manera, cómo ejerce, en presencia del cielo y de la tierra, sus derechos sobre la creación.

Ni el pueblo, ni el Sanhedrin, ni los escribas, ni los fariseos, ni los judíos, ni los paganos, se han atrevido á negar el poder soberano de Cristo.

Para escapar á las consecuencias de ese hecho sorprendente y maravilloso, recurren á explicaciones fútiles, como si una virtud mágica pudiera dar la vista á un ciego de nacimiento, como si un sortilegio bastase para saciar á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces pequeños.

Podrá decirse que el poder de Cristo ha triunfado de la sustancia de los cuerpos y de las leyes que los rigen, y que este hecho es un hecho sobrehumano, porque el hombre alterando las for-

1 San Juan, v. 36, X, 38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas de la naturaleza por el arte y combinando las fuerzas físicas por la industria, jamás ha podido absolutamente nada sobre la sustancia de la materia ni sobre las leyes que la gobiernan.

Pero si esto es verdad, no lo es menos que otros antes de Jesucristo habían recibido un poder semejante.

Moisés y los Profetas realizaron obras que exigían poder sobrenatural.

Si otros han hecho, obrando sobre la naturaleza, prodigios como los que obraba Cristo, ¿cómo entonces la acción soberana de Cristo sobre el universo ha de probar su divinidad?

La respuesta es sencilla como la verdad, y como ella, evidente.

Ni Moisés ni ninguno de los Profetas se ha llamado á sí mismo Dios.

Cristo lo afirmaba sin reticencias ni vacilaciones.

Si Cristo se llamaba Dios, sin serlo realmente, y Dios lo había dotado de su poder para acreditar tal palabra, Dios mismo habría cubierto con su autoridad la usurpación más sacrílega, la impostura más monstruosa: Dios no sería ya, en ese caso, ni la verdad, ni el bien; sería el error y sería el mal.

Es decir: ó Cristo es Dios ó Dios no existe.

Entre el ateísmo y la divinidad de Cristo no hay medio.

Por otra parte, el poder de Moisés y de los Profetas no es un poder propio, sino un poder comunicado.

"Yo multiplicaré, le decía Dios á Moisés, los prodigios sobre la tierra de Egipto." 1

Cuando Elías resucitó al hijo de la viuda de Sarepta, elevaba á Dios su oración en estas frases: Señor, Dios mío, os ruego que hagais que vuelva el alma de este niño á su cuerpo. 2

Moisés y Elías obraban como enviados, como ministros; Cristo obraba en su propio nombre, por su propio poder, por virtud que nadie le comunicaba.

"*Yo quiero*, le decía al leproso, *queda curado*." 3

"Jóven, á tí te hablo, *levántate*." 4

El tono de esta frase, el matiz de este lenguaje, no es de un poder delegado; aquí la soberanía brota de Cristo mismo, como de su principio y de su fuente.

Hay más todavía: Moisés y los Profetas no po-

1 San Lúcas, VII, 22.
2 Exod, VII, 3.—Reg. XVII, 22.
3 San Mateo, VIII, 3.
4 San Lúcas, VII, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dían trasmitir, ni trasmitieron nunca, á otros ese poder soberano que por delegación ejercían sobre el mundo físico.

Cristo, al contrario, esparce al rededor de sí y comunica al que le place ese poder soberano.

"He aquí los prodigios, decía, que realizarán los que crean en mí: arrojarán á los demonios en mi nombre; hablarán lenguas nuevas; tomarán las serpientes con la mano; si bebieren algún mortal veneno, no les causará mal; pondrán sus manos sobre los enfermos y éstos quedarán curados." 1

"En verdad os digo, decía en otra ocasión, el que crea en mí, hará obras como las que yo hago, y aun hará obras más grandes." 2

Jesucristo, en consecuencia, no es solamente un enviado divino, puesto que ha ejercido, sacándola de sí mismo, una soberanía ilimitada y directa sobre el mundo y ha comunicado á otros el derecho de ejercerla en su nombre.

Confirmando su misión divina, sus obras prueban su divindad.

Obrando sobre el mundo físico, ha obrado como Dios.

1 San Marcos, XVI, 17 y 18. 2 San Juan, XIV, 12.

Jesucristo ha obrado como Dios en el orden exterior y físico.

Su soberanía sobre la naturaleza no menos que su nacimiento y su palabra, prueban su divinidad.

Pero el hombre, no obra únicamente sobre la materia que lo rodea, y el polo que marca el límite del mundo, no es el término extremo de su actividad.

Más allá de las fronteras de la naturaleza sensible del mundo material, se extiende una región más pura, más tranquila, más luminosa, cuyos rayos vienen á reflejarse en el alma humana: esta región es la de la inteligencia.

Habitante del mundo exterior y visible, el hombre pertenece también al mundo invisible del espíritu.

El hombre mismo, es el lugar en que se encuentran, el punto en que se unen, la materia y el espíritu.

Si la naturaleza material envuelve, por decirlo así, á la inteligencia, la inteligencia á su vez penetra á la materia, la inunda con su luz, y unidas por esta estrecha liga, la inteligencia y la materia, se dan un ósculo de paz en el corazón del hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así es que el hombre vive y obra en el mundo de la materia; vive y obra en el mundo de las inteligencias: su poder no se detiene allí, donde su brazo ya no podrá llegar; al contrario se extiende hasta donde se prolonga la mirada de su espíritu.

El hombre, pues, está dotado de poder físico sobre la materia, y de poder intelectual que le hace obrar en el mundo del espíritu.

Cristo obró en el mundo físico como Dios; su potencia física, fué una potencia divina, porque estaba emancipada, como lo hemos dicho, de esas deficiencias inevitables que tiene la del hombre.

La potencia intelectual de Cristo, es también divina, porque no tiene los límites intraspasables que tiene la del hombre.

Es decir, Cristo, en el orden intelectual, ha obrado como Dios; su acción, sobre las almas, revela su admirable divinidad.

La potencia intelectual del hombre, es una maravilla, pero en ella se advierte una extrema debilidad unida á una fuerza no menos grande.

Al llegar el hombre al dintel de la vida, trae en sus manos la llama de la inteligencia, pero la luz de esta llama, es tan pálida, sus resplandores

tan inciertos, que la lámpara encendida cerca de un lecho fúnebre, tiene claridades más vivas, que aquella luz que brilla al derredor de una cuna.

Avanza el hombre, la llama de su inteligencia sube, pero cuando cree que el sol de su sabiduría abraza con sus rayos el cielo y la tierra, se interpone entre él y el mundo la nube del error, como el invierno extiende su bruma entre la tierra y el cielo.

A cada paso, el error se precipita furioso sobre la inteligencia humana; el hombre combate sin tregua y nunca llega á triunfar completamente, ni llegará á triunfar, hasta que la luz que se levanta sobre su cuna vaya á ocultarse en el seno de Dios, que es su fuente.

En la infancia está envuelto el entendimiento en brumas que con trabajo se disipan, las pasiones en la juventud amenazan sumirla en nuevas tinieblas: como la infancia y como la juventud, la edad madura tiene sus obscuridades y á veces sus cegueras. La vida intelectual del hombre es una tremenda lucha, una lucha incesante, en medio de la cual la grandeza del hombre, no menos que su deber, consiste en alcanzar, á través de los obstáculos que le rodean, la imagen de la verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El espíritu humano, puede disipar, en parte las tinieblas que rodean el presente, y las que envuelven el pasado, porque el hombre goza de una doble vista: ve á la vez en el pasado y en el presente.

A cuatro objetos está reducida la vista del hombre en el presente: Dios, el alma, el mundo y la sociedad.

El hombre ve á Dios al presente, no en su esencia, pero sí en sus obras, lo ve á través de un velo, pero al fin le ve, y esta vista es lo que se llama en el mundo, la ciencia de Dios.

El hombre ve en sí mismo su alma, pero tampoco la ve en su esencia, la ve en sus facultades porque asiste á la irradiación de su pensamiento, al brote, digamos así, de sus deseos, al desenvolvimiento de todo su ser.

Esta percepción imperfecta del alma humana, se llama en el mundo, la ciencia del alma.

El hombre ve el mundo, pero tampoco lo ve en su substancia, sino en su forma: puede apreciar la simetría de sus leyes, la regularidad de sus movimientos, lo admirable del detalle y la armonía del conjunto.

Este conocimiento imperfecto se llama, la ciencia del mundo.

En fin, el hombre ve la sociedad de la base á la cima; ve lo que la funda, la afirma y la corona; estudia lo que hace su grandeza y lo que constituye su fuerza y su vida, y esto se llama, la ciencia de la sociedad.

Y no hay remedio: mirando el hombre dentro de sí y fuera de sí, no encuentra más que estos cuatro objetos: Dios, el alma, el mundo y la sociedad.

Así es que en el presente, el hombre no ve más que por la ciencia de Dios, por la ciencia del alma, por la ciencia del mundo y por la ciencia de la sociedad.

Admirable es la actividad de la inteligencia humana, paseando su soberanía sobre esta extensión tan vasta.

Pero no se detiene aquí; penetra en el pasado; hace, por decirlo así, que se aliente y vuelva á la vida lo que está sepultado en las sombras de la muerte.

Su mirada evoca á la humanidad y la hace revivir por el poder del recuerdo; sacudiendo el polvo de las edades, como dice Monseñor Freppel,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salen, los que pasaron, de la tumba en que Dios los ha colocado, para ofrecerse á nuestros ojos con el misterio que envuelve las grandes ruinas, con la majestad que distingue las grandes cosas.

La inteligencia humana puede conocer lo que la humanidad ha pensado, ha dicho y ha realizado en los siglos que nos han precedido.

Tocamos á Memphis, pasamos á Babilonia y Nínive, descendemos á Esparta y Atenas y nos detenemos en Roma; podemos oír la voz de Dios, que se hizo escuchar en los primeros días del mundo, podemos percibir lo que hablaron Abraham y Moisés, lo que pensaron Sócrates y Platón.

El pasado de la humanidad, dice Monseñor Freppel, no es una noche sin luz, ni un fantasma sin voz; es un libro abierto ante todos los ojos; cada uno puede leer allí las acciones de sus antepasados, sus crímenes ó sus virtudes, su gloria ó su ignominia.

Porque es tal la fuerza del espíritu humano, que parece que presta la vida á todo lo que toca, resucita lo que ya no existe, la muerte ante sus ojos es como si no fuera; al menos, triunfa de ella por el culto de la tradición y por el poder del recuerdo.

De manera que Dios, que ha puesto las tinieblas al derredor del hombre y detrás de él, para advertirle su pequeñez y su nada, ha querido igualmente que su mirada pueda disiparlas en parte y ensayarse aquí abajo para contemplar un día el sol de la verdad.

He aquí hasta dónde puede llegar el poder intelectual del hombre en el mundo: disipar las tinieblas que le rodean en el presente y penetrar en la noche del pasado, haciendo que ante su mirada resuciten los hombres y las cosas que ya no existen.

Pero aquí se detiene la acción intelectual del hombre: presente y pasado: he aquí los dos momentos de la duración que pueden caer bajo el imperio de su intelectual soberanía.

El hombre no tiene en su mano el porvenir; el porvenir es un abismo de eternidad que sólo Dios puede penetrar y medir.

La visión del porvenir jamás podrá ser clasificada en el catálogo de la ciencia humana.

Por medio de pacientes investigaciones, con ayuda del cálculo, podrá predecir la aparición de un astro, su conjunción con otro; esto es prodigioso, pero es posible; esas cosas están arregladas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su curso por leyes invariables, por leyes que nunca fallan; pero tratándose de la humanidad, que es esencialmente libre en sus actos y que no está, en consecuencia, sujeta á leyes invariables y ciegas, el hombre nada puede predecir.

La fuerza intelectual del hombre, por alta que se suponga, jamás será una virtud perfecta.

Si algún hombre aparece haciendo uso del poder profético que Dios se ha reservado, habrá que decir sin vacilación: no es el espíritu del hombre el que habla por la boca del que así profetiza, es el espíritu de Dios: ó es un enviado de Dios ó es Dios mismo.

Retrocediendo dieciocho siglos, nos encontramos en Oriente, en esa tierra de la profecía, ante un hombre que se llama el Maestro del porvenir y el depositario de sus secretos.

Y no es un sabio, porque sus mismos contemporáneos, admirándose de lo que sabía, confesaban que no había estudiado, y esto era lo que más aumentaba en ellos la sorpresa.

Tampoco era un hombre de Estado, porque jamás había franqueado el dintel de una corte, ni se había sentado en el consejo de los príncipes.

Todo el mundo, sorprendido ante su portentosa sabiduría, proclamaba que era el hijo de un pobre obrero de Nazaret, que jamás había penetrado en las escuelas para adquirir la ciencia.

Y aunque fuera un sabio y un hombre de Estado, el porvenir habría opuesto á su ciencia ó á sus cálculos el velo del enigma y el silencio del misterio.

Y sin embargo, ese hombre extraordinario no temía para su palabra, que anunciaba lo futuro, el que alguna vez fuese desmentida.

"En verdad os digo, decía á las muchedumbres que le seguían, el Evangelio que yo anuncio será predicado en todo el Universo."

Los ecos de esta palabra maravillosa no habían traspasado los límites de la Palestina, el que la pronunciaba no había podido hacer que aceptase su Evangelio más que un pequeño número de hombres y de las más bajas clases sociales: sin embargo, no temía lanzar al porvenir este desafío, prediciendo que su doctrina alcanzaría una doble conquista: sería universal y sería eterna.

"Tened confianza, decía á sus discípulos; vosotros daréis testimonio de mí en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta en los últimos límites del mundo."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De este modo vuelve Cristo á afirmar altamente su poder profético.

"En cuanto á mí, decía en otra ocasión á sus amados discípulos, subo á Jerusalén; allí seré entregado á los príncipes de los Sacerdotes y á los Escribas me condenarán á muerte; me dejarán en manos de los gentiles para que ellos me insulten, me azoten y me crucifiquen, y después, resucitaré al tercer día."

Nadie ha podido decir de sí mismo esas cosas; nadie se atreve á predecir lo que le pasará mañana, y sin embargo, Cristo no teme que la muerte desmienta su palabra y predijo su propio destino, como había profetizado el destino de su Evangelio.

"A la hora del peligro, decía también el amable Redentor, mis discípulos me abandonarán, uno de ellos me hará traición, el que más me amaba me negará tres veces; pero cuando yo haya difundido mi espíritu sobre ellos, confesarán mi nombre con peligro de su vida y al precio de su sangre ante los pueblos y los reyes."

He aquí una profecía con todos los caractéres.

Nada hay tan difícil, ó más bien dicho, nada hay más imposible para el hombre, que leer en

los corazones, ya no los pensamientos y los afectos del presente, sino los sentimientos y los pensamientos del porvenir.

Nada tan imposible como anunciar futuros crímenes ó futuras virtudes, cuya raíz se oculta en las profundidades del alma humana.

"Jerusalén, Jerusalén, tú que das muerte á los Profetas y lanzas piedras contra aquellos que son enviados para salvarte, cuántas veces he querido juntar á tus hijos como la gallina junta á los polluelos bajo sus alas, y no has querido. Tu casa será abandonada, caerán sobre tí grandes azotes y de tu templo no quedará piedra sobre piedra."

Aquí está trazado con la claridad más viva el porvenir de un pueblo y de un país.

Este hombre extraordinario que anunciaba estas cosas con tranquila y segura palabra, no temía que el porvenir desmintiera sus predicciones.

Y no las desmintió.

La Historia da testimonio de que á la letra se realizaron los acontecimientos que anunciaba su voz tranquila y majestuosa.

Treinta años después de Cristo, afirmaba San Pablo, escribiendo á los romanos: la fe que profesáis está predicada en el Universo entero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dieciocho siglos de creencia universal, están rindiendo un homenaje, mil veces brillante, al poder profético de Cristo.

El Apóstol Pedro, predicaba la resurrección de Cristo, y ni los judíos, ni los gentiles, ni los amigos, ni los enemigos, del resucitado del Calvario, desmintieron aquella predicación.

El nombre de Judas ha atravesado los siglos como el símbolo de la traición y el sinónimo de la infamia.

A partir del día de Pentecostés, los discípulos del Salvador, tímidos antes y pusilánimes, confiesan su nombre ante los tribunales de la tierra.

Los ejércitos romanos, pasando sobre las ruinas de Jerusalén y levantando en la cima de la montaña de Sión sus águilas triunfadoras, vienen á coronar la victoria de las predicciones de Cristo.

El porvenir, por lo mismo, ha venido á confirmar y seguirá confirmando la exactitud, la verdad infalible, de la palabra con que anunciaba Cristo las cosas futuras, que jamás han estado bajo el dominio de la inteligencia humana.

La mirada profética de ese hombre admirable, que apareció en el Oriente, atravesó los siglos, abrazando á la vez el pasado, el presente y el porvenir, en la unidad de una sola y en una misma intuición.

Si Cristo ha poseído en su plenitud el poder profético, es un enviado divino, porque la profecía no es una ciencia humana; sólo es humana, como lo llevamos indicado, la ciencia del presente y la ciencia del pasado.

Dios solo es el principio y la fuente de toda profecía verdadera.

Ha habido algunos hombres que no han retrocedido ante el ridículo, buscando el porvenir en el vuelo de los pájaros ó en las entrañas de los animales; pero como lo ha hecho observar el más elocuente de los sabios de la antigüedad, Cicerón, dos de estos hombres no podrían mirarse frente á frente, sin reirse el uno del otro.

Así lo afirma en uno de sus más afamados libros.

Tan cierto es que la profecía es el signo irrecusable de una misión sobrenatural y divina.

Si Cristo es un enviado divino, si Dios lo ha armado de poder profético para acreditar cerca de los hombres su misión celeste, necesario es dar fe á su palabra, so pena de negar la verdad, de negar á Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y Cristo, no solamente se ha llamado un enviado del cielo; se ha llamado Dios ante sus discípulos, ante el Universo entero.

Si así lo ha afirmado, es Dios sin duda alguna; porque si no siéndolo, hubiera podido servirse de la ciencia profética, para hacer aceptar su divinidad, Dios mismo habría puesto la profecía al servicio de la impostura y de la blasfemia y el género humano se encontraría hundido en un error irremediable.

No hay duda, la acción intelectual de Cristo, prueba su divinidad, como la prueban su nacimiento, su palabra y su acción en el orden físico.

El nacimiento de Cristo, precedido por un pasado de cuatro mil años, nos ha relevado su divinidad.

Si nació como Dios, habló también como Dios: su palabra ha sido como hemos observado antes, un nuevo testimonio de la aureola divina que circunda su frente. No sólo nace y habla, sino que también obra.

El hombre desarrolla su actividad en el orden

de la naturaleza y en el orden de la inteligencia, y ya hemos visto que el poder intelectual de Cristo, así como su poder exterior y físico, pregonan su poder divino.

Pero el hombre puede extender su actividad en otro campo: ese poder no se detiene ante los límites de la naturaleza y de la inteligencia.

El hombre no sólo vive en el orden físico y en el orden intelectual, vive también y obra, en el orden de la conciencia y de la sociedad.

La conciencia y la sociedad, completan con la naturaleza y el entendimiento, el círculo necesario de la actividad humana.

Si el poder de la inteligencia de Cristo, si el poder de Cristo sobre el mundo físico, nos han revelado á toda luz su divinidad excelsa, de igual modo nos la revela su acción poderosa en el orden moral.

La grandeza moral del hombre reside en la conciencia, se asienta en el corazón: la conciencia es el foco del bien, como la inteligencia, es el asiento de la verdad.

El corazón es lo que hace al hombre, hombre de bien, y no la inteligencia.

Bien puede haber un hombre de talento, de jui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cio y no por eso puede llamarse un hombre de bien.

Pueden irradiar sobre la frente de un hombre los rayos de la ciencia y poder ser, sin embargo, un hombre pequeño, vicioso, criminal, porque su corazón, es un corazón estrecho, vulgar, miserable.

Habrá otro hombre que apenas conozca las letras del alfabeto y podrá, sin embargo, ser un héroe, un santo, un grande hombre, porque su corazón será un corazón grande, un corazón de santo, un corazón heróico.

La nobleza verdadera del hombre es la del corazón, porque el corazón es lo que nos hace virtuosos ó criminales.

Todos los cuerpos, decía Pascal, firmamento, estrellas, no valen lo que vale el más pequeño de los espíritus, porque el espíritu conoce todas esas cosas y se conoce á sí mismo, y los cuerpos nada conocen.

Todos los cuerpos y todos los espíritus juntos, continuaba diciendo Pascal, no valen lo que vale el menor movimiento del amor, porque el amor es de un orden infinitamente más elevado.

Por eso si en la tierra lo que se corona son las

cabezas, en el cielo se han de coronar los corazones.

Lo que Dios mira es el corazón, porque allí es donde El ve el bien ó el mal. *Deus intuetur cor.*

Al corazón es al que únicamente reserva Dios la gloria y la felicidad.

Investigar, por lo mismo, si el poder de Cristo en el orden moral nos revela su divinidad, es investigar si el corazón de Cristo es un corazón divino.

Tres fuerzas son las que hacen grande á un corazón; la fuerza de abnegación, la fuerza de sacrificio y la fuerza de dilatación ó de expansión.

No se trata aquí de la grandeza humana: para hacerse grande en la tierra no es preciso hacerse pequeño.

Lo que hace verdaderamente grande á un corazón es, en primer lugar, la fuerza de abnegación, es decir, hacerse pequeño, cuando podría hacerse grande sin esfuerzo, condenarse á la pobreza voluntaria, á la obscuridad voluntaria, al sufrimiento voluntario, cuando le fuera fácil vestirse del esplendor de las riquezas, levantarse á la cima de los honores, embriagarse con los placeres.

Despojarse de todos estos elementos, es una obra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de gran fuerza, porque el hombre no puede sin dificultad renunciar á lo que le encanta, le deslumbra y le fascina.

Esa abnegación exige un esfuerzo sobrehumano y el hombre no encuentra en sí mismo esa fuerza de abnegación: tiene que buscarla en otra fuente.

Cristo ha poseído la fuerza de abnegación en grado infinito y la ha encontrado en su propio corazón.

"Las raposas tienen su guarida, dice el amable Redentor del género humano, y los pájaros su nido, mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza."

Hé aquí la pobreza voluntaria y hé aquí pobre al Dios humanado, convertido en un indigente.

Cristo triunfa de la naturaleza por el milagro, del porvenir por la profecía; pero se contenta para sí con la pobreza, y después de haber satisfecho á millares de hombres con el pan que su poder multiplicaba, él se conformaba con el pan de la limosna, con el pan de la caridad.

La pobreza voluntaria es el signo de una grandeza sobrehumana, porque el hombre por su naturaleza es inclinado á los bienes de la tierra.

Cristo que se condenó á la voluntaria pobreza, se condenó también á la obscuridad voluntaria, pasó treinta años de su vida en el taller de un artesano y cuando el pueblo admirado de su virtud perfecta, de su poder sobre el mundo exterior, quiso elevarlo á los honores del Imperio, se ocultó en la obscuridad del desierto, prefiriendo al fausto de una corte la soledad con su Padre.

Cristo se condenó también al sufrimiento voluntario: su vida entera es una continua renuncia á todo atractivo sensible, á todo goce material.

Ella ofrece el espectáculo de la abstinencia más rigurosa, de la paciencia más inalterable, de la virginidad más perfecta.

Y lo que caracteriza la fuerza de abnegación de Cristo es que en ella no se advierte mezcla alguna de debilidad, huella alguna de combate y de lucha.

No hay en Cristo indicio de ese trabajo íntimo del hombre, colocado entre la violencia y el sacrificio y obligado á hacerse fuerza para preferir el uno á la otra.

No hay en él vestigio de esos retornos del corazón á los bienes que se han abandonado.

En el hombre de corazón grande se descubre la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tremenda lucha que tiene para despojarse de sí mismo y de los bienes sensibles á que su naturaleza le llama.

En ese hombre de corazón grande se descubre que una fuerza extraña, un poder sobrenatural, es lo que le hace triunfar de sí mismo y despojarse de los bienes sensibles.

En Cristo se advierte que sin esfuerzo y sin pena se consagra á la pobreza, á la obscuridad y al sacrificio y que la fuerza de abnegación está en él como en su principio y en su fuente.

Cristo, pues, ha mostrado esa fuerza de abnegación como una potencia divina.

Pero no basta esto para que un corazón sea grande; no basta que sea abnegado, es preciso que se sacrifique, que se consagre á otros.

Despojado un hombre de las riquezas, de los honores y de los placeres, queda en él algo de más precioso: su vida y su sangre, y un corazón grande no guarda esto para él solo: da su vida y su sangre á otros, se sacrifica por ellos.

La humanidad en este punto no se ha engañado; ella ha reconocido siempre á los corazones grandes por los grandes sacrificios que ellos hacen: ensalza al amor que da y se sacrifica, y azota

al egoismo que cierra la mano y nunca se sacrifica por otro.

Esta fuerza de sacrificio y de consagración á otros, es en Cristo no menos divina que su abnegación.

Cristo no solamente ha dado una parte de sí mismo; se ha dado todo entero á Dios, á los hombres.

Se ha consagrado primero á la gloria de Dios, destinando todos sus movimientos á conquistar almas para la justicia y para la verdad.

Mi alimento, decía, es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y cumplir sus obras.

Nada le detiene en esta tarea; ni el desprecio, ni los ultrajes, ni las fatigas, ni la persecución.

El da al hombre, en primer lugar, su doctrina.

Instruye á sus discípulos, forma sus espíritus, disipa su ignorancia, hace caer sus preocupaciones, y después enseña al pueblo, se hace pequeño con los pequeños, les habla en parábolas y no se cansa hasta que les ha hecho comprender su doctrina.

Siempre pone su luz al servicio de la inteligencia; pone su omnipotencia al servicio de las necesidades.

Cura las enfermedades, resucita á los muertos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y puede decirse, con Bossuet, que sus milagros son más bien obras de su bondad que de su poder.

Da su corazón, como da su poder y su enseñanza.

Todos encuentran en su corazón un bálsamo para sus heridas y una lágrima para sus dolores.

Después de su corazón, de su poder y de su doctrina, le queda algo á Cristo: su vida y su sangre.

El Apóstol fué mártir y el bienhechor fué víctima, y esta fuerza de consagración y de sacrificio la tomó Cristo en su propio corazón.

El hombre no llega al don de sí mismo, á la consagración completa, sino después de luchas tremendas entre el sentimiento del interés y el sentimiento de la generosidad.

En los héroes del orden moral, en los Santos, se palpan los esfuerzos que hacen durante toda su vida para ahogar el egoísmo en su alma: hasta en el entusiasmo del triunfo se encuentra en los Santos la agitación de la lucha.

Cristo se consagra, se inmola, se sacrifica, con tal sencillez, que descubre al punto la fuerza de sacrificio y consagración; es una fuerza que saca

de sí mismo, que es una emanación de su propio ser.

Cristo, pues, ha sido divino, grande, en el orden moral: su fuerza de sacrificio y de consagración en bien de otros, no tiene semejante en la humanidad.

Pero hay una tercera fuerza que completa la grandeza de su corazón: la fuerza de dilatación.

Por la abnegación el hombre se despoja; por la consagración el hombre se sacrifica.

Pero, ¿para quién se despoja, para quién se sacrifica, sobre quién extiende su amor? Esto es lo que se necesita investigar para tener la medida de un gran corazón.

El corazón humano se dilata, primero, en la amistad, que es su primera expansión; se dilata después en el amor de la familia, que es su segunda expansión; pero si aquí se detiene, está muy léjos de haber agotado los recursos que Dios le ha concedido.

Se dilata en el amor á la patria, que es su tercera fuerza expansiva y aquí es donde parece que se tocan los últimos límites de su expansión.

Recorriendo la historia del género humano, se encuentran grandes corazones pero no se descu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre, pero no se ve, más que esta triple efusión del alma en el círculo de la amistad, en el hogar doméstico, en el recinto de la patria, allí se detiene el corazón y con el corazón el poder de amar.

Por grandes que sean los sentimientos del hombre, el Griego desprecia al Romano; el Romano rechaza lo que no es romano; al Israelita se aparta del Gentil.

No se había encontrado un corazón tan amplio que traspasara el círculo de la amistad, el hogar de la familia, y el suelo de la patria, para estrechar á la humanidad entera.

El corazón de Cristo es este gran corazón, ese corazón divino que ha creado aquí abajo el amor para toda la humanidad.

Todos, creyentes ó incrédulos, vivimos desde que Cristo pasó por el mundo, de esa creación divina: su corazón se ha hecho el alma de un mundo nuevo.

En este corazón encuentran ternura é infinito amor no solo un grupo de amigos, no sólo una familia, no sólo una patria: lo encuentran los hombres todos, ricos y pobres, pequeños y grandes, sabios é ignorantes, griegos y bárbaros, judíos y

gentiles: lo encuentran los siglos pasados y los siglos futuros.

La familia de Cristo es toda la humanidad, su patria, el mundo entero.

¿Quién es mi madre, preguntaba, y quiénes son mis hermanos?

El mismo respondía: "Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Nadie está excluido de su amor y todos encuentran un sitio en su corazón adorable.

"Venid á mí, decía en otra ocasión, todos los que tenéis penas y yo os aliviaré."

Jamás un simple mortal habría podido extender á todo el género humano los tesoros bienhechores de su sacrificio, ni aun siquiera concebir tal idea.

En este deseo, expresado con tanta sencillez y con tanta calma, se descubre un carácter de *infinidad*, si podemos hablar así, que traspasa las proporciones de la naturaleza humana.

El corazón del hombre es por su naturaleza, estrecho y angosto: cuando quiere dilatarse, encuentra por todas partes límites á su amor ó tie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ne necesidad de un socorro sobrehumano para retirar los límites que el egoismo le opone.

Cristo dilata su corazón hasta lo infinito, sin penas y sin esfuerzos; abraza toda la humanidad por la energía que le es propia: es como el sol, que no pide á la tierra los rayos que sobre ella difunde, porque él es el foco de la luz y del calor.

Ese poder de amar, inmenso como el mundo, esa fuerza de dilatación sobrehumana, la adquiere Jesucristo sin lucha; la posee como un atributo esencial á su ser, la toma de su propio corazón.

Cristo, por su corazón, por su admirable fuerza de abnegación, por su prodigiosa fuerza de sacrificio, por su sorprendente fuerza de dilatación, es un ser divino.

Su acción en el orden moral, prueba su divinidad, con evidencia.

Cristo ha sido divinamente grande por el corazón, porque estaba ese corazón dotado de una fuerza de abnegación divina, de una fuerza de consagración divina, de una fuerza de expansión ó de dilatación, igualmente divina.

Así es que su potencia moral, no menos que su

virtud profética y su soberanía sobre la naturaleza, prueba de un modo evidente y luminoso su divinidad adorable.

Pero la actividad humana no se detiene ni en el recinto de la conciencia, ni en la esfera del entendimiento.

Después de haberse manifestado en el orden físico, en el orden intelectual y en el orden moral, se ostenta en un teatro más extenso para desplegarse en el seno de la sociedad.

El hombre es un ser que no se queda relegado en el silencio de su pensamiento y en la soledad de su corazón.

Sus necesidades y sus tendencias le ponen en contacto y le hacen vivir en relación con sus semejantes.

Todo hombre, bien se halle en el primero ó en el último rango de la sociedad, está llamado á ejercer en rededor de sí y en la medida que le conviene, una acción determinada.

Es decir, todo hombre posee una potencia social, porque toda acción supone una fuerza capaz de producirla.

El hombre será más grande cuanto más poderosa y fuerte sea esa potencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si, pues, Jesucristo en el orden social ha sido divinamente grande, es necesario que esa potencia tenga el carácter de una fuerza divina.

La potencia social del hombre se eleva, cuanto más se acerca á la potencia divina.

Si el acto puede dar una medida del poder que lo produce, evidentemente el acto creador revela la fuerza omnipotente y divina de aquel que lo ejecuta.

Crear, es salvar la distancia entre la nada y el ser, que es infinita.

No hay un acto superior al acto creador.

El acto de conservar y el acto de destruir, suponen el acto creador; dependen de él con una dependencia lógica, y de consiguiente, son inferiores al acto de crear.

La fuerza creadora es, entonces, la más elevada manifestación del poder divino.

El hombre no está en posesión de ese atributo soberano.

La experiencia y el sentido común, manifiestan de consuno que el hombre es incapaz de crear, en el sentido propio de esta palabra.

Pero si el hombre no puede crear, hay cuando menos en él una fuerza que se asemeja, que en

cierto modo se aproxima á la energía suprema.

El hombre puede poner un cimiento, sobre él poner otra cosa y coronar ambas con una tercera.

Entonces dice: "Ténte en pie."

Ese poder del hombre es un rayo de la energía divina.

Si no puede crear, posee al menos el poder de fundar, y esta fuerza fundadora es la más elevada revelación del poder humano, como la fuerza creadora es la revelación más auténtica del poder divino.

Por eso cuando se trata de la grandeza de un hombre en medio de la sociedad, cuando se trata de investigar hasta dónde ha llegado su potencia social, es preciso investigar qué es lo que un hombre ha fundado.

El hombre, en su acción social, como en su acción física sobre el mundo, como en su acción sobre la inteligencia, como en su acción en el orden moral, está lleno de sombras y deficiencias.

Un hombre puede fundar una escuela.

Descartes ha sido grande, porque fué fundador.

Supo hacer lo que antes de él habían hecho Pitágoras y Sócrates, Aristóteles y Platón: supo fundar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una escuela es una sociedad de inteligencias que se inclinan bajo la dirección de un genio.

Así es que para fundar una escuela se necesita cierto poder social, y esta es la primera irradiación de la fuerza social de un hombre.

Un hombre puede fundar un pueblo.

Allá, á lo lejos, contempla nuestra mente á un pastor que recoge dos niños abandonados sobre los bordes de un río.

Cuando llegaron á la edad en que el hombre puede probar lo que es y lo que puede ser, se persuadieron que corría por sus venas sangre real.

Bajo el imperio de esa idea, los dos guardadores de rebaños encuentran el recinto paternal demasiado estrecho para su corazón y el cayado del pastor muy débil para sus manos.

Uno de ellos escala una colina y mirando en rededor suyo, por uno de esos presentimientos de que los hombres no se dan cuenta, le parece que este lugar está destinado á grandes cosas.

Entonces, haciendo pasar la reja de un arado la rededor de esta colina, ahonda un ancho surco; y como para testificar que su obra crecería con la sangre, ensangrenta este surco con la muerte de su hermano.

El fratricida del Palatino, hundiendo después su mirada á través de las siete colinas, muestra á sus soldados las campiñas de la Italia y detrás de ella una presa más vasta todavía.

Para coronar el edificio, hace leyes, legiones y comicios.

Este hombre fundó un pueblo.

Salido de una cuna reducida, á poco extiende el gigante sus brazos sobre el mundo.

Si Rómulo fundó el más grande imperio de la tierra, si hizo lo que antes de él habían hecho con éxito menos durable Alejandro, Sesóstris y Ciro, es porque tenía una potencia social.

Un imperio es una sociedad política, encadenada al nombre y al recuerdo de un hombre que le imprime su carácter y su fisonomía.

La fundación de una sociedad política, es la segunda irradiación de la potencia social.

Pero hay algo más grande todavía.

Un hombre se levanta en medio de su tribu y después de haber templado su energía en la soledad, sale de una caverna, teniendo en una mano un sable y en la otra una multitud de sueños y delirios.

Fascina á las poblaciones de Oriente, encen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diendo en sus pechos el fuego de la conquista.

Inflamado con un ardor guerrero, el árabe se lanza sobre el paso del Profeta hacia una tierra que seduce su ambición y hacia un cielo prometido á su valor.

Puede juzgarse del poder social de Mahoma por la duración de su obra.

Este hombre extraño tuvo el poder de fundar más que una escuela, más que un imperio, porque un fundador de escuela no pide más que inteligencias y un fundador de imperio se detiene en los cuerpos.

Mahoma se atrevió á pedir almas: quiso fundar una sociedad de almas.

Es decir, Mahoma ha fundado una sociedad religiosa, ó para hacer uso de la única palabra que la lengua autoriza, fundó una secta.

Esta es la tercera irradiación del poder social del hombre.

Ese poder se agota, ó más bien dicho, agota la medida de las fuerzas humanas con la fundación de una secta.

¿Y de qué medios se vale el hombre para alcanzar éxito en su acción social?

El hombre para hacer grandes obras, necesita grandes medios, medios, como es natural, humanos.

Para fundar una escuela, para hacerla que germine y florezca, que viva y dure, necesita de la ciencia.

El hombre para esa empresa busca su fuerza en el saber y en la erudición: discute, prueba, observa, deduce: hace hablar á su vez á las cifras, á los hechos, á las ideas.

Pitágoras se apoya en la ciencia de los números, Aristóteles en la ciencia de los hechos y Platón en la ciencia de las ideas.

Y esto no basta: piden los sabios á la lengua la simetría de las formas, la armonía de los sonidos, el colorido de las imágenes, el artificio de la dicción.

Y aun esto no basta para prosperar, se rodean de inteligencias escogidas, forman discípulos que difundan sus ideas y propaguen su doctrina.

Para fundar un imperio, se necesita la fuerza, la fuerza apoyada por el derecho ó pasando sobre el derecho.

Remontando el curso de las edades, encontramos siempre bajo la tumba de los imperios que se han aplastado, una espada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es la que destruye y funda los imperios.

La fuerza aparece en el origen de las sociedades humanas, como esos gigantes que la fábula ponía en la cuna de las sociedades antiguas.

Sin la espada de Ciro, no habría habido Persas; sin la lanza de Rómulo, nada hubiera sido el Monte Palatino.

Para fundar una secta, una iglesia humana, se necesita de las pasiones.

Fuera del cristianismo, una sociedad religiosa no es otra cosa que la deificación del hombre ó del orgullo, no es más que la deificación de la materia ó del deleite.

La ambición exaltada, el derecho sacrificado á la fuerza, la mentira y el adulterio justificados con el ejemplo de los dioses, la esclavitud consagrada en nombre de la religión, he aquí lo que hizo que las sociedades paganas aceptasen el culto oriental, el culto helénico, el culto romano.

Cuando siete siglos después de Cristo, Mahoma quiso fundar una religión, bajó al fondo del paganismo, amazó allí el divorcio, la poligamia, y después de haber seducido á los pueblos, ofreciéndoles el goce de los placeres, tuvo necesidad de poblar su paraíso con vicios inmortales.

Las escuelas se fundan por la ciencia, los imperios por la fuerza, las sectas por las pasiones.

Este es el triple resorte que el hombre pone en juego para asegurar sus éxitos. Sin esos tres medios, los hombres nada fundan.

Y Cristo; qué ha fundado?

De qué medios se ha valido para fundar su obra en el orden social?

La respuesta á estas dos preguntas, nos vendrá á revelar la divinidad de Cristo.

La fuerza fundadora, decíamos en nuestro precedente artículo, es la más alta revelación del poder humano, como la fuerza creadora es la manifestación más brillante del poder divino. El hombre dotado de aquella fuerza prodigiosa, en su línea, ha podido fundar una escuela, fundar un imperio, fundar una secta ó una sociedad religiosa.

Y para lograr éxito en sus obras, ha tenido necesidad de la ciencia, para fundar la escuela; de la fuerza, para fundar un imperio; de las pasiones, para fundar una sociedad religiosa.

Cristo ha obrado como el hombre, en el orden

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

social; ha hecho sentir su acción, estableciendo una sociedad en medio del mundo.

Esa acción de Cristo en el orden social, es una acción sobrehumana, es verdaderamente una acción divina.

Esa acción sobre el mundo social va á revelarnos su divinidad de un modo admirable.

Cristo no ha fundado una escuela, porque el fundador de una escuela es un hombre que después de haber recogido muchas ideas en el silencio del estudio, las comunica no á todos los hombres, sino á un pequeño grupo de inteligencias escogidas. Allí se detiene su pensamiento, no baja hasta el pueblo, no destina su pensamiento á que se haga el pensamiento de los pequeños y de los ignorantes, ni su palabra franquea el dintel de las Academias.

Basta para demostrarlo pasar una revista de los fundadores de escuelas, que se encuentran escalonados de siglo en siglo en el camino de la humanidad.

Todos ellos han sido semejantesá las divinidades del Olimpo, que la fábula colocaba en las nubes. Los príncipes de la ciencia que están sobre la tierra, no se comunican con el común de los mortales; los escritos de aquéllos quedan para éstos como un libro cerrado y como un enigma que no puede descifrarse.

La India vió á sus Brahamanes ocultar su ciencia misteriosa en las sombras de sus viejos bosques. Los sabios del Oriente habían hundido los restos de su erudición en los antros de la Caldea: Roma, heredera del Pórtico y del Liceo, había visto elevarse, una después de otra, sus dos Academias, y al rededor de la cátedra de Moisés, Hillel y Schammaï atraían al rumor de sus palabras á las más bellas inteligencias de Palestina.

En todas estas escuelas se escribía y se hablaba en sabio: pero el ignorante, el pueblo hambriento de doctrina y de verdad, se detenía en las puertas de esas escuelas: allí veía sin mirar, escuchaba sin comprender, y de la mesa de esos ricos de la inteligencia no caía siquiera una migaja de pan para saciar á los pobres de espíritu.

Cristo no ha obrado así: El se ha dirigido al pueblo, y un día, después de haberlo instruido, hizo brotar de sus labios estas palabras: "*Yo os doy gloria ¡oh, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra! porque habéis ocultado estas cosas á los sa-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bios y á los prudentes y las habéis revelado á los pequeños!" [1]

En otra ocasión decía: "*Me inspira compasión ese pobre pueblo, porque es semejante á ovejas que no tienen pastor: los maestros han tomado para sí la llave de la ciencia y han cerrado á los demás su entrada. Por lo que á mí toca, afirmo que he venido á evangelizar á los pobres.*"

El día en que tales palabras brotaron de los labios divinos de Cristo, quedaron atrás Sócrates, Aristóteles y Platón.

Cristo no vino á fundar un imperio.

Declina los honores de ser rey, ocultándose por la fuga á las miradas de la multitud.

Al poder sacerdotal le dijo: "*Dad al César lo que es del César;*" al poder civil le dice: "*Mi reino no es de este mundo:*" y cuando el fanatismo político le preguntaba si había llegado la hora de restablecer el reino de Israel, no responde, sino censurando la tenaz ignorancia de los que hacían la pregunta.

No fundó, pues, Cristo un imperio y sin embargo ha dicho que El era Rey: *Rex sum ego.* Pero

1 San Mateo XI 25.
2 San Mateo XI.—34.—San Lucas XI—52.

es Rey no de un imperio terrestre y político, sino de un imperio espiritual, del imperio de las almas.

Los tributos que recoge, son tributos de amor, el impuesto que exige es el impuesto de la fe, de la oración, el de la penitencia.

"Los jefes de las naciones, decía, os piden vuestro cuerpo y vuestros bienes para fundar su reino; yo os pido vuestras almas, porque el Hijo del Hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas."

Cristo, pues, ha fundado una sociedad religiosa, una Iglesia.

Otros lo han hecho, como Mahoma, pero la acción de Cristo en el orden social no tiene las deficiencias ni las limitaciones que la más poderosa acción del hombre.

El hombre encuentra siempre en sus obras, el límite del espacio y el límite del tiempo: las obras divinas no están limitadas ni por el espacio ni por la duración.

Las obras humanas encuentran en el espacio tres obstáculos: el territorio, las naciones y las razas.

Puede vencerse el territorio, pueden vencerse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las naciones, pero el tercero, la raza, el hombre no la vence.

La división de las razas es la división de la palabra y de la sangre: la raza es lo que más profundamente divide á la humanidad

Cristo solo ha salvado ese límite, como ha salvado la nacionalidad, como ha salvado el territorio.

Todo poder social queda limitado al Norte ó al Sur por un mar, al Oriente por una montaña, al Oeste por un río.

El poder religioso de Numa media apenas algunas leguas cuadradas de superficie, el recinto de Roma, un rincón de Italia: cada nacionalidad helénica formaba una sociedad religiosa.

Pero, sobre todo, las razas han sido un obstáculo insuperable: el poder de los Brahmanes expira con la raza india, el de Fó no ha osado traspasar con la raza mongola y la raza tártara las montañas de la China ó del Thibet y la más alta potencia religiosa que se ha ejercido fuera de la de Cristo, la de Mahoma, no ha podido desbordar de la raza árabe sobre ninguna otra de las grandes razas que llenan la tierra.

Naciones gloriosas, naciones obscuras, naciones vivientes, naciones extinguidas, naciones li-

bres, naciones esclavas, todas están sumisas al Rey de las almas.

Cristo sale de la raza más concentrada y menos expansiva del viejo mundo y somete á las razas griega y latina.

Después de haber reducido á estas razas famosas, la acción social de Cristo, extendidos los brazos sobre Roma y Bizancio, aguarda con pie firme á los bárbaros.

Victorioso de las razas del Oriente y del Occidente, ha penetrado el poder social de Cristo, en medio de las razas salvajes, en donde se extiende día por día.

La acción social del hombre también encuentra un límite en el tiempo: está limitada por el pasado y por el porvenir.

Ni Mahoma, ni Numa pudieron preexistir en una sociedad anterior á la que ellos iban á fundar.

Numa ha caído con la grandeza de Roma, y la obra de Mahoma, la más fuerte de las fundaciones humanas, tiene apenas doce siglos, y si aun está en pie, es únicamente, porque las potencias se están disputando quien será, de entre ellas, la que deba aplastarla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por otra parte, doce siglos de existencia ¿qué son cuando no se tiene pasado y cuando queda poco del porvenir....?

La obra de Cristo, al contrario, tiene un pasado que ninguna otra obra tiene; Cristo ha sido el alma de la sociedad patriarcal, de la sociedad judía, la esperanza del pueblo gentil, y, replegándose sobre sí mismo, retrograda hasta la cuna del mundo.

La acción de Cristo ha atravesado diez y nueve siglos de luchas, y en su marcha ascendente y progresiva, ha pasado por encima de los Césares y de las opresiones, por encima de los bárbaros y de sus ataques, por encima de las herejías y de sus revoluciones: perseguida sin cesar, es siempre inmortal é invencible.

Las obras humanas pierden terreno á medida que se alejan de su cuna, como el Mahometismo, ó se condenan á la inmovilidad estacionaria, como el Budismo.

El Cristianismo, al contrario, se fortifica con el tiempo, se ensancha con los siglos, se desenvuelve en la duración.

La obra de Cristo no tiene límites, ni en el espacio, ni en el tiempo.

El carácter de su obra revela su acción divina. No la revelan menos los medios de que se ha valido para fundar y desarrollar su obra portentosa.

Para fundar una escuela, el medio humano es la ciencia; para fundar un imperio, el elemento es la fuerza; para fundar una secta, el medio es la pasión.

Cristo era la sabiduría encarnada, pero, para fundar su Iglesia, ha desdeñado la ciencia, que es el primero de los elementos humanos.

Cristo reune algunos pescadores, y con ese pequeño número de hombres ignorantes, en lugar de ir á las puertas de las Academias, pasando á un lado de los sabios, de los literatos y de los filósofos, se dirige al pueblo; usa con él del lenguaje más sencillo y más familiar; le habla en parábolas. Estos no son los medios que la ciencia ofrece.

Id, decía á sus humildes discípulos, *enseñad á todos los pueblos y no os inquietéis pensando cómo hablaréis.* [1]

Cristo no confía su sistema á los sabios de la tierra. Cristo no abre una cátedra. Su cátedra es

1 San Mateo XXVIII—19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una roca sobre la montaña, una barca en un lago, el brocal de un pozo.

No enseñaron así ni Aristóteles, ni Descartes, ni Leibnitz.

Y su palabra, que no tenía los exteriores de una palabra sabia, es la que ha destruido el obstáculo de los territorios, la barrera de las nacionalidades, la división de las razas, el límite del pasado y el intraspasable límite del porvenir.

Cristo tampoco se ha valido de la fuerza.

Fué el hombre de corazón más amable, el más lleno de bondad, de mansedumbre y humildad.

Avanza sin armas y sin defensa, se ofrece al odio de sus enemigos, no opone á su furia más que una humilde resignación, y no responde á sus golpes más que con un silencio admirable.

Cristo no lleva, como los fundadores de efímeros imperios, ejércitos formidables, ni el rayo de las batallas, ni la antorcha del incendio.

"*Id*, dice á sus discípulos, *y predicad el reino de Dios; no llevéis consigo, ni oro, ni plata, ni moneda; no tengáis ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo.* . . . . En cualquiera *casa en que entréis, decid: "La paz sea en esta casa"* . . . . *cuando alguno no os reciba, y no*

escuche vuestra palabra, salid de aquella casa ó de aquella ciudad, y sacudid sobre ellas el polvo de vuestros piés."

No es la fuerza de lo que se vale Cristo, es de la debilidad en toda su desnudez, y sin embargo, esa debilidad, esa nada, ha ido más lejos que la lanza de Rómulo, la espada de Atila y la cimitarra de Mahoma.

Cristo tampoco se ha valido de las pasiones: Cristo nunca ha lisonjeado los instintos del pueblo.

Cristo no prometió á los judíos la soberanía política y religiosa del mundo; no quiso reanimar la sangre de los Macabeos en las venas de su pueblo.

Jamás exaltó el orgullo de sus discípulos.

Por vosotros mismos, les decía, *nada sois y nada podéis; haced lo que yo os he ordenado, y cuando hayáis cumplido estas cosas, desapareced, ocultaos en el polvo del olvido y golpead vuestro pecho; decid: "no hemos hecho más que aquello que debíamos hacer; somos servidores inútiles*, servi inutiles sumus.

Cristo nunca ha lisonjeado las pasiones sensuales,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lejos de ello, ha condenado esas pasiones y ha hecho de sus discípulos y de los fieles que han escuchado su voz, hombres maravillosos que más bien parecían ángeles.

Los solitarios de la Tebaida, los viejos mártires del cristianismo, las vírgenes sin mancha, los penitentes de todos los siglos, llevan sobre sí la sangre de Cristo, la santa severidad de la Cruz, mostrando de esta manera, que Cristo nunca predicó ni los placeres, ni los goces materiales.

Cristo siempre ha condenado un simple pensamiento impuro, una mirada criminal, una palabra de desprecio, un deseo de venganza, y sin embargo, esa moral tan severa, ha arrojado al universo á los piés del fundador de la Iglesia.

Un poder que ha hecho una Iglesia, salvando los límites del espacio y del tiempo; una acción en el orden social, que ha realizado la creación de una Iglesia sin valerse de la ciencia, ni de la fuerza, ni del halago de las pasiones, no es un poder humano, no es una acción humana.

La acción de Cristo, realizando esa obra, que tiene sus raíces en el pasado, que vive en el presente, llena de vida, y que llegará inmortal y

triunfante hasta la última hora del tiempo, muestra, sin duda, la divinidad de quien la ejecuta.

La acción social de Cristo, como su nacimiento y su palabra, como su acción en el mundo físico, intelectual y moral, ponen de manifiesto, aun al que estuviera ciego, su divinidad adorable.

Cristo nació como Dios, habló como Dios, obró como Dios y, en consecuencia, vivió como Dios.

Pero, como lo hace notar Montaigne, no está todo en vivir bien; lo que es difícil es morir bien, porque la muerte es el escollo inevitable de la grandeza humana.

Es el momento supremo en el que se revela todo el poder ó toda la debilidad del hombre.

Es el instante más solemne de la vida, en que Dios aguarda á la humanidad, ya para quitar la corona á los altos nacimientos, á las grandes palabras, á las bellas acciones, ya para agregar á todas estas cosas un nuevo resplandor, el de una prueba nueva, pacientemente esperada y valerosamente resistida.

Por eso nunca se dice de un hombre que es grande mientras vive; bien puede suceder que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

después de haber sido grande durante la vida, se muestre pequeño en presencia de la muerte.

Catón parecía grande cuando su estoica firmeza hacía contraste con la molicie de sus conciudadanos y cuando los acentos varoniles de su palabra trataban de prevenir la decadencia de una república famosa; y, sin embargo, Catón no ha sido verdaderamente grande, porque su muerte fué la de un cobarde y la de un miserable.

Así es que, para medir en todo su justo valor la grandeza de un hombre, no basta saber cómo ha vivido; hay que investigar cómo ha muerto.

Véamos si Cristo murió como un hombre ó murió como un Dios.

Entre los hombres hay tres clases de muertes, que se estiman grandes y hermosas.

Un hombre ha recorrido las diferentes estaciones de esta ruta peligrosa que se llama la vida; llega á una vejez extrema, recuerda los días benditos de su infancia, los brillantes años de su juventud, las penas y trabajos de su edad viril. Después de haber vuelto su mirada de gozo sobre un pasado que ya no existe, llega un día en que tiende sus miembros sobre el lecho de muerte, y haciendo llamar á sus descendientes, les dice: "He

acabado mi peregrinación aquí en la tierra, voy á reunirme con mis padres; quiera el cielo que os pueda legar un nombre honroso y devolver á Dios una alma pura." El anciano encierra, en una bendición última, todas sus fuerzas y todo su amor.

Esta es la muerte de un hombre de bien: la muerte común y ordinaria, ésta no es más que una faz de la muerte: hay grandeza, sin duda, en morir así, pero no es más que la grandeza de las cosas ordinarias y comunes.

Hay otra faz que revela más poder y más nobleza.

Se levanta un hombre de enmedio de sus hermanos, tiene el corazón conmovido por los males de la patria, ha visto que el extranjero invade el suelo natal y profana el templo de su Dios. Reune algunos hombres generosos bajo su bandera humillada, y les dice: "Muramos en la sencillez de nuestra alma."

Después de haber puesto al servicio de su patria hasta la última gota de su sangre, cae repitiendo la palabra de aquel famoso romano: "Que mi último suspiro le sirva también á mi patria."

Esta es la segunda faz de la muerte, la muerte de un valiente, de un héroe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay algo más grande todavía.

Del lecho fúnebre de Jacob, del campo de batalla de los Macabos, pasemos á las gradas del Areópago, allí está un hombre que reune sobre su frente todos los rayos de la antigua sabiduría. En derredor suyo no hay jueces, no hay más que acusadores, cuya apasionada violencia no llega á turbar la serenidad de su alma.

Se le reprocha haber introducido en Atenas divinidades nuevas, haber pervertido á la juventud; pero su crimen único es tener menos vicios y más luz que sus conciudadanos.

Sin embargo, el inocente es sacrificado, su muerte queda resuelta: dobla el sabio su cabeza bajo la sentencia que le condena.

Irrítase uno de sus amigos por la iniquidad de la sentencia: «Apolodoro, le dice Sócrates, pasando suavemente la mano sobre su cabeza, ¿desearías acaso verme morir culpable?»

Después de haber disertado con sus discípulos sobre la inmortalidad del alma, bebe tranquilamente la cicuta.

Hay en esta calma de la inocencia condenada y en este desprecio de la muerte, una posesión de sí mismo que revela una alma fuerte.

Esta es la tercera faz de la muerte.

Y sin embargo, por grandes que hayan sido estas muertes, hay en la historia de la humanidad una que presenta un carácter infinitamente más elevado.

El primer carácter de divinidad que resplandece en la muerte de Cristo, es haber predicho con certidumbre su muerte, que es lo más incierto.

Nadie sabe cuándo ha de morir: la hora de la muerte es uno de los más terribles secretos que pesan sobre el destino humano.

Muchas veces ciertos vagos presentimientos hacen que algún hombre se atreva á decir: *La bala que me ha de matar, no está fundida todavía.* Esto es una audacia, quizá un presentimiento, pero nunca una profecía.

Cristo, al contrario, designa al traidor que lo ha de entregar á sus enemigos, predice el suplicio que ha de sufrir, detalla las diferentes circunstancias de su Pasión.

Cristo se encontraba enmedio de enemigos que, á no dudarlo, preferirían un atentado secreto, á una muerte de cruz que tuviese resonancia.

Muchas veces trataron de deshacerse así de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

persona, y sin embargo, Cristo precisa y detalla los pormenores de su muerte.

Lejos de turbarse Cristo al anunciar sus amargos sufrimientos, lejos de agitarse, los predice con una tranquilidad, con una quietud, que no es ciertamente la de un hombre.

"He aquí, decía á sus discípulos, que vamos á Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Escribas y le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles para que sea burlado, azotado y crucificado.

No ha habido un hombre que anuncie muerte tan espantosa con sencillez tan admirable. Algo se mezclaría á su lenguaje, cuando menos un poco de exaltación.

Anunciar con certidumbre la muerte, la muerte más espantosa, con tranquila sencillez, no es propio de un hombre, sino de un carácter sobrenatural que resplandece en la muerte de Cristo.

Aquí brilla su ciencia divina.

Pero tiene otro carácter.

Cristo, que predecía con certidumbre divina lo más incierto, que es la muerte, escoge con libertad soberana la muerte más ignominiosa.

El hombre no puede escoger la muerte, ó más

bien dicho, no tiene la elección del género de muerte que desea.

Nada hace resaltar más la debilidad humana y su nada, que esta entera dependencia de un acontecimiento que escapa á su poder.

Ninguno, en efecto, es señor de su vida: la muerte le hiere como ella quiere y cuando á ella le place.

Y si alguna ocasión Dios deja al hombre la libertad de elección, nunca escogerá el hombre el camino que conduce á la ignominia, de preferencia á la ruta que lleva al honor.

Preferir la muerte más ignominiosa, cuando se tiene omnipotencia sobre la muerte, es morir como Dios.

Y Cristo tiene dominio sobre la muerte.

Mientras El quiso conservar la vida, nadie se la pudo arrebatar: deshizo todas las redes, engañó todos los cálculos, dejó frustradas todas las asechanzas que sus enemigos le tendían y atravesó por entre la muchedumbre como un soberano en medio de sus súbditos.

Cuando le quisieron aprehender en el huerto, una sola palabra derribó á sus enemigos en tierra, y El mismo lo dijo con su palabra soberana:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Nadie me arranca la vida, sino que yo la doy de mi propia voluntad, yo soy dueño de darla y dueño de recobrarla."

Y este dominador supremo de la vida no escoge una muerte apacible y tranquila, no ha escogido una muerte gloriosa: ha muerto como un infame, ha escogido el patíbulo de la cruz, que es el patíbulo de los esclavos.

Esto, ó es una locura ó es un rasgo divino.

Por eso Tertuliano, con ese lenguaje que es propio de él, decía, que este era el oprobio necesario de la fe: *necesarium dedecus fidei.*

"El Hijo de Dios, agregaba, ha muerto en una cruz; es preciso creerle, porque esto subleva la razón *mortuus est Dei filius prorsus credibile est, quia ineptum est.*"

Si Jesucristo no hubiera sido más que un hombre, hubiera preferido una muerte conforme á nuestras ideas, una muerte ilustre.

Si Cristo no hubiera sido más que un hombre, no hubiera encontrado en sí mismo fuerza bastante para descender de las alturas de su poder soberano hasta el último grado del abatimiento.

Por eso San Pablo, hundiendo su mirada en este abismo de grandeza, decía: "Pedís señales

del poder divino, pues mirad á este hombre que mandaba á los elementos, que era dueño de la vida y de la muerte, miradlo en el suplicio de los esclavos; yo predico á Cristo crucificado, y de este modo anuncio la omnipotencia divina: *Cristum crucifixum, Dei virtutem.*

He aquí el segundo carácter de la muerte de Cristo.

Pero hay un tercero más brillante todavía: la paciencia divina con que sufrió la muerte más dolorosa.

Se resigna en presencia de Dios que le presenta el cáliz de los sufrimientos; [1] es dulce con el que le traiciona; [2] es bueno con los discípulos que le abandonan; [3] es tierno con aquel amigo á quien basta la voz de una mujer para convertirlo en infiel con su Maestro; [4] es compasivo con el pueblo ingrato que no había respondido á sus beneficios, más que con gritos de muerte. [5]

Nada hay que subleve más el corazon del hombre que la calumnia; hay algo más odioso todavía, el ultraje.

1 San Mateo, XXVI, 39, 42.
2 San Lucas XXII, 48.
3 San Juan, XVIII, 8,9.
4 San Lucas, XXII, 61.
5 San Lucas XXIII, 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin embargo, la calumnia y el ultraje nada valen ante los tratamientos malos, y Cristo, á la calumnia, al ultraje y á los malos tratamientos, responde con el silencio.

En el silencio hay una nobleza que no es propia del hombre.

Con razón estos hechos arrancaron de los labios de Rousseau esta notable confesión: «Si la muerte de Sócrates es la de un sabio, la muerte de Cristo es la de un Dios.» [1]

Cristo durante el curso de su larga y dolorosa pasión, no desmiente su inalterable paciencia, su tranquilidad sobrehumana.

Después de haberle flagelado, coronado de espinas, pospuesto á un malhechor insigne, sin haber dejado escapar una queja, una lágrima, responde á las burlas de la muchedumbre, á los insultos de sus enemigos con estas palabras que escucharon los cielos y la tierra, con estas palabras que fueron el último grito que salió del pecho del Martir divino: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

Al contemplar la muerte de Jesús, el ánimo más preocupado tiene que lanzar las palabras del

1 Emilio, VI, pág. 105.

Centurión, cuando veía expirar en el Gólgota al Redentor de la humanidad: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.*

Cristo murió como Dios, porque predijo con certidumbre divina la muerte más incierta, escogió con libertad divina la muerte más ignominiosa y sutrió con paciencia divina la muerte más cruel.

Y después de la tumba ¿qué queda?

Después de haber dicho cómo nació un hombre, cómo ha vivido y cómo ha muerto, ¿qué otra cosa queda por decir?

Bien puede suceder que la tumba de un mortal quede rodeada de pompa y de resplandores; que de pie ante ella contemplen generaciones enteras con respeto reliquias honradas en un sepulcro glorioso; que de este polvo fecundo se escape un nombre inmortal, obras imperecederas, una gloria sin fin, y que de este modo, sobreviviendo el nombre, las obras y la gloria, triunfe un poco el hombre de la muerte que le ha herido y de la tierra que le tiene encerrado en su seno.

Pero esto es bien poco: nadie podrá sembrar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en una tumba más que palabras estériles: las lágrimas no harán que aparezca un signo de vida sobre miembros disecados y las alabanzas no despertarán un eco en el silencio de la tumba.

Pero no fué así con Jesucristo: su muerte no fué la de un hombre.

Después de que quedó sepultado bajo la piedra que cubría su tumba, al tercer día un rayo de vida penetró en la morada de la muerte; la roca del Calvario saltó al contacto de un poder misterioso y la tierra temblando devolvió el depósito que los hombres acababan de confiarle.

Cristo resucitó de entre los muertos.

Este hecho es exterior y físico, porque cae bajo el dominio de las cosas sensibles; es un hecho doctrinal, porque el se refiere á un sistema de doctrina del cual constituye el sello y el complemento, es un hecho social, porque está estrechamente ligado á la existencia de una sociedad de la que es fundamento y base.

Este hecho, bajo su triple carácter físico, doctrinal y social, es un hecho que reviste una certidumbre absoluta, que recibió publicidad completa y que es la base de una creencia que no se acabará sino hasta el fin de los siglos.

La resurrección de Cristo está coronada por la más alta certidumbre.

Doce hombres siguen á otro, le abandonan poco antes de su muerte.

Y sin embargo, algunos días después afirman que ese hombre, á quien siguieron durante tres años y á quien habían abandonado antes de su muerte, había resucitado, que lo habían visto después de su resurrección, que lo habían oído, que lo habían tocado, que habían puesto la mano en sus llagas.

Afirman que han tratado con él durante cuarenta días después de resucitado; que se les manifestó no una, sino diferentes veces; no en un lugar, sino en muchos; que se ha aparecido no á ellos solos, sino á más de quinientas personas.

Afirman que han creído, porque han visto; porque esta percepción ha desvanecido sus dudas y disipado sus desconfianzas.

Esta afirmación que es la más prodigiosa que ha salido de la boca de un hombre, por serlo, supone, ó la más completa evidencia ó la más grande de impiedad unida á la más extraña de las locuras.

Si Jesucristo no había resucitado, ¿qué cosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más inicua que acreditar entre los hombres un error tan monstruoso?

Si Jesucristo no había resucitado, ¿qué había de más estravagante que afirmar esa resurrección en presencia de hombres que, á tal afirmación, respondían con los suplicios y con la muerte?

Y los doce discípulos de Cristo ni eran hombres impíos, ni eran locos. La historia nos hace conocer que eran hombres humildes, caritativos, rectos y honrados.

No es posible racionalmente admitir que esas cualidades estuviesen juntas con una perversidad tan espantosa y una impiedad tan profunda.

Ni se puede decir que eran visionarios.

Lejos de ello, lo que más resplandece en su conducta es su poco ardor ó más bien dicho su excesiva lentitud para admitir la resurrección de Cristo.

Rechazan la relación que sobre el acontecimiento les hicieran las santas mujeres que venían del sepulcro.

Cristo mostrándose á ellos les dice: "Ved mis manos y mis piés, soy yo: tocad y ved: un espíritu no tiene ni carne ni huesos como veis que yo los tengo."

Y ni aun así creían los apóstoles: fué necesario que comiera en su presencia, para probarles la realidad de su cuerpo.

Para triunfar de la incredulidad de uno de ellos le dice: "Acércate, mete tu mano en mi costado y no seas, más, incrédulo."

Todavía en la montaña de Galilea, la última vez que se dejó ver de sus discípulos, había entre ellos muchos que dudaban.

Así lo hace notar San Mateo.

No puede haber medios más á propósito para precaverse contra las turbaciones del espíritu contra las ilusiones de los sentidos.

Si, á pesar de todas estas precauciones, afirmaron, al precio de su sangre, la resurrección de Cristo, era preciso que estuvieran vencidos por la evidencia.

Pero no solamente la evidencia corona el hecho de la resurrección, lo corona también la más grande publicidad.

Para que la resurrección de Cristo confirmara su doctrina, era necesario que el testimonio de los apóstoles hiciese irradiar por todas partes las claridades de su evidencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El primer teatro de la publicidad se encuentra en el pueblo.

Ante esas masas movibles y apasionadas, ante ese mar agitado de la multitud cuyas olas sepultan bajo sus cóleras tantas grandes palabras, tantas convicciones fuertes y profundas, ante el pueblo, fué donde sufrió el testimonio de los apóstoles su primera prueba de publicidad.

El día de Pentecostés, cuando por designio de Dios estaban en Jerusalén todas las naciones de la tierra para representar al mundo antiguo, en este momento solemne, Pedro levantó su voz y dijo: "Hombres de Judea y vosotros todos los que habitais en Jerusalén, escuchad estas cosas: Jesús de Nazaret, famoso por las maravillas que ha obrado entre vosotros, murió como vos lo sabéis; pero Dios lo ha resucitado según estaba predicho: nosotros somos testigos. Que la casa de Israel lo sepa bien; Jesús á quien habéis crucificado resucitó."

Y esta palabra de Pedro fué escuchada por Partos, Medos y Elamitas, por habitantes de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y de la Asia, de la Frigia y de la Panfilia, de Egipto y de Lidia: allá había Judíos, Cretenses, Arabes y Romanos.

Y no sólo ante la asamblea del pueblo, siempre ávido de prodigios y de novedades, fué donde se escuchó la palabra de la resurrección.

Se hizo escuchar ante un segundo público, menos fácil y más precavido, el Consejo de los Grandes.

«Aconteció, dice el Evangelio, que los jefes del pueblo, los Ancianos y los Escribas se reunieron en Jerusalén con Anás y Caifás y con todos los que eran del linaje sacerdotal: hicieron comparecer ante ellos á los apóstoles y les preguntaron, ¿en nombre de quién habeis hecho esta acción?»

«Pedro respondió: Príncipes del pueblo y vosotros ancianos escuchad: declaramos á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel que la curación que hemos hecho ha sido en nombre de Cristo, á quien vosotros crucificaisteis y Dios ha resucitado.»

No se detuvo aquí la publicidad de la palabra redentora: se había hecho escuchar ante el número, que son las muchedumbres; se había hecho oír ante la fuerza; que es el consejo de los grandes.

Era preciso que la ciencia la escuchase.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cierto día entraba un buque en Atenas y de él salió un extranjero que dirigía sus pasos hacia esta famosa villa.

Sólo había en esa ciudad famosa algunos restos de Epicuro y de Cenon que se arrastraban penosamente bajo las bóvedas silenciosas del Liceo ó en los jardines desiertos de la Academia.

De su ciencia y de su gloria no conservaba más que un recuerdo: el antiguo Areópago.

Cuando este extranjero hubo sacudido el polvo de sus piés, ante estos majestuosos restos de los tiempos pasados, entró al Areópago y de pie dijo: Atenienses, atravesando vuestra Ciudad, he encontrado un altar en el que está escrito: 'Al Dios desconocido.'

«A este Dios que adorais sin conocer es al que yo vengo á anunciaros: es el Dios que ha hecho el cielo y la tierra y que en la plenitud de los tiempos envió á su hijo, cuya misión ha confirmado resucitándolo de entre los muertos.»

El número, la fuerza y la ciencia han escuchado el testimonio de los Apóstoles; los ecos del mundo lo han repetido de un extremo al otro extremo, uniendo así á la más alta evidencia la más grande publicidad, como el astro que hace

brillar en todos los lugares su luz fecunda y subyuga los ojos á medida que esparce en derredor de sí el esplendor de sus rayos.

El hecho de la resurrección está coronado también por la más alta creencia.

Todos los espíritus aceptan la realidad de la resurrección de Cristo.

Ese asentimiento lo atestigua la existencia de la más grande sociedad que ha existido en el mundo: la sociedad cristiana. La resurrección es el fundamento de la sociedad cristiana, es su raíz histórica y dogmática, es su término inicial, su punto de partida.

Si la fuerza de una creencia se mide por su irradiación, por su duración y por su fecundidad, la creencia en la resurrección de Cristo, principio universal y sostén perpetuo de una sociedad inmensa como el espacio é indefinida como el tiempo, es lo más firme que se puede imaginar.

Y como á esta creencia, sin semejante en el mundo, corona un testimonio tan auténtico como brillante, infiérese que el hecho más prodigioso es también el más cierto.

Cristo, pues, resucitó verdaderamente.

Si Cristo resucitó es Dios, porque en primer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lugar, El predijo de la manera más formal el milagro de la resurrección.

"Subimos á Jerusalén, decía, y allí seré flagelado, crucificado, y después resucitaré al tercer día."

Los judíos mismos testificaron esa predicción, llevando sus alarmas al pretor romano y pidiéndole que guardara el sepulcro.

Mostró así su ciencia divina.

Cristo mismo, en segundo lugar, alegó su resurrección como una marca infalible de su divinidad.

"Esta generación malvada, dijo un día, pide un milagro, y no se le dará otro más que el de Jonás; á ejemplo de este el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el sepulcro."

Claro es, entonces, que haciendo brillar este signo, este milagro, á los ojos de los hombres, Dios ha marcado con sello irrefragable la palabra y la misión de su hijo.

Cristo, al predecir su resurrección, no teme atribuirse á El mismo este milagro de la omnipotencia divina.

El se levanta de la tumba no por una fuerza extraña, sino por su propia virtud: "Destruid este templo, decía á los judíos, y en tres días yo lo edificaré."

Resucitar, por propia virtud, es carácter exclusivo de la divinidad.

Si Cristo resucitó, y resucitó porpropia virtud, es Dios.

De otro modo Dios habría confirmado, de una manera brillante, la usurpación más sacrílega, y entonces Dios no es Dios.

Preciso es repetir lo que en otros artículos hemos dicho, entre el ateísmo y la divinidad de Cristo, la lógica no encuentra medio.

La resurrección de Cristo prueba su divinidad.

Cristo nació como Dios, vivió como Dios, murió como Dios, y resucitó como Dios.

Pero no era posible que tanto poder, tanta sabiduría y tanta grandeza tuviesen por término una cruz y un sepulcro.

Cristo debía reinar sobre la humanidad.

Y reinó, en efecto, estableciendo en medio de los hombres, un reino divino, á través de los imperios destruidos, de los cetros hechos pedazos, de las razas extinguidas; un reino que ha sobrevivido á todos los reinos de la tierra, renovando perpetua-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente su juventud en la majestad de los años y sacando de su pasado fuerza para el porvenir.

Ese reino de Cristo sobre las inteligencias, sobre los corazones y sobre las almas, es un reino que no ha tenido ni tendrá semejante: ese reino ofrece otra prueba de la divinidad de quien lo fundara.

Para hacer esta demostración enteramente perceptible, es necesario investigar qué cosa es reinar, qué cosa es reinar sobre las inteligencias y qué cosa es reinar, como Dios, sobre esas inteligencias.

Reinar, atendido el origen de la palabra, es dirigir á los hombres hacia un fin determinado, es decirles: "Para llegar á tal fin debéis reuniros, poner en común vuestros recursos y vuestros trabajos, estrechar vuestras filas, tomando tales medios para remover obstáculos y allanar los caminos; y después de haber conseguido ese fin, conservar lo que se haya adquirido, extenderlo y desarrollarlo."

Esto es lo que la soberanía dice, en el individuo, por la razón que le domina; en la familia, por la voz de su jefe, en la sociedad, por la boca del príncipe.

Cuando no habla así, cuando no puede dirigir á los miembros del cuerpo social á un fin determinado, desaparece, dejando el sitio á la anarquía.

Cuando en los hombres la razón no tiene esa fuerza, ni en la familia el padre, ni en la sociedad el príncipe; el individuo, la familia y la sociedad se asemejan á una nave que, sin piloto y sin timón, boga á merced de los vientos, asaltada por las olas y combatida por las tempestades.

Es decir, soberanía que no dirige, no tiene de soberanía más que el nombre.

El atributo esencial de la soberanía es dirigir á un fin determinado.

Pero la dirección á un fin determinado, el señalamiento de los medios para llegar á ese fin, puede ser obra de un consejo.

No basta eso para reinar: se necesita algo más que una simple dirección; se necesita una dirección poderosa y fecunda que no se limite á indicar el bien y los medios, sino que prescriba el fin y ordene los medios.

Es preciso una autoridad que descendiendo de lo alto é irradiando á lo lejos, pida respecto y exija sumisión: sin esa autoridad, la dirección es vana y la soberanía quimérica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una soberanía que no manda, no merece ese nombre, como no lo merece la que no dirige.

Así es que reinar es dirigir á los hombres á un fin; este es su primer elemento: pero dirigirlos con autoridad, este es su segundo elemento.

Se necesita además una línea determinada de dirección.

De otro modo, el gobernante estaría sin regla, gobernaría por capricho ó por fantasía; esto sería tiranizar, no reinar.

Necesítase, en consecuencia, como tercer elemento de la soberanía, una ley que arregle su ejercicio; ya una ley general que rija la naturaleza humana, ya una ley especial aplicable á cierto tiempo ó á cierto lugar.

Una soberanía sin ley es una fuerza ciega, es un arbitrio sin freno, es un atentado al derecho, es una violación de los principios, es un insulto á la dignidad humana.

Y la soberanía debe ser lo contrario, debe tender al mantenimiento de los derechos y de los principios, á la protección de los intereses legítimos, á la salvaguardia de la dignidad humana.

Reinar, por lo mismo, es dirigir con autoridad

á los hombres hacia un fin cierto según una ley determinada.

¿Qué cosa es, preguntamos, reinar sobre las inteligencias?

¿Es posible dirigirlas á un fin, con autoridad?

Esto es posible, se ha visto en el mundo.

Aparece, como ha aparecido alguna vez, algún hombre que tenga en medio de sus semejantes el cetro de las ideas, que reine como soberano sobre las inteligencias de su época, que las agrupe al derredor de su pensamiento, que les imprima una dirección feliz, que les dé un impulso casi irresistible, que las gobierne, en una palabra, con la autoridad de la ciencia y del genio.

Esto se ha visto en el mundo: ha habido siglos literarios, siglos científicos, es decir, ha habido cierto número de inteligencias que se han inclinado con respeto ante tres ó cuatro hombres bajo los rayos que han partido de sus frentes.

Es posible, entonces, dirigir las inteligencias.

¿Y cuál es el fin á que deben ser dirigidas?

Evidentemente no puede ser diverso del fin mismo, para el cual las inteligencias han sido creadas, es decir, la verdad.

Así es que, se puede reinar sobre las inteligen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias, se les puede dirigir con autoridad hacia la verdad.

¿Pero á qué ley debe someterse quien dirige á las inteligencias? ¿qué se necesita para que una inteligencia se someta á la dirección de otra?

Bastará la autoridad, la palabra del que dirige, para arrancar el consentimiento de la inteligencia que se propone dirigir? Evidentemente no: ningún hombre merece ser creído por su palabra.

Para obtener el asentimiento de una inteligencia, es necesario presentar la verdad, clara y luminosa; de no ser así, esa inteligencia se levantará contra quien quiera imponérsele, defendiendo su derecho, que consiste en no obedecer más que á las leyes de la evidencia.

Si á un hombre se le propone un misterio que no puede comprender y si pregunta que se le explique, no debe respondérsele que así es, que no tiene que explicársele, que debe aceptarlo, porque el que lo propone afirma que es la verdad.

Si así se le respondiera, se reiría, y con razón, porque el hombre tiene derecho de tocar lo que se le dice, de comprenderlo, de examinarlo, de verificarlo por sí mismo, de admitirlo ó rechazarlo si á bien le parece: esa libertad constituye su fuerza.

Ningún hombre se ha presentado á la humanidad diciéndole: las cosas que yo anuncio no podéis verlas ni comprenderlas; sin embargo, ordeno que las creais y lo que os garantiza la verdad de lo que digo soy yo que lo afirmo y esto basta.

La humanidad, al escuchar á este hombre, diría lo que dijo un Apóstol en ocasión solemne: yo no creo, si no veo, *nisi videro, non credam.*

Esta es la ley de todos los tiempos y de todos los lugares: esta es, digamos así, una ley de la humanidad.

El hombre no se rinde á la razón del hombre, sino vencido por la evidencia.

En consecuencia, reinar sobre los espíritus, es dirigirlos con autoridad en el sentido de la verdad por la luz de la evidencia.

Así pueden reinar los hombres sobre las inteligencias, presentándoles con claridad deslumbradora las verdades que desean que se conozcan y acepten.

Un hombre, en la plenitud de los tiempos, siente en su corazón fuerza para decir á la humanidad: Yo soy la luz del mundo; en mi doctrina, la sabiduría humana no hallará más que un misterio ó una locura; sin embargo, exijo que toda inteli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gencia la acepte, que haga de ella la regla de su pensamiento y la ley de su vida. No quiero reinar sobre las inteligencias por la luz de la evidencia, quiero que crean sin ver, que escuchen sin comprender; quiero, en una palabra, reinar por la luz de la fe.

Y este hombre, que así hablaba, extendió realmente su soberanía sobre las inteligencias, sobre los pequeños y los grandes, sobre los reyes y los pueblos, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes.

El genio se inclinó ante su palabra, la ciencia aclamó sus misterios, el mundo civilizado vivió de su doctrina, las calumnias contra él dirigidas no han servido más que para consolidar su soberanía, los ataques de que ha sido objeto no han hecho más que engrandecer su doctrina y desenvolverla.

Durante diez y ocho siglos la humanidad, suspendida de los labios de ese hombre, ha preferido la aparente locura de un símbolo misterioso, á la luces de sus sabios y á los sistemas de sus filósofos y ha considerado como un crímen, ya no el desprecio ó la negación de esa doctrina, sin la simple duda sobre una sola de sus palabras.

Un reino tan extraño, que se funda en dogmas incomprensibles, ha subyugado las inteligencias á despecho de sus preocupaciones, ha conservado su imperio sin pérdida ni decadencia y se ha extendido á medida que florecían las ciencias, las letras y las artes.

Cuenta como súbditos á todos los pueblos civilizados; fuera de su seno no hay más que pueblos salvajes y razas bárbaras; todo pueblo que viene á este reino, encuentra en sus misterios la luz y la vida; toda nación que de su seno se aparta vuelve á caer en las tinieblas de la muerte.

Reinar así sobre las inteligencias, no es reinar como reina un hombre.

Un hombre para triunfar de una sola inteligencia, aun por las luces de la evidencia, trabaja en extremo.

Gobernar tantos espíritus, al menos la mayor parte de las inteligencias cultivadas, hacerlas aceptar misterios, cosas incomprensibles, sin permitirles la menor duda, ni la más leve vacilación, esto es reinar sobre las inteligencias como Dios.

Así ha reinado Cristo.

Se presentó al mundo con misterios incom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prensibles y extendió su soberanía sobre los espíritus.

Han tratado de disputarle el cetro de las inteligencias y no lo han conseguido.

El judaísmo quiso retener á la humanidad bajo el yugo de sus prácticas ya entonces estrechas y serviles, y Cristo la arrancó de ese poder degradado y envilecido.

El paganismo opuso á los misterios del Evangelio el brillo de sus fábulas, el prodigio de sus poesías, la ciencia de sus sofistas y la elocuencia de sus oradores; pero Cristo, sobre las ruinas del viejo mundo, levantó el reino espiritual de la fe.

Los bárbaros quisieron renovar la faz del mundo, pero Cristo hizo que esos fieros hijos del Norte bajaran su orgullo ante la humildad de la Cruz; y desde entonces los hombres, divididos por el orígen, por el interés, por el genio, se acercan y al fin se confunden en esa inmensa sociedad de inteligencias que se llama la república cristiana.

Y esa república subsiste.

La dominación intelectual de Cristo ha sobrevivido á la caída de las dinastías, á las ruinas de los imperios y á la decadencia de las naciones.

Algunas voces discordantes se han levantado

contra ella, pero la han dejado intacta y siempre más vigorosa.

La fe cristiana palpita en la vida de las sociedades, en sus instituciones, en sus leyes, y se refleja en los monumentos del arte y en las obras del genio.

La historia y la filosofía, la poesía y la elocuencia, han dado al reino de Cristo sus mejores ingenios.

La fe cristiana ha sido la fe de Dante y de Tasso, de Corneille y de Racine, de Shakespeare y de Milton.

La fe de Cristo ha sido la fe de Agustín y de Tomás de Aquino, de Bossuet y de Fénélon, de Descartes y de Mallebranche. La fe cristiana ha sido la fe de Galileo, de Pascal, de Bacon, de Leibnitz y Newton.

Lo que hace la gloria de la soberanía de Cristo sobre las inteligencias, es que lleva la luz á los que la aceptan y condena á la barbarie á los que la rechazan.

Fijando los ojos en la carta del mundo, se encuentra la humanidad dividida en dos partes, en dos zonas: la de los pueblos civilizados y la de los pueblos que no lo son.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y no hay un pueblo civilizado que no haga parte del reino inteligente de Cristo?

No hay una raza, por bárbara que se la suponga, que al recibir la fe de Cristo no reciba, al mismo tiempo, la luz y la vida?

¿Hay alguna nación, por civilizada que sea, que al apartarse del reino de Cristo, no vuelva á caer en las tinieblas de la muerte?

Allí está Africa, donde brillaron Tertuliano y Cipriano; no es más que un desierto que sólo sirve para mostrar al viajero las huellas de una civilización extinguida y los vestigios de una gloria eclipsada.

El Oriente, antes foco de luz, no es más que un campo de árabes y de tártaros.

No hay remedio; Cristo gobierna las inteligencias de un modo admirable.

La dominación intelectual de Cristo, después de haber desafiado al tiempo y al espacio, á las ciencias y á las pasiones, á los hombres y á las cosas, se encuentra hoy ancha como el mundo, elevada como el cielo, vigorosa como la muerte.

Esta no es una soberanía humana; el reino de Cristo sobre las inteligencias, prueba su divinidad de un modo evidente.

Reinar sobre las inteligencias, tener sujetos dieciocho siglos bajo el yugo de la fe y erigir sobre misterios la soberanía universal de los espíritus, es, reflexionando seriamente, una soberanía más que humana; es, sin duda, un reinado divino.

Esto, sin embargo, no basta para reinar, como Dios, sobre la humanidad.

No basta tener trescientos millones de inteligencias cautivas bajo el imperio de la fe.

No basta gobernar los espíritus.

Hay en el hombre una facultad más poderosa que la inteligencia; algo más imperioso y soberano que se oculta en los repliegues del alma, que penetra hasta las últimas profundidades de la humana naturaleza.

Aunque se haya triunfado del espíritu por las luces de la ciencia ó de la fe, no se ha obtenido victoria completa.

Tras de la muralla del espíritu que acaba de abrirse á la verdad, el hombre se oculta en lo que tiene de más íntimo y de más secreto, se replega en lo más escondido del alma con su poder de amar y de odiar, y allí espera que, demolidas las barreras del entendimiento, vengan á forzarse las avenidas del corazón.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí está la fuente de nuestras afecciones, el foco de la vida.

Si no dominamos el corazón, el hombre se escapa con lo que tiene de más precioso y más fuerte.

Cristo que ha reinado, como Dios, sobre las inteligencias, ha reinado, también como Dios, sobre los corazones.

Su reinado sobre el corazón de la humanidad, viene á darnos una nueva, brillante prueba de su naturaleza divina.

Reinar es, como ya lo dijimos, dirigir con autoridad, gobernar según una ley.

¿Cuál es esa ley, en el gobierno de los corazones?

¿Qué cosa es lo que triunfa de ese poder íntimo, de esa potencia, al parecer, tan débil, y, sin embargo, tan vigorosa, como la voluntad humana?

El temor, con evidencia, es impotente para gobernar los corazones.

El temor podrá reprimir los arranques del corazón, podrá encadenar su vuelo, podrá poner sobre él una mano de hierro; pero nunca podrá impedir que palpite, que palpite libremente, que palpite por quien él quiere y que palpite todo el tiempo que le plazca.

En medio de las cadenas, bajo la presión de las violencias, el corazón queda libre siempre.

Los generosos cristianos de los primeros siglos decían á los Césares que les arrebataban sus bienes, sus familias y hasta la vida: Nada importa; nos queda un tesoro que no podéis arrebatarnos, es nuestro corazón y este corazón es para Dios.

No es el temor el que gobierna los corazones y el que triunfa de ellos.

Tampoco los domina el respeto; el respeto no penetra el corazón.

Se respeta al genio, á la autoridad, y, sin embargo, no se da el corazón á todo lo que posee una alta inteligencia, á todo lo que lleva una espada temible.

Y es que hay cosas que inspiran respeto, sin hablar al corazón.

Cuando en los primeros días de la infancia, una figura angélica se inclina sobre nuestra cuna para recibir nuestros suspiros y secar nuestras lágrimas, al contacto de esos labios castísimos que encierran una mezcla de pureza y de ternura, sentimos que nuestros corazones se escapan.

Cuando más tarde el testigo y confidente de nuestros años juveniles llama á la puerta de nues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro corazón, le abrimos también el santuario de nuestra alma.

Si Dios no reserva para él nuestra vida entera, encadena nuestra libertad un nudo indisoluble y sagrado.

Es decir, que lo que gobierna y triunfa de los corazones no es ni el temor ni el respeto, es el amor.

Así es que, reinar sobre los corazones, es gobernarlos por el amor.

El hombre puede gobernar un corazón, pero es un gobierno muy limitado.

El amor de un hombre se encierra en una familia, en un pequeño círculo de amigos, en un pueblo, cuando más en una nación.

Esta es la extensión del amor humano.

Pero si es reducido en la extensión, no lo es menos en la profundidad.

La ausencia debilita su imperio; el interés sabe convertir en odio el amor más profundo.

Ha habido en la humanidad muchos hombres que se han sacrificado por aquellos á quienes aman; pero esto no es lo común.

Muchas veces, y esto es lo más frecuente, el amor no sabe beber el cáliz del infortunio, no sa-

be comer el pan del destierro, no sabe compartir los horrores de un cautiverio.

Cuando el vencido de Farsalia vino á las costas de Africa, de sus numerosos amigos no le quedó más que un pobre egipcio que recogiendo los restos de una barca, apenas pudo formar con ellos una hoguera para ese romano tan famoso.

El hombre de este siglo que supo excitar el más grande entusiasmo y el más grande amor, no encontró más que tres cautivos voluntarios que lo consolaran en su infortunio.

El amor humano no sólo es reducido en su extensión y en su profundidad; lo es también en su duración.

Nadie ha podido hacerse amar después de su muerte.

El amor no reflorece en la tumba.

Algunos años, un siglo, dos cuando más, son bastantes para que el hombre quede olvidado en el mundo, y si no se le olvida, no se le ama.

No hay un corazón que palpite hoy por Alejandro ó por César.

Hay una frase que revela lo que el hombre puede esperar de los hombres á quienes ama: "Ve, Aníbal, exclamaba Juvenal, domina el Univer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so durante medio siglo, corre á través de los Alpes helados; después de tu muerte no obtendrás más que una cosa: agradar á los niños y hacerte para ellos objeto de declamación.»

I, demens, i, sœvas curre per Alpes
Ut pueris placeas, et declamatio fias.

He aquí lo que el hombre puede obtener después de su muerte, y en consecuencia, el amor que puede tener de sus semejantes es superficial, pasajero y transitorio.

El amor á Cristo ha sido un amor inmenso, omnipotente é inmortal.

El amor de los hombres á Cristo, después de dieciocho siglos, nada ha perdido de su fuerza ni de su energía.

Lejos de ello, el tiempo lo acrecienta y lo consolida.

El amor de Cristo, atravesando las edades, se ostenta siempre inmortal y floreciente.

Nadie ha podido resistir al amor de Cristo.

Cuando el paganismo se le presentó, con sus corazones envilecidos y depravados, él los penetró con los rayos de su amor.

Cuando los bárbaros le oponían la rudeza de sus

costumbres, Cristo supo suavizar esos corazones de fierro, haciéndose amar de ellos.

Cuando en la Edad Media se le ofrecían los odios y divisiones de aquella época, Cristo penetró en las almas, en las que no necontraba asiento la piedad.

Cuando el egoísmo de los tiempos modernos quiere disputarle una vez más el reino de los corazones, se ve que el frío de la indiferencia se deshace poco á poco bajo un fuego que se enciende.

La llama, esa llama inmortal del amor á Cristo, nadie la ha podido apagar en el mundo.

Cuando se extingue en un corazón, se reanima en otro, cuando la tempestad la aleja del Oriente, pasa al Occidente, para abrazar corazones nuevos.

Si el viento de la incredulidad aleja el amor de Cristo de unos continentes, el soplo del apostolado lo hace renacer en regiones lejanas: y revive más fuerte en la tienda del indio, en los bosques del Nuevo Mundo y hasta en los hielos del Polo.

Si un corazón se cierra para Cristo, otros se abren á su amor; lo que una época le quita, la siguiente se lo devuelve centuplicado.

Cristo ha tenido suspensos de su persona á dieciocho siglos por la liga de su amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Inmortal en su duración, el amor á Cristo es inmenso en cuanto á la extensión.

No está circunscrito ni á una familia, ni á un círculo de amigos, ni á un pueblo, ni á una nación.

Cristo reina sobre trescientos millones de corazones por el amor, como reina sobre trescientos millones de inteligencias por la fe.

En ningún país del mundo faltan madres que enseñen á pronunciar á sus hijos, con amor, el nombre de Cristo, ni jóvenes que no busquen en ese amor un apoyo á su debilidad, ni ancianos que dejen de murmurar al borde de la tumba el nombre de Cristo, que mezclará un rayo de goce á las amarguras de la agonía.

En todas partes el pobre se acuerda del obrero divino y el rico, cuando ya no tiene lágrimas en sus ojos para llorar sobre sus hermanos, se acuerda del pobre divino, que le devuelve la compasión y las castas delicias de la caridad.

Cuando la fuerza oprime al débil, cuando el soberano olvida que el poder es un servicio y la obediencia un honor, se acuerda de aquel Hijo de Reyes que vino á servir y no á ser servido.

El amor á Cristo ha penetrado por todas las

edades de la vida, y ha recorrido todos los rangos de la humanidad.

Ese amor es el centro del amor de todos los corazones, es el terreno único sobre el cual todos pueden encontrarse.

Ni el interés, ni la nacionalidad, ni el cisma, ni la herejía, han podido destruir el imperio de ese amor.

El cisma de Focio no ha podido impedir que millones de corazones cismáticos se entregnen á Cristo.

Enrique VIII, arrancando á la Iglesia esa isla famosa que se levanta como un gigante en medio de los mares, no ha podido quitar á Cristo el amor de la raza sajona la más grande, después de la latina.

Lutero no ha podido desarraigar ese amor del suelo de Alemania.

Entre esos pueblos y nosotros los cristianos, hay un punto que nos une, á pesar del cisma y de la herejía, el amor á Cristo.

Inmortal en su duración, inmenso por la extensión, el amor de Cristo no tiene medida en su profundidad.

Cuando Cristo andaba en la tierra, se oyó una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frase que es el grito del amor que se inmola sin reserva: "*Ecce nos reliquimus, omnia, et secuti sumus te.*" Mira, Señor, que hemos abandonado todo para seguirte: todo; bienes, familia, patria, honores, riquezas, placeres.

Después de Pedro, muchos hombres han lanzado ese grito y lo lanzan todavía.

Por el amor á Cristo, los misioneros han recorrido y recorren la tierra, despreciando los suplicios y la muerte.

Por el amor á Cristo, los grandes, se hacen pequeños; los ricos, pobres; los amos, sirvientes. Por el amor á Cristo los sabios bajan de sus cátedras para enseñar á los ignorantes; los reyes bajan de sus tronos para ponerse á los piés de los pobres; hijas de los reyes se despojan de sus atavíos para curar á los enfermos. Carlo Magno lava las escudillas en Monte Casino, Carlos V barre los dormitorios de San Yuste, San Luis besa los piés de los pobres, Isabel de Hungría limpia con sus labios las llagas de un leproso.

Hoy todavía, abandonando las dulzuras de la amistad y de la patria, van los misioneros á plantar la cruz en los bordes del Senegal ó en las riberas de la Cochinchina.

El amor á Cristo es el que empuja, el que hace volar á nuestras hermanas y á nuestras madres á la cabecera de los enfermos para cerrar sus heridas, suavizar sus sufrimientos, calmar sus enfermedades.

El amor á Cristo es el que hace que se quiten algunos instantes á los estudios y á los placeres para ir á la casa de los pobres, siguiendo los pasos de San Vicente de Paul, á fin de llevarles, con una palabra de consuelo, el socorro de la caridad.

El amor á Cristo arrastró á multitud de almas á lugares que no había hollado la planta humana; allí tenían en sus manos instrumentos de penitencia que confunden nuestra malicia y hacen contraste con nuestra tibieza.

El amor á Cristo hizo de la inhospitalaria Tebaida, un pueblo de Santos, que han pasado su vida mortificando sus sentidos y domando su carne.

El amor á Cristo hizo á un San Francisco de Asís; á Catalina de Sena, que prefirió á la corona del cielo, una corona de espinas; á Teresa, que tenía sus delicias en sufrir con Cristo ó en morir con él; á Felipe Neri, cuyo corazón rompe las bar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reras que la naturaleza le opone para lanzarse hacia Cristo.

El amor á Cristo hizo que millones de mártires dieran por él la sangre de sus venas, sacrificaran su vida y confesaran su nombre, bajo la espada de los Césares y á traves de las llamas de las hogueras.

Todavía hoy se escucha aquel grito de Ignacio, en presencia de la muerte: 'Soy el trigo de Cristo y necesito pasar por los dientes de las bestias, para convertirme en limpio pan, digno de Cristo."

No ha habido un hombre que, como Cristo, haya apasionado así á la humanidad y la haya subyugado por un amor inmenso, omnipotente, inmortal.

Con razón el cautivo de Santa Elena, después de haber probado el poco éxito que alcanzan los hombres en hacerse amar, al ver con su mirada profanda el amor apasionado de los hombres á Cristo, dejó caer de sus labios estas palabras, que son el oráculo del genio: "General Bertrand, me conozco como simple hombre; Cristo es más que un hombre."

No hay duda, el reino de Cristo sobre los corazones, por el amor; prueba su Divinidad evidentemente.

Cristo ha triunfado de las inteligencias por la fe y ha subyugado los corazones por el amor.

Esta doble victoria testifica su divinidad, porque es tan difícil hacerse amar, como hacerse creer entre los hombres.

Y sin embargo, si Cristo es Dios, ha debido tener algo más que el amor y la fe.

La fe y el amor no constituyen un homenaje reservado á Dios, una vez que el hombre también puede merecer cierto crédito, y puede obtener, más ó menos, amor.

Necesítase, entonces, un tercer homenaje reservado á él exclusivamente.

Ese tercer homenaje es la adoración: sólo Cristo ha sido adorado en el mundo.

El hombre no puede, sin locura, pretender la adoración; y Dios no podría compartirla con un ser cualquiera, sin renegar de sí mismo.

Si, pues, Cristo ha logrado que se le adore en la tierra, Cristo tiene que ser Dios.

Y Cristo ha logrado ese homenaje.

La historia del mundo está dominada por un hecho verdaderamente extraño.

Un hombre nace, en un momento dado, sobre un punto del globo; el lugar de su nacimiento es un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

establo, su cuna un pesebre, su madre una pobre obrera, su raza la más despreciable de todas las razas.

Gran parte de su vida pasa en la oscuridad, vive la vida de un artesano y corona esa vida con la más ignominiosa de las muertes.

Este es el primer término del hecho que domina la historia del mundo.

Véamos el segundo.

Algunos años después, y aun algunos siglos, este hombre nacido en Belén, artesano en Judea y crucificado en el Calvario, recibe las adoraciones del mundo civilizado, como Dios omnipotente é infinito.

Y esto no ha sido efecto de una idolatría, porque en todas partes donde ese hombre es adorado, la idolatría desaparece, los templos del paganismo se aplastan, los falsos dioses huyen.

Al contrario, cuanto más se purifica la idea del verdadero Dios, más crece, se extiende y se prolonga la adoración á Cristo.

Lejos de debilitarse esa adoración, de un polo al otro del mundo, reyes y pueblos, sabios é ignorantes, se prosternan ante Cristo, adorando su poder, implorando su luz, esperando su perdón.

Del uno al otro extremo de la tierra, del alma del adolescente como del alma del anciano, del alma del justo como del alma del pecador, se eleva hacia Cristo el grito de adoración: *Tú eres mi Señor y mi Dios.*

Este es el segundo término del hecho que domina la historia.

El primer hecho no puede negarse.

El nacimiento de Cristo, su vida y su muerte, están bajo la garantía de dieciocho siglos de examen y de tradición.

Este hecho ha entrado en la trama de la historia, se ha identificado con ella.

El segundo hecho tampoco puede negarse.

La generación actual lo tiene ante sus ojos, lo ve, lo oye, lo toca.

Qué prueba eso?

Esto prueba evidentemente que Cristo es Dios. Si no lo fuera, esa adoración universal y perpetua sería un fenómeno inexplicable, un efecto sin causa, más bien un prodigio de extravagancia, un misterio de iniquidad, el escándalo de la Providencia.

Humanamente no se puede explicar esa adoración.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Adorar á un hombre crucificado, á los ojos de la razón, es algo insensato.

El culto á Cristo se encontró con toda clase de obstáculos.

Desde luego, esa adoración repugna á los sentidos.

Encontrarse ante un hombre nacido de mujer, ante un artesano, ante un hombre de las dimensiones comunes que un hombre tiene, y reconocerlo y proclamarlo como el Dios omnipotente é infinito, es cosa que el sentido del hombre humanamente no puede aceptar.

Menos puede concebirse la adoración á un hombre de raza despreciable.

Tácito y Juvenal, Suetonio y Pinio, consignan en sus escritos, que la raza de los judíos era universalmente despreciada y aborrecida.

Mucho menos aún se concibe la adoración á un hombre condenado á muerte, á un ajusticiado.

Si Jesucristo no es un Dios, esa adoración á un hombre, á un artesano, á un judío, á un judío crucificado, en modo alguno puede concebirse.

Si la adoración á Cristo, no siendo Dios, es inconcebible, porque los sentidos la repugnan, por parte del espíritu encuentra obstáculos nuevos,

que la harían más incomprensible, si la divinidad no se hubiera hecho sentir en la persona del Redentor de las almas.

Adorar á Cristo, es adorar á Dios, porque sólo á Dios se rinde el homenaje de adoración.

Adorar á Cristo, es reconocer el infinito unido á lo finito, la sustancia increada á la sustancia creada, la naturaleza divina á la naturaleza humana.

Es admitir que Dios y el hombre no hacen más que una sola y única persona, es admitir que la divinidad obra por la humanidad, como el alma obra por el cuerpo.

Esto, á la razón humana, aparece repugnante.

Si Jesucristo no es Dios, qué motivo podría haber para que el espíritu humano se sometiese á esas afirmaciones que parecen contradictorias?

Y sin embargo, así ha sucedido: Cristo ha sido adorado, es decir, se han visto en la persona de Cristo unidas la naturaleza divina y la naturaleza humana.

Los hombres han adorado á los ídolos.

Esto es verdad; pero los han adorado, y esto no es sorprendente, cuando no poseían la idea del verdadero Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que no se explica es que, después de que los hombres han poseído la idea del Dios verdadero y porque la poseen, adoren á un hombre: esto no se explica, si ese hombre no fuera Dios.

Antes de Cristo, el mundo pagano adoraba los ídolos y desconocía al Dios verdadero; después de Cristo, el mundo, el mundo civilizado, conoce al Dios verdadero y adora á Cristo.

Entonces ó Cristo es Dios ó es preciso admitir que el conocimiento del Dios verdadero ha engendrado una idolatría, como no la habría podido producir la ignorancia del Dios verdadero.

¿Esto es admisible? La verdad tiene consecuencias más funestas que el error? ¿Qué sucede, entonces, con la verdad? ¿Qué sucede, entonces, con la divinidad misma? Luego si no obstante las repugnancias del espíritu y la rebelión de los sentidos, la humanidad, conociendo al Dios verdadero, ha consagrado á Cristo un culto de adoración, universal, permanente, claro es que Cristo es un Hombre-Dios.

La adoración á Cristo encontraba obstáculo en los sentidos y repugnancia en la inteligencia.

Encontraba, también, un obstáculo por parte del corazón.

El orgullo humano tenía que levantarse contra la adoración á un hombre crucificado.

Y, sin embargo, el orgullo del hombre se ha puesto de rodillas á los piés de ese hombre clavado en una cruz.

Si ese hombre no es Dios, tal adoración es inexplicable.

Y lo que más admira es que, después de haberse postrado á los piés de ese crucificado, es cuando el hombre se ha levantado con una noble altivez; á partir de esta humillación profunda, es cuando ha tenido conciencia de su elevación, de su dignidad.

Una vez más, si Cristo no es Dios, esto no se explica.

El orgullo humano ha podido plegarse al culto de los ídolos: no sería, por lo mismo, admirable que, poniéndose á los piés de Cristo, doblase la rodilla ante una creatura.

Una palabra basta para deshacer este argumento.

Adorando á los ídolos se prosternaba el hombre ante la obra de sus manos.

La idolatría era la más alta satisfacción del orgullo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristo, al contrario, se ha impuesto á la humanidad, le ha prescrito el culto de su persona, á pesar del orgullo humano y á despecho de él. "Es necesario, decía, que todos honren al Hijo, como honran al Padre."

Es, entonces, claro que si la soberbia del hombre se ha sometido á la adoración de un crucificado, este crucificado es Dios, ó tal adoración es una extravagancia.

No sólo la soberbia tenía que levantarse contra el culto á Cristo; la avaricia, la ambición y el deleite debían, del mismo modo, hacer sentir sus repugnancias.

La avaricia, para dispensarse de inmolar á un Dios crucificado su amor á las riquezas; la ambición, para no estar obligada á renunciar á esa sed insaciable de honores y dignidades; el deleite, para sustraerse al sacrificio de los instintos que le lisonjean, de las inclinaciones que le seducen y que le arrastran.

Durante cuatro mil años esas pasiones rehusaron reconocer al Dios verdadero, para escapar al yugo de la ley.

Esas mismas pasiones se rinden después á los piés de un crucificado para adorarle, inmolarse

por El, admitir su autoridad y practicar sus preceptos.

Y lo más extraño es, que las pasiones humanas así se sometieran, cuando el culto á Cristo no las favorecía, como las favorecía el culto de los ídolos; lejos de ello, Cristo las combatía sin descanso y sin tregua.

Si, pues, á pesar de las pasiones interesadas en rechazar su divinidad, Cristo ha podido hacerse adorar por el mundo civilizado, síguese que Cristo es Dios ó que esta adoración general y perpetua es un fenómeno inexplicable, un efecto sin causa, y entonces, la lógica carece de reglas, el sentido común se convierte en una locura, la humanidad es víctima de una ilusión fatal, de una alucinación sin nombre y sin salida.

La adoración á Cristo, humanamente hablando, no sólo era repugnante al sentido, contraria al orgullo y adversa á las pasiones, sino que encontraba obstáculo aun en los más nobles sentimientos del corazón, en el sentimiento mismo de la virtud, en ese fondo de piedad de que los hombres jamás han podido desprenderse enteramente.

Si Cristo no fuera Dios, nada habría más impio que adorarle como al Dios infinito y omnipotente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mahometismo sería menos malo, porque al fin Mahoma no se hizo adorar como Dios: el paganismo sería menos impío, porque los paganos ponían sobre sus ídolos una divinidad superior que gobernaba el mundo con el concurso de dioses subalternos.

Y, sin embargo, dieciocho siglos, trescientos millones de hombres, no han cesado de adorar á Cristo, como al Dios omnipotente, infinito y eterno.

Si Cristo no fuese Dios, el cristianismo sería la más asombrosa impiedad y de ella habrían salido frutos de piedad adorable, el heroismo de la virtud, el heroismo de la pureza y el heroismo de la caridad.

Esa colosal idolatría habría engendrado diez y ocho siglos de fe, de abnegación, de honor, de generosidad, de ciencia, de luces, de progreso, de civilización, de dignidad, de perfección humana.

Tanta locura aterra, tanto escándalo espanta.

La verdad existe, la virtud existe, Dios existe, luego Cristo es Dios.

No hay verdad en el orden metafísico, en el orden físico y en el orden moral que se presente al espíritu humano con un encadenamiento de pruebas tan poderoso, como la divinidad de Cristo.

Cristo nació como Dios, habló como Dios, obró como Dios en el orden físico, en el orden intelectual y en el orden moral.

Cristo obró como Dios en el orden social, porque, sin recurrir á los medios humanos, supo fundar una sociedad religiosa que ha vencido al espacio, al tiempo, á los hombres y á las cosas.

Cristo murió como Dios y resucitó como Dios, porque anunció su muerte y salió de la tumba como lo había predicho por su poder y su virtud propia.

Cristo, en fin, ha reinado como Dios sobre las inteligencias, por la fe; sobre los corazones, por el amor; sobre las almas, por un culto de adoración universal y perfecto.

Sería necesario dudar de todo, desesperar de todo, negar todo, si se niega la divinidad de Cristo.

Si hay bajo el cielo una verdad cierta, brillante, incontestable, es que Cristo es Dios.

LA IGLESIA IRREPROCHABLE TESTIGO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO

Demostrado que los Evangelios son veraces y auténticos, hemos podido patentizar, á la luz que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mahometismo sería menos malo, porque al fin Mahoma no se hizo adorar como Dios: el paganismo sería menos impío, porque los paganos ponían sobre sus ídolos una divinidad superior que gobernaba el mundo con el concurso de dioses subalternos.

Y, sin embargo, dieciocho siglos, trescientos millones de hombres, no han cesado de adorar á Cristo, como al Dios omnipotente, infinito y eterno.

Si Cristo no fuese Dios, el cristianismo sería la más asombrosa impiedad y de ella habrían salido frutos de piedad adorable, el heroismo de la virtud, el heroismo de la pureza y el heroismo de la caridad.

Esa colosal idolatría habría engendrado diez y ocho siglos de fe, de abnegación, de honor, de generosidad, de ciencia, de luces, de progreso, de civilización, de dignidad, de perfección humana.

Tanta locura aterra, tanto escándalo espanta.

La verdad existe, la virtud existe, Dios existe, luego Cristo es Dios.

No hay verdad en el orden metafísico, en el orden físico y en el orden moral que se presente al espíritu humano con un encadenamiento de pruebas tan poderoso, como la divinidad de Cristo.

Cristo nació como Dios, habló como Dios, obró como Dios en el orden físico, en el orden intelectual y en el orden moral.

Cristo obró como Dios en el orden social, porque, sin recurrir á los medios humanos, supo fundar una sociedad religiosa que ha vencido al espacio, al tiempo, á los hombres y á las cosas.

Cristo murió como Dios y resucitó como Dios, porque anunció su muerte y salió de la tumba como lo había predicho por su poder y su virtud propia.

Cristo, en fin, ha reinado como Dios sobre las inteligencias, por la fe; sobre los corazones, por el amor; sobre las almas, por un culto de adoración universal y perfecto.

Sería necesario dudar de todo, desesperar de todo, negar todo, si se niega la divinidad de Cristo.

Si hay bajo el cielo una verdad cierta, brillante, incontestable, es que Cristo es Dios.

LA IGLESIA IRREPROCHABLE TESTIGO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO

Demostrado que los Evangelios son veraces y auténticos, hemos podido patentizar, á la luz que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos difunden, que el hombre admirable, cu
historia refieren esos libros, no era un hombre so
sino un Hombre-Dios.

Esos libros, cuya autenticidad no puede p
nerse en duda y cuya veracidad nadie ha podi
destruir, aun simplemente considerados como
bros humanos y no como el fruto de una inspi
ción divina, nos han hecho conocer que Cri
nació como Dios, porque antes de nacer ha
vivido durante cuatro mil años en la memoria
los hombres; que había hablado como Dios, porq
había hablado en su propio nombre, había ha
do á todos los hombres y sólo él se había llam
Dios; que había obrado como Dios en el orden f
co, porque su soberanía había triunfado de la su
tancia de los cuerpos y de las leyes que los gob
nan; que había obrado como Dios en el orden in
lectual, porque su poder profético había abras
el pasado, el presente y el porvenir en una so
misma intuición; que había obrado como Dios e
orden moral, porque su corazón estaba dotado
una triple fuerza divina de abnegación, de dil
ción y de expansión; que había obrado como D
en el orden social, porque, sin valerse de me
humanos, había fundado una sociedad, vence

el tiempo y del espacio, de los hombres y de las
osas; que había muerto como Dios, porque había
redicho con certidumbre la muerte más incierta,
abía escogido con libertad la muerte más igno-
iniosa y había sufrido con paciencia divina la
uerte más cruel, y que había resucitado como
ios, porque salió de la tumba, como había pre-
icho, por virtud propia y por su propio poder.

Estos hechos, que revelan que Cristo era Dios,
ue invenciblemente acreditan su divinidad, es-
án consignados en el Evangelio.

El Evangelio es, por lo mismo, el testimonio
e la divinidad de Cristo.

Pero Dios no dejó la historia de su Hijo en
anos del acaso, abandonando su autoridad al éxi-
o indeciso de nuestras discusiones.

La rodeó al contrario de un sistema de precau-
ión y cuidados que la pusieron al abrigo de toda
ala fortuna.

Por otra parte, el Evangelio sólo puede ser es-
udiado por aquellos que saben leer, por aquellos
ue tienen tiempo para dedicarse á las pacientes
nvestigaciones del pasado.

Los que carecen de esos elementos se quedarían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin conocer la figura radiosa de Cristo, cuya vi
quedó delineada en los Evangelios.

Era, pues, necesario que hubiera otro testig
de la divinidad de Cristo.

Ese testigo, vive todavía en medio de nosotr
testigo contemporáneo de los acontecimientos q
refiere el Evangelio, y cuya afirmación, unida
la de los libros santos, confirma eternamente
autoridad.

Ese testigo ha visto, y su memoria fiel conser
con su frescura nativa su recuerdo ilustre al p
que doloroso, todo lo que ha pasado hace m
ochocientos años de Belén al Calvario.

Ese testigo es la Iglesia.

De manera que la divinidad de Cristo se ap
ya en el testimonio del Evangelio y descan
también en el brillante testimonio de la Iglesi

Ya hemos aquilatado lo que vale el testimoni
evangélico.

Vamos ahora á estudiar lo que vale el testim
nio de la Iglesia, vamos á ver si es un testimoni
irreprochable el que brota de sus labios, bastant
para que la inteligencia humana se someta á s
palabra.

Para apreciar ese testimonio es preciso investi

gar quién es el testigo, si sabe lo que declara, si afirma con sinceridad los hechos que atestigua, si es inteligente y si es de probidad reconocida.

Investiguemos, desde luego, qué cosa es la Iglesia.

La Iglesia es un ser múltiple que se ha apoderado del espacio, para extender en él su cuerpo inmenso, y se ha apoderado del tiempo, para hacer de él un testigo perpetuo de su inagotable vida.

Nada hay en la tierra que se asemeje á la Iglesia.

Las sociedades humanas están limitadas en su expansión por obstáculos naturales, y los pueblos se extinguen, cada uno á su vez, en crisis terribles, fruto con frecuencia de precoz corrupción.

El espaio se extiende y se divide, y no recibe por todas partes en las mismas proporciones, los elementos de la vida.

El aire, el calor varían según las latitudes de los países y los accidentes del suelo.

Aquí la zona templada; por una parte, zona tórrida, por otra, la zona glacial: lado á lado climas, de los cuales el uno sonríe, y el otro llora y se extremece; variaciones mortales, obstáculos más te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rribles que la ira del océano, la fiereza de las montañas y la aridez de los desiertos.

En el espacio así dividido, la humanidad, una en su principio, se ha hecho múltiple por la alteración de la sangre que corre en sus venas.

Las razas, las nacionalidades, las patrias, son escudos impenetrables, más enemigos que el espacio de la fusión tantas veces soñada, tantas veces suspirada por la ambición.

Las sociedades humanas no han podido franquear esos obstáculos; no han podido ser dueñas del espacio.

Alejandro, engañado por el silencio de la tierra que había enmudecido en su presencia, avanza hasta los bordes del Indus: no tuvo tiempo para franquearlos.

Roma, triste y desengañada, debió detenerse cerca de las blancas osamentas con que sembró el infortunado Varus las llanuras de la Germania.

Carlos V, asistió al fraccionamiento de su imperio.

El más grande capitán de los tiempos modernos, al resplandor del incendio que había encendido en el corazón de Rusia, vuelve á través de los cadáveres helados de sus soldados, triste y con-

fundido, del país inhospitalario que traicionó su fuerza y su genio.

Hoy mismo Albión no resistirá á las fuerzas pacientes y siempre conjuradas del espacio y de la sangre.

Hay, sin embargo, una sociedad, ante la cual estas fuerza han quedado como heridas de inercia.

Ha franqueado las distancias y el radio de su poder, ha llegado á igualar el radio del espacio terrestre.

Se ha aclimatado por todas partes, bajo los fuegos devoradores de los trópicos y del ecuador, como bajo los hielos del polo.

Se ha establecido en el seno de todas las nacionalidades.

Blancos, negros, cobrizos, civilizados, bárbaros, salvajes, han recibido sus costumbres en sus costumbres, sus instituciones en sus instituciones, sus leyes en sus leyes.

La Iglesia es universal.

Pero esto no es más que la mitad del prodigio, ó si esta palabra da miedo, no es, diremos, más que la mitad del fenómeno.

La Iglesia está en todas partes; pero la Iglesia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

también existe siempre: ocupa el espacio y domina el tiempo.

La historia que registra tantas muertes, tantas catástrofes, para la Iglesia sólo ha escrito páginas de vida.

Roma ha sucumbido; los bárbaros se han dividido los restos de ese imperio que había naufragado; los bárbaros mismos poco á poco desaparecieron; Bisansio se fundó bajo el soplo envenenado del Islamismo; el Islamismo muere, y nacionalidades vigorosas que prometían larga vida, han sido devoradas por los buitres.

Lo que sabemos, es que el pasado está lleno de funerales, nos promete muertes y nos anuncia que las sociedades más fuertes deben desaparecer un día.

Una sola es indefectible, la Iglesia.

Las edades han pasado sin quebrantar su cabeza, sin arrugar su frente, sin emblanquecer su cabello, sin encorbar su espalda, sin hacer que sus pasos flaqueen. Cuando la Iglesia parece que ha terminado, renace como la yerba inmortal que arranca el diente de los animales.

Y renace siempre la misma, porque su vida no cambia.

La Iglesia está por todas partes, existe siempre y es la misma.

Esa es la Iglesia.

Y lo que ella testifica, lo conoce bien: lo ha visto.

Cristo al verla llena de vida, le dijo: "Tú serás testigo mío en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria, y hasta en los últimos extremos de la tierra."

Y desde entonces, convencida de que su deber consiste en ser testigo, no ha cesado de manifestar al mundo la extraordinaria y prodigiosa manifestación de Dios, por medio de su Hijo Jesús.

La Iglesia testifica lo que vió, y repite al mundo que Dios vino en nuestra carne mortal, que su madre le reclinó en un pesebre, que el niño crecía en gracia y sabiduría, que á los treinta años comenzó á recorrer la Judea y á predicar el reino de Dios, que amaba á los pobres, que curaba á los enfermos, que consolaba á los afligidos, que resucitaba á los muertos, que sus dulces palabras enternecían los corazones, que las pecadoras caían á sus piés, que los publicanos arrepentidos le recibían en su mesa, y que un día traicionado por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

uno de sus discípulos, murió por la salud del mundo perdonando á sus enemigos.

Y la Iglesia repite que esto que declara, que atestigua, lo atestigua y lo declara por que lo ha visto: *Quod vidimus testamur*»

Y la Iglesia al dar testimonio de lo que ha visto lo dice con sinceridad, porque ese es su deber.

La Iglesia no testifica maquinalmente y por accidente, como lo hacen las generaciones que se suceden y nos trasmiten los acontecimientos de la historia.

La misión de la Iglesia, su razón de ser, su nota característica, es testificar.

Y aun cuando quisiera engañar, quisiera traicionar su destino, no podría hacerlo.

La Iglesia está por todas partes: su difusión hace imposible toda coalisión y toda unanimidad en la impostura.

El espacio y la sangre que ella ha vencido, se han convertido en guardianes incorruptibles de su fidelidad.

Cuantos obstáculos hay en la naturaleza y cuantos contrastes hay en la humanidad, son otras tantas oposiciones á la falsificación y á la corrupción de su testimonio primitivo: lo que ella cam-

biara en un lugar no podría cambiarlo en otro, sin levantar contradicciones que la dividirían, y que serían para ella fatales.

La Iglesia, señora del espacio y del tiempo, sociedad universal é indefectible, contemporánea de los acontecimientos que publica, atestiguando por deber lo que ha visto y obligada por su naturaleza á ser sincera; es un testigo irreprochable.

No hay hechos históricos que puedan comprobarse, como se comprueban los que la Iglesia anuncia.

Ya esto es bastante para que su testimonio se admita sin reserva. Sin embargo, las altas cualidades de que está revestida, su inteligencia y su moralidad, realzan en gran manera su testimonio.

La Iglesia es una sociedad inteligente.

Los inmensos trabajos de los escritores que se han hecho la honra de pertenecer á ella, lo acreditan con evidencia.

Los hay comunes y medianos; pero hay tambien entre ellos sabios admirables, cuya alma, más de una vez, ha sido visitada por el genio.

La incredulidad misma, por más empeño que tiene en calumniar nuestras glorias y probar que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Iglesia es una institución tenebrosa, constantemente ocupada en rebajar la inteligencia, no ha podido ocultarlos.

Ireneo, Justino, Tertuliano, Orígenes, Cipriano, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, León, Basilio, Gregorio, Hilario, Crisóstomo, Anselmo, Tomás, Buenaventura, Pascual, Bossuet, Fenelon, y tantos otros, son grandes espíritus que pertenecen á nuestras legiones, y cuyas obras bastan sin duda para probar la vitalidad inteligente de la Iglesia.

La Iglesia ha sido creada para dar testimonio; pero no como un instrumento que maquinalmente produce las vibraciones que se le imprimen: ella medita su testimonio, lo prueba, lo explica, lo comenta y lo abreva de luz que brota del genio, del estudio y de la oración.

Cristo escogió por primeros discípulos á hombres ignorantes, para que el mundo fuese confundido en primer término, por la pequeñez y la nada; pero no desdeñó á aquellos á quienes la naturaleza había enriquecido con más preciosos dones.

San Pablo, los Doctores y los Padres de la Iglesia, sobrepasan con mucho á los autores á quienes en el mundo prodigamos nuestra fácil admiración.

La Iglesia, por el número y poder intelectual de sus hombres, aventaja á cualquiera otra sociedad sabia de las que han existido y existen en la tierra.

La Iglesia, desde que tenía los piés en la sangre y la cabeza bajo el hacha del verdugo, ha estudiado y estudia siempre.

Cuando el Norte vomitaba torrentes de bárbaros, ella en los desiertos, en los bosques, pobremente vestida y pobremente alimentada, se dedicaba al estudio, ocultándose á las miradas, bajo las bóvedas de los conventos.

Hoy que el mundo todo quiere competir con ella, estudia, como si nada hubiera hecho.

Al levita que va á cubrir con sus manos benditas, le dice: «Acuérdate que los labios del sacerdote son custodios de la ciencia.»

La Iglesia estudia: no le aterran ni la soledad, ni la fatiga, ni esos libros ingratos y difíciles que desesperan nuestra ligereza: ella los abre, los consulta, los ordena, los hiere cien veces, ayer, hoy y siempre, con el martillo de la reflexión para hacer que broten de ellos centellas desconocidas.

La Iglesia estudia; pero con prudencia, teme las aventuras funestas en que puede comprome-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terse el entendimiento, cuando se lanza al campo de la ciencia sin freno y sin guía: se pone de rodillas é invoca al Espíritu creador que vivifica con sus inspiraciones el mundo de las inteligencias.

Una sociedad inteligente, como es la Iglesia, no puede trabajar durante mil ochocientos años, con tanta tenacidad y con tanto éxito, sobre un supuesto falso.

Ha debido asegurarse de la verdad de los hechos que sirven de base á su enseñanza, antes de levantar sobre ellos el edificio de la ciencia sagrada.

La doctrina católica está llena de misterios.

Ninguna inteligencia puede aceptarlos, sin la realidad de una revelación; ninguna revelación puede aceptarse sin los signos divinos que la hagan conocer; ninguno de esos signos puede ser creído sin examen previo, maduro y circunspecto.

El cristianismo crucifica las pasiones y ordena que el alma cruce los ásperos senderos de la perfección, que suba hasta las cimas sagradas en que Dios la aguarda para coronarla á través de las espinas de la penitencia, de los cardos punzadores de la negación de sí misma.

¿Cómo sufrir estas exigencias, si no vienen de

lo alto? ¿Cómo sabremos que vienen de lo alto, si Dios no se muestra? ¿Cómo se mostrará, sin los signos divinos que atestigüen su intervención? ¿Cómo creer en estos signos sin examinarlos?

Estas preguntas se han hecho, sin duda, los hombres de ciencia y de genio que han ilustrado la Iglesia, y todas han sido resueltas en sentido favorable á su testimonio, sin lo cual la corriente de la inteligencia habría tomado otro rumbo.

La Iglesia habría tenido poetas, como todas las sociedades, cuyos monumentos religiosos pertenecen al mundo de la leyenda; pero no hubiera tenido filósofos, teólogos, controversistas, apologistas, autores serios, hombres sabios.

Es, por tanto, evidente que las obras intelectuales de la Iglesia suponen y confirman la verdad de los hechos que ella atestigua tradicionalmente ó es preciso admitir una tesis monstruosa, á saber, que la perpetuidad de la ciencia está fundada en la perpetuidad de una torpeza sin nombre.

La razón rechaza este extremo.

Volviendo su mirada á las legiones infinitas de hombres graves, estudiosos é ilustrados que han rendido al testimonio de la Iglesia el homenaje de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su fe, se siente arrastrada irresistiblemente hacia ellos, sin valaciones ni dudas.

El testimonio de la Iglesia es precioso é importante, como se ha visto en el precedente artículo, porque es ella una sociedad universal é indefectible, contemporánea de los hechos que publica, obligada por deber á declarar lo que ha visto, sincera por su naturaleza misma al declarar y revestida de una cualidad indispensable para imponer su testimonio, que es ser inteligente.

Un testigo puede seducir nuestra buena fe por el resplandor de su inteligencia é inspirar, sin embargo, desconfianza por la ostentación cínica de sus vicios.

Entre la inteligencia y la inmoralidad, el juicio vacila: pero esa vacilación cesa desde el momento en que la virtud brilla al lado del saber.

Una alta inteligencia unida á una alta moralidad, es la condición de un testigo irreprochable.

Y la Iglesia ostenta en el más alto grado la moralidad, que garantiza su testimonio.

No se quiere decir que la Iglesia jamás haya sido deshonrada por algún vicio; que en todos tiempos sus numerosos hijos hayan estado, por sus virtudes, á la altura de las leyes sagradas que forman la disciplina de su vida.

Es una verdad, por más que sea sensible confesarlo, que ha habido manchas en la Iglesia, es decir, manchas y debilidades en sus hijos.

No son, en verdad, faltas de la Iglesia, como no son faltas de una sociedad, las que cometen sus miembros, desde el instante en que las instituciones orgánicas de esa sociedad protestan contra el mal y procuran curarlo, redoblando su vitalidad.

La Iglesia, afligida muchas veces por los vicios y aun por los crímenes de sus hijos, ha tenido siempre la gloria insigne de reformarse ella misma y de hacer triunfar el principio de su vida allí mismo donde un principio de muerte trataba de introducirse.

Es la única sociedad que ha realizado este prodigio.

Todas las demás sociedades han pasado de las más austeras virtudes á la más abominable corrupción; la Providencia ha debido quitarlas de enme-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dio para que no envenenaran al género humano.

La historia universal de las naciones puede resumirse en estas dos palabras, que Montesquieu aplicaba al género humano: "grandeza, decadencia."

En la Iglesia no hay decadencia; podrá haber deficiencias parciales, pero decadencia general nunca; es un árbol vigoroso cuyo tronco y cuya corteza están siempre vivificados por una savia incorruptible.

Entre las ramas que coronan el tronco, á la sombra del follaje y de los frutos por donde cruzan olas de vida, pueden encontrarse ramos languidecientes y casi podridos; pasa la tempestad sobre el rey de los bosques, pasa el huracán furioso agitando su cabellera, lo que ya no vive caerá á sus piés, y él, satisfecho de verse ya limpio, multiplicará las ondas fecundas de su savia vigorosa.

No se puede juzgar de la moralidad de la Iglesia por las faltas aisladas y parciales que en ella se cometen.

La moralidad de la Iglesia tiene que juzgarse por su legislación y por las virtudes que ella engendra.

La legislación de la Iglesia está reasumida en la vida típica de Cristo, solemnemente propuesta á la imitación de todos los cristianos de todo sexo, de toda edad y de toda condición.

Cristo bajó de los esplendores de la gloria á los anonadamientos de la encarnación; de aquí la necesidad de ahogar en sí mismo el amor de las grandezas.

Cristo fué obediente, hasta morir en una cruz; de aquí la necesidad de reprimir los muchas veces irreprimibles instintos de independencia.

Cristo escogió la pobreza; de aquí la necesidad de desprenderse, al menos con el espíritu, de todos los bienes de la tierra.

Cristo bendijo los corazones puros y, aunque mil veces calumniado, no permitió que en El se sospechase una impureza; de aquí la necesidad de vigilar sobre sus afectos y castigar las más bajas concupiscencias hasta en el pensamiento que se oculta en los pliegues más secretos del alma.

Cristo amó la verdad; de aquí la necesidad en que estamos de amarla.

Cristo ha prodigado sus dones; de aquí la necesidad de abrir nuestras manos en beneficio de los indigentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristo ha venido á servir; de aquí la necesidad de abatir el orgullo de los que mandan.

Cristo ha pasado por todos los oprobios y por todos los sufrimientos; de aquí la necesidad de aceptar con resignación los dolores que nos vengan y de recorrer con corazón gozoso la ensangrentada vía que abre ante nosotros el Rey de los mártires.

Cristo vivió y murió por glorificar á su Padre y salvar al mundo; de aquí la necesidad de que la gloria á Dios y la salvación de las almas sean el objeto de nuestras aspiraciones y el fin supremo de nuestra vida.

Tal es la legislación de la Iglesia.

Ella, observada fielmente, hace á los hombres, no honrados, sino santos.

No es, entonces la probidad lo que nos da la medida de la moralidad de la Iglesia, es la santidad.

En el mundo, la probidad unida á la inteligencia, decide nuestro juicio en favor de un testigo.

La probidad es una presunción, de que quien la tiene no puede engañar.

La santidad no es una presunción, es una certidumbre.

Cuando en un hombre se encuentran reunidas las virtudes que constituyen la santidad, imposible es que ese hombre rinda un testimonio falso.

Las virtudes cristianas son incompatibles con el falso testimonio.

La Iglesia es santa, reune las virtudes que forman la santidad; su testimonio, en consecuencia, es irreprochable, porque la falsedad y la virtud jamás pueden conciliarse.

Hay en la Iglesia, entre otras, dos virtudes excelsas: el amor á Dios y el amor al hombre.

La Iglesia ama á Dios y lo ama no sólo proclamando este amor en plegarias sublimes, lo traduce en obras admirables.

Fuera de la Iglesia, el comercio entre el hombre y la divinidad es un frío comercio de amor y respeto. En la Iglesia, se siente una especie de invasión de misteriosos ardores que llevan al alma hacia el cielo.

Dios, aunque envuelto en sombras, atrae á los corazones que toca y ellos no tienen otro deseo que poseerle para siempre.

Unirse á Dios, es la última palabra de la Iglesia y el grado más alto de perfección á que quiere llevar á sus hijos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estos procuran configurar en sí mismos la adorable sencillez de la casta y maravillosa belleza que desean abrazar.

Dios en la Iglesia es tierna y apasionadamente amado, y este amor á Dios, es al mismo tiempo, el principio y el fin de incomprensible abnegación en favor de la humanidad.

La Iglesia encendida en ese amor ha hecho que las frentes de los que mandan se inclinen; que la dureza del egoista se suavice; que las cadenas de esclavo se rompan; que los viajeros encuentren abrigo aun en medio de las nieves; que la pobreza abandonada encuentre asilos; que los huérfanos hallen calor junto á un corazón caritativo; que las heridas y las llagas sean curadas por una mano cariñosa; que el abismo de la miseria encuentre á su lado un abismo de misericordia.

Ha hecho más la Iglesia: la Iglesia no sólo ama á la humanidad en su cuerpo, la ama con más ardor en su alma.

Por eso la Iglesia busca á las almas en las tinieblas del error, en las abominaciones del vicio, á través de los espacios, á través de los peligros, á través de la muerte.

Todos los siglos y todos los mundos habitables

la han visto trabajar en esta obra de la salvación de las almas, á la vez ingrata y sublime.

Aun hoy la Iglesia, esa amante de las almas, en la persona de los misioneros, se lanza á buscarlas, á revivirlas y á arrojarlas ya regeneradas y vivientes en los brazos de Dios.

Amar así á Dios y traicionar su causa por la impostura; amar así á los hombres, amar así á las almas, y envenenarlas á sabiendas con el error, son cosas que la razón humana, por pervertida que se la suponga, no pueden concebir.

Si, pues, en la Iglesia hay moralidad y moralidad tan alta, la sinceridad de su testimonio no puede ponerse en duda.

Es tan imperiosa esta deducción, que ella sola constituye el gran argumento de los neófitos que la Iglesia convierte todos los días en sus misiones.

Ellos creen, porque les parece imposible que un hombre que abandona familia, amigos y patria, venga á sostener una mentira que no ha de causar más que males en el mundo.

La Iglesia á quien se ha visto nacer, pero á quien no se verá morir; que ha visto todo lo que ha pasado al principio, porque allí estaba; que ha guardado fielmente todo lo que vió, porque es siem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pre la misma; que no ha nacido, sino para dar testimonio de lo que ha visto; que ha estudiado todos los libros; que ha practicado todas las virtudes; que ha pasado por todos los sufrimientos y por todos los sacrificios; que ama á Dios y á la humanidad tierna y apasionadamente, no puede mentir.

Ella, con solo ostentarse, prueba la divinidad de quien la creara. Ella es una obra divina y las obras divinas no pueden brotar de una pequeñez humana.

Ella, hablando, da testimonio de la vida de Cristo encerrada en el Evangelio.

Ella es el Evangelio encarnado.

Ella, que ocupa el espacio, que domina el tiempo, que es inteligente y santa, ha enseñado y enseña siempre, que Cristo es Dios.

LOS MÁRTIRES
DAN TESTIMONIO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO.

La Iglesia ha nacido para dar testimonio: es un testigo permanente é irreprochable enmedio del mundo: este es su deber, su misión, su nota característica, la razón de su existencia.

Por su vida, que es perpetua, ha presenciado los hechos que declara; por su universal difusión no puede dejar de ser sincera al declarar; por su inteligencia y por su moralidad, da á su testimonio el más valioso prestigio.

Sin embargo, mejor que por su ciencia y por sus virtudes, la Iglesia afirma por la sangre y por la muerte.

Este es el carácter supremo y decisivo de su testimonio.

La muerte ha tenido siempre el derecho de hacerse escuchar.

La Iglesia, que como sociedad no muere, ha querido morir en sus hijos á fin de elevar su afirmación á la más alta potencia.

Los hechos originales del cristianismo están escritos con caracteres de sangre.

Contra esta luminosa manifestación de la verdad, no hay argumentación posible.

El hombre puede morir por una opinión; pero esta muerte no atestigua la verdad de la opinión por la cual se sacrifica.

Al que ofrece probar con su sangre la verdad de una proposición, se le puede decir: esto no me bas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pre la misma; que no ha nacido, sino para dar testimonio de lo que ha visto; que ha estudiado todos los libros; que ha practicado todas las virtudes; que ha pasado por todos los sufrimientos y por todos los sacrificios; que ama á Dios y á la humanidad tierna y apasionadamente, no puede mentir.

Ella, con solo ostentarse, prueba la divinidad de quien la creara. Ella es una obra divina y las obras divinas no pueden brotar de una pequeñez humana.

Ella, hablando, da testimonio de la vida de Cristo encerrada en el Evangelio.

Ella es el Evangelio encarnado.

Ella, que ocupa el espacio, que domina el tiempo, que es inteligente y santa, ha enseñado y enseña siempre, que Cristo es Dios.

LOS MÁRTIRES
DAN TESTIMONIO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO.

La Iglesia ha nacido para dar testimonio: es un testigo permanente é irreprochable enmedio del mundo: este es su deber, su misión, su nota característica, la razón de su existencia.

Por su vida, que es perpetua, ha presenciado los hechos que declara; por su universal difusión no puede dejar de ser sincera al declarar; por su inteligencia y por su moralidad, da á su testimonio el más valioso prestigio.

Sin embargo, mejor que por su ciencia y por sus virtudes, la Iglesia afirma por la sangre y por la muerte.

Este es el carácter supremo y decisivo de su testimonio.

La muerte ha tenido siempre el derecho de hacerse escuchar.

La Iglesia, que como sociedad no muere, ha querido morir en sus hijos á fin de elevar su afirmación á la más alta potencia.

Los hechos originales del cristianismo están escritos con caracteres de sangre.

Contra esta luminosa manifestación de la verdad, no hay argumentación posible.

El hombre puede morir por una opinión; pero esta muerte no atestigua la verdad de la opinión por la cual se sacrifica.

Al que ofrece probar con su sangre la verdad de una proposición, se le puede decir: esto no me bas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta, necesito una demostración racional que se imponga á mi inteligencia.

Quien muere en defensa de una opinión, es un hombre quizá sincero, es decir, su muerte será un testimonio de la sinceridad con que profesa la opinión por la cual da la vida; pero nunca quedará justificada con su muerte la verdad de lo que enseña.

Y tiene que ser así: la opinión se forma en un medio falible. ¿Quién podrá asegurar que tal opinión se ha formado en un espíritu enteramente sano?

¿Quién podrá asegurar que esa opinión está exenta de error y que responde á los eternos principios que norman la vida del entendimiento?

Lo que se puede probar por medio de la sangre y de la muerte, son los hechos.

Los hechos caen en un medio del cual es fácil determinar la infalibilidad: estos medios son las percepciones exteriores.

Los hechos no se demuestran, se afirman.

Sacrificar su vida por afirmar un hecho, es atestiguar su realidad en grado más alto.

No hay tribunal que no admita esta prueba de

la muerte libre y espontánea, como prueba suprema y decisiva de la verdad de los hechos.

Y en esto consiste precisamente la fuerza testimonial del martirio; es la afirmación de hechos divinos, de fenómenos sensibles, que atestiguan la intervención de Dios por el lenguaje sublime é irresistible de la sangre y de la muerte.

Los apóstoles declaraban sólo lo que habían visto y oído, es decir, declaraban hechos. Declaraban que Cristo había nacido, que había vivido enmedio del mundo, que les había hablado, que había llenado la Judea con sus maravillas, que había muerto y que había resucitado.

No podemos dejar de decir lo que hemos visto y escuchado, decían á sus jueces: *non enim non possumus quæ vidimus et audivimus non loqui.*

Y los mártires de todos los tiempos han rendido igual declaración.

Yo soy cristiano, decían; es decir, soy la afirmación viviente de todo lo que ha pasado en el mundo desde que Dios apareció en la tierra: soy de Cristo, porque él me ha engendrado, á la vida sobrenatural y me ha engendrado porque es Dios. Cristo es Dios: si no lo fuera, yo no sería de El. He visto en las manos de aquéllos á quienes comunica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su poder, los signos maravillosos de su divinidad. He escuchado la voz de una tradición cierta, fiel, incorruptible, que proclama el hecho público é inmortal de donde vienen mi nombre y mi fe.

Y esos hombres que dan su sangre y su vida, en testimonio de esos hechos divinos, han sido muchos; lo son todavía.

Inmensa multitud de católicos de toda nación, de toda condición social, de toda edad y todo sexo, sabios y grandes, mezclados con los humildes y pequeños, ante la faz del género humano han dado testimonio con su sangre y con su muerte del hecho visible y palpable de la aparición de Cristo en la tierra.

Esa multitud de mártires es tranquila, apacible; jamás fué rebelde ni tumultuosa: nada se ve en ella que recuerde el fanatismo de los partidos políticos, de las sectas ocultas, de los levantamientos militares.

Cuando una legión romana, la legión de Tebas, formada de cristianos, mostró estar dispuesta á morir en defensa de su fe, los jefes de ella decían á sus verdugos: Tenemos las armas en la mano y no resistimos. *Tenemus ecce arma et non resistimus.*

Los tormentos á que eran sometidos eran espantosos, implacables los verdugos, hábiles é inflexibles los jueces.

Y nada agota la constancia de los mártires, nada cansa su paciencia, nada altera su resignación, dulce y modesta.

Interrogados hablan con una sabiduría, con una firmeza, con un tino que justifican claramente la promesa que Cristo les había hecho de su asistencia divina.

A menudo, incontables milagros acompañan su testimonio, su pasión y su muerte

Cuando en todos los siglos cristianos, especialmente en los tres primeros, muchedumbre tan inmensa afirma, dando su sangre y su vida, que Cristo es Dios, que habló á los hombres, que murió por salvarlos y que resucitó triunfante al tercer día de haber muerto, preciso es admitir ese testimonio como un testimonio irreprochable por completo.

Cualquiera que considere, sin preocuparse, la duración, extensión y horrores de las carnicerías que se hicieron en la Iglesia naciente, se verá obligado á reconocer, en la firmeza y constancia de sus horrores, una virtud sobrenatural y un valor infuso, emanado del mismo Dios, invencible como él.

La incredulidad, especialmente la de este siglo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para deshacerse de prueba tan luminosa la ataca de diversas maneras.

No es tan inmenso el número de los mártires, dice ella, como afirman los católicos

Basta, para confundir á los incrédulos, abrir las páginas de la historia, que no se borran con impotentes negaciones.

"Las actas de los mártires, dice Balmes, no son devotas leyendas inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica más severa. Ruinard, Mavillón, Natal Alejandro, Fleury, Tillemon, Paebroche, Holstenio y otros críticos por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad, y cuya inmensa erudición y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, vendrían en nuestra ayuda para justificar el hecho que los incrédulos niegan.

Tácito dice que su número era prodigioso, *multitudo ingens*, y que se les hicieron sufrir los más crueles y exquisitos tormentos, *quæsitissimis tormentis*.

«Son enjambres que corren al martirio como abejas al panal, según la frase del apóstata Juliano: *Sicut apes ad alvearia, sic illi ad martirium.*

La sola ciudad de Roma ofrece un argumento irrefragable.

Prudencio, en bellísimos versos latinos, decía: «Vimos en la ciudad de Roma innumerables cenizas de santos; si preguntas, oh Valeriano, por las inscripciones de los túmulos, los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte: tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra. Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza, pero hay mármoles mudos que sólo encierran silenciosa muchedumbre y que sólo significan el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningún nombre! Acuérdome que sólo en un lugar ví las reliquias de sesenta, cuyos nombres sólo conoce Cristo.»

Eusebio de Cesárea cita una Ciudad de Asia en donde todos, nobles, plebeyos, magistrados, eran cristianos y para abreviar la ejecución la hicieron quemar toda con sus habitantes sin permitirles la salida: inserta una carta de Maximino á los magistrados de Tiro, en la cual les felicita por haber exterminado y acabado con todos los cristianos que había dentro de sus muros y en su territorio.

Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los em-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peradores gentiles, y es necesario tener en cuenta que no se ha limitado la persecución á pocos puntos, sino que se extendía por todo el ámbito del imperio.

Los escritos, los monumentos y las costumbres de los primeros siglos están atestiguando que el número de mártires era inmenso.

Nada importan, pues, los libros de Dodwel y Bayley, cuando los paganos mismos están de acuerdo con los cristianos en el cálculo que hace llegar á millones el número de hombres, mujeres, ancianos, sacerdotes, laicos nobles, plebeyos, asesinados en nombre de los dioses por haber dicho esta única palabra: Soy cristiano.

La incredulidad, derrotada en su primer argumento, hace otro: los mártires, dice, eran en el fondo revolucionarios, por eso se les castigaba y se les condenaba á muerte.

Felizmente los documentos históricos, y sobre todo las Actas de los Mártires, sobreviven para refutar esa calumnia.

"Yo no sé, decía Plinio, sobre qué recae la información, ni qué se busca en las pesquizas que se hacen contra los cristianos, ni hasta dónde se ha de extender su castigo. ¿Es el nombre el que se

ha de castigar en ellos ó los delitos que se adhieren á este nombre?»

"En el interin esta es la regla que yo he observado en las acusaciones contra ellos: les he preguntado si eran cristianos, y, cuando han contestado que sí, persistiendo en su confesión hasta por tercera vez, los he enviado al suplicio.»

Trajano contesta á Plinio que ha obrado y procedido bien; que no se hagan pesquizas de cristianos, pero que, si son acusados y convencidos de tales, sean castigados, y que si renegasen y sacrificasen á los dioses se les perdonase.

"Viendo nuestros predecesores Dioclesiano y Maximiano, decía el emperador Maximino, que casi todo el mundo renunciaba al culto de los dioses por hacerse cristiano, justamente declararon que á los que hubiesen abandonado su religión, se les obligase con tormentos á abrazarla otra vez de nuevo.»

Cincuenta años antes, el emperador Valeriano había mandado que los Obispos, sacerdotes y diáconos, fuesen condenados á muerte; que los senadores, caballeros y personas de distinción que se hicieren cristianos, fuesen despojados de sus bienes, honores y dignidades, y si, no obstante, perse-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veras en en su profesión cristiana, se les condenase á muerte.

Así es que, aun cuando los perseguidores alguna vez hubiesen buscado pretextos para encubrir su tiranía, siempre será cierto que los cristianos podían librarse del martirio y de la muerte, apostatando: su fe, entonces, era la causa única de su martirio.

Una tercera objeción hacen los incrédulos para combatir el testimonio de los mártires.

Hay mártires, dicen, pero el martirio es el resultado de la increíble y contagiosa acción del fanatismo sobre multitudes poco ilustradas y generalmente sin fortuna.

Ciertamente, el fanatismo obra sobre las muchedumbres ignorantes y miserables: es, sin duda, su acción duradera y contagiosa.

Pero es bien conocido el medio para reconocerlo y también para suprimirlo.

Es el fruto de la imaginación, de la ceguedad, del capricho; es el hijo y el padre, á la vez, de la pasión, de la violencia, de los atentados más terribles; se nutre de sueños y de esperanzas absurdas y desaparece bajo el influjo de la ciencia, de la virtud, de la paz interior.

Nada ha habido de común entre el fanatismo y nuestros mártires.

Muchos de entre ellos fueron sabios y todos instruidos en la verdad religiosa, serenos y recogidos, modestos y dulces, delicados en su compasión y en su caridad para con los verdugos, rectos y luminosos en sus afirmaciones, alejados de toda intriga, enemigos, en fin, de todo fanatismo religioso y político.

La historia en sus páginas de oro ha dejado consignadas las conversiones, individuales y en masa, que el martirio producía.

Esas conversiones, esos cambios de creencia y de vida, modificando casi súbitamente el estado moral de una ciudad, de un país, ni el fanatismo de los mártires, ni el fanatismo de los espectadores, pueden explicarlos.

Los sentimientos que los acompañaban en los dolores y en la muerte, nada tuvieron de los caracteres del fanatismo.

Sufrir con paciencia y aun con alegría; manifestar entre los más crueles tormentos mansedumbre y tranquilidad de espíritu, una fe viva, una caridad que se extendía hasta sus mismos verdugos, no son seguramente señales ni de un tenaz enca-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prichamiento, ni de una obstinación supersticiosa. Los mártires morían por una religión contraria á todas sus antiguas preocupaciones y que habían abrazado por elección con conocimiento de causa, y aun sabiendo que abrazándola se exponían á la muerte; la obstinación, en consecuencia, no podía cegarlos.

"Os mofáis de nuestra religión, decía Tertuliano á los gentiles; también hubo un tiempo en que nosotros nos mofamos de ella, como vosotros lo hacéis ahora; pero la reflexión y el examen nos han corregido: no somos cristianos por preocupación de sentimiento; lo somos por elección y porque estamos convencidos de la verdad. *Fiunt non nascuntur christiani.*

Agregan los enemigos de la religión que si el cristianismo ha tenido mártires, los tienen también en número considerable, si no igual, los herejes, los cismáticos y los infieles.

Los filósofos del día nunca nos darán el martirologio de los gentiles, de los mahometanos, de los chinos y otros, es decir, el catálogo de los que entre ellos han muerto única y precisamente por atestiguar la santidad de su culto, pudiendo librarse de la muerte con solo renunciar á su creencia.

Los que comparan á los mártires del error con los mártires del cristianismo, ni han consultado la historia, ni la buena fe y sinceridad, ni las reglas de discurrir bien.

En cada secta esos mártires son muy pocos y los de la Iglesia son innumerables, como lo hemos demostrado con los testimonios de los mismos paganos.

Además de la diferencia en número, la hay también en la actitud de las víctimas.

Los mártires cristianos se sacrificaban libre, sencilla y constantemente.

Destinados á inexplicables tormentos, cuyo relato consterna y humilla, ello podían librarse con una sola palabra, con un solo signo, con una sola restricción.

La elección les era solemnemente concedida en los edictos públicos que proscribían su nombre y su fe.

La clemencia y el favor de los Césares les aguardaban á las puertas del anfiteatro, cerca de los potros, de los patíbulos y de las hogueras.

Pero Cristo se había ofrecido con plena voluntad al suplicio de la cruz: había pasado por las an-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gustias de un deseo heróico: el deseo de ser bautizado en su sangre.

El cristiano, entonces, creíase obligado á obrar como su Maestro, su Rey y su Dios.

De aquí nació esa raza siempre pronta á morir, *genus expeditum mori*; esos varones fuertes acostumbrados á preferir libremente los horrores de la muerte á las honras que debían pagar su apostasía, *illos libenter mori solere*; esos héroes que deponían las armas, para que no se creyese, viéndolos vender tan cara su vida, que temían sacrificarla á su Dios.

No había fausto en la fuerza, ni ostentación en la magnanimidad, ni esas imprecaciones y amenazas que son las últimas armas de la debilidad oprimida ó del odio impotente.

En ellos no se advertían, al sufrir los tormentos, más que humildad, resignación, algunas veces arranques admirables, profesiones de fe sublimes.

No mueren así los mártires del error: su actitud es distinta.

El error, cuando puede, aguarda con las armas en la mano la intervención violenta que él mismo provaocra.

El error lleva muy alto su resistencia, se arma con su tenacidad, afecta soberbios desdenes, insulta á la justicia, amenaza á los ejecutores de sus sentencias, muere con indomable rencor en el corazón y con maldiciones horrorosas en los labios.

Esta inferioridad de actitud se comprende mejor, si se comparan entre sí las causas de la muerte.

Los mártires cristianos protestan contra absurdos claramente demostrados por la conciencia y confunden á sus perseguidores con la inocencia de su vida.

Tácito no sabe explicar los atroces suplicios que ellos sufren, sino por una frase anfibológica sobre la cual los eruditos no se han fijado todavía: *haud perinde in crimine incendii, quam odio humani generis convicti sunt.*

¿Qué es lo que esto significa? ¿Qué los cristianos son odiados por el género humano ó que ellos le odian?

Puede traducirse como se quiera, dice el P. Monsabré: de las dos maneras lo vierten los traductores.

Plinio se admira de que se castigue sólo un nombre.

Severo Graniano hace constar la iniquidad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los tribunales romanos: No es justo, dice, que los cristianos, que no son culpables de ningún crimen, sean castigados sin un juicio previo; *non est justum christianos, nullius criminis reos, absque judicio puniri.*

En nuestros mártires se reconoce una caridad sin límites, una paciencia admirable, una probidad sin ejemplo, una fidelidad á toda prueba, una pureza de vida en medio de la corrupción general, un horror profundo á los placeres sensuales, una sumisión perfecta á las leyes del Imperio, con exclusión de aquellas que ordenan el culto inmundo de los dioses del paganismo.

Los cristianos son inocentes y se les sacrifica sin piedad.

Los mártires del error, al contrario, son condenados por provocaciones criminales, por violencias impías, por insultos á la ley y á la moral pública.

Antes de llegar á sus opiniones, la justicia había encontrado ya en ellos materia para sus fallos.

Los protestantes sinceros confiesan que los más ilustres de sus pretendidos mártires han sido condenados por otros motivos que el de la religión que profesaban: Cramer, por ejemplo, primado de

Inglaterra, era hombre cuyas trapaserías y malas costumbres son de todos conocidas, Claudio Brousson fué reo convicto de conspiración contra el Estado.

En los martirologios de los herejes se hallan rebeldes, mártires forzados, cuyos procesos criminales forman el contraste más singular con las Actas de nuestros mártires.

Estudiando concienzudamente los dos martirologios, que según las pretensiones del racionalismo debieran mutuamente suprimirse, se advierte de un lado la gravedad, el valor, la santidad, y del otro signos que más ó ménos revelan al loco, al cobarde, al malhechor.

Pero, suponiendo que concediéramos lo que la historia niega, es decir, que las víctimas de las sectas y de las religiones falsas, han llevado á la tumba todas las glorias del heroísmo, ¿qué probaría esto? ¿demostraría, por ventura, que han muerto por la verdad?

De ninguna manera; la sangre derramada en favor de una opinión nos deja en libertad para admitirla ó rechazarla en nombre de los principios que rigen nuestra vida intelectual.

Los mártires del error habrán muerto con glo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ria si se quiere, por una opinión: esto nada prueba.

Los mártires cristianos han dado su vida por atestiguar hechos.

Después de esto, poco importa que hombres, engañados por los sueños de su imaginación ó por ideas nuevas que hubiesen concebido, pretendan libremente consagrarlas con su sangre.

¿Cuáles son los hechos atestiguados por los mártires albigenses, luteranos, calvinistas, anglicanos, cuya sangre, al decir de los incrédulos, ha de ser tan funesta á los cristianos?

Nadie de ellos ha muerto por afirmar que Pedro Baldo hubiese hecho una curación, que Lutero fuese un hombre humilde, Calvino un ángel de dulzura, Enrique VIII un lirio de pureza.

Los héroes del error, volvemos á repetirlo, han muerto por opiniones.

La sangre de nuestros mártires ha escrito en la historia que Dios ha venido al mundo, que Dios ha hablado á la humanidad.

La sangre que los hijos de la Iglesia han derramado en defensa de la fe, es prueba luminosa de la divinidad de Cristo, fundador de esa socie-

dad, extendida por todo el mundo, infalible en su enseñanza, llena de inteligencia, de virtudes, de amor y de abnegación.

Y, sin embargo, al derredor de nosotros hay hombres de inteligencia y de saber, terriblemente encarnizados contra lo que ellos llaman nuestra credulidad.

Escriben en libros, llenos de soberbia, que estamos engañados, que vemos á Dios donde no está, que escuchamos sus palabras donde El no habla.

¿Sería posible que Dios dejara escribir fábulas con sangre, que es lo más precioso y lo más querido en el mundo?

¿Sería posible que Dios permitiera que la sangre, que es la vida del hombre, quedara profanada con una mentira?

¿Sería Dios, por ventura, ese frío y egoista ser que han soñado las inteligencias pervertidas?

¿Sería Dios un ser oculto en el manto de su gloria y satisfecho de su felicidad, que, rechazando con pie desdeñoso el mundo escapado de su seno, le dió por guía el destino y para rey la desgracia?

¿Sería Dios, espíritu y materia, el bien y el mal, mezclados por la casualidad en una misma naturaleza?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios sería todo eso, si la sangre de los mártires hubiese dado testimonio de una mentira y si Dios hubiera presenciado ese espectáculo, consintiendo en que así se engañara á la humanidad.

No hay remedio; si el martirio no es una prueba del principio cristiano, la Providencia no puede explicarse.

Ante la razón serena y tranquila, preciso es confesar que la sangre de los mártires es un brillante testimonio de la divinidad de Cristo.

Pero hay algo más todavía.

Dios no ha sido el simple espectador de los tormentos y de la muerte que han sufrido los hijos de la Iglesia en defensa de la fe.

Dios está interesado en ese testimonio como actor: El mismo es quien testifica por medio del heroismo y de la sangre de su Iglesia.

Las persecuciones no han sido catástrofes imprevistas. Cristo, trazando á sus discípulos el programa de la obra inmensa que debían acometer, les predijo las dificultades y les reveló de antemano el trágico fin que cada uno había de tener en la empresa.

«Os envío, decía Cristo, como ovejas en medio de lobos. Se os llevará á los tribunales, se os azotará en las sinagogas, por causa de mí. Se os llevará ante los gobernadores, ante los reyes y ante los gentiles para que rindáis vuestro testimonio.»

«El hermano entregará al hermano á la muerte, el padre á sus hijos, los hijos á sus padres, y vosotros seréis odiados por causa de mi nombre. Se os atormentará, se os dará la muerte... pero no temáis á los que pueden matar el cuerpo y no pueden matar el alma.... cuando estéis en medio de los tormentos tened confianza, porque yo he vencido al mundo.»

¿Y quién hace estas predicciones?

Las hace el hijo de un obrero, un hombre pobre y humillado, que habla en un país sometido al yugo romano; en el seno de una nación despreciada, á hombres débiles, tímidos, ignorantes, groseros.

Este hombre tan obscuro, parece tener gran estima de sí mismo: juzga que se ocuparán de él en el mundo, cuando ya no exista, y juzga que á causa de su nombre, de su nombre pequeño y pobre, el universo todo va á ensañarse contra sus obscuros seguidores.

Esto es verdaderamente raro y sorprendente.

La historia nos pone de manifiesto los nombres ilustres que han caído en el desprecio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las doctrinas nacidas de las más nobles inteligencias, arrástranse, languidecientes y deshonradas, en el lodo del politeismo, y sin embargo, ese pobre hombre anuncia que la humanidad va á tomar á lo serio, su nombre, su doctrina y la sociedad que se propone establecer.

Nada extraño sería que El muriese víctima de su enseñanza; esto no carece de ejemplo: así murió Sócrates.

Pero anunciar que el género humano ha de perseguir á todos aquellos que hagan profesión de pertenecerle, esto es una presunción que casi llega á la locura.

Y tanto más cuanto que sus seguidores no disponían de medios para defenderse, como los que propagaran la doctrina de Mahoma.

Lejos de ello, Cristo los envía hasta sin báculo sin manto y como ovejas en medio de lobos.

Es como si hubiera dicho que su nombre era oscuro, que su doctrina era ignorada, que reprobaba toda violencia, que no quería triunfar más que por la dulzura, la prudencia y la sencillez.

Y, sin embargo, en ese nombre oscuro, en esa doctrina ignorada, en esa dulzura y prudencia, había una revolución sangrienta en que habían

de ser víctimas los propagadores de su nombre y de su ciencia.

Fundar las esperanzas del triunfo de una empresa en la muerte de los que han de realizarla, ó es locura ó es un acto divino.

¿Quién tendrá que decidirlo?

Nadie mejor que la historia, nadie mejor que el cumplimiento de la predicción.

Las lúgubres advertencias del Salvador fueron otros tantos oráculos que se cumplieron á la letra, mediante una carnicería de trescientos años.

El mundo se embriagó de furor y de odio: los apóstoles murieron en la sangre y sus sucesores murieron en la sangre. Las primeras generaciones cristianas murieron en la sangre. Los judíos y los gentiles mataron á los perseguidores del Galileo; los gobernadores y los reyes mataron á sus súbditos; la familia mató á la familia, á causa de Cristo, por el nombre solo de Cristo, hasta que la cruz del *Labarum*, convertida en el estandarte del Imperio, á la palabra de Cristo, *ego vici mundum* respondió con esta otra, *in hoc signo vinces*.

La sangre de los mártires es, entonces, un testimonio irrecusable, una prueba evidente de la divinidad de Cristo y de la divinidad de la Iglesia,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque el martirio es un hecho divino, es el cumplimiento de un oráculo divino.

Pero el martirio es, además, hecho divino, por que es el acto de un valor sobrehumano, es decir, es un valor divino.

Los enemigos de la Iglesia, no lo consideran así; juzgan que las causas del martirio pueden encontrarse y se encuentran, sin duda, en el amor de la gloria, en la esperanza de la felicidad, en la exaltación del fanatismo.

Cierto es que el espectro de la gloria, es un poder que obra vigorosamente sobre el corazón del hombre; verdad es que hay en el fondo de nuestra naturaleza una debilidad, algunas veces noble y generosa, que se deja fascinar por la perspectiva de un grande porvenir.

Dios mismo que conoce el extraño misterio de nuestras pasiones, no nos rehusa que oprimamos ese resorte para ayudarnos á salir de las esferas vulgares.

Bajo su impulso aparecen hombres como aquél que dijo: "Soldado, cuarenta siglos te contemplan; mira el sol de Austerlitz."

Y ante la imagen radiosa y santa de la patria, que se presenta sobre el campo de batalla con las

manos llenas de coronas para los vencedores, corren los hombres á derramar su sangre, buscando la gloria que ceñirá su frente.

La emoción, la esperanza, el honor, la gloria, la inmortalidad, hacen del soldado un héroe.

Este espectáculo, no se presenta ante los ojos de nuestros mártires.

Muchos de ellos ya estaban satisfechos de la gloria humana, muchos de ellos llevaban en sus venas sangre de Césares, muchos de ellos descendían de familias ilustres, patricios, senadores, guerreros, que habían subido en triunfo hasta el Capitolio: su gloria estaba asegurada; no tenían que buscarla.

Y ellos, tan honrados y tan gloriosos, eran despreciados por sus jueces, insultados por el pueblo perseguidos por la compasión y por el odio, tratados como criminales ó como locos, y así marchaban sin vacilación á una muerte segura.

Eran despedazados, quemados, desollados y aun en medio de sus dolores, no se les respetaba al verlos padecer, sólo se escuchaban las risas del populacho, los aplausos frenéticos de un pueblo que celebraba el triunfo del león y de la pantera.

No les alentaba, para derramar así su sangre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con tanto denuedo, la esperanza de una admiración póstuma: suprimido el elemento sobrenatural que debía alentarlos, en lo humano no podían esperar más, sino que sus hermanos recogieran sus miserables restos.

Aun el elemento sobrenatural no podía ser para ellos una esperanza de gloria, que tan poderosamente los llevase al martirio; porque las austeras máximas sobre la humildad, les prohibían tener en cuenta las vanas y estériles compensaciones de un porvenir más ó menos lejano.

Y así sucedió: muchos mártires han quedado para siempre olvidados: sus cadáveres eran recogidos de prisa y ocultados: sus nombres se perdieron para el mundo; sólo Dios los conoce.

¿Podría, entonces, decirse que el martirio tiene por causa el amor de la gloria humana?

Y sin embargo, los mártires hacían de esta humillación, su gloria y su triunfo: dos frases de Tertuliano nos revelan el pensamiento grandioso que anidaba en el corazón de los mártires: Este es nuestro traje de victoria, decía Tertuliano, hablando de los cuerpos despedazados de los mártires; este es el carro en que triunfamos *Hæc est palmata vestis, tali curru triumphamus.*

Al fin de esta humillación había, sin duda, una esperanza, estaba el cielo; pero este bien que los mártires columbraban, ¿podía ser bastante para que pudieran vencer los atroces dolores de que tan fácilmente se podían librar?

La experiencia diaria nos lo enseña: el bien que nos seduce con seguridad, el bien que entra más profundamente en el lado vulnerable de nuestro corazón, es el bien de que se puede gozar desde luego. Un bien lejano, no es el que obra tan poderosamente sobre el alma. Y sin embargo, ese bien lejano ha obrado el grande prodigio que llamamos el martirio.

Ellos jamás dejaron escapar, de sus dedos torturados, el pequeño grano de incienso que se les pedía, para quemarlo en honor de los dioses y libertarlos de los tormentos.

No puede, entonces, decirse que la esperanza de la felicidad hubiera sido la causa que los llevara á sacrificios tan heróicos. La felicidad lejana, como hemos dicho, nunca obra tan poderosamente sobre el corazón del hombre.

Menos puede decirse que la exaltación del fanatismo sea la causa del martirio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El martirio no era el acto de un momento era el acto de una vida.

El cristiano de la primitiva Iglesia estaba envuelto en las redes del paganismo.

Las fiestas religiosas y civiles, las artes, las profesiones, el lenguaje popular, el matrimonio, la esclavitud, la magistratura, la milicia, eran otras tantas redes en que, de un momento á otro podía caer el cristiano.

Aun llegada la hora fatal, no era para él el fin de sus dolores.

Largos días de prisión, interrogatorios y, á menudo, suplicios que duraban semanas y aun meses enteros.

El genio del odio había sabido encontrar lo más esquisito para torturar al mártir

El agua, el fuego, la madera, el hierro, las bestias domadas, todo se prestaba á crueldades indecibles.

La familia misma era un instrumento de suplicio que, sin desgarrar la carne, desgarraba el corazón del mártir.

¿Puede decirse que la imaginación exaltada por el fanatismo, fué la que hizo por sí sola, que los

mártires resistiesen á suplicios tan prolongados y tan espantosos?

Pero aun hay más: aun cuando alguno pudiera haber ido al martirio exaltado por el fanatismo, una muchedumbre no podía ser víctima de esa pasión.

La historia mil veces nos ha enseñado lo que es una multitud excitada por el fanatismo.

El soplo ardiente de la revolución pasa, el pueblo lo recibe como el viento quemante del desierto. Extiende sus músculos, sacude su crín, mira con ojo colérico un trono mal asentado, lo echa por tierra, lanza un grito de triunfo, mata á derecha é izquierda, se abreva de sangre.

Pasan algunos años: la mano de un déspota cae pesadamente sobre el cuello de la víctima, y bien pronto no se escuchan, á través de los hierros de su jaula, más que murmullos sin trascendencia.

Tal es en las multitudes la suerte del fanatismo, de la exaltación que ataca; ¿podría decirse que el fanatismo que sufre, tuvo el privilegio de durar más de trescientos años?

Preciso es, no obstante, confesar que había en el mártir una exaltación sin la cual se habría abandonado á las vergüenzas de la apostasía; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esa exaltación no era el fanatismo, era Dios que estaba presente, que estaba obrando en el mártir, allí estaba, sostenía su valor, cumplía el oráculo que había prometido sublimes respuestas á las interrogaciones de los Pontífices y de los Reyes.

Estéban lo veía en los cielos, Inés en su virginal corazón, Felícitas en sus miembros entregados al diente de las bestias. Esta mujer admirable sufría en su prisión los dolores que Dios ha prometido á las que dan á luz y lanzaba esos lamentos que anuncian al mundo el nacimiento de un hombre. «Si así te quejas, le decía el carcelero, ¿qué será mañana?» Felícitas, sin conmoverse, le respondió: «Aquí yo soy la que sufro; allá otro estará en mí, que sufrirá por mí, porque yo debo sufrir por El.»

Esta paciencia y esta acción que Dios pone en el mártir fueron observados más de una vez.

Los que iban por satisfacer su curiosidad á presenciar un martirio, decían, como lo advierte Lactancio, que la paciencia, sin Dios, no podía vencer tantos y tan grandes tormentos.

Dios estaba allí. La eficacia del martirio lo comprueba, porque Dios ha quedado dueño del campo de batalla contra todas las leyes que proclaman, no la legitimidad, sino la soberanía de la violencia.

Han dicho algunos que si Dios quedó dueño del campo, es porque la mejor manera de propagar una doctrina es perseguirla.

El principio es falso, es contra el sentido común, y la historia misma se ha encargado de mostrar sus falsedades.

Las herejías primitivas, castigadas por una mano vigorosa, muy pronto desaparecieron de la superficie del mundo.

El protestantismo, donde había una mano de hierro, se retiraba con la cabeza baja.

Y si desde un principio, en lugar de la protección de los príncipes rebeldes, hubiera encontrado la atroz justicia de los Césares, no se hablaría hoy del protestantismo.

Preciso es hacer constar un fenómeno histórico, triste, humillante casi, para nuestra naturaleza: este fenómeno es la soberanía de la violencia, contra todo lo que no es sostenido por el Fuerte de los fuertes.

El martirio, es decir, el testimonio perseguido durante tres siglos con el tormento más atroz, es el que ha quedado dueño de la violencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego Dios estaba allí.

Luego el martirio es una prueba luminosa de la divinidad de Cristo.

LA DOCTRINA
DE LA IGLESIA PRUEBA LA DIVINIDAD DE CRISTO.

El Evangelio y la Iglesia son los testigos de una doctrina y de hechos maravillosos que se han realizado en medio del mundo.

Dios debe á su majestad, á su grandeza, no intervenir en la vida del género humano, por el ejercicio excepcional de su poder, sino para instruir y disciplinar á las almas.

Los signos extraordinarios que emplea, revelándonos su presencia, dan á su palabra una autoridad soberana que hunde á la razón en los abismos de lo incomprensible, sin que se arredre, y lleva á la voluntad hasta las cimas de la perfección, sin que la espanten las asperezas del camino.

Toda doctrina debe prestar su apoyo á los hechos extraordinarios que le sirven de introductores en el mundo, y para esto basta que la razón y la con-

ciencia no descubran en la doctrina nada de absurdo ni de inmoral.

Lo absurdo y lo inmoral son, dice el P. Monsabré, como manos fatales que arrancan á las falsas maravillas la máscara bajo la cual seducen nuestra credulidad, y nos hacen ver de ese modo su tenebroso origen.

Si, pues, la doctrina evangélica, predicada por la Iglesia, que es el gran testigo, está limpia de todo absurdo y de toda inmoralidad, es evidente que ella permite á las maravillas verdaderas el que obren sobre la razón con toda la fuerza que les es propia.

De manera que de las maravillas que sirven para introducir una doctrina en el mundo, hay, por decirlo así, una irradiación de luz sobre la doctrina, y al mismo tiempo la doctrina debe reflejar sobre ellas verdad luminosa y su moralidad irreprochable.

La doctrina de la Iglesia es una doctrina que maravilla y que asombra.

El primer carácter de esa doctrina es la plenitud, y la plenitud de una doctrina consiste en que responda, por principios ordenados entre sí, á todas las cuestiones que instintivamente se propone el entendimiento humano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego Dios estaba allí.

Luego el martirio es una prueba luminosa de la divinidad de Cristo.

LA DOCTRINA
DE LA IGLESIA PRUEBA LA DIVINIDAD DE CRISTO.

El Evangelio y la Iglesia son los testigos de una doctrina y de hechos maravillosos que se han realizado en medio del mundo.

Dios debe á su majestad, á su grandeza, no intervenir en la vida del género humano, por el ejercicio excepcional de su poder, sino para instruir y disciplinar á las almas.

Los signos extraordinarios que emplea, revelándonos su presencia, dan á su palabra una autoridad soberana que hunde á la razón en los abismos de lo incomprensible, sin que se arredre, y lleva á la voluntad hasta las cimas de la perfección, sin que la espanten las asperezas del camino.

Toda doctrina debe prestar su apoyo á los hechos extraordinarios que le sirven de introductores en el mundo, y para esto basta que la razón y la con-

ciencia no descubran en la doctrina nada de absurdo ni de inmoral.

Lo absurdo y lo inmoral son, dice el P. Monsabré, como manos fatales que arrancan á las falsas maravillas la máscara bajo la cual seducen nuestra credulidad, y nos hacen ver de ese modo su tenebroso origen.

Si, pues, la doctrina evangélica, predicada por la Iglesia, que es el gran testigo, está limpia de todo absurdo y de toda inmoralidad, es evidente que ella permite á las maravillas verdaderas el que obren sobre la razón con toda la fuerza que les es propia.

De manera que de las maravillas que sirven para introducir una doctrina en el mundo, hay, por decirlo así, una irradiación de luz sobre la doctrina, y al mismo tiempo la doctrina debe reflejar sobre ellas verdad luminosa y su moralidad irreprochable.

La doctrina de la Iglesia es una doctrina que maravilla y que asombra.

El primer carácter de esa doctrina es la plenitud, y la plenitud de una doctrina consiste en que responda, por principios ordenados entre sí, á todas las cuestiones que instintivamente se propone el entendimiento humano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hombre, por un instinto irresistible, se pregunta, y se ha preguntado siempre, qué cosa es él, de dónde viene, á dónde va y qué debe ser.

La Iglesia presenta de un solo golpe la solución de los importantes problemas de nuestro origen, de nuestra existencia y de nuestro destino.

Ella habla, y no solamente satisface á la razón, sino que la inunda de una luz divina de que la razón carece.

El punto de partida, para saber lo que es el hombre, tiene que ser el que lo hizo, porque él no se hizo á sí mismo. Y la Iglesia enseña que hay un Dios que ha sido siempre, que es y que será; que es un sér sin causa, uno sin composición, más inmenso que los espacios infinitos recorridos por nuestra imaginación impaciente.

La Iglesia enseña más: ese Dios, que es por sí mismo, vive y es fecundo; su naturaleza indivisible se comunica, sin partirse, á tres personas distintas.

Y á la luz de esa doctrina, vemos el movimiento en lo inmóvil, la generación en lo incorruptible, la procesión en lo inmutable; tres vivientes, en una sola y misma vida.

Ese Dios, impulsado por su amor, por su deseo

de difundir el bien que está en El, comunica á otros el sér y la vida.

Entonces habló y creó todo, porque hablar en El es crear; *Dixit et facta sunt:* desde entonces el cielo y la tierra, el espíritu y la materia, aparecen en el Universo.

Todo depende de El: desde el más brillante de los serafines hasta el más oscuro de los átomos.

A su tiempo aparece un nuevo ser: en él la materia sube y el espíritu baja, y ambos se abrazan en una sola vida, en la que Dios ha resumido el mundo inferior y ha reproducido más vivamente su imagen santa.

Esa creatura es el hombre: su espíritu está inundado de luz; su corazón es el santuario de la justicia y de la gracia.

La corrupción natural de sus miembros queda contrabalanceada por una omnipotente virtud, que lo configura á la inmortalidad divina.

Atraviesa el Edén como un viajero que va á su morada por senda florida.

En ella ha de ver á Dios en los explendores de su gloria: ese es el término de su destino, verlo entre fulgores sin sombras, á las claridades de su esencia, en la verdad de su ser.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este es el hombre, este es su origen, este es su destino.

Pero se dirá, la triste experiencia ha demostrado que el hombre no es ese rey tranquilo, ese sacerdote pacífico, ese viajero afortunado.

La experiencia enseña que su espíritu no está inundado de luz, que su corazón no es el santuario de la justicia, que la corrupción en él es inevitable.

La copa de nuestra vida está llena de amargas lágrimas y el cuerpo á cada instante se debilita, para convertirse al fin en polvo seco.

Este misterio que ha preocupado á los más grandes genios, la Iglesia lo explica en su doctrina sencilla y admirable.

La humanidad santificada en su origen por el soplo divino, quedó, porque así lo quiso ella, corrompida por el soplo de un ángel malo.

De allí procede ese océano de miserias: no se perderá en él, la humanidad pecadora. Dios le dió un salvador, en la hora misma en que los felices moradores del Edén contemplaban su desnudez y su abyección vergonzosa.

Allí les prometió este libertador, y este libertador era el Verbo de Dios que se hizo hombre en el seno de una virgen; y ese libertador hecho hombre fué adorado en el pesebre, en la vida pública, en la cruz, y hoy se le adora glorificado en los cielos.

Fué Maestro y Redentor: dejó caer de su boca de oro enseñanzas sublimes, su sangre esparcida apaciguó la cólera santa y colmó los abismos de la justicia divina.

El aseguró la perpetuidad y la infalibilidad de su doctrina, que guarda una sociedad viva é inmortal, abrevada de la luz del Espíritu Santo.

El nos aplica sus méritos, nos penetra con su gracia, nos incorpora á su humanidad: hace de todos nosotros un cuerpo del cual es la cabeza mística: su ley santa y perfecta, luz de la conciencia y regla de la vida, se resume en una sola palabra: *amar á Dios y amar al prójimo.*

No hay que temer la hora fatal de nuestra disolución: los días de la muerte están contados, sus mordeduras quedarán curadas.

Jesús, que nos ha santificado, recogerá nuestros huesos dispersos, y entonces nuestros cuerpos luminosos é incorruptibles vencerán á la muerte.

He aquí la doctrina de la Iglesia apenas deli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neada, y, sin embargo, ese compendio basta para demostrar su inmensa plenitud.

Dios, el hombre, el mundo, el pasado, el presente, el porvenir, todo está definido en las afirmaciones que acabamos de indicar.

Fuera de la Iglesia no hay una cosa semejante. No hay un sistema cuyos dogmas se completen, cuyas afirmaciones se sostengan, cuyas proposiciones se enlacen, formando con su conjunto el edificio grandioso, completo y sorprendente que acaba de bosquejarse.

Los sabios del mundo han humillado á la Majestad Divina, confundiéndola con lo que pasa; han relegado el principio de todas las cosas en un cielo lejano, desde donde su inmóvil egoísmo, contempla nuestras miserias; han puesto el origen del mundo en una eternidad problemática; nos han hecho salir de un gérmen despreciable; espantados de nuestra miseria y de nuestros males, nos han arrojado sin piedad en las manos brutales del fatalismo; han exajerado el honor de la virtud, en provecho del orgullo; han dividido el género humano en castas enemigas; no han conocido el amor, más que para ahogar sus expansiones, y no han propuesto á nuestras esperanzas más que la

nada, las trasmigraciones insensatas de un alma siempre perseguida por sus imperfecciones, el paraíso grosero de los sentidos y el cielo de los brutos.

Tales han sido las locuras y los extravíos del espíritu humano que los sabios han llamado sistemas de filosofía.

En esos sistemas había alguna verdad mezclada á muchos errores, porque el hombre nunca ha podido libertarse de la tendencia que lo lleva á la verdad.

"Si hubiere habido entre los filósofos, decía Lactanio, un hombre demasiado sabio y demasiado ilustrado, para reunir en un mismo cuerpo las verdades dispersas, su doctrina hubiera sido enteramente semejante á la nuestra. Pero esto no podía hacerse, sino por aquél que hubiera poseído la verdadera ciencia, y la verdadera ciencia es el patrimonio de aquellos á quienes Dios mismo se ha dignado enseñarla."

La plenitud de la doctrina de la Iglesia, tocante á los puntos fundamentales de que el hombre puede darse cuenta por las fuerzas propias y originales de su inteligencia, le parecía á Lactancio una maravilla. Y lo es en verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero hay en la doctrina de la Iglesia algo más; la plenitud de esa doctrina es una plenitud sobrenatural.

Enseña lo que la razón no puede concebir.

La vida de Dios en tres personas distintas; los abatimientos, los dolores y las expiaciones de un Reparador divino; la gracia que nos hace participar de las operaciones de Dios; la incorporación mística del Verbo encarnado que diviniza en cierto modo los actos más vulgares de la sociedad cristiana; el alimento del hombre nutriéndose de Dios mismo; las sublimes audacias del amor por medio del cual, el que es nada, se aproxima familiarmente al que es todo; la misteriosa transfiguración que nos pone en posesión de la esencia divina, sin que jamás nos confundamos con ella.

Estas afirmaciones, inexplicables en sí mismas, explican todo al hombre.

Y esas enseñanzas no son el resultado del trabajo intelectual de muchas generaciones.

En dos momentos se hicieron, como están hoy.

Dos montañas: el Sinaí y el Gólgota, atestiguan la espontaneidad de su origen.

Esta plenitud de la doctrina, quiérase ó no, nos lleva sobre la naturaleza; esto prueba, evidentemente, que esa doctrina no es más que la palabra de un hombre que no es de este mundo.

Cristo es quien nos revela el origen de los dogmas sublimes y armoniosos que la razón no puede por sí misma descubrir.

Por eso El decía: "El que es de la tierra, habla de la tierra, y el que viene del cielo, está sobre todos y da testimonio de lo que ha visto y de lo que ha escuchado."

Doctrina tan completa, que responde á todos los problemas más interesantes para el hombre, que constituye un todo armónico y completo, es una obra divina.

Si, pues, Cristo enseñó esa doctrina, ella revela su divinidad.

La doctrina de la Iglesia, por razón de su plenitud, que es el primero y el más brillante de sus caracteres, admirablemente demuestra la divinidad de Cristo, que derramó esa doctrina por el mundo y fundó la Iglesia para que conservara aquellas enseñanzas, como un tesoro de luz inextinguible, de verdad inefable.

Pero la doctrina de la Iglesia no sólo tiene ese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carácter de plenitud, que tanto admira y sorprende de tanto.

Tiene otros tres caracteres no menos luminosos, ni menos admirables.

La doctrina de la Iglesia tiene claridad en lo profundo de sus enseñanzas, unidad en la difusión, estabilidad en medio de las contradicciones.

No cabe duda que en la doctrina de la Iglesia hay dogmas profundos.

El origen, la vida, los destinos del hombre, están envueltos en un tejido de misterios, en cuya presencia la razón humana se sorprende y se admira.

Pero admira y sorprende más la claridad de las fórmulas de que se vale la Iglesia, para proponer á nuestras inteligencias estos misterios insondables.

Cuando el hombre habla de cosas elevadas y profundas, de cosas que se encuentran en lontananzas poco frecuentadas por el pensamiento, su lenguaje difícil lleva el signo de los esfuerzos que hace su entendimiento.

Por más que el hombre se extasíe ante las apariciones de la verdad y se eleve sobre sí mismo por el atractivo que en esa contemplación encuentra, desde el instante que quiere traducir, que quiere fijar en la palabra las formas intelectuales que ha contemplado, se siente impotente y débil.

Las palabras rebeldes parece que acusan su impotencia.

Sin embargo, habla, escribe; pero su palabra, hablada ó escrita, no describe, no enuncia, con claridad suficiente, las concepciones de su alma.

Y esto se advierte aun en escritores que hablan la verdad.

Cuando los maestros del error son los que hablan ó los que escriben, entonces la oscuridad sube de punto: es la noche, como dice el Padre Monsabré, la noche con las falsas estrellas de un estilo pretensioso.

Basta abrir, para convencerse de esta verdad, los volúmenes que se escriben fuera de la Iglesia y que tratan cuestiones de las que propiamente se llaman de filosofía religiosa.

Sólo la Iglesia católica es clara en la exposición de sus profundos misterios.

Sólo la Iglesia católica, ninguna otra religión, ninguna otra filosofía, tiene catecismo.

El catecismo es un libro de pequeñas dimensio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes y de bajo precio, en el cual se exponen, en términos claros y que todos conocen, los dogmas más elevados.

Los sabios del mundo se han guardado muy bien de producir un libro de este género. Ellos, con escrupuloso empeño, monopolizan sus ideas. Esta avaricia intelectual es de todos los tiempos.

Los brahamanes, los hierofantes, los magos, los druidas, los filósofos griegos, han dividido sus enseñanzas: guardan para sí los principios superiores que no convienen, según ellos afirman, más que á la aristocracia privilegiada de las inteligencias, y no dejan al pueblo más que restos groseros del banquete opíparo que ellos sirven á sus inteligencias en los oratorios secretos, en los antros sagrados de los bosques, en los pórticos reservados de los Ateneos.

Por eso el mundo antiguo tenía una doble doctrina: una interior y otra exterior, una misteriosa y otra popular.

Nuestros sabios contemporáneos, no obstante el gran ruido que hacen con su apostolado, estiman de un modo singular esta división de la doctrina.

Les repugna entregar sus grandes elucubraciones á los errores y torpezas de la muchedumbre.

«La humanidad, decía Renan, se compone de algunos individuos excepcionales.... Con tal que este pequeño número pueda desenvolverse libremente, poco se ocupará de la manera con que el resto proporcione Dios á su altura.»

La Iglesia no conoce ni esas delicadezas pretenciosas, ni esos soberbios desprecios.

Destinada á enseñar á todas las naciones, prodiga á todos lo que tiene de más elevado, de más profundo y de más sano.

Por diez centavos ó por nada, porque la Iglesia gusta de dar siempre, el pueblo puede tener en su mano la teología y hacerse el honor y tener el gusto de aprenderla de memoria.

Todas las grandes verdades están tratadas en el catecismo.

En ese libro se encuentran sencillas y admirables definiciones de Dios, de la creación del hombre, de la Trinidad, de la Redención, de la gracia, de los sacramentos, del cielo.

De los labios de un niño que ha aprendido el catecismo caen palabras como estas: «La Trinidad es el misterio de un solo Dios en tres personas; es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas tres personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, pero no hay tres Dioses. Las tres personas son tan antiguas la una como la otra, é iguales en todo.» El niño que pronuncia esta palabras, dice lo que el filósofo ó lo que el teólogo más profundo: Yo no comprendo este misterio, pero yo veo con claridad lo que estas frases dicen. Esto indica que la fórmula es clara, y una fórmula no puede ser clara, sino cuando aquel que la concibe ha visto y definido bien lo que en esa fórmula se encierra.

Si el pensamiento no ha podido concebirse con claridad, no ha podido formularse con claridad.

«Los sueños y las quimeras, dice el P. Monsabré, no tienen este esplendor ni esta precisión vigorosa.»

Si, pues, la fórmula cristiana es de claridad deslumbradora, el pensamiento en ella encerrado, es obra divina, porque solo un ser divino puede ver con claridad lo que es un misterio insondable para la humana inteligencia.

Pero no sólo es clara en su profundidad la doctrina de la Iglesia, es también una en su difusión.

Este es un carácter propio de la doctrina que la Iglesia propaga.

Las enseñazas filosófico-religiosas, aunque reservadas á espíritus escogidos, se dividen á medida que se difunden.

De Francia á Inglaterra, de Inglaterra á Alemania, de Alemania á Persia, de Persia á la India, de la India á la China, de la China al Japón, las cuestiones fundamentales sobre el origen, la vida y los destinos humanos cambian de aspecto en cada país, siempre que se interroga á la ciencia. Pero si sobre ellos se interroga á la Iglesia se admira la unidad más sorprendente: en el fondo de las estepas de la Tartaria, en las sombras de los bosques inhospitalarios que habita el Cafre y el Hotentote, en cualquiera de las islas perdidas de la Oceanía se encuentran siempre, si se pregunta á la Iglesia, las mismas afirmaciones doctrinales.

Un solo Señor, un solo bautismo, una misma fe: tal es la divisa de la Iglesia.

Aun antes de que esta unidad en la difusión, hubiese adquirido la fuerza que hoy tiene, San Justino no temía proponerla á los griegos, sus antiguos colegas en filosofía, como un argumento sin réplica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"La ignorancia de nuestros maestros sobre las cosas divinas, decía este filósofo griego, está suficientemente probada por sus mutuas disensiones."

"Los nuestros no tienen más que una misma lengua y una misma boca, su acuerdo sobre todos los puntos es tan perfecto como firme é inalterable, aunque hayan escrito en diversos tiempos y en diversos lugares."

Queda todavía un tercer carácter de la doctrina de la Iglesia: la estabilidad en la contradicción.

El tiempo es por sí solo una causa de ruina para las doctrinas humanas, envejecen por la acción del tiempo y el tiempo las hace pasar, sin violencia, del favor al olvido

Y si al tiempo se agrega la contradicción, la suerte de una doctrina queda fijada sin remedio: el día precisamente de su nacimiento, puede ser el día de su muerte.

"Poseemos en nuestras bibliotecas, dice el P. Monsabré, los restos ilustres de esas hecatombes y os confieso que contemplo con lástima tantas ideas sepultadas en la muerte, que en otro tiempo se levantaban vigorosas y eran acogidas por las inteligencias con entusiasta apresuramiento."

El tiempo no ha podido hacer que envejezca la doctrina de la Iglesia, ni la contradicción le ha hecho perder nada de su original plenitud. Y nótese que ninguna otra doctrina ha sufrido los rudos ataques que contra la doctrina católica se han desplegado, siglo por siglo y casi día por día.

Nada ha faltado para probar en su marcha á la doctrina católica; ni la contradicción del espíritu, ni la contradicción de las pasiones, ni la contradicción de los hombres de palabra, ni la contradicción de los hombres de pluma, ni la contradicción de los hombres del poder.

Nuestra misma razón, humillada por las profundidades de los misterios, mil veces se rebela contra ellos.

Otras veces la lucha se agita en la región tenebrosa de los apetitos de las pasiones.

Los hombres de palabra han corrompido su enseñanza, aun en el ejercicio de la misión que la Iglesia les había confiado. Los hombres de pluma han escrito pacientemente páginas sobre páginas, volúmenes sobre volúmenes, para probar que la Iglesia se engañaba sobre un punto ó sobre otro, ó sobre todos al mismo tiempo.

Los hombres del poder han legislado á la som-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bra de su espada, contra la doctrina augusta que contiene todo dogma y toda ley, y después de tan valerosos esfuerzos se han sentado tranquilamente en su solio aguardando los acontecimientos.

Los acontecimientos han venido.

"La doctrina de la Iglesia siempre contradicha, siempre atacada, ha sobrevivido, dice el P. Monsabré, á los esfuerzos conjurados de los herejes, de los filósofos y de los poderes públicos."

"De pie como un gigante, mira con ojo sereno la espantosa confusión de los pigmeos que se agitan y desaparecen bajo sus piés vencedores. Ella hace pedazos entre sus dedos, los tratados, los libelos, los opúsculos y las cartas que la injurian y decretan su muerte. Ella rompe los nudos y las ligas con que los políticos rodean sus robustos brazos. Ella se ríe de los golpes con que los pontífices coronados hieren sobre el triple acero que cubre su pecho."

La doctrina de la Iglesia se establece en la contradicción.

Preciso es entonces repetir: "El que vino del cielo está sobre todos y da testimonio de lo que ha visto y de lo que ha escuchado."

La doctrina de la Iglesia está sobre el hombre

de palabra, sobre el hombre de pluma, sobre el hombre del poder, sobre las audacias de las pasiones, sobre las rebeliones del espíritu.

El es quien afirma así su propia doctrina contra todas las contradicciones: está arriba del tiempo y del espacio. Es El quien por su única y misteriosa penetración agrupa á los espíritus de todos los lugares y de todas las épocas en derredor de las mismas afirmaciones doctrinales. Ha visto y ha oído los más profundos misterios y es El quien dicta sus fórmulas sagradas.

Por eso esas fórmulas son sencillas, claras y al alcance de todas las inteligencias, grandes y pequeñas.

En una palabra, que resume todas estas consideraciones: la doctrina de la Iglesia es divina, luego Cristo es Dios; luego la doctrina que ha propagado en el mundo, anuncia su divinidad y la prueba al mismo tiempo.

GRAN MOTIVO PARA CREER EN LA DIVINIDAD DE CRISTO

La Iglesia Católica cree en la divinidad de Cristo y la Iglesia Católica es la tercera parte de la humanidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bra de su espada, contra la doctrina augusta que contiene todo dogma y toda ley, y después de tan valerosos esfuerzos se han sentado tranquilamente en su solio aguardando los acontecimientos.

Los acontecimientos han venido.

"La doctrina de la Iglesia siempre contradicha, siempre atacada, ha sobrevivido, dice el P. Monsabré, á los esfuerzos conjurados de los herejes, de los filósofos y de los poderes públicos."

"De pie como un gigante, mira con ojo sereno la espantosa confusión de los pigmeos que se agitan y desaparecen bajo sus piés vencedores. Ella hace pedazos entre sus dedos, los tratados, los libelos, los opúsculos y las cartas que la injurian y decretan su muerte. Ella rompe los nudos y las ligas con que los políticos rodean sus robustos brazos. Ella se ríe de los golpes con que los pontífices coronados hieren sobre el triple acero que cubre su pecho."

La doctrina de la Iglesia se establece en la contradicción.

Preciso es entonces repetir: "El que vino del cielo está sobre todos y da testimonio de lo que ha visto y de lo que ha escuchado."

La doctrina de la Iglesia está sobre el hombre

de palabra, sobre el hombre de pluma, sobre el hombre del poder, sobre las audacias de las pasiones, sobre las rebeliones del espíritu.

El es quien afirma así su propia doctrina contra todas las contradicciones: está arriba del tiempo y del espacio. Es El quien por su única y misteriosa penetración agrupa á los espíritus de todos los lugares y de todas las épocas en derredor de las mismas afirmaciones doctrinales. Ha visto y ha oído los más profundos misterios y es El quien dicta sus fórmulas sagradas.

Por eso esas fórmulas son sencillas, claras y al alcance de todas las inteligencias, grandes y pequeñas.

En una palabra, que resume todas estas consideraciones: la doctrina de la Iglesia es divina, luego Cristo es Dios; luego la doctrina que ha propagado en el mundo, anuncia su divinidad y la prueba al mismo tiempo.

GRAN MOTIVO PARA CREER EN LA DIVINIDAD DE CRISTO

La Iglesia Católica cree en la divinidad de Cristo y la Iglesia Católica es la tercera parte de la humanidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Pero existe un fundamento para esta creencia?

Entre los creyentes hay unos que no saben por que creen y otros que pueden dar razón de su fe.

Mujeres sin cultura, obreros sin instrucción, niños que no han penetrado todavía en los umbrales de la ciencia, se sentirán quizá embarazados para definir su fe en Cristo; pero responderán sin duda como responden siempre: yo no sé por qué creo, como no sé por qué y cómo respiro; lo que veo y lo que siento es que si hay en mí un átomo de bien, alguna abnegación, alguna virtud; que si soy fuerte contra mis pasiones y dueño de mí mismo; que si tengo resignación en el dolor y firmes, consoladoras esperanzas, todo eso lo debo á la fe en Cristo.

Esta simple respuesta de los ignorantes y de los sencillos es de admirable alcance; bastaría para confundir á la soberbia incredulidad.

Una doctrina, en efecto, no se prueba únicamente por las bases racionales en que descansa; tiene su justificación, no menos rigurosa, en los resultados sublimes que de ella derivan y en las virtudes que engendra en las almas.

Pero la Iglesia, la gran maestra de la doctrina,

tiene razones y motivos para fundar la fe en la divinidad de Cristo, que ha propagado desde su cuna y que no ha cesado de proclamar en el curso de su vida gloriosa.

Esos motivos pueden clasificarse en tres categorías.

Volviendo la mirada á los siglos que precedieron á Cristo, se puede contemplar que se iban desarrollando, poniendo en los labios de los hombres á quienes el cielo confiara misión para ello una palabra profética y despertando y manteniendo en el corazón de las multitudes una esperanza dulcísima.

Es decir, los siglos que precedieron á Cristo profetizaban al Mesías, á quien le llamaban Emmanuel, ó lo que es lo mismo, Dios con nosotros.

Si el Mesías profetizado era Cristo y si el Mesías había de ser Dios con el hombre, Cristo tenía que ser Dios.

Esta es la primera categoría de los motivos que aduce la Iglesia para fundar la fe en la divinidad del Redentor del mundo.

El segundo motivo no es menos luminoso.

Contemplando los siglos que han seguido á Cristo, se mira á la Iglesia Católica llenándolos con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el poder de su afirmación, con el esplendor de su doctrina y de sus virtudes, con la magnificencia de sus obras.

La Iglesia fundada, por Cristo, es una obra que el hombre no ha podido establecer, ni siquiera conservar.

Su maravillosa unidad, su santidad admirable, su existencia universal en el tiempo y en el espacio, su gobierno verdaderamente prodigioso en manos de una serie no interrumpida de Pontífices que han sucedido á los Apóstoles, son cuatro notas ó caracteres que le dan á esa obra un sello divino: no hay obra humana que ostente esos signos luminosos y radiantes.

Si la divinidad de la obra revela la divinidad del obrero, fácil es inferir que Cristo, que fué su artífice y su fundador, era un hombre en quien residía la divinidad.

Hay un tercer motivo.

Colocándonos en el centro de la historia, encontramos á Cristo.

El se declara Hijo de Dios, igual al Padre y Dios como El.

Abriendo los Evangelios, en los que está consignada la historia de Cristo, se advierten textos

precisos, bastantes para esclarecer á toda inteligencia no prevenida, los cuales ponen de manifiesto que en la intimidad, ante los hombres de letras, ante la opinión, Cristo se declaraba abierta y solemnemente Hijo de Dios.

Uno de esos textos recuerda la escena que pasó en el camino de Cesárea.

Cristo preguntaba á sus discípulos:—¿Quién dicen que soy yo?

Los Apóstoles respondieron:—Unos dicen que sóis Jeremías, otros que Juan Bautista, otros que algún Profeta.

Y vosotros, ¿quién decís que soy? Pedro, entonces, responde Tú eres Cristo, el Hijo de Dios viviente.

Al hablar así, Pedro, sin duda, no hacía más que expresar la enseñanza que había recibido de Jesús. Esto era el resultado de la acción constante del Maestro sobre sus discípulos, para persuadirlos de quién era.

Dicen los enemigos de la fe, que Pedro, al hablar así, simplemente quiso manifestar que Cristo era un hombre como cualquiera otro, aunque un poco superior.

Tal interpretación no puede admitirse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El texto agrega que Cristo, al escuchar la respuesta de Pedro, tomando un tono solemne, le dijo:—Dichoso tú, Pedro, que has hablado así, porque ni la carne ni la sangre, es decir, ninguna de las aspiraciones que salen de la humanidad miserable, reducida á carne y sangre, es la que te ha revelado lo que yo soy, sino mi Padre que está en los cielos.

Cristo agregó:—Por esto yo haré de tí el fundamento sobre el cual ha de descansar mi Iglesia, la piedra contra la cual no prevalecerán las potencias del mal.

En plena exégesis, la palabra de Pedro tiene que interpretarse como la explica la Iglesia, reconociendo en ella la filiación divina de Cristo.

Es Pedro quien habla, pero es Cristo quien aprueba y confirma esa palabra de Pedro, y de una manera tan extraordinaria, tan brillante, que no es posible dejar de atribuir á sus expresiones, tan grandes y tan solemnes, el sentido que la Iglesia les ha reconocido siempre.

Los racionalistas dicen que esa palabra debe entenderse en un sentido metafórico.

No tienen derecho para esa pretensión.

Cuando se trata de dar el sentido de la frase

que se encuentra en un libro que pertenece á alguno, que es propiedad de su autor, es preciso dirigirse á él, para que dé ese sentido, para que explique el alcance y valor de la frase.

El Evangelio es de la Iglesia, del seno de la cual ha salido al soplo del espíritu que en ella vive.

No es lícito, en consecuencia, no lo permite el derecho, no lo permite la historia, dar á las palabras del texto evangélico, sentido distinto del que la Iglesia, que es su propietaria, les ha dado siempre.

Y la Iglesia no cesa de repetir que Cristo ha afirmado siempre su filiación divina: lo ha dicho con una energía que nunca ha sufrido atenuación, y no es posible desdeñar esas aclamaciones universales que comienzan en el primer siglo y se continúan hasta nuestros días.

Desde la cuna del cristianismo hasta hoy, los Papas no han dicho otra cosa que lo que Cristo ha dicho, y, por consiguiente, cuando atestiguan que Cristo es hijo de Dios, repiten la palabra que Pedro recogió, el primero, de la boca de Jesús, venerable y santa, más allá de toda expresión.

Y esa enseñanza jamás se ha interrumpido: á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

crítica histórica y exegética le toca señalar el siglo ó el país en que haya habido esa interrupción; mientras no la señale, la declaración es válida y continua, y los cristianos tenemos derecho para sostener que la más grande luz para la interpretación del Evangelio es la Iglesia.

La palabra de Cristo, afirmando que es hijo de Dios, no es una palabra aislada, no es una palabra pronunciada solamente ante el tribunal que debía condenarle á muerte, es una palabra que no puede separarse de la vida, de la historia de Cristo, sin que esta historia y esta vida queden truncas, disminuidas ó falsificadas.

Los grandes hombres que han existido en el mundo han pronunciado grandes palabras: por sublimes que sean, pueden eliminarse, sin que ni el personaje, ni su historia queden truncas ó falsificadas.

Pero si esta palabra de Cristo, afirmando que es hijo de Dios, se elimina y se borra, tal eliminación haría desaparecer á Cristo: no habría Cristo, no habría un Hombre Dios, que vino á enseñar y redimir á la humanidad.

Estudiando la vida de Cristo, se ve uno obligado á reconocer que El vino á ejecutar una obra

propia, cuyo plan fué concebido por El, y que al fin quedó realizado á través de mil obstáculos y á pesar de todas las fuerzas que contra El se conjuraron.

Cristo vino á establecer, como se llama en el Evangelio, el Reino de Dios.

El reino de Dios es el grado supremo de la evolución universal de las cosas.

El mundo de hoy, la humanidad que hoy se agita en la tierra está impregnada, quiera que no, del espíritu de Cristo: El ha llamado á la humanidad al último grado de perfección. Podrá la humanidad rebelarse contra Cristo, pero no podrá sustraerse á él.

Arriba de la materia se agita la vida, y la vida no es más que la participación de la materia en una fuerza superior que se llama la fuerza vital: esta participación constituye un reino nuevo, superior á la materia inorgánica.

El reino animal no es más que la participación de la vida en una fuerza superior, que se llama sensibilidad.

El reino humano no es más que la participación de la fuerza animal en el pensamiento y en la voluntad del bien universal y en la libertad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De la misma manera que la vida no es más que la participación de la materia en la fuerza vital, de la misma manera que el reino animal no es más que la participación de los seres vivientes en la fuerza animal, del mismo modo que el reino de la humanidad no es más que la participación de los animales en el pensamiento y en la libertad; el reino de Dios no es otra cosa que la participación de la humanidad que piensa, de la humanidad libre, en la vida misma de Dios.

Este reino, que consuma la evolución universal de las cosas, es la obra de Cristo.

Es evidente, entonces, que esta participación de la humanidad, en la vida de Dios, no podía realizarse, sino por aquel que tuviese á Dios en sí mismo, que fuese Dios.

Si, pues, se rehusa la afirmación que Cristo hizo, de ser Hijo de Dios, la obra de Cristo y su historia quedarán destruidas.

Cristo no sólo fué el fundador de esa obra divina que se llama el reino de Dios, fué también el legislador moral de la humanidad, que vino á promulgar la ley suprema y definitiva para los seres inteligentes y libres que quisieran entrar en su reino.

Los racionalistas quitan toda originalidad á la moral del Evangelio.

Nada más falso: una diferencia esencial distingue la ley de Cristo de cualquiera otra ley.

La ley de Cristo es la expresión rigurosa de la perfección absoluta, por eso pudo decir: "Pasarán los cielos y la tierra; pero mis palabras no pasarán jamás."

Los legisladores humanos no han podido ni hablar, ni obrar del mismo modo: sus leyes siempre tienen atenuaciones.

Moisés, legislador inspirado, toleraba el divorcio.

Mahoma tolera la poligamia, que la conciencia cristiana ha rechazado siempre como una vergüenza.

Cristo ordenó que se amase á los enemigos. Mahoma decía: Muerte á los infieles. Moisés gravó la ley en la piedra; Cristo la grava en la conciencia.

Para obedecer aquella ley, la de Cristo, ley sin atenuaciones, se necesita dar fuerza á las voluntades: esta ley ha sido obedecida. Claro es, entonces, que las voluntades humanas han recibido la fuerza necesaria para acatarla. Sólo un Dios puede dar esa fuerza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así es que el legislador que promulga la ley y da fuerza para cumplirla tiene que ser un Dios.

Gravar la ley en las conciencias no es obra humana.

Cristo ha ido más lejos: Cristo ha pedido á sus discípulos, al pueblo á quien evangelizaba, así como á todos aquellos á quienes trasmitió su ley, que creyeran en El como en Dios.

He aquí todo el principio de las leyes del Evangelio, el gran precepto de Cristo.

Un hombre no puede pedir á otro que crea en él de una manera absoluta, porque creer con una fe absoluta, es abdicar en manos de quien tal reclamación procede, es no tener pensamiento propio, es no tener voluntad propia, es entregarse sin reserva.

La individualidad es el último de los principios que consentimos en sacrificar.

El amor mismo que habla siempre de confianza absoluta, sin límites, se hace en esto una ilusión: nadie se renuncia á sí mismo.

No hay más que un ser que pueda pedir este sacrificio total: ese ser es Dios, y lo puede pedir, porque es la verdad absoluta, la fuerza absoluta, la perfección absoluta.

Si Cristo en el mundo exigió del hombre esta

fe sin reserva, y si la humanidad en el curso de los siglos ha respondido creyendo, de un modo absoluto, preciso es convenir en que ese Cristo era Dios.

Hay otro rasgo que muestra la divinidad de Cristo.

Cristo ha sido perseguido por el odio más grande que se conoce en el mundo, el odio religioso.

¿Porqué se le ha perseguido con ese odio? ¿Porqué en el fondo de la vida de Cristo se descubre un drama?

La historia lo proclama sin sombras: porque Cristo se llamó Hijo de Dios.

Es decir, el Evangelio y la historia establecen que la verdadera razón por la cual Cristo fué condenado á muerte, fué porque se llamaba Hijo de Dios.

Si los incrédulos niegan esta verdad, tienen que negar la verdad del drama que puso término á la vida de Cristo.

Pero los testimonios que enseñan esta verdad son indestructibles é invencibles.

No solamente Cristo se declaró hijo de Dios, sino que se dió con solemnidad profética los atributos incomunicables de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Me veréis, decía al gran Sacerdote, sentado á la diestra de Dios y viniendo sobre las nubes."

¿Qué crítica, dice el P. Didon, podrá prevalecer contra la evidencia, contra la solemnidad de tales declaraciones.

No se les puede negar, sin negar la historia: si se les acepta, no se les puede comprender. No tienen sentido más que para los creyentes que reconocen en Cristo no solamente á un hombre, sino al hijo único de Dios.

En consecuencia, es un hecho histórico, innegable, indestructible, la afirmación de Cristo, declarando su divinidad ó su filiación divina, en igualdad absoluta con el Padre.

Esta declaración es de una eficacia incomparable, por el tenor del testimonio y por el valor del testigo.

En rápida frase examinaremos esas dos circunstancias.

Cristo ha declarado su divinidad ó su filiación divina: esto es un hecho histórico, innegable, indestructible.

Y esa declaración que brotó de los labios de

Jesús, no era una simple palabra desprendida de su enseñanza y de su vida, sino que formaba parte de su enseñanza y de la obra que vino á realizar en la tierra; era el nudo de todo el drama de su existencia heróica y divina.

Pero es preciso examinar esa afirmación, hacer, como hoy se dice, la crítica racional de esa palabra.

La fe no es una marcha ciega y pasiva de la razón: todo hombre antes de creer, debe examinar los motivos que tiene para creer.

La humanidad no se ha sometido como un dócil esclavo á la afirmación que hizo Cristo: la humanidad posee hombres que piensan, que saben, y estos hombres han examinado, con crítica severa, el testimonio de Cristo.

Si esa palabra tiene valor, la razón debe aceptarla; si no lo tiene, su deber es repelerla.

El examen crítico de un testimonio entraña dos cuestiones: la una relativa al tenor del testimonio, la otra relativa al valor del testigo.

Si un testigo afirma algo absurdo, contradictorio ó inconcebible, estamos en nuestro derecho para rechazarlo sin misericordia.

Cristo ha afirmado su filiación divina, es decir,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha afirmado la unión de la naturaleza divina con la humana en una misma persona; ó lo que es lo mismo, el tenor del testimonio está reducido á afirmar que en una misma persona se han unido dos naturalezas.

El hombre no puede comprender ese prodigio; su inteligencia limitada no le permite explicarse esa unión de dos naturalezas en una misma persona; pero evidentemente esa afirmación nada tiene ni de contradictorio, ni de absurdo.

Si Cristo hubiera afirmado que en su persona estaban *confundidas* dos naturalezas, habría derecho para que la razón humana se rebelase contra esa afirmación.

Pero no se trata de *confusión*, se trata de *unión* de dos naturalezas en una misma persona, que fuese al mismo tiempo Dios y hombre.

En esto hay mucho de incomprensible, pero nada de absurdo.

Lejos de ello, la inteligencia humana encuentra razones de conveniencia y de armonía en la unión de esas dos naturalezas.

Basta, para descubrir esas razones, considerar la naturaleza del hombre, la de Dios y las leyes generales del universo.

El hombre, en el fondo, es un movimiento incoercible hacia lo infinito; el hombre no se detiene jamás; busca siempre más perfección, más amor, más verdad.

Ese es su carácter y su privilegio, y es también su gloria, porque de ese modo es el rey que va siempre agrandando la creación.

Si esto es así, si la experiencia individual lo acredita, si la historia del mundo lo pregona, no es de admirarse que la afirmación de Cristo, asegurando que en su persona se ha realizado la unión más alta de la naturaleza humana con la divina, haya encontrado eco en la conciencia del hombre.

Al escuchar esa afirmación, el hombre ha sentido que podía ver, oír y tocar á Dios, es decir, que quedaba satisfecha su aspiración esencial.

Por parte de Dios no es menos profunda la armonía.

Dios es conocido con un nombre que revela su naturaleza, mejor que pudieran hacerlo los sistemas de la filosofía humana.

Los paganos le llamaban *Optimus* ó lo que es lo mismo, la bondad llevada al grado más alto; y los cristianos le llamamos *Padre* es decir la bondad personificada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Infiérese de aquí que la ley suprema de Dios, si es que puede hablarse de ley cuando de Dios se habla, es una ley de difusión, de comunicación, porque el bien es esencialmente difusivo, tiende siempre á comunicarse.

Así es que toda idea que implicase la comunicación de Dios con su criatura, está conforme con la naturaleza de Dios mismo.

La divinidad de Cristo supone el don más perfecto de Dios á un ser humano, y, en consecuencia, la revelación de esa idea encontró acceso en la conciencia humana, á la que toda bondad conmueve.

El Universo, que la ciencia estudia, se desarrolla según un plan admirable, en la unidad de una síntesis grande, poderosa, irresistible.

Examinado con el ojo de la ciencia, se descubre que los grandes fenómenos que se producen en el seno de esta inmensa realidad, obedecen á una ley, siempre y por todas partes, de unión admirable.

Todas las fuerzas inferiores tienden á elevarse á las fuerzas superiores y á unirse á ellas.

La materia tiende á elevarse, y para ello necesita unirse á otro poder que la domina y que se llama la vida.

Los seres vivientes, para engrandecerse en la vida, tienden á unirse á un principio superior, que se llama la sensibilidad.

Para que el animal, se engrandezca en la vida, tiene que unirse á un principio superior, que se llama la inteligencia y la libertad.

Entonces se hace el hombre, que reune, en la unidad de su persona, naturalezas múltiples.

La materia, la vida, la sensibilidad y la animalidad que juntas están en él, quedan gobernadas por la inteligencia y por la libertad, y por esto el hombre es la síntesis de las cosas.

Aquí se detendría la evolución humana, porque, para los ateos, el hombre es la última palabra del cosmos.

Pero la naturaleza humana, desmintiendo á los ateos, quiere ir adelante.

Lo finito, á la larga, cansa al hombre y lo descorazona.

Cuando ha resuelto un problema quiere resolver otro; cuando ha encontrado una fuerza quiere encontrar otra.

Los hombres, de la ciencia nunca quedan satisfechos; á través de las realidades, el mundo se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extenderá al rededor de ellos, sin llegar á agotarse jamás.

Los sabios verán estrellas tras de estrellas, nebulosas trás de nebulosas; pero el mundo irá descubriendo fuerzas más inconprensibles.

Los sabios estudiarán sistemas, como los estudian, y cuando lleguen á encontrar el medio de ponerlos en equilibrio, la humanidad se encontrará con algo imprevisto, que vendrá á desbaratar todo el brillo de la ciencia social que los sabios han concebido.

El hombre con su poder incomprensible desde el punto de vista de la inteligencia, de la actividad, del libre albedrío; insaciable en la verdad, en el bien, en la voluntad, en la potencia; es algo que desalienta y capaz de engendrar todas las desesperaciones.

San Pablo, en su enérgica elocuencia, decía: "Si nuestras esperanzas se limitan á este mundo, somos los más miserables de todos los seres."

Nada, en efecto, más horroroso que un viajero que marcha y nunca llega; nada más lamentable que la actividad anhelante hacia un objeto que siempre huye.

Nunca el hombre ha podido con sus simples

elementos humanos, satisfacer sus aspiraciones.

Lo que el hombre no ha podido realizar, Dios lo ha hecho; la Encarnación, es decir, la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana, es la solución del problema.

El hombre que había reunido en la unidad de su persona y de su naturaleza, todos los elementos, necesitaba algo para completar el drama del universo, le faltaba Dios: era necesario que todas las fuerzas criadas, viniesen á unirse en él, y que una persona divina reuniese, en indivisible é imperecedera unidad, todo lo que el hombre tiene: la materia, el alma, el espíritu.

Este era, pues, el ideal más hermoso y más adorable.

Este ideal lo realizó Cristo.

Así es que la palabra del Verbo de Dios hecho hombre, que afirmaba su filiación divina, respondía á la naturaleza del hombre, á la de Dios y á las leyes que gobiernan el universo.

Cristo, entonces, al hacer esa afirmación, no ha afirmado un absurdo, un hecho contradictorio.

Pero no basta, para que merezca fe un testigo, que lo que declara no sea un absurdo, ni un hecho contradictorio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Necesítase, además, aquilatar el valor del testigo.

Es necesario examinar su honradez, su competencia intelectual y su vida, para saber si sus actos corresponden á sus afirmaciones.

La primera garantía de la veracidad de un testimonio, es su honestidad, su honradez.

El sentido popular, que nunca se engaña, ha inspirado á la justicia humana, exigir de los testigos un juramento.

Y en esto el pueblo tiene razón completa: el juramento atestigua la presencia de Dios á quien se invoca.

El juramento hace que el hombre, si no es un perjuro, se eleve á la más alta moralidad.

El hombre que presta juramento se comunica por eso mismo con Aquel que es bueno, que es perfecto, que sabe todo, que ve todo.

Los ateos dicen que no se necesita el juramento, que basta la conciencia, que es la voz que dice al hombre si ha obrado bien.

Y, ¿quién juzgará, ante los principios del ateismo, que la conciencia obra bien?

Los ateos agregan que el orden social indica lo que es bueno y lo que es malo.

Pero, ¿qué cosa es el orden social sin la eterna justicia de Dios?

El orden social, sin la justicia de Dios, no es más que el reino de los más fuertes.

O la conciencia queda reducida á sí misma, como lo quiere el ateismo, y entonces se derrumba como un edificio sin base, ó es el reflejo de la justicia absoluta, eterna é inmutable, y entonces es preciso venerarla, es necesario protegerla.

Todo testigo debe tener por garantía de su palabra, la honestidad de la conciencia, la cual queda probada ó por el acto solemne de un juramento verídico, ó por algún signo cierto que permita reconocerla.

Cristo, desde el punto de vista de la santidad moral, es un prodigio que admira y encanta.

La belleza, la elevación y la santidad de Cristo, han ennoblecido y han deslumbrado á la especie humana.

Examinando, página por página, la historia de la humanidad, no se encuentra un solo ejemplo de un hombre que haya llegado á la altura á que llegó Cristo.

El hombre es arrastrado en tres direcciones: por la conciencia, por los intereses, por los instintos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La conciencia lo lleva al bien y á la honestidad; el interés lo solicita hacia lo útil, los instintos lo estimulan hacia el placer.

La conciencia es frágil; el interés ávidamente buscado, nos aprisiona en el egoismo; el placer enciende nuestras concupiscencias y nos conduce al exceso.

Cristo escapa á esta fatal corrupción.

Su conciencia era la manifestación de la voluntad del Padre celeste: la voluntad de Dios es la perfección misma; y siguiéndola Cristo, dócil, realizó la perfección absoluta en su existencia humana.

Su alimento decía que no era otro más que cumplir la voluntad de su Padre.

Los intereses de Cristo no eran más que dos: la gloria del Señor y el bien de la humanidad.

Oraba en los campos solitarios, y después evangelizaba á las muchedumbres, llevándolos la buena palabra.

Atendía á los enfermos, á los ciegos, á los paralíticos, á los epilépticos, á los locos; todos iban á pedirle su curación y los curaba, y era un concierto de bendiciones el que sobre El caia, de parte de aquéllos que recobraban la salud.

Su vida era una corriente inagotable de beneficios.

En cuanto á los placeres, el único goce de Cristo consistía en hacer el bien.

"Maestro, le decian sus discípulos, ven á comer, y Jesús respondía: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre."

Si la santidad del hombre se mide por la perfección de la regla á la que obedece, no hay santidad comparable á la de Cristo, porque no tuvo otra voluntad, que la voluntad de aquél que lo enviara.

Requiérese, también, examinar la competencia intelectual del testigo, para poder apreciar el valor de su testimonio.

La divinidad de Cristo, afirmada por El, es un hecho de conciencia, un hecho interior, un hecho del que tiene no solamente el sentimiento, sino la visión, un hecho que no podemos penetrar, como no podemos penetrar el respeto ó la afección que alguien nos muestra.

Alguno nos dice: *yo os estimo*: no puede penetrarse, no puede conocerse ese sentimiento que se nos muestra; pero la conducta que con nosotros se observa, y que nos afirma esa estimación, nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da una prueba para creer en ese hecho interno é invisible.

Cristo dijo: Yo soy el Hijo de Dios.

Esta afirmación no es una teoría, ni un sistema: es un hecho divino que escapa á nuestra mirada, pero que él nos da la prueba de su certidumbre.

Su palabra es una declaración, para la cual pide nuestra fe.

Cristo atestigua un hecho de conciencia, un hecho que El conoce.

En tal caso, sólo dos hipótesis son posibles: ó el testigo se engaña sobre el hecho que afirma ó no se engaña. Si lo primero es un alucinado; si lo segundo es un sabio.

Y Cristo, ¿es un sabio ó un alucinado?

Enunciar la cuestión es resolverla.

La vida de Jesús no admite la hipótesis de la alucinación.

Cuando un alucinado habla, puede turbar por un instante el pequeño medio doméstico en que se agita; puede quizá conmover una aldea, una ciudad; puede atraerse la atención de un público ligero y frívolo, la atención de algunos sabios; pero á poco tiempo sus doctrinas quedan como una

pequeña piedra rota por la locomotora al pasar.

La afirmación de Cristo, llamándose Hijo de Dios, ha puesto en movimiento á todo un pueblo, á las grandes familias de Israel y á una nación entera. Ha encontrado esa afirmación el medio de penetrar en el mundo romano, para renovar á los filósofos escépticos, á los senadores soberbios, á esa multitud aplastada por el vicio, la lujuria y la indiferencia.

Esa afirmación no sólo ha destruido á ese mundo corrompido, sino que ha hecho de los bárbaros un pueblo nuevo y civilizado, formando sus conciencias y domándolos.

Esa afirmación, aun hoy mismo, en un mundo fatigado de doctrinas, de filosofía de escritores, de política y que busca algo que lo conmueva, esa afirmación se hace sentir y llena con su grandeza á las sociedades de hoy.

Una palabra que ha logrado tanto, no puede ser la palabra de un alucinado.

Y menos puede serlo, cuando esa palabra formuló una doctrina que conquistó la oposición y el ódio de sus contemporáneos, las amenazas, las persecuciones y la muerte.

Padecer y morir por la verdad, ser tratado por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causa de ella como un malhechor público, es la más hermosa suerte, es el privilegio de los profetas.

Jesús marchó el primero en esa vía heróica, desconocido por su pueblo y casi por todos sus contemporáneos.

No hay en este mundo más que una grandeza que resiste á todo: la de un testigo veráz.

Por el testigo viven las familias; la mujer cree en la fidelidad de su esposo y el marido en la de su mujer.

Por el testigo existe la justicia; por el testigo duran los reinos.

La Iglesia vive también por el testigo; y, por el testigo, la divinidad de Jesús se ha implantado en la conciencia humana.

Ante esas demostraciones, la inteligencia humana debía rendirse, y, sin embargo, muchos hombres rehusan asentir á esa verdad, atestiguada por pruebas tan luminosas.

El acto de fe mismo, el estado psicológico, intelectual y moral de los hombres y el medio en que hoy se vive; son tres motivos que llevan con frecuencia á la incredulidad.

Sin embargo, hay medios para alcanzar la fe.

Como la ciencia y la filosofía, la moral y la educación, el arte y la política tienen sus procedimientos y sus métodos, la fe también tiene los suyos, y más eficaces que cualesquiera otros.

Al hablar de estos medios de que la fe se vale para inspirar la creencia en la divinidad de Cristo, no excluimos la influencia divina, invisible y sagrada, que envuelve al hombre, ese socorro divino, sobrenatural, que se llama gracia.

Una vez que tenemos la obligación de creer, natural es que exista un medio para adquirir la fe, fuera del medio divino que acaba de enunciarse.

Quien aspire á creer en Cristo, con una fe razonada, tal como la exigen las inteligencias, á las que la cultura ha madurado para la independencia y la libertad, debe ponerse en relación con Cristo, como personaje real é histórico.

Es necesario conocer la vida de Jesús; es necesario leer el Evangelio.

Muchos dicen que leen el Evangelio, pero que no lo entienden.

Un libro puede leerse con espíritu crítico, con imaginación más ó menos sentimental y con conciencia.

Cuando se lee con espíritu crítico, es para juz-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gar; cuando se lee con la imaginación, más ó menos soñadora, es para distraerse; cuando se lee con conciencia, es para mejorar las costumbres y la vida.

Léamos ese libro, que no tiene igual entre los libros que ha producido la humanidad, que transpira en cada una de sus palabras nobleza y sabiduría divina, con razón tranquila y con la conciencia sola.

Leído con este espíritu estemos seguros que, al llegar á su última página, podremos decir como Rousseau: "Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús, son las de un Dios."

El comercio íntimo de la conciencia con la persona de Cristo por la lectura atenta del Evangelio, no es más que el primer paso para adquirir la fe.

Pero ese paso no basta. Muchos de los contemporáneos de Cristo, que estuvieron en contacto con él, no creyeron en su palabra.

¿Qué debe, pues, hacerse entonces?

Cristo nos enseña el secreto verdadero para creer en él.

"Si alguno quiere venir á mí, decía á sus discípulos, necesita renunciarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirme."

Es necesario, por lo mismo, que renunciemos á nuestra personalidad, es necesario el sacrificio, simbolizado en su cruz.

Lo que ocupa, lo que llena, lo que tiraniza al hombre, es una complexidad de egoísmos voraces: egoísmos del espíritu en nuestros pequeños sistemas, egoísmos del amor en nuestras pequeñas afecciones, egoísmo de los intereses personales, por los cuales todos luchan, sin que esa lucha valga la pena.

Si queremos seguir á Cristo, es necesario que sacrifiquemos todos estos egoísmos.

La puerta es estrecha en demasía; el camino es áspero; pero el reino de los cielos, no es un reino de inválidos, es un reino de valientes. Sólo los valientes pueden alcanzarlo.

Pero hay un medio para facilitar esa abnegación de sí mismo, esta renuncia de la propia personalidad.

Hay en el Evangelio una palabra profunda que da la clave: «Nadie viene á mí, decía Jesús, si mi Padre no lo atrae»

Y el Padre atrae á todos los hombres: en el fon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do de la conciencia, que nadie puede cambiar, se siente siempre una aspiración á la verdad sin límites, al bien sin límites, á la belleza absoluta, á la perfección ideal.

Este es el movimiento del Padre que atrae hacia él á toda criatura inteligente, y, por lo mismo, atrae á Jesús que es la realización, bajo una forma humana, del ideal de Dios.

Y atrae de este modo á Jesús, porque Jesús es la efusión del Padre, la belleza, radiante, del esplendor de Dios, oculto bajo la humilde carne del Hijo del hombre.

No sólo de este modo nos atrae el Padre hacia Cristo: se vale también de los grandes y de los pequeños acontecimientos de nuestra existencia para llevarnos á él.

Una afección mal correspondida, un movimiento popular que arraza los tronos y derriba á los soberbios, un accidente inesperado que dispersa los caudales más poderosos, no son otra cosa que la Providencia que pasa para facilitar el sacrificio de las cosas de la tierra y emanciparnos de esa nada por la que tanto suspiramos.

Los incrédulos que pongan en práctica estos

medios, pronto adquirirán la fe, por la cual muchos de ellos suspiran.

Ojalá y los artículos, que hoy terminamos, puedan servir de alguna manera para que las inteligencias alejadas de la fe se acerquen á Cristo, que es el camino, la verdad y la vida.

Quiera el cielo que nuestros pequeños esfuerzos, consagrados únicamente á la gloria de Dios, logren depositar en esas almas que viven en las sombras de la muerte, un pequeño germen de vida.

Concluida nuestra tarea, exponiendo las pruebas de la existencia de Dios y las que ponen de resalto la divinidad de Cristo, emprenderemos, si Dios nuestro Señor nos dispensa su gracia, la exposición del misterio eucarístico.

FIN DEL TOMO IV

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

